HUGO WAST

LAS AVENTURAS DE DON BOSCO

HUGO WAST

DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

C. DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

LAS AVENTURAS DE DON BOSCO

1967

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

BAJO EL REINADO DE CARLOS ALBERTO

I

1815

Cierta noche de invierno de 1815 sonaron tres o cuatro golpes vacilantes en la puerta de Francisco Bosco, labrador del caserío de los Becchi, a una legua del antiguo Villorrio de Castelnuovo d'Asti y a no más de cinco de la populosa y rica ciudad de Turín.

Estaban, por sentarse a la mesa para hacer los honores a la sopa, que en ese instante retiraba del fuego Margarita Occhiena, la mujer de Bosco.

¡Mala hora para visitas que se anuncian tímidamente, como suelen los mendigos!

Y especialmente mala cuando los tiempos son tristes y de la menestra preparada con economía y para seis personas deben comer siete.

A la mesa de Bosco se sentaban, además de él y Margarita, su madre, anciana inválida, los dos mozos que tenía a sueldo para labrar su tierra, y Antonio, de trece años de edad, hijo de su primer matrimonio.

Nunca Margarita, al preparar la cena de los seis, contaba el séptimo comensal, su primer hijito, José, de dos años entonces; y no lo contaba porque, si bien ocupaba un puesto a la mesa, su pequeño plato se llenaba disminuyendo la porción de los otros.

¿No dice el refrán que donde comen seis comen siete?

En cuánto a su segundo hijo, Juanito, a ése no le interesaba la menestra; había nacido el 16 de agosto de ese año; andaba, pues, en los cuatro meses, y a la hora en que su madre retiraba del fuego el ollón, estaba durmiendo tranquilamente en su cuna.

Se repitieron los golpes a la puerta, no ya con timidez, sino con alguna impaciencia, y el último fue casi imperioso.

— ¿Quién será? —preguntó con miedo y en voz baja la abuela desde su rincón, donde pasaba largas horas al amor del fuego.

— ¡Me imagino quién es! —respondió Bosco, sin inquietud—. Algún mendigo de mal genio.

Abandonó su quehacer y acudió a abrirle.

— ¡No! —dijo Margarita en voz baja, echando una ojeada a las siluetas que aparecieron en el umbral—. ¡Son desertores de los ejércitos de Napoleón!

En efecto, a la insegura luz del candil vieron entrar dos soldados sacudiéndose la nieve que salpicaba sus oscuros capotes.

— ¡Buenas noches, los franceses! —dijo Bosco, haciendo a mal tiempo buena cara—. ¡Bienvenidos y a buena hora, puesto que mi mujer va a servir la menestra!

— ¡Gracias!—respondió el más viejo de los dos—. Se conoce que ésta es casa de cristianos... Pero yo no soy francés, soy piamontés. Mi camarada sí, y no habla nuestro idioma.

Era un hombre vigoroso, curtido en la guerra y demacrado. Apoyó su fusil en la pared y se sentó frente a la abuela.

El otro era muy joven, casi un muchacho, y parecía rendido de cansancio.

Miró con avidez la olla que Margarita puso en el centro de la mesa, y con gratitud a los habitantes de aquella casa hospitalaria, a cuya puerta hablan llamado con tan poca ilusión.

Casa de cristianos era realmente la de Francisco Bosco, y en ella muchas veces encontraron refugio y auxilio los desertores o los rezagados de los ejércitos que peleaban en favor o en contra de Napoleón, cuya espada había revuelto la Europa, y especialmente la pobre Italia, durante veinte años.

Al desventurado que llegaba hasta el umbral no se le preguntaba ni el nombre, ni la condición, ni siquiera la bandera por la cual combatía. Bastaba que fuese necesitado, para que, por derecho de Dios, compartiera la que allí podrían brindarle: un pedazo de pan, un plato de sopa, tal vez un jarro de vino y, si era invierno, un lugar junto al fuego.

Y en más de una ocasión alojaron y escondieron a un desertor para que no cayera en manos de los soldados que lo perseguían y que no tardaban en llegar buscándolo para fusilarlo sin piedad.

Francisco Bosco había aprendido de su madre que, a las veces, el mismo Jesús se disfrazaba con los andrajos de un soldado y va a golpear a la puerta de los que se llaman cristianos, para probar su corazón.

Los hijos de Francisco Bosco también aprendieron aquella lección de la abuela y de su madre Margarita Occhiena, de tal modo que los pobres eran siempre recibidos en la casita de los Becchi como si su miseria fuese el disfraz de Dios en persona.

Margarita apartó una pequeña cantidad de la menestra para su suegra, para su hijito José y para sí misma, y ofreció lo demás a los hombres, disculpándose así:

— ¡No es mucho, realmente! Ni es grande mi habilidad para guisarlo; pero demos gracias a Dios, porque a estas horas hay en el Piamonte quienes no tienen ni esto poco siquiera.

El veterano asestó un codazo al compañero, que no había entendido; se pusieron de pie todos, y Francisco Bosco rezó en voz alta el Padrenuestro.

Volvieron a sentarse. Los soldados empezaron a comer con avidez lupina, y los demás los siguieron de cerca, con el apetito de gente que trabaja el día entero y no mata del todo el hambre, y menos cuando se presentan de improviso semejantes convidados.

No podía extrañar a los habitantes de los Becchi; hallar un soldado piamontés vistiendo el uniforme del Emperador.

Cuando Napoleón invadió el Piamonte en 1708, siendo un joven general de veintisiete años, a las órdenes del Gobierno revolucionario de Paris, sus soldados eran franceses.

Pero cuando hubo vencido el rey de Cerdeña, y arrebatado a los austríacos la Lombardía, constituyó en Milán la que llamó *Legión Lombarda*, tropa compuesta por italianos de toda la península, que confraternizaron para pelear con él y contra los alemanes.

Y años después, cuando abandonó el antifaz republicano y sobre la diadema imperial se encasquetó la corona de hierro de los reyes lombardos, reforzó sus ejércitos haciendo levas en todas las regiones conquistadas, y millares y millares de italianos tuvieron que batirse, no ya por su patria, sino por él, en todos los campos de batalla, desde España hasta Suecia y hasta Rusia.

En esos veinte años de desolaciones, el Piamonte fue el camino obligado de los ejércitos, y los habitantes de los Becchi vieron pasar, en filas interminables o uno a uno, tropas regulares o desertores, soldados triunfantes o fugitivos y prisioneros.

¡Ay! Entre estos prisioneros tuvieron la amargura de ver pasar dos reyes, los más augustos reyes que existan en el mundo.

El uno fue Pío VI, Papa y Rey de Roma, a quien en 1799 los esbirros de la República Francesa arrancaron a su reino y, sin compasión por sus ochenta años y sus achaques, lo llevaron a través de las nieves y de las montañas hasta su prisión, en Valence, una pequeña ciudad del Delfinado, donde murió a los pocos meses.

El otro fue su sucesor, Pío VII, en 1809, cuando ya Napoleón no era un simple general republicano, sino el más poderoso emperador de la tierra.

Al mismo Papa, que lo coronó, con execrable ingratitud le arrebató los Estados para dárselos poco después a su hijo, aquel pobre rey de Roma, que nunca reinó, y lo confinó en Savona primeramente, en el golfo de Génova, asignándole *5 paolis* por día (2,75 francos), como a un prisionero vulgar, y después, para tenerlo más al alcance de la mano, lo llevó a Paris y lo encerró en Fontainebleau.

De aquellos sucesos grandes y terribles, cuyos episodios se desenvolvían casi a la vista de los Boscos, solían tener más detalles por los soldados a quienes socorrían.

Pero se guardaban bien de interrogarlos si ellos no mostraban deseos de hablar. Porque no era extraño que fuesen enemigos de su país y de su religión y quisieran ocultarlo para no herir los sentimientos de aquella cristiana familia.

Acontecía, sin embargo, que una vez saciada el hambre, y con mayor confianza que la que mostraron al entrar, se pusieran a referir sus campañas.

¡Con qué avidez los escuchaban entonces para saber el estado del mundo, que parecía un juguete en manos de Napoleón!

Así conocían la marcha de los ejércitos y el resultado de las batallas y la suerte de las naciones y dónde estaba el Emperador y dónde Víctor Manuel I, el verdadero rey de Piamonte y de Cerdeña, y dónde el Papa, el solo rey de Roma para ellos.

Esa noche de invierno del año 15, terminada la cena, Francisco Bosco sirvió un jarro de vino a cada uno de sus huéspedes.

El joven soldado que no hablaba piamontés bebió su parte y, apoyando la espalda contra la pared, se quedó dormido.

El veterano empezó a beber parsimoniosamente, como quien no quiere agotar de golpe una ventura, y, habiendo encendido la pipa, se sintió con ganas de contar sus campañas, porque era la sola moneda con que podía pagar a los que tan bondadosamente los habían socorrido.

Pero, como buen narrador, que quiere exacerbar la curiosidad de su auditorio, no entró de improviso en el relato.

Comenzó así:

—Esta pipa mía es vieja; parece de antes del diluvio. Hace años que está en mi poder, y ha visto muchas cosas y mucho mundo. Y, sin embargo, no me ha acompañado más que la tercera parte de mis campañas.

Cogió el candil para encenderla de nuevo, sin que los oyentes se atrevieran a romper el silencio con ninguna palabra. Afuera, la nieve seguía cayendo sobre un mundo dormido; adentro, sólo se oía el zumbido del fuego, y cuando éste se calmaba, la suave respiración de Juancito en la cuna.

El veterano prosiguió:

—Un soldado austriaco de la guardia del Emperador me dio esta pipa en Viena, el año 9. Él era un prisionero y yo su centinela. Yo también, con muchos otros italianos, formaba en la guardia del Emperador. Pero, entendámonos bien: yo, de la de Napoleón, el vencedor, que en esos días dormía como dueño de casa en el palacio de Sechönbrunn, que es, como quien dice, el Versalles de Viena; y él, de la de Francisco II, el vencido. Todo esto ocurra después de la batalla de Wagram.

Dio algunas chupadas, y siguió diciendo:

—Tal vez ustedes no sepan que mes y medio antes de esa batalla Napoleón fue derrotado por el archiduque Carlos, hermano de Francisco II, en Essling, sobre el Danubio, y quedó encerrado, como un ratón en la trampa, con todo su ejército, en la isla de Lobau. Desde allí expidió mensajeros a todos sus aliados y a sus mariscales. ¿Saben ustedes que los primeros en acudir fuimos los italianos? Formábamos un cuerpo elegido, y acabábamos de ganar varias batallas, mandadas por el príncipe Eugenio de Beauharnais, virrey de Italia, hijo del primer matrimonio de la emperatriz Josefina,

la mujer que Napoleón estaba ya pensando repudiar para casarse con María Luisa, hija de su enemigo el emperador Francisco II de Austria...

—Esa mala acción —le observó Bosco— no le trajo la bendición de Dios...

El soldado asintió con un ademán. -

—Yo era de la guardia del virrey. La noche antes de Wagram, las dos guardias, la del Emperador y la del príncipe Eugenio, formamos un solo cuerpo alrededor de la tienda de campaña donde durmió Napoleón, con el sueño más tranquilo del mundo, como si al día siguiente no se fuera a jugar su destino... Lo jugó y lo ganó, pero a la noche había cuarenta mil muertos en el campo de batalla. A los pocos días acampábamos en Schönbrunn, y Napoleón dormía en la cama de Francisco II.

—Ese nombre de Schönbrunn no me es desconocido —dijo Bosco—. Lo oí aquel año, cuando nuestro Santo Padre Pío VII pasó prisionero por el mismo camino que usted ha recorrido esta tarde... ¿Qué hizo Napoleón contra el Papa desde ese castillo?

El veterano guardó silencio. A pesar de que Napoleón era el opresor de su dulce Italia, había servido tantos años en sus ejércitos, que acabó por sentirse atado a su fortuna; y así como lo enorgullecían sus victorias, ganadas con las bayonetas de muchos italianos, lo abochornaban sus grandes caídas.

Pero al cabo sacudió sus escrúpulos y respondió:

—En efecto, Napoleón lanzó desde ese castillo aquel decreto por el cual arrebató sus Estados al rey de Roma, nuestro Santo Padre el Papa, y lo mandó llevar prisionero... ¿Saben ustedes a cuál de sus mariscales le confió el cumplimiento de esa orden?... A Joaquín Murat...

— ¿El que después fue rey de Nápoles?

—Sí... Escúcheme: ya voy a contarle su destino... Pero ése es el final de mi historia, y conviene saber antes el comienzo. ¿Cómo es que yo, piamontés, servía al emperador de los franceses? Bueno, esto ya nadie lo ignora. Todos saben que, después de la invasión, Napoleón nos enroló en sus ejércitos y formó regimientos escogidos con soldados italianos. Cuando proyectó invadir Inglaterra, fuimos con nuestro general Pino al campo de Boulogne. Después estuvimos en Austerlitz, donde me hirieron. Seis meses de hospital. Yo creí que Napoleón tendría bastante de mí y de los otros italianos. Y, en verdad, cuando estalló la guerra de España, el año 8, nos dejó tranquilamente en nuestros cuarteles. ¡Se ha olvidado de nosotros!, decíamos, y nos alegrábamos, porque era amarga cosa batirse por un soberano extranjero contra un pueblo que defiende su tierra y su religión... Napoleón no nos había olvidado. Habla dicho: "La conquista de España me costará 12.000 hombres nada más; si hubiera de costarme 80.000, como la de Italia, no la emprendería. Pero un país donde hay muchos frailes es fácil de subyugar". Y por eso mandó regimientos de conscriptos, que murieron como moscas. Entonces pensó en sus veteranos. Y allí fuimos los italianos con el general Pino, a pelear sin odio y con admiración contra la nación entera. ¡Todos allí eran soldados: los paisanos, los frailes, hasta las mujeres!

Antes del fin de esa guerra, pasamos a Prusia; llegamos hasta las orillas del Báltico, a pelear contra los suecos, y allí el general Pino conquistó la ciudad de Stralsund; pero uno de los mariscales de Napoleón, Bernardotte, hijo de un herrero, ganó más, pues ganó el título de rey de Suecia. ¡Cosa extraña! Frente a los muros de Stralsund vi un cuerpo de tropas españolas peleando bravamente

por la gloria del Emperador. Ya les he dicho que Napoleón sacaba soldados de todos los países que invadía. Pero los españoles no duraron en sus ejércitos. En esos días desertaron diez mil y se embarcaron en los buques ingleses que bloqueaban el Báltico, y volvieron a defender su patria.

Napoleón perdió en España 600.000 hombree; entre ellos más de 40.000 italianos, y, lo que es peor, sus ejércitos perdieron la fama de invencibles.

El Emperador ya no contaba sus muertes. La mitad de Europa le daba nuevos soldados. Reunió quinientos mil e invadió Rusia. Allí fueron los regimientes lombardos piamonteses al mando del príncipe Eugenio, y los napolitanos con Joaquín Murat, su nuevo rey.

Mi ángel de la guarda tiene, seguramente, mucho valimiento con Dios, pues yo estoy aquí sano y bueno contándoles mis campañas, siendo así que más de cuatrocientos mil compatriotas míos quedaron sepultados en las nieves de Rusia o en los campos de Borodino y de Smolensk, o se ahogaron en las aguas heladas del Beresina.

— ¿Cuántos italianos entre ellos? —preguntó Francisco Bosco.

— ¡Dios lo sabe! Yo sólo sé que de loe esplendidos regimientos que la víspera de la partida revistó el Príncipe Eugenio en la plaza de Milán, y eran treinta mil veteranos, apenas si volvieron mil de Rusia.

— ¡Gracias a Dios que todo eso ha pasado! —exclamó desde su rincón la madre de Bosco.

El veterano sonrió escépticamente, pues no creía en la paz; ningún soldado cree en la paz. Se le había apagado la pipa, y cogió el candil para encenderla otra vez.

— ¡Ese fue el comienzo del fin! —dijo Bosco.

Y su mujer agregó:

—Dios se cansó de tantos pecados y tomó la palabra..., ¿no es así?

— ¡Así es, señora Margarita! ¿Me ha dicho que le llama Margarita? ¡Pues así es! Cuando Napoleón arrebató sus Estados al Santo Padre, y nombró rey de Roma al hijo que tuvo de su segunda mujer, María Luisa, la archiduquesa austriaca, viviendo Josefina, los piamonteses, que somos católicos por encima de todo, presentimos su desgracia y la de los que lo ayudaban en los sacrilegios, Era tan grande su poder, que parecía imposible su caída. Pero Dios con un dedo puede más que todos los reyes juntos con todos sus cañones, y no tardó en vengar a su Vicario en la tierra. El año 14 los alemanes, y los prusianos y los rusos entraban en Paris, y el que había repartido tantos reinos entre sus hermanos y sus mariscales, no tuvo para sí más que unas rocas desiertas, perdidas en los mares, donde lo han sepultado vivo los ingleses…

—Y el Santo Padre ha recobrado su libertad y sus reinos... —añadió Bosco.

—Sí —respondió el veterano—. ¡El Emperador mismo lo devolvió a sus Estados, cuando empezó a comprender que la mano del Señor era más potente que la suya! ¿Y sabéis el destino de Murat, a quien él encargó la ejecución del decreto de Schönbrunn?

A la pobre casita de los Becchi llegaban tardíamente las más grandes noticias, y aquel suceso era demasiado reciente para que lo supieran ya; como que apenas databa del mes anterior,

—Nada sabemos —respondió Bosco.

—Pues bien, sabed que Joaquín Murat ha sido fusilado en Pizzio, por orden del verdadero rey de Nápoles, Fernando de Borbón.

Aquella noticia fue acogida con piedad, como una sentencia do Dios, y Margarita Occhiena, que tenía entrañas de madre, pensó en la suerte del niño hijo de María Luisa, sobre cuya débil cabeza la mano de su padre había puesto la pesada diadema de los reyes de Roma,

Se atrevió a preguntar por él, y el veterano le explicó que Napoleón II tenía tres años y se había refugiado con su madre en los dominios de su abuelo, el emperador de Austria.

—Su historia no está escrita todavía, y nadie pudría enunciar lo que le reserva el destino: ¿será rey algún día, o morirá olvidado como el hijo de Luis XVI?

Margarita Occhiena se había puesto a mecer a Juancito que lloraba. El veterana se aproximó a la cuna. A la luz de la candela, su cabeza y sus grandes bigotes proyectaban una sombra extraña en la pared.

Juancito no tuvo miedo y se puso a sonreír, lo cual llenó de vanidad el corazón del soldado.

—Ya ven ustedes cómo yo entiendo a los niños. ¡Arriba, Juancito!

Lo levantó de la cuna, y el hijo de Bosco dejó de mirar la sombra de la pared para fijarse en la cara desconocida de aquel

hombre que lo tomaba en sus brazos. Y tampoco se amedrentó. Su sonrisa, por el contrario, fue más graciosa, y en sus ojos negros se secaron las lágrimas y brilló la inocente alegría.

—¡Quien pudiera saber el destino de un niño! —exclamó el veterano.

— ¡Secretos del Señor!—dijo Margarita Occhiena enternecida.

— ¡Indudablemente! Ni la historia del hijo de Napoleón, ni la historia de su hijo están escritas. Pero si a mí me preguntaran, yo diría que la de este niño, señora Margarita, va a ser más larga y más gloriosa que la del otro.

—Mis hijos no tendrán historia —dijo Bosco.

—Con que sirvan a Dios en vida y mueran santamente— agregó Margarita—, yo seré dichosa.

— ¡Allá veremos! Anoche soñé que un niño, nacido el año que ha visto hundirse al más grande de los guerreros, será grande también y dará a nuestra pobre Italia una gloria más benéfica y duradera que la de Napoleón... ¿Por qué los sueños no han de ser vistos de Dios alguna vez? ¿Por qué ese niño que yo he soñado, no ha de ser éste? ¡Vamos!, estoy perdiendo tiempo; es hora de que ustedes duerman y que ya parta... *Allons, mon camarade! Voilà la régiment qui passe!*

El joven soldado se incorporó como si en verdad hubiera creído ver pasar su regimiento y hallarse en retardo.

Los invitaron a quedarse; podían darles alojamiento en el pajar, donde montones de heno limpio y fragante les servirían de cama.

El veterano agradeció. Preferían marchar de noche y esconderse de día en las granjas o en los bosques. El, es cierto, no

corría gran peligro si caía en poder de los soldados, porque su tierra estaba en paz y sus papeles más o menos en regia. Pero su joven compañero, que no conocía la lengua ni los caminos, no tendría la vida segura hasta haber pasado la frontera, porque...

El veterano se mordió la lengua y no quiso explicar por qué su compañero podría ser fusilado si caía en poder de las tropas del rey de Cerdeña. Y sus huéspedes respetaron aquella prudencia.

La puerta se cerró luego detrás de los dos soldados, que desaparecieron en la lóbrega noche.

Un rato después, en la casa de Bosco dormían todos apaciblemente. Sólo Margarita Occhiena velaba rezando el Rosario y pensando en los niños a quienes el veterano había comparado: su Juanito y el hijo de Napoleón.

— ¡Su historia no está escrita! —había dicho.

Y, en efecto, pocos años después el desventurado príncipe moría en donde había vivido, enfermizo y olvidado, en aquel palacio de Schönbrunn, desde donde su padre arrebató al Papa el reino de Roma para dárselo a él.

Por el mismo tiempo, Juanito Bosco, pastoreaba una vaca en un prado de los Becchi.

II

UN SALTIMBANQUI APÓSTOL

Desaparecido de la escena el gran soldado, el mundo, que ignora ya el sabor de la paz, cae en un largo estupor. Apenas podemos formarnos una idea de la miseria de Europa: comarcas fértiles arrasadas por el paso de los ejércitos; poblaciones mermadas por las levas, el hambre y las pestes; comercio esquilmado por los tributos; fábricas cerradas; escuelas vacías; museos despojados de la flor de sus obras maestras; templos saqueados y enmudecidos, pues con el sagrado bronce de sus campanas se han fundido cañones.

Las Universidades desiertas, pero los clubs llenos; entre los escombros de las ciudades vivaquean las sociedades secretas, amontonando las astillas de la religión y de las creencias, para encender una revolución, que esta vez será universal.

El año 16 la sequía y las heladas destruyeron los sembrados en el Flamante. Los víveres llegaron a precios fabulosos. Un padre de familia, jornalero, no alcanzaba a pagar con el salarlo de un mes la polenta de una semana. Los obreros sin trabajo en las ciudades se volcaban en los campos, mientras los jornaleros de la campaña acudían hambrientos y desesperados a las ciudades. Al borde de los caminos se encontraban cadáveres con la boca llena de pasto.

El año siguiente, para la humilde casita de los Beca, donde hemos entrado, fue todavía peor, porque murió repentinamente Francisco Bosco, el jefe y sostén de la familia.

Su viuda, Margarita Occhiena, es como aquellas mujeres de la Biblia de cuyas manos brotan los milagros.

Pone en Dios su confianza y afronta los malos tiempos con industriosa economía. Tiene a su cargo su suegra, casi inválida; sus hijos: Juan, de dos años, y José, de tres, y a su hijastro, Antonio, de doce. Además, aquellos mozos jornaleros a quienes no despide por no condenarlos a la mendicidad.

Podría vender el campo heredado; pero no, ni un terrón. Prefiere trabajarlo. Su suegra, en la casa, limpiando, remendando, cocinando. Ella, con los mozos y sus hijos, aun los más pequeños, para quienes descubre siempre trabajo, en la tierra, con la azada, con la hoz, con la guadaña. A la noche, después que se han ido sus visitas, vela hasta muy tarde, aunque se levante al alba.

Castelnuovo está a dos leguas, y en los días de mercado, por malo que sea el tiempo, ella es de las primeras en llegar. Lleva en sus canastos y en su carrito, tirado por un jumento, granos, patatas, pan y vino. A veces, gallinas, huevos y legumbres. Lo que produce su pequeña granja. Cuando sabe que en Chieri se están pagando mejores precios, va a Chieri, que dista el doble.

En su ausencia, sus hijos conducen sus dos vacas al pastoreo, y las cuidan horas de horas, para que no invadan los sembrados ajenos.

Como en vida de su marido, su puerta no se cierra nunca a los pobres.

¡Y cuántos pobres hay en el Piamonte!

Un día es una vecina cuyo marido está sin trabajo. Pide en préstamo medio frasco de aceite para guisar la polenta. Otro día, un labrador que ha perdido la cosecha de maíz y que ya le debe un pan de centeno. ¿Puede prestarme otro? Jura devolverle los dos antes de acabar la semana.

Otra vez un desertor que pretende pasar la frontera se refugia en casa de los Boscos, sintiendo cerca a los carabineros. Luego no más, los carabineros, a quienes Margarita ofrece un vaso de vino, mientras el perseguido escucha temblando, oculto detrás de unos haces de leña.

Parece que Dios multiplicase los panes del arcón de Margarita, pues siendo tan pobre y socorriendo a tantos, aún le queda para nutrir a su familia.

No sabía leer. En aquellos tiempos era muy raro hallar en las aldeas una mujer que supiese leer; mas conocía a fondo la Historia Sagrada.

En las aldeas, durante el invierno, los vecinos se reúnen después de cenar, en alguna casa. Ahorran combustibles y luz, pues con una sola chimenea encendida y un par de candiles pasan la velada.

La casa de Margarita Occhiena, o Margarita Bosco, atrae a muchos. Quién lleva una medida de aceite para la luz; quién una brazada de ramas secas; quién un frasco de vino, de aquel vino rojo y alegre que dan las viñas de Asti. Alrededor del fuego, cada cual con su labor —las mujeres, algún tejido; los hombres, unos zuecos o el mango de un hacha que están labrando—, se cuentan las noticias del pueblo.

¿Quién se casa? ¿Quién está enfermo? ¿Ha habido algún bautizo? ¿Qué se dice del Rey? ¿Guerras, revoluciones, nuevos impuestos?

A cierta hora, uno de los vecinos se levanta, entreabre la puerta y mira al cielo, fosco y ceniciento en las noches de nieve, cuajado de estrellas profundas en las raras noches claras y frías.

—Son las diez. Vamos a rezar el Rosario.

Rezan el Rosarlo delante de una estampa de María Auxiliadora que Juanito Bosco ha traído en su primer viaje a Chieri y ha clavado en la pared, junto al candil.

Luego los visitantes se arrebujan en sus mantos, zamarras y capotes, porque el invierno piamontés es glacial, dan las buenas noches y se van. Y la puerta de Margarita Bosco se cierra hasta el alba, a menos que su viñedo tenga racimos maduros y haya noticias de que andan ladrones.

Entonces, pasa la noche fuera, con sus muchachos y el perro, un gran perro de San Bernardo. Afortunadamente, eso ocurre de tarde en tarde, y es en el buen tiempo.

En este ambiente se va formando el corazón de Juan, a quien llaman el Boschetto, porque es el menor de la familia. Su imaginación poética se ensancha en los paisajes de la aldea: las colinas, cubiertas de viñedos; las praderas, sembradas de trigo o de maíz; los bosques rumorosos, donde, al ir por leña con su hermano Antonio, encuentra nidos y pichones, y donde, en el invierno, el tío Miguel arma trampas a los lobos.

Pero lo que más excita su fantasía son los caminos que cruzan la aldea y van a Castelnuovo y a Chieri, y más allá a Turín, donde está el Rey, y todavía más allá, a Roma, donde está el Santo Padre.

¡Qué vasto es el mundo para la Imaginación de un niño de ocho años!

Aunque el sueño algunas veces lo vence, le gusta quedarse en la tertulia y oír las noticias de los hombres que vienen de lejos. No faltan quienes hayan hecho la guerra, primero, en favor del Rey de Cerdeña, contra Bonaparte; después, en favor del mismo Bonaparte, coronado ya emperador y dueño casi de Europa entera. ¡Qué prodigiosas aventuras las que relatan! Durante el mal tiempo, cuando la vaca se guarda en el establo, los niños deben levantarse al alba, aunque tengan sueño.

Hay mercado en Castelnuovo dos veces por semana. Su carrito no es pesado, y aun cargado de productos, como su mercancía no es mucha, un borriquito basta para llevarlo a buen andar.

Pero la mucha nieve o las lluvias suelen poner difícil el camino. Entonces Margarita se echa al hombro lo más pesado de la carga, un saco de maíz o de patatas, o la canasta con panes de centeno, y los dos chicos, José y Juan, ayudan al burro.

—Demos gracias a Dios —dice Margarita Bosco cuando han vendido su mercancía.

La vuelta es fácil, y el animalejo trota alegremente en las varas del carrito aligerado.

El Boschetto goza en las viajes a la villa, porque al mercado de Castelnuovo acuden juglares y saltimbanquis que trabajan al aire libre.

Los paisanos les forman círculos, boquiabiertos, maravillados de sus trampas y pruebas. De repente suspenden la representación y pasan un platillo, y no hay más remedio que abrir

la bolsa y echar algunos sueldos, si quieren que la prueba continúe.

Pronto el saltimbanqui advierte cuál es el que nunca paga su escote, y, sin ningún cumplimiento, lo denuncia por tacaño, lo pone en ridículo y lo obliga a alejarse.

Juan es muy hábil para tender redes a los pájaros y hace jaulas tramperas en el bosque, mientras cuida su vaca en el prado comunal. Los pájaros se venden por millares en el mercado, porque la gente rica de la ciudad no puede comer su polenta sin pajaritos.

El Boschetto es un genio comercial. No sabe leer, no ha hecho la primera comunión, pero nadie le gana a justipreciar su mercancía, y nunca deja de venderla.

Da una parte de su ganancia a la madre y guarda el resto para ir con su hermanito a los juglares.

Como son pequeños, aunque lleguen de los últimos logran ponerse en primera fila.

Los ojos ardientes de aquel muchachito de cabellos negros y ensortijados chispean de curiosidad. ¡Con qué avidez espía los más mínimos detalles de la prueba! El prestidigitador acaba por desconfiarle.

—Parece que quisieras aprender mi oficio; ¡guárdate de ello!

El Boschetto se ruboriza y disimula su turbación silbando una cancioncita.

Porque era verdad: él quería aprender el oficio de saltimbanqui. ¿Para qué? Una idea fija, una precoz vocación lo perseguía.

Ya había recibido el primer mensaje del cielo.

"Cerca de los nueve años —cuenta él mismo en sus *Memorias*— tuve un sueño que me impresionó profundamente, y para toda la vida".

Le pareció encontrarse en un tumulto de muchachos que se divertían jugando y blasfemando. Indignado el oír sus blasfemias, se arroja contra ellos, generosamente, sin contar el número, y empezó a repartir puñetazos para hacerlos callar.

— ¡Así no! —le dice una voz—. No con golpes, sino con dulzura y caridad, los atraerás y te los harás amigos, y les enseñarás.

¿Quién le habla? Es un señor majestuoso, de mirada dulcísima. Al verlo se siente avergonzado del desarreglo de su traje y de sus puños sangrientos.

— ¿Qué puedo enseñarles yo, que no sé leer, ni siquiera hablo italiano, ni he hecho la primera comunión? ¿Y quién es usted, que me habla así? Mi madre me ha mandado que no me junte con quienes no conozco.

—Yo te daré la maestra que te enseñará para enseñar a los otros. Yo soy el Hijo de la que tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

Una mujer hermosísima, de vestiduras resplandecientes, apareció y, llamándolo por su nombre, le mostró aquella multitud de muchachos, transformados en osos, en perros, en lobos salvajes.

—Allí, entre ellos, debes trabajar. Con paciencia y humildad los cambiarás.

Repentinamente los animales ariscos se transformaron en corderitos, que se vinieron balando.

¿Qué significaba aquel sueño?

Al despertarse, Juan siente los puños y el rostro doloridos de los golpes, y luego, en la mesa, ante la familia, cuenta el sueño.

José cree en los sueños, y lo interpreta así:

—Quiere decir que vas a ser pastor.

La abuela no erre en los sueños, y menea la cabeza. La madre, pensativa, dice:

— ¡Quién sabe si no será sacerdote!

Antonio que tiene ya veinte años y está siempre mal dispuesto para su hermanito menor, le explica rudamente:

—Eso quiere decir que vas a ser capitán de bandoleros.

Juan comprende que debe guardar en su alma aquellas comunicaciones misteriosas, y queda absorto.

Lo que más le ha impresionado son las palabras: "No con golpes, sino con dulzura y caridad te los harás amigos. Siente confirmarse en él una vocación que siempre ha tenido: la de atraer a los muchachos para hacerlos buenos.

Si él supiera, como un saltimbanqui o un juglar, bailar en la cuerda, y caminar con las manos, y cortarle la cabeza a un pollo y resucitarlo, y comer fuego, y tragar un sable... ¡Oh, entonces sí que lo seguirían los muchachos de la aldea, y aun de los pueblos vecinos!

¡Si siquiera supiese leer!

En los Becchi no había ni escuela, ni maestro. Si algún labriego quería que su hijo aprendiese algo, le era forzoso ponerlo en pensión en Chieri o en Castelnuovo de Asti.

La madre de Juan ha pensado en esto y hasta ha hablado alguna vez, pero Antonio se ha opuesto ferozmente. Mandar a Juan a la escuela significa gastar en una pensión lo menos quince

liras por mes, aparte de que no ayudará en los trabajos de la casa. ¿Para qué quiere aprender a leer? ¡Qué sepa arar y manejar la azada, pues es hijo de labradores!

La imaginación poética de Juan presiente que más allá de las tierras labradas, más allá de los montes, más allá de las cosas que saben los labriegos, existen mundos maravillosos.

El quisiera aprender, para enseñar.

Mira con avidez a los raros escolares con quienes se encuentra en los caminos. Van a la escuela del pueblo. Los sigue y da vueltas alrededor de la casa, donde oye sus voces cantando el silabario o repitiendo las lecciones, y a veces los destemplados gritos del maestro, seguidos de un silencio sepulcral.

Los maestros de aquellos tiempos tenían una fiera divisa: la letra con sangre entra.

Si alguno de ellos tropezó en las calles de Castelnuovo o de Chieri con aquel muchachito pálido, de ojos inteligentes, ¡qué lejos estuvo de imaginarse que en su corazón ignorante germinaba la idea de una revolución en los métodos de la enseñanza!

No sabía leer, pero ya sabía cómo se debe enseñar: ¡no con golpes, sino con dulzura yo caridad!

En su sueño aprendió Juan Bosco el sistema que ha hecho famosos los colegios salesianos, y que bastaría para la gloria de un hombre. Sesenta y cinco años después, el niño, hecho viejo, repite con tenacidad su fórmula.

A don Santiago Costamagna, inspector salesiano en Buenos Aires, le escribe una carta que es un testamento pedagógico.

"El sistema preventivo sea nuestra característica. Nunca castigos materiales, nunca palabras humillantes ni reproches en

presencia de otros. Resuene en nuestras clases la palabra dulce, caritativa, paciente. Nunca una mordacidad. Nunca la más ligera bofetada".

Ahora no nos sorprenden estas fórmulas como extravagantes o revolucionarias; pero ¿a quién se debe? ¿Quién las ha infiltrado en la moderna pedagogía?

Viendo la ansiedad del muchacho, un vecino de los Becchi que poseía algunas letras y guardaba en su casa un viejo silabario, se ofrece a enseñarle.

Es invierno; los trabajos del campo han cesado. Antonio deja de oponerse, con tal que en la primavera Juan vuelva a coger la azada o a conducir la vaca al pastoreo.

El Boschetto merece que le ayuden. Tiene una memoria prodigiosa, a tal punto, que es capaz de repetir palabra por palabra el sermón que ha oído al cura ese domingo. Es despierto, imaginarlo, nervioso.

En pocas semanas aprende a leer, y antes de la primavera sabe todo lo que de letras sabe su rústico maestro. Vuelve a llevar la vaca al prado. En el zurrón de pastor, junto con su pan, mete un librito viejo y manoseado, que ha comprado en una librería de Chieri. Es un catecismo.

En cuanto la vaca hundía el hocico en la hierba, Juan buscaba la sombra de un nogal o de un castaño, o simplemente de algunas zarzas, y extraía el libreto del zurrón.

Los otros pastores, seguros de que Juan vigilarla su vaca y la de ellos, se iban por nidos al bosque.

Buscar nidos había sido siempre una especialidad del Boschetto. ¿Por qué ahora nunca los acompaña? Los muchachos

entraron a cavilar sobre ese misterio, y dedujeron que, desde que Juan sabía leer, despreciaba su compañía. Menos mal que se queda cuando ellos van al monte, porque, en su ausencia, cuida las vacas de todos. Pero cuando juegan en el prado, a veces lo necesitan, y su desprecio les ofende.

¡Tienen que obligarle a juntárseles!

Un día lo interpelan, pero el Boschetto no entiende sus razones y continúa agachado sobre su catecismo. Llenos de furia se le echan encima y lo muelen a puñetazos. Cuando se han cansado de pegarle y de insultarle sin que él se defienda, el Boschetto recoge las hojas dispersas de su catecismo y les dice humildemente:

—Pegadme cuanto queráis. No tengo tiempo de jugar. *¡Quiero estudiar para ser sacerdote!*

Tal declaración tos conmueve y los ilumina. Los encolerizados muchachos comprenden la superioridad del Boschetto, y se avergüenzan de su propia villanía.

Desde ese día, Juan se aprovechó del ascendiente que ganó sobre ellos. A la sombra de aquel mismo árbol los juntó más de una vea para enseñarles lo que estaba aprendiendo.

Luego, en volviendo a la aldea, como pasaran por la puerta de su casa, los hacía entrar para que rezaran un avemaría delante de su estampa de María Auxiliadora. El Boschetto poseía no solamente el genio de los negocios y era capaz como ninguno de vender sus jaulas y sus pájaros en el mercado de Castelnuovo. Poseía el genio de la organización y del mando. Era una época turbulenta, propicia para que del pueblo se levantaran caudillos.

Juan Bosco pudo ser mucho más de lo que le anunció Antonio, su hermano —un capitán de bandoleros—; pudo ser un

tribuno o un general, y también un banquero o un hombre de Estado.

¡Pero él quería ser sacerdote, para enseñar a los niños! Italia estaba en efervescencia. No era lo que es hoy, una sola nación, sino un conjunto de Estados autónomos. Cuatro reinos.

Los Estados Pontificios, con su rey el Papa, se extendían del Mar Tirreno al Adriático; su capital era Roma.

El reino de Cerdeña, que comprendía el Piamonte, Saboya, Niza y la isla de Cerdeña; su capital era Turín.

El reino de las Dos Sicilias, con Nápoles por capital.

El reino Lombardo Véneto, constituido por la Lombardía, con Milán, su capital, y el territorio de la antigua república de Venecia. Su rey era el emperador de Austria, que se hacía coronar en Milán y gobernaba desde Viena por intermedio de un virrey.

Había además dos ducados: el de Parma y el de Módena, y un gran ducado: el de Toscana. Todos son príncipes independientes.

Si la multitud de fronteras y aduanas desorganizaba el comercio, en cambio favorecía a los conspiradores. Siempre tenían próxima una frontera de un país, a menudo rival, donde podían escapar a la Policía y seguir conspirando.

Aquella Italia, subdividida y revuelta, era el terreno ideal para las sociedades secretas. Y, en efecto, la masonería con sus logias, y el carbonarismo can sus ventas, cundían en todo el país, Inclusive en los Estados Pontificios.

Sus propósitos aparentes eran políticos: realizar la unidad de Italia y emancipar del yugo austriaco Venecia y la Lombardía.

Muchos católicos, bastantes sacerdotes, se dejaron seducir por aquella idea patriótica y se afiliaron a las ventas y a las logias.

Pero nunca más cierta la palabra de Donoso Cortés: en el fondo de toda cuestión política hay una cuestión religiosa.

En las capas inferiores de los masones y de los carbonarios podía creerse que los planes de la revolución se limitaban a expulsar a los austríacos y a hacer de la península una Confederación bajo la presidencia del Papa.

Los que en realidad dirigían el movimiento del complicado mecanismo de las logias y de las ventas, jefes desconocidos de la turbamulta de sus afiliados, tenían un propósito más vasto y universal: establecer la República, como el medio más eficaz para destruir la Iglesia Romana El Pontificado es la roca secular en que se han estrellado siempre todas las sectas. Lo mismo las que llevan en su entraba una pasión teológica, desde los arrianos hasta los jansenistas, como las que se proponen demoler un trono o cambiar una dinastía.

Por eso el odio, más profundo cuanto más secreto, de todos los sectarios contra la Iglesia Romana. El protestantismo no les inspira tanta repulsión. "Conviene mantenerlo provisionalmente —decía uno de ellos—, como un puente para salir del catolicismo."

Por eso el avance de las sociedades secretas va acompañado siempre de una progresiva descristianización del pueblo.

Un día en el verano del año 23, Miguel Bosco, volviendo de Turín, encuentra en el camino a su sobrino Juan. El tío Miguel es rico; ha ganado una regular fortuna tratando en ganado. Sólo de tarde en tarde visita a su hermana, que es pobre.

—Juan, dile a tu madre que el Santo Padre ha muerto.

El Boschetto recibe la noticia pálido, con mucha pena. Su madre le ha enseñado a amar al Papa; y aquel que ha muerto es el santo viejecito que ha vivido años cautivo de Napoleón. El conoce, a grandes rasgos, su historia.

—Dile también que se corre en Turín que el cardenal Severoli va a ser elegido Papa…

El Boschetto nunca ha oído hablar del cardenal Severoli, ni su madre tampoco. Esa noche, después de la cena, la reunión de los amigos se hace a la puerta de la casa. Hace calor y es agradable respirar la brisa de los montes, que, al arrastrarse por aquellas dulces colinas, recoge el perfume de las viñas en cierne.

Todos aprenden el nombre del cardenal Severoli, y rezan luego por el alma de Pío VII.

Un mes después saben que, en el Cónclave, el cardenal delegado de Austria se ha opuesto a la elección de Severoli, y ha resultado Papa el cardenal Della Genga, con el nombre de León XII.

El veto que ejercía España, Francia y Austria ha desaparecido ya, por fortuna. Era, no tanto un privilegio como un abuso de los príncipes católicos, consentido por la prudencia romana, para no indisponer al futuro Papa con una nación poderosa.

Esa noche en la casa de Margarita Bosco se habla del nuevo Papa con devoción: Severoli o Della Genga son nombres sin sentido para aquellas gentes piadosas. Lo esencial es que la barca de Pedro tiene ya su timonel. ¡Viva León XII!

¿Qué mares siniestros va a cruzar la barca del pescador? ¡No importa! Cristo va en ella, dormido como en el mar de Tiberiades, pero presente y pronto a despertarse si lo invocan.

Estamos en 1825 Las sociedades secretas no han perdido tiempo. El ateísmo ha bajado, como una filtración, desde las capas superiores de la sociedad (los filósofos, los poetas, los políticos) a las masas obreras.

El puñal de los carbonarlos y de los masones no sólo amenaza a los príncipes y a sus ministros, sino a sus propios hermanos.

¡Ay de aquel que conoce los secretos de las ventas o de las logias, si no se presta a guardarlos y a cumplir sus más crueles instrucciones! Esa es la razón de muchos crímenes que desconciertan a la policía por misteriosos e inexplicables.

Sin embargo, alguna vez los criminales caen en manos de la policía, como les ocurrió a Targhini y Montanari, dos carbonarios.

Habían asesinado a un compañero por el delito de no asistir más a las reuniones de la venta. Enjuiciados y convictos de su crimen, que no era el primero, fueron condenados a muerte.

Era el 23 de noviembre de 1825. Un sacerdote los acompañó hasta el patíbulo, alzado en la plaza del Pueblo, en Roma.

A pesar de los progresos del ateísmo, rarísima vez los condenados rechazaban los auxilios de la religión. Ante la certidumbre de la muerte, sus creencias revivían y la gracia triunfaba.

Targhini y Montanari sienten sobre sí los ojos de sus compañeros de las ventas y de las logias, de los que hay centenares en el inmenso público que presencia la ejecución. Y se obstinan en morir como ateos.

El primero en subir al cadalso es Targhini. En el pavoroso silencio de la plaza se escucha su lúgubre profesión de impiedad:

— ¡Pueblo: muero inocente, masón, carbonario e impenitente!

Su cabeza cae. Montanari lo sigue. Es menos enfático y más brutal. Coge la sangrienta cabeza de Targhini, la besa y dice al sacerdote, que todavía lo exhorta:

—Es una cabeza de cebolla que han cortado; nada más.

Aquellos dos vulgares asesinos, por el solo hecho de haber sabido morir impenitentes, son considerados mártires del ateísmo. Las sociedades secretas se regocijan y esperan que todos sus miembros sabrán morir así; mientras, el horror de aquella muerte sin esperanza corre por las venas del pueblo cristiano.

El Boschetto piensa que si Targhini y Montanari hubieran tenido una madre como la de él, o un compañero que les enseñara a rezar, no se habrían perdido. Oye siempre las palabras del sueño: "Con dulzura y caridad te los harás amigos".

Ahora, que sabe letra por letra el catecismo y muchos episodios de la Historia Sagrada, puede comenzar su apostolado.

También sabe otras cosas, que ha aprendido con larga paciencia y a costa de muchos golpes y bastantes sueldos echados en el platillo de los saltimbanquis.

Ha acabado de conocer sus secretos. En su casa hay un sitio escondido donde crecen dos jóvenes perales. Ata una cuerda que va de uno al otro, y trepa con un balancín y camina sobre ella. También sabe echar las cartas y hacer juegos de prestidigitación.

Su tenacidad, su robustez, su natural ingenio, su memoria prodigiosa, vencen todas las dificultades, y aquel año se encuentra capaz de dar representaciones al aire libre, en un prado cualquiera de los Becchi.

Lleva su cuerda, un pedazo de alfombra, su mazo de naipes, un cubilete, una caja de doble fondo, que él mismo se ha fabricado: los utensilios de un charlatán de feria. Lleva también una gallina, un conejo, un pichón, o los pide prestados a un vecino.

Su voz potente y fina llega a todos los rincones de la aldea.

— ¡Vengan, vengan, mis amigos! Vengan los que quieran conocer los secretos de la ciencia moderna. El agua transformada en vino, en una botella tapada. Una cebolla convertida en un conejo vivo, en el fondo de un sombrero. La edad de las viejas, declarada por los naipes. Los dados mágicos, que nunca pierden. Todo lo enseñaré sin cobrar un sueldo a nadie, y por el solo placer de divertirlos honestamente...

Como es domingo y hay muchos desocupados tomando el sol en los bancos de piedra, frente a cada casa, se le forma pronto un corro.

— ¡Es el hijo de Margarita! ¿Qué puede saber? Ni si quiera ha hecho la primera comunión.

—Pero dice que no cobra nada. Vamos allá; cualquier cosa que nos muestre, por ese precio saldrá barata. Ya en primera fila están los camaradas de Juan y alguna que otra vieja, segura de que los naipes manejados por el Boschetto no son capaces de delatar su edad. Los hombres, recelosos de ser engañados, se aproximan lentamente.

— ¡Vengan, mis amigos! Verán cómo se baila una danza en la cuerda floja. Y verán un hombre que camina con las manos y bebe un vaso de agua que lleva con los pies.

— ¡Vamos pronto, Boschetto! ¿Aguardas acaso que lleguen los de Murialdo, o los de Capriglio, o los de Castelnuovo? —le gruñe un viejo, fastidiado de sus preparativos.

—No, ciertamente —responde Juan con desparpajo—. Yo no quiero trabajar sino para los habitantes de mi pueblo. Aunque tal vez fuera mejor irme a Murialdo o a Castelnuovo, porque dice el Señor en el Evangelio que nadie es profeta en su tierra... Y, a propósito: ¿han ido ustedes a misa esta mañana?

Efectivamente, era raro en los tiempos del Boschetto hallar en una aldea del Piamonte quien faltase a la misa del domingo, por malo que fuese el día, con nieve o con lluvias.

Pero, ¿habían entendido la plática del sacerdote? ¡Allí los quería ver el Boschetto!

— ¡Ya sé que todos han ido a misa! ¡No faltaría más! ¿Somos acaso turcos? Pero ¿quién es capaz de repetir lo que ha dicho el señor cura en el Evangelio? ¡Ninguno! ¡Ya me lo imaginaba! Bueno, pues yo soy capaz de repetirlo todo, sin cambiar una sola palabra. Óiganme, y al que note que cambio una sola palabra, le daré un juego de bochas nuevas, que yo mismo he fabricado.

Con pasmosa memoria, Juan repetía la plática del cura. Los paisanos lo escuchaban abriendo la boca. ¿Cómo era posible que aquel rapaz de diez años recordase tan maravillosamente lo que ellos apenas habían entendido?

Para hostigar la atención de su auditorio, de cuando en cuando introduce alguna alusión de su cosecha, que hace reír.

Alguno del corro se aparta con señales de aburrimiento. El Boschetto lo interpela:

— ¿Se va, señor Bartolo? ¿No quiere oír hasta el fin la palabra de Dios? ¡No sabe lo que pierde! Además, no verá el agua transformada en vino, lo que es muy útil para el que tiene botellas y no tiene viñas; ni sabrá, por los naipes, la edad de mamá Catalina...

— ¡Vamos, Boschetto! ¡No te metas conmigo! —protesta la viejita aludida por Juan—. Acaba el sermón y muéstranos tus habilidades.

Terminada su plática, se santiguaba devotamente y comenzaba sus experimentos.

¡No! ¡No son más diestros que él los charlatanes de las ferias, que dicen venir de Roma y de Turín y haber dado representaciones ante el Papa y el Rey!

¡Es el hijo de Margarita, el pastor de los Becchi! ¿Dónde ha aprendido estas artes? ¿Quién ha sido su maestro?

Poco falta para que alguien lo crea en pacto con el diablo.

De pronto, en lo mejor de una prueba se detiene.

—Luego voy a mostrarles el final. Ahora recemos el Rosario.

Protestas, rezongos de los más ariscos, partida de algunos. Nada le impresiona.

—El que quiera ver el final del experimento, este pollo sin cabeza, resucitado y cantando mejor que antes, tenga paciencia de un cuarto de hora y rece con nosotros. El que no quiera, que se vaya...

Podía irse alguno de los grandes a jugar a la morra y a tomar un trago en la taberna; pero ninguno de sus camaradas los pastorcitos se movía. Había adquirido sobre ellos gran ascendiente, y consentían en rezar el Rosario.

Luego venía el premio. El pollo, que permanecía decapitado sobre la alfombra, era metido en una canasta, y de repente se ponía a cantar y saltar afuera, más vivo que nunca.

El corro, maravillado, aplaudía al Boschetto.

Su hermano Antonio ha presenciado a escondidas aquella extravagante parodia de los juglares. Está sorprendido, a su pesar; pero lo enfurece el prestigio que Juan va ganando en el pueblo.

— ¡Imbécil! Se han reído de ti. Parecías un verdadero charlatán.

— ¡Bah! ¿Qué importa? —replica Juan, a quien no conmueven ni los elogios, ni las censuras, porque tiene el corazón más arriba que todas las cosas del mundo—. Los he divertido honestamente; no han blasfemado, han escuchado un sermón y han rezado el Rosario.

III

QUINCE LIRAS ANUALES DE SALARIO

Primavera del año 26. Juan se entrega por completo a los trabajos del campo. En marzo de ese año ha hecho la primera comunión. Pero Antonio, aunque lo vea en los rastrojos con la azada, o con el hacha en el monte, sigue persiguiéndolo. ¡Nunca será un verdadero labrador!

En un pueblo cercano, Buttigliera, habían comenzado a dar una misión. Las circunstancias y la fama de los predicadores atraían gente de toda la comarca.

Regresaban al atardecer con las últimas luces del crepúsculo. El camino era largo y polvoroso, pero grato el andar entre amigos, en esa hora perfumada por las flores de la nueva estación. En la falda de las colinas, en el fondo de los valles, en dondequiera que hay una casa, brilla la amorosa estrella de un hogar. A veces, también es la fragua del herrero.

Juan no había dejado de ir un solo día. Para aplacar a su hermano, comenzaba las tareas antes del alba y las proseguía en la noche. Así, la mitad de la tarde era de él, y acudía a Buttigliera con su madre.

Esa vea volvía solo, sin mezclarse en los grupos, rumiando lo que había oído.

Algo apartado también, caminaba un viejo sacerdote, Don Calosso, capellán de Murialdo. Todos lo conocían y lo respetaban, pero ninguno se atrevía a acercársele.

El clero de Piamonte y de toda Italia en aquella época era excesivamente reservado y celoso de su dignidad. Sus ministros se creían obligados a guardar la distancia con los paisanos. Ganaban el respeto de sus feligreses, pero no su amor, y menos su confianza.

El Boschetto, expansivo y tierno, sufría con aquella frialdad.

"Si yo fuera sacerdote, saludaría a todos, hablaría a todos, me haría querer de todos. Y así les podría enseñar y guiar".

Pues bien; he aquí que aquel sacerdote, respetable, por sus canas y por su dignidad, que marchaba a pie de Buttigliera a Murialdo, se detiene en mitad del camino, lo llama y le interroga cariñosamente.

—Todos los días te veo volver de la misión.

—Sí, señor; todos los días voy; me gusta oír al predicador.

Don Calosso guiña el ojo, sonriente, pero escéptico.

— ¿No sería mejor que tu madre te hiciera una plática? ¡Qué habrás podido comprender del sermón!

—Mi madre me hace buenas pláticas, pero también me lleva a los sermones, y me parece que los entiendo.

El viejo sacerdote acaricia los cabellos ensortijados del rapaz. Le hace gracia su desparpajo.

—Si me dices solamente cuatro palabras del sermón de hoy, te daré… ¡cuatro sueldos!

Ahora es Juan el que sonríe, y piensa: "Si Don Calosso me quiere pagar un sueldo por cada palabra que le diga, le voy a arruinar".

Hoy ha habido dos sermones. ¿De cuál de los dos quiere que le hable?

—Del que te haya gustado más —responde Don Calosso, metiendo la mano en la faltriquera y haciendo sonar la calderilla—. Con que me digas cuatro palabras, te daré cuatro sueldos... ¿Te acuerdas de lo que se trató en la primera plática?

De la necesidad de no demorar la conversión a Dios.

Se habían puesto a andar de nuevo; pero al oír la respuesta de Boschetto. Don Calosso se queda plantado. Sus sueldos corren peligro ¡No importa!

— ¿Y sabes lo que se dijo sobre este punto? Te daré cuatro sueldos...

Don Calosso no necesita concluir, porque ya Juan le ha dicho más de cuatro palabras. Repite el sermón como si lo estuviera leyendo.

La gente se detiene maravillada. Pero los de los Becchi, que conocen la portentosa facultad del Boschetto, pasan de largo. ¿No conocían ustedes al Boschetto? ¡Ya tienen para rato!

—El que demora su conversión a Dios corre tres peligros: que le falte tiempo; que le falte voluntad; que le falte gracia...

Allí, sobre el camino blanco, a la orilla de un trigal dormido en la azulada paz del crepúsculo, al tiempo que se encienden las mudas estrellas, están media hora y acaban por quedar solos. La voz dulce y timbrada del Boschetto surge sin tropiezo, como una cinta de seda.

— ¡Señor, Señor! —exclama para sí Don Calosso, echando mano al bolsillo en busca de una pieza de plata—. Este muchacho es un portento.

Y en alta voz:

— ¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Dónde has estudiado?

—Me llamo Juan. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Sé leer y escribir un poco.

— ¿Has estudiado el Donato? ¿Y la Gramática?

—No sé qué es eso. Yo no he estudiado nada. ¡No puedo!

— ¿Por qué?

—Mi hermano Antonio no quiere. Dice que un labrador no necesita aprender en los libros.

— ¿Y tú para qué querrías aprender?

—Para ser sacerdote y enseñar a mis compañeros y a los niños que se vuelven malos porque nadie cuida de ellos.

— ¿Sabes ayudar a misa?

—No mucho...

—No importa; ven mañana a Murialdo. Me ayudarás la misa, y arreglaré tu asunto.

Antes del alba ya está Juan camino de Murialdo.

¡Qué bien saben los penetrantes perfumes de una limpia mañana, a tiempo que el sol asesta sus primeras lanzas de oro sobre las colinas de los Becchi!

La iglesia de Murialdo está desierta a esa hora, y a nadie escandalizan los errores del audaz monaguillo, que no sabe ayudar a misa.

Luego, en la casa parroquial, ante una mesa cargada de libracos, Don Calosso coge la pluma.

— ¿Eres capaz de dictarme la segunda plática de ayer?

No la sé en italiano, la sé en piamontés.

El Boschetto cree que, cuando se trata de escribir, hay que hacerlo en italiano.

—Díctala como la oíste, en tu dialecto.

Después de una hora de escribir, bajo el dictado de aquel pastorcito, el capellán de Murialdo se agarra la cabeza.

— ¡Prodigioso, prodigioso!... Yo me encargaré de hacerte estudiar. Ven mañana a verme con tu madre.

Pero apenas sabe Antonio que Juan irá a Murialdo a aprender italiano y latín, monta en cólera. ¡De ninguna manera! Cuando los trabajos son más urgentes, no puede consentir que Juan, que ya pierde la mitad de la tarde oyendo sermones, pierda el resto del día aprendiendo cosas inútiles... ¡Italiano, latín! ¡Bah! ¿Para qué sirve eso?

Margarita Bosco no se animó a hacerle frente, y Juan no volvió a Murialdo. Hasta que un día, en el otoño, se encontró el Boschetto con el viejo capellán.

— ¿Entonces tu madre no quiere que estudies?

—No es ella; es Antonio el que se opone.

— ¡Que quiera o no quiera tu hermano Antonio, yo te enseñaré! Desde mañana irás a casa con los libros y cuadernos que tengas. ¡Vamos a ver quién puede más!

El viejo sacerdote está dispuesto a jugar su autoridad en aquella lucha. Margarita consiente en desafiar las iras de Antonio, y Juan, desde el día siguiente, va al pueblo vecino, distante media

hora. Aprende italiano y latín. Luego, en su casa, trabaja hasta fines del invierno, cuando renacen las tareas del campo. Un día, Antonio se apodera de libros y cuadernos.

— ¡Quiero que esto concluya de una vez! ¿Qué necesidad hay de tanto latín y de tanta Gramática en la casa de unos labradores? ¡Yo me he criado fuerte y no conozco eso!

Juan escucha con indignación los despropósitos de Antonio, y no puede contener su genio vivaz.

— ¡Hablas mal y no te das cuenta! Por muy ignorante que seas, nunca serás más fuerte que nuestro burro...

No ha comprendido Juan su picante observación y ya va con los pies en el pescuezo, huyendo del enfurecido Antonio, que quiere cobrarle aquella burla terrible. Gracias a sus buenas piernas se escapó de una brava paliza.

Su madre misma no podía librarlo de la incesante persecución, y un día resolvió alejarlo de casa. Le dio un envoltorio con alguna ropa y sus libros, lo acompañó un trecho por los caminos, cubiertos de nieve en aquella sazón, y sin derramar una lágrima, para no afligir ni enternecerse, lo bendijo y lo dejó partir.

— ¡Adiós, Juan! ¡Que la Madona te acompañe! ¿Adónde iba Juan, en la cruda mañana, lloroso y tiritando?

A cualquier parte, a donde quisieran tomarle de sirviente, sin sueldo y por la comida nada más.

En la ruta de Chieri halló una casa de parientes o amigos, y allí se ofreció. Pero en invierno falta el trabajo y sobran los trabajadores. Siguió más adelante, horas y horas. Llegaba la noche, y recomenzaba la nevada. Había comido solamente una tajada de pan seco. Tenía hambre y frío y estaba muerto de

cansancio. De buena gana se habría refugiado al abrigo de uno de los matorrales que bordean la carretera, para dormir hasta el día siguiente. Pero su madre le ha dicho:

—La mucha nieve en la montaña ha echado los lobos de sus guaridas. Algunos han bajado hasta los valles. Si la noche te sorprende, no duermas en el camino. Amanecerías helado o te descuartizarían los lobos. Llega a casa de los Moglia y te darán refugio en el granero, y al alba partirás.

Pero ¿dónde está la casa de los Moglia, en aquel laberinto de senderos y de colinas y de aldeas silenciosas, que la nieve confunde y la noche va cubriendo?

El Boschetto, amedrentado, invoca a María Auxiliadora, cuya estampa lleva en el zurrón, y con el último pálido fulgor de aquel triste día descubre la granja y se aproxima.

— ¿Adónde vas, muchacho, a estas horas?—le dice un viejo que aparece a la entrada.

—Voy en busca de un patrón que quiera emplearme sin salario.

— ¡Mal tiempo para buscar un patrón! ¡Sigue adelante y que Dios te ayude!

Cierra el viejo la puerta, y el muchacho queda fuera, abandonado a su suerte. Por fortuna, otro hombre lo ve, y desconfiando, tal vez de que sea un ladronzuelo que espía la ocasión de penetrar en el gallinero, le ha interrogado.

— ¿A quién buscas, niño?

—A Luis Moglia.

—Soy yo. ¿Qué quieres?

—Mi madre es Margarita Bosco; no puede tenerme en casa porque mi hermano mayor me pega. Me ha mandado venir aquí; deme cualquier trabajo.

— ¡Pobre niño! Yo no tengo trabajo que darte. Hasta después de la Anunciación no habrá nada que hacer. Vuélvete a casa.

—Yo no pido salario. Con que me deje dormir en el granero y me dé la comida, trabajaré cuanto quiera.

—Te he dicho que no. En mi casa no necesito criado. Ni debes de ser capaz de nada. No puedo tenerte.

El Boschetto se sienta en el umbral de piedra y se echa a llorar.

–Usted dice que no sé hacer nada. Ensaye mi trabajo, y quedará contento de mí. No me mande a casa, porque la madre no me recibiría.

Al oír aquella suplicante voz infantil, sale Dorotea Moglia y dice a su marido:

—Probemos de tener a este niño algunos días. Y Teresa Moglia, muchacha de quince años, hermana del dueño de la granja, añade:

—Yo soy grande ya para cuidar las vacas en el prado. Puedo hacer otra cosa, y él hará mi oficio.

Luis se dejó convencer, y esa noche el Boschetto durmió en el granero de los Moglia.

Ocho días después, el amo se decía: "Las mujeres tienen mejor instinto que nosotros. Este muchacho es el mejor sirviente que he tenido. Le voy a pagar un buen salario: quince liras anuales".

Era lo más que entonces ganaba el que cuida de las vacas y hace recados en una alquería.

Allí estuvo dos años. En los días de fiesta, o cuando el mal tiempo impedía el trabajo, reunía en el granero a los chicos de la vecindad, les enseñaba el catecismo y los divertía con sus suertes de payaso.

Cuando salía, llevaba sus pobres libros rotos y desencuadernados para leer, como en los Becchi.

Un día Ana, la hija de Moglia, le dice:

— ¿Por qué vas siempre al campo con un libro? Eso no lo hacen los otros pastores.

—Porque yo quiero estudiar para ser sacerdote.

La muchacha se pone a reír.

— ¿Tú, Boschetto, que llevas las vacas al pasto, y das de comer a los cerdos, y cavas la tierra, vas a decir misa y a confesar?

Juan la mira seriamente y le responde con tono profético:

—Sí; y tú, que te burlas siempre de mí, sabe que un día vendrás a confesarte conmigo.

Muchos años después, aquella palabra, que hizo enmudecer a la joven, se cumplió exactamente. El Boschetto era ya Don Bosco, y ella acudía a la iglesia de San Francisco de Sales, en Valdocco, y se confesaba con él.

El tío Miguel, que era el más rico de los hermanos de su madre, cuando iba al mercado de Chieri encontraba al sobrino cuidando el ganado de Moglia.

— ¿Estás contento ahora, Juan?

— ¿Cómo puedo estarlo, tío Miguel? ¡Yo quisiera estudiar, y pasan los años!

—Yo tampoco estoy contento de Verte servir en casa ajena. Deja esas vacas, despídete de tus amos y vuelve a casa. Di a la madre que, en volviendo yo de Chieri, iré a hablar con ella y arreglaremos tu asunto.

El muchacho, transportado de gozo, le cree y hace como él le indica: se despide de sus amos y regresa A los Becchi esa misma tarde.

Esa noche sí que durmió Juan, a la orilla del camino, bajo la llovizna de septiembre y sin preocuparse de los lobos.

¡Ah! Mamá Margarita no criaba a sus hijos entre algodones. Vio venir a Juan, que había abandonado el servicio de los Moglia, y no la satisfizo la razón que él la dio.

—Si tu tío quiere correr con tus estudios, que venga antes A hablar conmigo. Y tú vuelve a los Moglia...

Con esto, le cerró la puerta.

Era ya de noche, y Juan, rendido por el trabajo del día y por la larga jornada, no tuvo alientos para volverse. Además, los Moglia no lo recibirían.

Avergonzado de haber obedecido a quien no tenía autoridad sobre él, y sólo porque le mandó algo que le gustaba, quedó un rato delante de su puerta.

No se animó ni a llamar ni a alejarse, y resolvió esperar la venida del tío Miguel oculto en un foso contiguo a una cerca, miserable refugio para noche tan cruda.

En la madrugada lo despertaron los cascabeles de los carritos que iban al mercado. Permaneció escondido, temeroso de que Antonio lo descubriese.

Por fin, apareció el tío Miguel y habló con la madre.

Pero el buen hombre había prometido más de lo que pudo cumplir. No se halló escuela para Juan, sea que no hubiese vacante, sea que el tío no quisiera soltar las liras que costaba la pensión.

Entonces Don Calosso, el viejo capellán de Murialdo, recibió en su casa a Juan y prosiguió sus lecciones.

—No te preocupes del porvenir. Vivirás conmigo, y cuando yo muera, te dejaré en situación de proveer a tus estudios.

También aquella ilusión se desvaneció. Ese mismo año Don Calosso murió repentinamente sin hacer testamento, y su discípulo quedó otra vez en la calle.

Cuenta Don Bosco en sus Memorias, que tuvo por entonces otro sueño, en que fue gravemente amonestado porque había puesto su confianza en los hombres y no en su Padre Celestial.

IV

LA SOCIEDAD DE LA ALEGRÍA

Una de esas brumosas mañanas de invierno, se presenta a la escuela comunal de Castelnuovo un extraño alumno.

Los caminos están fangosos por la persistente llovizna, Lo han visto llegar por el rumbo de los Becchi, los zapatos en la mano, para no embarrarlos, y un zurrón de pastor a la espalda. Lo cual indica que es pobre, que se trae consigo el almuerzo, un pedazo de queso y otro de pan, y que no piensa volver a mediodía.

Pero si es tan pobre y tan rústico, ¿por qué pretende estudiar? Sobre todo, ¿por qué va a la escuela por primera vez a una edad en que todos han pasado ya varios cursos?

Los escolares, reunidos, son instintivamente crueles, y acogen al nuevo alumno con risas maliciosas, que agravan su timidez.

Una cosa es contar cuentos y hacer pruebas en el prado de los Becchi; otra, afrontar las burlas de toda una clase en una escuela donde se va por primera vez.

Ni siquiera el maestro le hace buena cara. Y helo aquí como un delincuente en presencia de la policía.

— ¿Cómo te llamas?

—Juan Bosco.

— ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

— ¿A qué escuela has ido antes?

—A ninguna.

El maestro, que es sacerdote y enseña latín, mira con desdén al nuevo discípulo. Se llama Don Virano, buen hombre en el fondo, pero de cáscara amarga.

— ¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Cuidaba las vacas en mi aldea, y he estado al servicio de los Moglia de Moncucco.

En la escuela hay, justamente, un profesor pariente de aquellos Moglia; pero Don Virano no sabe quiénes son los de Moncucco, y se encoge de hombros.

— ¿Y ahora se te ocurre aprender latín?

Lo dice con tal desabrimiento, que Juan no osa responder. Los otros escolares permanecen quietos en sus escaños, conteniendo la respiración para no perder una palabra de aquel diálogo, que hace sudar sangre al nuevo alumno.

El maestro, que no siempre logra mantener tan juiciosa su clase, comprende que tiene público propicio y prosigue su interrogatorio.

—¡Conque cuidabas las vacas y ahora quieres aprender latín! ¿Y para qué quieres aprender latín?

Juan tiene lágrimas en los ojos. Le repugna descubrir el misterioso tesoro de su vocación delante de todo el mundo; pero le interrogan, le hacen un gran silencio; debe responder.

—¡Quiero ser sacerdote!—exclama con la garganta apretada por un sollozo.

Los muchachos estallan en una carcajada cruel. El maestro, pesaroso de haber provocado esas risas, palmea en la mejilla a su

nuevo alumno y le señala un puesto en las últimas filas, adonde Juan va a sentarse avergonzado y lloroso.

Algunos días después, Don Virano dice al Boschetto:

—Antes que el latín, debes aprender el italiano...

Es una manera de sacar de su clase a aquel rústico pastor de los Becchi. Lo pasan a una clase inferior. Nuevas escenas. Nuevos interrogatorios. Sus condiscípulos se sienten estimulados a burlarse de él. ¡Vaya una edad para empezar la gramática!

Además es muy pobre. Llega siempre fatigado por una carrera de cinco kilómetros. Como el zurrón de pastor causa risa en los otros muchachos, lo deja en casa de una familia, que le permite a mediodía ir a comer su trozo de pan en el portal, más o menos al abrigo de la lluvia y del frío.

Algunas tardes, cuando llueve fuerte, no vuelve a casa y duerme allí mismo, acurrucado en el hueco de la escalera.

Esa fue la existencia de Juan a principios del año 31, cuando ingresó en la escuela comunal de Castelnuovo.

Su madre había hecho frente al despótico Antonio, amenazándolo con dividir judicialmente los bienes heredados del padre, para costear los estudios de Juan.

A Antonio no le convenía la división del prado, y consintió en que su hermano fuese a la escuela.

Por falta de dinero, Margarita pagaba al maestro con maíz, con porotos o vino. También con uno o dos de aquellos rústicos panes de centeno que ella, amasaba, duros al diente, pero sabrosos en la sopa.

Lo peor de todo era aquel largo camino a hacer dos veces por día. Le robaba tiempo y lo cansaba terriblemente.

Acabó por proponer a aquella familia, en cuyo portal dejaba el zurrón, que le diera alojamiento; le pagaría también con pan, granos o vino. Consintieron, y Juan quedó a vivir en Castelnuovo. Mas era tan poco lo que podía ganar, que en aquella casa no le daban más que el rincón para dormir, y sólo de tarde en tarde, por compasión, algún plato de sopa caliente.

Cada semana su madre le lleva un saco de pan, que debe ser su desayuno, su almuerzo y su comida, y durarle siete días.

Ahora sí que estudia; pero su maestro no lo toma en cuenta y jamás le pregunta las lecciones.

Cierto día da como deber una relación en italiano del episodio de Eleazar, que prefirió morir antes que comer las viandas prohibidas.

Juan, que lo ha oído contar a su madre, lo escribe con entusiasmo.

—*Perbacco!* —dice el maestro—. ¿Lo has hecho tú solo?

—Sí, señor.

— ¡No puede ser!

—Sí, señor; yo solo...

El maestro menea la cabeza y hace leer la composición a Don Moglia, quien declara Inapelablemente que Juan la ha copiado.

¡Nadie cree en el Boschetto!

Algún tiempo después, Juan logra que Don Virano lo admita en su clase de latín. Pero Dios ha dispuesto que Juan no dé un paso sin tropezar dolorosamente Cambian de profesor. En vez de Don Virano, viene Don Moglia, que tiene antipatía al pastorcito de los Becchi.

En su clase hay alumnos de varios grados; Juan está en el inferior. Un día Don Moglia dicta una versión latina a los del grado superior, y Juan se pone a hacerla, y, en terminándola, va a presentarla a Don Moglia para que la juzgue.

— ¿No te he dicho que un pastor de los Becchi no sirve para el latín? —le respondió ásperamente el maestro, sin cogerle siquiera el papel.

—Sí, si: pero hágame el favor, señor maestro, de leer mi composición.

Los otros alumnos, cuya amistad ha acabado por ganar el Boschetto, se ponen de su parte.

— ¡Sí, sí! ¡Léala, señor maestro!

Don Moglia la lee y se echa a reír despectivamente.

— ¿No tengo razón? ¡Nunca ninguno de los Becchi aprenderá latín! Bosco ha copiado la composición; es imposible que sea de él.

Uno de los alumnos siente la injusticia del reproche y se atreve a objetar:

—Si Bosco ha copiado su composición, es fácil descubrir de quién la ha copiado. ¡Haga examinar las de todos nosotros!

— ¡Qué me vas a enseñar a mí! — replica Don Moglia, obstinado—. Te digo que no puede ser de él, porque un pastor de los Becchi no está hecho para el latín...

¡Cierto! Había sido pastor, y ese año fue sastre, y herrero, y cantor de iglesias.

Todo oficio era bueno para él. No sólo aprendía lo que un día u otro podría servirle, sino que, de paso, ganaba algunos sueldos para costearse libros.

¡Qué pasión la suya por los libros, que preparaban los caminos de su vocación!

En una librería de viejo ha visto las obras ascéticas de San Alfonso de Ligorio, y sueña con poseerlas. Pero son varios tomos y cuestan veinte liras. ¿Cuándo será dueño de veinte liras?

Ayuda en la fragua a un maestro herrero, que está forjando una reja. En esto oye al otro aprendiz que el domingo, en el vecino pueblo de Montaña, se celebrarán grandes fiestas y habrá una cucaña con premios.

El herrero escupe en las brasas con desdén.

— ¡Ya me imagino los premios que pondrán esos de Montada! Un pañuelo, un salchichón, tal vez un frasco de mal chianti. ¡Y vaya uno a romperse la cabeza!

El aprendiz, que es de Montaña, responde:

—Sí, señor; va haber un pañuelo de seda, un gran sal chichón y, además... ¡veinte liras!

Esa noche Juan sueña que ha trepado a la cucaña, que ha ganado las veinte liras, y que las obras ascéticas de San Alfonso están en su poder.

¿Sabéis lo que es la cucaña? Un largo mástil plantado en medio de una plaza. Tiene en la punta varios premios, que gana el que lo trepa y los coja.

La dificultad es que han pulido a garlopa aquel mástil, que no ofrece puntos de apoyo y, además, lo han jabonado.

No se concebía entonces una fiesta popular sin el juego de la cucaña.

Juan piensa en las obras de San Alfonso. ¿Por qué no? ¿Acaso el latín le ha hecho perder su habilidad de saltimbanqui?

Acude a Montaña el domingo, después de misa. Efectivamente, en la plaza hay una cucaña con una banderita en la punta, que debe ser el pañuelo. Hay otros premios que no se advierten desde abajo, pero si un grueso salchichón y un bolsillo.

— ¿Qué hay en ese bolsillo?—pregunta tímidamente.

— ¡Veinte liras! Si te animas a disputarlas, corre a inscribirte, porque ya va a comenzar la prueba.

Juan se inscribe entre los que, por turno, van a intentarlo, y espera el momento.

Uno a uno van trepando los que intentan la hazaña. Mas no bien se les llenan las manos y las rodillas de jabón, ¡brum!, al suelo. Ninguno pasa de la mitad, y el público se ríe y aplaude.

— ¡Vamos, Bosco! ¡A ti ahora!

Juan se abraza al palo. Si lo viera Don Moglia, diría: "¡Para eso sí puede valer uno de los Becchi; pero no para aprender latín!"

Todos habían comenzado atropelladamente. Juan, al contrario, avanzaba despacito, cruzando las piernas a cada paso y descansando en los talones y limpiándose las manos de aquel unto traidor. Es vigoroso y astuto. Pasa la mitad, de donde han caído todos. Más arriba hay más jabón, porque nadie lo ha tocado; pero también el mástil es más fino y sus manos de pastor o de herrero, lo abarcan más fácilmente.

La multitud lo contempla. Nadie respira. ¿Será posible que un extraño al pueblo gane la cucaña? Así es. Juan llega a la punta del palo, coge el bolsillo y el salchichón. Desdeña el pañuelo y los otros premios, para que pueda seguir el juego, y baja, aplaudido, sin mucho entusiasmo, por las gentes de Montaña.

El salchichón le servirá para retribuir al maestro herrero, que le enseña el oficio, y con las veinte liras comprará las obras ascéticas de San Alfonso.

En las vacaciones del año 31, Juan dice a su madre que en la escuela de Castelnuovo no puede aprender mucho. En dos años ha pasado todos los cursos. ¿Por qué no mandarlo al liceo de Chieri, donde hay también un seminario?

Siempre la misma razón. ¿Con qué pagar el colegio, y el ajuar del colegial, y el hospedaje? Juan es ya un mozo, pero conserva el ingenio fecundo y amable del Boschetto.

Se echa al hombro dos sacos vacíos y se va a llamar a la puerta de los vecinos pudientes.

— ¿Quién quiere dar un puñado de porotos, o un pan, o un queso, para hacer un sacerdote?

— ¿Dónde está el sacerdote?

—Yo soy el que quiere serlo, pero no tengo con qué pagar la pensión en Chieri, ni los libros, ni la ropa. Una buena mujer oye aquel diálogo de Juan con los vecinos, y en pleno mercado de Castelnuovo se pone a lamentar que no haya quien costee los estudios de un joven de su aldea, que ya predica mejor que muchos viejos Párrocos,

Algunos señores del pueblo consienten en prestarle ayuda. Los vecinos de los Becchi se cotizan también: quién da trigo, quien harina de maíz, quién un saco de papas. Y uno, que por su pobreza no puede ofrecer más, se brinda a llevar gratis a la madre y al hijo su baúl y sus provisiones hasta Chieri, en su carrito.

Para un lugareño, Chieri es toda una ciudad. No cuenta más que nueve mil habitantes; pero posee muchas hilanderías, un

seminario, un colegio, algunos conventos y muchas iglesias y hermosos palacios.

Aquel mocetón, pobremente vestido, con zapatos de aldeano y gruesas manos de herrero, no tiene traza de estudiante.

El profesor lo recibe con una ducha fría delante de toda la clase.

— ¡Este que llega, o es un gran talento, o es un gran burro!... ¿Qué me dices tú?

Juan ya no era el tímido pastor a quien desconcertaban aquellas acogidas. Su corazón tenía la inexpugnable fortaleza de los humildes. Respondió sencillamente:

—Soy algo entre esas dos cosas que dice usted, señor profesor: un muchacho que tiene buena voluntad y deseos de aprender.

El profesor, seducido por tanta simplicidad, replica:

—Pues si es así, estás en buenas manos; yo te ayudaré.

No tardó el nuevo alumno en distinguirse y hacer dos o tres grados en un solo curso. Era vivo de carácter, propenso a la cólera más que a la paciencia, pero sencillo y afectuoso, y fácilmente se ganaba amigos.

Una mañana olvidó de llevar a clase el texto de Cornelio Nepote, que iban a explicar, y para que el profesor no lo advirtiera, abrió en su pupitre la gramática de Donato.

El profesor lee la vida de Agesilao y la comenta, y de pronto, dice a Juan que repita la lectura. Juan se pone de pie, y con el otro libro en la mano, finge que va leyendo, ¡Qué había de leer! Repite palabra por palabra lo que acaba de oír. Los alumnos advierten la superchería, y con su entusiasmo lo descubren. El profesor pide el

libro a Juan y, al ver que es otro, queda espantado de aquel fenómeno.

— ¡Una memoria semejante es una verdadera fortuna! ¡Bosco, procura servirte bien de ella!

En esas vacaciones su memoria le ganó unas lecciones de literatura y un nuevo oficio: el de caballerizo, del cual se sirvió para aprender a montar como un artista ecuestre.

El cura párroco de Castelnuovo, Don Dassano, lo había hallado en los campos cuidando unas vacas y leyendo un libro en latín. Valía la pena ayudar a aquel mozo.

— ¿Quieres ir mañana a la parroquia? Veremos cómo anda tu latín.

Al día siguiente Juan fue a Castelnuovo, a casa del cura, que estaba ocupado en ese momento y se limitó a prestarle un librote, señalándole un capitulo.

—Apréndelo de memoria, y vuelve dentro de ocho días. Juan se sienta en la plaza, a la sombra de la Iglesia, en un sitio silencioso, y se lee el capítulo Indicado, y otro, y otro. ¡Ya está! Vuelve a la parroquia.

— ¿Qué quieres ahora?

—Ya lo he aprendido.

— ¡No puede ser!

—Y también el capítulo siguiente, y otro más todavía. Sin variar una coma, recita lo que acaba de leer. Don Dassano cierra el libro, se echa los anteojos sobre la frente y propone:

—Si te acomoda, puedes venir todos los das. Cuidarás de mi caballo y yo te daré lecciones de latín.

— ¡Y yo de literatura italiana!—exclama el vice párroco, que ha presenciado la hazaña.

Juan empieza a ir diariamente a Castelnuovo. Entre una lección de latín y otra de literatura, limpia la caballeriza y prepara la ración del caballo en que el párroco visita a sus feligreses de la campaña.

Muchos días Don Dassano se queda en el presbiterio, y no queriendo privar de ejercicio a su caballo, manda a Juan que lo pasee de la rienda por los caminos.

¿De la rienda nada más? ¡Vaya! Juan recuerda haber visto en los circos saltar sobre un caballo lanzado a la carrera, y ponerse de pie sobre el lomo, y seguir con tanta seguridad como si fuera montado.

Al cabo de unos das, y a costa de algunos golpes, él puede hacer lo mismo.

Aunque estas proezas estaban en el temperamento sanguineo y vivaz del muchacho, no las realizaba por simple afán de diversión. Estaba seguro de que, en una forma u otra, utilizaría todo lo que iba aprendiendo, por extraño que fuese.

Por de pronto, el ser más diestro y más fuerte que sus camaradas le da ascendiente sobre ellos. Ya hay un grupo que le sigue dócilmente, En los días de fiesta, en Chieri, esos muchachos no saben divertirse sin Juan.

— ¿Qué haremos hoy, Bosco?

—He pensado en una cosa: vamos a fundar una sociedad.

— ¿Qué es eso?

—Y he pensado el nombre que le vamos a poner. Se llama *Sociedad de la Alegría*, porque nos reuniremos para estar siempre

alegres. Una sociedad es esto: una reunión de muchachos que trabajan y estudian durante le semana, y el domingo se divierten... ¿Quién quiere ser de mi sociedad?

Más valiera preguntar quién no quiere ser. Como él he sacado una libreta para apuntar sus nombres, todos se disputan el ser de los primeros.

— ¡Un momento!... Ustedes quieren ser de la *Sociedad de la Alegría*, pero yo tengo que imponer condiciones.

— ¡Di cuáles!

—La primera, que yo no admito socios aficionados a malas conversaciones. El que diga blasfemias, o juramentos, o palabras indecentes, no puede ser de mi sociedad.

— ¡Aceptado!

— ¡Tampoco salero socios ladrones! El otro día, un camarada me invitó a robar dinero a doña Lucía, la buen señora que me hospeda, para comprar caramelos... ¡Eso es ser ladrón! ¡Yo no quiero ladrones!

— ¡Aceptado!

—Ni quiero socios que en el colegio sean díscolos y desaplicados.

— ¡Claro está! —dijeron todos, impacientes por terminar aquel preámbulo.

—Pero eso no basta. Aunque sean buenos estudiantes, si no son buenos cristianos, no me convienen para compañeros y no los necesito en mi sociedad... ¿Aceptáis estas condiciones?

¡Ya lo creo que aceptan! Juan apunta los nombres de doce o quince camaradas, guarda su libreta y, como primer acto social, les

propone visitar a una Señora que los va a ayudar mucho a estar siempre alegres.

— ¡Seguidme!

Toma el camino de San Antonio, iglesia de los jesuitas en Chieri, y lleva a sus muchachos ante el altar de la Virgen y les hace rezar tres avemarías.

En saliendo, les dice:

—Esta es la Señora que nos va ayudar. Ahora..., ¡vamos a Turín!

Se acercan a un vendedor de castañas asadas que tiene su hornillo en la plaza misma, y se pone a repartir copiosos puñados entre sus compañeros. Luego saca una moneda de plata, sus ahorros de Dios sabe cuánto tiempo, y paga con gesto de millonario.

— ¡A Turín!

La capital del Piamonte dista quince kilómetros de Chieri, y es la corte de un nuevo rey, Carlos Alberto, coronado en aquella estación.

Tienen que andar tres leguas, pero ¡qué alegre es el camino cuando se tiene esa edad y se marcha cantando, con las manos en los bolsillos..., en los bolsillos repletos de castañas calientes!

V

LA VOCACIÓN

Al año siguiente, doña Lucía, la mujer que lo hospeda en Chieri, se va de la ciudad, y Juan tiene que buscarse otro sitio en donde vivir, sin que le cueste mucho.

Se le ocurre que un pariente, que acaba de instalar un café con billar y confitería, podrá cederle un rincón para dormir. Se llama José Planta y es un buen hombre. Dispensa al Boschetto la mejor acogida. Pero la casa es pequeña —el café ocupa la mayor parte— y no puede ofrecer a su joven pariente más que un hueco arriba del horno, donde se cuecen pasteles y caramelos.

— ¡Hombre! ¡No está mal para las noches frías!— piensa el estudiante, y se decide a meter su baúl y su cama en aquel agujero.

Bueno; pues José Planta no le cobrará nada por el dormitorio que le ha cedido, ni por el pan y la sopa que le dará dos veces al día; pero él tiene que ayudarle en el café. Lo encarga del billar. Debe apuntar los tantos que hagan los jugadores y cobrarles conforme al tiempo que pasen jugando.

Los jugadores no tardan en advertir la cara avinagrada del muchacho cuando sueltan una blasfemia o se descarrilan en una mala conversación. Algunos se contienen, pero otros ponen la queja al patrón: con ese testigo no pueden jugar a gusto.

Juan pasa a la trastienda, donde se fabrican los dulces y las masas. Tanto mejor: aprenderá el oficio de confitero. Al poco tiempo, no sólo sabe confeccionar toda suerte de tortas y pasteles, sino que ha inventado algunas recetas.

El patrón está encantado y le propone que abandone sus estudios y se haga confitero, y le ofrece un jornal. Juan no acepta. Planta ofrece jornal doble. Juan vuelve negarse.

— ¡Ya sé lo que tú quieres! —exclama Planta, regocijado de su propia malicia—. Esta vez no te negarás. Te ofrezco asociarte en mi negocio. Ahora te daré el tercio de las ganancias, y dentro de dos años, la mitad... ¿Qué tal? ¿Te acomoda?

Y, temiendo de la terquedad del mozo una tercera negativa, le pide que lo piense y le responda al otro día. Juan, sonriendo, se va ese día a clase. Se imagina la cara que pondría su madre si le dijese que va a dejar los estudios para ser confitero.

La *Sociedad de la Alegría* había progresado. Ya eran más de veinte socios, que le aguardaban todos los domingos en la Puerta Turinesa o en la plazuela de San Antonio, según lo disponía él la víspera.

Aconteció, sin embargo, que empezó a relajarse la disciplina, porque llegó a Chieri un saltimbanqui a dar representaciones, precisamente en la plaza, frente a la iglesia, a la hora en que los socios asistían al catecismo.

El primer día, cuando sonó la trompa del charlatán, unos cuantos socios abandonaron la devoción y se fueron a ver las pruebas. El segundo día, la desbandada fue general, y Juan se fue con ellos. A mal tiempo, buena cara. A ver cómo salía del paso y recobraba el prestigio ante sus indisciplinados camaradas.

Denso público hay alrededor del charlatán. Juan lo observa sin decir palabra. Pronto advierte sus defectos. Cualquiera de sus pruebas él las puede hacer, y mejor, pues en esos últimos tiempos, para entretener a sus compañeros, se ha ejercitado mucho en esas artes.

"Si en los prados de Murialdo —dice él mismo, con toda sencillez, en sus *Memorias*— era un pequeño discípulo, ese año había llegado a ser un regular maestro".

El saltimbanqui, mirando a Juan, de quien alguien le ha hablado, grita que todos los alumnos del colegio de Chieri, juntos, no son capaces de hacer una sola de sus pruebas.

Es un verdadero desafío, que irrita a los muchachos de la *Sociedad de la Alegría*. El prestigio de su jefe está en peligro. Hay que recoger el guante.

—Me comprometo —anuncia el charlatán— a cruzar Chieri de punta a punta, por su calle más larga, en dos minutos y medio.

Y pasea su mirada insolente sobre el grupo de los colegiales, abochornados y furiosos.

Hasta que se oye la voz tranquila de Juan:

—Yo lo cruzo en dos minutos...

Sensación de alivio y de admiración. Siempre es fastidioso que un extraño se jacte de vencer a toda la ciudad. El charlatán se echa a reír.

—Apuesto veinte liras, si quieres correr junto conmigo.

—No las tengo —responde Juan.

— ¡Nosotros las tenemos! ¡Nosotros te las damos! —contestan los socios de la *Alegría*.

En ese instante, reuniendo su dinero, alcanzan la suma. Nombran un juez de la carrera. Juan se santigua antes de partir.

Su enemigo lo aventaja durante el primer minuto; pero luego Juan lo iguala, lo pasa y, mucho antes de llegar a la meta, le quita toda ilusión de ganar. El saltimbanqui se vuelve furioso:

— ¡Cómo se conoce que has corrido detrás de las vacas de tu país!

—Pero nunca delante de un burro, hasta hoy —le contesta uno de la ciudad, entusiasmado por la proeza de Juan.

¡Vamos a ver! Apuesto el doble a que no saltas el canal del agua. Me gustará verte nadar como un gato. ¡Cuarenta liras!

Vuelven a cotizarse los espectadores, y las cuarenta Iiras del uno y las cuarenta Iiras del otro van a manos del juez, y todo el concurso se dirige a un sitio donde pasa un canal de riego que tiene al borde un pretil de piedra. El charlatán se coloca en posición, balancea el cuerpo y salta, y va a caer al pie mismo de aquel parapeto. Ir más allá, ni siquiera un centímetro, es imposible.

Juan considera el negocio, y desde lo íntimo de su corazón Invoca a la Virgen. Si él quiere ganar, no es por amor propio, ni por codicia, sino por conservar su autoridad entre sus muchachos.

Se coloca en posición y se lanza, pero no se detiene junto al pretil, sino que apoya las manos en él, da un salto mortal y cae de pie al otro lado.

Una salva de aplausos lo premian. Las ochenta liras son suyas.

El charlatán no se da por vencido, y apuesta de nuevo sobre otra hazaña, y vuelve a ganar Juan; y, por última vez, queriendo

desquitarse de un solo golpe, apuesta cien liras a quién llega más alto por las ramas de un árbol que allí crece.

De buena gana Juan renunciaría a aquel juego, aunque debiera devolver el dinero. Se acuerda que en su niñez, por sacar un nido, cayó de arriba de un árbol y por poco se mató. Pero, como ocurre siempre, su público empieza a compadecerse del charlatán, que ha perdido ya cien liras, y no dejará echarse atrás a su campeón. Lo justo es que le ofrezca esa última ocasión de desquitarse.

— ¿Vamos por las cien liras? —interroga el otro, seguro esta vez de su victoria, al ver la incertidumbre de Juan.

— ¡Vamos! —responde éste, sin mayor entusiasmo.

Su rival se abraza al tronco del árbol, que es un olmo joven, delgado y flexible, y trepa con la agilidad de un mono, y sube tan alto, que desde abajo le gritan: "¡Basta, basta! ¡Se va a romper la rama y te vas a matar!"

— ¡Esta vez sí que pierde Bosco! —dicen a media voz sus propios partidarios.

Juan se quita la chaqueta, se vuelve a santiguar y, sin decir palabra, empieza a trepar. Todos guardan silencio, porque la prueba es decisiva y peligrosa. Llega al punto donde se ha detenido su rival; allí las ramas crujen amenazadoras. Se ve que vacila un instante; pero, agarrándose firmemente con sus recios puños de campesino, se pone cabeza abajo y empieza a levantar las piernas. Es un juego fácil en la barra fija; pero a quince o veinte metros de altura, sin más apoyo que dos endebles ramas de un árbol que se bambolea, la cosa tiene su mérito. ¡Ya está! Sus pies sobrepasan un metro el punto adonde llegó su rival.

¡Con qué delirio lo aplauden! ¡Ha salvado el honor de Chieri y ha ganado una pequeña fortuna!

El santimbanqui está lívido y mira desesperadamente a su vencedor.

—Hagamos un trato —le propone éste—. Yo te devuelvo tus liras, pero tú nos pagas un almuerzo a todos los socios de la *Alegría* en la *Fonda de la Mula.*

— ¿Cuántos son los socios?

—Veintidós; conmigo, veintitrés…

— ¿De veras? ¿Me propones eso? ¡Vamos allá!

A dos liras por cabeza, en los tiempos del rey Carlos Alberto, en la *Fonda de la Mula*, en Chieri, se almorzaba opíparamente. Y así lo hicieron, con gran regocijo.

Inútil agregar que nunca más el saltimbanqui volvió a hacer sonar su trompeta frente a San Antonio a la hora del catecismo de los jesuitas, donde se reunían aquellos alegres muchachos con su invencible capitán.

Aquellas satisfacciones no llenaban el corazón de Juan. Tenía presente el sueño misterioso en que vio millares de muchachos a quienes debía enseñar y conducir. Los socios de la *Alegría* eran pocos. ¿Dónde estaban los demás?

Aprovechaba todos sus momentos de libertad para recorrer las calles de Chieri. En lugares apartados solía encontrar grupos de chicos de la calle, vagabundos sin parientes y sin hogar.

¿No eran esos los lobos, los zorros, los animales ariscos del sueño, a los que debía convertir en corderitos mansos?

¡Allí ponía de manifiesto su ingenio y sus artes de prestidigitador! Se sentaba en un banco, o en un montón de

ladrillos, se ponía a jugar solo, y a hacer pruebas con los dados, con la baraja, con una pelota. No tardaba en verse rodeado por un corro de admiradores.

Les ofrecía enseñarles aquellas pruebas, los entretenía hasta ganar su confianza y, fingiéndose cansado guardaba sus enseres y se ponía a contarles un episodio de la Historia Sagrada, con tal vivacidad y colorido, que los retenía embobados.

— ¿Es posible que nunca hayáis oído esto?

Los chicos respondían que no.

—Pero ¿no habéis ido nunca a la iglesia de San Antonio? Allí hay un hermosísimo cuadro en que está pintado esto. ¿No lo habéis visto? ¡Qué lástima! ¿Queréis que yo os lo muestre? ¡Vamos allá!

Los conducía él mismo, y después de mostrarles la preciosa pintura, les hacía rezar un avemaría delante de la Santísima Virgen, la madre de los chicos de la calle, huérfanos o abandonados.

Los pobres chicos sentían fundirse en su corazón la costra de impiedad y llegar hasta ellos un rayo de ternura, y acababan rogando a Juan que otro día los fuese a buscar.

Al anochecer volvía el Boschetto al café de Planta. Allí lo esperaba Jonás, su mejor amigo, un joven de su edad, judío de religión, que le enseñaba a cantar y a tocar el piano.

En esa época, los israelitas eran malquistos en los pueblos cristianos, y estaban obligados a vivir en barrios especiales, el famoso *gheto*. ¿Cómo se había hecho Juan aquella relación? Alquilando libros un sueldo por día y por tomo a Elías, un librero

judío, que a veces le permitía leerlos en su tienda sin cobrarle nada. Jonás era hijo suyo.

Juan tenía disposiciones excepcionales para la música, y aprendió bastante con el joven israelita, y le pagó muy bien sus lecciones convirtiéndolo al catolicismo. Y fue Jonás, hasta muy viejo, un grande amigo del que más tarde fue Don Bosco.

Próximo a terminar el año escolar, volvió José Planta a proponerle entrar en el negocio de su confitería, y como Juan le respondiese negativamente, se empeñó en que había de explicarle por qué razón no aceptaba tan ventajosa oferta.

El Boschetto le respondió con sencillez:

—Es que yo quiero ser sacerdote.

El otro lo mira con respeto y compasión mezclados, y lo deja en paz, juzgando que los estudios lo están volviendo loco.

Porque para seguir la carrera eclesiástica hasta el fin, se necesitan nueve o diez mil liras. ¿De dónde las va a sacar el mísero Boschetto?

Así es. ¿De dónde las va a sacar? ¿Acaso aquella pobreza crónica y las dificultades con que tropieza a cada paso no son indicios de que Dios no quiere que sea sacerdote?

Su pensión en el colegio es de 21 liras por mes, y entonces ha podido pagarla porque tres señores de Castelnuovo se han comprometido a darle siete liras cada uno, hasta el fin del año escolar.

Juan ve con tristeza aproximarse las vacaciones. ¿No podrá volver nunca más al colegio? En aquella angustia, un fraile franciscano, amigo suyo, del convento de la Paz, de Chieri, le

propone ingresar en su comunidad, y le promete que el superior lo eximirá de la suma que debe aportar todo novicio.

Juan se llena de gozo. La Providencia parece mostrarle su verdadero camino.

En sus *Memorias* describe lo que pensaba en aquella época: "'Si me hago clérigo secular, mi vocación corre gran peligro de naufragio. Renunciaré al mundo; iré a un claustro; me entregaré al estudio y a la meditación, y combatiré mis pasiones, especialmente la soberbia, que en mi corazón ha echado profundas raíces".

Resuelto a hacerse franciscano, fue a pedir ciertos documentos al párroco de Castelnuovo, Don Dassano, y le explicó su propósito.

No bien salió Juan de la casa parroquial, Don Dassano corrió a comunicar a Margarita Bosco los planes de su hilo.

En el país hacen falta buenos sacerdotes seculares para los muchos curatos que existían. El Boschetto prometía ser de los mejores; pero si se entraba de fraile, no podría ejercer su ministerio donde el párroco deseaba.

Don Dassano no conocía bien a Margarita Bosco y se lo argumentó de tal manera que produjo en el ánimo de aquella mujer apostólica un efecto contraproducente.

—Trate de disuadir a su hijo de tal propósito. Usted envejece. Un día no podrá valerse. Si Juan entra en un convento, ¿quién la sostendrá?

Margarita no contestó nada. Esperó que Don Dassano se alejase; se echó el manto a la espalda y se fue a Chieri, con las manos vacías para llegar más pronto.

— ¡Juan, hijo mío; acabo de saber esto, esto y esto!

Juan agachó la cabeza.

—Es verdad, pero no creía necesario avisarle, porque todavía hay muchos trámites que hacer... ¿Qué dice usted? ¿Me da permiso?

—Y bien, hijo; lo que yo tengo que decirte es que debes examinar primero cuál sea tu verdadera vocación, y luego seguirla sin mirar para atrás, a nada ni a nadie. ¡Antes, la salvación de tu alma! Don Dassano quiere que yo te niegue el permiso para ser fraile, porque el día de mañana puedo necesitar de ti. Y yo te digo: en estas cosas yo no entro. Yo de ti no quiero nada ni espero nada. He nacido en la pobreza; he vivido en la pobreza; quiero morir en la pobreza. Y ahora te digo solemnemente que si te hicieras sacerdote y, por desventura, llegaras a ser rico, yo no iría nunca más a verte. ¡Recuérdalo bien!

El tono, la actitud, las palabras de la madre se le quedaron grabados a fuego para toda su vida. "Si, por desventura, llegaras a ser rico..."

Durante cincuenta años, por las manos de Don Bosco han pasado más millones que por las de muchos banqueros. Aquella montaña de oro con que edificó templos, y escuelas, y talleres, y hospicios en todas partes del mundo, no contaminó su corazón.

¡Qué pobre de espíritu aquel gran tesorero de la Providencia! Las palabras sublimes de su madre no habían caído en tierra estéril.

Puesto que su madre no se oponía, Juan se confirmó en su propósito de hacerse fraile. Por los días de la Pascua del año 34, fue a Turín y solicitó su Ingreso en la Orden franciscana.

Se le sometió a un examen riguroso. En el libro de los Conventuales Reformados se registra su aceptación en estos

términos: *"Anno 1834, receptus fuit in conventu S. Miriae Angelorum Ord. Reform. S. Francisci juvenis Joannes Bosco a Castronovo, natus die 17 augusti baptizatus et confirmatus. Habet requisita et vota omnia. Die 18 aprilis"*.

El convento al cual iba a pertenecer era el que él amaba, por la frecuencia con que lo había visitado y su amistad con algunos conventuales: el de la Paz, de Chieri. Todo estaba dispuesto, cuando soñó una cosa extraña.

"Me pareció ver —cuenta él mismo en sus *Memorias*— multitud de aquellos religiosos, con los hábitos revueltos, corriendo unos en sentido contrario a los otros. Uno de ellos se me acercó y me dijo: "Tú vienes aquí a buscar la paz, y aquí no la encontrarás. ¡Mira cómo están tus hermanos! Otro sitio, otra mies te prepara Dios. Quise preguntar algo a aquel religioso, pero me desperté".

Profundamente impresionado, consultó a su confesor, el cual, oyendo hablar de sueños y de frailes, no quiso comprometerse, y le contestó secamente:

—En este negocio no me meto. Cada cual siga sus inclinaciones y no los consejos ajenos.

Andaba el joven sumergido en esta dolorosa perplejidad, cuando un amigo da Castelnuovo, un simple herrero, en cuya fragua había trabajado más de una vez, le hizo una indicación.

—No decidas nada sin consultar con Don Cafasso.

Este era un sacerdote afamado por su virtud y su discreción, que vivía en Chieri y a quien Juan conocía. La verdad es que no se le había ocurrido consultarlo.

Fue en su busca, le explicó su asunto y le pidió su opinión. Y Don Cafasso le respondió:

—No decidáis nada ahora; proseguid los estudios, entrad en el arruinarlo y allí esperad la indicación del cielo, que no os va a faltar.

El hecho es que Juan no tenía materiales para seguir ese consejo. En las vacaciones habitaba la casa de su madre que vivía ahora en Sussambrino, con su hermano José, que se había casado.

Se ocupaba en toda suerte de trabajos; era zapatero, o labrador, o herrero, o carpintero, y leía en sus ratos libres y enseñaba la doctrina a los chicos de la aldea.

Por entonces cayeron en sus manos unos libritos de la Obra de la Propagación de la Fe, fundada en Francia, y que empezaba a extender su acción en Italia.

En ellos se refería la prodigiosa labor de los misioneros, que llevaban el Evangelio a países remotos y salvajes y sufrían el martirio por su fe.

El corazón generoso de Juan se inflamó. Allí estaba la clave de su sueño. Los lobos, y los osos, y los otros animales eran los crueles mandarines del Tonkin, y los emperadores de la China, y los antropófagos del Africa. A ésos tenía que convertir en corderos, obedeciendo a la voz de su misteriosa aparición.

¡No, no estaba allí el secreto de su vocación!

Terminadas las vacaciones de ese año, hallamos a Juan instalado otra vez en Chieri, siguiendo el curso de Retórica 1834-1835.

Le costean la pensión el nuevo cura vicario de Castelnuovo, Don Cinzano, y otros protectores, que fundan grandes esperanzas en el pobre Boschetto.

Por ocho liras al mes tenía alojamiento y comida en casa de un tal Tomás Camino, sastre, que vive en la plaza de San Bernardino, cerca de la iglesia de San Antonio adonde el joven oía misa casi todas las mañanas antes de ir a clase.

Buen hombre el tal Camino. Primero le enseñó a pegar botones con pescuezo y a hacer remiendos más o menos invisibles, y cuando le tuvo confianza, le prestó las tijeras y le permitió cortar chaquetas y pantalones para sus parroquianos, que no eran muy exigentes.

Buen hombre, pero de ideas harto simples. Poco a poco se le entró en la mollera que Juan era brujo y tenía pacto con el diablo, y lo acusó a la autoridad eclesiástica. En aquellos tiempos esa acusación era más peligrosa que hoy. Aunque no llegara a quemarse vivos a los, hechiceros como en otras épocas, los convictos de artes diabólicas sufrían graves sanciones, por ser considerados explotadores maliciosos del pueblo ignorante o crédulo.

La verdad es que Juan, para divertir al dueño de casa y a sus amigos, echaba mano a sus artes de juglar, con tal perfección, que sus hazañas parecían exceder a las fuerzas del hombre.

Camino metía la mano al bolsillo y hallaba su dinero convertido en rodajas de cartón. Se enloquecía buscando sus anteojos, y los encontraba, después de la cena, en el fondo de la sopera de macarrones. Bebía, y el agua se le convertía en vino. Llenaba de vino el frasco, y, al verter, lo hallaba transformado en agua.

Se reía a veces, pero a veces se indignaba, y acabó formando un pésimo juicio del Boschetto, porque sus explicaciones no eran suficientes.

Un día Camino celebra su santo, invitando a comer a algunos amigos. Les anuncia con mucha prosopopeya, como especialísimo plato, un pollo en gelatina que él mismo había preparado. Los comensales aguardan el manjar con el agua en la boca.

Conociendo la buena pieza que es su huésped, y por temor a sus bromas, el sastre vigila a Juan y no lo deja arrimarse a la fuente del pollo, cubierta cuidadosamente.

Y en el momento oportuno, la trae él mismo, la coloca en el centro de la mesa y la descubre con toda ceremonia. Y he aquí que, en vez de un pollo en gelatina, salta un gallo vivo, que, al ver las luces, se pone a cantar.

No; eso no tiene explicación en este mundo. Son cosas del diablo: lo que se llama la magia negra.

Al día siguiente Cumino coge el sombrero y se va calladito a consultar con un tal Don Bertinetti, sacerdote vecino suyo. Don Bertinetti coincide con él; eso es magia negra, y él mismo lo denuncia a la autoridad eclesiástica.

Correspondía el asunto al arcipreste de la catedral, el canónigo Buzzio, que no se andaba con paños tibios en negocios de brujería.

Manda llamar al presunto hechicero. Juan llega, sospechando de qué se trata, muy serio por fuera, pero bailándole la risa por dentro e ingeniándose para salir airoso del enredo.

El canónigo está rezando el breviario: hay que esperar que termine. Luego entra un pobre, a quien Don Buzzio socorre caritativamente. En seguida es el turno de Juan.

El canónigo lo lleva a su gabinete, creyendo tratar con un redomado bribón; empieza su interrogatorio dando rodeos. Le

pregunta por sus creencias y su catecismo, y Juan le da contestaciones perfectas.

Le averigua en que se ocupa, qué gentes trata, a qué sitios concurre, y no deja de sorprenderse del estilo, sin sombras de malicia, del presunto mago.

El canónigo comprende que el mozo es más ladino que él, y le increpa;

—Está muy bien lo que tú me dices, pero no es lo que otros me han dicho de ti. Sé que penetras los pensamientos ajenos, que adivinas el dinero que uno tiene en el bolsillo, que haces ver negro lo blanco y lo blanco negro, que conoces el porvenir... Todo esto es imposible si no te sirves de la magia; aquí anda la mano de Satanás... Dime pues, ¿quién te enseñó esa ciencia? Dímelo todo confidencialmente, y te prometo no servirme de tu declaración sino para hacerte bien.

El acusado con la mayor tranquilidad, le responde:

—Señor arcipreste, concédame cinco minutos para contestarle.

— ¡Concedido! —dice el canónigo, frunciendo el ceño y temeroso de alguna trapisonda.

Pero tenga la bondad de decirme la hora exacta.

El canónigo mete la mano en el bolsillo; no encuentra su reloj. Juan sonríe imperceptiblemente.

—Si no tiene reloj, no importa. Présteme una moneda de cinco sueldos; allí veremos la hora.

Maquinalmente el canónigo vuelve a meter la mano con cierta inquietud. Busca de un lado, busca de otro. ¡Ni bolsa, ni reloj!

Creyéndose objeto de una diabólica burla, monta en cólera.

— ¡Bribón! ¡Servidor del demonio! Ya me has robado la bolsa y el reloj. Yo no puedo callar esto; mi obligación es denunciarte, y no sé cómo me contengo y no te doy aquí mismo una paliza.

¿Pensará alguien que el Boschetto se turbó? Es no conocer el maravilloso dominio que tenía sobre sus nervios. Su actitud era tan serena, que el canónigo se sintió abochornado de su exabrupto, y, dominándose, dijo:

—Hablemos amistosamente; explícame estos misterios. Yo tenía en la faltriquera reloj y bolsa con dinero. ¿Cómo han desaparecido? ¿Dónde están?

—Señor arcipreste —respondió respetuosamente Juan—, no hay aquí ningún misterio: todo es inteligencia rápida, preparación del terreno y ligereza de mano.

— ¿Qué inteligencia puede haber en esta desaparición de mi reloj y de mi dinero?

—Se lo explicaré en pocas palabras. Cuando yo entré, vuestra reverencia acababa de dar limosna a un pobre y había puesto la bolsa sobre el reclinatorio, y vi que mientras rezaba el breviario tenía el reloj sobre esta mesita. Vuestra reverencia pasó un instante a la otra pieza, y yo lo aproveché para esconder los dos objetos. Cuando volvió, no viéndolos, pensó que los tenía, como de costumbre, en el bolsillo, Sin embargo..., están aquí.

Levantó Juan una pantalla y aparecieron la bolsa y el reloj.

Se echó a reír el arcipreste y pidió a Juan otras muestras de su habilidad, las cuales se las dio el joven muy gustoso.

— ¡Bravo! —exclamó Don Buzzio, despidiéndolo—. A los que te acusen de artes diabólicas, les contestaremos que *ignorantia est magistra admirationis*.

Don Bosco, en sus *Memorias*, se acusa de aquellas travesuras con estilo encantador de franqueza y sencillez.

"Viéndome pasar los días con tanta disipación, alguno podrá pensar que yo descuidase el estudio. No niego que habría podido estudiar más; pero puedo asegurar que la atención en clase me bastaba para aprender cuanto necesitaba. Tanto más, que en aquel tiempo yo no establecía diferencia entre leer y estudiar, y con toda facilidad podía repetir la materia de un libro con sólo haberlo leído u oído leer. Además, mi madre me había habituado a dormir muy poco, y podía pasarme dos tercios de la noche, a la luz de una vela, sobre los libros, y tener el día entero a mi disposición para hacer escuela privada o repeticiones a otros, a lo cual me prestaba por caridad o amistad, si bien algunas veces me pagaban... De los tomitos de la Biblioteca Popular leía uno por día, y muchas veces me ocurrió que llegaba la hora de levantarme y yo todavía estaba en la *Década* de Tito Livio, cuya lectura había comenzado la noche antes. Esto arruinó mi salud de tal modo que durante años anduve próximo a la tumba. Por eso aconsejo a los jóvenes que hagan lo que se puede y nada más. La noche es para descansar. Exceptuando caso de necesidad, nadie debe, después de cenar, aplicarse a estudios científicos."

VI

SEMINARISTA EN CHIERI

De los muchos amigos que se hizo Juan entre los pastores de los Becchi y de Murialdo, los obreritos de Castelnuovo, los estudiantes de Chieri, hubo uno que entró profunda y tiernamente en su corazón.

Por él conoció la incomparable dulzura de la verdadera amistad y probó por él uno de los más acerbos dolores de su vida, tanto, que al perder a ese amigo estuvo a punto de morir, y se prometió no dejar atar nunca más su pobre corazón con lazos tan fuertes.

Y así lo cumplió.

Era a principios del año escolar, cuando no se conoce aún a todos los nuevos alumnos. El ya habitaba en casa del simple CUmino y había ido de visita a una pensión, donde alguien le dijo que iban a tener un santo por camarada en el colegio,

"Tomé el anuncio como una broma —cuenta él mismo—, y no hice caso".

A los pocos días advirtió la presencia de un nuevo condiscípulo, como de quince años. Parecía tímido, pero la timidez es una forma disimulada del orgullo, y aquél no era orgulloso: más bien, dulce y triste. Tampoco triste, porque la tristeza no se casa con la santidad. Era, en suma, un muchacho juicioso que, en medio

del tumulto de los demás, se destacaba por la reserva y la gracia de sus modales.

Juan, turbulento y aficionado a los juegos que requieren ingenio y fuerza, no se le acercó por entonces, ni siquiera recordó el anuncio que le habían hecho.

Pero un día vio que uno de sus camaradas pretendía que el nuevo jugase con él.

—Yo no sé jugar, no tengo práctica; haría una mala figura.

Existen en todos los colegios tipos de colegiales groseros y despóticos que, por ser más forzudos o más diestros, o simplemente más audaces, pretenden dominar a los otros, especialmente a los más débiles. ¡Ay de los indefensos que no se pliegan a su voluntad! Los burlan, los persiguen, los maltratan, provocan sobre ellos el desprecio de sus satélites y amigotes, que admiran todo lo que es prepotencia y vigor.

El que había invitado al nuevo era uno de esos jóvenes déspotas, que no por ser groseros dejan de ser, las más de las veces, cobardes. Por la humildad de la negativa, adivinó la debilidad del joven estudiante, y lo cogió autoritariamente del brazo.

— ¡Ven conmigo! ¡Si no vienes, te llevaré a puntapiés y a puñetazos!

—Pégame si quieres, pero yo no sé jugar.

— ¡Para que aprendas!

¡Plaf, plaf! Dos sonoras bofetadas en el rostro del nuevo. Juan corre, hirviendo de cólera. Cree que el ultrajado se animará a responder con otras bofetadas, y se apresta a ayudarlo.

Pero sólo escucha esta heroica respuesta:

—Si ahora estás satisfecho, déjame; yo no te guardo rencor.

El déspota, injusto y grosero, se siente humillado por aquella inverosímil mansedumbre. De buena gana se vengaría con nuevas bofetadas: pero los puños de Juan son famosos en el colegio, y sus ojos lanzan llamas de indignación. Más prudente es dejar la venganza para otra vez. Ese día conoció el Boschetto a Luis Comollo.

A Juan, exuberante de fuerza y de impulso, le hacía bien la mesura y la prudencia de Luis; y para éste era por todas las razones valiosa la protección de Juan.

Había otro muchacho, un tal Antonio Candelo, bondadoso y tímido al estilo de Comollo. Un día los más perversos se proponen aporrearlos.

El bravo pastor de los Becchi oye la gritería y llega a tiempo,

— ¡Cuidado con tocármelos ninguno! ¡San mis amigos! ¡Ay del que los maltrate!

¡Bah! Él es uno solo, y los otros son más de veinte. Su generosidad les parece una insoportable arrogancia. ¡Plaf, plaf! Llueven los trompis sobre los dos protegidos del Boschetto.

Pero éste, que no cuenta los enemigos, salta sobre ellos, y para aumentar la eficacia de sus golpes, coge a uno por las patas, lo revolea como un molinete y en medio minuto despeja el redondel,

No sea crea que Luis Comollo admira la hazaña. Le agradece su protección y le hace a la vez un reproche:

—Tu fuerza, querido Juan, me asusta. Créeme, Dios no te la ha dado para dominar a los compañeros. Su voluntad es que nos amemos, nos perdonemos y devolvamos bien por mal.

Bajo aquella dulzura se esconde, pues, una insospechada energía. Juan, el fuerte, queda cautivado. Es mayor que su amigo casi cuatro años y sabe mucho más que él; y, sin embargo, a su lado se siente como un discípulo que tiene mucho que aprender.

Un día, recorriendo juntos las calles de Chieri, pasan por delante de una iglesia. Y Juan inadvertidamente, no la saluda quitándose el sombrero.

— Tú, mi Juan, vas tan atento cuando tratas con los hombres, que no te fijas que pasas delante de la casa de Dios.

Otra vez, oyéndole recitar sin reflexión una frase de la Sagrada Escritura, le dice:

—La palabra del Señor no debe servirnos para cosas ligeras.

Aquel año terminó Juan la Retórica; llegaba el momento de entrar en el Seminario.

¡Qué pobreza la suya! No tenía para comprar su ropa. Todo lo proveyeron los vecinos de Castelnuovo. Uno, la sotana; otro, el manteo; quién, el sombrero; quién, un par de zapatos.

El 25 de octubre de 1835, en la iglesia parroquial de Castelnuovo, viste por primera vez el hábito clerical.

"Desde ese día —refiere en sus *Memorias*— tuve que preocuparme de mí mismo. Tenía que reformar la vida que hasta entonces había llevado. Sin ser un criminal, había sido disipado, vanidoso, amigo de paseos, juegos, saltos, pruebas y cosas parecidas, que me alegraban momentáneamente pero que no me saciaban el corazón".

Ese día escribe en una libretita, que guardará preciosamente, lo que va a ser la norma de su vida:

"1.—En el porvenir no tomaré parte en los espectáculos públicos, en las ferias o mercados; ni asistiré a bailes ni a teatros, y, en lo posible, tampoco iré a las comidas que suelen darse en tales ocasiones.

"2. — Nunca más haré pruebas de prestidigitador, de saltimbanqui, ni juegos de manos; ni tocaré el violín, ni saldré a cazar. Reputo estas cosas contrarias a la gravedad del espíritu eclesiástico.

"3.— Amaré y practicaré el retiro, la templanza en comer y beber, y no tomaré más horas de reposo que las absolutamente necesarias para la salud.

"4. — Puesto que en el pasado he servido al mundo con lecturas profanas, en el porvenir procurare servir a Dios entregándome a lecturas religiosas.

"5.Combatiré con todas mis fuerzas toda cosa, toda lectura, pensamiento, palabra y obra contrarios a la virtud de la castidad. Y, a la inversa, practicaré todas aquellas cosas, aun las más pequeñas, que puedan contribuir a conservar esta virtud.

"6— Además de las prácticas ordinarias de piedad, no omitiré nunca el hacer cada día un poco de lectura espiritual.

"7.— Cada día referiré algún ejemplo o máxima útil a las almas. Haré esto con mis compañeros, mis parientes y relaciones, y, a falta de ellos, lo haré con mi madre".

En el fervor del nuevo estado, en la generosa plenitud de su corazón de veinte años, Juan exagera algunos puntos de su plan de vida. Consultado poco después el piadoso Don Cafasso, joven sacerdote que va a ser durante muchos años su consejero, le muestra la inutilidad de ciertos sacrificios. ¿Por qué renunciar a esas habilidades de ingenio, con que puede honestamente recrear

a sus compañeros en horas propicias? Ciertos paseos al aire libre, o la concurrencia a las fiestas sociales, no son tampoco malos en sí mismos, y pueden servir para mantener la cordialidad entre los vecinos de un pueblo y la amistad del sacerdote...

A Juan le parece que lo mejor es ceñirse, una vez por todas, a aquellos siete puntos. Debajo de la sotana del seminarista está aquel pastorcillo de los Becchi, tenaz hasta lo temerario. Una vez, un nido, en un árbol muy alto, casi le cuesta la vida. Otra vez por alejar del pueblo a un charlatán, la arriesga generosamente. Su voluntad fue siempre un resorte del más templado acero. Algo había detrás de esa tenacidad que rayaba en lo heroico.

Observémoslo bien: todas sus acciones están marcadas por un propósito. Lo mueve una insaciable ambición. Quiere ganar a todos, quiere atraer a todos, quiere que todas lo rodeen y lo sigan y aprendan lo que él va a enseñarles.

No da un paso en la vida que no sea el de un conquistador. Pero sus conquistas son para su Rey. ¡Oh Señor, mi Dios y mi Rey! ¡Dame muchas almas como piedras en bruto, y yo te las devolveré esculpidas a tu imagen y semejanza! Lo demás no me importa.

Dios concede gracias distintas a cada hombre: a uno le da la paz; a otro, la ambición.

Aquel a quien le dio la paz no se queje cual si hubiera recibido poco, porque es un gustosísimo bien, presentimiento de la gloria.

Y tampoco se queje aquel a quien dio la divina inquietud de conquistarle mundos; no se juzgue indigno de ese don; oriéntelo para que hinche las velas que han de cruzar los mares; inflámelo y levántelo, como la llama de un volcán, para que alumbre muchos pueblos.

El oído del uno percibe el encanto de las palabras de la *Imitación*:

"Trata de hacer antes la voluntad de otro que la tuya; escoge siempre tener menos que más; busca siempre el lugar más bajo, y estar sujeto a todos."

El oído del otro comprende mejor las misteriosas palabras de Cristo: "No penséis que he venido a traer la paz sobre la tierra; he venido a traer, no la paz, sino la espada."

El uno será místico o filósofo, o trabajará en su jardín interior, y se llamará Kempis, o Tomás de Aquino, o Juan de la Cruz.

El otro será apóstol o fundador, y se llamará Pablo de Tarso, o Domingo de Guzmán, o Ignacio de Loyola. ¿Cuál de estos tipos de santidad es más sublime? ¿Cuál es para aquel tiempo, cuál para este otro?

La vara grosera con que los hombres medimos nuestras mercaderías no sirve para medir las cosas celestiales. Nunca sabremos, si no es por revelación, qué ha hecho más bien al mundo, si el pequeño libro de los *Ejercicios* de San Ignacio o la inmensa *Suma Teológica* de Santo Tomás; si la comunión espiritual de una enferma, cuya santidad jamás conoceremos, o el martirio de un Papa.

"No te pongas a disputar —dice Kempis— de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo o mayor en mi reino."

“Guárdate, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden tu saber, mas trabaja lo que puedas para ser siquiera el menor en mi reino."

El pastorcito de los Becchi ha soñado una vez hallarse en medio de unos muchachos que blasfemaban, y se ha arrojado

contra ellos para hacerlos callar a puñetazos. Ha oído las palabras de Jesús, camino del Monte de los Olivos: "Que el que no tenga espada, venda su manto y compre una", y él ha respondido impetuosamente, como los servidores del Maestro: "Señor, aquí tenéis dos"[1].

Pero el maestro lo ha mirado con dulzura. Su reproche parece una contradicción: "Deja tu espada en su vaina, porque quienquiera que use la espada perecerá por la espada"[2].

¿Qué hacer, Señor, si no comprendo lo que me mandáis? Y en aquel primer sueño misterioso oyó la respuesta: "A su tiempo lo comprenderás. Yo te daré la maestra que te enseñará lo que has de hacer."

Entretanto, Juan se apresta para el grande apostolado con que sueña: recoger a los niños del pueblo y enseñarles.

Mas, en pleno entusiasmo, había advertido el peligro de la acción exterior cuando no corre pareja con el cultivo de la interior santidad,

"Mejor es esconderse y curar de sí —le ha dicho Kempis—, que, con descuido propio, hacer milagros."

Y en otros cien pasajes ha confirmado esta doctrina: "Después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué ganaste si de ti te olvidaste?"

El cultivo del hombre interior debe ser la primera preocupación del que se siente llamado a una misión, a tener influencia en el mundo.

---

[1] Lucas 22, 36-38.

[2] Mateo 26, 52.

Mientras más altos son los mástiles y más amplias las velas, el casco debe calar más hondo. Mientras más intensa y visible es la acción exterior de un sacerdote, más profunda y ferviente debe ser su vida interior.

¡Ay de los buques sin quilla y con demasiadas velas!

Como una gimnasia para robustecer al hombre interior, contrapeso del hombre exterior, se fija en su programa aquella obligación: "Además de las prácticas ordinarias de piedad, no omitiré nunca el hacer cada día un poco de lectura espiritual."

Su perspicacia le hace adivinar el escollo de muchas vocaciones sacerdotales. Las prácticas ordinarias de piedad no bastan para mantener el fervor. Al cabo de un tiempo, se realizan maquinalmente, y el espíritu se duerme en la costumbre y acaba por enfriarse en el propio engaño.

¡Ya está, pues, en el seminario!

El destino de Juan es sobresalir en todo lo que emprende. Pone tal atención y perseverancia en sus ocupaciones, que, por extrañas que sean, las realiza con perfección.

Por ejemplo, en ese primer año de seminarista, Juan se destaca no sólo como un buen estudiante, sino como un estupendo jugador a las cartas.

Don Cafasso le había aconsejado no esquivarse cuando los otros seminaristas lo invitaran a echar una partida de naipes. Toda honesta diversión mantiene la cordialidad entre los hombres.

— ¡Ah! ¿Sí?—se dijo Juan—. ¡Peor para ellos!

Y no se rehuyó más, y jugaba con tal fortuna o, digamos, con tal habilidad, que acababa con los bolsillos repletos de sueldos, que después devolvía a sus afligidos adversarios.

Mayor era el otro inconveniente de su manera de jugar, pues se absorbía de tal manera en sus combinaciones, que después no podía ni estudiar ni rezar.

"Tenía —confiesa graciosamente— la imaginación llena de reyes de copas y sotas de espadas. Por lo cual, a mediados de 1836, resolví no jugar nunca más a las cartas"

Por aquel tiempo volvió a soñar cosas misteriosas, cuya interpretación le costaba muchas cavilaciones. Porque había empezado a creer que sus sueños eran mensajes del Señor.

Hemos visto ya que desde muchacho lamentaba la poca afición de los sacerdotes a tratar con el pueblo, especialmente con los niños y las gentes humildes.

Por una dignidad mal entendida, la mayoría de los curas de campaña se limitaban al cumplimiento estricto de sus funciones y vivían encastillados en sus sacristías. Costumbres de la época. Lo mismo observó en el seminario.

"Al rector o a los otros superiores —cuenta en sus *Memorias* — no los visitábamos sino una vez al entrar de las vacaciones y otra al salir. Nadie iba a hablar con ellos sino cuando se trataba de recibir una reprimenda.

"¡Cuántas veces hubiera querido pedirles un consejo o la aclaración de una duda, y no pude!

"Y sucedía que al pasar un superior por el sitio de los seminaristas, todos escapaban para un lado y otro, como de una bestia negra.

"Eso encendía mi deseo de ser pronto sacerdote, para entretenerme con los jovencitos, asistirlos, conocerlos bien, vigilarlos, ponerlos en la imposibilidad de mal proceder".

Pues bien; el sueño que tuvo fue así:

Se vio sacerdote ya, con estola y sobrepelliz, cosiendo en una sastrería. Pero observó que el paño que le habían dado no era nuevo: eran retazos viejos, que debía remendar.

Por entonces no comprendió lo que eso significaba, pero más tarde se le ocurrió la interpretación.

Su misión no era de rodearse de muchachos buenos, sino de atraer a los desviados para corregirlos y contribuir al mejoramiento de la sociedad.

Y vinieron las vacaciones, y él partió para la casa de su madre, en Sussambrino, no lejos de su amada aldea natal. Sus paisanos, los parroquianos de la escuela de Castelnuovo, sus viejos conocidos, abrían la boca al mirarlo. Y cuando pasaba, quedaban haciendo comentarios detrás de él.

— ¡Miren al Boschetto, el hijo de Margarita!

—Sí, pues; el que vendía jaulas y plantas medicinales y hongos, que recogía cuando llevaba las vacas al pasto.

— ¡Peor que eso! El que bailaba en la cuerda como un saltimbanqui, y le cortaba la cabeza a un gallo y lo resucitaba, y adivinaba la edad a las viejas.

— ¡Quién había de creer que el Boschetto aprendiera latín!

Juan gozaba provocando aquellas sorpresas.

Un día se fue de visita a los Moglia, donde había servido por quince liras anuales. Ciertamente, ahora no era más rico, pero vestía sotana...

Al ver aproximarse a aquel sacerdote que andaba a pie y que no es como los otros, pues cruza la tierra labrada para acortar camino, los labriegos que están amontonando las gavillas se

preguntan: ¿Quién será? Y cuando reconocen a su antiguo criado, su estupor no tiene límites.

— ¿Habéis visto cómo acabaré siendo sacerdote?

—Todavía no has cantado misa —le responde el tío Luis Moglia, que nunca fue muy amigo suyo, porque cuando llegó a pedirle trabajo le dio con la puerta en las narices—. Todavía está por verse si te llamaremos Don Bosco o Don *Bocc*...

En el dialecto del país, *bocc* significa hombre simplote, de pocos alcances.

El caso es que el *bocc*, el simplote de los Becchi, durante tres meses de esas vacaciones fue llamado por los jesuitas de Turín a enseñar griego a un curso de su colegio, que habían trasladado momentáneamente a su residencia veraniega de Montaldo, para huir del cólera que azotaba la capital del Piamonte.

Juan sabía apenas la gramática y hacía, a fuerza de diccionario, algunas traducciones. Pero desempeñó muy bien su cometido, y mientras enseñaba a los que sabían menos, aprendía de un gran helenista, el padre Bini, que allí vivía. Este le tomó cariño, y cuando se separaron siguió dándole clases por correspondencia. Cada semana Juan le enviaba una versión, y el padre se la devolvía con observaciones. Así, durante cuatro años, al cabo de los cuales leía y escribía el griego casi tan bien como el latín.

Al comenzar el segundo curso, tiene la alegría de encontrar, en el primer año de seminario, a su dulce amigo Luis Comollo. ¡Nunca más se apartarán sus caminos! Al menos, así lo cree Juan, que rebosa de entusiasmo.

Es siempre tan pobre como cuando por primera vez llegó a Chieri. En las horas libres acude a la portería, donde lo aguardan

varios alumnos de gimnasio. Le traen sus cuadernos, sus problemas de Geometría y de álgebra, sus versiones latinas, sus composiciones literarias. Los corrige, les explica, y recibe gustoso y humildemente lo que le quieran pagar, cuando pueden.

Con esas pequeñas ganancias costea sus libros y ropa y hasta hace caridades a otros tan pobres como él, pero menos industriosos.

De estos detalles expresivos está llena su vida. Con hundir las manos en el tesoro de sus *Memorias*, las sacamos llenas.

Esas *Memorias* las escribió Don Bosco por mandato expreso del Papa Pio IX. Allí refiere episodios que piensa van a humillarlo o a apocarlo en el juicio de los lectores. «Estos, en cambio, se sienten penetrados de cariño y de admiración ante el simpático realismo de las confesiones.

Allí nos cuenta que la soberbia había echado profundas raíces en su corazón. Era su pecado dominante. Quienes lo conocieron o han leído su Vida sonríen ante esa acusación. También San Luis Gonzaga se recriminaba con amargura los dos pecados de su niñez: haber hurtado un poquito de pólvora para disparar un cañoncito, y haber aprendido algunas palabras groseras con los soldados de su padre.

Sin embargo, en la acusación de Don Bosco hay una parte de verdad. Su naturaleza ardiente, su ingenio vivo, su temperamento dominador, lo inclinaban a la soberbia y a la cólera.

Semejante al que fue su modelo, y con cuyo nombre bautizó su Congregación: San Francisco de Sales.

¿Hay quien no sepa la celestial dulzura de este santo? No obstante, cuando le preguntaron cuál era el vicio de su

temperamento, confesó que la cólera, y que el sofocarla le había costado años de esfuerzos y muchas derrotas.

La cólera es la espuma exterior de ese torrente que hierve dentro de nosotros: la soberbia. Hay quienes logran comprimirla y disimularla, y quienes la dejan derramarse en el exterior.

Lo que importa es cegar la vertiente donde nacen el torrente y su espuma.

Juan Bosco tenía ese defecto, mas lo reconoció desde temprano y se aplicó a corregirlo con la tenacidad que él ponía en todas sus empresas.

Cuando, en las vacaciones, vuelve a su país, los mismos que antes lo despreciaron lo agasajan e Invitan a comer. El Boschetto, el hijo de Margarita, es ya una pequeña gloria de la comarca.

"Un gran peligro para los seminaristas —nos advierte en sus *Memorias*— suelen ser las vacaciones, que en aquel tiempo duraban cuatro meses y medio, desde la fiesta de San Juan Bautista hasta la de Todos los Santos. Yo empleaba el tiempo leyendo y escribiendo, y también trataba de matarlo torneando bochas. Cosía trajes, hacia zapatos, trabajaba de herrero, carpintero y encuadernador de libros. Todavía hay en mi casa de Murialdo un escritorio, una mesa y algunas sillas, obras maestras de aquellas vacaciones. Trabajaba en el campo, segaba la hierba, trillaba el trigo, vendimiaba las viñas y preparaba el vino. Enseñaba también a mis muchachos, pero esto solamente me era posible en los días de fiesta".

Una tarde está cepillando unas maderas en el patio de su casa. Se ha quitado la sotana, porque hace mucho calor. De repente ve aparecer uno de sus viejos tíos, que viene a invitarlo a almorzar con él, en una fiesta que dará al día siguiente.

A Juan le agradan poco semejantes invitaciones. Algunas veces no hallaba manera de esquivarse sin resentir a las personas que con tan buena intención lo buscan. Pero le cuesta ir a esas reuniones, en que se come, se bebe y se baila. ¡Qué papel hace allí un clérigo con su sotana y su aire compungido! Acepta sin gusto, y va al otro día. Todas las miradas convergen sobre el joven seminarista de cabellos ensortijados, que empieza a comer silencioso y, en el fondo, inquieto.

Al principio las cosas no van mal. Pero cuando aquellos paisanos, ignorantes y rústicos, han saciado el hambre, cuando el vino se les sube a la cabeza, se sueltan pullas groseras y de doble sentido, y algunas evidentemente torpes.

Juan se pone colorado; luego se pone pálido. Hay que hacerlos callar. Pero nadie le escucha; unos ríen, otros discuten. Lo mejor es mandarse mudar. Busca su sombrero.

— ¿Qué haces, Juan? ¿Te piensa ir? exclama el tío acudiendo a atajarlo.

— ¡Un clérigo no puede escuchar ciertas cosas!

— ¡Hombre de Dios! Me ofendes y los ofendes a ellos si te vas en mitad de la comida... ¿Acaso no conoces las costumbres del país?

—Pues no lo tomen a ofensa, porque no es mi intención; pero yo me voy, y ellos estarán más contentos de no verme...

El tío imagina una transición, Los hará callar a todos para que el sobrino se quede hasta el final. Pero los comensales, soliviantados por el ardiente vino piamontés, encuentran insufrible que aquel mozalbete pretenda imponer condiciones para quedarse. Replican ásperamente. Insultos, amenazas, gritos de las mujeres asustadizas, blasfemias de los hombres ebrios. ¡Zas!, un botellazo.

Cuchillos en el aire, platos y copas. Bofetadas a granel. Una verdadera bacanal.

Y a todo esto, Juan, arremangada la sotana, corría por el camino de su aldea, repitiéndose:

— ¡Estas cosas no son para clérigos!

Algún tiempo después Juan no tuvo más remedio que aceptar la invitación de otro tío, el tío Mateo, para la fiesta de San Bartolomé, que celebraban en el pueblecito de Croveglia. La función era en la iglesia, y Juan consintió en ayudar a los músicos con su violín.

Vino luego el almuerzo en casa de su tío, y fue más por acompañar al señor cura que por propia afición.

¡Al menos esta vez, por respeto al párroco, no se emborracharán!

No, no se emborracharon; mas al final de la comida se les ocurrió pedir a Juan que tocara el violín: tan grata les había resultado la misa de esa mañana. Juan se excusó alegando, como era cierto, que había mandado a su casa el instrumento.

Pobre excusa. Le presentan otro violín, y hasta el cura insiste en el pedido. No hay manera de escaparse. Empieza a tocar a disgusto; pero, luego no más, con brío, arrebatado por su propia inspiración.

¡Qué satisfacción produce en sus buenos oyentes! Pecado habría sido negarse, con descortesía, a complacerlos.

Pero ¿qué es ese tableteo que se oye a sus espaldas? No se anima a darse vuelta, porque su tío y el párroco están delante y lo escuchan embelesados.

El ruido aumenta y acaba por hacérsele sospechoso. Vuelve, pues, la cara disimuladamente. ¡Santo Dios! Hace un buen rato que, al son de su violín, se ha armado un baile y unas cuantas parejas danzan con entusiasmo.

Un secreto furor lo domina. No pudiendo desahogarse con los otros, se enoja consigo mismo.

Devuelve el instrumento, da las gracias cortésmente, y, en llegando a su casa, saca el violín, que buenas liras le ha costado y que podría vender, y —no es dueño de su indignación— con las manos, con los dientes, con los pies, lo hace trizas y echa al fuego los pedazos.

Nunca más volvió a tocar el violín, ni siquiera en las Iglesias.

En su norma de vida había renunciado a cazar, pero Don Cafasso no aprobó tanta severidad, y un día Juan cedió a la afición: le prestaron una escopeta, y se largó, muy de mañana, por los campos.

¡Una liebre! Antes que le apunte, se ha puesto fuera de tiro. ¡Ah, no! Lo que es al Boschetto no se le escapa, así no más, una liebre. Se quita la sotana y echa a correr. La divisa, la alcanza, pero se le pierde entre unas viñas. Juan corre como un galgo; vuelve a divisar la liebre en un prado más allá, del viñedo.

El animal, despavorido, cruza el prado. Más allá es un rastrojo; han cortado el heno, y no hay refugio. La liebre, sin aliento, apenas corre ya, y Juan se le va acercando y por fin la tiene a su alcance y la despanzurra de un tiro.

Al ver a su ansiada presa palpitante y desangrándose, no siente alegría, sino angustia y bochorno. Al estampido acuden algunos mozos, que lo conocen, y lo sorprenden sin sotana, con las manos teñidas en sangre y el fusil al hombro.

Más parece un bandolero que un seminarista. Ellos, sin duda, han visto a otros clérigos cazar por aquellos campos, y no se sorprenden. Pero Juan se excusa y vuelve a su casa arrepentido y acongojado. Nunca más tocó un arma de fuego.

Estaba lejos de todo lo que es sensiblería, pero le afectaba el dolor de las criaturas, aunque no fueran seres racionales.

Otro día, en las vacaciones siguientes, estaba Juan echando unas medias suelas a unos zapatos viejos, cuando vio acercarse por el camino de Chieri a su querido amigo Luis Comollo.

No había festín, no había entretenimiento comparable a semejante visita.

Traía el joven un rollo de papeles con un sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen, escrito por encargo de su tío el sacerdote. Comollo sospechaba que si Don Cinzano hallaba bien sus borradores, no se pondría en más trabajo, y el día de la Asunción, que no estaba lejos, se los endilgaría a sus parroquianos desde el púlpito de su iglesia.

Por eso venía Luis a pedir ayuda a Juan, para pulir bien el sermón y que resultara digno de su ilustre pariente. Por fortuna, esa vez no había nadie en esta casa; todos habían ido a la feria del pueblo, y los dos jóvenes estudiantes pudieron entregarse libremente a su labor literaria.

Pasan varias horas. De pronto, Juan se detiene, y mostrando la mesa vacía y desamparada, aquella mesa que él mismo ha fabricado, y que su madre, cuando hay visitas, tiende con un mantel rojo y un garrafón de vino rojo, exclama:

— ¿Sabes, Luis, que debemos de tener hambre?

Luis, de temperamento menos robusto, no había pensado en eso; pero al oír mentar el asunto, se le contagia el hambre de su camarada.

— ¡Es verdad! Son al menos las dos de la tarde. Yo he salido de Chieri sin desayunar, por no perder tiempo.

— ¿Qué te parece que hagamos, Luis?

— ¡Hombre! No sé; no soy dueño de la casa.

Preparémonos nosotros mismos la comida.

— ¡Muy bien! Yo me encargo de encender el fuego; tú, de lo demás.

Luis amontona astillas sobre las brasas moribundas del hogar; sopla que te sopla. Surge una llamita.

— ¡Ya está!

—Lo malo es que yo no encuentro más que pan y unas legumbres. Si nos ponemos a cocerlas, llegará la noche antes de que estén listas... Y el pan es poco.

En el vecino patiezuelo canta un gallo.

— ¡Una idea! ¡Vamos a asar a ese que canta!

Corren los dos amigos y atrapan el indiscreto cantor, que es un gallito joven, de buenas carnes.

—Ahora hay que matarlo... —sugiere Luis—; porque sería una herejía asarlo vivo... Tú, que eres más diestro.

— ¿Yo?—exclama Juan—. En mi vida he matado un pollo.

—Sin embargo, hay que hacerlo; que la suerte decida. ¿Tienes una moneda? ¿Cara o cruz?

— ¡No, no! Seamos cómplices; tú lo mantendrás sobre este madero, y yo le cortaré la cabeza.

¡Zas! De un hachazo, Juan decapita al pollo, y ambos, aterrados de su crimen, se apartan cual si fueran a huir.

— ¡Es una tontería! —exclama Luis, recogiendo la víctima caída en un charco de sangre—. El Señor ha dispuesto que nos sirvamos de los animales para nuestro bien. ¿Por qué estos aspavientos?

— ¡Tienes razón!

Despluman el pollo, arreglan el fuego y lo asan y se lo comen con algunas rebanadas de pan. Lo hallan exquisito.

Hacia el final de esas vacaciones, Juan y Luis hicieron un pacto terrible.

Durante toda su vida recordará Juan con espanto aquel imprudente convenio.

Fue un día muy hermoso de ese otoño. Iban los dos por el camino del pueblo de Cinzano. Cruzaban una colina, desde cuyo observatorio se divisan los montes, los prados, las aldeas lejanas, los viñedos próximos, como si el hermoso valle fuera un manto zurcido con retazos de distinto color.

La estación había sido mala, por la sequía, y los cultivos, especialmente las viñas, darían muy poco fruto.

— ¡Pobres campesinos! —exclama Juan—. ¡Tanto trabajo perdido!

Comollo paseó sus miradas por los marchitos viñedos y respondió:

—Las culpas de los hombres son las que atraen estas calamidades.

— ¡Así es! Espero que el año próximo Dios se apiadará de la miseria de sus hijos, y estas viñas tendrán más uvas y los lagares darán más vino.

Y Comollo, con una melancólica sonrisa:

—Me alegro por ellos; pero yo el año que viene beberé mejor vino que el que produce este valle.

— ¿Qué quieres decir?

El padre de Comollo, dice Don Bosco en sus *Memorias*, se les había aproximado, y su hijo cortó allí la conversación. Pero más tarde, hallándose los dos jóvenes solos, Juan, que permanecía intranquilo, intrigado, reanudó el discurso.

—Luis, me has hablado de tu muerte próxima, ¿es ése el vino que vas a beber?

— ¡Sí!

—Ni tú ni yo —repuso Juan— sabemos los secretos de Dios; pero es seguro que algún día nos separaremos. Tú te irás antes, o me iré yo… ¿Quieres que hagamos un pacto?

—Bueno —respondió seria y simplemente Comollo, adivinando lo que su amigo iba a proponerle.

—Te propongo, Luis, que nos prometamos solemnemente que el primero de los dos que muera volverá, con el permiso de Dios, a avisar al otro cuál ha sido su destino.

La voz de Juan era misteriosa y triste. Comollo sonreía. Esa vez se habían invertido los papeles, pues de los dos, el más alegre, de costumbre, solía ser Juan.

Se apretaron las mano, sellaron su original convenio, y se apartaron.

Cada vez que se veían, cambiaban una señal.

— ¿Te acuerdas, Luis?

— ¡Sí!

—Vamos a cumplirlo, ¿no es verdad? ¡Tú o yo! —Descuida. Seré yo el que volverá.

— ¡Tú o yo! ¡El que se vaya primero!

"Yo no comprendía —escribe Don Bosco— la importancia de semejante promesa; y confieso que hubo mucha ligereza de nuestra parte, y no aconsejaría a nadie hacer lo mismo... Las últimas palabras de Comollo y su postrer mirada me aseguraron que cumpliría el pacto".

Porque efectivamente, en la primavera próxima, el 2 de abril de 1839, murió el seminarista Luis Comollo, a la edad de veintidós años menos cinco días.

Una lúgubre consternación invadió el seminario. Todos lo amaban, y muchos conocían el pacto con Bosco. Este, años después, escribió la vida de Comollo, y en ella refiere cómo se cumplió aquel tremendo trato.

"Era la noche del 3 al 4 de abril, que siguió al día de su sepultura. Estábamos ya acostados las alumnos del curso de Teología, en el dormitorio que da sobre el patio del Mediodía. Yo no dormía: pensaba en nuestro pacto y aguardaba lo que iba a ocurrir, presa de una gran inquietud.

"Cuando, al sonar las doce de la noche, se oye un rumor sordo, que avanza desde el fondo del corredor, haciéndose más y más recio. Es como el de un carro tirado por muchos caballos, o como el de un tren. También puede compararse con el disparo de la artillería.

"No sabría explicar aquel fragor, que hacía enmudecer de espanto, y que dejaba detrás de sí vibrantes las paredes, bóveda, el pavimento, como si todo fuese construido de chapas sonoras de hierro y golpeado por un brazo potentísimo.

"Los seminaristas se despiertan y permanecen mudos. Yo estaba petrificado de horror… Se abre violentamente la puerta del dormitorio; sólo se ve un fulgor pálido, que parece regulado por aquel rumor. Luego, un repentino silencio, la luz brilla más, y oigo la voz de Comollo, que por tres veces me dice: "¡Bosco, Bosco, Bosco! ¡Me he salvado! Los compañeros saltaron de la cama y huyeron desatinadamente, agrupándose, unos, en un rincón del dormitorio; otros, alrededor del prefecto, que era Don Juan Fiorito, de Rivoli. Todos oyeron aquel ruido, y muchos la voz, sin entenderla. Yo permanecía sentado en mi cama.

"He sufrido mucho, y en este instante fue tal mi pavor, que hubiera preferido morir. No me acuerdo de haber tenido nunca miedo sino esa vez. Me resultó una grave enfermedad, que me llevó al borde de la tumba y me dejó tan mal de salud, que sólo años después logré restablecerme.

"Dios omnipotente y misericordioso no escucha esa pactos; pero alguna vez permite que se cumplan, como en este caso. No aconsejo nunca el imitarme. Al poner contacto las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre humanidad sufre profundamente, y no es necesario para nuestra eterna salvación. Tenemos sobradas pruebas de la existencia del alma, y no necesitamos otras. Nos baste lo que nos ha revelado Nuestro Señor Jesucristo."

VII

LAS MANOS CONSAGRADAS

Hace un mes que Juan está enfermo, tan grave, que los médicos lo han desahuciado y han hecho avisar a su madre. Esta llega, sin sospechar la extrema situación del hijo, llevándole como regalo un pan de centeno, de los que ella amasa, y una botella de vino generoso, del que sirven a los postres en la mesa del tío Miguel los días de fiesta.

— ¡Oh mi Juan, en qué estado te encuentro!—exclama sollozando.

Por su gusto se quedaría allí a cuidarlo o se lo llevaría consigo, pero no es posible ni lo uno ni lo otro.

Cuando se va, llorando porque teme no hallarlo vivo al siguiente día, recoge el pan y el vino.

— ¡Por favor, madre! —dice él— ¡Déjeme ese pan y ese vino, que van a curarme!

Ella vacila, no atreviéndose a complacerlo, porque es un pan muy pesado el que se amasa en su aldea, y un vino demasiado fuerte el de Miguel.

—Cuando estés sano te traeré un pan fresco, tan bueno como éste, y una botella de vino igual. Yo comeré y beberé contigo.

El, que hacía varias semanas ni comía bocado ni apenas bebía más que un sorbo de agua, siente un violento deseo de comer de aquel pan y de beber el vino que le ha llevado su madre.

Y con tanto empeño le suplica, que ella no es capaz de negarse, y le deja todo y se va sollozando.

Juan, viéndose solo en la siniestra enfermería del seminario, se echa de la cama y corre a cortarse una tajada del pan y a llenarse el vaso de vino. Vuelve a acostarse y come y bebe, encontrando aquello tan rico, que se corta una nueva tajada y se llena otra vez el vaso.

Se comió todo aquel pesado pan casero y apuró la mitad de la botella, y se quedó sumergido en un sueño letárgico durante ese día y la noche entera y el día siguiente.

Los médicos declararon que no despertaría más. Sin embargo se despertó sin fiebre y entró en rápida convalecencia, y pudo en los meses que siguieron hacer a grandes pasos las últimas etapas del sacerdocio.

En marzo de año 40 recibió la tonsura y las órdenes menores, y en septiembre fue promovido al subdiaconado, y en marzo del año 41 fue diácono.

— ¡Qué joven eres! —le dijo un día un viejo sacerdote de Turín, que gozaba fama de santo—. ¡Qué joven y qué inexperto!

Y, como para justificar sus palabras, se puso a examinar la sotana de Bosco y a dar tironcitos, cual si pretendiera desgarrársela.

Era Don Cottolengo, el fundador de lo que empezó llamándose la Casa Chica de la divina Providencia, para asilar enfermos y desvalidos, y acabó siendo una inmensa institución, portentosa como un permanente milagro, y bendita por todos los habitantes del Piamonte, desde el rey hasta el último mendigo.

— ¿Halla, acaso, demasiado rica mi sotana?—se atrevió a preguntar el joven diácono.

— ¡Qué inexperto eres! —repuso Don Cottolengo con aire profético—. Yo soy viejo y puedo hablarte así. El paño de tu sotana es muy delgado. Por ahora, puede pasar; pero cuando seas sacerdote, acuérdate de cambiarlo...

— ¿Tendré más frío que ahora? —preguntó ingenuamente Bosco, y Don Cottolengo meneó dulcemente la cabeza.

—Cuando seas sacerdote te rodearán millares de niños: uno te tirará de la derecha: otro, de la izquierda, y tu pobre sotana se hará trizas muy pronto. Acuérdate de hacerla de una tela muy fuerte.

Juan recordó el sueño de su niñez, y vio de nuevo aquellos muchachos a quienes debía enseñar. ¡Que dulzura hallar en las misteriosas palabras de aquel santo viejo una confirmación de cosas tan lejanas!

Los tiempos habían llegado a su gloriosa madurez.

El 5 de julio de 1841 el pastorcito de los Becchi era ordenado sacerdote por el arzobispo de Turín, y al día siguiente celebraba su primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, de la misma ciudad.

Tocaba, pues, con sus manos consagradas la cima de sus ardientes ensueños de niño.

Ese día escribe en un cuadernito, que conservará toda su vida, las normas a que se va a ajustar:

"El sacerdote no va solo al cielo ni al infierno. Al cielo va con las almas que ha salvado por su ejemplo. Al infierno, con las que

se han condenado con su escándalo. Por eso, me empeñaré en observar las siguientes resoluciones:

"1. — No salir de paseo sino por grave necesidad, como visitar enfermos, etc.

"2.— Ocupar rigurosamente bien el tiempo.

"3. Padecer, trabajar, humillarse en todo y siempre, cuando se trate de salvar almas.

"4.— La caridad y la dulzura de San Francisco de Sales me servirá de guía en todo.

"5.— Me manifestaré siempre satisfecho de los alimentos que me ofrezcan, no siendo cosa nociva a la salud.

"8. — Beberé vino aguado, y sólo como remedio, es decir, cuando y en la cantidad que lo requiera la salud.

"7.—El trabajo es un arma poderosa contra los enemigos del alma, por lo cual no daré al cuerpo más de cinco horas de sueño cada noche. Entre día, especialmente después de almorzar, no tomaré ningún descanso, excepto en caso de enfermedad.

"8. — Cada día emplearé algún tiempo en la meditación y en la lectura espiritual. Durante el día haré alguna visita, por lo menos una breve oración, al Santísimo Sacramento. Haré, por lo menos un cuarto de hora de preparación para la santa misa y otro de acción de gracias.

"9.— No conversaré nunca con mujeres, fuera del caso de confesión o de alguna otra necesidad espiritual."

En su aparente sencillez, este programa encerraba lo que la Iglesia denomina la virtud heroica, y debía cumplirse además de las obligaciones del sacerdote, el breviario, la misa y los otros deberes

del santo ministerio: confesión, predicación, enseñanza, apostolado.

Hacía cuatro o cinco días que era sacerdote, y aún no había dicho misa en Castelnuovo, donde sus paisanos lo reclamaban con justificada vehemencia.

Les dedicó el jueves de Corpus Christi. Su llegada al país fue un triunfo.

Los que habían conocido al pastorcillo de los Becchi, al saltimbanqui del mercado, al sirviente de los Moglia, al cuidador del caballo de Dom Dassano, apenas podían creer que fuese el mismo que celebraba la santa misa, bajo la casulla de oro, en el altar mayor.

Cuando esa misma tarde llegó a su aldea, al sitio donde tuvo su primer sueño profético, no pudo contener las lágrimas.

Su madre y él, solos, entraron en la casita de los Becchi, donde había transcurrido la infancia pobre y maravillosa de Don Bosco.

Anochecía ya. Margarita encendió el candil y, sentándose frente por frente del hijo sacerdote y poniendo sus manos sobre las rodillas de él, lo miró cara a cara y le habló así:

— ¡Ya eres sacerdote! Dices misa; estás más cerca de Nuestro Señor Jesucristo. Pero acuérdate, Juan, de mis palabras: comenzar a decir misa significa comenzar a padecer. No lo advertirás en seguida; pero un día comprenderás que tu madre no te ha engañado. Estoy segura de que todos los días rezarás por mí, esté viva o muerta, y eso me basta. De ti no quiero más. Tú, en adelante, piensa en la salud de las almas.

Hilos de un llanto muy tierno se deslizaban por las mejillas del pastorcito de los Becchi. Se sentía niño, desamparado, infinitamente pobre y necesitado del corazón de aquella mujer analfabeta, pero fuerte y grande como una Mónica, como una Blanca de Castilla, como Ana, la madre de Samuel, madres de profetas, de reyes y de santos.

Lloró el hijo sobre el pecho de la madre, y ella, enternecida, no halló más palabras que decirle sino: "¡Juan, mi Juan! ¡Vas a comenzar a sufrir!"

Preparó luego la cena y, antes de irse a dormir, rezaron el Rosario.

La noche era calurosa, perfumada por los viñedos y los maizales en flor, y vibrante de estrellas.

Un campesino retrasado, que salía de la ciudad, pasaba por la solitaria carretera arreando una yunta de burros y cantando a grito pelado:

Guai al mondo
se ci sente
forestieri
senza niente!

—Ese ha hecho un buen negocio en Chieri—pensó Margarita Bosco—. Pero hace mal en pregonar por los caminos, a estas horas, que va con los bolsillos llenos de dinero.

Juan no oyó la canción. Ya dormía con el sueño omnipotente de la juventud, en su cama estrecha y dura, cama de soldado y de misionero, a que desde la infancia lo acostumbró su madre.

Ahora, tenía que decidir lo que iba hacer. Le habían propuesto tres empleos: profesor de una familia de ricos genoveses, con mil liras al año; capellán en Murillo; vicecura de Castelnuovo.

Consultó a su madre, que, con media palabra desechó la primera propuesta.

¡Mi hijo en un palacio! ¡No sería más mi hijo si se aficionara al dinero y al lujo!

Sobre las otras dos propuestas opinó Don Cafasso:

—No acepte ninguna. Vengase a Turín, al Colegio o Convictorio Eclesiástico. Usted necesita estudiar moral y predicación.

Existía en Turín una institución de altos estudios eclesiásticos, donde los jóvenes sacerdotes podían perfeccionar sus conocimientos en las ciencias sagradas y empezar la práctica de su ministerio, bajo una sólida dirección.

Don Bosco —ya debemos llamarlo así, pues era sacerdote— se instaló, pues, en Turín, la rica y populosa capital del Piamonte, en cuyo seno fermentaba el germen de la revolución.

Al penetrar en sus muros, le sobrecogió una misteriosa ansiedad. Adivinó que iba a ser el teatro de su apostolado. No era tierra de infieles la corte del romántico rey Carlos Alberto; pero ¡cuánta mies por segar en su recinto; cuántos niños abandonados, que se corrompían en sus plazas y acababan miserablemente en sus cárceles!

En uno de los sermones que se han conservado de Don Bosco, describe la llegada ante las puertas de Roma de un joven estudiante, que fue después San Felipe Neri, fundador de la Congregación del Oratorio.

Don Bosco ha puesto en ese trozo la emoción y el realismo de una visión directa.

"— ¿Quién eres tú y qué es lo que miras con tanta ansiedad?

"—Soy un pobre forastero; contemplo esta gran ciudad, y un pensamiento me agita; pero temo que sea locura o temeridad.

"— ¿Cuál es tu pensamiento?

"—Consagrarme al bien de tantas pobres almas, de tantos niños que, por falta de instrucción religiosa, van por el camino de la perdición.

"— ¿Posees ciencia para eso?

"—He estudiado un poco; pero estoy muy lejos de la sabiduría.

"— ¿Tienes medios materiales?

"—Nada; no tengo ni un pedazo de pan, aparte del que me da mi amo cada día por caridad.

"— ¿Tienes iglesia? ¿Tienes casa?

"—No tengo más que un cuartujo estrecho que me prestan. He tendido una cuerda de una pared a otra pared, y allí cuelgo mi traje.

"— ¿Cómo pues, quieres, sin nombre, sin ciencia, sin fortuna, emprender tan gigantesca tarea?... ¿Cómo te llamas?

"—Felipe Neri..."

Con esta sensación de su insignificancia, pensando si sus proyectos son locura o temeridad, llega Don Bosco a Turín aquel año de 1841.

En las horas libres de sus difíciles estudios, visita las cárceles y los hospitales.

Entonces advierte que hay más miserias en la corte de los reyes que en las remotas aldeas de sus montañas.

VIII

LOS CARBONARIOS

¿Qué privilegio tiene Italia, cuya historia hace latir todos los corazones, como si fuera la de la patria de cada uno?

¿Y qué novela hay comparable a aquel drama confuso del *risorgimento*, torrente de aventuras que se suceden del 1830 al 1870, en que personajes de toda grandeza alternan con forajidos de la peor especie?

El viento de la revolución atiza los incendios preparados por las sociedades secretas en las capitales de aquella colección de pequeños reinos y principados.

Las grandes potencias de Europa acuden, intervienen, intrigan con sus soldados o sus diplomáticos; las unas, para contener el fuego que a todas amenaza; las otras, para agrandar la hoguera.

El mundo asiste a fenómenos extraños y contradictorios. La demagogia y la traición se hallan hasta en el corazón de los reyes. El ateísmo y la apostasía, hasta en el cáliz de los sacerdotes.

Entre Roma, capital de los Estados Pontificios y del universo católico, y Turín, capital del reino de Cerdeña y foco de las conspiraciones, la lanzadera de los carbonarios teje la cuerda con que va a ahorcar al último Papa por la mano del último rey.

Y entre Roma y Turín va a pasar la vida entera Don Bosco, el hombre suscitado por Dios para reconstruir su templo en el corazón

de la niñez abandonada, y para demostrar que la ardiente adhesión al Papa no es incompatible con la más decidida italianidad.

En Turín va a conocer y a tratar a los más implacables enemigos del Pontificado. Ellos, so color de patriotismo y de democracia, intentarán enrolarlo en sus filas, como han enrolado a otros sacerdotes; y no lo conseguirán, porque Don Bosco une la candidez de la paloma a la prudencia de la serpiente.

'Lo perseguirán, pero no lo derrotarán, y acabarán por respetarlo con su inexpugnable doctrina, y él, unas veces con su simplicidad de apóstol, otras con su habilidad de diplomático, conjurará muchas injusticias y servirá de mensajero privado del Papa ante el rey excomulgado.

Ahora, para nuestros oídos, son cosas arcaicas la masonería con sus logias y los carbonarlos con sus ventas.

La ruda escoba del socialismo, menos romántico y más conforme a las realidades, barrió de la historia contemporánea el nombre y la cosa. Y si algo sobrevivía, en los años de la Gran Guerra todo se ha sumergido en la saturnal del comunismo.

Esos son los modernos instrumentos para combatir a los reyes y a los Papas.

Mas no se recorre la historia de aquel tiempo en Italia sin descubrir a cada vuelta del camino la acción de las sociedades secretas, la ley injusta, el panfleto corruptor, el crimen misterioso por el veneno y el puñal.

La masonería había acabado por ser una sociedad de aristócratas, damas y caballeros, más preocupados de sus placeres que de la política o de la religión.

Y aparecieron los carbonarios, más misteriosos y más eficaces, y, en pocos años, sus ventas cubrieron Italia y se extendieron al extranjero.

Los masones, para no ser del todo suplantados, aprovecharon el movimiento que aquéllos imprimían a los pueblos y participaron de su política.

El programa de las sociedades secretas era éste:

1.º Obtener que los reyes y príncipes que entonces gobernaban dieran a sus pueblos una Constitución.

2.º Hacer de Italia una sola nación, independiente. Había, en verdad, un tercer punto, pero lo guardaban misteriosamente. Era el secreto de la Venta Suprema, la mayor autoridad de los carbonarios.

En un país católico, habría sido condenarse a la impotencia declarar de entrada que el tercer punto del programa era destruir el Pontificado, para descristianizar al mundo.

Convenía primero atraer a las masas, con la promesa de quitar su poder a los reyes absolutos para entregárselo al pueblo soberano.

Esto halagaba inmensamente a los pueblos, cansados de las guerras napoleónicas. Un rey atado por una Constitución, sería un rehén para conservar la paz.

Y si, por ventura, se lograba raer de la faz de la tierra la raza ambiciosa de los reyes, y se establecía una República en cada nación, ¡oh, entonces la paz sería eterna, y segura la felicidad de los pueblos!

No es extraño que estas ideas cayeran como un sabroso maná en aquellas sociedades.

Nadie ponía en duda la buena fe de los apóstoles de la democracia.

Ahora los pueblos son más escépticos. Ya casi no hay reyes, y los pocos que quedan están bien atados por infinidad de Constituciones.

Casi todos los Reinos se han convertido en Repúblicas, donde gobierna el pueblo soberano; pero ninguno de ellos ha celebrado nupcias durables ni con la paz ni con la felicidad.

Y los filósofos, desencantados de la libertad, comienzan a dudar si la más perfecta forma de gobierno no será la dictadura.

La dictadura, que es una especie de Monarquía absoluta, con reyes, no por derecho divino, como los Luises y los Carlos, sino por gracia de las ametralladoras y de los automóviles blindados.

Es también fácil comprender que el segundo punto del programa de las sociedades secretas, realizar la unidad de Italia, encontrase eco en millares de corazones italianos La unidad significaría la grandeza de Italia, que sacudiría la tutela de cortes extrañas y reconquistaría las provincias lombardo-vénetas que Austria poseía.

Recordemos nuevamente la palabra de Donoso Cortés: "En el fondo de toda gran cuestión política hay una cuestión religiosa."

En el fondo de esa idea, la unidad de Italia, dormía la cuestión del poder temporal del Papa. Para realizar la unidad había que despojar al Papa y enriquecer con sus Estados al rey del Piamonte, y Roma pasaría a ser la capital del nuevo reino.

En los comienzos de esta larga y ruda polémica, las sociedades secretas no descubrieron sus baterías. Les convenía

enrolar en sus filas a muchos católicos, sacerdotes, prelados, cardenales, a fin de tener influencia en los cónclaves futuros.

Ya que no era posible convertir al Papa en un carbonario, había que hacer de un carbonario un Papa.

Era, pues, indispensable guardar secreto al verdadero plan y presentar la unidad de Italia como una Confederación de reinos y principados, presididos por el Pontífice Romano.

La policía del cardenal Bernetti, secretario de Estado de León XII, logró apoderarse de muchos documentos de las sociedades secretas. La pequeña parte publicada de este precioso archivo arroja una siniestra luz sobre aquellos hombres que, durante años, manejaron como fantoches a reyes y ministros.

Las cartas que se cruzan los miembros de la Suprema Venta van siempre firmadas por un seudónimo: *Nubius, Piccolo Tigre, Bracco...*

La Suprema Venta es el espíritu que imparte el movimiento a las logias y a las pequeñas ventas que cubren Europa.

Su composición no es bien conocida ni siquiera por los afiliados, que obedecen sus órdenes. En el ministerio está la clave de su formidable autoridad.

La Suprema Venta desprecia a los masones, pero se sirve de sus logias como de un noviciado para aprobar y madurar la vocación de los futuros carbonarios.

Si el candidato es ambicioso, o cobarde, o indiscreto, no va más allá de las logias; y nunca sospecha que durante años los ojos de un jefe han estado fijos en él.

Componen la Suprema Venta hombres de distintas nacionalidades, de profesiones las más diversas, diseminados en

varios países y unidos por una copiosa correspondencia, y especialmente por un odio inextinguible a la Iglesia Romana.

Remontémonos veinte años y empecemos a leer algunos trozos de esa interesante correspondencia.

En 18 de enero de 1822, el que firma *Piccolo Tigre* envia sus instrucciones a sus altos cofrades de Italia. Saboreemos este sarcasmo:

"El hombre ha nacido rebelde. Atizad ese deseo de rebelión hasta el incendio, pero contened el incendio... Dejad caer ciertas palabras que provoquen el deseo de afiliarse a una logia. Esta vanidad del ciudadano o del burgués de enrolarse en la masonería es tan vulgar y universal, que yo no acabo de admirar la estupidez humana... Ser miembro de una logia, sentirse apartado de su mujer y de sus hijos, llamado a guardar un secreto *que nunca le confiarían*, es para ciertas naturalezas una voluptuosidad y una ambición. Las logias no pueden procrear glotones, pero no engendrarán ciudadanos. Se come demasiado bien en compañía de los M., Q., y M., R., H., de todos los Orientes.

"No importa: las logias son un depósito, un centro por el cual hay que pasar antes de llegar a nosotros."

Más adelante, en la misma carta:

"La Suprema Venta desea que, con uno u otro pretexto, se introduzcan en las logias masónicas el mayor número posible de príncipes y de ricos. Los príncipes de casas reinantes, pero que no tienen esperanzas de ser reyes por la gracia de Dios, quieren serlo por la gracia de la revolución. El duque de Orleáns es masón, el príncipe de Carignano también lo fue... Adulad a estos ambiciosos de popularidad; atraedlos a la masonería. La Suprema Venta después verá qué puede hacer de ellos para la causa del progreso.

Hacedlos masones: de la logia pasarán al carbonarismo. Y tal vez un día vendrá en que la Suprema Venta se digne afiliárselos.

"Un burgués es bueno, pero un príncipe es mejor. Sin embargo, cuidad que no ocurra lo que con el infame Carignano, el cordero se ha vuelto zorro."

Piccolo Tigre luego advierte por qué razón la cuestión política les interesa poco a él y a sus altos hermanos de la Suprema Venta, porque hace olvidar el verdadero propósito que los mueve.

"En mi último viaje a Francia, he visto con satisfacción profunda que nuestros jóvenes iniciados propendían con extremo ardor a la difusión del carbonarismo. Pero encuentro que se precipitan demasiado. Según mi idea, transforman demasiado pronto su odio religioso en odios políticos La conspiración contra la Sede Romana no se debe confundir con otros proyectos.

"Esto nos expondría a ver germinar en el seno de las sociedades secretas ardientes ambiciones; estas ambiciones, una vez dueñas del Poder pueden abandonarnos. Tenemos que destacar el mundo, y un ambicioso que satisface su ambición se guardará bien de secundarnos... En Paris no quieren comprender esto; pero en Londres he visto hombres que penetran mejor nuestros planes. Se me han hecho ofrecimientos considerables: pronto vamos a tener una imprenta en Malta. Podremos con impunidad, y bajo pabellón británico, cubrir a Italia de libros y folletos..."

¿Quién era el príncipe de Carignano, que había sido masón y carbonario, y que en la fecha de la carta de *Piccolo Tigre*, enero de 1822, ya no lo era?

El infame Carignano como lo llamaban los carbonarios, era Carlos Alberto de Saboya, hijo de Carlos de Carignano, que en

1798 cuando fue invadido el Piamonte por los ejércitos de la Revolución francesa se entregó a cuerpo perdido a los revolucionarios.

El general Joubert, jefe de las tropas victoriosas, obligó a abdicar al entonces rey del Piamonte, Carlos Manuel IV, que se refugió en la isla de Cerdeña, donde su primer acto fue revocar su abdicación.

Joubert se encogió de hombros. La mayoría de los partidarios del rey se le habían adherido; y entre ellos y de los primeros en pasarse al general republicano vencedor, fue el príncipe Carlos de Carignano, padre de Carlos Alberto.

Es duro a veces contar la historia con verdad, sin afeites. Así queremos contarla aquí.

Joubert, halagado íntimamente por la adhesión del príncipe, le propuso un buen negocio: le dejaría su palacio y sus tierras, con tal que renunciara a los derechos que alguna vez podían corresponderle a la corona de aquel reino transformado en provincia francesa

Carignano, que estaba cuatro o cinco escalones abajo del trono, renunció alegremente a sus quiméricos derechos, conservó sus bienes y se hizo un ardiente republicano.

Por esos días nació Carlos Alberto. La revolución, no obstante, no creyó en la sinceridad republicana de Carignano, y violó el convenio de Joubert; confiscó los bienes del príncipe y lo internó en París, donde murió a poco andar mediado el 1800.

Diez años después, Napoleón, considerando los servicios que Carignano prestó a los franceses cuando se realizó la anexión del Piamonte a Francia, concedió a su hijo el título de conde y una

renta de 100.000 libras anuales, con la obligación de poseer en París un palacio que no costara menos de dos años de rentas.

La viuda de Carignano, afiliada a la masonería, muy de moda entonces, se volvió a casar, y confió la educación de su hijo a un protestante de Ginebra.

Entretanto, el rey destronado, Carlos Manuel IV, abdica en su refugio de la isla de Cerdeña y entraba en la Orden de los Jesuitas. Le sucedía su hermano Víctor Manuel I, que, no teniendo hijos varones, consideraba como heredero de aquella pequeña corona a su último hermano, el duque de Genevois, que más tarde había de ser efectivamente rey, con el nombre de Carlos Félix.

Después de éste, que tampoco tenía herederos directos, el trono correspondía a Carlos Alberto, conde ahora de Carignano, por merced de Napoleón.

He aquí cómo aquellos quiméricos derechos a que su padre renunciara en manos de Joubert, adquirieran inesperadamente consistencia y realidad. La abdicación de unos, la muerte de otros, iban poniendo un trono al alcance de aquel joven que en Ginebra se instruía en máximas protestantes.

Carlos Alberto oyó entonces el anuncio de las brujas de Macbeth: "¡Tú reinarás!" Pero ¿qué significa ser rey de Cerdeña, si en las posesiones de este rey no se incluían la Saboya, Niza y el Piamonte, con su hermosa Turín? Antes esas bellas regiones pertenecían al reino de Cerdeña. Ahora sobre ellas mandaba Napoleón.

¡No importa! Carlos Alberto había oído el anuncio de las brujas, y empezó a conspirar. La masonería lo recibió con los brazos abiertos, y se dispuso a allanarle el camino del trono, a cambio de terminantes promesas.

Sobrevino la caída de Napoleón y luego la restauración de los reyes despojados por él.

Víctor Manuel I abandonó su isla e instaló su capital en Turín. Ahora sí que valía la pena ser rey de Cerdeña, mucho más cuando la masonería y los carbonarlos prometían a Carignano ayudarle a conquistar la Lombardía y Venecia y a lanzarse desde allí sobre los demás reinos y principados, inclusive los del Papa.

Ahora las brujas cambiaban de tono, para hablarle así: "¡Tú reinarás, y serás el primer rey de la Italia unida y libre de austriacos!"

La restauración se había realizado en casi todas partes en sentido católico. Razón de más para que las sociedades secretas trabajasen febrilmente por desposeer a los reyes actuales en beneficio de otros príncipes atados a ellas por juramentos y por amenazas.

Hemos visto en la carta de *Piccolo Tigre* que no consideraban difíciles atraer esta especie de afiliados en un tiempo en que eran innumerables los pretendientes, por ser muchas las dinastías y muy confusos los derechos. No les bastaba a las sociedades secretas la ayuda de príncipes destronados.

Necesitaban especialmente afiliar sacerdotes, prelados, cardenales, *para llegar a poseer un Papa*.

Aquel famoso jefe de la Suprema Venta que firma sus cartas con el seudónimo de *Nubius* se encarga del gobierno de la alta sociedad y escribe desde Roma a su cofrade Volpe, en 3 de abril de 1834:

"Debemos llegar al triunfo de la idea revolucionaria por medio de un Papa... Hay una parte del clero que muerde el anzuelo de nuestras doctrinas con una avidez maravillosa: es el sacerdote que

no tendrá jamás otro empleo que decir su misa ni otro pasatiempo que esperar en un café el toque del Avemaría, a las dos de la tarde, para irse a dormir la siesta. Este sacerdote, que es el más grande ocioso que existe en la Ciudad Eterna, me parece creado para servirnos de instrumento. Es pobre, ardiente, despreocupado, ambicioso; se sabe desheredado de los bienes de este mundo; vive murmurando contra la injusta repartición de los puestos y de los honores en la Iglesia... Tenemos también un tipo de sacerdotes corsos y genoveses que llegan a Roma con la tiara en la valija. Desde que Napoleón ha nacido en su isla, no hay uno solo de estos corsos que no se crea un Bonaparte eclesiástico."

Logran, a efecto, enrolar muchos de esos sacerdotes; hallan manera de acomodar su conciencia con sus deberes de carbonarios.

Pío VII vela sobre su redil, descubre la intriga; y en su bula del 13 de abril de 1821 lanza una memorable excomunión sobre la secta.

"Entre otras sectas —dice el Vicario de Cristo—, es necesario indicar aquí una Sociedad recientemente formada, que se ha propagado en toda Italia y en otras naciones, y que, si bien dividida en varias ramas con distintas denominaciones, según las circunstancias, es realmente una sola, tanto por la comunidad de opiniones y de propósitos como por su constitución. Generalmente se la denomina con el nombre de *Sociedad de Carbonarios*. Estos afectan un singular respeto y un celo maravilloso por la religión católica y por la doctrina y la persona del Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, a quien han tenido algunas veces la criminal audacia de llamar su Gran Maestre y Jefe de la Sociedad."

Los carbonarios acogieron la bula pontificia con hábil hipocresía y afectaron creer que el Papa, engañado, había cedido a la influencia de los austríacos. Así podían seguir conspirando con aparente respeto a la Iglesia y procurando más que nunca la adhesión de los sacerdotes.

La habilidad con que presentaron como los únicos móviles de las sociedades secretas el amor a Italia y el odio a la dominación extranjera, atrajo a muchos. La ambición y el orgullo, que no mueren nunca, ni siquiera en el corazón de los sacerdotes, facilitaron el engaño. Y muchos de ellos, y entre ellos algún prelado, como monseñor Cocle, arzobispo de Patrasso, confesor del rey de las dos Sicilias, Fernando II, se hicieron carbonarios.

Para ellos, el Papa había sido inducido en error por los austriacos. En el ministerio de las logias y de las ventas trabajaran más eficazmente por el reino de Dios y la libertad de Italia.

Mentita est uniquitas sibi! La culpa se engaña a sí misma.

¡Dios y la libertad! Esta era la fórmula de otro sacerdote, quien, desde Francia, les daba la razón. Defensor elocuente del catolicismo, respaldado por una legión de polemistas fervorosos, pasaba por un padre de la Iglesia.

Al grito de "¡Dios y la Libertad!", Lamennais se había lanzado a una ardiente cruzada. Algunas de sus expresiones parecieron rebasar los límites de la pura doctrina. Fue a Roma a defender sus ideas. El Papa y el Sacro Colegio le dispensaron una acogida entusiasta, y llegó decirse que volvería consagrado con la púrpura cardenalicia.

¿Era, pues, el apóstol de los tiempos nuevos, el cardenal que ansiaban los carbonarios?

¡Oh, no! León XII, con inspiración más divina que humana, descubrió el error en la doctrina y la diabólica soberbia en el fondo de aquel alma.

Con voz serena y triste hace esta terrible confidencia a su secretario de Estado, el cardenal Bernetti:

"El abate de Lamennais nos ha producido una impresión de espanto. En la frente de ese sacerdote hay a sello de heresiarca. Sus amigos de Francia y de Italia querrían para él un capelo de cardenal. Este hombre está demasiado poseído de orgullo para no hacer arrepentirse a la Santa Sede de una bondad que sería injusticia no considerando más que sus obras actuales..."

En la misma carta en que el cardenal Bernetti apunta las palabras del Papa, agrega sus propias impresiones. "Para darme cuenta exacta de lo que el Santo Padre se ha dignado manifestarme, he querido ver de nuevo al abate de Lamennais y le he invitado a almorzar con su compañero de viaje. Con vergüenza, o mejor, con satisfacción de ml caridad, confieso que no he descubierto nada de infernal en este hombrecito enfermizo, cuya conversación hace tan poco honor a su genio... Es evidente que el abate de Lamennais, después de habernos defendido victoriosamente en sus obras y en los periódicos, se complacería en hacernos pagar su defensa imponiéndonos sus doctrinas y haciéndonos endosar sus exageraciones."

Lamennais vuelve a Paris, y la sombría adivinación de León XII no tarda en cumplirse.

En la Chenaie, su pequeña posesión de Bretaña, erige una especie de Port Royal, rodeado de discípulos a quienes transmite el fuego que lo devora: ¡Dios y la Libertad!

Funda un periódico, *El Porvenir*, y una agencia eclesiástica para la defensa de la libertad religiosa.

El Papa, en ese tiempo Gregorio XVIII, desaprueba aquella defensa incendiaria del catolicismo y ordena la supresión de *El Porvenir*; Lamennais va a Roma a justificarse, y regresa con el corazón irremediablemente ulcerado, porque el Papa no se ha plegado a sus doctrinas.

Y aquel a quien sus discípulos descubrían un segundo Bosssuet, fue un nuevo Tertuliano, y se hundió en la más trágica apostasía.

El que pudo aplicarse, en la embriaguez de su genio, las palabras de Isaías: "El Señor ha hecho de mí como una flecha escogida en su aljaba", vivió largos años combatiendo enconadamente a la Iglesia de Cristo, y murió ordenando que sobre su tumba no se pusiera ninguna cruz.

En los comienzos de 1821 las logias preparan en el Piamonte la revolución contra el rey Víctor Manuel I. Su sobrino, Carlos Alberto de Carignano, desempeña a medias su papel de conspirador, sin abandonar del todo a su rey, que lo consideraba, más que su sobrino, su hijo.

El de Carignano se inicia en la triste serie de vacilaciones que han de conducirlo de las logias al trono, del trono al campo de batalla y a la abdicación y al destierro, y le harán dar por los mordaces pasquines italianos el sobrenombre de "Re Tentenna", Rey Vacilante.

La revolución estalla, exigiendo que el rey otorgue al país una Constitución a la manera de la que han arrancado los españoles a Fernando VII.

La revolución de Turín hubiera sido fácilmente dominada, pero Víctor Manuel no quiere que se derrame una gota de sangre, y encarga a su sobrino que vaya a parlamentar con los revolucionarlos.

Sea que Carlos Alberto desempeñara mal su cometido, sea que las cosas no pudieran marchar de otro modo, el resultado fue la abdicación de Víctor Manuel I.

No teniendo éste sino hijas mujeres, que no podían subir al trono, pues en el reino de Cerdeña imperaba la ley sálica, el rey abdica en favor de su hermano Carlos Félix, duque de Genevois, ausente de Turín, y nombra regente del reino a Carlos Alberto.

Llega la hora de empezar a cumplir sus promesas. Los revolucionarios exigen que se otorgue al reino la Constitución española, y Carlos Alberto se allana y concede.

Pero nadie, ni los que la exigen ni el que va a promulgarla, conocen cómo es la Constitución española. A duras penas consiguen un ejemplar de ella, que posee el señor Garrau, el más sabio jurisconsulto de Turín. Van, pues, a proclamarla a libro cerrado, sin saber lo que contiene, cuando Garrau les advierte que la Constitución española no reconoce la ley sálica, y, por consiguiente, las mujeres pueden subir al trono; de donde se deduce que si el señor de Cerdeña la adopta, *ipso facto* recaerá la corona en Beatriz, la hija mayor de Víctor Manuel I, casada con el duque de Módena.

Momentos de perplejidad. A Carlos Alberto no le conviene que la corona pase a la princesa Beatriz, sino a Carlos Félix, que no tiene hijos, y de quién él será el heredero.

Se resuelve, pues, proclamar la Constitución española amputándole el artículo conforme al cual las mujeres pueden reinar.

Pero Garrau observa un segundo inconveniente: la Constitución española, en su artículo primero, declara que "la religión católica, apostólica, romana es la religión del Estado".

¿Cómo un príncipe inspirado por las ventas y las logias va a incurrir en el despropósito de dar a su pueblo una Constitución reaccionaria? ¡Abajo también ese artículo!

Hechas esas dos correcciones, el regente promulga la Constitución española, que empieza a regir en los Estados de Cerdeña.

Todo se hace precipitadamente para poner al nuevo rey, Carlos Félix, en presencia de los hechos consumados. Mas Carignano no está tranquilo. Acosado por el remordimiento, teme la cólera de Carlos Félix, que odia a las sociedades secretas y va a descubrir el verdadero fondo de la intriga.

Para engatusarlo, le envía un mensajero fidelísimo que le relate en forma conveniente los sucesos, y lo invita a venir a Turín.

Carlos Félix no traga el anzuelo, y, furioso del papel doble que ha desempeñado su sobrino, como carbonario y como regente, se niega a reconocer la abdicación de su hermano y la constitución, y, como primera medida, destierra a Carlos Alberto, confinándolo en Novata, en los límites del Piamonte, casi en las garras de la policía austriaca, que ha de vigilar mejor que la suya misma al ambicioso y débil príncipe.

Y como Manuel insiste en su abdicación, comienza el reinado de Carlos Félix, que con su primer decreto ha desbaratado la

intriga de las logias. En su sobrino no tiene confianza, aunque el joven príncipe se lo declara en cartas arrepentidas y románticas.

Carlos Alberto no se resigna a perder sus derechos, y escribe al rey de Francia y al zar de Rusia y a otros príncipes y al mismo Papa, a fin de que intercedan por él. Y da muestras de remordimiento y abandona toda relación con las sociedades secretas, a tal punto, que éstas lo consideran un traidor, y los carbonarios lo condenan a muerte.

Toda su vida ha vivido, según dice él mismo, entre el veneno y el puñal. Tal vez exagere, pero no hay duda que sus antiguos amigos le despreciaron y odiaron viendo la trasformación de su conducta para hacerse perdonar de Carlos Félix.

Pero éste no le creía, y escribía así a Víctor Manuel: "Aunque haga las penitencias de un anacoreta, aunque se discipline hasta verter sangre, no se debe mirar su conversión como sincera."

Y añadía, con duro sarcasmo: "Pienso que los grandes bigotes del príncipe de Carignano son más propios de un carbonario que de un convertido. Sólo Dios ve los corazones. Él puede haber operado el milagro de su conversión, pero todavía no ha hecho el de convencerme de ella a mí..."

Algún tiempo después se brindó a Carignano una oportunidad de probar su sinceridad: la guerra de Francia en España. Luis XVIII ha resuelto enviar 100.000 soldados contra los revolucionarios españoles, que han hecho jurar a Fernando VII aquella Constitución proclamada en Turín por Carlos Alberto.

Si ahora el mismo Carlos Alberto sienta plaza de soldado en las tropas francesas que van a combatir a los revolucionarios, el rey Carlos Félix depondrá sus recelos contra él.

Carlo Félix demora en concederle el permiso. El príncipe le escribe carta tras carta. Se le muestra impaciente de correr la aventura "para que la infame Constitución sea destruida en el lugar mismo donde ha nacido".

Por fin, consiente el rey, pero nombra a un general de confianza para que constantemente acompañe al príncipe e impida toda comunicación de éste, directa o indirecta, con los revolucionarlos españoles...

Carlos Alberto asiste a diversos combates, se porta bravamente en la toma de Trocadero y regresa con la gloria de un héroe.

Para los carbonarios, ese heroísmo de su antiguo afiliado es un crimen. Las cartas anónimas con amenazas de muerte llueven sobre él.

Berchet, uno de los poetas que antes lo hablan ensalzado, escribe contra él, y su canto se difunde en toda Italia: "¡Oh Carignano, tu sitio estaba señalado entre los héroes! Pero has preferido un camino infame. ¡Traidor! Has entregado a los reyes tu patria y los compañeros que tuvieron fe en ti."

Todavía Carlos Félix no lo cree. Supone que todo lo sacrifica al afán de ser rey algún día, y que entonces volverá a entregarse a los carbonarios.

Carlos Alberto se halla dispuesto a garantizar lo contrario de todas maneras y acepta firmar un documento por el cual se compromete, cuando ascienda al trono, a conservar intactas las bases fundamentales y la forma orgánica de la Monarquía.

En los últimos días de enero de 1829 firmó Carlo Alberto aquel extraño compromiso, redactado por Mettenich, como que la mano del Gobierno austriaco anduvo do aquel negocio de dinastía.

La reconciliación, por fin, se hizo, mas nunca fue cordial la amistad entre el receloso tío y el sobrino arrepentido.

En 1831 murió el rey Carlos Félix y subió al trono el príncipe de Carignano.

En Francia, desde el año anterior, reinaba Luis Felipe, hijo de la revolución y de las logias, quien, cumpliendo sus pactos, fomenta la revolución en Italia, especialmente en la Romaña, que pertenece a los Estados Pontificios.

Dos sobrinos del emperador Napoleón I, hijos de Hortensia, la ex reina de Holanda, afiliados al carbonarismo, figuran entre los cabecillas revolucionarios. Se llaman Carlos Luis y Luis Napoleón.

Carlos Luis, el mayor, escribe al Papa Gregorio XVI una carta en el estilo del gran Napoleón, conminándolo a renunciar al poder temporal y amenazándolo con tomar Roma. Pero ni el Papa le responde ni él tiene tiempo de cumplir su plan, pues una prosaica enfermedad lo aleja del campo de batalla. El 11 de marzo del año 31, en una fonda de Forli muere de sarampión complicado con bronconeumonía.

El otro hermano, Luis Napoleón, sale con vida de la aventura carbonaria, pero con escasa gloria.

Austria ha enviado tropas en apoyo del Papa, y los revolucionarios se retiran hacia Spoletto.

Es arzobispo de Spoletto, un hombre de treinta y seis años, monseñor Juan Mastai-Ferretti. En cierto momento, los revolucionarios, que se entretenían en saquear la ciudad, son copados por los austriacos. Van a caer prisioneros y serán fusilados. Los salva el arzobispo, que les recoge las armas y les da medios de pasar la frontera.

Entre los socorridos está el hijo segundo de la reina Hortensia. Por primera vez en la Historia se encuentran frente a frente Luis Napoleón Bonaparte, que ha de llamarse después Napoleón III, emperador de los franceses, y monseñor Mastai-Ferretti, que será Pio IX.

Como los revolucionarios estuviesen prontos a recomenzar, contando con el apoyo del rey de Francia, Metternich, ministro omnipotente del emperador de Austria, amenaza con la guerra a Luis Felipe si pretende erigirse en presidente de la propaganda revolucionaria.

Merced a esa enérgica intervención, se suceden diez años de relativa paz.

Era ya rey de Cerdeña Carlos Alberto, que hacía olvidar sus primeras debilidades fomentando la prosperidad del Piamonte con una administración enérgica y progresista.

Así llegamos al año de 1891, cuando Dom Bosco se instala en Turín y empieza a trabajar en su obra gigantesca: la enseñanza de la juventud obrera, especialmente; la vuelta a las prácticas católicas de aquel pueblo envenenado por las sectas.

IX

EL PRIMER «BIRICCHINO».

Pasado el aturdimiento y la admiración de los primeros días, ¿qué descubren sus ojos en los rincones de la populosa capital del reino?

Miseria material y moral; miseria disimulada por el esplendor de la corte, la actividad de las industrias, el renombre de las escuelas.

Bandas de muchachos, de todas las aldeas del Piamonte y aun de la Lombardía, venidos a buscar trabajo, recorren fábricas y talleres y acaban decepcionados, perdiendo en la ociosidad sus buenas costumbres de campesinos.

Siempre que Don Bosco sale de paseo, instintivamente va hacia los sitios donde se reúnen grupos de muchachos sin trabajo. Quisiera entrar en su amistad, pero ya no puede, como lo hacía en Chierl, atraerlos con pruebas de prestidigitador. La dignidad del sacerdote dificulta empresa.

Ellos mismos desconfían de él. Tantos son los clérigos altaneros que no gustan de trabar relación con muchachos de su laya...

Por excepción se encuentran un Don Cottolengo, un Don Cafasso, que atraen con su dulzura a los hijos del pueblo.

¡Con qué lastimera sonrisa piensa Don Bosco en las palabras de Don Cottolengo, que un dio halló muy flojo el paño de su sotana!

¿Dónde están los niños que han de tirarle de un lado y de otro hasta desgarrársela? Señor, ¿dónde están los niños que tú quieres que yo eduque? ¿Dónde están los perros y lobos y zorros de mi sueño?

A fuerza de pasar por aquellos sitios donde ellos se reunían, algunos chicuelos acabaron por acercársele, y aun lo acompañaban. Una medallita, una castaña tostada, alguna imagen, era cuanto podía ofrecerles. Pero más que eso valían sus palabras y sonrisas. ¡Oh la sonrisa de Don Bosco! Toda su alma estaba en sus ojos y en sus labios; su alma, que arroja los demonios con el resplandor de su alegría.

Yo tengo para mí, y lo diré de paso, que, aunque uno haya leído las cien historias que se han escrito de Don Bosco, si no ha encontrado en ellas su sonrisa, no conoce la vida de Don Bosco; y si, leyéndola, no ha aprendido a ser amable y alegre como él con todo el mundo y en todo tiempo, no es verdadero discípulo suyo.

Ya los muchachos lo esperan a las horas que suele pasar; ya lo siguen por calles y plazas hasta la puerta de la Casa Chica, o de las cárceles, o de los hospitales, que visita a menudo, o hasta el Convictorio eclesiástico de San Francisco de Asís, donde vive.

Un día de los últimos de ese otoño, en una mañana crudísima, que parece de pleno invierno, está Don Bosco vistiéndose en la sacristía para celebrar la misa. Es el 8 de diciembre, fiesta de la Santísima Virgen. ¡Oh, si Ella le inspirara lo que debe hacer!

Es muy temprano. El sacristán acaba de abrir la puerta. Un muchacho medio muerto de frío se cuela detrás de él, atraído por el calorcito que reina en la iglesia y tal vez con la esperanza de alguna limosna.

Como no conoce el terreno, de pronto se halla en la sacristía delante de aquel sacerdote revestido, que reza, de pie, con los ojos cerrados.

El sacristán, un tal José Comotto, irascible y rezongón según suelen ser los sacristanes, se da a todos los diablos, porque va a tener él que ayudar la misa a Don Bosco, pues no ha venido ninguno de los muchachos que suelen hacerlo.

Vuelve a la sacristía y ve al recién llegado, inmóvil, a cuatro pasos de Don Bosco.

— ¡Bueno, aquí está éste! —Exclama satisfecho, entregándole el misal—. Tú vas a ayudar esta misa.

El muchacho retrocede sin tocar el hermoso libro.

— ¡No sé qué es eso!

— ¿Cómo que no sabes? ¡Es el misal! Es preciso que ayudes esta misa.

—No sé, nunca lo he hecho.

—Y, si no sabes, ¿a qué vienes aquí?

— ¡Tenía frío!—murmura desventuradamente el chico.

— ¿Conque tienes frío?—exclama, enfurecido, Comotto—. ¡Yo te voy a hacer entrar en calor!

Coge un plumero y descarga sobre él una tempestad de palos y puñetazos. El muchacho huye, sin atinar con la salida. Recibe más golpes, se larga a llorar y, por En, da con la puerta.

Don Bosco, abstraído en su oración preparatoria, sólo advierte lo que acaba de pasar cuando el chico va huyendo por la plaza.

El sacristán aparece bufando, satisfecho de su energía.

— ¿Qué ha hecho, Comotto?—le pregunta severamente el sacerdote—. ¿Por qué ha castigado a ese niño?

—Porque se ha metido en la sacristía y no sabe ayudar a misa.

—Ese no es motivo para pegarle.

El sacristán mira a Don Bosco de arriba abajo.

— ¿Y a usted qué le importa? —le replica desdeñosamente.

—Sí, me importa mucho, ese chico es amigo mío; llámelo al instante…

— ¡No faltaría más!

—Si no lo llama, diré al rector cómo trata usted a los niños... ¡Vaya!

El sacristán refunfuña una imprecación en piamontés: *"¡Toder, toder!"*, pero sale a buscar al fugitivo; lo encuentra en la calle, lo tranquiliza y logra traerlo a presencia de Don Bosco.

Este lo acaricia y le había amorosamente:

— ¿Has oído misa ya?

— ¡NO!

—Bueno, ven conmigo; la oirás, y después tengo que decirte algo que te gustará mucho.

Aturdido y asustado aún, el muchacho consiente en llevar el misal y acompañar a Don Bosco hasta el altar, por no quedarse mano a mano con aquel sacristán cascarrabias. Pero allí termina su ayuda.

Después de la misa, Don Bosco lo conduce a un cuartito sin otros muebles que un armario y un banco de madera. Oigamos lo que hablan.

—Tienes cara de ser buen chico... ¿No es cierto?

No hay respuesta. Pero una primera sonrisa alumbra la cara paliducha y tímida del muchacho.

— ¿Cómo te llamas?

Bartolomé Garelli.

— ¿De dónde eres?

—De Asti.

— ¿Cuál es tu oficio?

—Albañil.

— ¿Cómo se llama tu padre?

—No tengo padre; ha muerto.

— ¿Y tu madre?

—También ha muerto.

— ¡Oh mi pobrecito amigo! ¿Estás solo en el mundo?... ¿Cuántos años tienes?

—Quince, dieciséis; no sé de cierto.

— ¿Sabes leer y escribir?

—No sé nada de eso.

— ¿Has hecho la primera comunión?

—No.

— ¿Te has confesado alguna vez?

—Sí, cuando era chico.

— ¿No vas al catecismo?

—No; nunca.

— ¿No te gastarla Ir?

— ¡No!

El gesto es rotundo, pero Don Bosco adivina que en aquella negativa hay más timidez que mala voluntad. Palmea en el hombro al muchacho y le pregunta dulcemente:

— ¿Por qué?

—Porque yo soy grande y no sé nada, y mis compañeros chicos sabrían más que yo.

—Veamos, Garelli; si yo te enseñara a ti solo, ¿vendrías a verme?

—Vendría con mucho gusto.

— ¿Vendrías aquí mismo? Ya sabes cómo se entra por la sacristía.

El muchacho guarda silencio.

— ¿Qué dices? ¿No quieres venir?

—Sí; pero si no está allí ese hombre para apalearme.

— ¡Mi pobre Garelli! Yo voy a arreglar eso. Nadie te molestará; vendrás solo, o, si quieres, con otros compañeros, y yo te esperaré aquí mismo. ¿Cuándo quieres comenzar a aprender el catecismo?

Cuando usted me diga.

— ¿Esta tarde?

—Sí.

— ¿Y no es mejor ahora mismo?

—Bueno, con mucho gusto.

Ya que la Santísima Virgen, en el dio de su fiesta, le mandaba aquel primer discípulo, Don Bosco no iba a dejarlo escapar.

Se arrodilla, y con la emoción del que va a comenzar una solemne etapa en su vida, reza un avemaria. Aquel avemaría fue

como el grano de mostaza de la parábola. Otras, por millones de millones, han brotado de esa imperceptible semillita, que no cayó en tierra estéril.

— ¿No haces como yo, Garelli? ¿No te santiguas en el nombre del Padre y del Hijo...?

—No sé hacerlo...

—Bueno, vamos a comenzar por allí. Se hace de esta manera: dame tu mano derecha; pon así los dedos. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

Al domingo siguiente, Bartolomé Garelli se presenta en la sacristía con otros seis muchachos de su laya, aprendices de albañil, pero con más hábito de correr las calles que de manejar la llana.

Don Bosco los recibe, los entretiene contándoles historietas edificantes, poniendo en juego su ingenio alegre y fecundo, y empieza a enseñarles la doctrina cristiana y termina haciéndoles cantar una cancioncita que él mismo ha compuesto.

Ese es el origen de las famosas reuniones de muchachos, que él llamó *Oratorios festivos*.

De semana en semana fue aumentando el número de los que concurrían a la piecita donde Don Bosco enseñaba con palabras fáciles de retener y con preciosas historias.

Para aquellos pobres chicos de la calle era una novedad y un embeleso ver que alguien se interesaba por su bien. Terminada la lección, el sacristán, seducido por algún regalillo de Don Bosco, y, más que todo, ganado por sus buenos modales, los dejaba divertirse en la plazoleta contigua a San Francisco de Asís.

Entre semana, Don Bosco recorría las fábricas y los sitios donde se construían casas, y buscaba empleos para sus protegidos.

Pasando por una de aquellas construcciones, oye a uno de los albañiles cantar una canción muy bonita y muy popular. No entiende la letra, pero saca su lápiz y su cuaderno, raya un pentagrama y apunta las notas para retenerlas.

Vive en Turín un gran poeta italiano, famoso en el mundo entero por su libro *Mis prisiones*. Don Bosco le conoce y lo ha tratado, pues a menudo Silvio Pellico va a confesarse con Don Guala, el fundador y director del Convictorio Eclesiástico.

Obedeciendo a una repentina inspiración, va en busca del autor de *Mis prisiones*, que vive en el palacio de la marquesa de Barolo, y le pide que componga una poesía en honor del Ángel de la Guarda, capaz de adaptarse a aquella música,

Silvio Pellico compone entonces los deliciosos versos *Angelito de mi Dios*, que una o dos semanas después corren ya en boca de los muchachos de Don Bosco, y que todavía ahora se cantan en los colegios salesianos, y se cantarán por siglos de siglos.

No imaginaba, ciertamente, el compositor de la canción que cantaban los albañiles el destino de su música. "En poco tiempo—dicen las *Memorias*—me encontré rodeado de jovencitos obedientes y laboriosos, y cuya conducta, en los días de trabajo como en los de fiesta, yo podía garantizar."

No pensemos que esos jovencitos eran la crema de la ciudad. Todo lo contrario. Don Bosco echaba su red en las aguas revueltas y fangosas de los suburbios, en los barrios populares, en las calles y plazas y rincones baldíos; y pescaba de todo, y se alegraba más de pescar lo malo que lo bueno.

"Al uno—cuenta él mismo— lo conducía a casa de sus padres, de donde había huido; al otro, que era ocioso y vagabundo, lo colocaba con un patrón, dedicado al trabajo; algunos, recién salidos de la cárcel, se tornaban modelos de los camaradas; aquéllos, ignorantísimos de las cosas de la fe, se instruían en la religión."

En el edificio del Convictorio hay un buen patio, que el rector cede a Don Bosco para que sus muchachos jueguen más al abrigo que en la descampada plazoleta de San Francisco.

Pero el alboroto que ellos arman perturba el sosiego de aquella casa de altos estudios y de oración. Las quejas se multiplican, y algunos sacerdotes, que no comprenden el bien que hace el Oratorio festivo, empiezan a poner piedras en el camino de Don Bosco.

Don Bosco tendrá en este mundo la herencia que han tenido todos los santos y que tuvo el Divino Maestro: la contradicción, la persecución: y, con su paciencia, probará su doctrina, conforme a las palabras del Espíritu Santo. (*Proverbios*, 19, 11).

Los seis primeros camaradas de Bartolomé Garelli se hablan multiplicado por diez y por veinte; y si hubiese tenido un amplio local donde acogerlos, serían cien veces más. Y apenas hacía dos años que existía el Oratorio. En 1843, Don Bosco, en las vacaciones, comienza a ir al santuario de San Ignacio, en el pueblo de Lanzo, a dar los ejercicios espirituales a los laicos. Desde entonces hasta 1875, no dejó de ir ningún año, y durante muchos hizo el viaje a pie, saliendo de Turín a las tres de la mañana para llegar a Lanzo e las diez. Su salud estaba lejos de ser buena, pero su voluntad y su abnegación le infundían un vigor portentoso.

En esas vacaciones volvió a su aldea natal, y visitó en Castelnuovo a su antiguo protector, Don Cinzano. Estaba el viejo párroco zambullido en la lectura de un libro que hacia entonces un ruido formidable en toda Italia y aun en Europa entera: la obra del abate Gioberti: *El primado civil y moral de los italianos*.

Ahora nos costaría trabajo leer y gustar ese estilo y participar del entusiasmo que despertó el libro entre toda clase de gentes, y en especial en el clero.

Gioberti se presenta como el apóstol de la unidad italiana, realizada en la forma de una Liga de sus diversos Estados, bajo la presidencia del Papa. Los elogios al catolicismo y el carácter sacerdotal del autor eran apropiados para hacer pasar como doctrinas de la Iglesia Romana las teorías políticas de las sociedades secretas y de Mazzini.

Por ese tiempo, Gioberti, desterrado del Piamonte, vivía en Bélgica y colaboraba en el periódico de Mazzini *Giovanne Italia*.

Don Bosco toma el libro que tanto embelesa a Don Cinzano, lo hojea y hace una mueca desdeñosa, que solivianta al buen viejo.

— ¿Qué tienes que decir de esta obra, espléndidamente escrita y llena de doctrina católica?

—Mi querido señor vicario, desconfiemos de esa doctrina, que no puede ser tan católica como parece.

— ¿Y por qué?

—Porque el abate Gioberti no lleva una vida de sacerdote católico, y no puede tener un color la vida y otro color la doctrina. Vive en Bruselas, en comunicación con Mazzini y otros conspiradores. Enseña filosofía en un colegio protestante; no celebra misa desde hace años; no reza el breviario y no viste de

sacerdote, sino de civil... Todo eso bastaría para hacerme sospechoso el libro.

Volvió a hojearlo y leyó en alta voz algunos pasajes, comentándolos.

—Como todos los reformadores del catolicismo, Gioberti no se contenta con purgarlo; quisiera transformarlo...

Don Cinzano, que es tozudo, menea la cabeza y contesta en su dulce piamontés, sonriendo:

—*Don Bosc! Don Bosc!, tit ses un sant baloss!*

Tres años después, la Iglesia ponía en el Indice todas las obras del abate Gioberti. La inocente mirada de Don Bosco había penetrado su malicia.

En Turín, aparte de sus estudios y del Oratorio festivo, que va creciendo como una planta vigorosa, confiesa, predica, administra los sacramentos en los hospitales, en los asilos, en las cárceles.

Confesar es su vocación. No lo rinde Jamás la fatiga. Suele estarse horas y horas, con los pies fríos, en un rincón glacial; escuchando a los penitentes, que se renuevan a su alrededor. Mientras más gordos son los pecados de que se acusan, más alegría siente, viendo en forma tan palpable la operación de la misericordia divina.

Cuando se le acerca un nuevo cliente, su mirada sagacísima descubre, antes que el otro abra la boca, qué especie de pecados son los que lo atormentan y lo llevan a sus pies. Adivina sus vacilaciones y su vergüenza, y lo alienta con palabras así:

—Vea, mi amigo; hoy tengo tiempo sólo para confesar cosas graves; de modo que si usted no me trae sino bagatelas, le ruego

que dejemos para más tarde esta confesión. El penitente comienza a sentirse más animado, pero todavía vacila. Don Bosco añade:

—Si tiene cosas graves, échelas sobre mí, y estaré contento, y el Señor estará más contento aún...

— ¡Oh, no dude que yo le voy a satisfacer! —exclama con voz sorda y conmovida el penitente.

— ¡Gracias a Dios! ¿Cuántos años hace que no se confiesa?... ¡Hábleme como a un amigo que tiene el poder de perdonarlo en nombre de Dios! ¡Háblame como al mismo Dios, que sabe todo lo que usted me va a decir!

No era posible que, por inmensas que fuesen las culpas de aquel que se arrodillaba a los pies de Don Bosco, se negara a declararlas a quien le hablaba así.

Don Bosco había confesado en las cárceles, y conocía la mortal vanidad que los criminales sacan de sus delitos. Los mayores delincuentes eran los más reputados. Gozaban con la siniestra fama de sus crímenes, hablaban de ellos sin reparo y hasta despreciaban a los sólo culpables de pequeños delitos. "¡Qué me vas a decir a mí, que he estado en galeras doce años!" "¡Y a mí, que fui condenado a muerte y el rey me conmutó la pena!"

Esa franqueza brutal, ese orgullo del crimen, las más de las veces no era otra cosa que necesidad de confesar, de descargar la conciencia en el pecho de un amigo. Don Bosco lo comprendía, y encauzaba hacia el bien el instinto de confidencias de aquellos desventurados. '

Y fuera de las cárceles procedía igual, porque hay muchos crímenes que la justicia humana ignora o no castiga, pero que aplastan como un torno el corazón del culpable.

¡Qué alivio para éste saber que hay un confesor a quien puede confiarle su horrible secreto, y que no se va a escandalizar, sino que se va a alegrar, va a ser amigo, y lo va a perdonar en nombre de Dios! ¡Y nadie en el mundo, nunca, jamás sabrá nada de aquel misterioso diálogo que hayan tenido entre los dos!

Los hospitales y las cárceles en aquellos tiempos no eran como hoy. En la cárcel no había celdas, sino grandes salas donde permanecían hacinados centenares de presos. Don Bosco, para confesar, buscaba el rincón más tranquilo por lo retirado, y era a veces el más sucio, junto al lugar infecto que servía a todos de retrete.

No había silla, y debía sentarse en un madero, en un atado de paja podrida, que ya ni para eso servía. El penitente se arrodillaba a sus pies, apoyaba la frente en la propia cabeza de Don Bosco y desgranaba en su oído santo las cosas nefandas que mordían su conciencia. En esa postura, agachado, ya a derecha, ya a izquierda, y en ese lugar pestífero, pasaba tantas horas, que alguna vez lo sorprendió la noche.

No era posible salir de la cárcel, porque al toque de oración cerraban las puertas y el alcaide se llevaba las llaves. Nadie salía hasta el día siguiente.

Los carceleros, que amaban a Don Bosco, y que eran también sus clientes, corrían despavoridos en busca del superior. No era fácil hallarlo a esa hora, ni iba a dispensarles buena acogida. Lo probable es que los mandara a paseo y condenara al imprudente sacerdote a dormir en el presidio por haber violado el reglamento.

Don Bosco sonreía y aguardaba, y cuando, por fin, le abrían la puerta, eran las once o las doce de la noche. Mala hora para llegar al Convictorio Eclesiástico.

El superior, teólogo Guala, lo amonestaba severamente:

— ¿Cómo es eso? ¿No conoce el reglamento de la casa?

— ¡Oh señor! ¡Si viera el quehacer que había en la *Piccola Casa*, y en el hospital, y finalmente, en la cárcel!

Será así, pero eso no es motivo para llegar a estas horas. Si hay mucho que hacer, déjelo para otro día, y, ante todo, cumpla con el reglamento.

Sin resentirse, Don Bosco agachaba la cabeza, pedía perdón y subía a su aposento.

¡Lo que ha tenido que sufrir, no de los malvados, sino de los buenos, sólo Dios lo sabe!

Pero si el grano de trigo no es triturado por la rueda del molino, no se transforma en la harina de que se hace el pan.

X

¿ACASO LOCO?

Se acerca el plazo en que debe abandonar el Convictorio.

¿Qué hará? ¿Adónde irá?

Vuelve a asaltarlo la idea de hacerse misionero o religioso. Ahora piensa en los capuchinos. Tiene algunos amigos en dos conventos de esa Orden, que ha visitado.

¡Qué delicia vivir en una celda, con muchos libros, estudiando la Historia Sagrada, la Historia de la Iglesia, la Teología, y escribiendo, sin tener que preocuparse de las cosas materiales!

Pero le atrae más, tal vez, la idea de penetrar en tierras de salvajes a predicar el Evangelio y a sufrir el martirio. La Congregación de los Oblatos de la Virgen María tiene sus preferencias, porque en esos años se habla mucho de sus conquistas espirituales en los países paganos del Extremo Oriente. Y, ya que ama tanto a los niños, ¿cómo no ha pensado antes en los millares y millares de criaturas que mueren sin bautismo en aquellas misteriosas regiones?

¡Ya está! ¡Será oblato de la Virgen María!

Con aquel ímpetu generoso de todas sus resoluciones, destina todos sus minutos libres a estudiar lenguas, español, inglés, francés, instrumentos preciosos para un misionero. Ha consultado a su confesor, Don Cafasso, quien sacude la cabeza irónicamente:

— ¿No pensaba también ser sastre? ¿Cómo va la sastrería?

Den Cafasso alude a aquel sueño que Don Bosco le ha narrado, en el cual se veía zurciendo retazos de diversas telas y cortando ropas.

Un día, ansioso de concluir con sus dudas, prepara su maleta y se presenta a Don Cafasso.

—Vengo a decirle adiós.

— ¿Adónde va?

—A hacerme oblato de la Virgen María.

— ¡Ah Don Bosco, Don Bosco!... ¿Y la sastrería?... Vaya, deje su maleta y venga a hablar conmigo...

— ¡YO estoy resucito a ser misionero!

—No, usted no puede ser misionero. No puede andar una milla en un carruaje cerrado, sin marearse y estar a la muerte, ¡y piensa cruzar el Océano!... ¡No, no! Dios no quiere que usted sea misionero... Déjeme pensar a mí…

Don Cafasso ha adivinado sobrenaturalmente la misión de Don Bosco.

No solo en el centro de Asia y del África y en las regiones inexploradas de América hay infieles a quienes evangelizar. También en Turín y en Roma, y en todas las grandes ciudades. Esos son los pedazos de telas diversas que debe zurcir. Esa es la sastrería que no puede abandonar.

Con su acostumbrada humildad, Don Bosco renuncia al proyecto.

Don Cafasso ha encontrado para él un empleito, que le permitirá dedicarse a sus *biricchini,* sus muchachos, sin abandonar su querida Turín.

La marquesa de Barolo va a darle 50 liras mensuales, como director espiritual: del *Ospedaletto*, un hospital de niños que ella ha fundado.

Magnífica y a la vez curiosa figura la de aquella marquesa de Barolo. Es una gran dama francesa, Julieta Colbert, viuda de uno de los hombres más ricos de Turín. No tiene hijos, y gasta sin contar su gran fortuna en obras de caridad y en fundar instituciones piadosas, colegios, hospitales, asilos, y en hacer venir del extranjero hermanas de Congregaciones nuevas en el Piamonte, para que los atiendan.

Durante el cólera de 1835 se la ha visto a ella personalmente cuidar a los apestados.

A su muerte se han conocido sus penitencias. Lleva cilicio. No es bastante: también quiere fundar Órdenes religiosas, y no se contenta con una; funda dos: las Hermanas de Santa Ana, para cuidar de las niñas pobres, y las Hermanas de Santa Magdalena, para la reeducación de las descarriadas. Remueve cielo y tierra, y en seis meses consigue del Papa Gregorio XVI la aprobación de sus Constituciones.

Además tiene un salón, uno de los más aristocráticos salones de la corte de Carlos Alberto.

Poetas, filósofos, escritores, políticos, hombres de mundo, se disputan el aparecer en aquel salón. Es un título difícil de alcanzar, y más aún de conservar, porque la marquesa de Barolo es rígida y autoritaria. Bien lo sabe su secretario, Silvio Pellico.

El dulce autor de *Mis prisiones* ha dejado las malas compañías. Ya no es carbonario. Es un ruiseñor que ha anidado en el alero de un príncipe.

Suele pasar horas en el salón privado de la marquesa, despachando su correspondencia, copiosa como la de un primer ministro. Ella, en el hueco de la ventana, cose o teje para sus pobres. Nadie chista mientras ella no habla. Su ovillo rueda por el suelo, y se oye su voz misteriosa.

— ¡Silvio! ¡Alcánzame el ovillo!

Y el autor de *Francesa Rimini* corre, en cuatro patas, bajo la mesa, donde se ha escondido el ovillo.

Con una ojeada, en la primera entrevista, la marquesa de Barolo mide la estatura de su nuevo protegido, aquel joven sacerdote que le presenta el teólogo Borel. ¿Qué hay debajo de aquella sotana pobre, detrás de aquella frente, que los negros cabellos hacen parecer más pálida? ¿No es un poco tímido? ¿No le han dicho que quería ser franciscano y también misionero? Eso significará que su voluntad es ondulante. ¡Mejor! La noble dama tiene bastante voluntad ella sola como para que todos sus colaboradores puedan privarse de tenerla.

Satisfecha de esa primera impresión, lo conversa amablemente y se complace en allanarle toda dificultad. ¿Don Bosco no quiere abandonar a sus *biricchini?* ¡Bueno! Que los reúna en su pieza, que va a ser vecina de la del teólogo Borel.

— ¡Y también en la mía! —dice éste.

Los dos amigos desde ese instante, van a trabajar con alma y vida en los Oratorios festivos, la ingeniosa idea de Don Bosco para atraer a los muchachos vagabundos de Turín.

El domingo, a la hora acostumbrada, van llegando al nuevo local los *biricchini* de todos los rumbos de la ciudad. Se juntan más de doscientos, y sus gritos, sus saltos, sus travesuras alarman al vecindario.

¿Quién es ese sacerdote extravagante que se rodea de tales pilletes? ¿No sabe, acaso, la marquesa de Barolo el barullo que arman en la casa, metiéndose por todos los rincones, encendiendo fuego, derramando agua, rompiendo vasijas? ¡Ah, no tardará en saberlo!

Se calman luego cuando, Don Bosco en su pieza y el teólogo Borel en la suya, explican el Evangelio, y luego confiesan a los que quieren hacerlo, y después, en alegre procesión, se van por las calles cantando, hasta una iglesia, donde oyen misa.

Faltaban varios meses para que se concluyera el edificio del *Ospedaletto*, que Don Bosco iba a dirigir. Y la marquesa quiso darle otra prueba de su benevolencia, consintiendo que transformasen en capilla dos de sus grandes piezas, y ayudándole con noventa liras para el ornamento.

Don Bosco tenía de antemano la autorización del arzobispo, pues nunca llevó adelante proyecto alguno sin el permiso de la autoridad eclesiástica.

El 8 de diciembre de 1844 inauguró, pues, la primera iglesia de las muchas que había de fundar. La dedicó a San Francisco de Sales, modelo perfecto de paciencia y dulzura, las dos cualidades por excelencia de todo maestro de niños,

¿Saben mis lectores cuántas iglesias de Don Bosco existen ahora en el mundo, cuántos colegios, asilos, talleres? ¿Cuántos sacerdotes y cuántas monjas de sus Congregaciones? ¿Cuántos millares de alumnos, cuántos artesanos y artistas, salidos de sus escuelas? ¿Cuántos centenares de millones de libros, revistas, folletos, impresos en sus talleres?

Asombra el cómputo de esta sobrehumana labor, realizada en pocos años por un pastorcito analfabeto. Y asombra todavía más, considerando los obstáculos que lo acorralaban.

¿Cuál de esos héroes de la Historia Universal, que en los libros de texto se proponen a los escolares como modelos de energía y perseverancia, ha vencido más dificultades que Juan Bosco para aprender a leer, para seguir su vocación, para juntar sus primeros muchachos y dar sus primeras lecciones, gratuitas porque todo, en su larga vida, su hizo gratis para los pobres?

¿Cuál de esos gigantes de la Historia Universal ha realizado una obra más universal, más progresiva y más útil para la humanidad?

Es una pequeña cuestión histórica, que vale la pena apuntar, sin detenernos.

¡Dificultades en apariencia invencibles, a veces ridículas!

El Oratorio festivo, en aquellas piezas del *Ospedaletto*, no duró gran cosa.

Creo ya haberlo dicto: los *biricchini* de Don Bosco no constituían la flor y nata de la juventud de Turín. Por el contrario, algunos eran muchachos recién salidos de la prisión; los más, vagabundos, sin trabajo, sin morada fija, y todos, de escasa o ninguna educación.

Ensordecían con sus gritos y sus cantos la casa entera y la calleja contigua. Escandalizaban a las buenas religiosas del Refugio; alborotaban a sus cuatrocientas muchachas, recogidas de la calle también; perturbaban la paz de todo el barrio.

Las quejas de las Hermanas y de los vecinos llegaron a la marquesa de Barolo. Se aproximaba también la época en que iba a

inaugurarse el hospital, cuyos enfermos necesitaban silencio y tranquilidad.

Por desgracia, la marquesa de Barolo amaba las flores. No tardaron en llevarle malas noticias de un rosal plantado a la entrada del *Ospedaletto*. Los *biricchini* de aquel extravagante sacerdote lo habían talado.

Fue la gota que hace desbordar el vaso. Don Bosco recibió una agria reprimenda de la caritativa pero enérgica dama, y una orden terminante de no reunir más allí sus muchachos.

Le sobraba razón; Don Bosco mismo se la daba. En verdad, sus amados *biricchini* merecían volver a la cárcel. Y no se afligió mucho; ya sabía a dónde llevarlos, y no muy lejos de allí: al cementerio de *San Pedro in Vincoli*, donde existía una capilla y un camposanto, rodeado de anchos corredores.

El no necesitaba más; sus *biricchini,* tampoco. Una capilla para las funciones, un corredor para estar a cubierto en los días de lluvia y un sitio baldío para jugar a las bochas.

. Don Tesio, el capellán del cementerio, que se aburría de mirar por la ventanilla de su aposento, arriba del tejado, sólo tumbas y lápidas, se alegró de la visita de Don Bosco.

— ¡Oh, sí! ¡Traiga, traiga a sus *biricchini!* Usted me asegura que son buenos muchachos..., que no harán destrozos… ni profanaciones… ¡Tráigalos en buena hora!

Al domingo siguiente, precioso domingo de primavera, más de trescientos muchachos, de todos pelajes, llenaron la capilla, los corredores, el camposanto.

Don Bosco y el teólogo Borel, bajo los pórticos, enseñan lectura. Y como no tienen libros, se aprovechan de las grandes

letras de aquellas lápidas, de mármol o de bronce, muchas de ellas con emblemas nobiliarios y temas en latín o francés, que era por esos tiempos el idioma cortesano.

Y, entretanto, los *biricchini* juegan a las bochas.

¡Ay! Una bocha lanzada con demasiado vigor va a meterse en un cuartujo, al lado de la capilla, donde el ama de llaves del capellán tiene unas gallinas cluecas.

Las gallinas cacarean despavoridas, y aparece la irascible fámula vomitando injurias contra los perturbadores de su eterno reposo, y como Don Bosco Intenta aplacarla, lo cubre de improperios:

— ¡Guárdese bien de poner los pies en el cementerio el domingo próximo! ¡Porque, si no es el capellán, seré yo la que lo eche de aquí!

Los carpinteros, los zapateros, los cazadores, hasta los automovilistas tienen un santo protector. Don Bosco podría ser el protector de los desalojados, a juzgar por las veces que él y sus discípulos fueron echados a la calle.

Así, los vemos desfilar por las calles de aquel suburbio, en número de doscientos o más, llevando los enseres de su Oratorio festivo, los ornamentos sagrados, los bancos, las bochas, los juegos, el brasero en que se calentaban, pero que ya no les servirá, porque el verano resplandece sobre Turín.

El Municipio les permite reunirse en el sitio llamado *Molassi*, donde hay un molino, que mueve las aguas del Dora, riacho tormentoso y amarillo, que poco más allá se arroja en el seno del Po.

Allí hay una corralada a patio, con pavimento de piedra, y una capilla y un corredor, en donde representan sainetes compuestos por Don Bosco mismo.

A las pocas semanas, los vecinos, especialmente los molineros, empiezan a intrigar contra Don Bosco y sus *biricchini.* El Municipio manda a ver qué son esas reuniones de muchachos.

Ha crecido tanto su número, que llenan la corralada y la calle, y desbordan en la plazoleta de Los Molinos, donde evolucionan con sospechosa disciplina.

Pensemos que en 1845 se preparaba la pólvora que iba a quemarse un poco después en las barricadas del 48. Eran las vísperas de la gran revolución, que costó la corona a Luis Felipe de Francia y a Carlos Alberto del Piamonte.

Sólo un pórtico de tres arcos separa la plazoleta de la enorme plaza Manuel Filiberto, llamada también plaza del Palacio, por no estar lejos del Palacio Real.

Es más bien un mercado inmenso, atendido por centenares de mujeres, que adoptan aires de matronas, aunque su comercio quepa en un tenducho o se realice al aire libre.

Allí se venden todas las cosas imaginables: comestibles, herramientas, juguetes, paños, baratijas, animales vivos y muertos; mientras en las calles adyacentes, como quien dice a la sombra del gran mercado, se agrupan innumerables traficantes de trastos viejos, desde la grasienta levita hasta el libro de texto roñoso, desde el gabán indescriptible hasta el clarinete sin llaves o el garrafón desorejado.

Aquellas damas de *Porta Palazzo* tienen orgullo de clase. Es tradición de siglos que nadie las llame por su nombre solo, ni las tutee familiarmente. Exigen tratamiento de *señora* y de *usted*, y

cuando alguien lo olvida, se lo recuerdan con esta frase desdeñosa: "¡Señor, nunca he pastoreado mis cabras en vuestra compañía!"

A esa susceptibilidad de ciudadanas libres, unen la generosidad proverbial, que bien ha probado la *Piccola Casa* del beato Cottolengo, instalada a pocos pasos de allí.

Ya sabemos que la *Piccola Casa* es un grandioso hospital, sin rentas ni beneficios de ninguna índole, sostenido, ya va para un siglo, por limosnas anónimas, como las de esas mujeres.

Entre gente así, el alegre y cumplido Don Bosco tenía que granjearse amistades. Su pequeño ejército crecía, y los municipales acabaron por dar oídos a los molineros, y le espetaron un papel y clavaron otro en la puerta de los molinos prohibiendo las reuniones de los *biricchini.*

Inmediatamente, con sus ornamentos, sus bochas, sus bancos, seguido de su dócil batallón, se traslada a tres piezas que ha alquilado a un sacerdote, de nombre Moretta, en una casa de inquilinato, próxima al Refugio de la marquesa de Barolo y al *Ospedaletto*, cuya dirección espiritual conserva.

En aquellas piezas abrió la primera escuela nocturna para hijos del pueblo que haya habido en Turín. Los inquilinos de las otras piezas se sublevaron. ¿No le bastaba perturbar sus domingos con el infernal ruido de lo *biricchini?* ¿Era necesario sacrificarles las noches de todos los días? Pero ¿a qué horas descansaba aquel singular sacerdote?

Se reunieron para exigir al propietario que lo expulsara so pena de irse ellos.

El propietario con buenas maneras, despidió a Don Bosco y sus *biricchini.*

No podían reunirse en una capilla; no podían reunirse bajo un pórtico; no podían reunirse en una pieza; los expulsaban de un cementerio y del patio de un molino... Don Bosco resolvió que se reunirían en un prado, sin más techo que el cielo.

Había uno cerca de la casa que abandona; corre y lo alquila; era el prado de los hermanos Filippo, rodeado por una cerca. Y allí, bajo el cielo límpido, nublado o lluvioso, se reunieron los *biricchini,* y el prado sirvió para jugar a las bochas y para hacer carreras y dar saltos, y confesarse, y predicar, y enseñar a leer y a cantar.

Decididamente, si Don Bosco no era un revolucionarlo, que preparaba sistemáticamente sus tropas, era un loco. Algunos curas empezaron a murmurar que aquel sistema de educación al aire libre era extravagante y herético, y alejaba a los muchachos de sus parroquias.

El arzobispo debía prohibírselo.

—Mis *biricchini* no tienen parroquia —contestó Don Bosco—, porque no tienen domicilio estable ni familia. La mayoría no son de Turín; son saboyanos, suizos, bieleses, lombardos. Hablan dialectos distintos. Son ignorantes, y muchos de ellos, adultos, de quince, dieciocho, veinte años... Si los párrocos quieren atraerlos en buena hora; tengan un patio con juegos y música, enséñenles catecismo, y lectura, y cuentas... Denles también desayuno y un poco de merienda a la tarde. Y búsquenles trabajo en las construcciones y en las fábricas, porque todos quieren ganarse la vida.

Los curas no oían de esa oreja.

El marqués de Cavour, padre del célebre Camilo Cavour, era vicario de la ciudad. Mandó llamar a Don Bosco al Palacio Municipal y le habló sin remilgos:

—Sus reuniones, mi amigo, son peligrosas, y no puedo tolerarlas.

— ¿Cómo pueden ser peligrosas, señor vicario? No tienen otro fin que mejorar la suerte de los hijos del pueblo, educarlos y disminuir el número de vagos y delincuentes.

—Yo no le he llamado para disputar con usted —repuso Cavour con aspereza—, sino para ordenarle que suspenda esas reuniones, que no he autorizado.

—Mis reuniones no tienen carácter político, señor vicario...

— ¡Basta! ¿Sabe usted en presencia de quién se encuentra? ¡Reconozca mi autoridad!

—La reconozco y la respeto; y si no le he pedido permiso para mis reuniones, es porque sólo se trata de enseñar el catecismo, con la aprobación del arzobispo.

— ¡Ah!, ¿sí? Bueno, yo hablaré con el arzobispo, y veremos lo que resulta.

Don Bosco hizo un gran saludo y se fue, satisfecho, pues sabía que el arzobispo no pondría piedras en su camino.

Sobre la mesita halló una carta de los hermanos Filippo, propietarios del prado, que, con diversas razones, le intimaban el desalojo.

Era para desanimar a un ángel.

La salud de Don Bosco no era buena. Llevaba de frente, a más del trabajo de sus *biricchini,* la dirección espiritual del *Ospedaletto;* confesaba allí y en el Refugio y en las cárceles, y predicaba y escribía libros de texto: una Historia Sagrada, una Historia de la Iglesia, que ahora todavía se reimprimen. Se difundió la idea de que el excesivo trabajo lo había enloquecido.

Hasta sus más fieles amigos, como Don Cafasso o el teólogo Borel, sintieron vacilar la confianza que habían puesto en él, y le aconsejaron que abandonase el Oratorio festivo, para atender las otras cosas. Los más graves sacerdotes lo visitaban compadecidos de su locura y trataban de salvarlo.

— ¡No se obstine! Usted no puede realizar imposibles. Se ve que la Divina Providencia no aprueba su obra, puesto que le opone tantos obstáculos.

— ¡No, no, no! ——respondía Don Bosco tenazmente, con extraordinario fulgor en los ojos negros—. Ustedes se equivocan. La Divina Providencia me ha mandado mis *biricchini.* Y, si vienen más, ¡mejor! No rechazaré uno solo, y continuaremos reuniéndonos...

—Pero ¿dónde, si de todas partes lo han desalojado?

—Hay una iglesia, y un patio, y una casa de donde no nos desalojarán, porque será mía...

— ¿Dónde está?

—No puedo decir dónde está; pero sí que existe; la he visto en sueños...

Los amigos cambiaban miradas tristes y se decían en voz baja:

— ¡Está loco! Tal vez podamos salvarlo sometiéndolo a una cura.

Bosco era perspicaz y había comprendido lo que pensaban de él, y hasta se complacía en confirmar sus sospechas.

— ¿Ustedes no creen que existe esa casa? Bueno; si no existe, la construiré con la ayuda de María Santísima. Mis *biricchini* tendrán vastos edificios, con aulas para las clases y grandes

dormitorios y talleres, donde podrán aprender cualquier oficio. Patios espaciosos y corredores para los juegos, y magnificas iglesias, y clérigos y sacerdotes que les enseñarán y cultivarán en ellos las vocaciones eclesiásticas...

— ¡La, la, la! Entonces, ¿usted quiere formar una nueva Congregación religiosa?

—Y si se me antojara hacerlo, ¿qué dirían ustedes?

—Nos alegraríamos de su buen resultado...

— ¡Pues la formaré!

— ¿Y con qué hábito va a vestir a los nuevos frailes?

— ¿Ustedes me lo preguntan? Bien, sépanlo: mis clérigos irán vestidos de albañiles, en mangas de camisa…

La marquesa de Barolo había pasado seis meses en Roma librando batalla para obtener la aprobación de sus dos institutos de monjas de clausura. Nadie creía que en tan poco tiempo la obtuviese. Pero su actividad pasmosa, su tremenda tenacidad, vencieron todos los obstáculos. Cuantos esperaban verla volver mohína y desengañada, la vieron llegar triunfante, briosa y más autoritaria que nunca.

Don Bosco fue a felicitarla, y como entrasen a hablar de los *biricchini,* entre bromas y veras le dijo así:

—Deme unos cuantos millones y verá, señora marquesa, cuántos *biricchini* voy a reunir. Seré como una gallina y cubriré al mundo con mis alas.

¡Qué manera de hablarle a ella, fundadora de Ordenes religiosas, nueva Teresa de Jesús! Era forzoso creer lo que murmuraban: Don Bosco estaba loco.

Al día siguiente, ella misma, penetrada de compasión, pero resuelta a cortar por lo sano, trepó la humilde escalera de su capellán y se le apareció en la pieza del Refugio.

—Mire buen abate —le dijo con cariño y firmeza—, usted no puede ocuparse de tantas cosas a la vez. Su salud está resentida. Debe limitarse a su obligación, que es atender mi *Ospedaletto*, nada más.

— ¿Y mis *biricchini,* señora marquesa?

Déjese de *biricchini;* deje de ir a las cárceles: deje también la *Piccola Casa;* deje de predicar en las iglesias. Por ahí andan diciendo que su salud mental...

Don Bosco se echó a reír.

— ¿Ya sabe usted lo que dicen, mi buen señor? Bueno, pues yo no puedo permitir que usted se vuelva loco de trabajo, y vengo a proponerle...

— ¿Qué, señora marquesa?

—Que abandone una de las dos cosas: o mi *Ospedaletto,* o sus *biricchini.* Piénsalo, y mañana me contestará.

Era un ultimátum, que Don Bosco recibió con la más plácida sonrisa.

—No hay necesidad de aguardar hasta mañana, señora marquesa. ¡Ya está pensado! Usted, con su dinero, encontrará para el *Ospedaletto* cuantos sacerdotes necesite. Mis muchachos, si yo me retiro, quedarán abandonados. Elijo, pues, mis *biricchini*.

A su vez le tocaba sonreír a la marquesa de Barolo. Y le arrojó esta punta:

— ¿Y con qué va a vivir, si cesa la pensión que yo le paso?

—Dios me ha ayudado hasta ahora, y me ayudará siempre.

—Pero su salud está arruinada. Su cabeza, débil. Va a meterse en deudas, y después vendrá a mí para que yo se las pague. Y yo le aseguro que entonces no le daré ni un céntimo. Escúcheme como a una madre. Yo le continuaré pagando el estipendio, y hasta se lo aumentaré. Pero aléjese de Turín. Váyase a descansar, uno, tres, cinco años. Cuando se restablezca su salud, vuelva y será bien recibido por mí.

—Le agradezco, señora marquesa, pero yo no me he hecho sacerdote para cuidar de mi salud.

— ¡Piénselo bien!...

—Ya está pensado. Mi misión es consagrarme a la juventud.

La marquesa montó en cólera:

—Entonces, ¿prefiere esos forajidos a mis institutos? Si es así, queda despedido. Hoy le nombraré reemplazante.

—Está bien, señora marquesa. Pero una despedida tan brusca hará suponer motivos nada honrosos para usted y para mí.

—Tiene razón: le doy tres meses de plazo para dejar el *Ospedaletto*...

Y la gran señora se fue, haciendo sonar la puerta. Don Bosco, en sus *Memorias*, dice lo siguiente:

"El rumor de que Don Bosco estaba loco iba afirmándose cada día.

"Mis amigos se mostraban condolidos; otros reían: pero todos se mantenían alejados de mí. El arzobispo dejaba hacer. Don Cafasso aconsejaba esperar; el teólogo Borel callaba. Así, todos mis colaboradores me dejaron solo en medio de, aproximadamente, cuatrocientos muchachos.

"En esta ocasión, algunas personas respetables quisieron cuidar de mi salud.

"—Este Don Bosco —decía una de ellas— tiene ideas fijas, que lo conducirán irremediablemente a la locura. Quizá atendiéndolo a tiempo lo salvaremos, Conduzcámoslo al manicomio, y allí, con el debido respeto, se hará cuanto sugiera la prudencia.

"Dos se encargaron de ir a buscarme en una carroza y de llevarme al manicomio.

"Los dos mensajeros me saludaron cortésmente, y después de pedir noticias del Oratorio, del futuro edificio y de la Iglesia, lanzaron un suspiro y exclamaron: "¡Es verdad!" Y me invitaron a dar un paseo.

"—Un poco de aire le hará bien. Salgamos; tenemos allí una carroza. Iremos juntos y conversaremos largamente.

"Yo me di cuenta de la jugada que querían hacerme, y sin mostrar desconfianza, les acompañé, pero insistí en que subieran ellos primeramente a la carroza; y luego, en vez de subir yo también, cerré la portezuela y ordené al cochero:

"— ¡Pronto! ¡Llévate estos dos eclesiásticos al manicomio! ¡Los están aguardando!"

XI

EL CONCLAVE

Bajo el cielo de Italia, los días del otoño son tibios, transparentes, impregnados del agridulce perfume de las viñas maduras.

En el Piamonte, el verano del año 40 había sido en extremo seco; pero lluvias tardías renovaron la frescura de los campos y aplacaron el polvo de los caminos. El otoño se presentaba escaso de frutos, pero éstos eran de mejor calidad y se vendían a buenos precios.

Mamá Margarita, la madre de Don Bosco, había cumplido cincuenta y ocho años; se conservaba sana y fuerte, y esperaba morir, cuando el Señor lo dispusiera, en su amada casita de los Becchi, tan llena de recuerdos, en medio de su viña y del maizal cultivado por ella misma. Cuando un día su hijo la habló así:

—Madre mía, he alquilado una casa en las afueras de Turín. No es una casa entera, sino una larga pieza que me sirve de capilla, una camarita que me sirve de escritorio, dormitorio y escuela, y otra que hará de cocina, despensa, comedor y también dormitorio... ¿Quiere venir conmigo a acompañarme?

La proposición tomó tan de sorpresa a mamá Margarita, que no acertó a decir ni que si ni que no. Dijo sólo, dulcemente y con tristeza:

— ¿Dejar esto? ¿Irme allí? ¿Para siempre?

Esto era todo el mundo para ella; la casa en que habían nacido sus hijos, sus colinas, sus prados, la vecindad, parientes y amigos, el mercado de Castelnuovo, la Iglesia que amaba. ¡Oh, nunca se acostumbraría a rezar en otra! Don Bosco se hizo el que no advertía la emoción de su madre.

—Ya no tengo mi pieza en el Refugio. Ahora debo habitar la casa que he alquilado. Pero hay mala vecindad. Casi todos los inquilinos de las otras piezas son gente de mal vivir. Y al frente hay otra casa, de cierta señora llamada Bellezza, donde existe una taberna infame. ¿Puedo vivir solo allí, madre mía?

Mamá Margarita no dijo más que esto:

—No, no puedes vivir solo... Tu madre te acompañará.

Los preparativos la demoran dos o tres días. Un vecino que va para Turín con su carro se ofrece a llevar a ambos por poco dinero. Prefieren mandar con él la harina de maíz, el poco de vino, el pan y los otros víveres que guarda en su despensa mamá Margarita. Ellos dos irán a pie; son tan pobres, que, después de pagar el transporte de aquellas cosas, no les queda un sueldo en el bolsillo

Sin embargo, Don Bosco ha hecho un contrato de alquiler obligándose a pagar al dueño de aquellas piezas, el señor Pinardi, 320 liras al año. Y no está satisfecho: piensa alquilar todas las que vayan desocupándose, hasta quedarse con la casa entera; más todavía: tomará la de la señora Bellezza, para librarse de vecinos escandalosos.

Para un hombre que va a hacer treinta kilómetros a pie, con su madre, por no tener con qué pagar un asiento en el carro de un vecino, semejantes proyectos son locura. Todavía hay estrellas en el cielo cuando mamá Margarita y su hijo cierran tras sí la puerta de

la casa de los Becchi. Mamá Margarita no se hace ilusiones: nunca más volverá...

¿Qué importa? El apego a las cosas es una especie de idolatría. Su corazón está libre de esas ataduras. Al menos, tal es su voluntad.

— ¡Vamos! —dice, pero esconde la cara para que su hijo no vea que, a pesar de todo, llora. Él se hace que no ve el llanto de su madre, que todo lo sacrifica para servir a sus *biricchini.*

Ella ha puesto un poco de ropa blanca y algunas provisiones en un canasto, que lleva en el brazo derecho, o en el izquierdo cuando se cansa. Él ha hecho un atado con sus manuscritos, su breviario, grueso como un misal, su misal grande y pesado como un libro de coro, y se lo echa gallardamente al hombro.

— ¿Podrás andar con tanto peso, Juan?

—Y también con su canasta, si quiere dármela. Marchan animados por el fresco vivificante de la madrugada. Cuando sale el sol, los Becchi quedan a sus espaldas. No se vuelven siquiera a mirar aquellos amados horizontes. El volverá a verlos muchas veces; pero ella no, y bien lo sabe.

Antes del mediodía están en Chieri, fatigados, hambrientos. A la sombra de unos castaños, mamá Margarita saca del canasto las provisiones, y almuerzan frugalmente; descansan un rato y se ponen otra vez en camino, porque apenas han hecho la mitad de la jornada.

De vez en cuando saludan a un conocido, y cambian algunas palabras alegres. El amor aligera todo lo pesado, dice Kempis. Si no fuese por el amor que los anima, nunca tendrían fuerzas para llegar a Turín. No hay cosa más dulce que el amor, vuelve a decir Kempis, ni más fuerte, ni más cierta, ni más ancha, ni más alegre,

ni más cumplida ni mejor en el cielo ni en la tierra... El que ama, vuela, corre, se alegra, es libre; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta.

¡Qué invencible fuerza da a esos dos pobres caminantes el amor a Dios y al prójimo!

Al atardecer divisan el inmenso caserío de Turín. En algunas ventanas ya hay luces prendidas, señal de la noche que llega.

La casa Pinardi, de donde nunca más los desalojarán, pues Don Bosco ha hecho un contrato largo y acabará por comprarla, queda en las afueras de la ciudad.

La casualidad les depara un encuentro que es de buen augurio. Un tal Vola, sacerdote amigo de Don Bosco, lo reconoce y se extraña de verlo con aquella viejecita, cubiertos de polvo los dos y visiblemente rendidos de cansancio.

— ¿De dónde vienes así?

—De los Becchi... Esta es mi madre...

— ¿Y habéis venido a pie?

—Cuando falta esto...

Don Bosco, sonriendo, restriega el dedo pulgar con el índice, gesto que significa dinero en todas partes del mundo.

— ¿Y os espera alguien en vuestra casa?

—No nadie.

— ¿Y qué vais a cenar?

—Todavía tengo aquí algunas provisiones —dice mamá Margarita.

— ¿Y después?

—*Deus providebit*...

— ¡Oh!—exclama el sacerdote, buscando en sus bolsillos, sin hallar ni un mísero cobre—. Mira, te quiero ayudar, pero no tengo dinero. Toma mi reloj; algo te darán por él, y eso te vendrá bien para agasajar a tus *biricchini*.

Al día siguiente, Don Bosco vendía por algunas liras aquel reloj. Mamá Margarita vendía su cadenita de oro y su anillo de novia, y con su ajuar, que había guardado celosamente, como guardan los campesinos esos queridos recuerdos, hacía manteles, corporales, purificadores para la humilde capilla establecida en la casa Pinardi, y camisas para sus muchachos.

Poco después se decidió a vender el último pedazo de viña de que podía disponer...

¡Ya está hecho el sacrificio total! Ahora sí que su corazón es como un navío que ha cortado amarras y se engolfa en alta mar.

Los nuevos hijos de Margarita Occhiena pasan de 400. ¡Qué fatiga el vigilarlos, el cuidar sus ropas, aderezarles la merienda, mantener la casa en orden!

Y siguen aumentando. Don Bosco no cierra su puerta nunca a ningún muchacho que quiere incorporarse al Oratorio. Por otra parte..., ¡allí no hay puertas! Un simple seto vivo o cerco de ramas lo separa de la calle. No impone tampoco ninguna obligación religiosa. El que quiera confesar y comulgar, en buena hora venga; pero nadie lo haga forzado.

Hay allí un muchachito que espía la diversión de los otros por arriba de la cerca. Se le conocen en los ojos las ganas que tiene de jugar con ellos. Don Bosco se le acerca:

— ¿No quieres entrar?

— ¡No!

— ¿Cómo te llamas?

—Paulino.

— ¿Has desayunado? ¿Quieres desayunar con nosotros?

—No, señor.

— ¿Por qué? ¿No tienes hambre?

—Porque no me he confesado ni comulgado.

—No hace falta haberse confesado ni comulgado para desayunar aquí.

— ¿Y qué hace falta?

— ¡Tener buen apetito! ¡Vamos, entra!

Por arriba de la cerca, Don Bosco le toma la mano.

— ¿Eres capaz de saltar? ¡Salta! ¡Ya está!

Para atraerlos y divertirlos inventa juegos, músicas, regalos, meriendas, paseos. Todo eso, aun hecho con la milagrosa economía de mamá Margarita, cuesta mucho. Pero ya la obra del Oratorio festivo es conocida, y tiene protectores en Turín.,

Un día, el marqués de Cavour, que sigue recibiendo denuncias contra los posibles propósitos revolucionarios de aquel cura extravagante, lo vuelve a llamar y lo somete a un duro interrogatorio.

—En fin de cuentas, ¿de dónde saca usted recursos para mantener a esos vagabundos?

—A decirle verdad, señor marqués, yo mismo no sé de dónde. Es cosa de la Divina Providencia. Todos los días hace algún milagro para mis *biricchini*. Por ejemplo, si en este instante la Divina Providencia le inspirase al señor marqués la idea de

hacerme una limosna, le aseguro que me vendría muy bien, y se lo agradecería mucho...

El marqués de Cavour se echa a reír, mete la mano en el bobillo y le da 200 liras.

— ¡Hombre de Dios! ¡Y dicen que es loco! ¡Y dicen que es revolucionario!

La marquesa de Barolo, resentida con quien ha osado resistirle, no quiere figurar entre sus protectores, pero, bajo cuerda, envía limosnas al Oratorio, y no son de las más exiguas.

El mismo rey Carlos Alberto, el día de Año Nuevo, manda 300 liras en un sobre, en que ha escrito: "Para los *biricchini* de Don Bosco."

El 14 de junio de 1846 había muerto el Papa Gregorio XVI, en la austeridad, vestido con su hábito de benedictino camaldulense y sobre una estera de juncos.

Durante quince años había luchado contra las sociedades secretas, carbonarios y masones, que hacían en los Estados Pontificios una infatigable propaganda revolucionaria, a base de complots y de crímenes.

También debía resistir la intromisión de algunas potencias europeas que, por librar sus propios territorios de la revolución, que avanzaba a pasos de gigante sobre Europa, consideraban diplomático entregarle los de la Iglesia.

El gobierno de Gregorio XVI fue intransigente y severo. Los escritores anticatólicos lo han descrito con aversión, por la energía que puso en defender sus derechos, que eran los del Pontificado. En verdad, fue tardío en las reformas; defectuoso en la administración; aislado del pueblo.

Pero su vida fue intachable, y su justicia nunca fue cruel, como la de otros soberanos de su siglo, que tuvieron que defenderse de los mismos peligros y poner coto a los asesinatos con que la revolución apoyaba sus doctrinas.

Todo esto lo había hecho impopular, y su muerte no fue llorada. Su pueblo sólo se preocupaba ahora de quién sería el sucesor.

Dos partidos se formaron: absolutistas, o gregorianos, partidarios de la política de Gregorio XVI, y los reformistas, o liberales, que querían desarmar la revolución abriendo las puertas a las reformas.

Estas dos tendencias se reflejaban en el Cónclave: había un grupo de cardenales absolutistas, cuyo candidato era el enérgico Lambruschini, secretario de Estado del Papa difunto.

Había otro grupo que deseaba elegir un. Papa tolerante y conciliador, pero no tenía candidato determinado. Entretanto, el pueblo de Roma anhelaba el advenimiento del cardenal Gizzi, de bondadoso corazón, de gran saber, hábil diplomático y buen administrador. Se le suponía inclinado a las reformas, y los liberales estaban por él.

Una leyenda falsa, como tantas otras inventadas a propósito de Pío IX, nos describe el cardenal Mastai-Ferretti encerrándose, en el Cónclave con los libros de Balbo, Gioberti, D'Azeglio; es decir, los escritores neogüelfos, que luchaban por la unidad de Italia y la guerra contra Austria.

Otra leyenda asegura que el Papa Gregorio XVI, en su lecho, llamó a sus más fieles cardenales y les entregó un sobre con orden de no abrirlo hasta después de su muerte. Allí les indicaba tres

cardenales a quienes no debían elegir: uno de esos tres era Mastai-Ferretti.

Se ha dicho también que, al conocerse en Viena la muerte de Gregorio XVI, el cardenal Gaysruk, arzobispo de Milán, y, como tal, súbdito del Emperador, se dirigió a Roma para asistir al Cónclave llevando instrucciones de Metternich de oponer un veto o exclusiva a Mastai-Ferretti.

Un accidente del viaje impidió a Gaysruk llegar a tiempo.

La verdad es que los 52 cardenales a quienes el 14 de junio los albañiles encerraron en el Quirinal murándoles las puertas, iban a deliberar ante la ansiedad, no sólo del mundo católico, sino también de sus enemigos.

Para resultar elegido un candidato, necesita los dos tercios de los votos del Cónclave, 34 en este caso.

Cada cardenal escribe y firma un voto en una boleta, que se dobla en forma que no se pueda leer sino el nombre del elegido y no el del votante, y la deposita en un cáliz.

Tres escrutadores, designados por sorteo, las extraen y proclaman en alta voz el nombre votado.

Ocurrió que Mastai-Ferretti resultó uno de los escrutadores, y, como tal tuvo que leer en el primer escrutinio quince veces el nombre del cardenal Lambruschini y trece el propio.

El Sacro Colegio notó con sorpresa el escaso partido de Lambruschini y la fuerza ignorada de su rival, el antiguo arzobispo de Spoletto, actualmente obispo de Imola, apenas conocido en Roma.

Ese mismo día, a la tarde, se realizó la segunda votación: Lambruschini, 13 votos; Mastai, 17.

Tercera votación, en la mañana del 16 de junio: Lambruschini, 11 votos; Mastai, 27.

Cada vez que resulta fallida una votación, se queman las boletas, y el humo que sale por una pequeña chimenea del Quirinal anuncia al pueblo, agolpado en la plaza de Monte Cavallo, que aún no se ha realizado la elección.

Tres veces, pues, ha visto el pueblo ascender en el claro cielo de Roma la tradicional *fumatta*. Pero en la tarde del 16 de junio se corre la noticia de que el cardenal Gizzi ha sido electo.

Los que la difundieron daban el siguiente fundamento: La servidumbre pontificia debe preparar, antes que termine el Cónclave, tres vestidos papales: uno grande, otro mediano, otro pequeño, para que el elegido pueda vestirse inmediatamente.

Por la premura de los preparativos de aquel Cónclave, el sastre no había tenido tiempo de entregar más que dos trajes: el grande y el mediano, cuando el maestro de ceremonias, que deseaba estar preparado para todo, le exige urgentemente el tercer traje.

El cardenal Gizzi es pequeño de estatura. El sastre no puede callar la noticia y la echa a correr, y aquel exuberante público romano se entrega a las más frenéticas alegrías. ¡Su favorito, electo!

La servidumbre de su palacio, loca de alegría, amontona sus hábitos cardenalicios, que no le serán útiles ya, y hace con ellos un auto de fe, entre los aplausos del pueblo. Y se apresuran a enviar la gran noticia al pueblo natal de Gizzi, Ceccano, donde se realizan estupendos festejos.

La verdad era otra. En la tarde del 16 se efectúa la cuarta votación. Mastai-Ferratti ha pasado orando todo el tiempo, desde la tercera votación hasta ésa, que será la definitiva.

Está pálido, casi diríamos consternado. El solemne drama se acerca al desenlace. Siente su pequeñez, su debilidad ante la majestad suprema de la tiara. Sin querer, y sin atribuir importancia de profecía a cierta leyenda que anuncia la suerte de los Papas futuros, recuerda que el lema correspondiente al sucesor de Gregorio XVI es *Crux de Cruce*. La tiara se convertirá en una corona de espinas.

Como tercer escrutador, empieza a leer los votos, y lee en alta voz su nombre una, dos, tres veces. La mano tiembla, la voz se ahoga. Lo lee diecisiete veces, y no puede seguir. Le presentan otra boleta, suya también, y alcanza a leerla, pero no más. Suplica que sea otro el que realice el escrutinio, sin recordar que la elección será nula si por cualquier causa se interrumpe la operación.

— ¡Descansad! —le gritan los cardenales.

Algunos se le acercan, le ofrecen un vaso de agua. Se repone de esa irresistible conmoción y prosigue hasta el fin. Treinta y seis votos...

— ¡Oh señores! ¡Qué es lo que habéis hecho!—exclama, y cae desvanecido.

A la mañana siguiente, el castillo de Sant Angelo anuncia con 101 cañonazos el advenimiento de un nuevo Pontífice. Una multitud inmensa acude a la Plaza de Monte Cavallo a recibir su primera bendición. Los albañiles han empezado a romper el muro que cierra la entrada. Ha sido uno de los Cónclaves más rápidos de

la Historia. En tres días la cal no ha tenido tiempo de secarse. Ya hay, una abertura suficiente a dar paso a un hombre.

Aparece el maestro de ceremonias, aparta con el pie los escombros y hace lugar el primer cardenal diácono, Riario Sforza, quien, con la cruz pontificia llega, a la balaustrada para anunciar el nombre del nuevo Papa.

¡Qué impresionante silencio el de aquella gran plaza, repleta del más turbulento público del mundo!

—*Annuntio vobis gaudium magnum! Papam habemus!...* ¡Os anuncio una gran alegría: tenemos Papa: el eminentísimo y reverendísimo señor Juan Mastai-Ferretti, que asume el nombre de Pío IX!

Las trompetas de la Guardia Noble y los tambores de las tropas alineadas frente al Quirinal responden a aquel anuncio, y todas las campanas de Roma se echan a vuelo.

Pero el pueblo queda consternado. ¿No era, pues, Gizzi? Multitud de correos parten para todos los pueblos de Italia. Al que le toca llevar la verdadera noticia a Ceccano por poca le cuesta la vida, pues los compatriotas de GizzI creen que intenta burlarse de ellos.

Sin embargo, la reacción viene pronto y es favorable al nuevo Papa, que parece dispuesto a las reformas. Ante todo, se reclama la amnistía, o sea, la libertad de multitud de presos que, por delitos políticos o comunes, yacían en las cárceles pontificias.

Pío IX se encuentra como obligado a hacer lo que su bondadoso corazón le habría dictado, sin ninguna inspiración de afuera. Sus consejeros temen que ese acto pueda interpretarse como un signo de debilidad. Pasan los días sin resolverse nada, porque es menester estudiar a quiénes debe comprender la

amnistía y a quiénes (procesados por delitos comunes) debe excluir.

En el verano tórrido, el pueblo se caldea más fácilmente que en el invierno. Empiezan a murmurar. Hasta que al anochecer del 17 de julio se fijan en las calles de Roma y se envían a todas las ciudades pontificias grandes carteles. Ya no hay luz para leerlos: pero un curioso trae una antorcha y descubre que es el decreto de amnistía. Las gentes que a esa hora toman el fresco en los pórticos y en los balcones, repiten sus gritos, y el anuncio cunde por Roma entera, y se forman grupos delante de cada cartel, y se lee el decreto a la luz de farolas y teas. Pio IX perdona las penas y levanta el destierro, sin exigir de los condenados políticos más que la promesa de no abusar de su clemencia.

Cien mil personas acuden a la plaza de Monte Cavallo a dar vivas al Papa, que aparece en el balcón de la *loggia* y bendice a su pueblo delirante.

Se refiere cómo ha sido dado el decreto. Pío IX era favorable, pero ha llevado el asunto a la Congregación de Cardenales. Todos han callado, haciéndole creer que estaban de acuerdo Pero en la votación secreta, por bolillas blancas o negras, todas las bolillas aparecen negras, menos una blanca, que se atribuye al cardenal Gizzi.

Presentan al Papa el resultado negativo de la votación, y él sonríe, se quita el solideo blanco y cubre las bolillas:

— ¡Ahora son todas blancas!

Redacta el decreto, corrige las pruebas él mismo y lo hace publicar.

Días después nombra secretario de Estado al cardenal Gizzi, con lo cual desencadena nuevas tempestades de popularidad.

Decimos bien tempestades; la alegría romana era tumultuosa y delirante, y a los ojos de un observador tranquilo resultaba excesiva y desproporcionada.

En el fondo de aquellas manifestaciones de un pueblo que se dejaba caldear fácilmente, estaba la acción de las sociedades secretas. Mazzini había creído descubrir en Pio IX un hombre bondadoso y débil, y, por lo tanto, fácil de arrastrar, de concesión en concesión, hasta irremediables renuncias. E impartió la orden a la *Joven Italia*, la tenebrosa secta fundada por él, de embriagar de popularidad al Papa.

Cada salida de Pío IX a la calle era objeto de manifestaciones desmesuradas.

La amnistía había abierto las puertas de Roma a una multitud de conspiradores, que trabajaban libremente al grito de "¡Viva Pío IX!"

Este grito había salvado las fronteras y extendidose por Italia, y lo repetían los diarios de toda Europa, y hasta hallaba eco en los Parlamentos extranjeros.

En Turín el entusiasmo no era menos que en Roma, y los católicos acompañaban aquel grito de todo corazón.

Solamente los *biricchini* de Don Bosco no gritaban "¡Viva Pío IX!" ¿Por qué? ¿Acaso Don Bosco no amaba al Papa?

¡Ah, Don Bosco no era fácil de engañar! Tenía un instinto rápido y seguro. Sospechó de aquellos elogios a Pío IX en la pluma o en los labios de escritores y de políticos acostumbrados a insultar a la Iglesia Romana. Y a través de las innumerables leyendas que el mundo católico devoraba con fruición, porque ponderaban la mansedumbre y el patriotismo de Pío IX, adivinó la Intención de

seducirle y de transformarle en el Papa carbonario que, desde los tiempos de *Nubius*, anhelaban las logias para destruir a la Iglesia.

Se equivocaron, porque desde los primeros actos, dictados por la clemencia, el Pontífice demostró una firmeza a prueba de todas las seducciones, y empezó a subir su largo calvario.

Ya sabía Don Bosco que se equivocarían, porque el heredero de Pedro tiene la promesa de Cristo; pero, entretanto, desbarató la intriga.

Sus *biricchini* un día gritaban "¡Viva Pío IX!", y él los hizo callar.

—No gritéis: "¡Viva Pío IX!" Gritad más bien "¡Viva el Papa!"

La sorpresa se pinta en la cara de los muchachos. Uno de ellos se atreve a preguntar:

¿Por qué quiere que gritemos *"¡Viva el Papa!"* solamente? ¿Pío IX no es acaso el Papa?

—Tenéis razón; pero vosotros no veis más allá del sentido natural de las palabras. Hay, sin embargo, personas que pretenden separar al Soberano de Roma del Pontífice; al hombre, de su divina investidura. Alaban la persona, pero, no entienden alabar la dignidad de que está revestida. Nosotros, para estar seguros, gritemos: *"¡Viva el Papa!"* Y así, desde entonces, hicieron los *biricchini*.

XII

VÍSPERAS DE GUERRA

Hacia el año 47, el odio a los austríacos era en Italia un ardiente sentimiento nacional. Millones de italianos vivían bajo el dominio de Austria, gobernados desde Viena. Y ese sentimiento se condensaba en un programa que para la gran masa popular sólo comprendía este artículo: "Independencia de Italia", lo que significaba expulsión de los austríacos de la península.

Las clases dirigentes, políticas, escritores, estudiantes, buena parte del clero, tenían un programa más completo. La independencia no se podía realizar sin la unidad, o sea, sin la fusión de todos aquellos minúsculos principados en un solo Estado con un solo rey.

Este programa, pues, contenía dos artículos:

1.º Independencia.

2.° Unidad de Italia.

Había un tercer programa, el de las sociedades secretas que pululaban con diversos nombres: Masonería, Carbonarlos, Hijos de Marte, Defensores de la Patria, Güelfos, Adelfos, Joven Italia, etcétera.

Para los altos jefes de las sociedades secretas, la Independencia y la Unidad eran la bandera con la cual reclutaban adeptos, y un sistema de lograr el tercer propósito, que era su verdadero ideal: la destrucción de la Iglesia Romana.

Dos caminos para conquistar la independencia: o *la guerra de los pueblos*, como se llamaba a la revolución, o *la guerra de los reyes*, mediante una alianza de todos los soberanos de Italia para combatir juntos a los austriacos.

Mazzini indicaba el primero, la guerra de los pueblos, o sea, la insurrección de toda la península, desde Sicilia hasta Venecia. Creía en las fuerzas democráticas, y anhelaba que la unidad se realizara bajo el signo de la República. Sólo así esperaba conseguir la destrucción del Pontificado.

Más que las ideas, mueven los sentimientos, que fácilmente se encarnan en una de esas fórmulas sonoras y vagas donde cada cual puede hacer caber sus propias aspiraciones.

Al pueblo italiano creyente, Mazzini le arroja este programa: "Dios y el pueblo."

Está de más advertir que el Dios de Mazzini no es el de los católicos. Es un "Dios encarnado en la Humanidad", invención panteísta, manera de adorarse a sí mismo, puesto que uno forma parte de la Humanidad.

Mazzini aparecía como un nuevo Mahoma, sin huríes y sin paraíso. En sus ojos negros y ardientes, en su rostro pálido, en su vestimenta casi sacerdotal, se adivina al hombre de una idea fija: la revolución. ¿La revolución contra quién? Contra todos los Gobiernos de Europa. Hay que reconstruir el mundo político y social bajo un plan nuevo.

Ha comenzado por Italia, fundando una secta, la *Joven Italia*; pero ha seguido y ha fundado la *Joven Alemania,* la *Joven Polonia…*

No es un anarquista. No es un colectivista. Ha censurado el colectivismo francés, "sueño bárbaro y absurda, contrario al

progreso". Ha llamado a Proudhon "Mefistófeles de la democracia, diez veces renegado de su propia doctrina." Ha denigrado a los revolucionarios franceses, que "mataban por miedo de que los matasen".

Pero él se les parece en la violencia de la propaganda y los aventaja en la falta de escrúpulos. Todos los medios que facilitan la realización de su fin son buenos. El veneno, el puñal, la traición, la alianza con el extranjero, fueron cartas que jugó a sangre fría, o, para emplear sus palabras, "como conciencia calmada y tranquila".

Echemos una ojeada a los estados de la *Joven Italia* redactados con su estilo ampuloso y fanático.

"Art. 30. Cualquier miembro que desobedeciera a las órdenes de la Sociedad o revelara sus secretos, será sin compasión apuñalado. La misma pena a los traidores.

"Art. 31. El tribunal secreto pronunciará la sentencia y designará uno o dos miembros para su inmediata ejecución.

"Art. 32. El miembro que rehúse ejecutar una sentencia será considerado perjuro, y, como tal, muerto al instante.

"Art. 33. Si la víctima condenada a muerte lograra evadirse, será perseguida sin reposo en cualquier lugar, y con mano invisible será degollada, aunque se refugiase en el seno de su madre o en tabernáculo de Cristo.

"Art. 34. Todo tribunal secreto será competente para juzgar a los miembros culpables y pronunciar sentencia de muerte..."

Que éstas no eran vanas amenazas, lo probaron muchas víctimas del estilete entre los propios sectarios.

Si el sistema de Mazzini —la conspiración y la insurrección permanentes no logró arrebatar al extranjero ni una pulgada de

tierra Italiana, no puede negarse que preparó el ambiente, y el grito de "¡Mueran los austriacos!" resonó, no solamente en Lombardía y en Venecia, sino hasta en el fondo de Sicilia.

Contra la idea de Mazzini, que quiere la guerra de los pueblos, está el partido de los moderados, que son monárquicos, pero constitucionales, y aspiran a realizar *la guerra de los reyes*. A la cabeza de éstos, que se llamaron los neogüelfos, hallaron en 1846 al sacerdote Gioberti, al conde Balbo, a los marqueses Máximo y Roberto d'Azeglio.

Ellos querían la Confederación de todos los Gobiernos Italianos, con el Papa a la cabeza, para realizar una cruzada contra los austriacos, y después...

El después era lo que preocupaba a los invitados a formar la Liga, porque no parecía claro el plan de lo que vendría después de realizada la independencia lombardo véneta.

En Italia había en un momento, además del reino de Cerdeña y de los Estados Pontificios, el reino de Nápoles, el gran ducado de Toscana y los ducados de Parma y de Módena.

No dejaban de advertir estos pequeños soberanos que el emperador de Austria era su aliado natural más que su enemigo.

Más peligroso les parecía el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, que, una vez engrandecido por la conquista de las posesiones austriacas, se sentiría con fuerzas para realizar la unidad italiana en su provecho, devorando a los otros pequeños príncipes y hasta despojando al Papa.

La unidad de Italia suponía la desaparición de los soberanos más débiles, y la capital no en Turín, sino en Roma.

El marqués de Pellavicino-Tribulzio, patriota lombardo de antigua estirpe, prisionero de los austríacos durante diecinueve años en Spielberg, teme más al rey de Cerdeña que al emperador de Austria. "Considero que el *piamontismo* —escribe— es nuestro peor enemigo."

Unos y otros, los moderados de Gioberti y los exaltados de Mazzini, comprenden que en Italia el sentimiento religioso es un arma política, y hay que utilizarla.

Para atraer al Papa a su campo, no dejan de ensayar ninguna seducción.

Todos los camellos de Arabia no serían capaces de transportar en un año el incienso quemado por los neogüelfos y las sociedades secretas a los pies de Pío IX. Mazzini llega hasta a escribirle así:

"Santo Padre: Estudio vuestros pasos con tan grande esperanza y os escribo con tanto amor, que siento el alma toda sacudida.

"Tened ánimo y confianza en nosotros. Fundaremos para Vos un Gobierno único en toda Europa. Sabremos convertir en un hecho potente el instinto que hierve de un extremo al otro de Italia. Sólo nosotros podremos hacerlo, porque sólo nosotros tenemos unidad de miras y creemos en la palabra de nuestro príncipe. Os he escrito porque os creo digno de ser el iniciador de esta gran empresa. Si estuviera a vuestro lado, rogaría a Dios para que me diese el poder de convenceros con gestos, con acentos, con lágrimas." (Carta del 8 de septiembre de 1848)

Después del Papa, escribe a su asociado Lamberti: "He mandado la carta al Papa. La he escrito como si te escribiera a ti. Sin embargo, sería bastante para turbarle la cabeza, si tuviese

cabeza." (*Scritti editti ed ineditti di G. M.* Ediciones Nacionales, t. XXXII, p. 327.)

También Garibaldi, en octubre de 1847, hallándose en Montevideo, escribía al nuncio, Bedini, ofreciendo al Pontífice su espada.

En Roma, al amparo de la libertad de imprenta concedida por Pío IX, se publican más de cincuenta periódicos, la mayoría de ellos detestables, según afirma Carlos Alberto, que prohíbe su entrada en el Piamonte.

De un extremo al otro de Italia, todos los pueblos exigen la abolición de los Gobiernos absolutos.

Mazzini envía sus instrucciones a los miembros de la *Joven Italia:* "Conviene conciliarse la influencia del clero... El clero no es enemigo de las instituciones liberales... Si en cada capital podéis suscitar un Savonarola, daremos pasos de gigante..."

Y en otro escrito: "La potencia clerical está personificada en los jesuitas… Lo odioso de este nombre es un arma para los socialistas... ¡Acordaos!"

En las calles de Turín, entre las llamaradas y el humo de las teas, se realizan manifestaciones contra los austriacos. Se dice que Pío IX ha enviado a Carlos Alberto una espada que tiene grabada una leyenda: *"In hoc gladio vinces"*: Con esta espada vencerás.

A los gritos de *"¡Viva Pío IX!"* se agregan los de *"¡Mueran los jesuitas!"*

Muchos clérigos se pliegan a las manifestaciones y hasta firman las solicitudes que se elevan al rey pidiéndole reformas de las leyes.

Un día llevan a Don Bosco una de esas solicitudes, haciéndole notar que la han firmado seis canónigos de la metropolitana, diez curas párrocos de la ciudad y más de cien sacerdotes.

—No veo la firma de mi arzobispo —observa Don Bosco.

—No la ha firmado todavía...

—Bueno; cuando él firme, yo firmaré...

Ya el Oratorio festivo era una gran fuerza, aun desde el punto de vista político. Casi un millar de muchachos disciplinados, y muchos capaces de manejar un fusil, daban, no sólo que pensar a la policía, sino también a los secretarios. ¿De qué parte se pondría Don Bosco, llegada la ocasión?

—Mañana, en la plaza del Castillo, frente al Palacio Real, habrá una gran manifestación —le dice Brofferio, uno de los jefes de la izquierda, como ahora se dice.

— ¿Sí, eh?

—Su puesto y el de sus *biricchini* está señalado…

—Aunque yo no vaya —responde Don Bosco—, ese lugar no quedará vacío; otros se alegrarán de ocupar mi puesto. Tengo tanto que hacer, que no puedo salir.

—Pero ¿cree usted que está mal dar testimonio público de patriotismo? —le replica Brofferio con sarcasmo.

—Yo no creo nada… Soy un simple sacerdote... Mi oficio es predicar, confesar, enseñar el catecismo. Fuera de mi capilla, no tengo autoridad sobre mis muchachos. Al día siguiente, en vez de llevar sus *biricchini* a embriagarse con gritos de guerra, los conducía en procesión por los alrededores de la casa Pinardi.

Había comprado por veintisiete liras una estatuita de la Consolata, la Virgen de que el Piamonte es devoto, y los muchachos la sacaban solemnemente en hombros, teniendo cuidado, al desfilar, de no pisar las lechugas que mamá Margarita había plantado en su pobre huerto.

Menos obedientes que los *biricchini* se mostraron los seminaristas de Turín.

Hacia fines del año arreciaron los rumores de guerra contra los austríacos. Carlos Alberto volvía de Génova, y se le preparaba una formidable manifestación. La mayor parte del clero dispuso adherirse. El arzobispo, que gustaba de las situaciones claras, prohibió la concurrencia de los seminaristas, pero mandó que las puertas del seminario permanecieran abiertas. Esa noche, más de ochenta seminaristas se unieron a la multitud. Y el día de Navidad, mientras monseñor Fransoni pontificaba, vio el pecho de casi todos sus jóvenes clérigos adornados con la escarapela tricolor, símbolo de la Italia unida, pero también de la guerra al Papa.

La revolución había confundido con tal arte las ideas que, so color de patriotismo, penetraba hasta en el fondo de los claustros.

Y así llegó el año 48.

XIII

EL PAPA, EL REY, LAS SOCIEDADES SECRETAS

En el caso de la guerra, ¿debían esperar los italianos la ayuda de los franceses?

Esa cuestión preocupaba a los políticos. Muchos no se hacían ilusiones: sin la ayuda extranjera, Italia nunca derrotaría al gran imperio austríaco.

Pero ¿cómo se cobrarían sus aliados los sacrificios que hicieran?

Callos Alberto pensaba que Francia, de buena gana, lo ayudaría a expulsar a los austríacos de Milán y de Venecia, pero no consentiría en la unidad de Italia, bajo su cetro, sin retener Niza y Saboya, que serían como la punta de la espada francesa en el corazón del Piamonte.

Entonces fue cuando, en una reunión de sus ministros, que discutían los peligros de la alianza y las posibilidades de la guerra, dijo secamente:

—*Italia farà da se!* (¡Italia procederá por su cuenta!)

Estas arrogantes palabras se pronunciaron en un momento de fiebre nacional, e Italia entera hizo de ellas su divisa. Halagaban el orgullo e interpretaban un sentimiento unánime: no valía la pena librarse de los austriacos, si habían de caer bajo el protectorado de los franceses.

Carlos Alberto sabe que las sociedades secretas han minado el suelo de toda la península. Ellas quieren la unidad de Italia. Cuando él se lance a la guerra, ellas despertarán a todos los pueblos. Estallarán revoluciones en Nápoles, y en Florencia, y en Milán, y también en Roma. Los otros príncipes serán destronados y huirán; y todos los italianos se alistarán bajo las banderas del rey de Cerdeña, y su ejército será como un vasto crisol donde se realizará la unidad de Italia frente al enemigo.

"Yo aguardo mi estrella", ha dicho siempre, mucho antes de ser rey de Italia. ¿No lo engaña la ambición? ¿Cuenta bien al contar con la ayuda de Mazzini? ¿Acaso las sociedades secretas han renunciado ya a vengar la traición del príncipe de Carignano? "¡Oh Carignano! ¡Pagarás el precio de tu traición!"

Pero esa es una vieja historia, que todos tienen interés en olvidar, comenzando por Mazzini.

¡Sí! Las sociedades secretas estarán a su lado, pero le exigen de inmediato un anticipo: 1.° La Constitución. 2.° La expulsión de los jesuitas.

Algunos historiadores de Carlos Alberto hablan de su devoción, hasta de su misticismo. En realidad, sólo puede afirmarse que era católico, por tradición de familia, como lo fue su hijo, Víctor Manuel II, lo cual no le impidió despojar al Papa y sentar sus reales en el Quirinal.

Pero, más nervioso que Víctor Manuel, Carlos Alberto tenía arranques de penitente. Su devoción era una exaltación enfermiza, que lo precipitaba de rodillas, avergonzado y casi arrepentido de sus prevaricaciones. Cada vez que la ambición lo ponía en conflictos insolubles en la conciencia, sus palaciegos asistían a escenas de desesperación, en que ellos, por ignorancia, veían

señales de un acendrado misticismo. No La desesperación necia de aquella voluntad débil no halló nunca energía para ponerse de parte de la conciencia.

A pesar de su valentía, que probó en los campos de batalla, era pusilánime e inseguro, y de allí el sobrenombre de *Re Tentenna* (Rey Vacilante).

En 1821, como regente del reino, después de la abdicación de Víctor Manuel I, lo hemos visto vacilar entre sus promesas a los carbonarios y su honor de soberano.

Transa el conflicto concediendo aquella Constitución que días después el nuevo rey Carlos Félix arroja al canasto.

Lo vemos el 1824, para no ser desheredado, firma un documento por el cual se obliga a no modificar las leyes de la Monarquía absoluta.

Ahora, los que le exigen que otorgue una Constitución no saben que le exigen la violación de aquel compromiso. ¿Pero quién conoce la existencia de ese papel? Y sobre todo, ¿quién puede acusarle de no haberlo cumplido? Es un terrible secreto de Estado entre muy pocos.

Han pasado veinticuatro años. Metternich, que lo redactó, será pronto su enemigo; Carlos Félix, que se lo obligó a firmar, ha muerto. ¿Qué debe hacer? ¿Qué puede hacer? El pueblo, azuzado por los clubs, hierve en la plaza del Castillo, dándole vivas y reclamando la Constitución y la guerra.

Y él, irresoluto, se pasea, exangüe como un fantasma, por los fríos salones de su palacio. Los cortesanos, espantados, asisten de lejos a aquella escena de Shakespeare.

Ahora que no existen los soberanos absolutos sino en el centro de África y en alguna que otra dictadura, nos cuesta comprender el conflicto de Carlos Alberto.

¿Le exigen una Constitución? ¿Por qué vacila en concederla? ¿Acaso el ser rey constitucional no es una fortuna tan grande que muchos príncipes perderían la vida detrás de ella?

Ahora sí, pero entonces no. Porque no hay sacrificio mayor para un rey absoluto que descender a rey constitucional. Prefiere perder la mitad de su reino con tal de gobernar a su guisa la otra mitad.

Una Constitución significa la existencia de un Parlamento, representante de la soberanía popular. El rey renuncia a ser el verdadero soberano, despojo al que los reyes no se acomodan sino cuando ven relumbrar la guillotina.

Y, como si fuera poco, le exigen también la expulsión de los jesuitas.

Gioberti ha publicado su obra *El jesuita moderno,* que ha tenido un éxito desmesurado, a pesar de sus seis macizos volúmenes. Sobre la cabeza de los hijos de San Ignacio de Loyola se acumulan todos los pecados. Se les acusa de ser espías de los austríacos...

Carlos Alberto ya sabe lo que en el fondo significa eso. Cada vez que en Europa se prepara una gran batalla contra el Pontificado, los primeros cañonazos se disparan sobre los jesuitas, *los granaderos del Papa,* como los llamaba un filósofo revolucionario, D'Alembert.

Las vacilaciones de Carlos Alberto, atribuidas a unas maniobras de los jesuitas, exasperaban a los piamonteses. La revolución se siente en el aire. De un momento a otro, la señal

puede darla Turín o Génova. Los cortesanos viven con el ¡Jesús! en la boca.

El 8 de febrero del 48 el rey se rinde y firma el proyecto de Estatuto elaborado por sus ministros. En lo fundamental, dispone: 1.º Disminución de los poderes del rey. 2.° Elección de un Senado y de una Cámara de Diputados. 3.º Libertad de imprenta. 4.º Libertad individual garantizada. 5.° Creación de la Guardia Nacional.

El Municipio resuelve celebrar aquel triunfo de manera estrepitosa, con festejos en que intervengan el rey, el arzobispo, los clubs y todas las instituciones del Piamonte. Pero el arzobispo declara que no concurrirá.

Roberto d'Azeglio comprende que monseñor Fransoni no quiere endosar los inevitables *vivas* y *mueras* que se arrojarán a las nubes durante la manifestación, y sale irritado de la entrevista y se va personalmente a invitar a Don Bosco, sabiendo su adhesión al arzobispo.

—Señor marqués —le responde Don Bosco—, este Oratorio no forma un ente moral. Es una pobre familia, que vive de la caridad. Se burlarían de nosotros si nos vieran en semejantes fiestas.

— ¡Al contrario, mi querido Don Bosco! Verán que no es usted enemigo de las ideas modernas. No pierda esta ocasión de demostrarlo.

—Le agradezco su buena voluntad, señor marqués. Que no soy enemigo de las ideas modernas lo demuestro recogiendo a estos pobres muchachos, instruyéndolos y enseñándoles a trabajar, para que sean útiles a la familia y a la sociedad.

—Se equivoca, Don Bosco. Si persiste en estas ideas, todos los que le ayudan lo abandonarán.

— ¡Gracias por sus consejos, señor Marqués! Invíteme V. S. a donde un sacerdote pueda ejercitar caridad, y yo iré con mucho gusto y me sacrificaré por V. S. Pero estoy resuelto a permanecer extraño a la política: ni en pro, ni en contra...

Mientras hablaban los dos, llegó la hora de rezar el Rosario. La capilla se llenó de muchachos, y aun hicieron larga cola a su entrada.

— ¿Qué es lo que rezan? —preguntó D'Azeglio, oyendo la potente voz que se elevaba al altar.

—*El Rosario*, señor marqués.

No pudo éste reprimir un gesto desdeñoso.

— ¿No ve, Don Bosco? Usted pretende estar con las ideas modernas porque les enseña a leer a sus muchachos...

—Y a trabajar... y a rezar…

—Sí, pues, ¿y qué provecho pueden sacar, qué sentido tiene el enfilar una detrás de otra cincuenta avemarías, con el pensamiento a mil leguas de aquí?

Don Bosco replicó, dulce, pero inflexiblemente:

—Señor marqués: sobre esta práctica está fundada mi instrucción. Prefiero renunciar a cualquier otra cosa que parezca más importante. Y aun si fuera preciso, renunciaría a su preciosa amistad antes que al rosario de mis *biricchini*.

Roberto d'Azeglio desde ese día no volvió a hablar con Dom Bosco.

El rey asistió a aquellas fiestas como a sus propios funerales. ¿Acaso no había visto pasar el pelotón de los antiguos desterrados

piamonteses, con una bandera especial en que se leían estas fechas: 1821, 1831, 1833? Atroz insulto contra él, que no tenía ánimo de castigar.

Ese día llega el correo de Francia con la noticia de la revolución del 24 de febrero y la abdicación de Luis Felipe. El rey surgido de las barricadas del año 30, caía ante las barricadas del 48.

La República había sido proclamada en Francia.

Si esta noticia hubiese llegado veinte días antes, Carlos Alberto no habría concedido la Constitución, que no era más que una etapa en la obra de la revolución.

Gioberti, Balbo, D'Azeglio quedaron consternados. Habían allanado los caminos para la revolución, pero temblaban ante ella, porque la revolución era la República, y la República era Mazzini, el terrible invitado de la última hora.

Carlos Alberto ya no piensa en desafiar a Austria. Ahora necesita apoyar su trono en una Monarquía fuerte, y el 15 de mayo hace escribir a Metternich, para que las comunique al emperador, estas amistosas palabras: "El Rey desea que Su Majestad el Emperador de Austria reciba la seguridad de que la observancia de los tratados formará siempre la base de su política..."

Y espera "afirmar los vínculos de amistad que han unido hasta el presente los dos Estados"...

Si en aquellos tiempos hubiera existido el telégrafo entre Viena y Turín, Carlos Alberto no habría enviado esa nota a Metternich. Era como escribir a un muerto.

Dos días antes, el 13, una racha revolucionaria había tumbado al omnipotente ministro, árbitro de Europa casi cuarenta años.

Y tres días después, el 19, la insurrección contra los austríacos estalla en Milán. Principio de la ansiada guerra de independencia. Los milaneses envían su emisario a Turín, el conde Martini, a solicitar la ayuda de Carlos Alberto. Las palabras que emplean en su nota son prudentes; se guardan de prometerle la corona de la Lombardía, y Carlos Alberto responde con desabrimiento al emisario:

— ¿Queréis que vaya a Milán a proclamar la República?

Pero los que en Turín acaban de arrancarle el Estatuto no miran así las cosas. ¿En qué piensa el rey? ¿Va a permanecer impasible, mientras Radetzky barre a cañonazos las calles de Milán?

El rey, a su vez se pregunta:

— ¿Cómo puedo declarar la guerra a quien hace cuatro días he escrito una carta llena de amistad?

¡No Importa! Ya no es más rey absoluto. La prensa tiene ahora libertad, y no tarda en incendiar la atmósfera. Camilo Cavour, que hace sus primeras armas políticas, escribe en su periódico:

"La hora suprema de la dinastía ha sonado. Hay circunstancias en que la audacia es prudencia y la tenacidad resulta más juiciosa que la reflexión..."

Carlos Alberto lee entre líneas: la guerra o la abdicación.

Es la medianoche del 23 de marzo. El pueblo, nervioso y exigente, se vuelca en la plaza del Castillo. Ahora tiene la conciencia de su soberanía, puesto que ya Carlos Alberto no es un rey absoluto. ¿Qué hace el rey? Todos miran al balcón de Pilato. Extraño nombre el que han dado a aquel balcón del palacio, donde suele presentarse la familia real en las grandes ocasiones.

Se abren las ventanas, y el rey, a la luz de las antorchas, aparece pálido como un muerto, apoyándose en la balaustrada, con las manos ardorosas de fiebre. A su lado están sus dos hijos, y detrás el emisario de Milán, que ha venido a reclamar la ayuda del Piamonte.

Carlos Alberto despliega una banda tricolor, símbolo de la Italia unida, y la agita sobre su cabeza, y el pueblo comprende y se entrega a un loco entusiasmo. Es la guerra nacional.

Al día siguiente el rey lanza una proclama en que se lee esta alusión a Pío IX, que pareciera dictada por Mazzini: "Pueblos de la Lombardía y de Venecia: nuestras armas os prestarán la ayuda que el hermano debe al hermano, el amigo al amigo... Nosotros secundaremos confiados en Dios, que ha dado Pío IX a Italia y ha puesto a Italia en condiciones de no necesitar de nadie..."

Es la repetición de su fórmula: *Italia farà da se* y una notificación a las otras potencias de que no quiere intervenciones extranjeras.

Y en otro lugar: "Descienda sobre vosotros el espíritu angelical de Pío IX, y la Italia se hará,"

¿Cómo acogerá Roma esta conminación a lanzarse a la guerra?

En Roma la revolución ha hecho más camino que en ninguna parte, favorecida por el espíritu bondadoso del Pontífice.

También él ha consentido en otorgar una Constitución, que crea dos Cámaras: los senadores, elegidos por el Papa, y los diputados, por el pueblo. Pero los diputados, representantes de los clubs, serán los verdaderos dueños del poder.

Frente a su iglesia del *Jesús* las turbas reclaman la "muerte de los frailes", y les cantan el *Miserere* y el *De profundis*.

Pío IX los visita para confortarlos, pero él ya no es un soberano, sino un cautivo, y los jesuitas abandonan la ciudad. Casi al mismo tiempo los expulsan de todas partes de Italia, inclusive de Turín, donde Don Bosco los provee de trajes civiles para que huyan sin ser reconocidos.

Llegan noticias de que el mariscal Radetzky retrocede ante Carlos Alberto, que avanza con cuarenta y dos mil soldados. ¡Victoria, victoria! ¡Que el Papa se ponga al frente de la nueva cruzada!

Un monje barnabita, llamado Gavazzi, quiere ser otro Pedro el Ermitaño, y habla desde el Coliseo, invocando la sangre de los mártires y blandiendo un crucifijo tricolor: ¡Romanos, a las armas! El austriaco, cien veces más feroz que el musulmán, está a nuestras puertas. Nuevos cruzados, armemos nuestros pechos con el signo de la Cruz... ¡Dios lo quiere!... Sí, juremos no volver a Roma sin haber degollado hasta el último de esos bárbaros."

Los planes de Mazzini parecen a punto de realizarse: la Iglesia va a remolque de la revolución. Porque no solamente se cuentan energúmenos como el Padre Gavazzi, sino también sacerdotes de fama y de virtud, como el padre Ventura o el célebre Rosmini.

El Papa moviliza su ejército para defender su neutralidad, y lo envía a la orilla del Po, con orden terminante de no vadearlo, porque la otra margen es tierra austríaca.

Millares de voluntarios engrosan la Guardia Nacional Pontificia, mandada por el general Durando. Este llega a la

frontera, desobedece al Papa y cruza el río, lanzando una proclama.

"¡Soldados! El Santo Pontífice ha bendecido vuestras espadas, que, unidas a las de Carlos Alberto, deben exterminar a los enemigos de Dios y de Italia... Esta guerra no solo es nacional, sino altamente cristiana... Sea nuestro grito de guerra: ¡Dios lo quiere!"

Es una conspiración de todos para forzar la mano de Pío IX y para que ante el mundo católico la guerra al Austria aparezca como una guerra santa.

El Papa no lo consiente. Por su diario oficial, *La Gazetta* de Roma, desautoriza la proclama del general Durando, y días después, el 29 de abril de 1848, en una extensa alocución, expresa de este modo su voluntad:

"Pretendiendo algunos que también Nosotros emprendamos la guerra contra los austríacos, creemos nuestro deber manifestaros clara y terminantemente que eso está muy lejos de Nosotros, puesto que hacemos en la tierra, aunque indignos, las veces de Aquel que es Autor de la paz y Príncipe de la caridad, y, fieles a las obligaciones de nuestro apostolado, abrazamos a todos los pueblos y naciones con igual sentimiento de fraterno amor. Si, a pesar de esto, algunos de nuestros súbditos se dejan atraer del ejemplo de los otros italianos, ¿de qué manera podríamos evitarlo?"

Las sociedades secretas abandonan toda ficción y empiezan contra Pío IX la memorable batalla, que durará veintidós años y que es una de las tragedias más emocionantes de la Historia.

En estas condiciones se realizó en los Estados Pontificios la elección de diputados, de la que resultó un Parlamento hostil al Papa.

En una de esas casas aisladas, con jardines, que los italianos llaman villas, situada fuera de la Puerta del Pueblo, se reunieron los que ahora ya no disimulaban su odio.

Eran más de cien, y la policía no los molestaba, porque el ministro de Policía, José Galleti, estaba entre ellos. También estaban otros dos personajes políticos. Terencio Mamiani y Pedro Sterbini, y ciertamente no faltaba el famoso tribuno que, por su elocuencia abundante y ruda, tenía el apodo de *Ciceruacchio* (Ciceroncito).

Propuso *Ciceruacchio,* en la reunión, asesinar a todos los frailes: pero Mamiani contuvo los imprudentes entusiasmos, leyendo el programa político que debían presentar al Gobierno de Roma:

1.º Exclusión de los sacerdotes de todos los cargos públicos. —2." Declaración de guerra al Austria.— 3.º Remuneración a todos los voluntarios de la guerra contra los *bárbaros*.

Aprobado el programa, con los puñales en alto juraron todos fidelidad a Sterbini, Galletti y Mamiani.

Impuesto el Ministerio de aquellas exigencias de los clubs, presentó su renuncia, y el Papa, con un rasgo de bravura, llamó a Mamiani, que era el más moderado de los conspiradores, y le dijo:

—Puesto que usted parece contar con la mayoría de la cámara, forme usted Gobierno.

Mamiani aceptó, y los conjurados creyeron ganada la partida y resuelta la guerra.

Los comienzos de ésta habían sido favorables al Piamonte. Carlos Alberto logró varias victorias sucesivas (Goito, Pastrengo, Peschiera).

Una vasta insurrección de húngaros y de eslavos, a raíz de la caída de Metternich, tenía en jaque al emperador, impidiéndole concentrar sus fuerzas en Italia.

Para salvar su imperio, propuso la paz, abandonando la Lombardía y conservando Venecia. Pero los ministros de Carlos Alberto, creyendo en la fidelidad de la fortuna, rechazaron la propuesta, contra los sentimientos del rey. El ejército piamontés había demostrado un valor heroico, ganando batallas a pesar de que carecía de organización, de víveres y hasta de armas. La ignorancia de sus generales, que habían entrado en campaña sin poseer un solo mapa de la región donde combatían, había sido compensada por la bravura de los soldados.

Entonces aconteció un suceso fatal para Mamiani. El general Durando, aquel que, contra las órdenes de Pío IX, vadeara el Po al frente del ejército pontificio, se había rendido, en Vicenza, al mariscal Radetzky.

Al recibir en Roma la noticia, y al conocer las circunstancias de la jornada, la Cámara acusó a Durando de traición, y el pueblo se indignó contra Mamianl, que intentó defenderlo.

El Ministerio perdió su popularidad en pocas semanas. Tampoco gozaba de la confianza del Pontífice, que soportaba a disgusto la duplicidad de su ministro. Vino en esto la noticia de la batalla de Custozza, en que 55.000 austriacos habían vencido a 22.000 piamonteses.

La retirada señaló el comienzo de la definitiva derrota de Carlos Alberto. Pío IX aprovechó la ocasión para deshacerse del Ministerio Mamiani, que pretendía llevarlo a la guerra.

Tras un breve Ministerio de transición, el Papa llamó a un antiguo carbonario, que por sus ideas liberales podía satisfacer a los diputados y al pueblo.

Era el conde Pellegrino Rossi, par de Francia, embajador de Luis Felipe, hombre de ciencia y de energía. Rossi aceptó formar el Ministerio.

Tenía dos caminos a seguir: servir, como Mamiani la política de las sociedades secretas, o servir franca y enérgicamente al Papa. Eligió este camino.

¡No lo eligió impunemente! Conocía los entretelones de las logias y sabía que estaba condenado a muerte desde el momento en que, abandonando la causa de la revolución, se ponía al servicio del orden.

Para no tener un conspirador en su Ministerio, suprimió el cargo de ministro de Policía, agregando sus funciones al del Interior, y Galleti salió; pero muchos afiliados a la *Joven Italia* quedaron en otros empleos y como oficiales en el cuerpo de Carabineros y Dragones pontificios.

Era a mediados de septiembre. Las sesiones de las Cámaras no se reanudarían hasta el 15 de noviembre. Rossi tenía por delante dos meses para encauzar la Administración.

En todos los Parlamentos, en las épocas de lucha., además del partido del Gobierno y del de la oposición, existe el partido del miedo, que inclinándose ora al uno, ora al otro, hace la mayoría. Lo forman diputados que, porque carecen de programa, y a menudo

de ideas, se consideran independientes y votan según sopla el viento de la calle o de las alturas.

Un jefe que surge de pronto, dando la sensación de fuerza y de victoria, puede ganarse el partido del miedo, ávido siempre de un amo que le inspire confianza. Gracias a tal partido, los diputados de la *Joven Italia* dominaban la Cámara. A la aparición de Rossi, advirtieron el inminente riesgo de perder su mayoría, porque el partido del miedo apoyaría a Rossi.

Sturbinetti era el presidente de la Cámara, y anunció aquel peligro en las reuniones de la sociedad. Y todos pensaron que había una sola siniestra manera de conjurarlo. Bastaría reabrir el proceso de los carbonarios contra su antiguo afiliado y ejecutar la sentencia de muerte que había quedado en suspenso. La *Joven Italia* se encargaría, y para que sirviera de escarmiento y amedrentara al Papa, el asesinato debía realizarse el 15 de noviembre, en la Cámara misma, cuando el primer ministro acudiera a inaugurar sus sesiones.

Después de la rendición de Vicenza, Roma se vio inundada de aquellos legionarios romanos que partieron con el general Durando y volvieron como desertores. La guerra no había terminado, pero ellos preferían pasearse por la ciudad ociosos y arrogantes con la *pannutela*, especie de túnica militar que usaban de uniforme.

La gloria que no habían podido ganar batiéndose contra los austríacos, esperaban hallarla batiéndose en las calles y en las plazas de Roma contra los guardias del Papa. Eran, pues, elementos propicios para las revoluciones.

Sterbini y Galletti, ambos ex ministros, sedujeron a aquellos soldados sin empleo y asignaron a cierto Grandont, oficial obscuro

y ambicioso, y a la compañía que él mandaba, el papel principal en la tragedia.

Un espía de Rossi, que asistía a los conciliábulos de la *Joven Italia* en el granero de *Ciceruacchio*, llevó al ministro los detalles de la conjuración. El Gobierno prohibió vestir la *pannutela*, que iba a ser el distintivo de los conjurados. Pero no suprimió en ninguna forma las reuniones del *Caffé delle Belle Arti*, o del *Circolo Popolare* y de la plaza de España, donde los tribunos incitaban públicamente a la revolución; ni estableció censura sobre los diarios, algunos de los cuales anunciaban grandes acontecimientos para el 15 de noviembre.

El ministro hacía gala de una bravura rayana en la temeridad. A veces la temeridad ha resultado salvadora; pero a veces también ha perdido a los que se han inspirado en el ejemplo de Pedro el Grande presentándose solo en medio de los *strelitz* conjuros para matarle.

A las seis de la mañana del 15, Rossi recibe de la duquesa de Rignano una esquela: "No vaya al Palacio de la Cancillería, porque será asesinado."

En el pequeño teatro de la Capranica se han reunido quince afiliados de la *Joven Italia* para sortear al que dará el estiletazo, y a otros cinco más que lo suplirían si su golpe falla. La suerte designa primero a Sante Constantini.

A las nueve, un anciano general polaco va a rogar al ministro que no salga. Rossi desdeña el anuncio.

A mediodía, mientras almuerza con su mujer y sus hijos, un desconocido le pide audiencia para comunicarle un asunto de gran importancia. Rossi le hace contestar que va a salir a la Cámara y no puede recibirlo; que vaya al día siguiente a su despacho.

—Mañana será tarde —contesta el desconocido.

La condesa y sus hijos, alarmados por aquellas repetidas advertencias, intentan impedir al ministro que acuda a la fatal Asamblea. Rossi no se deja convencer y se va al Quirinal, a pedir la bendición del Papa, antes de ir al Palacio de la Cancillería, donde pronunciará el gran discurso que sus partidarios aguardan y sus enemigos temen.

El Papa también ha recibido reiterados anuncios del complot.

— ¡Evitad un gran crimen a los otros, y a mí un gran dolor!

—Son demasiado cobardes —respóndele Rossi—, y no osarán...

— ¡Dios lo quiera! Entretanto, os bendigo con toda mi alma.

Sabiendo que el golpe se proyecta dar en la escalinata del Palacio de la Cancillería, la policía manda ocuparla con soldados; pero el presidente de la Cámara, Sturbinetti declara que eso es violar los fueros del Parlamento, y que le corresponde a él, presidente de la Cámara, la vigilancia del Palacio.

Frío y desdeñoso con los adversarios, Rossi no quiso aparecer temeroso, y consintió en que Sturbinetti, afiliado a la *Joven Italia*, se encargara de su custodia. Así fue como la vigilancia de la Cancillería quedó confiada a sesenta guardias cívicos, en su mayoría conspiradores.

Y cuando a las diez de la mañana aparecieron los legionarios de Grandone, entre los cuales estaban los seis sorteados para el crimen, esos guardianes infieles les permitieron situarse en la escalinata, a pesar de que vestían la *pannutela* prohibida, que había de servirles para dificultar la identificación.

El palacio de la Cancillería es un hermoso edificio que el Brabante construyó a fines del siglo XV para el cardenal Riario. La iglesia de San Lorenzo in Damaso forma una de sus alas. Allí tiene su despacho el cardenal Bernetti, canciller de Pío IX, y sesiona la Cámara de Diputados.

El duque de Riagnaro, que es uno de los ministros, observa la palidez de Rossi cuando va a subir a la carroza. Está pálido, sí; pero firme y resuelto.

—Yo defiendo la causa del Papa, que es la de Dios. Debo ir y quiero ir.

Ha dado la una. Sturbinetti ocupa su sillón presidencial; los diputados, sus bancos. Uno de los últimos en llegar es Sterbini, vestido de negro. ¡El sí que sabe lo que va a ocurrir! Sus partidarios lo aplauden.

Se sienten gritos en la calle: "Eccolo! Eccolo!" ¡Helo aquí! ¡Muera Rossi!

Pero no es Rossi, sino el embajador de España, que posee una carroza igual.

Diez minutos después, por la calle de Baulari, aparece la del ministro. Viene acompañado de Righetti, subsecretario de Finanzas. "¡Si no teme venir conmigo, suba!", le ha dicho. ¡Qué pálido está Rossi!

Los caballos avanzan con lentitud; el público ocupa la calzada: un público hostil revolucionarlo, que lo increpa sordamente.

— ¡Les sería fácil matarme aquí de un pistoletazo! ¿Quién hallaría después al asesino?—dice Rossi a su compañero.

Pero el arma de la *Joven Italia* no es la pistola, sino el estilete.

— ¡Cómo! ¿Están esos hombres vestidos de *pannutelo*? ¿Quién les ha permitido colocarse allí?

Righetti no sabe qué decir. El corazón le late horriblemente. Ha visto ondular aquella masa humana, y oye sus voces enemigas: *"Eccolo, Eccolo!"*

El antiguo carbonario sonríe con desprecio.

— ¡Mi causa es la de Dios! ¡Hoy enterraremos la revolución!— Y blande como un arma los apuntes de su gran discurso.

El carruaje se detiene casi al pie de la escalinata. El palafrenero salta del pescante, abre la portezuela, y desciende Rossi.

Los legionarios le abren paso, pero en seguida se cierran detrás de él, separándolo de Righetti, y uno de ellos, con un bastón, le golpea ligeramente en el hombro, por la espalda.

— ¿Qué hay?—exclama Rossi, indignado de aquel ultraje, volviendo la cabeza.

Con este movimiento descubre el cuello y presenta la arteria carótida al golpe de Sante. Este desenvaina el estilete y se lo entierra con suprema habilidad.

— ¡Asesino!..

Un borbotón de sangre corta la última palabra de aquel hombre, cuya elocuencia temieron sus enemigos. En el atrio se desplomó. Un confesor, llamado a prisa de San Lorenzo in Damaso, lo alcanzó con vida aún y pudo absolverlo.

El grito de Rossi se ha oído en el recinto donde los diputados aguardan.

— ¡Señores! ¡El ministro Rossi acaba de ser asesinado!

— ¿Cómo?—pregunta uno de sus partidarios—. ¿Por quién?

Y otro, mirando a aquel hombre que viste de luto y que no se ha movido de su banco, lo señala.

— ¡Preguntad Sterbini!

En el acto, el partido del miedo se siente revolucionario y se agrupa alrededor del hombre de luto para mostrarle su adhesión, y uno de ellos exclama:

— ¿Por qué tanto ruido? ¿Por ventura Rossi era el rey de Roma?

Después de este frío ultraje al muerto, a quien nadie osa defender, el presidente de la Cámara, Sturbinettl, agita la campanilla y pronuncia esta frase, que se ha hecho célebre:

—Señores diputados, pasemos al orden del día.

El asesinato de Rossi quedaba así como un incidente callejero indigno de distraer la atención de un Parlamento.

— ¡Esto es infame! —exclama el duque D'Harcourt, embajador de Francia, dirigiéndose a los otros embajadores que asisten a la sesión—. ¡Salgamos, señores, para no ser encubridores de este crimen!

En la calle, los soldados de Pío IX fraternizan con los legionarios de Grandoni. Este y Sante Constantini, autor de aquella admirable puñalada, son los héroes del día.

Más glorioso que Galletti y que Sterbini y que Mazzini mismo, de quien el pueblo no conoce sino los discursos o los artículos.

En cambio, de Grandoni y de Constantini conoce ahora los hechos. El estilete es adorado. Lo exhiben, lo pasean por las calles, lo llevan frente a la casa de Rossi y lo levantan en una pica, envuelto el puño en una cinta tricolor, para que puedan verlo la viuda y los hijos, aterrados y todavía ignorantes de la tragedia.

Como en el curso de esta historia no hemos de volver a hallarnos con Constantini y Grandoni, digamos de qué manera terminó su triunfo. El proceso por el asesinato de Rossi fue largo y difícil, y sólo pudo concluirse años después.

Las pruebas que inculpaban a los grandes bonetes desaparecieron en la vorágine de la revolución. Pero los ejecutores materiales de aquella sentencia de la *Joven Italia* pagaron con la vida su adhesión a los principios *mazzinianos*: Grandoni se libró del verdugo ahorcándose en la prisión, y Constantini fue ejecutado el 17 de marzo de l854.

Caído Rossi, el verdadero rey de Roma fue Sterbini. Redactó un programa urgente: guerra al Austria, reforma de la Constitución, nuevos ministros.

El Papa, abandonado de sus cortesanos, cerró las puertas, del Quirinal, guardadas por setenta suizos y algunos gendarmes, únicas tropas que permanecieron fieles, y convocó a los embajadores de las potencias para que fuesen testigos de los sucesos, y se negó a tratar con Sterbini.

El pueblo se indigna de que el Papa no quiera tratar con sus emisarios, y pretende invadir el Quirinal, incendiando su puerta. Por entre la reja un suizo dispara su fusil. ¡Traición! ¡El Papa fusila a su pueblo! ¡A las armas! ¡Viva la República!

— ¡Hemos comenzado; hay que acabar! —ha dicho Sterbini arengando al pueblo.

Asaltan el Quirinal; las balas penetran hasta el aposento donde se halla el Papa con algunos embajadores, entre ellos el de Francia, duque D'Harcourt; el de España, Martínez de la Rosa; el del Brasil, Figuereldo. Una bala mata a monseñor Palma, secretario de Letras latinas.

Sterbini, el príncipe Canino y otros jefes del movimiento, instalados en el *Café de las Bellas Artes* como en el cuartel general, resuelven bombardear el palacio. El príncipe Canino hace llevar dos cañones y los coloca en batería frente a las puertas principales, y va a ordenar el fuego.

El Papa, horrorizado de aquella sangre, anuncio de mucha más, recibe a los emisarios y acepta el Ministerio que le imponen: Galletti, ministro del Interior; Mamiani, de Relaciones exteriores; Sterbani, de Hacienda. Las primeras espadas de Mazzini son los ministros de Pío IX. Y, fieles a su táctica de enrolar al clero en las filas de la revolución, ofrecen la presidencia del Ministerio al célebre sacerdote Rosmini, quien se niega a prestarse al papel que le asignan. En cambio, otro sacerdote, monseñor Muzzarelli, se deja seducir y consiente en ella, lo que le vale una amarga censura de Pío IX.

—Señores —dice el Papa a los embajadores, despidiéndolos —, que el mundo sepa lo que acabáis de ver. He prohibido que en los decretos de este Ministerio se empleen las fórmulas comunes; no quiero que se abuse de mi nombre, pues yo no tengo parte en el Gobierno; más que un rey, soy un prisionero...

Esto ocurrió el 16 de noviembre. Pío IX era realmente un prisionero que, como Luis XVI, aguardaba su hora custodiado por los asesinos de Rossi.

Una dama francesa, la condesa de Spaur, esposa del ministro de Baviera, tramó su liberación, en connivencia con su esposo y el duque D’Harcourt.

En la noche del 24, la carroza del embajador de Francia llegó precedida de antorchas, como se acostumbraba en los días de recepción. Los centinelas dejaron pasar al duque, y él mismo

ayudó a Pío IX a despojarse de su traje blanco y a vestirse con una sotana negra.

Los centinelas que guardaban las habitaciones del Papa no prestaron atención a aquel simple clérigo, de anteojos negros, que salió de allí. Oían la voz recia del embajador de Francia y no se imaginaban que su interlocutor era el Pontífice.

Por los sombríos corredores del Cónclave, Pio IX llegó a la Puerta Suiza, que nadie vigilaba, y abandono el Quirinal. El conde Spaur lo esperaba en un carruaje. Salieron, por la puerta de las Cuatro Fuentes, sin que los centinelas sospecharan de ellos. En el valle de Ariccia encontraron a la condesa de Spaur, que los aguardaba en su gran berlina, con su hijo y dos servidores bien armados. Allí estuvieron a punto de ser detenidos por una patrulla de carabineros que seguían el carruaje de Spaur. Los salvó la sangre fría de la condesa, que recibió a Pío IX con esta angustiosa exclamación:

— ¡Oh señor doctor! ¡Cuánto ha tardado!

Los carabineros no alcanzaron a ver las facciones de aquel médico a quien la dama reprochaba el retardo; pero, compadecidos de su angustia, le ayudaron a subir a la berlina, que partió al galope de sus cuatro caballos por el camino de Nápoles.

Cuando cruzaron la frontera y se hallaron en los dominios de Fernando II, lágrimas de emoción bañaron el rostro de Pío IX, que entonó el *Te Deum*.

A las nueve y media de la mañana, después de cambiar caballas en una posta, llegaron a Gaeta, dirigiéndose al palacio episcopal.

Por azar, el obispo estaba ausente, y sus servidores no quisieron recibir a aquellos huéspedes, a quienes no conocían, por

lo cual Pío IX tuvo que refugiarse en un albergue modestísimo, que llamaban *Il Giarneto*.

Muchos años después, en su alocución del 26 de diciembre de 1876 a la nobleza romana, Pío IX explicó de esta forma su resolución:

"La revolución nació tímida en apariencia, obsequiosa y aduladora. Con su hipocresía engañó a muchas personas honradas, sorprendiendo su buena fe, y se mezcló a ellos al pie de los altares; pero mientras los unos se alimentaban con el pan de vida, los otros comían su propia condenación. Pidieron y obtuvieron todo lo que era posible acordarles. A cada concesión estallaban en aplausos; luego mostraban nuevas pretensiones, hasta exigir un Papa batallador y agresivo. Pero el Papa, que no quería ni podía ser batallador, tuvo que alejarse de Roma, antes que permitir la ejecución de las horribles amenazas de que fue objeto."

Si el rey de Nápoles no consentía en tener de huésped al Pontífice, dos naciones se disputaban ese honor: España y Francia, que habían mandado naves para transportarlo a su territorio.

De Roma se enseñoreaba la anarquía.

Se votaba la desposesión del Papa y se establecía la República romana; y se invitaba a venir al que consideraban el Mesías de la revolución.

José Mazzini apareció en Roma el 5 de marzo de 1849, con pasaporte suizo, bajo el nombre de Francisco Lavillat.

"¡Romanos! Habéis sido grandes... Yo os consagro romanamente italianos... Después de la Roma de los Emperadores, después de la Roma de los Papas, viene la Roma del Pueblo."

La República necesita dinero para la guerra contra Austria. Fue tal el efecto de su elocuencia, que muchas damas se despojaban de sus joyas y las echaban a los pies del tribuno.

El 29 de marzo lo nombraron triunviro, pero en realidad fue un dictador, pues sus otros dos colegas fueron sombras a su lado. El 8 de abril era la Pascua. Mazzini quiso que se dijese la misa en el altar pontifical de San Pedro, donde sólo el Pontífice puede celebrar. Los canónigos intentaron oponerse, pero fue en vano. Un sacerdote apóstata, Spola, celebró aquella misa, asistido por el famoso padre Ventura, que tiempos después retractó sus errores, y por el no menos famoso Padre Gavazzi.

Junto al altar estaba Mazzini, cruzado el pecho por la banda tricolor.

Con esta parodia entiende persuadir a los romanos que pueden prescindir del Papa. Bastan el pueblo y Dios.

XIV

CÓMO TRABAJA ENTRETANTO

Estos tiempos que hemos pintado, en que la religión parece haber tocado el fondo del abismo, son los que Don Bosco, sonriente, elige para fundar una nueva Congregación,

El hombre negro, el jesuita, cuyo nombre ha llegado a ser una injuria, es perseguido en todos los países como el representante genuino del Papado. ¡Buena hora para inventar otros hombres igualmente negros e igualmente adictos al Papa!

¿Acaso Don Bosco vivía en tierras lejanas y tranquilas, adonde no llegaban noticias de la revolución? No, por cierto. Vivía en Turín, el cuartel general donde un joven rey, Víctor Manuel II, preparaba su puesto para una nueva cruzada, no contra los musulmanes, sino contra la Iglesia de Roma.

Y Don Bosco era súbdito de ese rey, y fue amigo y hasta comensal de Cavour, su ministro, el verdadero propulsor del movimiento que arrancaría al Pontífice, tal vez por un siglo, el cetro de Roma. ¿Por un siglo no más? ¿Por ventura los católicos piensan que los Papas volverán algún día a ser reyes de Roma?

Nadie sabe los secretos de Dios. Setenta años vivieron los Papas en Aviñón, la segunda cautividad de Babilonia, según la llamaron, porque fueron cautivos de los reyes de Francia.

Después del Tratado de Letrán, entre el sucesor de Pío IX y el de Víctor Manuel II no puede hablarse de cautividad; pero ¿puede

llamarse al Papa rey de Roma, cuya corona ostenta en la tiara?

Los historiadores de los reyes cuentan por años; los de los pueblos, por siglos; los de la Iglesia, por milenarios: los de Dios, por épocas geológicas.

Los amigos que recibieron las primeras confidencias de Don Bosco eran sabios y santos: Don Cafasso, Don Borel; mas juzgaron desatinados sus proyectos, y prueba tan patente de locura, que, por su bien y con el alma partida de dolor, resolvieron encerrarlo en un manicomio ([3]).

¿Dónde había visto esas escuelas, esos talleres, esas iglesias, esos millares sacerdotes que trabajarían conforme a su regla, esos millones de obreros que aprenderían de él un oficio, de todo lo cual hablaba como de una realidad? ¡En sueños!

En la Historia Sagrada, en el libro de Esther, Mardoqueo el judío sueña como el pastor de los Becchi, "De pronto se oyeron voces y un gran ruido y truenos, y la tierra tembló... Dos dragones avanzaron, prontos a combatir… Y se hizo un día de tinieblas y de obscuridad; y reinó el espanto, la angustia y la tribulación sobre la tierra. El pueblo entero de los justos estaba en la confusión y se preparaba a perecer. Clamaron a Dios, y a sus clamores brotó una fuentecita, que se transformó en un gran río y en una masa de agua. La luz y el sol brillaron, y los que yacían en la humillación fueron elevados" (*Est* 11, 5-11).

Como esta fuentecita surgía la obra de Don Bosco.

Soñador, ciertamente, porque durmiendo le comunicaba Dios aquellas cosas que parecían locuras. Pero con un instinto realista infalible. Digo instinto, no atreviéndome a dar un nombre

[3] Este manicomio existe aún a dos pasos de la enorme casa madre de los salesianos de Turín.

sobrenatural a aquella ciencia no aprendida, en que se funden equilibradamente la discreción, la diplomacia, el don de gentes. Simple como una paloma, astuto como una serpiente, vivía codeándose con los enemigos de la Iglesia, parando sus golpes, recibiendo sus beneficios, haciéndoles frente cuando era necesario, pero sin dejarse arrebatar por un falso celo. Conservaba el juicio claro en medio de la confusión apocalíptica de aquellos tiempos, que habían turbado a muchos de más ciencia que él.

En los campos argentinos existen paisanos rastreadores o rumbeadores que encuentran el rastro o el rumbo hasta en los días de cerrazón, hasta en las noches lóbregas, y son capaces de hallar un derrotero, a cien leguas de distancia, con los ojos vendados.

Así es Don Bosco. Posee ese sexto sentido de las palomas mensajeras, de las aves migratorias: la orientación. Se dirige por senderos que parecen extraviados. Se rodea do *biricchini*. (En Italiano, *biricchini* significa tunante, pillete. Don Bosco ha ennoblecido la palabra y la especie).

No se le ocurre buscar sus discípulos en los palacios, en las altas clases sociales, entre los que mañana serán los dirigentes de la nación. Toma exactamente el camino opuesto. Recorre las calles, reúne a los chicos abandonados, busca a los obreros, de preferencia a los ociosos y sin trabajo, que han aprendido a conocer el mundo en las prisiones y en cuyos oídos zumban ya los himnos comunistas.

¡Esos son sus elegidos! A los otros los deja venir, pero a éstos los llama, los persigue, no descansa hasta encontrarlos.

¿Y qué les ofrece y qué les enseña? ¿Los derechos del pueblo? ¡No! Les enseña a trabajar y a rezar. Y les ofrece un plato de menestra hecho por mamá Margarita, y a la noche un pedazo

de pan, y los domingos un poco de fruta, si la tienen, función religiosa y juegos al aire libre.

¡Vaya una época para atraer al pueblo con un plato de menestra y una procesión!

Cuando el Piamonte hacia su primer ensayo constitucional, y se inauguraban clubs en todos los rincones de Turín, y el pueblo se embriagaba con los discursos de los futuros parlamentarios y con las soflamas de Mazzini, que les enseñaban sus derechos, y los frailes se prendían escarapelas tricolores, y los seminaristas desertaban de los claustros para acudir a los comités, a Don Bosco se le ocurría abrir también un club en la capilla Pinardi, y no para enseñar al pueblo sus derechos, sino sus deberes.

¡Peregrina ocurrencia! Y, sin embargo, los hijos del pueblo acudían en tanto número, que causaban envidia a los políticos y recelos a la autoridad.

¡Ah! No iban por el plato de menestra. Había otros que ofrecían más. La seducción de Don Bosco estaba en su sonrisa, y en una palabra que encierra toda su pedagogía.

Hace bastantes años, el rector del colegio de jesuitas de Campolide, en Portugal, refería a Don Ricaldone, actual prefecto general de la Congregación salesiana, cómo conoció a Don Bosco.

"Me habían puesto al frente de un gran colegio, y estaba lleno de temores, a causa de mi inexperiencia. Se me ocurrió entonces consultar a Don Bosco, y me fui de Roma a verle en Turín. Quería que me explicara el secreto de aquella misteriosa atracción que ejercía con los niños: cuál era su sistema pedagógico.

"Para no hacerle perder tiempo, y para retener mejor sus respuestas, escribí un minucioso memorándum con las cuestiones

que me preocupaban. Me lo aprendí de memoria y fui a exponérselo. Don Bosco me oyó cortésmente. Me dejó hablar cuanto quise. No me interrumpió una sola vez, y yo advertí, por la atención que me prestaba, que iba a dar una respuesta franca a mi largo cuestionario. Yo terminé así: "¿Cómo hace V. R. para atraer a los niños?" Y él entonces me respondió, pero no me dijo muchas palabras, no me dijo ni tres, ni siquiera dos; me dijo una sola palabra:

"— ¡Amándolos!

"Y se puso a hablar de otras cosas, con toda naturalidad, como si ya no tuviese nada que decir."

En la trama confusa de las doctrinas revolucionarias, socialistas o demócratas, Don Bosco ha descubierto el hilo de oro de una gran verdad, que todas ellas contienen y que es el motivo de la seducción de esas doctrinas sobre el pueblo. Esa verdad trascendental es la igualdad.

No es una idea revolucionaria ni moderna. Es un viejo dogma cristiano, contenido en la segunda palabra de la oración que Jesús enseñó a sus discípulos: "Padre nuestro..." Todos los hombres, hijos de un mismo padre; por lo tanto, iguales todos, específicamente.

Si el egoísmo de los que oprimen a sus semejantes por la riqueza o la fuerza ha obscurecido esta verdad y ha impuesto durante siglos desigualdades que parecían nacer con el hombre, peor para ellos, porque los oprimidos han acabado por reconocer la injusticia de los privilegiados y han convertido en una bandera de odio lo que era un dogma de amor.

Se ha hecho famosa la ceguedad de aquel romano que definió así el cristianismo naciente; una discusión entre judíos a propósito de religión.

Así muchos en los tiempos de Don Bosco, no advirtieron más que el aspecto político, hostil a los reyes, de las doctrinas revolucionarias, y no la avidez de justicia que preparaba los corazones a recibirlas.

El no creyó que fuese una discusión constitucional. Comprendió que la Humanidad penetraba en una región nueva y que el catolicismo no tenía interés en desviar su rumbo.

El catolicismo no es solidario de ningún régimen político. Ha prosperado y ha sufrido persecuciones bajo los reyes absolutos, y le ocurrirá lo mismo bajo los constitucionales y bajo las Repúblicas.

Por esencia es democrático; sus príncipes son hombres de toda condición. Aun para ser Papa, el nacimiento no confiere ningún privilegio. Con razón Voltaire lo llamaba *la religión de la canalla*, y por canalla significaba el pueblo.

Pero la democracia, o sea, el gobierno del pueblo, cuando no está regulada por la justicia y la caridad, degenera en una salvaje lucha de clases, una aristocracia al revés.

Un pueblo que no tiene ninguna noción de sus deberes porque sus oradores no le hablan más que de sus derechos; que no conoce más límites que los que él se prescribe en sus leyes, mudables como los hombres que las hacen, está en el camino de la anarquía.

Y cuando cae en la anarquía, que es el desorden, el pueblo, desesperado, acaba por entregarse a un dictador. La dictadura impone orden a la fuerza. Da momentáneamente la sensación de la

libertad, porque no hay tiranía más abominable que la de la muchedumbre anarquizada.

Pero la dictadura es la negación de la libertad y de la justicia. Por lo tanto, anticristiana.

Don Bosco ha tenido la intuición de la democracia en un momento en que a muchos parecía una herejía.

El obrero, el proletario, como dicen los socialistas, es la gran masa de la población, la mayoría, y en un régimen democrático es el gobierno.

Preparemos al obrero para el gran papel que va a desempeñar en las sociedades modernas como elector y muchas veces como elegido. Enseñémosle sus derechos y sus deberes. Hagámosle hábil en su oficio; démosle la instrucción que antes era exclusivo patrimonio de los ricos y de los nobles; hagámosle buen católico, y lo haremos buen demócrata; sabrá elegir y sabrá gobernar, y habremos hecho el bien de la patria y de la Humanidad.

Este es el pensamiento de Don Bosco. A realizarlo aplica sus cualidades de organizador, su inventiva, su tenacidad, su ciencia y, sobre todo, su gran corazón. ¡Amémoslo y vendrá con nosotros, aunque no le ofrezcamos lo que le ofrece la revolución!

Parece fácil simular amor al pueblo en estos tiempos en que los políticos se arrebatan de la boca las palabras con que han de adularlo. Decimos mal, hablando de estos tiempos; pues los politices actuales no han sobrepujado a los caudillos de comités de la antigua Grecia.

Aristófanes, en su comedia *Los Caballeros*, personifica al pueblo en un viejo chocho, Demos, cuyos favores se disputan dos políticos, Zurrador y Salchichero. Y dice *Salchichero:* "Demos,

prueba este cojín que he cosido con mis manos. ¿Acaso no están tus nalgas cansadas del duro banco de los remeros de Salamina?" Y *Zurrador* le interrumpe: "Voy a depilaste las canas para rejuvenecerte, Demos." Y *Salchichero* agrega: "Para que te limpies las lagañas te he traído este rabito de liebre." Y añade *Zurrador:* "Al sonarte las narices, Demos, enjúgale los dedos en mi cabellera." *Salchichero:* "¡Nunca en la de él! ¡En la mía!" *Zurrador:* "¡No, en la mía!"

Las peroratas de Mazzini, en el fondo no eran más que las disputas de Salchichero y Zurrador, transformadas en monólogo y escritas en clave de sol.

En sus aventuras de colegial, Don Bosco ha aprendido diversos oficios. Sastre, zapatero, músico; sabe de todo un poco, y sería capaz de enseñar si tuviera dónde instalar sus talleres y con qué proveer de herramientas y materiales a sus alumnos.

La instrucción del obrero es su idea fija. Pero no la concibe como una Infusión de teorías inútiles en un cerebro mal preparado. Eso, las más de las veces no mejora la aptitud del obrero para ganarse la vida, y produce a menudo un desplazado, es decir, un descontento con la profesión que las realidades de la vida le obligan a adoptar, pero que una fantasía excitada encuentra humillante. No; Don Bosco quiere perfeccionar las aptitudes del obrero dentro de su vocación, sin atiborrarlo de conocimientos inútiles. Y quiere levantar de tal manera el nivel moral y profesional de sus alumnos, que el solo hecho de haber aprendido en su escuela les sirva de recomendación para hallar trabajo, si es que no pueden establecerse por cuenta propia.

¡Un sueño! ¿Cómo realizarlo, cuando las necesidades del Oratorio festivo crecen y no aumentan las limosnas, que son sus recursos?

A los ojos del mundo, un santo debe ser un hombre desdeñoso del dinero, hasta sentir náuseas delante de un escudo. El mayor pecado de las Congregaciones religiosas, expulsadas en muchos países, fue el haber acumulado ingentes riquezas.

Los que encuentran justo y laudable que un viejo verde y millonario deje su fortuna a la querida, se indignarían si les dijésemos ahora que ha hecho testamento en favor de Don Bosco.

¡Tranquilícense! En aquellos tiempos nadie pensaba testar en favor de Don Bosco. ¡Y qué falta le hacía! Era pobre como Lázaro, pero estaba lejos de maldecir el dinero Al contrario, lo respetaba como el signo del trabajo de un hombre; y cuando sabía que en tal casa le darían un puñado de escudos, volaba allá y llenaba de bendiciones la mano generosa que se los ofrecía.

Es el santo en cuya vida se refieren más anécdotas en que el dinero desempeña algún papel. Y algunas de ellas son deliciosas.

Un día, cuando ya era un hombre célebre, tenido por santo, una dama riquísima se arrodilla delante de él y le suplica que le conceda un autógrafo para guardarlo como una reliquia.

Don Bosco sonríe, toma la pluma y escribe: "Recibí de la señora Tal la suma de dos mil liras para la, merienda de mis *biricchini.*" La dama lee, comprende, suelta la plata y besa la reliquia que acaba de obtener.

Don Bosco es el santo de una época materialista, en que nada se hace sin dinero. Su realismo robusto le hacía ver en cada pieza de oro los kilos de pan, los pares de zapatos, los metros de paño que podría adquirir para sus *biricchini*. Y cuando le faltaba esa

moneda, suplicaba al Señor de rodillas que se la mandase; y si Dios le hubiera enviado un ángel con una bolsa de escudos o con un cheque, lo habría recibido sin ninguna confusión, y, hasta por la costumbre que tenía de hacerlo, cogiendo la pluma para firmarle un recibo.

Cierta noche de abril del año 47, en que lo habían llamado para confesar a un enfermo, volvía a su casa pensando que mamá Margarita lo aguardaría ansiosa por su tardanza.

Avanzaba a prisa, gracias a que conocía bien su camino, pues no había más luz en el cielo ni en la tierra que la que se escapaba por la puerta mal cerrada de alguna taberna.

Mala hora y peores tiempos para encontrarse con algunos afiliados de la *Joven Italia*, inclinados a ver jesuitas en toda sotana negra.

Al doblar una esquina de Vía Dora Grossa, que hoy se llama calle Garibaldi, observa un grupo de mozalbetes mal entrazados a la entrada de un negocio de vinos.

¡Pésimo encuentro! De buena gana desviaría su ruta; pero ellos lo han visto y hasta lo han saludado con unas blasfemias. Si retrocede, será peor. A mal tiempo, buena cara.

Avanza con paso firme y se les pone delante.

— ¡Buenas noches, mis queridos amigos! Me pareció que me llamabais... ¿Qué tal? ¿Cómo andan los negocios?

Ellos, paralizados por la sorpresa, no le responden. Lo miran no más; no le hallan traza de jesuita. Es seguramente un abate, un teólogo, ¡vaya uno a saber lo que es, no siendo muy entendidos en cuestión de vestimentas frailunas!

Los negocios andan mal, señor abate —responde brutalmente el más audaz.

— ¿Por qué?... ¿La guerra, acaso?

— ¡Qué guerra, *corpo di Bacco!* ¡La sed, que es peor que la guerra! Tenemos sed y no tenemos *biguya* (dinero).

— ¡Páguenos una pinta, señor abate!

—Con mucho gusto. Y como son ustedes tantos, les pagaré dos... ¿Qué les parece?

— ¡Bravo! ¡Suelte la mosca!

Uno de ellos le coge del brazo, para hacerle entregar el dinero. Todos lo rodean...

— ¡Pero yo también quiero beber con ustedes! ¿No me convidan? ¿Tengo aire de mal compañero?

— ¡Oh, cómo se imagina, señor teólogo, que no le vamos a convidar!

—Entonces, entremos...

— ¡Aquí no! El vino de aquí tiene mucha agua. Vamos a la calle de las Tres Gallinas. Allí hay una taberna de confianza.

— ¡Vamos allá! —dice Don Bosco, muy contento, porque la calle de las Tres Gallinas, contigua a la plaza Manuel Filiberto, está camino de su casa.

Son casi veinte los mozalbetes. Don Bosco se pone a la cabeza de ellos y echa a andar gallardamente, por medio de la calzada. Uno de sus extraños camaradas lo coge del brazo derecho, otro del izquierdo, y entonan una canción popular. Al pueblo italiano le gusta cantar a grito pelado en plena calle aprovechando el silencio de la noche A veces se descubren así voces bellísimas.

Bien; pues la de Don Bosco no es la peor del grupo. Llegan a *Via delle tre Galline*, penetran en la taberna de confianza y se acomodan delante de sus mesas, y Don Bosco pide un par de panzudas botellas de freisa, un vino generoso que le recuerda las colinas de los Becchi.

Le sirven, y brinda con ellos; pero no bebe.

— ¿Cómo? ¿Usted no bebe con nosotros? ¿Nos desaira?

—No, mis amigos; pero no puedo beber. Están dando las doce de la noche en la torre de la Consolata...

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que yo no podría celebrar la santa misa mañana, mejor dicho, hoy... No estaría en ayunas, y ustedes saben...

— ¡Es verdad! —dice uno que recuerda un poco de su catecismo—. Haga como le plazca, señor abate. Usted sí que es buen teólogo... ¡Si todos fueran como usted!

¡Un primer vaso al coleto! Las lenguas chasquean; aquel *freisa* es bueno de veras. Dan Bosco les llena otra vez los vasos, y les explica quién es él y en que trabaja; y les dice que su casa no está lejos de allí. Ellos le escuchan con respeto.

— ¡Usted sí que es un buen teólogo! —repite uno de ellos.

—Me gusta haberles dado este placer y que seamos amigos. Ahora les toca a ustedes hacer alguna cosa por mí.

— ¡Diga, señor Don Bosco! No una, sino tres... ¿Qué quiere que hagamos?

A lo mejor se figuran que aquel buen teólogo les va a proponer un golpe de mano, y ya se están repartiendo mentalmente las ganancias.

—Lo que les voy a pedir, si quieren darme el placer, es que no blasfemen el nombre de Dios y de Jesucristo, como lo hacen a cada instante…

—Tiene razón —responde el que más ha blasfemado—. Es una mala costumbre, créanos señor Don Bosco. La lengua va sola, sin que uno piense en lo que dice.

—Así lo creo; por eso les pido que abandonen esa mala costumbre, si de veras quieren ser mis amigos...

— ¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

Todos prometen y juran, y para afianzar más la promesa, no dejan de echar algún taco redondo. *Corpo di Bacco!*

— ¡Mala costumbre! ¡Hay que corregirse! Y ahora, como es tarde y yo me levanto temprano, y ustedes tendrán que hacer lo mismo, vamos cada cual a nuestra casa. Y el domingo los espero a todos en casa Pinardi.

Se levanta, pero ellos no se mueven.

— ¿Todavía no tienen ganas de irse a dormir?

— ¿Adónde? —exclama uno con sarcasmo—. Los albañiles todavía no me han concluido el palacio...

— ¡Tampoco a mí! —agrega otro.

— ¿No tenéis dónde ir a dormir?

— ¡Yo sí! —replica uno que no quiere aparecer tan miserable.

—Y yo también, aunque la casa no es mía, sino de un pariente.

—Yo no soy exigente y conozco un albergue que, por cuatro sueldos, me da cama.

Don Bosco recapacita. ¡Pobres mozos! ¿Qué moralidad puede conservarse en aquellas condiciones?

— ¡Les propongo una cosa!

—Diga, señor abate.

—Que los que tengan casa vayan a su casa, y que los que no la tengan se vengan conmigo... ¿Aceptado?

— ¡Aceptado!

Se levantan alegres; doce o trece dan las buenas noches y se apartan. Los demás siguen a Don Bosco, que los conduce alrededor de la plaza Manuel Filiberto, y luego por la estrecha y larga calle Cottolengo.

En el trayecto se le agregan algunos otros vagos, de los que duermen en los portales de las Iglesias o de los palacios.

Mamá Margarita aguarda a su hijo llena de angustia, y sale hasta el umbral del caserón Pinardi al sentir las pisadas.

—Aquí le traigo estos huéspedes, madre mía.

— ¿Quiénes son, hijo mío?

—Unos buenos amigos...

— ¡Bien venidos, pues! ¡Adelante!

Diez o doce penetran en la cocina. La buena mujer, que no los había contado, se alarma.

— ¿Dónde los vas a hacer dormir?

Don Bosco sonríe, y tranquiliza a su madre y a los ganapanes, que empiezan a mostrarse desencantados de la casa de tan buen teólogo.

—Como ustedes ven, yo no soy rico; pero con buena voluntad vamos a acomodarnos todos. Arriba hay un granero y alguna paja, Hoy no hace frío; además les prestare unas cobijas.

Justamente en esos días le han hecho la caridad de enviarle unas mantas para abrigar a sus *biricchini*. Está loco de alegría. En la aparición de estos huéspedes ve la mano de la Providencia. Serán el comienzo de otra faz de su obra: el hospedaje para jóvenes obreros. Les buscará trabajo, les enseñará, los guardara siempre consigo…

— ¡Dios mío, qué mala traza tienen estos amigos de Juan! —murmura su madre viéndolos salir y trepar uno a uno por la escalera de mano al granero.

Don Bosco mismo ayuda a extender la paja, les entrega las cobijas de que dispone, les hace rezar un padrenuestro y un avemaría, les recomienda silencio y orden; y les da las buenas noches.

Baja frotándose las manos, Mamá Margarita refunfuña un poco:

— ¿De dónde has sacado esas relaciones, hijo mío?

Él no se atreve a contarle que ha andado con ellos en la taberna, pagándoles el vino para mejor cautivarlos, y se va a dormir, rendido de fatiga, pero satisfecho.

Llegado el día, sale al patio a decir una buena palabra a sus amigos, a quienes esperaba encontrar lavándose en la fuente. ¡Ninguno! No se oye el más mínimo rumor.

— ¡Es verdad que se acostaron tarde! ¡Deben de estar durmiendo todavía!

Su madre aviva el fuego y se dispone a calentar la pitanza que les ofrecerá como desayuno. Y él, un poquito inquieto, se trepa al granero. ¡Nadie! Los pajarracos han levantado el vuelo, llevándose las cobijas.

— ¡Bendito sea Dios, que me las dio y me las quitó! — exclama riéndose de buen talante.

A su madre la aventura le causa menos gracia. La gente vieja es menos tentada de la risa.

Algún tiempo después, en una lluviosa y fría noche de mayo, acababan de cenar madre e hijo, cuando sintieron llamar a su puerta. Un muchachito, como de quince años, mojado de pies a cabeza, les pedía limosna.

"Mi madre —cuenta Don Bosco en sus *Memorias*— lo recibió en la cocina, lo acercó al fuego, y mientras se secaban sus ropas, le dio menestra y pan.

"Al mismo tiempo, yo le pregunté si iba a la escuela y tenía familia y cuál era su oficio. Me respondió: —Soy huérfano: he venido a buscar trabajo. Tenía tres francos, pero los he gastado y no tengo ya nada... Pido, por caridad, me dejen pasar la noche en algún rincón de esta casa.

"Diciendo esto, se puso a llorar, y también mi madre. Yo estaba conmovido."

Pero la aventura de los amigos de la taberna, y otras análogas, habían hecho a Don Bosco más cauto con las relaciones nocturnas.

Si supiese que no eres un ladrón, te admitiría en mi casa; pero otros a quienes he albergado me han llevado una parte de mis cobijas… ¿No me llevarás tú las que me quedan?

El muchacho sin ofenderse, responde:

—No, señor; esté tranquilo; soy pobre, pero nunca he robado nada.

Mamá Margarita pone la mano sobre la cabeza del chico y le alumbra de lleno la cara. Hijo y madre son así. Cuando el uno se entrega, el otro resiste; si el uno disiente le toca el turno al otro de dejarse llevar por la divina imprudencia de los corazones generosos. Así compensan, alternativamente, sus cualidades, que, en el fondo, son las mismas, como surgidas de la misma fuente.

—Si te parece —dice la madre al hijo en voz baja—, por esta noche, yo le arreglaré una cama.

— ¿Dónde?

—Aquí, en la cocina.

—Le llevará las cacerolas...

—Yo vigilaré.

Haga como guste, madre.

Mamá Margarita y el muchacho juntan unos ladrillos, los disponen en el suelo, improvisan un colchón, y está hecha la cama.

Antes de cerrar la puerta, la buena mujer le hace rezar sus oraciones y le echa un discursito para que no le robe las cacerolas.

Al día siguiente, madre e hijo aparecen, cada cual por su lado, ansiosos de ver el resultado del experimento. El chico duerme todavía, ni un clavo falta. ¡Loado sea Dios!

"Este fue el primer joven de nuestro, albergue... —dice Don Bosco—. A éste se agregó después otro, y luego otros; mas, por falta de sitio, ese año tuvimos que limitarnos a siete."

Junto con el albergue nocturno, comenzó otra institución salesiana, invención de mama Margarita, y fue lo que llaman el

sermoncito, unas palabras que ella misma dirigía a los muchachos al darles las buenas noches.

Cuando la buena mujer, por defender las cacerolas e inspirar saludables pensamientos a su primer albergado, le echó ese discursito, no se imaginó que había tenido una idea genial. Don Bosco la incorporó a sus reglas, y desde entonces, en todas las casas salesianas, en todos los tiempos, no se van a dormir ni los sacerdotes, ni los estudiantes, ni los artesanos, sin recibir las buenas noches, breves y simples, tales como las inventó mamá Margarita.

Alguna vez, en ella reaparece la campesina prudente, que piensa en la vejez y economiza.

—Oye, Juan; si todos los días me traes un muchacho que mantener, nunca guardarás nada para ti... ¿Qué vas a hacer cuando seas viejo?

—Siempre me quedara una cama en el hospital Cottolengo —responde el hijo.

"La historia del Oratorio —ha dicho Don Bosco mismo— se divide en tres épocas: la fabulosa, la heroica y la histórica."

La fabulosa corre desde el comienzo hasta el año 55. Su relato parece un tejido de fábulas; tan extraordinarias son las dificultades que le oponen, un día, los sectarios; otro día, los católicos, y todos los días, la pobreza.

Don Bosco debe pensar no sólo en divertir y dar merienda y enseñar a los *biricchini* del Oratorio festivo, y dar clases a los alumnos de la escuela nocturna, sino en alimentar, vestir, buscar donde aprendan un oficio a los siete alumnos internos que ha recibido y que no tienen bajo el manto del cielo más padre que él.

Duermen en el granero, sobre colchones de paja. Al alba los despierta mamá Margarita. Se lavan en una fuente que hay en el patio y que se conserva ahora tal como era entonces; oyen misa, que celebra Don Bosco, y parten a su trabajo. Son aprendices, que trabajan gratuitamente en casa de un buen patrón, hasta aprender el oficio.

Si Don Bosco tuviera recursos, ya habría instalado talleres propios para que sus *biricchini* se hicieran carpinteros, tipógrafos, sastres... ¡Algún día será! ¡Lo ha visto en sueños!

La noche antes Don Bosco ha repartido a los muchachos veinticinco céntimos por cabeza. Con eso, al pasar frente a una panadería, se compran una tajada de pan y unas rodajas de salame, que van comiendo hasta que cada cual llega a casa de su patrón.

A mediodía vuelven a Valdoco —donde está casa Pinardi— para almorzar. Quien hoy ve lo que es Valdoco, un barrio populoso de la ciudad, apenas concibe lo que era entonces, lugar despoblado y peligroso. Los chicos deben correr para llegar a tiempo, cuando mamá Margarita o Don Bosco mismo llenan de menestra las escudillas.

Cada uno tiene su escudilla de barro y su cuchara. La menestra consiste en arroz con patatas, o en harina de maíz con castañas, o fideos con porotos. Huele bien y humea que es un gusto.

Afuera cae la nieve y hace un frío de lobos. Los chicos se acurrucan en los rincones, sobre una piedra, sobre un madero, sobre un taburete, y devoran su menestra caliente.

— ¡Hoy está más rica que nunca! ¿Quien la ha hecho? Don Bosco sonríe con vanidad de cocinero. Se ha ceñido un delantal para no ensuciar la sotana.

— ¿Te gusta? ¡Come, haz honor al cocinero! Te daré además, un buen pedazo de carne... cuando lo tenga. Deja estar; no bien encuentre una vaca sin dueño, la vamos a comer juntos.

Llena de nuevo las escudillas. Los muchachos piensan que tienen que lavarlas ellos mismos, y que afuera, en el caño de la fuente, cuelga un chorro de hielo... ¡Brrrr!... Entonces inventan un juego como postre. El que pierda, lava las escudillas de todos.

A la noche, la escena es más pintoresca. Parece un cuadro flamenco. La cocina tibia sirve de comedor y de escuela para los alumnos de música.

Don Bosco, no sólo corta pantalones, y hace zapatos; y fabrica mesas y taburetes, sino que enseña canto y violín. Y mientras sus alumnos rascan la tripa, él con el cucharón lleva la batuta.

A la luz de velón, mamá Margarita cose y remienda las ropas de aquellos hijos con que Dios bendice su fecunda vejez.

Para llevar adelante aquella empresa, no sólo necesita dinero, sino colaboradores. Había que enseñar, predicar, confesar, salir a pedir limosna, volver a casa, cocinar, contratar con proveedores, escribir cartas y libros. Las fuerzas de un solo hombre no bastaban.

Desde el comienzo había encontrado providenciales cooperadores, sacerdotes y seglares; pero los tiempos eran terribles.

Jamás quiso Don Bosco mezclarse en la política, pero la política se metió a menudo con él.

—Vino el tiempo de la prueba, el 48 —contaba años después a sus discípulos—. Hasta algunos sacerdotes que me ayudaban querían conducir mis jóvenes a las plazas a gritar: "¡Viva Italia!"

Lo más difícil no era hacer frente a los que eso pretendían, sino impedir que sus *biricchini* se dejasen arrebatar por el torrente democrático.

"Un día —refieren las *Memorias*—, a eso de las dos de la tarde, estaba yo en el recreo con mis jovencitos. Uno de ellos leía el periódico *La Armonía* (católico), cuando unos sacerdotes, que solían venirme a ayudar en las funciones sagradas, se presentaron con medallas, escarapelas y bandera tricolor, y con un diario verdaderamente inmoral: *La Opinión*. Uno de ellos, respetable por el celo y la doctrina, se adelanta, y, viendo que a mi lado alguien tenía en las manos *La Armonía*, exclama: — ¡Qué Ignominia! ¡Es tiempo de acabar con éstos!...

"Y, en diciéndolo, le arrebató el periódico, lo hizo mil pedazos y lo pisoteó. Templado con ello su fervor político, me dice poniéndome ante los ojos *La Opinión:* — ¡Este que es un buen diario, que deben leer todos los honestos ciudadanos!"

Don Bosco trata de apaciguar al enardecido patriota. Suena la campana llamándolos a la iglesia. Uno de lar sacerdotes recién llegados iba a hacer el sermón. Don Bosco se le pone cerca del púlpito, alarmado de su escarapela y temeroso de lo que va a decir. Debía hablar de moralidad a los *biricchini*, y no les habló más que de libertad, emancipación, unidad.

Don Bosco se refugia en la sacristía y se pone a pensar lo que va a decir él mismo, para disipar el efecto de aquel discurso de comité. Pero no le dan tiempo. Termina el orador invitando a los muchachos a salir a la calle en manifestación. Y todos le siguen,

cantando himnos nacionales y haciendo llamear la bandera de la unidad italiana.

Un sueño providencial conforta aquella alma angustiada por el abandono y la ingratitud.

He aquí el relato:

"Una persona me llevó por un camino todo cubierto de rosas, no sólo abajo, sino también arriba y a los lados, a la manera de una bóveda. Nunca he visto rosas semejantes. Y me dijo:

"— ¡Anda!

"Yo, por no pisotear tanta hermosura, me quité los zapatos y avancé un paso o dos. ¡Ay! Tuve que detenerme. Había pisado una espina, que me causó grandísimo dolor, y vi muchas otras escondidas.

"—Aquí hay que ponerse los zapatos —dije; y el que me guiaba respondió:

"—Ciertamente, debes ponerte los zapatos.

"Así lo hice. Me seguía una multitud de sacerdotes y otras personas. Eché a andar. A pesar de mis precauciones, a cada paso me punzaba alguna de aquellas durísimas espigas. Llegué, no obstante, al final de mi camino y miré atrás. De tantos compañeros, no quedaba ninguno.

"Se lamenta de su soledad, y de pronto ve llegar otros que lo buscan.

"— ¡Aquí estamos! ¡Queremos ayudarle!

"— ¿Has comprendido? —le preguntaba aquel que lo guiaba.

"—No, por cierto.

"—Este camino es tu misión de educar a la juventud. Debes seguirla con zapatos, o sea, con prudencia. Las rosas son el

símbolo de la caridad ardiente que debe distinguiros a ti y a tus colaboradores; las espinas, los obstáculos y padecimientos que sufrirás. Pero no te desanimes: con la caridad, con la mortificación, lo vencerás todo, y tendrás, al fin, rosas sin espinas."

Los *biricchini* volvieron, pero no los turbulentos pastores que con sus himnos y banderas los habían alejado del Oratorio.

Como en el aire se respiraba la pólvora, formaron los *biricchini* un batallón de 200, y, armados con fusiles inútiles que el gobierno les prestó, hacían ejercicios militares, mandados por José Brosio, *bersagliere* veterano de la guerra.

El pequeño ejército, un día vuelto de maniobras, invade y destruye la huerta de mamá Margarita. ¿Qué importa? Don Busco se alegra, porque ha logrado satisfacer sin peligro el espíritu bélico de sus jóvenes.

Esto despierta envidias. Algunos clérigos que han fundado otro oratorio, imitando a Don Bosco, y obtenido de la Municipalidad la iglesia de los Molinos Dora, quieren ganar al *bersagliere* para que organice con ellos un batallón.

El mismo Brosio lo refiere así, con la mayor ingenuidad: "En el 1850 a 1851 se habían conjurado para reducir el Oratorio a nada (así decían ellos), y entre los jefes de la conjuración estaban algunos señores sacerdotes que frecuentaban el Oratorio."

¡No hay peor cuña que la del mismo palo!

Regalos, almuerzos, invitaciones a paseos. Un día le dan 30 liras. Brosio las acepta, pero se acuerda luego de los treinta dineros de Judas, y para no ahorcarse de remordimiento, las da a un pobre y va a referir a Don Bosco la aventura.

"Un gran consuelo —refiere él mismo— tuve en aquellos momentos y un apoyo en el teólogo Borel. Este maravilloso sacerdote, aunque agobiado de gravísimas ocupaciones, se ingeniaba para prestarme su ayuda, aun robando horas al sueño."

La obra, a pesar de todos sus enemigos, prosperaba rápidamente.

El 1.º de abril del 49 alquiló toda la casa de Pinardi. Los otros inquilinos, gente de mal vivir, intentaron con amenazas y escándalos prorrogar sus propios contratos de alquiler, y Pinardi, por librarse de ellos, ofreció en venta la casa. Pedía 80.000 francos; pero Don Bosco tenía genio de financista, y se dejó rondar. Entretanto, hacía tasar el caserón y sabía que no valía la tercera parte.

Pinardi se le presenta de nuevo.

—Si quiere seguir siendo el solo habitante de la casa, cómpremela.

—Si quiere que se la compre, pídame lo que vale.

—Le he pedido ya lo que vale.

—No, ése no es el precio.

—Hágame una oferta.

—No puedo ofrecerle el verdadero precio, porque no quiero ofenderlo.

—No me ofenderé; ofrézcame lo que quiera.

— ¿Me la venderá por su valor justo?

—Palabra de honor que se la venderé.

—Deme la mano y después le haré mi oferta.

—Aquí está mi mano... ¿Cuánto me da?

La he hecho tasar por un amigo mío y suyo. En el estado actual, su valor es de 26 a 28.000 francos...; yo le ofrezco 30.000.

— ¿Regalará también un alfiler de 500 francos a mi mujer?

—Haré el regalo.

— ¿Me pagará al contado?

—Pagaré al contado.

— ¿Cuándo firmaremos el contrato?

—Cuándo quiera.

— ¿Dentro de quince días?

—Sí.

—100.000 francos de multa al que se desdiga.

— ¡100.000 francos de multa!

En cinco minutos quedó cerrado el trato. Pinardi se va, y Don Bosco no se atreve a penetrar en la casa, que ya cuenta como propia. Su madre, tal vez, ha oído el diálogo, y él teme los reproches de la campesina prudente y económica. ¿De dónde vas a sacar 30.000 francos? ¿No tenemos, ya bastantes deudas con el panadero y los demás proveedores?

Maquinalmente echa mano al portamonedas, lo examina y se pone a reír.

—Tan pobre no estoy; aquí tengo ocho sueldos; mi madre tendrá un poco más, tal vez dos francos. ¡Dios proveerá, pues por El trabajo!

Da media vuelta y va a entrarse, cuando aparece su madre sofocada, con una gallina en la mano. Los muchachos le han abierto el gallinero y han tenido que correr por los prados vecinos juntándolas.

— ¡Escúchame, Juan!

—Diga, madre mía..., ¿qué le pasa?

— ¡No es posible que yo siga aquí; prefiero volverme a los Becchi!

— ¿Por qué, madre?

— ¿No ves la que pasa? Tus *biricchini* cada día me hacen una peor. Ayer, con mi hermana Mariana, que ha venido a ayudarme, habíamos lavado toda la ropa de la casa. Tendida al sol, era una hermosura verla, de blanca que estaba. Uno de ellos me ha cortado la soga y me ha revolcado la ropa en la tierra. El *bersagliere*, con sus soldados, me deshizo la huerta; me ayudó a repararla, sembré de nuevo, y los *biricchini* me han abierto el gallinero, y las gallinas se han comido lo que ellos no han pisoteado. Se pelean en la calle, destrozan camisas y calzones; yo no sé si se juegan los botones, porque no les duran, y me esconden todo lo que rompen para que no les regañe. Me sacan las cacerolas, para no sé qué diabluras, y pierdo medio día en buscarlas... ¡No, decididamente, no! ¡Mi pobre cabeza no resiste la confusión de tus *biricchini!* Yo te dejo y me voy a mi casita de los Becchi para vivir y morir en paz, que es la gracia de Dios...

El hijo no aparta los ojos del querido rostro de la vehemente viejecita. Cuando ella se ha desahogado, él le toma cariñosamente ambas manos, se las junta y le muestra un crucifijo pendiente en la pared.

Los áridos ojos de mamá Margarita se llenan de lágrimas.

— ¡Tienes razón! —respondió dulcemente—. El padeció más por nosotros... No seríamos impacientes si fuésemos humildes.

Por ese día Don Bosco no habló a su madre del negocio. No estaba la Magdalena para tafetanes, como dice el refrán. Se acordó que el abate Rosmini alguna vez le había ofrecido un préstamo de veinte mil francos, y le escribió ofreciéndole en garantía una hipoteca sobre la misma casa.

Rosmini le responde favorablemente. Faltan diez mil francos. Es domingo. El día ha sido nebuloso y la noche cae triste y cruda sobre aquel Turín lleno de toda suerte de preocupaciones. ¿Qué hacer? A las últimas luces ve aparecer la frágil silueta de su gran amigo Don Cafasso. Las muchas tareas no le dan espacio para visitarlo a menudo. De tarde en tarde, cuando va al Rondó, lugar próximo, donde se ahorca a los criminales, a quienes auxilia hasta el patíbulo, suele llegar, transido de pena, pero consolado con la muerte de "su santo ahorcado", como él llama a su pobre cliente, seguro de que ya está en el cielo.

Pero hoy, domingo, se descansa también en el Rondó. ¿Qué graves negocios le traen aquella visita?

— ¡Oh Don Cafasso! ¡Cuánto gusto de verlo! Seguro que es una buena noticia; lo conozco en su cara.

— ¡Buena de veras! La condesa Casazza-Ricardi, que conoce la obra del Oratorio, me ha entregado diez mil liras para usted...

Deo gracias! Es lo que se llama el queso rallado en los macarrones —exclama Don Bosco, besando la mano que le entrega aquel oportuno socorro.

Esa noche, en la cena, sus muchachos tuvieron, a más de la rodaja de mortadela que les daba los domingos, un vaso de barbera de Asti, señal de fiesta especialísima.

XV

EL «GRIS»

Ha innovado el estilo de aquel clero empingorotado que, cuando niño, lo entristecía con sus maneras desdeñosas.

Hallar un muchachito de la calle es una alegría para él, como si hallase una bolsa de escudos. Mejor aún, porque los escudos tendrá que devolverlos.

Se le aproxima, le pregunta su nombre, le da una estampita, y para ganar del todo su confianza, se sienta en la escalinata o el umbral de uno de aquellos característicos palacios tan comunes en Turín, y le empieza a enseñar el catecismo.

Claro está no faltan fariseos que se escandalizan de sus modales. ¡Bah! Todavía será más original. Por los vidrios de la ventana de una taberna ha visto un chicuelo. Días de trabajo, días de fiesta, siempre está allí sirviendo a los parroquianos. ¿Irá a misa? ¿Habrá hecho la primera comunión? ¿Tendrá alguien que le hable de Dios alguna vez? Esta idea le preocupa. Empuja la puerta y va a sentarse delante de una mesa y pide un café.

Los otros clientes olvidan un instante el vaso de vino, para observar a aquel fraile extravagante que, en vez de tomar su café en su casa, no tiene vergüenza de penetrar en la taberna.

Don Bosco se pone a hablar con el muchacho, luego con el patrón, después con los parroquianos. Ya tiene su palabra de que

el domingo irán a merendar en Valdocco, en casa Pinardi, que ahora es suya. ¡Ya se ha ganado el día!

Igual desenfado para entrar en las hosterías, y en las fondas, y en las casas de inquilinato. Nada le desconcierta Hay un tímido aprendiz, que maneja la escoba en una barbería mientras aprende a manejar tijeras y navajas Don Bosco elige un momento en que el patrón está ocupado y otros clientes esperan turno.

—Por mí, no se moleste nadie. Mi barba es fácil de hacer, y este mocito, que me parece muy inteligente, me la va a afeitar en dos minutos.

El patrón intervenía:

— ¡Ni se le ocurra, señor teólogo! Ese cachafaz no sabe nada del oficio. Hace pocas semanas que ha empezado, y no tiene nada de inteligente.

— ¡Ensayemos, ensayemos!

—Haga lo que quiera, pero yo le advierto que no sabe afeitar.

—Mi barba es fácil.

¡Qué había de ser fácil! Dura y revuelta como los matorrales, su barba siempre fue su tormento. El aprendiz, ruborizado por los elogios que le hacen, jabona a Don Bosco y empieza a desollarlo.

— ¡Así va bien! ¡No tengas miedo!... ¿Cómo te llamas? ¡Ay, ay!... Digo que ahí tienes que volver a pasar la navaja para quedar mondo y lirondo... ¿Entonces, ya te has confesado alguna vez?... ¿Muchas veces?... ¿Has hecho la Pascua este año?... Hijo mío... Bueno, bueno... Eres el mejor barberito de Turín... El domingo te espero en Valdocco, ¿eh?... ¿Eres chico de palabra? ¡No faltes pues!

Don Bosco pagaba y se iba, restregando las mejillas.

La plaza de Manuel Filiberto era el mejor teatro de sus hazañas.

— ¿Quién es ese cura que está jugando a la baraja con esos pilletes?

Es Don Bosco...

— ¡Debe de estar loco! ¿Por qué le dejan andar suelto dando escándalo?

—Es que no es un loco... ¡Es un santo!... Acerquémonos... Oigamos lo que les dice...

Al amparo de las nuevas leyes del reino, se habían difundido en Turín varias sectas protestantes. Aunque entre ellas no había comunidad de principios, pues negaba una lo que otra afirmaba, las unía un mismo odio a la Iglesia Católica, y particularmente a Don Bosco, que desbarataba su propaganda y difundía en el pueblo el amor al Pontífice.

A ciertas horas, en aquellos años, un sacerdote no se aventuraba fácilmente por las calles de la culta Turín. A los peligros del estilete de las sociedades secretas se agregaba la acción de los valdenses.

Se llamaba así a los discípulos de Pedro Valdo. Era éste un rico negociante de Lyon, que, en el año 1160, vio morir repentinamente a un compañero de mesa.

Despavorido, distribuye sus bienes entre los pobres y se entrega a una vida de austeridad, como la de los primeros cristianos.

Muchos lo siguen, y son llamados los *Pobres de Lyon* o los *Humillados*, según ellos mismos se llaman. Su ejemplo habría sido saludable si hubieran conservado la verdadera humildad. Pero así

como otros se enorgullecen de la riqueza, ellos hacían ostentación de una pobreza absolutamente ociosa. Enseñaron que los sacerdotes no podían poseer bienes, sin perder su carácter sacerdotal. Predicaron contra la confesión, el purgatorio y otros dogmas. Perseguido en su patria, Pedro Valdo se refugió en Saboya. Durante siglos, sus discípulos vivieron ocultos. Cuando surgió la herejía de Calvino, en Ginebra, abrazaron sus doctrinas, y desde entonces los valdenses del Piamonte no se distinguen de los calvinistas, y han heredado su siniestra intolerancia.

Pero en Italia es más fácil arrancar de cuajo la fe católica que introducir la herejía protestante. Son muchos los que dejan de creer cuando dejan de practicar; pero son menos los que reniegan del catolicismo para hacerse calvinistas o luteranos.

La predicación de los valdenses contra el Papa, la misa, el celibato eclesiástico, la virginidad de María Santísima, no encuentra el camino de los corazones. Hay que inventar otros medios más eficaces que los simples discursos. Hay que atraer a los jóvenes y, para eso, establecer oratorios festivos, a la manera de Don Bosco, quitándole sus *biricchini*.

Los ministros valdenses espían en los caminos de Valdocco a los *biricchini.* Los interrogan, los acarician, y los invitan a ir a su iglesia. Han aprendido el sistema. Les ofrecen darles cada domingo dos *mutas*, moneda corriente en los Estados sardos, que valía ocho sueldos. Además, un hermoso libro.

Muchos de los *biricchini* se dejan seducir y acuden a la Iglesia calvinista y cobran sus dos mutas y reciben un libro contra la confesión, de Sanctio, sacerdote católico apóstata.

Con esos primeros desertores será posible atraer a otros, y, en efecto, los valdenses envían un buen grupo a rondar por las

cercanías del Oratorio y a mostrar aquellas relucientes monedas que han ganado.

Trabajo inútil ese domingo. Al día siguiente, ya no vienen en son de paz, sino con los bolsillos llenos de piedras, y atacan a pedrada limpia a los que juegan en el patio de la casa Pinardi.

Los *biricchini* fieles, desconcertados y heridos, huyen a refugiarse en la galería y en las habitaciones; pero acaban por perder la paciencia y, en número mayor, salen al camino y rechazan el asalto a puñadas y a hondazos.

Durante meses se renovaron aquellas tristes batallas, que la policía no cuida de impedir. Ni la seducción ni la violencia daban resultado. Los valdenses apelaron a la astucia. Secretamente habían seducido a cierto fray Vital Ferrero, franciscano, tenido por hombre piadoso, y a quien Don Bosco solía invitar a almorzar.

Como se acercase la fiesta de San Francisco de Sales le encargó el panegírico, y el fraile no desperdició la oportunidad, Subió al púlpito, y en dialecto piamontés, para ser mejor entendido de los *biricchini,* hizo una extraña descripción de las virtudes del santo. Y. para terminar, explicó en estilo de parábola, que divisaba una zorra pestífera agazapándose en los matorrales para inficionar al mundo. Pero un águila, desde las nubes, la descubría y la atacaba. ¿Sabéis quién es la zorra? La Iglesia Católica. ¿Sabéis quién es el águila? ¡Lutero!

Hemos dicho que la vida de un sacerdote católico no estaba segura en las calles de Turín, en aquellos años. Agreguemos que los que pertenecían a ciertas congregaciones o instituciones religiosas no estaban seguros ni siquiera en sus casas. En los días de las persecuciones de los valdenses, un desconocido, por la ventana de la pequeña sacristía del Oratorio, descerrajó dos

pistoletazos contra Don Borel y Don Carpano, que estaban revistiéndose para una función. Afortunadamente las balas sólo dañaron el revoque.

Mas la víctima predilecta hubo de ser Don Bosco. La mala vecindad de casa Pinardi y lo despoblado de los terrenos que había que cruzar para llegar a ella, facilitaban los atentados.

Una noche, mientras daba su clase, le hicieron un disparo de fusil, que rompió el cristal de la ventana. La luz de la lámpara, que le daba de lleno, facilitó la maniobra, pero la bala pasó rozándole el cuerpo.

— ¡Lástima de mi sotana! —exclamó Don Bosco echando a broma el caso, para tranquilizar a sus *biricchini*—. Mamá Margarita tendrá que remendármela.

Otra noche llaman a la puerta de casa Pinardi.

— ¡Don Bosco! Hay un moribundo que pide confesor.

— ¿Dónde está?

—No lejos de aquí, en un sitio que llaman *Corazón de Oro*.

— ¡Hum! —dice Don Bosco, que conoce muy bien su Turín—. ¡Mal barrio!

Y agrega en alta voz:

— ¡Buzzetti, Gravano, Ciglicetti! ¡Vamos allá! Daréis un paseo conmigo.

Acuden tres o cuatro de sus más fieles y robustos *biricchini*. Los que han ida a buscarlo, en viéndolo aparecer con aquella escolta, le dicen:

— ¡No hay necesidad de compañía! Nosotros acompañaremos al señor abate de ida y de vuelta...

— ¡No se preocupen! Estos jóvenes gozarán tomando el fresco.

Es que el enfermo se agravará viendo entrar tanta gente.

— ¡No entrarán!—responde Don Bosco, dulce y obstinado—. ¡Vamos allá!

Por las calles lóbregas y estrechas del viejo Turín lo conducen a un caserón, en cuyo gran patio desierto brilla la lucecita de uno de esos nichos que es frecuente hallar en las casas antiguas del Piamonte.

—Vosotros quedaos aquí: estaréis en buena compañía —dice a sus mocetones Don Bosco, señalándoles la imagen del nicho, que es la Consolata.

Y sus guías a él:

—Vamos a prevenir al enfermo.

Y lo han dejado en una sala del piso bajo, con un aire dudoso de taberna o de club, donde parece que acaban de cenar varios personajes, que se levantan al verlo llegar y le ofrecen un plato de castañas.

— ¡A buen tiempo, señor teólogo! ¡Pruebe estas castañas!

—Gracias; he cenado hace poco.

—Pero un vaso de vino le ayudará la digestión.

—Gracias; no tomo vino a estas horas...

—No haga cumplidos, señor abate.

—Somos gentes sencillas... Brindemos por el Papa, señor teólogo.

En diciendo esto, se llenan los vasos de cada cual; mas Don Bosco advierte que para llenar el de él escancian de otra botella.

Se hace el desentendido, levanta el vaso y brinda; pero no prueba gota.

— ¿Cómo es eso? ¿Nos desaira?

— ¡Nos ofende si no bebe!

— ¡Tiene que beber! Al menos un trago.

Don Bosco planta el vaso y responde con resolución:

—He dicho que no bebo a estas horas. ¡No quiero beber, pues!

Inmediatamente lo rodean; uno le pone la mano groseramente sobre el hombro, y con aire que no admite réplica, le notifica:

—Pues, señor mío, lo siento mucho, pero el que viene a nuestras reuniones tiene que beber, aunque sea un trago, si no quiere ofendernos.

—Esa es nuestra regla, señor teólogo —confirma otro, alcanzándole el vaso.

—Bueno; pues si ésa es vuestra regla, la cumpliré... Pero dejadme espacio, que me tenéis oprimido.

Se aparta un poco, y él hace el gesto de beber, pero da un paso atrás y abre rápidamente la puerta y grita:

— ¡Buzzetti, los cuatro venid!

Los *biricchini*, que estaban inquietos por los rumores que sentían, se precipitan en la sala. Ante la aparición de aquella robusta escolta, los invitantes cambian de actitud.

—Estos buenos amigos, a toda costa quieren hacerme beber de este vino, que dicen que es de Asti... Yo no tengo costumbre. ¿Lo queréis vosotros?

Al mismo tiempo les hace seña de no aceptar, pero los invitados no creen prudente, en presencia de tantos testigos, hacer gustar aquel vino preparado para Don Bosco; le quitan el vaso y ocultan la botella.

— ¡No queremos que el señor teólogo pierda sus buenas costumbres! ¡Si no quiere beber, que no beba! Claro está, no había tal moribundo. Era una celada, y nada más.

En sus *Memorias*. Don Bosco refiere algunos de estos complots contra su vida, que la policía turinesa no supo o no quiso prevenir ni reprimir.

"Parecen fábulas estas cosas que refiero —dice Don Bosco—; desgraciadamente, son verdades, que tuvieron muchísimos testigos.

"Una tarde de agosto, a eso de las siete, estaba yo a la entrada del Oratorio con mis muchachos... De pronto, un cierto conocido y beneficiado mío aparece cuchillo en mano, furioso, persiguiendo a un clérigo, a quien había confundido conmigo. Al verme, no admite su error, y me atropella. Tuve apenas tiempo de trepar la escalera y refugiarme en las habitaciones de arriba y atrancar la puerta, contra la cual aquel frenético empezó a golpear.

"Se avisó a la policía, a la cuestura, a los carabineros. Solamente a las nueve y media vinieron dos carabineros y lo llevaron a la prisión. Al día siguiente el cuestor mandó un empleado a preguntarme si perdonaba a mi ofensor. Contesté que sí lo perdonaba, pero que, en nombre de la ley, suplicaba a la autoridad que custodiase mejor la habitación y la persona de los ciudadanos...

"Como un mes después, un domingo, al anochecer, fui llamado aprisa a confesar a una enferma que estaba para morir en

casa Sardi, cerca del refugio... Por lo que ya me había ocurrido, invité a varios de mis jóvenes, entre ellos Juan Buzzetti y Jacinto Arnaud, que se quedaron junto a la escalera… Entré y vi a una mujer que estaba jadeante, como si agonizara. Invité a salir a los cuatro que había en la pieza…

"Con grandes voces la mujer se puso a gritar: "Antes de confiarme, quiero que ese bribón que está frente a mí retracte la calumnia que me ha imputado."

Aquélla parece una señal convenida; se entabla una discusión entre la simulada enferma y sus cuatro amigos. De la discusión pasan a los puñetazos, apangan la luz y comienzan a descargar palos en la obscuridad, dirigidos al sitio donde está Don Bosco. Este adivina el juego y rápidamente enarbola una silla, se la pone en la cabeza a guisa de escudo y corre a la puerta.

Pudo escapar, no sin alguna herida, pues uno de aquellos deliberados garrotazos le llevó la mitad del pulgar izquierdo.

"Nunca he podido saber —añade— el verdadero motivo de aquellos atentados; mas parece que fueron, según se decía, para hacerme desistir de calumniar a los protestantes."

La vida de Don Bosco, en pleno siglo XIX y a vista de mil testigos, tiene aventuras increíbles, dignas de la leyenda dorada. Los biógrafos hipercríticos las desdeñarán. Nosotros creeríamos mutilar la verdad histórica sí no las recogiéramos. Lo inverosímil, lo sobrenatural, fue lo natural en este hombre sencillo, prosaico, realista.

¿Cómo olvidar al *Gris*?

El *Gris* fue un perro, un imponente ejemplar de esa raza fuerte y ágil de los perros de pastor, que apareció de improviso una tarde en el año 54, y fue hasta 1886 un guardián de Don Bosco.

¿De dónde venía, quién era su dueño, quién lo alimentaba, en dónde se escondía? Nunca nadie, en los doce años que lo vieron rondar el Oratorio, pudo averiguarlo.

Cedamos la palabra a Don Bosco mismo. La historia es extraña, y él la cuenta en estilo ingenuo, palpitante de veracidad.

"El perro *Gris* fue tema de muchas conversaciones y de varias hipótesis. No pocos de vosotros lo habréis visto y aun acariciado. Dejando aparte las historietas curiosas que se refieren de este perro, voy a exponer aquí lo que es la pura verdad. Los frecuentes atentados de que fui víctima me convencieron de que no debía andar solo, ni de ida ni de vuelta de la ciudad de Turín. En aquel tiempo, el Manicomio era el último edificio en dirección al Oratorio. Lo restante era terreno baldío, de bosques y acacias.

"Una noche obscura, tarde ya, volvía solo a casa, con algún recelo, cuando me veo al lado un perrazo, que a primera vista me asustó; pero como no mostrase intenciones hostiles, y más bien me hiciera cariños, cual si fuera su dueño, pronto nos hicimos amigos y me acompañó hasta el Oratorio. Lo mismo que esa tarde, ocurrió muchas otras veces: así que puedo afirmar que el *Gris* me ha prestado importantes servicios. He aquí algunos:

"A fines de noviembre del 54, una tarde lluviosa, viniendo de la ciudad, para no hacer mucho camino solo, tomé la calle que va de la *Consolata* al Cottolengo. En un sitio observo dos hombres que marchan delante de mí, acelerando o disminuyendo el paso conforme andaba yo. Para evitar el encuentro, quise cambiar de acera, y ellos rápidamente hicieron lo mismo. Quise volverme, pero no me dieron lugar; se echaron atrás, y en el mayor silencio me arrojaron un manto a la cara. En vano intenté evitar que me envolvieran: uno me ciñó la boca con un pañuelo, con lo cual me

impidió que gritase. En ese momento aparece el *Gris*, y, gruñendo como un oso, planta las zarpas en rostro del uno y el hocico en el del otro, de tal manera que tienen que atender al perro antes que a mí.

"— ¡Llame a su perro!— me gritan despavoridos.

"—Sí que lo llamaré, más dejadme libre.

"— ¡Pronto, llámelo!

"El Gris continuaba rugiendo como un oso o como un lobo rabioso. Los otros huyeron, y el *Gris* se me puso al lado y me acompañó hasta el hospital Cottolengo. Vuelto en mí del espanto, después de reconfortarme con una bebida que la caridad de aquella casa tiene a mano siempre, con buena escolta me fui a casa.

"Todas las noches, cuando nadie me acompañaba, en llegando a los baldíos veía apuntar al Gris por alguna parte.

"Muchas veces lo vieron los jóvenes del Oratorio, y una nos sirvió de diversión, porque se metió en el patio y algunos lo quisieron echar y otros pegarle.

"— ¡No lo espantéis! —gritó José Buzzetti—. ¡Es el perro de Don Bosco!

"Todos entonces se disputaron sus caricias, y me lo trajeron.

"Estaba yo en el comedor con algunos clérigos y con mi madre, que se asustaron viéndolo entrar.

"—No temáis—les dije—; es mi *Gris*. Dejadlo que llegue.

"En efecto; dando una larga vuelta, alrededor de la mesa, llegó a mí, y yo lo acaricié y le ofrecí pan, sopa, carne, y nada probó; ni olerlo quiso.

"— ¿Qué quieres, pues?

"No hizo más que menear la cola y sacudir las orejas.

"— ¡Come, o bebe, o estate quieto!

"Apoyó el hocico en mi servilleta, cual si quisiera hablarme o darme las buenas noches; luego, con maravilla de todos, se fue. Recuerdo que ese día había venido tarde, y que un amigo me trajo en un coche.

"La última vez que vi al *Gris* fue en 1864. Iba de Murialdo a Moncuucco, a casa de mi amigo Luis Moglia. El párroco de Butigliera me acompañó un trecho, pero la noche me sorprendió a mitad del camino. "¡Oh, si tuviese mi *Gris* —dije en mis adentros—, qué oportuno sería!"

"Tomé por un prado para aprovechar las últimas luces del crepúsculo, y he ahí al Gris, que me acompaña hasta el final, tres kilómetros. Llegado adonde Moglia, me introducen por sitio apartado, para que mi *Gris* no se peleara con los dos grandes perros de la casa. Hablamos un buen rato de él y fuimos luego a cenar, dejándolo en un rincón de la sala.

"Al levantarnos de la mesa, dice mi amigo: "Hay que dar de comer al *Gris*", y le lleva pan. Mas nadie lo encontró. Todos quedaron sorprendidos, porque no se había abierto ni puerta ni ventana, ni los otros perros lo sintieron salir... Esta es la última noticia que tuve del *Gris*, tema de tantas investigaciones y discusiones. Y nunca me fue posible saber quién fuera su dueño. Sólo sé que aquel animal fue para mí una verdadera providencia en los muchos peligros en que me he encontrado."

XVI

LA MUERTE DE UN REY

Dijimos que en Turín había un nuevo rey: Víctor Manuel II. ¿Cómo desapareció del escenario Carlos Alberto, la primera figura del vasto drama del Resurgimiento? Aquel pobre rey, peloteado alternativamente por su ambición, su conciencia y las logias, se lanzó a la guerra cuando menos lo quiso.

Pero con esa aptitud de excitarse que tienen las voluntades débiles, abrazó con bravura su partido, y aun tuvo la arrogancia de aquella frase que inflamó la península: *Italia fara da se!*

No quería más alianza que la de pequeños príncipes italianos. Las grandes potencias, Francia, Inglaterra, Prusia, no dejarían de discutirle los frutos de la victoria, y hasta intentarían cobrarse con tierra italiana el precio de su ayuda.

La fortuna le sonrió al comienzo de la guerra. Milán votó la adhesión al Piamonte. Venecia, que se había declarado República, renunció a su independencia y se entregó también a Carlos Alberto. Y el hijo segundo de éste, el duque de Génova, fue elegido rey de las Dos Sicilias por el Parlamento de Nápoles.

Carlos Alberto no podía corresponder a tan grande entusiasmo sino con una victoria decisiva. Convocó sus reservas, organizó los cuerpos lombardos y llegó a tener 80.000 hombres en sus posiciones del río Mincio.

El mariscal Radetzky, su enemigo, tenía igual número de tropas, pero mejor pertrechadas y aguerridas.

Vinieron en seguida las sangrientas batallas de Custozza y de Volta, con dos o tres días de intervalo, en que, a pesar de la bravura de los piamonteses y del heroísmo desesperado de su rey, fueron vencidos y, lo que es peor, desorganizados.

Por una ironía del destino, en la noche de Volta llegaron al campamento del ejército derrotado los diputados sicilianos portadores de una corona para el hijo de Carlos Alberto. El joven duque de Génova, con tristeza y dignidad, renunció a ella.... Carlos Alberto se resuelve a pedir el armisticio. A la medianoche vuelven sus emisarios: el rey escucha las condiciones de Radetzky. Al Estado Mayor le parecen razonables, y se inclina a aceptarlas. El rey, que ha reaccionado de su abatimiento, replica a sus generales: "No os he llamado a discutir estas condiciones que son deshonrosas. Os he llamado para comunicaros que las hostilidades van a recomenzar."

Y ordena marchar. Sus regimientos, desbandados, toman el camino de Milán. Más que a defender la capital de la Lombardía, van a guarecerse detrás de sus murallas. La lanza de los hulanos de Radetzky aguija aquel repliegue, que parece una fuga.

En Turín la opinión denuncia el orgulloso y desconfiado aislamiento en que el rey ha conducido la guerra. Olvidando la sacra fórmula *Italia fara da se*, se envían emisarios al general Cavaignac, jefe del Gobierno francés, pidiéndole ayuda. ¿Va a permitir Francia que una Austria ensoberbecida aplaste al rey de Cerdeña y se instale casi a las puertas de Lyon?

Mientras los plenipotenciarios conversan, rugen los cañones. Cuarenta mil austríacos acorralan en Milán los restos del ejército

piamontés. Lúgubre, melancólico desfile del rey por las calles de la ciudad. Había prometido no entrar en ella, a recoger la corona de hierro de los reyes de la Lombardía, sino vencedor. Y he aquí que sus nuevos súbditos lo miran llegar derrotado y casi fugitivo.

Ni un viva a su paso. La desconfianza y el rencor en los corazones. Acaso el rey que desventuradamente acaban de darse no viene a tomar posesión de la ciudad, sino para atarle las manos y entregarla a Radetzky.

Meses antes, ellos solos habían demostrado su valentía expulsando a los austriacos. Ahora el ejército piamontés no penetra en sus calles sino para allanar las barricadas que han preparado y abrir las puertas de la ciudad al enemigo.

Humillante sospecha, que el desventurado rey se encarga de justificar. Acaba de rechazar un armisticio; ahora pide otro. Quiere salvar los restos de su ejército, y regresar a Turín, para apuntalar su trono, que bambolea. Después, mejor preparado, recomenzará la guerra.

A duras penas los emisarios consiguen llegar a las líneas austríacas. Les vendan los ojos y los conducen a la antigua abadía de San Donato, cuartel general de Radetzky. A las cuatro de la mañana del 5 de agosto queda firmada la capitulación de Milán, por la cual se obliga Carlos Alberto a entregar la Puerta Romana antes de las ocho del día siguiente y evacuar la ciudad.

El primero que dio la noticia fue degollado por los milaneses en plena calle, al grito de "¡Muera el austríaco!"

Todas las campanas tocan a somatén, y redoblan los tambores en las barricadas, y el pueblo se congrega alrededor del Palacio Greppi, amenazando de muerte a Carlos Alberto: "¡Muera el rey traidor!"

En un tumulto indescriptible, a punto de ser hundidas las puertas del palacio, el rey aparece en los balcones, y como su débil voz no alcanza a oírse, la turba se enfurece y tira sobre él.

— ¡Oh Carignano, pagarás tu traición!

Carlos Alberto entra y cae desfallecido en brazos de sus palaciegos. Luego se reanima, desgarra el documento de la capitulación y promete defender a Milán.

— ¿Queréis combatir?

— ¿Estáis prontos a morir por la patria?

— ¡Sí!

— ¡Bien! ¡Yo moriré con vosotros!...

Pero el podestá de Milán y los grandes señores saben que es inútil resistir, y que Radetzky penetrará en Milán a sangre y fuego. Y ellos mantienen la capitulación que el rey ha denunciado.

Cien veces en ese día terrible Carlos Alberto ha estado a punto de ser asesinado.

Llega la noche. A favor de las sombras y entre peligros infinitos, disfrazado de gendarme, consigue huir por los jardines del palacio. A las once franquea la Puerta Vercellina y se halla en medio de sus tropas.

Y a las ocho de la mañana del 6, por la Puerta Romana penetran los hulanos al galope, mientras los caminos de Suiza y del Piamonte aparecen atestados de gente.

Ciento veinte mil personas, los dos tercios de la población, que, no habiendo podido morir entre los escombros de su ciudad, prefieren emigrar a vivir bajo la tiranía de los austríacos.

Los oficiales de Radetzky y los de Carlos Alberto confraternizan, festejando la terminación de la guerra. El ejército

piamontés renuncia a batirse por los lombardos. Está irritado contra los milaneses, que lo acusan de traición, y harto de heroísmo estéril y de inútiles padecimientos.

Pero la guerra no ha terminado. Es sólo un armisticio para dar tiempo a los plenipotenciarios que deben ajustar las condiciones de la paz. Esta paz no puede ser gloriosa, a pesar de que Inglaterra y Francia no permitirán que Austria, aprovechándose de su victoria, aplaste al Piamonte.

Carlos Alberto mismo ni cree ni desea una verdadera paz. Quiere tiempo, no más, para reorganizar su ejército y recomenzar la guerra. Su proclama al pueblo termina así: "Confiad en vuestro rey. La causa de la independencia italiana no está perdida aún."

Después de un gesto heroico, el pobre rey cae siempre en un período de abatimiento. La corona le abrasa la frente. ¡Qué alivio si abdicara! Su hijo, el duque de Saboya, sería rey, y él se podría sumergir en el gran descanso.

Pero los partidarios del duque de Saboya no quieren que abdique antes de firmar la paz. Comprenden que aquella paz será una humillación, y prefieren que el joven príncipe la acepte como un hecho consumado, mas no sufra el bochorno de firmaría.

El mismo duque de Saboya, el futuro Víctor Manuel II, se opone a una abdicación prematura, que lo haría rey en condiciones impopulares, y juzga a su desventurado padre con injusticia y desdén.

¡Ah, no! Carlos Alberto, según el partido adverso que se ha formado en su corte, no es dueño de abdicar mientras no haya echado sobre su nombre ese último borrón de una paz vergonzosa; y, según su propia conciencia, mientras no haya lavado, en una

guerra afortunada, ese epíteto de traidor con que Italia lo llama después de Milán.

Se decide por la guerra. Sólo que ya no es rey absoluto. Ahora debe contar con sus ministros, que, retazo a retazo, van cercenándole todas sus prerrogativas.

Le exigen que abandone el mando del ejército. Ante esta humillante pretensión, su amor propio de soldado se subleva. Acaba por resignarse, con tal que no se le nombre un comandante en jefe que haya antes servido bajo sus órdenes.

El Gobierno piamontés comisiona al general Alfonso La Marmora para que busque del otro lado de los Alpes algún mariscal sin empleo que les aporte las simpatías y la ayuda de Francia.

El general Cavaignac responde a La Marmora que Francia no piensa enemistarse con Austria para dar gusto al Piamonte.

Esta contestación pone sordina al humor belicoso del rey.

El 10 de diciembre del 48, Francia se ha dado un nuevo señor en el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, elegido presidente de la República.

Los corazones se vuelven a él. ¿Qué piensa el de la guerra con Austria? Entretanto, los azares de la política obligan a Carlos Alberto a nombrar primer ministro al abate Gioberti, que todo lo espera de la paz.

En realidad, el mismo rey, que un día parece arder en deseos de montar a caballo y cruzar el Tessino, al día siguiente vacila y tantea otras soluciones.

—Y bien, ¿el pueblo quiere la guerra o no?—pregunta al general Durando, vicepresidente de la Cámara, a la vez que su ayuda de campo.

—Parece que sí, Majestad.

— ¿Y los diputados?

—También.

— ¿Y vos, general? ¿Qué pensáis vos de la guerra? ¿Dudáis del éxito?

—Toda mi experiencia me obliga a decir a Vuestra Majestad que, por mi parte, no tengo ninguna confianza.

— ¿Por qué no se lo explicáis a Globertl?

—No tengo la menor influencia sobre él.

—Subid, pues, a la tribuna y exponed ante la Cámara vuestros recelos.

— ¡Ay! ¡Mis palabras no servirán sino para desalentar aún más al Ejército!

— ¿Qué hacer, entonces?

—Yo no veo ninguna posibilidad de torcer la corriente. Hay que aceptar la guerra como un juego de azar, como un duelo. Es para nosotros una obligación de honor, después de las calumnias difundidas sobre Vuestra Majestad y sobre nosotros.

Esta idea es un latigazo para aquella alma, atormentada por la irresolución.

El Ministerio Gioberti cae, cuando menos lo esperaba, a los golpes de los parlamentarios, que exigen la guerra "para arrancar de su martirio a los hermanos de la Lombardía".

El Piamonte puede poner sobre las armas noventa mil hombres, sin contar los voluntarios lombardos. Por desgracia, se han dejado pasar aquellos siete meses de tregua sin organizar nada. El espíritu de oficiales y tropas es pesimista. Los soldados no

tienen ropas que cambiarse y duermen sobre la paja podrida. Los depósitos desorganizados, el tesoro vacío.

Ha costado trabajo hallar un general extranjero que quiera aceptar el comando en jefe del ejército. Es el general polaco Chrzanowsky, tenido por hábil estratego, pequeñito, feo como un mono, que no sabe una palabra de italiano y se rodea de oficiales extranjeros también ignorantes, como él, del idioma.

Los preparativos no se hacen tan en secreto que no los adviertan las otras naciones. Inglaterra declara al rey de Cerdeña que la guerra en aquellas condiciones es una locura. Francia, que es un suicidio. Ninguna está dispuesta a ayudarlo.

¡Y bien, *Italia fara da se!*

El mariscal Radetzky tiene ochenta y tres años, pero está en plena posesión de su genio y orgullo de sus pasadas victorias. No puede oponer a Carlos Alberto más de 70000 hombres; pero su caballería es mejor montada, y su artillería es más numerosa. Además, cuenta con un buen Estado Mayor y excelentes servicios de aprovisionamiento y ambulancias.

El 12 de marzo Carlos Alberto denuncia el armisticio, y el 20 inicia las operaciones, cruzando el Tessino y penetrando en Magenta, la primera ciudad lombarda que se encuentra en la ruta. ¡El camino está libre!

Esa misma noche, Radetzky lo ha desbordado, cruzando el río con 85000 hombres y 180 cañones. Mientras Carlos Alberto lo busca en la Lombardía, él ya pisa tierra piamontesa y adelanta hacia Turín.

Para atajarlo no hay más remedio que volver a cruzar el Tesina y concentrarse en Novara, donde se librará una batalla

decisiva. En la tarde del 22 de marzo, el grueso de las tropas de Carlos Alberto ocupará la ciudad.

El rey es un espectro envuelto en su capote gris. Se adivina que lo atormentan los más crueles presentimientos, y su Estado Mayor se contagia en su desaliento.

El 23 aparecen los austriacos, superiores en número y entusiasmados por varios combates que acaban de librar victoriosamente. La batalla comienza.

En vano Carlos Alberto, como otra vez ante los muros de Milán, ha buscado la muerte, mezclándose en lo más recio de la pelea. Para él ha sido verdad que no se había fundido la bala que lo mataría. La muerte habría sido infinitamente dulce; tanta era la amargura de su alma viendo derretirse como la cera sus mejores regimientos.

A las cuatro de la tarde la batalla estaba perdida. Radetzky había concluido en tres días la campaña.

Esa noche el rey de Cerdeña abdicaba, dejando la corona de su hijo Víctor Manuel, y partía bajo el nombre de conde Barge por aquellos caminos sembrados de muertos y heridos y atestados de desertores.

En la Corniche, carretera de Niza, hay una pequeña iglesia.

El 26 de marzo, al alba, las mujeres que madrugaban para oír la primera misa vieron entrar a un viajero.

A pesar de su fatiga, se arrodilló en un confesonario y luego delante del comulgatorio. Era Carlos Alberto, que se dispone a cruzar para siempre la frontera de su patria. A fines de abril se instalaba en Oporto, donde moriría santamente el 28 de julio del 49.

"Mi vida ha sido una novela —dijo él mismo de aquella sucesión de grandezas y de dolores que fue su vida—. No he sido comprendido."

La verdad es que en la amargura y el arrepentimiento pagó las culpas de su ambición.

Hemos creído interesante y útil describir las circunstancias en que subió al trono Víctor Manuel II, que había de ser el primer rey de la Italia independiente y unida.

Príncipe católico, en cuya estirpe hay santos, no tardará en poner su espada al servicio de la revolución para librar el postrer asalto contra la más vieja y augusta corona del mundo: la tiara del Papa.

Los cañones del general Cadorna abrirán en las murallas la brecha de Porta Pía. El rey de Cerdeña entrará por allí, y expulsará del Quirinal a su legítimo dueño y será rey de Roma.

Si penetráramos los secretos de Dios, sabríamos si el gran drama de la revolución contra la Iglesia ha terminado aquí para siempre.

Según el proverbio griego, "el molino de los dioses muele despacio". Y Platón, que lo recuerda, dice que, en nuestra ignorancia, llamados retardos de la justicia divina el tiempo que Dios emplea en levantar a quienes quiere precipitar.

Hugo Wast

Las Aventuras de DON BOSCO

HUGO WAST

LAS AVENTURAS DE DON BOSCO

SEGUNDA PARTE

BAJO EL REINADO DE PÍO IX

SEGUNDA PARTE

LOS AÑOS DE PÍO IX

I

PROFETIZA: ¡LUTO EN LA CORTE!

En este aire inflamado por la guerra, iba Don Bosco levantando su obra de paz.

Claro esté, sufría los contragolpes de todos los sucesos. Mermaban las dádivas de que vivía su Oratorio, precisamente cuando crecían sus necesidades.

La política dejaba en todos los espíritus un sedimento de pasión que, al menor choque, enturbiaba el juicio, envenenaba las relaciones sociales, separaba los amigos, desunía las familias, aventaba hasta las vocaciones sagradas.

El arzobispo de Turín, monseñor Fransoni, había expulsado del Seminario a gran parte de los clérigos, los cuales se agolpaban a la puerta del palacio, con una turba de facinerosos, cantando el himno popular genovés:

"I figli d'Italia si chisman Balilla..."

Insultado en las calles, expuesto al asesinato, el arzobispo tuvo que refugiarse en Suiza. Sólo después de la abdicación de Carlos Alberto volvió a Turín.

Era grande amigo de Don Bosco, y protegía su obra, y repetidas veces le habló así:

—Usted no se cree inmortal, ¿no es cierto? Seguramente un día u otro desaparecerá. ¿Qué va a ser entonces del Oratorio? Piense, y forme sucesores para que, aun muerto el fundador, la obra se perpetúe, *ad majorem Dei gloriam*.

Don Bosco sonreía.

Su Oratorio de casa Pinardi, que había contado hasta setecientos alumnos, llegó a quedarse con diez o doce. Pero la perseverancia pudo más que la intriga de los protestantes, el celo falso de ciertos católicos y el veneno de la política. El Oratorio renació con tanto vigor, que, a pesar de lo calamitoso de la época, cuando en el centro de Turín se insultaba al arzobispo, en los humildes comulgatorios de Don Bosco dos mil *biricchini* de varias edades cumplían con la Pascua, recibiendo la sagrada comunión.

Como estaba dispuesto siempre a prestar un servicio, acudían por centenares a pedirle trabajo o dinero. Hablaba a todos con jovialidad y los alentaba a referirle toda suerte de penas materiales y espirituales, y era raro el visitante que una y otra vez no terminase, de rodillas en el modesto reclinatorio de tablas de su aposento, confesándose con él.

Y el que esto hacía quedaba de tal manera cautivado, que lo buscaba siempre.

En vísperas de fiestas, cuando eran muchos los que se disponian a comulgar, su tarea resultaba heroica. Solía llamar a otros sacerdotes para que lo ayudasen. Cada cual se situaba en un confesonario y aguardaba los clientes. Pero si estaba allí Don Bosco, ya podían aguardar. Todas acudían a aquel amigo del alma, que con una palabra sola removía los secretos del corazón.

Ya sabemos que entre los *biricchini* había verdaderas flores de muladar, manchados con toda suerte de vicios, ignorantes, groseros, fáciles para jactarse de sus hazañas en rueda de compañeros, pero tímidos a los pies del sacerdote.

No todos sabían que el confesor morirá mil veces antes que contar la más mínima cosa que haya sabido en confesión; y que, por un milagro providencial, no se ha dado jamás el caso de que ni los apóstatas violaran su formidable compromiso.

Había que inculcar esta verdad en aquellas almas recelosas, que tantas veces tuvieron tratos con la policía. A veces, el *biricchino* se quedaba con los labios pegados. No había modo de hacerle comenzar. Una fuerza diabólica lo amordazaba, mezcla de orgullo y de vergüenza.

Don Bosco ponía la mano sobre la cabeza del muchacho.

— ¿Has almorzado hoy?

— ¡Sí!

— ¿Tenías apetito?

— ¡Oh, sí!

— ¿Cuántos hermanos tienes en tu casa?

Roto el hielo, resultaba fácil penetrar con sagacidad en la materia propia de la confesión.

Los sábados Don Bosco confesaba durante diez o doce horas seguidas. Y muchas veces, en los días de gran concurrencia, le dieron las doce de la noche en el sillón, donde permanecía clavado. La fatiga le rendía, y en mitad de una confesión se quedaba dormido. El penitente, sobrecogido por aquel indicio de sobrehumana fatiga, respetaba el sueño de Don Bosco y, sentándose en el reclinatorio, esperaba que despertase. Igual

hacían los otros muchachos que aguardaban su turno. Pasaba una hora, pasaban dos... La campana de la Consolata tocaba las tres de la mañana; Don Bosco sacudía el sopor y, al indeciso fulgor de la mariposilla de aceite, veía sus chicos tendidos en el suelo o dormidos de rodillas.

— ¡Señor, Señor! —decía sonriendo—. El espíritu es pronto, pero la carne es débil... Vamos a ver... ¿Dónde estábamos? ¡Tú, Albera!

Albera se despertaba y proseguía la confesión. Don Bosco lo absolvía.

—Ya no vale la pena Ir a la cama... Continuemos...

Despedía a uno y llamaba a otro, hasta que venía la hora de celebrar la misa.

Sucedió una vez que Don Bosco se durmió, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, sobre el brazo de un muchacho que se confesaba. Este permaneció quieto. Dieron las cinco de la mañana, y Don Bosco se despabiló y prosiguió confesando.

En el recreo, ese día, vio que el chico tenía el brazo en cabestrillo.

— ¿Qué te pasa?

—No es nada.

— ¡Muéstrame eso!

El brazo estaba lívido, por haber permanecido tantas horas apretado contra el sillón, sin que el jovencito osara moverse, por no turbar el frágil reposo de aquel santo.

Ciertamente, muchos de los *biricchini* sentían fuerte repugnancia por la confesión. Participaban de las diversiones, de las meriendas, de los trabajos. Asistían a las funciones religiosas,

pero no consentían en confesarse. Algunos, temiendo que Don Bosco les perdiera estimación cuando conociera sus pecados.

A éstos, justamente, era a los que con más empeño buscaba. Uno de ellos nos ha dejado la historia de su primera confesión.

Tenía diez y siete años y hacía varios meses que iba al Oratorio y seguía todas las distribuciones con entusiasmo. Pero no se resolvía a confesarse. Siempre hallaba un pretexto para aplazarlo.

Un día, estaba jugando entusiásticamente a la barra, cuando vio a Don Bosco.

— ¿Quieres ayudarme a hacer una cosa urgente?

Con mucho gusto.

—Te prevengo que te va a dar trabajo.

— No importa: soy bastante fuerte.

Ven conmigo a la iglesia.

Entran en la sacristía, y Don Bosco le señala un reclinatorio. El *biricchini* se lo echa al hombro, creyendo que debe transportarlo.

— ¡No, no! Déjalo allí; arrodíllate. Yo me siento aquí.

— ¿Para qué?

—Para confesarte.

— ¡Ah, no! No estoy preparado.

—Ya sé: pero puedes prepararte. Yo rezaré mi breviario, y tú harás el examen. Te doy todo el tiempo que quieras, y también te ayudaré.

El muchacho, conmovido, se entrega.

— ¡Ha hecho bien en sorprenderme así! ¡Nunca me habría atrevido a confesarme!

Innumerables testimonios de contemporáneos prueban que Don Bosco tenia, por milagro de Dios, el privilegio de leer en las conciencias.

Un día llega un muchacho de aspecto arisco y orgulloso. Se advierte que lucha entre el deseo de pertenecer al Oratorio, donde otros de su edad estudian, juegan, trabajan, y su repugnancia a las cosas de la iglesia.

— ¿Aquí se hacen frailes? —pregunta con insolencia.

Han pasado algunos años, y ya en el modesto Oratorio de casa Pinardi hay un seminario en que se preparan los futuros salesianos.

—Sí responde Don Bosco jovialmente—; aquí se hacen frailes, y también otras cosas.

—Yo quiero entrar, pero no quiero que me hagan fraile. ¿Es obligatorio hacerse?

—No. Se concede como una gracia especial al que muestra tener vocación y las demás disposiciones. Pero al que no las tiene no se le permite vestir la sotana.

—Bueno, estoy conforme; yo entraré, pero a condición de que no me hagan fraile...

—Puedes estar tranquilo: nadie te hará, si no tienes vocación.

—Aunque tuviera vocación: yo pido ahora que no me hagan fraile...

Don Bosco se echa a reír y lo admite, con la terminante condición de no hacerlo fraile, aunque quiera...

Pasado un tiempo, llega un día de confesiones.

—Yo quiero confesarme, pero no con usted, ni aquí. Quiero confesarme en la Consolata.

Don Bosco lo mira con ternura, y tristeza, y le dice, bajando la voz:

—Sí, anda a confesarte; pero no olvides de decir esto, y esto, y esto...

Y le declara los pecados que atormentaban la conciencia del pobre muchacho, y que nunca se atrevía a confesar.

—Desde que usted sabe mis pecados —responde con un sollozo—, no necesito ir a otra parte.

El mismo protagonista ha contado años después la escena.

Cierta vez, un joven clérigo esperaba su turno cerca del confesonario de Don Bosco. Le angustiaban mil penas interiores. Se sentía oprimido de culpas, que no acertaba a distinguir en qué consistiesen.

— ¡Oh si Don Bosco leyese en mi alma y adivinase lo que no sé expresar!

Apenas ha hecho este soliloquio, siente una mano que le toca el hombro:

—Vete a comulgar: no necesitas confesarte. Tranquilízate.

Es Don Bosco mismo que le habla. El joven, conmovido hasta las lágrimas, besa la mano que lo acaricia y se levanta confortado.

Toda la vida de este hombre es un tejido de maravillas semejantes. Muchos de los que lo conocieron y trataron por largos años han escrito páginas preciosas, episodios en que fueron protagonistas o testigos.

Muchas veces vi que al acercársele un joven para confesarse, él le decía antes de oírle: "Ve y comulga." Después, hallándolo en el recreo, le explicaba al oído: "Esas cosas de que te querías acusar no son pecados."

Corría entre los alumnos la versión de que Don Bosco "leía en las frentes". Los nuevos se resistían a creer tal especie hasta que comprobaban la verdad.

Un día estaba Don Bosco en el comedor, después de la cena. Uno de los que no querían creer porque no habían visto, se abre paso entre los otros alumnos y le dice en voz alta:

— ¡Y bien, léame los pecados!

Don Busco lo mira, le hace agachar la cabeza y le habla al oído. El muchacho no dijo más, y se alejó conmovido y humillado.

En otra ocasión, en víspera de fiesta, sale al patio después de haber confesado largas horas. Varios otros sacerdotes han confesado también, de modo que él, humanamente, no puede saber cuáles de sus alumnos se han preparado o no para la comunión del día siguiente.

Sin embargo, le basta mirarlos.

Llama a uno y le dice, tocándole la frente.

— ¡No te has lavado la cara!

— ¡Sí, Don Bosco!

— ¡Te digo que no!

Y le habla al oído; el muchacho se aleja abochornado, y esa misma noche se confiesa.

Otra vez, a uno de sus muchachos lo detiene al pasar:

—Y si esta noche murieras, ¿qué sería de ti?

Su estilo de confesor era personalísimo. No tenía el mismo discurso para todos. Dos o tres palabras, que iban rectas al corazón, bastaban para obtener transformaciones maravillosas.

Y usaba de tal caridad, que sólo no conociéndolo podía alguien vacilar en abrirle el tesoro del alma.

Sus ojos, que penetraban las conciencias, adivinaban también el porvenir. Generalmente, sus predicciones se referían a cosas y personas de sus oratorios. Sin embargo, algunas veces Dios le concedió el terrible privilegio de escrutar el futuro político.

Entonces, como los profetas de la Biblia, no temió afrontar la cólera de los grandes comunicándoles sus visiones. Era rey Víctor Manuel II, y el Parlamento de Turín, que ya había sancionado muchas leyes anticatólicas, se disponía a votar la célebre ley Ratazzi, que, so pretexto de favorecer al pequeño clero, suprimía conventos y se apoderaba de sus bienes.

Una de las instituciones amenazadas era la abadía de Altacomba, ricamente dotada por los antiguos condes de Saboya, que en la carta de fundación fulminaban maldiciones contra aquel de sus descendientes que osara apoderarse de los bienes abaciales.

Don Bosco habla de la injusticia que se está preparando, y teme que las maldiciones caigan sobre la Casa Real. Uno de sus estudiantes se procura una copia de aquella carta de fundación y se la envía al rey, firmando la esquela con su propio nombre.

El rey lee el extraño documento y logra saber que el firmante es un alumno de Don Bosco. Pero no piensa impedir la sanción del proyecto Ratazzi.

Y esa noche Don Bosco tiene un sueño. Le parece hallarse en el patio de casa Pinardi, a la hora del recreo. Y ve entrar un paje de librea encarnada, como los de la Casa Real.

— ¡Una gran noticia!

— ¿Cuál?

—Anuncia: gran funeral en la Corte.

Repitiendo este grito, sale y desaparece. Don Bosco pasa la mañana escribiendo, y cuando va al refectorio, habla con sus alumnos:

—He escrito tres cartas delicadas: una al Papa, otra al rey y otra al verdugo.

Todos quieren saber qué ha escrito al rey, y él les refiere lo que ha soñado. ¡Gran funeral en la Corte!

Transcurren cinco días. Y nuevamente ve al paje de librea encarnada, que llega a caballo, cual si tuviera prisa:

— ¡Anuncia ahora: no gran funeral en la Corte, sino grandes funerales en la Corte!

Don Bosco se despierta lleno de angustia y escribe a Víctor Manuel otra carta. Pero el rey no piensa atajar un proyecto que dará al tesoro muchos millones. El 9 de enero del 55 comienza la discusión de la ley, y con ella las maldiciones a cumplirse.

El 12 de enero muere la reina María Teresa, madre del rey. El 20 de enero muere la reina María Adelaida de Austria, su esposa. El 11 de febrero le toca el turno a Fernando de Saboya, duque de Génova, su hermano. Y el 17 de mayo, al hijo menor del rey, que lleva su nombre: Víctor Manuel. A cada muerte se suspenden las sesiones de la Cámara en señal de duelo, y con ellas la discusión de la ley Ratazzi.

Don Bosco, entretanto, prosigue su valiente campaña. Ha reimpreso las maldiciones de los condes de Saboya, y publica, en dos opúsculos de las *Lecturas Católicas*, que él mismo edita, una

obra de Nillsen con este título, que causa un vivo escándalo: *Cómo se roban los bienes de la Iglesia*.

En la tapa del librito hay esta sentencia terrible: "La familia del que roba a Dios no llega a la cuarta generación. La discusión se termina el 22 de mayo, y la ley aprobada por el Parlamento queda a la firma del rey.

Tercera letra de Don Bosco, en latín, y en el vigoroso estilo de los profetas: *Dicit Dominus: erunt mala super mala in domo tua*. "Dice el Señor: Caerán males sobre males en tu casa."

El rey, que no podía quitar del pensamiento las anteriores cartas de Don Bosco, lee y queda inquieto. Se jacta de ser católico: todos los príncipes de su raza lo han sido. Y es, además, muy supersticioso. Para aquietar su conciencia, antes de promulgar la ley, convoca una comisión de teólogos.

¡Qué difícil es fallar contra los deseos de un rey! Los doctores en ciencias eclesiásticas se reúnen y resuelven que el rey puede en conciencia firmar la ley.

Treinta y cinco Órdenes religiosas cayeron bajo sus sanciones, y fueron despojadas de sus derechos y sus bienes 334 casas y 5.406 personas.

¿Quién piensa en la cuarta generación cuando puede usurpar los millones del Señor? Víctor Manuel estaba en el vigor de una juventud entusiasta y sensual. Se le había pasado la irritación y tenía ganas de conocer a aquel audaz sacerdote, que no tenía pelos ni en la lengua ni en los picos de la pluma.

Monta a caballo, y en compañía del general conde de Angrogna, como quien da un paseo, llega hasta Valdocco y ve jugar a los *biricchini* en el patio de casa Pinardi. Mas Don Bosco no está.

La cólera que se ha apagado en el ánimo del rey se enciende en el del cortesano, que piensa obtener una retractación.

Y, en efecto, días después penetra a caballo en el patio del Oratorio, seguido de su asistente.

— ¿Dónde está Don Bosco?

—En su aposento —le responden los *biricchini*, alarmados.

— ¡Allá voy!

Echa pie a tierra y, como dueño de casa, penetra en el despacho de Don Bosco.

— ¿Es usted Don Bosco?

—Soy yo.

— ¿El que se ha atrevido a escribir cartas al rey enseñándole a gobernar sus Estados?

—Yo le he escrito, pero sin pretender tanto como eso.

—Pues es usted un impostor, un fanático, un rebelde, que ha ultrajado la majestad del rey. Y debe darle una satisfacción.

— ¿De qué manera?

—Escribiéndole una carta... Siéntese y escriba lo que voy a dictarle...

Don Bosco, humildemente, se sienta y toma la pluma, y el irritado general le dicta una retractación.

—No, señor conde; yo no escribo eso.

El general, impetuosamente, echa mano a la empuñadura de su espada.

— ¿Quién dice que no va a escribir lo que yo le mande?

— ¡Yo no voy a escribir eso! Y aunque usted está armado y yo no tengo armas, ni sabría usarlas si las tuviera, no le temo, señor general...

— ¿Que no me teme? —ruge el conde de Angrogna, más irritado por aquella tranquilidad que por un verdadero insulto.

—No, porque sé con quién trato. Usted es un caballero, un soldado valeroso, que se sentiría deshonrado si atropellara a un pobre sacerdote desarmado como yo. Y tan seguro estoy, que, si hubiera sabido que iba a venir a visitarme, le habría evitado esta molestia yendo yo mismo a su palacio. Allí, con tranquilidad, habríamos hallado una fórmula para dar satisfacción al rey, salvando mi conciencia. Y usted, mi general, en vez de insultarme, habría mandado traer una de sus mejores botellas, y yo habría bebido a su salud.

El conde de Angrogna no sabe qué responder. ¿Se burlan de él, acaso? No parece. La cara de Don Bosco respira franqueza y lealtad.

— ¿Usted dice que es capaz de ir a mi casa?

—Sí, mi general.

—Bueno, mañana, a las tres, lo espero.

Y el general sale, haciendo sonar la espada contra la bota.

Al día siguiente Don Bosco se presenta en su palacio.

— ¡Pensé que no viniese!

En buena armonía, pesando las palabras, queda pronto escrita una carta que satisface a los dos y desagraviará seguramente al rey.

Un criado se presenta con una botella y una bandeja de bizcochos.

El general ofrece uno a su huésped, y éste, sonriendo, le dice:

— ¿Puedo comerlo? ¿No tiene ninguna sustancia... heterogénea?

De Angrogna se ríe cordialmente y se come la mitad del bizcocho, regándolo con un trago. Don Bosco lo imita. La paz está sellada.

De un furioso adversario ha hecho un cordial amigo. En cuanto al rey, no se acuerda ya de las profecías de Don Bosco. Su pequeño reino entra en las filas de las grandes naciones, impulsado impetuosamente por Cavour, el gran ministro.

Se acaba de aliar con Francia e Inglaterra. Va a asistir a los Congresos donde se elabora la guerra y la paz del mundo. Va a participar de la guerra de Crimea, del lado de los vencedores. Va a preparar el desquite de Novara y la unidad de la península. ¿Quién piensa en la cuarta generación?

II

ENREDADO EN DEUDAS

El arzobispo le ha dicho: "Cuando usted falte, ¿quién proseguirá su obra?"

Monseñor Fransoni lo habría ayudado para fundar la Congregación que Don Bosco viera en sueño. Pero el primer ministro. Máximo d'Azeglio, que sabe cubrir con palabras católicas procedimientos dignos de Mazzini, espera su regreso a Turín, lo aprisiona, y como no puede arrancarle la renuncia al Arzobispado, lo destierra.

Los liberales se dan la mano con los sectarios de la *Joven Italia* cuando se trata de la libertad de la Iglesia. Nunca más volvió del destierro monseñor Fransoni.

Con él perdió Don Bosco al protector que comprendió la importancia de sus trabajos desde la primera hora. El grano de mostaza iba expandiéndose. La capilla Pinardi resultaba estrecha. Glacial y fangosa en tiempos de lluvia; cálida y asfixiante en el verano.

Urgía construir una iglesia espaciosa y un gran local para dormitorio y taller del centenar de jóvenes que, sin contar con los externos, albergaba el Oratorio.

¡Una iglesia y mi colegio!

Y el portamonedas de Don Bosco estaba exhausto. Y, lo que es peor, sus enemigos del campo católico lo habían desacreditado

entre sus bienhechores. Al más enconado le dice un día, con tocante humildad: "Vea el daño que usted me ha hecho con sus murmuraciones: me ha obligado a cambiar todos mis benefactores."

En un siglo en que el dinero es rey absoluto, Don Bosco mostró genio de financista, audacia de aventurero, confianza en Dios.

Cuando se le ocurre empezar a construir su primera iglesia que llamará San Francisco de Sales, y que será la verdadera Porciúncula de su Orden, no posee más que deudas. Debe al panadero, al sastre y al proveedor de víveres, y hasta al barbero. Debe, además, 20.000 liras al abate Rosmini.

A pesar de todo, encarga los planos. Se los hacen, los modifica, los aprueba. Llama a un constructor y se señala el terreno vacío de casa Pinardi.

— ¿Se anima a edificarme esta iglesia?

—Con todo gusto.

—Le advierto que no estoy sobrado de dinero...

—Eso no importa.

—Más bien... escaso. Quiero decir que hay días en que no tengo un céntimo.

—Pero al día siguiente, sin duda, tendrá la bolsa llena.

—Ni al día siguiente ni al otro. Me acontece pasar una semana, y más, viviendo de la caridad.

El constructor se pone frío.

Entonces, iremos despacio.

— ¡No, no! Yo quiero que vayamos aprisa, y que antes de un año inauguremos la iglesia.

El constructor mira aquel rostro entusiasta y radiante, aquellos ojos negros, que parecen penetrar el porvenir.

— ¡Así lo haremos! ¡Antes de un año bendecirá su iglesia!

Como no bastasen las limosnas, anuncia una colosal lotería. Conferencias, carteles y volantes. Incendia a todo Turín. Pide que le den, para rifarlas, toda clase de objetos, libros, paños y adornos. Facilita la entrega autorizando a recibirlos a comerciantes de diversos barrios.

Recibe millares de objetos. Los clasifica, los restaura, los numera. Su actividad y su ingenio despiertan admiración en unos y envidia en otros, y arrecian las murmuraciones.

Se encoge de hombros.

Estamos en los primeros días de 1852. Las reinas María Adelaida y María Teresa han sido las primeras en contribuir con diversos donativos, que, por venir de la Casa Real, serán premios codiciadísimos. Más de tres mil números premiados habrá.

A cincuenta céntimos el número, se empieza a difundir la lotería. En todas las casas de Turín, en todo el Piamonte, hasta en Roma, halla adquirentes: no pocos toma el Papa; Víctor Manuel hace igual, y muchos obispos también. Don Bosco logra vender 79.000 números de su lotería. Son 37.000 liras.

Su iglesia está concluida y pagada, y se inaugura el 20 de junio de 1852. No tenía campanario ni sacristía. Eso, para más adelante.

"Después de haber hecho una casa para el Señor —dice Don Bosco—, hagamos otra para sus hijos."

Sin perder tiempo, en un terreno próximo a la casa Pinardi, empieza a construir un vasto edificio para dormitorio y talleres de

sus albergados. En Turín se estila construir las casas con galerías o pórticos. Así construye Don Bosco las suyas, porque la galería es un precioso recurso en los días de lluvia.

Las gentes, viendo tantos operarios y materiales reunidos allí, se preguntaban: "¿De dónde saca Don Bosco dinero para estas empresas?"

Y Don Pacchiotti, aquel sacerdote amigo suyo, uno de los que quisieron llevarle al manicomio, se le acerca humildemente.

— ¿Tengo ahora que comerme un perro?

— ¿Por qué?

—Porque yo había dicho que, si usted era capaz de hacer una iglesia y un colegio, yo era rapaz de comerme un perro…

Apenas construida la casa, instaló en ella los primeros talleres salesianos. Le inquietaba el que sus *biricchini* trabajasen con diversos patronos y compañeros, cuyas ideas y moral no eran siempre seguras. Comenzó abriendo una sastrería, de la que él mismo fue maestro, y una zapatería. No le preocupaba la colocación de sus productos, porque, sin salir del Oratorio, tenía clientes sobrados entre sus propios alumnos.

Luego, la carpintería, la herrería y la encuadernación. Lo más difícil era una imprenta, por lo costoso de su instalación, tipos, máquinas, maestros; mas tampoco tardó.

Desde 1862 funciona su primera imprenta, y de ella salen, no solamente los libros que él escribe, y que son muchos, sino innumerables obras de propaganda, entre ellas las *Lecturas Católicas*, opúsculos mensuales, que han llegado a tirajes fantásticos en todos los Idiomas.

Al año siguiente monta una fundición de tipos; al otro, una librería: después, una fábrica de sombreros y una escuela de pintura...

La obra está lanzada, y nadie podrá detener su progreso. Porque la mano de Dios la guía y le sostiene.

Don Bosco le ha trazado normas geniales, de tal modo, que su institución, sin apartarse del espíritu de su fundación, podrá, adaptarse a todos los tiempos y a todos los países.

Don Bosco venia del pueblo, conocía las necesidades del pueblo, se había ganado la vida como pastor, como sastre, como herrero, como pastelero, y llegaba en una época en que la voluntad popular iba a sustituir a la voluntad de los reyes, y hasta al nombre de Dios.

Las Congregaciones enseñantes, jesuitas, escolapios, barnabitas, oratorianos, se dedicaban a educar a los hijos de la aristocracia, porque habían sido fundadas en épocas en que sólo los nobles aspiraban a la instrucción.

La transformación de las ideas y de la economía ha determinado en el obrero moderno un movimiento ascensional. Tiene conciencia de su poder, y quiere que su hijo adquiera la instrucción que a él no le dieron.

En vez de atajar esta tendencia, legítima e invencible, Don Bosco trata de encauzarla. Como un jardinero providencial, le sale al encuentro con su azada, le despeja el camino y le traza los canales, por donde su paso ha de ser fecundo y no destructor.

Los hijos del pueblo no tienen cómo pagar la instrucción. El Estado moderno la hace obligatoria y gratuita, pero también laica, y en el fondo atea. Este es el peligro. Don Bosco abre escuelas, también populares y gratuitas; pero católicas.

A pesar de la miseria de sus recursos, descubre nuevas formas de pedagogía. Implanta las primeras escuelas nocturnas en Italia; crea las escuelas profesionales, y con sus largas excursiones a pie, en el verano, alrededor de Castelnuovo, acompañado de muchos alumnos, inventa desde 1850 lo que ahora se llama el *camping*, vacaciones al aire libre, o el *scoutismo*...

Se atreve a más, a lo que el Estado mismo no se ha atrevido, y abre los internados semigratuitos para obreros, en que el estudiante halla casa, alimentos, ropa, maestros, por… veinte liras al mes.

El progreso moral e intelectual de la Juventud obrera es su preocupación. La clase obrera, en general, ha ganado fuerzas y libertades políticas; pero el obrero, en particular, es más débil que nunca.

Políticamente, es fuerte; pero la evolución de la industria lo ha despojado de lo que en el pasado constituía su valor, y lo arroja mutilado a la terrible lucha por la vida.

Antes, el hijo del herrero aprendía en el taller de su padre o en el de un maestro, y el aprendizaje duraba hasta que era capaz de instalarse por su propia cuenta o entraba como socio en la casa donde trabajaba.

Ahora no existe el aprendizaje. La Revolución francesa, al abolir las asociaciones profesionales, como atentatorias a la libertad, ha abolido la única escuela integral del obrero. Ahora ya no existe el aprendiz, porque no existe el aprendizaje, el verdadero aprendizaje, que antes hacía de un joven oficial un artesano, y, a menudo, un artista.

Ahora el obrero no conoce ningún oficio completo. Es un par de brazos que, a cualquier edad, se alquilan a un patrón, se

negocian como una mercancía en una Bolsa de Trabajo: "Se necesitan diez ojaladores, tres minervistas, ocho foguistas."

El obrero de hoy no conoce de su oficio más que un movimiento enervante y, a veces, embrutecedor: hacer ojales en un cuero, accionar el pedal de una minerva, echar carbón en una hornilla.

A esta mutilación del artesano, los economistas la llaman división del trabajo, y es una gran conquista del siglo XIX.

Pero se inventa una máquina que hace ojales, o se aplica un motor a la minerva, o se reemplaza el carbón por el petróleo, y el ojalador, y el minervista, y el foguista, que sólo saben una fracción de su oficio, se encuentran sin trabajo, obligados a ensayar otra cosa, a una edad en que el aprender es rudo, a veces trágico.

Las escuelas profesionales, concebidas por Don Bosco desde los primeros tiempos, restablecen el artesano volviendo al aprendizaje, cuya abolición ha resultado fatal para el individuo y para la sociedad.

Con un golpe genial Don Bosco ha refundido tres instituciones: la escuela, en que se enseñan conocimientos suficientes, sin propósito de hacer literatos ni filósofos; el internado, que antes no existía sino para los ricos, y el taller, donde se practica el oficio.

La escuela profesional salesiana no es una amalgama artificial de elementos disparatados. Es un organismo viviente; su alma es el honor del trabajo, consecuencia de la dignidad del obrero.

La mejor escuela es la del ejemplo. Don Bosco tiene a gloria saber todo. El, que celebra misa y escribe al rey, y es visitado por los ministros, ayuda a su madre a mondar papas y sirve la sopa a los *biricchini.*

Todavía su Iglesia no posee campanario. Con el tiempo se lo construirá. Entretanto, la campana del ángelus en la torre de la Consolata, a las cuatro y media de la mañana, es su despertador.

¡Vergüenza le da! ¡Hoy no la ha sentido! Nunca duerme más de cinco horas, y una vez por semana pasa la noche íntegramente en vela.

El librero Paravia, que imprime sus *Lecturas Católicas*, un folleto, nada pequeño, cada semana, le avisa que no tiene originales. Hay que escribir.

Como Lope de Vega en veinticuatro horas hacia un drama, Don Bosco, sentándose en su escritorio a la diez u once de la noche, tiene a las cinco de la mañana la mitad del tomito, durante el día lo concluye, y Paravia lo deja en paz.

¡Ay, no lo deja en paz! Le está debiendo diez mil liras por diversas impresiones, y sólo Dios sabe de dónde va a sacarlas. A las tres de la tarde vence la letra que le ha firmado...

También al panadero, y al farmacéutico, y al proveedor de paños... *Deus providebit, Deus providebit*.

Pues bien: hoy ha velado hasta cerca de las tres, en que terminó la corrección de la segunda edición de su *Historia Eclesiástica*. Para soportar mejor el frío y resistir el cansancio, se tendió en el modesto sofá que adorna su aposento, y se envolvió las piernas con una manta y escribió sobre una tabla que le sirve de pupitre. La postura no es incómoda por un rato. Al cabo de dos horas, el cuerpo se entumece, los ples se hielan, la cabeza arde.

A eso de las tres puso fin a la *Historia Eclesiástica*, y se dispuso a escribir las reglas de la Sociedad que el arzobispo le ha aconsejado que funde para que su obra no desaparezca a su muerte.

Pero los ojos se le cerraron y se durmió con la pluma en los dedos yertos. Se durmió tan profundamente, que no sintió la campana del *Angelus*, y despertó, no por su voluntad, sino por la congoja de una horrible pesadilla.

Cada vez que emprende la redacción de las reglas, algo le ocurre que se lo impide. Si es de día, visitas, negocios, mil interrupciones; si es de noche, lo invade un sueño invencible, y se duerme, y le parece que ha saltado sobre su cama un oso deforme, que lo aplasta y lo asfixia. Cuando se despierta, se halla cubierto de sudor y fatigado en extremo.

Comprende que el enemigo del hombre pone todo su empeño en estorbar el nacimiento de su Sociedad, que ha de hacer mucho bien en el mundo. Razón para insistir.

Habría querido ojear las reglas de otras Congregaciones... para inspirarse con la experiencia ajena; pero no ha hallado quién se las preste; las comunidades religiosas no facilitan a extraños los libros que las contienen. Saldrá del paso con lo que sabe de Historia Eclesiástica y lo que le ha sugerido su propia experiencia y los consejos de personas prudentes.

¡Increíble! Una de ellas es el ministro Ratazzi, enemigo declarado de tantas Congregaciones.

Un día. Ratazzi, alarmado ante el avance de las ideas antisociales, le ha dicho:

—Yo quisiera que usted, Don Bosco, viviese muchos años, para bien de la juventud. Pero lo cierto es que usted es mortal como todos, y un día desaparecerá. ¿Qué será entonces de su obra? ¿Lo ha pensado? ¿Qué medidas ha tomado para asegurar la existencia de su instituto?

Don Bosco, risueñamente, le responde:

—A decir verdad, excelencia, tengo el pellejo duro y no pienso morir tan pronto. Ni tampoco se me ocurre cómo podría, si muriese, continuar trabajando... ¿Qué opina vuestra excelencia? ¿Qué me sugiere?

—Por mi consejo, usted debe reunir unos compañeros de confianza y formar una Sociedad imbuida en su espíritu, práctica en sus métodos, para que continúen su trabajo cuando usted haya desaparecido.

¡Vaya un consejo en boca de aquel hombre! Una luz de ironía chispea en los ojos de Don Bosco. ¡Ratazzi, el autor de la ley de supresión de tantas Congregaciones religiosas, le sugiere la fundación de una nueva!

Con un granito de picardía, le contesta:

— ¿Vuecencia me habla de fundar una Congregación religiosa? ¿En estos tiempos?

— ¿Religiosa? Yo no he dicho religiosa...

—Tiene que serlo... ¿Cómo podría perpetuarse una sociedad cuyos miembros no estuviesen unidos por un vínculo religioso? ¿Cómo podría permitirlo el Gobierno, que acaba de dictar leyes suprimiendo estas sociedades?

— ¡Las leyes! ¡El Gobierno! ¡Yo sé lo que quieren! —replica Ratazzi con alguna impaciencia—. ¡Haga usted una sociedad conforme a los tiempos!...

— ¿Y cómo sería?

Una sociedad que no sea una mano muerta, sino una mano viva, en la que los bienes no pertenezcan a un ente moral que no pueda disponer de ellas, sino a los socios. Que éstos conserven sus derechos civiles, obedezcan a las leyes del Estado, paguen

impuestos, sean una sociedad de ciudadanos libres, que vivan juntos con un fin benéfico...

—Y tal sociedad ¿sería tolerada? ¿Me lo asegura vuestra excelencia?

— ¡Ya lo creo! No hay Gobierno civilizado que pueda impedir la formación de tales sociedades...

—Y bien, señor ministro, trataré de complacerlo...

Don Bosco había reflexionado mucho y sabía todo aquello, pero le convenía dejar creer al poderoso ministro que la sociedad cuyas reglas estaba redactando era obra de su consejo. Así le granjearía su protección.

Todo se andará, Dios mediante; pero, entretanto, son las cinco de la mañana y hay que vencer la pereza...

Ya en el patio, lleno de sombras todavía, junto a la fuente, se agrupan los más madrugadores de sus alumnos. Oye la voz de Cagliero, que no tardará en ser clérigo, y sacerdote, más aún, obispo y, finalmente, cardenal de la Santa Iglesia... Estas cosas las ve Don Bosco en su imaginación y a veces no discierne si es un sueño o si es una profecía. Tal vez ahora es sueño que no ha logrado vencer.

— ¡Cagliero, Cagliero! ¡Tráeme un cubo de agua fresca de la fuente!

No tarda en aparecer el futuro cardenal con el agua de aquel caño inagotable que todavía ahora existe y sirve en el gran patio de los estudiantes, en Vía Cottolengo, 32.

Don Bosco se lavotea sin miedo, se restriega la barba, piensa un instante si se afeitará él mismo, o irá a que lo desuelle el

barberito de la calle Dora Grossa; se decide por esto, y baja en dos trancos la escalera.

Minutos después está en su confesonario, rodeado de *biricchini.* A las seis, la misa. A eso de las nueve, cuando ha podido abandonar la sacristía, va unas veces al refectorio, otras a la cocina, y bebe una taza de café negro con achicoria. A menudo se olvida de endulzarlo, y rara vez le pone leche.

¡Al taller! ¡Qué obrero ha perdido el mundo! Las tijeras del sastre, la lezna o la trincheta del zapatero, la garlopa del carpintero, son instrumentos dóciles en sus manos. No ejecuta maravillas, no, por cierto; pero su obra es simple, recia, cómoda.

Las diez, las once, las doce. ¡Cómo pasa el tiempo cuando se trabaja alegremente! La campana llama al refectorio, y él casi ha olvidado que a las tres de la tarde tiene que pagar esa letra del impresor Paravia. Si no lo hace, perderá el crédito, y lo que es peor, ocasionará un grave daño al buen bombee. ¡Diez mil liras, y no tiene más que un puñado de cobres!

Va a su pieza y vuelve de manteo y sombrero.

—Don Bosco, ¿no almuerza con nosotros?

—Almorzad vosotros por mí, y después del almuerzo id a rezar al Santísimo Sacramento. Quedaos allí hasta las tres, encomendándole un asunto que me preocupa.

Con esto, sale. No tiene un plan determinado. Piensa que deberá ir a muchas casas, entre ellas a la del ministro Cavour, que es amigo y protector del Oratorio, pero que no quiere darle nunca nada si no va a pedírselo a la hora del almuerzo.

Muchas veces le ha dicho:

—Cuando tenga un asunto, no vaya al Ministerio, vaya a mi casa. En mi casa hay siempre un cubierto para usted. Es la verdad. Y cuando ha ido, siempre ha encontrado un billete bajo el plato.

Cavour es católico de raza, aunque sus ideas y sus costumbres están lejos de ser laudables. Desciende, por su madre, de la ilustre familia de San Francisco de Sales, y ésa es una de las razones que lo hacen estimar a Don Bosco y proteger su obra.

¡Sólo que esa vez necesita diez mil liras! Más aún; si la Divina Providencia le mandara el doble, esa misma noche no le quedaría ni un céntimo.

Al pasar por la iglesia de la Consolaba, entra a pedirle que lo salve de aquella deuda y, con él, al pobre Paravia. En una callejuela próxima, que lo lleva hacia el Arsenal, se le hace encontradizo un criado, que le saluda respetuosamente.

—Si no me engaño, usted es Don Bosco.

—Así es, para servirlo.

—Me alegro de ahorrarme el viaje; iba en su busca. Mi señor me envía a entregarle esta carta... Parece que hay valores dentro...

— ¿Y quién me lo manda?

—No debo decirle sino que ese dinero es para usted... ¡Que lo pase bien, señor Don Bosco!

— ¡Ni que fuera un ángel! —exclama Do Bosco mirándolo desaparecer por la callejuela de donde vino— ¡Pero un ángel con esos botines de clavos y esos calzones de pana! No, no es un ángel... Ni yo soy un santo para que el Señor me mande ángeles... Veamos qué es esto... ¡Pues son títulos de la Deuda pública, al portador! ¡Diez mil liras! ¡Más: doce, quince, diecisiete mil liras! ¡Oh Señor, Señor, que has querido salvar mi Oratorio porque es tuyo!

Y, sin más, va a casa de Paravia y de sus otros acreedores urgentes y les ofrece en pago aquellos títulos de la Deuda, que ellos negociarán fácilmente. Y a eso de las tres, vuelve a su casa y almuerza las sobras de una menestra fría.

Este hombre, que tiene deudas y firma pagarés, y escribe al rey y alterna con ministros enemigos de la Iglesia, y suscribe hipotecas y maneja títulos de la Deuda pública, es un santo.

Un santo moderno, ciertamente, pero que hace milagros como los de Jesús, como los de la leyenda dorada.

—Maestro Vicente —preguntaban a San Vicente Ferrer—, ¿cuántos milagros habéis hecho?

Y el gran taumaturgo español respondía con una incomparable simplicidad:

—Como unos tres mil.

Ni se emocionaba, ni, menos, se envanecía, dándose cuenta de que él no era más que el instrumento involuntario y dócil de la Providencia.

Así, Don Bosco realizaba prodigios con la misma sencillez con que armaba una carta o hilvanaba un traje o servía la polenta a sus *biricchini*.

Francisco Dalmazzo es un muchacho de quince años, a quien han puesto de interno en el Oratorio. Estudia Retórica. Pero no puede resignarse a la pobreza y disciplina de la casa, y ha escrito que lo vengan a llevar. Ese domingo espera a su madre, que vive fuera de Turín.

Entretanto, va a hacer su última confesión con Don Bosco, en la sacristía. Apenas se arrodilla, otro muchacho llega corriendo y grita:

—No se puede dar desayuno porque no hay pan...

Dejemos la palabra al mismo Dalmazzo, que ha relatado con hermosa sencillez el episodio.

"Don Bosco responde:

"—Id a traerlo de la panadería del señor Magra (era el nombre de nuestro panadero).

"—No ha traído, ni quiere traer más, porque no le pagan; he oído que le deben más de diez mil liras.

"Don Bosco agrega:

"—Id a buscar en la despensa todo lo que haya, Y ved si algo queda en el refectorio.

"El otro se fue, y yo seguí confesándome, sin preocuparme del desayuno, porque esperaba partir dentro de un rato.

"Apenas había acabado, y la misa a punto de terminar, cuando viene el mismo a decir a Don Bosco.

"—Todo lo que he podido juntar son unas cuantas "pañotas" (¡panecillos!).

"Don Bosco seguía confesando tranquilamente. Le hace signo que no se preocupe, que ya irá él, y, en efecto, concluida la confesión, se levanta y se va a la puerta de la sacristía, por donde salían los muchachos de la iglesia y donde era costumbre distribuirles el pan para el desayuno.

"Recordando haber oído que Don Bosco hacía milagros, y lleno de curiosidad, corrí para saber cómo se arreglaría.

"Al salir, encontré a mi madre que venía a llevarme. Le dije que me esperase un momento, pues quería ver una cosa, y corrí, y pude colocarme justamente detrás de Don Bosco, sobre un escalón

superior. En ese instante comenzaba a repartir el pan. Miré el canasto: contenía, a lo sumo, quince o veinte "pañotas".

"Don Bosco da una a cada muchacho que sale, les dice una palabra, les dirige una sonrisa, y ellos le besan la mano. Todos reciben un panecillo, y son trescientos, y yo, concluido el reparto, vuelvo a mirar la canasta, y veo la misma cantidad que al principio, sin que hubieran traído más pan, ni cambiado la cesta. Corro disparado a mi madre, y le digo que no me quiero ir de una casa que Dios bendice, alejándome de un santo, y que me perdone el haberle hecho venir a Turín inútilmente. Y le cuento lo que he visto con mis propias ojos..."

Francisco Dalmazzo quedó para siempre en el Oratorio, llegó a ser sacerdote salesiano y murió siendo superior del Seminario de Catanzaro.

Fiesta de la Virgen, 8 de septiembre. La Iglesia está llena de muchachos: seiscientos que van a comulgar. Se ha preparado un gran copón lleno de hostias, que Don Bosco va a consagrar en la misa.

Pero el sacristán se olvida de llevarlo al altar, y sólo se acuerda cuando ha pasado el instante de la consagración. Ahora su distracción no tiene remedio.

¿Qué va a ocurrir, Señor? ¿Cuál no será la desilusión de esos centenares de muchachos que se aprestaban a comulgar?

Ellos, que no saben nada, van llegando al comulgatorio; Don Bosco tampoco sabe; abre el sagrario, y solo encuentra un pequeño copón con unas pocas hostias. Mira bien; nada más. Comprende que su sacristán se ha distraído.

Alza los ojos al cielo y habla así a la Virgen:

—Señora, ¿vas a dejar a tus hijos que se vuelvan ayunos? Coge el coponcito y empieza a dar la comunión. Y aquellas pocas hostias se multiplican, y el sacristán, desesperado, asiste al prodigio y después de la misa muestra a Don Bosco el copón olvidado en la sacristía.

— ¿Cómo ha podido dar la comunión a todos con tan pocas hostias? ¡Es un milagro, señor Don Bosco! ¡Un milagro que ha hecho usted!

— ¡Bah! —dice él con indiferencia—. Junto al milagro de transustanciación, que opera el sacerdote al consagrar, el de la multiplicación de las hostias es insignificante... Además, lo ha hecho María Auxiliadora.

Otro día... Adelantémonos hasta 1880. Estaba Don Bosco en el Sur de Francia visitando un colegio salesiano, donde, para recibirlo, han preparado una opereta. De pronto, avisan que el niño que hace de primer actor se ha puesto repentinamente ronco. El teatrillo está lleno de público que aguarda su aparición. ¿Cómo suspender la fiesta?

Don Bosco está en la primera fila de los espectadores, y manda llamar al pequeño artista desconsolado, y le habla al oído:

—Sube a las tablas sin miedo: yo te voy a prestar mi voz.

El chico, absolutamente afónico, obedece, sale y canta. Y todo el tiempo que dura la representación, Don Bosco está ronco, a no podérsele oír una palabra. Cuando se termina, las voces se intercambian, y el chico va a la enfermería...

Centenares de testigos han presenciado estas maravillas. La fama de Don Bosco va cundiendo como la luz del amanecer. Y él, ni se esconde, ni pierde su robusto sentido práctico.

III

PÍO IX EN LA TORMENTA

28 de enero de 1855. Víspera de la fiesta de San Francisco de Sales.

Aparece a la puerta del Oratorio el mayordomo de un gran personaje, el conde Cavour, primer ministro. Los *biricchini* conocen a Martín Tosco y le hacen pasar llenos de curiosidad conocen a Martín Tosco y le hacen pasar llenos de curiosidad.

—El señor conde manda a invitar al señor Don Bosco al almuerzo de mañana en su casa. Debido al luto de la Corte, la reunión será muy íntima.

— ¿Qué otros invitados hay? —pregunta Don Bosco, a quien no le sonríen las fiestas en casa de los grandes.

—El señor marqués Gustavo Cavour, el señor cura de Santa María de los Angeles.

—Fray Santiago, sí, si... Bueno, dígale al señor conde que le doy las gracias; que nosotros también hacemos aquí nuestra fiestecita, porque San Francisco de Sales es nuestro patrono... Que haré todo lo posible por ir, aunque sólo sea a tomar el café; quisiera no dejar solos a mis *biricchini*.

Un rato después, de nuevo el mayordomo del omnipotente ministro:

—Que el señor Don Bosco sabe cuánto se venera a San Francisco de Sales en la familia Cavour... Que sus *biricchini* no serán olvidados si se digna asistir al almuerzo...

Al día siguiente, un frío de osos polares. En el comed, del palacio Cavour, calle del Arzobispado, arde un buen fuego. Realmente, la reunión es íntima. No hace tres semanas que murió la reina medre María Teresa. Y apenas hace nueve días que murió la reina consorte María Adelaida.

Pero el dolor de su rey no impide la alegría del ministro, que se halla a un paso del triunfo de su política, el desquite de Nevara, con la ayuda de Francia y de Inglaterra.

Acaba de firmar la alianza del Piamonte con esas dos grandes potencias, y se dispone a enviar 18.000 soldados a Crimea para que contribuyan a derrotar a Rusia.

Ayuda hoy para que lo ayuden mañana. Si no llega ese mañana, habrá sacrificado estérilmente su pequeño ejército; el pueblo no le perdonará, y su caída será fatal y vergonzosa.

Cavour es el más hábil político de su época. Su jugada es, ciertamente, peligrosa; pero la fortuna favorece a los audaces. En el hueco de la mano siente que tiene el timón de Europa; ¡él, ministro de un reyezuelo vencido no ha mucho en los campos de batalla!

Es un hombre de cuarenta y cinco años, robusto y pesado. Algo de lobo de mar, algo de banquero, un no sé qué de monje. Su corpulencia y su jovialidad lo harían pasar por un rentista seguro y bonachón, si no fueran sus ojillos maliciosos, que chispean tras los cristales de miope, y, sobre todo, aquellos labios desdeñosos y sensuales, que dan la idea de un egoísta epicúreo.

¡Qué feliz deben de considerarlo las gentes!

No, no es feliz. Piensa que tendrá que morir. Es católico por tradición de familia y un poco también por ideas. Conoce su catecismo, y sabe que, estando excomulgado, no puede recibir los sacramentos si no se retracta en forma terminante. Este pensamiento lo envenena, porque no está dispuesto a retractarse, y, sin embargo, querría morir cristianamente.

¿Qué hacer? Le espanta la suerte de su infortunado amigo Pedro de Santa Rosa, que, siendo ministro en el Gabinete de Máximo d'Azeglio, fue excomulgado cuando apoyó la ley Siccardi contra las inmunidades del clero.

Pasaba por hombre piadoso; sintió llegar la muerte; llamó a un confesor, le declaró éste no serle licito absolverle si no se retractaba, y Santa Rosa prefirió morir sin sacramentos antes que deshonrarse ante sus amigos con una retractación.

Cavour comprende que su caso es peor, pues no solamente votó, siendo diputado, la ley Siccardi, incurriendo, por tanto, en excomunión, sino que, como ministro, se apresta a hacer pasar la ley Ratazzi, que actualmente las Cámaras discuten.

Será excomulgado otra vez; con Roma no se juega. ¡Qué le importaría, si no tuviese que morir!

¿Se retractará? ¡Oh, no! ¿Le negarán los sacramentos? ¿No habrá un sacerdote de manga ancha que lo exima de aquella formalidad terrible y lo absuelva?

De tales cosas querría tratar con su párroco, fray Santiago, y con Don Bosco.

Le gusta, a sus horas, rodearse de gente de iglesia. Conoce a fondo la doctrina y discute con placer de moral y de dogma. Además, aquel almuerzo tiene su cariz político. Su rey, el burdo y

bravo Víctor Manuel, es católico hasta la médula de los huesos. Mucho más que él, a pesar de sus costumbres libertinas.

¡Pobre señor! Está desolado ante la política anticlerical de su ministro. De buena gana lo mandaría a paseo: pero un rey constitucional no puede permitirse estas libertades.

Cavour quiere tranquilizar la conciencia de su soberano, y para ello nada mejor que codearse con los santos varones que tiene en su mesa.

No pasan de media docena los invitados, entre ellos su hermano Gustavo Cavour, quien tiene a su derecha al párroco de Santa María de los Angeles, fray Santiago, que esa mañana ha celebrado la misa en el oratorio privado de la familia.

El ministro hace los honores a Don Bosco. A su pesar, se siente cohibido. Le resulta más fácil arreglar las fronteras de Europa con Napoleón III, que tratar su asunto con aquel sacerdote pobre y humilde.

Al desplegar su servilleta. Don Bosco ha hallado un billete de mil liras con esta indicación: "Para los *biricchini.*"

—Mis *biricchini* le agradecen su limosna, señor ministro, y yo ruego a Dios que apunte su nombre en el libro de sus escogidos.

Cavour atrapa al vuelo la alusión.

— ¿Cree usted que yo pueda salvarme?

—Sí, con la gracia de Dios. La limosna libra de la muerte, dice la Sagrada Escritura, en el libro de Tobías.

— ¿A qué muerte se refiere?

—A la muerte eterna, señor ministro.

—Entonces, ¿opina usted que yo me libraré de ella?

—Su excelencia es hombre caritativo; sé de cierto que sus limosnas son innumerables, y el Señor lo recompensará dándole los medios de salvarse..., si quiere.

El final de la frase punza al ministro, que sonríe para disimular su inquietud.

— ¿Qué medios, por ejemplo?

—Los sacramentos: una buena confesión, una buena comunión: la unción santa...

—Muy bien, señor Don Bosco. Yo, desde ahora, le afirmo que deseo recibir los sacramentos.

— ¡Nada más laudable!

— ¿Si yo se los pidiera a usted...?

— ¿A mí, señor ministro? Es un gran honor, que corresponde al cura párroco, Justamente a fray Santiago...

—Ya sé; baje la voz, Don Bosco. Tratemos con reserva este asunto.

—Como su excelencia disponga...

—Pues bien; yo, que venero especialmente a San Francisco de Sales, tengo empeño en recibir los últimos sacramentos de manos del fundador del Oratorio que lleva ese nombre....

—Suponiendo que dicho fundador estuviera vivo cuando llegue ese día, y ruego a Dios que tarde mucho, señor conde.

— ¡Yo no viviré mucho! —replica el ministro con tristeza—. SI en ese trance lo llamara, ¿me darla usted la absolución?

—Se la daría, agradeciendo a Dios esta ocasión de auxiliar a vuecencia.

Cavour bebe un trago y dice en tono confidencial:

—Entendámonos... ¿Recuerda usted la muerte de mi pobre amigo Pedro de Santa Rosa?

Don Bosco agacha la cabeza, y responde una sola palabra:

— ¡Comprendo!

—Mejor: me desagrada contar esa historia... Pues bien, yo quiero recibir los sacramentas, pero sin retractarme... ¿Por qué me había de retractar? Yo no he hecho mal a nadie. He servido a mi país, conforme a las ideas y a las necesidades de los tiempos.

Silencio. Los ojuelos de Cavour se fijan ansiosamente en el rostro nublado del sacerdote.

—Entendámonos, digo yo ahora, señor ministro: ¿para qué quiere vuecencia la absolución?

—Pera recibir los sacramentos.

— ¿Y para qué quiere recibir los sacramentos?

—Para morir como católico.

—Y eso ¿para qué servirá?

— ¡Hombre! ¡Usted lo sabe mejor que yo!

— ¿Para no ir al infierno? ¿Para ir al cielo? ¿Para ver a Dios?

— ¡Eso es!... Don Bosco, no deje enfriar su plato. Esta pavita con trufas está admirable. Coma primero: hablaremos después.

Cavour no teme que los otros comensales atrapen algo de su conversación. No hace misterio entre sus amigos de sus sentimientos. Ha hablado con Ratazzi, con Castelli, con Salmour. Pero es un gran comilón y no desea perder aquellos buenos bocados. Los asuntos religiosos, para luego.

Entra la marquesa de Alfieri, sobrina de Cavour, a quien él quiere como a una hija. Ha sabido que está allí Don Bosco, cuya

fama de santo va difundiéndose en el Piamonte, y quiere verlo: quiere, sobre todo, ver cómo se comporta un santo en la mesa de un gran señor.

De veras, la dama tiene sus dudas respecto a la santidad de aquel hombre, y esas dudas crecen al hallarlo bebiendo los exquisitos vinos de Cavour y comiendo aquella sabrosa carne trufada que su tío ofrece como porción elegida.

— ¡Vaya un santo! —dice en sus adentros—. ¡Seguramente San Francisco de Sales no tenía estas máximas! ¿Qué pensaría de él si lo viera?

Don Bosco la mira, y como ella se le acercara a saludarlo, le dice en voz baja:

—San Francisco de Sales, cuando comía con los grandes, tenía esta máxima: "No pedir nada, no rehusar nada", porque había leído en San Pablo: *"Manducate quae apponuntur vobis."*

La dama se ruboriza: comprende que aquel hombre ha penetrado su pensamiento, y no se atreve a replicar. Verdaderamente, es lo que se dice de él.

Cavour vuelve a la carga sin mucha ceremonia, acorralando a Don Bosco en el hueco de una ventana.

—Lo que le ha ocurrido al pobre Santa Rosa, que le han rehusado los sacramentos y la sepultura eclesiástica, por no haber accedido a retractarse, me ha conmovido tanto más cuanto que Santa Rosa era un católico práctico Y piadoso. Yo también soy católico y quiero morir en mi religión. Yo no puedo, no debo olvidar que soy de la familia de un santo... ¿Dejará usted, Don Bosco, morir sin sacramentos a un pariente de San Francisco de Sales?

Don Bosco ha escuchado sin perder una sílaba, y responde tranquilamente:

—Me parece que ha olvidado un poco su catecismo. Los sacramentos que yo le diera sin que vuecelencia se retractara, no le servirían para salvarse, sino para condenarnos los dos. Si vuecelencia tiene una entrada para el teatro, podrá entrar, no le preguntaran cómo la ha habido, sí la compró, se la dieron o la robó. La absolución es la entrada a la gloría, pero no es eficaz si no se obtiene como manda la Iglesia. Si ésta impone la retractación y vuecelencia no quiere retractarse, aunque con mi complicidad obtuviera la absolución, nada le valdría. El mundo quedaría satisfecho con las apariencias, pero Dios no, y vuecelencia se iría a la eternidad cargado de un sacrilegio.

El hombre omnipotente del Piamonte pareció no haber entendido, pues replicó:

—Esa es cuenta mía. Lo que yo quiero as evitar que mi muerte sea causa de escándalo… Ya es mucho en estos tiempos salvar las apariencias... Piense con calma, Don Bosco, y respóndame después si me daría los sacramentos sin exigirme una cosa contraria a mi honor, como sería esa retractación.

—No, no se los daría. Ni yo ni nadie se los podría dar: y, en esas condiciones, confío en que vuecelencia no me los pedirá.

—No, no se los pediré —replicó malhumorado Cavour—, pero habrá otros menos intransigentes que usted...

Don Bosco no dijo ni sí ni no. Y porque los ojos del ministro se volvían a fray Santiago, adivinó que iba a hacerle el mismo pedido que en vano le había hecho a él.

¿Cómo acogerla el párroco de Santa María de los Angeles semejante pretensión?

En el decurso de esta historia veremos cómo terminó la comedia que para el día de su muerte preparaba Cavour, con prudencia volteriana, en que se mezclaban restos de fe católica, terror de ateo mal seguro de su incredulidad y avidez de aplausos póstumos.

Esto ocurrió en 1856, y Cavour vivió hasta 1861. Su poderío y su grandeza fueron creciendo, y a la par de ellos, su impiedad y su orgullo.

Esa noche, Don Bosco dice a sus *biricchini* que recen por la conversión de un católico que quiere morir impenitente.

Algunos meses después, Pío IX fulminaba excomunión mayor contra el Gobierno del Piamonte. Don Bosco no volvió a almorzar en casa de Cavour.

La nueva guerra del Piamonte contra la Austria venía preparándose. La guerra contra el Papa debía ser su consecuencia: Cavour había declarado que el reino de Italia no se comprendía sin Roma como capital. Con esto anunciaba el propósito de arrojar de ella a Pío IX, su legítimo soberano, que había vuelto a reinar en ella al caer la efímera república de Mazzini.

¿Cómo ocurrió aquel memorable suceso? A España le corresponde la iniciativa diplomática para restablecer el trono pontificio. Pero a Francia, el honor de su realización.

En abril del 49, un ejército francés, al mando del general Oudinot, se presenta delante de Roma.

Mazzini tiene 30.000 hombres, incluyendo los voluntarios de Garibaldi, gentes de todos los países, piamonteses, lombardos, húngaros, franceses, polacos, rezagos de las revoluciones del año anterior, fogueados en todas las barricadas.

El primer encuentro con las tropas de Oudinot, a las puertas de la ciudad, es un triunfo para los voluntarios garibaldinos. La *Joven Italia* lo celebra saqueando iglesias y quemando en las plazas públicas ornamentos, confesonarios, muebles de sacristía, y asesinando clérigos. Un antiguo oficial de la guardia pontificia llega a hacerse célebre por haber ejecutado a catorce sacerdotes en un solo día. Y hasta noventa cadáveres se encuentran en los jardines del antiguo convento de San Calixto, donde el energúmeno ha establecido su cuartel general.

Después de veintitrés días de resistencia, cae la República Romana; los franceses entran en la Ciudad Eterna y restablecen al legítimo soberano. Pero la duplicidad y las intrigas del protector del Papa, Luis Napoleón Bonaparte, prolongan casi un año más su destierro.

Luis Napoleón, cuando estaba lejos del Poder, se afilió a las sociedades secretas, como Carlos Alberto, y se mezcló en la revolución de la Romaña, en 1831, contra Gregorio XVI. Ya referimos cómo, derrotadas sus tropas por los austríacos, protectores del Papa, fue salvado de caer prisionero por el arzobispo de Spoleto, que le dio 5.000 francos y le procuró pasaporte de criado de una familia inglesa, en viaje a Suiza. Andando el tiempo, el arzobispo llegó a ser Pío IX, y el joven carbonario, presidente de la República Francesa.

Mas no está satisfecha el alma flotante y ambiciosa de Luis Napoleón, quiere restaurar el imperio y la dinastía de los Bonaparte, y especula con el apoyo de los católicos, presentándose como defensor del Pontificado.

Sólo que no puede desprenderse del hábito de conspirar, que adquirió en su primera juventud, le duró toda su vida y le hizo vivir

conspirando, aun contra su propia fortuna. Ni la gratitud ni el interés pudieron borrar en absoluto los odios que le infundieron.

Vivía también, como Carlos Alberto, temiendo la venganza de las sectas. Conocía las entrañas de las logias, y sus temores no eran infundados. Las bombas de Orsini, que casi le costaron la vida, explican, si no excusan, los sobresaltos de su política y la hipocresía de sus procederes.

Después de la ocupación de Roma por su ejército, Luis Napoleón tergiversa y maniobra con Pío IX antes de entregarle sus Estados.

Se imagina que los revolucionarios le perdonarán el crimen de haber destruido la República de Mazzini si Impone al Pontífice la amnistía general, la exclusión de los sacerdotes de los cargos públicas, la adopción del Código de Napoleón, la práctica de un gobierno popular y democrático, que él no querría aplicar en Francia.

De parte de un presidente que no tardará en coronarse emperador, en vísperas del golpe de Estado (2 de diciembre de 1851) en que se libró de sus enemigos encarcelando en una sola noche a los más ilustres hombres públicos de Francia y deportando a Cayena 575 ciudadanos, entre ellos muchos diputados, aquella ostentación de liberalismo era una torpeza, más que una hipocresía.

El Papa no se prestó a hacer el juego de Napoleón. La misericordia con que tratase a sus enemigos, la generosidad con que gobernase a su pueblo, no debían aparecer como arrancadas a su voluntad por el liberalismo del futuro emperador.

Con tanta energía mantuvo su derecho, que, a la postre, su justicia y su firmeza acabaron por triunfar de la astucia de Luis Napoleón, y el Pontífice volvió a Roma con su soberanía intacta.

La República Romana había contraído inmensas deudas, emitido bonos y batido moneda depreciada. Había que reparar aquel desastre financiero, restablecer el orden y la seguridad de vidas y bienes y restaurar la administración, desorganizada y corrompida hasta las raíces.

Pío IX se entregó infatigable a su tarea de príncipe temporal, sin descuidar los augustos intereses de la religión. Le estaba reservada, como la perla más pura de su triple corona, la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Desde muy antiguo, la Iglesia Católica ha creído que María, la Madre de Jesucristo, por singular privilegio divino, fue preservada del pecado original con que todos nacemos y elevada desde el primer instante de su concepción a la más excelsa santidad.

Esta creencia, universal y secular, no era, sin embargo, un dogma. Sin incurrir en herejía, podía sostenerse lo contrario, y de hecho algunos teólogos católicos lo sostuvieron. Hasta que Pío IX, en presencia de un magno Concilio, definió la incomparable prerrogativa de la Virgen Inmaculada:

"Declaramos que la doctrina que afirma que la Virgen María ha sido preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es revelada por Dios, por cuya razón todos los fieles deben creerla con firmeza y constancia. En consecuencia, cualquiera que osara, lo que Dios no permita, admitir en su corazón una creencia distinta de ésta que definimos,

sepa que ha naufragado en la fe y que se ha apartado de la unidad de la Iglesia."

¡Qué estupor el del mundo impío! ¡Qué sarcasmos para el Papa, que en los momentos en que se habrían abismos delante de sus pasos de rey temporal, se entregaba a cuestiones de pura teología!

Pero un Papa es teólogo antes que rey; y cuando pronunció esas memorables palabras, que llenaron la cúpula de San Pedro, un rayo de sol, pasando a través de un ventanal, iluminó su rostro resplandeciente como el de Moisés al bajar del Sinaí.

Tronó como en sus mejores días el cañón de Sant-Angelo: las infinitas campanas proclamaron la noticia, y Roma se iluminó esa noche, y millares de ciudades en el mundo entero la imitaron; y millones de almas festejaron la gloria de María, en quien Dios ha puesto la plenitud de todos los bienes, según las tiernas palabras de San Bernardo, de tal manera, que, si hay en nosotros alguna esperanza, algún favor, alguna salvación, debemos saber que de ella nos viene, porque ésa es la voluntad del que ha querido que todo lo tengamos por María.

IV

¡26 DE ENERO DE 1854!

A la manera de un enjambre, del cual se desprende una familia, cuando no cabe en la colmena, Don Bosco desprendió un segundo Oratorio del núcleo primitivo.

Lo estableció en Porta Nuova, al sur de la ciudad, en la calle que llamaban de los Plátanos, suburbio mísero entonces, barrio de pobres mujeres que se ganaban la vida lavando en las aguas del vecino Po, y hoy lugar de magníficos palacios. Lo llamó Oratorio de San Luis Gonzaga, por difundir entre sus *biricchini* la devoción al -angélico patrono de la juventud.

Y como no le bastara la ayuda de los sacerdotes que ya conocemos, apresuró el proyecto de una Congregación. ¿Cuándo podrá implantar junto a sus talleres de panaderos, y de zapateros, y de carpinteros, un taller de sacerdotes? Su ideal es hacer él mismo los clérigos que necesita, infundirles desde los primeros años su disciplina y su espíritu.

Ansioso de comenzar, se fijó en cuatro jóvenes obreros que le parecieron bien dotados.

— ¿Queréis ayudarme ahora y siempre?

— ¿Qué significa "ahora y siempre"?

—Significa que os enseñaré latín y que algún día seréis sacerdotes, para trabajar empre conmigo.

Aceptaron; recibieron su enseñanza; aprendieron latín: llegaron hasta vestir sotana; ¿pero qué porvenir tenía aquella extravagante reunión de *biricchini* y de obreritos? Un buen día, los cuatro —Buzzetti, Gastini, Beglia y Reviglio— se fueron, cada cual por su lado...

— ¡Comencemos de nuevo!

Y comenzó de nuevo, en secreto, porque no obstante haberle muchos aconsejado que fundase una Congregación, otros no tardarían en moverle guerra, como lo viesen en la obra.

Uno de sus propios colaboradores, que sospechó su intención, llegó a decirle:

— ¡Para qué tantas sotanas! Con una docena de clérigos tendrá de sobra. Para eso no se necesita una Congregación. Don Bosco se guardó muy bien de discutir el asunto. Ni siquiera dejó penetrar su propósito de aquellos mismos en quienes deseaba suscitar la vocación de quedarse con él perpetuamente. Ni en sueños pronunciaba delante de ellos las temibles palabras: "novicio", "profesión", "votos".

Habrían huido con espanto. Pero llegó un día en que pudo escoger cuatro jóvenes seminaristas maduros para aquella experiencia. Y les propuso ligarlos a él, no con un voto, sino con una simple promesa, para trabajar en el Oratorio.

Miguel Rua ha descrito la escena en un cuaderno de apuntes, que se guarda en el archivo de la casa madre, en Turín:

"La noche del 28 de enero de 1859 nos reunimos cuatro, Rochieti, Cagliero y Rua, en el aposento de Don Bosco. Nos propuso realizar, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, un período de ejercicio práctico de caridad hacia el prójimo, y ligarnos luego con una promesa, que se transformaría, si lo

hallábamos posible y conveniente, en un voto. Desde esa noche dimos el nombre de *salesianos* a los que se propusieron tal ejercicio."

Mas pasa un año, y Don Bosco no ve que ninguno de aquellos jóvenes haya comprendido su ansiedad de tener colaboradores atados a su obra por un voto solemne.

Sentía que especialmente Rua no lo comprendiera. Rua tendría dieciocho años, y era uno de sus mejores alumnos en Filosofía. Hacía diez que lo había encontrado en las cercanías de la plaza Manuel Filiberto, entre una turba de muchachitos que se acercaban a pedirle algo. Para todos había un caramelo, una medalla, una estampita. Cuando llegaba Rua, Don Bosco le mostraba su mano izquierda vacía, y con la derecha hacia gesto de cortarla por el medio.

— ¡Toma!

— ¿Qué?

— ¡Esto! ¡La mitad de mi mano!

Y Rua se alejaba decepcionado y confuso, pero volvía siempre atraído por una fuerza incomprensible. ¿Qué quería decirle con aquel gesto, que hacía reír a los otros muchachos? Don Bosco le dejaba irse, porque había leído el libro de su porvenir.

Han pasado años; no han hablado más de eso. Rua es un buen alumno, modelo de virtud, pero no comprende todavía los planes de Don Bosco.

—Tengo algo que darte, Rua.

— ¡Ah, sí!

— ¡Toma la mitad de mi mano!

Rua se ríe, sintiéndose niño, y se atreve a pedir una explicación.

—La mitad de mi mano es la mitad de todo lo mío. ¿Lo quieres?

Todavía Rua no comprende. En el sermoncito de las buenas noches, Don Bosco habla de los tres votos que se hacen al entrar en religión. Y Rua siente un sacudimiento que lo enternece y lo transporta, mas no puede explicarlo.

Al día siguiente, hallándose a solas con su maestro, oye esta invitación:

— ¿Quieres depositar en mis manos estos tres votos, por un año?

Rua consiente con una oscura emoción. Y al otro día, 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, en el aposento de Don Bosco, al pie de un crucifijo, sin testigos, ni ornamentos, ni luces, Miguel Rua emite los votos de castidad, pobreza y obediencia, y su maestro, que por un año será su superior, se los acepta en nombre de Dios.

Mas ni siquiera entonces adivinó que este acto sencillo, desprovisto de toda aparente grandeza, señalaba el nacimiento de una nueva Orden religiosa e iba a repetirse, millares y millares de veces, en todos los tiempos y en todos los países.

Don Bosco sabía proféticamente que aquel muchachito sería sacerdote, y, cuando él muriese, quedaría al frente de sus salesianos. Y eso quería anunciarle cuando le ofrecía la mitad de su mano, que era la mitad de su obra.

Ahora que tiene un salesiano, es hora de escribir las reglas de su Congregación y de hacerlas aprobar por el Papa. Ratazzi, el ministro, le ha dicho: "Hágame una Congregación que no sea una

mano muerta, en que cada socio conserve sus derechos civiles, cumpla las leyes del Estado, posea su patrimonio, pague impuestos personalmente, sea libre, en una palabra; y viva en sociedad con un propósito de beneficencia, como es la enseñanza, y yo le prometo que se la haré aprobar por el rey."

Don Bosco piense: "El rey la aprobará; pero… ¿el Papa? ¿Cómo puedo hacer una Congregación religiosa en que los miembros posean patrimonio y hagan voto de pobreza, sean libres y estén ligados por solemne obediencia a un superior?" Tres años después, el 18 de febrero de 1858, dice muy temprano su misa y manda llamar a un notario, porque va a hacer testamento.

¿Está enfermo, acaso? No. Va a emprender un largo viaje y quiere arreglar sus asuntos antes de tomar el tren que lo conducirá a Génova, donde embarcará para Civitavecchia, puerto natural de Roma.

En su valija lleva las reglas de la Congregación salesiana, copiadas con buena letra. Va a presentárselas al Papa y pedir que autorice y bendiga su obra. Miguel Rua lo acompaña como secretario, y queda al frente de sus colegios y talleres Don Alassonatti, un pobre y tímido sacerdote, a quien él le dijo cierto día: "Váyase a mi casa y le ayudaré a rezar su breviario." Don Alassonatti fue dócilmente, y nunca más lo abandonó.

El tren partió a las diez de la, mañana, y llegó a Génova a las tres de la tarde. Todavía no estaba su buque en el puerto. El *Aventino*, uno de los mayores navíos de su época, se hace esperar hasta la noche, y por su mucho calado, cuando llega no puede acercarse al muelle, y Don Bosco, en el botecito que lo conduce a bordo, recibe el bautismo de las olas y empieza a gustar las delicias del mareo.

El *Aventino* hace la carrera de Marsella a la isla de Malta, recalando en los puertos occidentales de Italia.

Se pone en marcha a las diez, a máquina y a vela. ¡Cómo lo zangolotean las olas! Don Bosco, tendido en la cucheta inferior, piensa haber entrado en agonía, mientras Rua duerme intrépidamente en la cucheta superior. ¡Ah la juventud, la juventud!

De madrugada arriban a Livorno, donde el barco permanecerá medio día. Buena ocasión de visitar la ciudad, pero Don Bosco está más muerto que vivo, y se queda en su cabina, tan desalentado, que un camarero corre a llamar al médico. La receta es sencilla: una taza de té.

De nuevo el *Aventino* danzando en la cresta de las olas, y Don Bosco agonizando en su cucheta.

¿Y es él verdaderamente el que soñaba con ir a evangelizar países que están del otro lado de los mares?

Por fortuna, a la medianoche se adormeció, para no despertar sino a las seis de la mañana, con el ruido de las anclas, al fondear el barco en Civitavecchia. La tierra firme devuelve al pobre viajero el sentido de la realidad.

—En seguida me di cuenta —refería Don Bosco— de que todo marchaba allí a fuerza de propinas. Una lira cada uno, al botero: media lira, al encargado de los equipajes, aunque nosotros los lleváramos sobre nuestras espaldas: media, al de la Aduana; media, al que visa los pasaportes: media, al que nos invita a tomar su coche: media, al mozo de cordel que carga mi valija; dos liras en la policía por otra visación de los pasaportes; una lira y media, al cónsul pontificio... Y debo confesar que mi bolsa estaba, como de costumbre, mal provista.

Era día de fiesta, y no habiendo podido celebrar misa, por lo menos quiso Don Bosco asistir a una, y se fue en busca de iglesia, y acertó con el convento de los dominicos. Entretanto, se alistaba la diligencia postal, tirada por seis robustos caballos, para hacer las treinta y seis millas piamontesas que dista Civitavecchia de Roma.

Los compañeros de viaje echaban pestes contra Don Bosco y su secretario. ¿No sería bueno darles una lección de puntualidad y partir sin ellos?

Por fin, les vieron aparecer, sonrientes y satisfechos de haber oído una misa cantada.

Los cascabeles de los seis caballos alegran la mañana luminosa. Una nube de polvo queda tendida como un tul sobre el camino, que corre por entre verdes praderas. El aire purísimo de las colinas abre el apetito.

Dan Bosco y su secretario no se han precavido como los otros viajeros, y aguantan en ayunas hasta la próxima posta, donde el cochero muda el tiro y almuerza.

A las once de la noche, bajo un cielo transparente, cuajado de estrellas, entraban en Roma. Por doce *baiocos* (pequeña moneda pontificia) un muchacho los conduce a las casa del conde De Maistre, donde, a pesar de la hora tardía, las esperan con fuego encendido y cena dispuesta.

¡El Papa! Cuando le anuncian a Don Bosco, días después, que Pío IX va a recibirlo, siente alegría y miedo a la vez. Va a presentarle las reglas de su Congregación y a saber si debe seguir o abandonar un proyecto que ha echado tan hondas raíces en su corazón.

Pío IX conoce ya las obras de Turín, pero no advierte que el sacerdote que tiene arrodillado delante de él es el mismo Don

Bosco, pues en la tarjeta, que le da el prelado introductor, ha puesto mal su nombre. Este malentendido pronto se disipa, y Don Bosco domina su emoción y hace sonreír al Pontífice.

— ¿En qué cosas os ocupáis?

—En la instrucción de la juventud y en redactar las *Lecturas Católicas*...

—En Turín hay otro que hace lo mismo... ¿Conocéis a Don Bosco?

—Soy yo, santidad.

—Han equivocado vuestro nombre... ¿Tenéis, pues, un colegio con talleres y clases? ¿Y qué hacéis en el colegio?

—Un poco de todo, Santo Padre: digo misa, confieso, predico, doy clase, voy a la cocina, hago a veces la menestra, y a veces me toca barrer la iglesia... La viña es grande y los obreros son pocos.

—Hijo mío, habéis puesto muchas cosas en marcha... Si murieseis, ¿qué sería de ellas?

Son casi las mismas palabras de Ratazzi. Don Bosco, buen jugador, coge la pelota en el aire.

— ¡Por eso he venido! Y ruego a Vuestra Santidad se digne darnos las bases de una institución que prosiga mis trabajos.

Pío IX era hombre de rápida inteligencia, pronto para escuchar y responder.

Sí; hay que hallar una forma nueva de Congregación, que los Gobiernos respeten. La empresa no es fácil. Pero si es obra de Dios, Él os Iluminará. Id, rezad y volved dentro de algunos días, y os comunicaré mi pensamiento.

Dos semanas después, segunda audiencia de Pío IX.

—He pensado en vuestro proyecto: hay que realizarlo. Hace falta una nueva Congregación religiosa para los tiempos tristes que corren. Prefiero llamarla Sociedad, y no Congregación. Tiene que ser una Sociedad con votos simples, que puedan fácilmente dispensarse; con reglas llevaderas y con un hábito sencillo, que no llame la atención en el mundo. Cada miembro debe ser para la Iglesia un verdadero religioso, y para el Estado, un ciudadano libre.

Es la ocasión de presentar las reglas ideadas con ese mismo criterio.

Don Bosco pone su precioso manuscrito en las manos del Papa. Este se hace explicar con detalles la formación y el trabajo de los Oratorios, y viene a saber cómo, de entre los jóvenes educándose allí, hay ya verdaderas flores de santidad.

Escucha la vida de Domingo Savio, que ingresó en 1854 y murió en su primera juventud dando muestras de caridad y de pureza angelicales y de una maravillosa comunicación con lo sobrenatural.

Don Bosco refiere al Papa una visión que tuvo el muchacho y que le confió poco tiempo antes de morir. Distraído, después de comulgar, le pareció ver una vasta llanura llena de gentes, que caminaban como perdidas en la niebla: ¡Inglaterra! Vio aparecer a Pío IX con una luminosísima antorcha, cuya luz atrajo a muchos y les alumbró el camino.

—Si pudiese hablar al Santo Padre, le diría que, en medio de sus tribulaciones, Dios prepara grandes triunfos al catolicismo en aquel reino. ¡Quién sabe si, con el tiempo, Domingo Savio no será puesto en los altares y venerado como patrono de la Juventud, a la par de San Luis Gonzaga!

Pío IX, que escuchaba conmovido, consideró una profecía aquella visión y alcanzó a verla cumplirse cuando se restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y se concedió libertad de culto a los católicos, y se promovieron millares de conversiones de gentes del pueblo y de hombres ilustres.

—Oídme, Don Bosco: deseo que escribáis todo lo que habéis hecho y se refiere a los Oratorios, para edificación de vuestros hijos.

Años más tarde, Don Bosco no había aún dado comienzo a esa crónica, y el Papa se lo ordenó en forma terminante. Merced a eso, ha quedado el precioso manuscrito, base de esta historia.

Semana Santa y la primavera sorprendieron a Don Bosco todavía en Roma. El 6 de abril, Pío IX lo recibe otra vez, a las nueve de la noche. Es para hablarle de su Congregación y devolverle las reglas, que ha leído, anotando con lápiz algunas observaciones.

Al mismo tiempo le indica los trámites que debe hacer para obtener la definitiva aprobación. ¡Ah!, ni el Papa ni Don Bosco se imaginan las dificultades, las oposiciones, las batallas que Iban a librarse alrededor de esas reglas. Y lo más doloroso es que esta vez los enemigos de Don Bosco estarán dentro de su campo, serán sacerdotes, serán prelados, serán cardenales, que creerán servir a Dios torpedeando sus planes.

En vísperas del regreso, dedica un día entero sus amigos jesuitas de la *Civilta Cattolica*, en cuya casa de plaza Borgo Nuovo almuerza, invitado por el padre Bresciani, el célebre autor de *El hebreo de Verona*.

Habría querido hacer esta vez por tierra el viaje para librarse del mareo; pero la multitud que había acudido a Roma para la

Semana Santa, no dejó plaza libre ni en la diligencia ni el ferrocarril.

Tampoco a bordo halla camarote alguno, y se ve obligado a instalarse en el puente, a pesar del frío, y no bien el barco leva anclas, empieza su terrible agonía.

Esa noche la pasó Don Bosco tendido en cubierta, a falta de cama, hasta que un sacerdote piamontés, no pudiendo hacerle aceptar su camarote, le llevó su colchón y logró que se acostase en él.

¡Qué le importaban a Don Bosco las penas materiales! Estaba como en éxtasis saboreando sus planes. Como en uno de sus sueños, no tardará en tener que ponerse los zapatos, porque debajo de las rosas encontrará las más punzantes y dolorosas espinas.

A lo menos, ahora sus dolores no entristecerán a su madre. Hace más de un año que Margarita Occhiena ha abandonado el Oratorio de Valdocco por el del cielo. Sus últimas palabras fueron así: "Dios sabe cuánto te he amado en mi vida. Espero amarte más en la eternidad. Tengo la conciencia tranquila. He hecho mi deber como he podido. Parecerá que algunas veces fui demasiado rigurosa. Era mi deber serlo... Ve, mi querido Juan, aléjate de mi lado; tú sufres y me haces sufrir. Escóndete en tu cuarto y reza por mi… ¡Adiós!"

Don Bosco obedeció aquella postrera súplica, y se escondió en su aposento a llorar y a rezar.

No volvieron a hablarse nunca más. Ella murió esa noche, asistida por José, su otro hijo.

Vino al Oratorio la madre de Rua, que de tiempo atrás ayudaba a mamá Margarita en el cuidado de la despensa, de la

ropa y de la cocina. Los *biricchini* de Don Bosco no quedaron ni un día huérfanos.

En todo tiempo los obispos han mirado con inquietud el nacimiento de nuevas Congregaciones de en sus diócesis. Es éste un recelo más fundado y justo en los tiempos modernos, en que escasean las vocaciones al sacerdocio. Si son pocos los sacerdotes a quienes el prelado puede confiar el desempeño de sus parroquias, es natural que se alarme viendo que buena parte de esos pocos siente despertarse la vocación de otras empresas: la enseñanza, las misiones en países remotos, el claustro.

Y es natural que antes de aprobar la nueva Congregación, que puede disminuir los obreros de su viña, quieran estudiar sus propósitos y ver si otras Órdenes religiosas o el mismo clero secular no cumplen ya los fines de la nueva.

Roma también marcha en eso con aquella prudencia o lentitud que parecen calculadas para desbaratar los planes de la soberbia y confirmar los de la humildad.

Sobre la muralla de dificultades que cortan el camino de los fundadores, se estrellan los caprichos pasajeros, los fervores confusos, los proyectos del amor propio, y sólo triunfan las fundaciones verdaderamente inspiradas por Dios.

Nadie se escandalice, pues, de las duras batallas que vamos a ver librando a Don Bosco, en su propio campo, antes de lograr la aprobación de su Sociedad. Casi todos los santos y fundadores han soportado esas pruebas, que, aun pareciendo injustas, no dejan de ser providenciales.

Don Bosco deja pasar poco más de un año, y, previendo que pronto de Roma tendrá noticias favorables, se anticipa a la resolución y se decide a formar la Sociedad.

Reúne a los más fieles de sus estudiantes, a los que considera sus novicios, porque se le han vinculado con votos anuales. Les declara llegado el momento de constituir la Sociedad salesiana, darle un nombre oficial y elegir sus autoridades.

Gran sorpresa de sus jóvenes oyentes, porque los más de ellos todavía ignoran el vasto designio de Don Bosco.

—Os doy ocho días para pensarlo. El que no asista a la reunión del próximo domingo, significará, con su ausencia, que no quiere pertenecer a nuestra Sociedad.

¡Qué emoción, el domingo, al verlos entrar uno a uno en su aposento! ¿Vendrán todos? ¿Cuáles faltarán? ¡Alabado sea Dios! Asisten diecisiete. Sólo dos han faltado. Allí mismo eligen autoridades. Don Bosco, superior; Don Alassonatti, prefecto, Miguel Rua se ve honrado como director espiritual, aunque todavía no es sacerdote. No es muy brillante ese primer estado mayor, visto con ojos profanos, pero no hay mucho en que elegir. Las gentes se reirían de ellos si osaran mostrarse como miembros de una Orden religiosa. Los iniciados en aquel secreto resuelven generosamente no abandonar la Sociedad, aunque el mismo Don Bosco falte. Redactan y firman un juramento concebido así:

"Si, por ventura, en razón de la tristeza de los tiempos, no nos es permitido ligarnos por votos, cada uno de nosotros se compromete a (en cualquier lugar que se halle, aunque sus compañeros estén dispersos por el mundo, aunque no queden más que dos, aunque sólo quede él) trabajar por reconstruir la Sociedad y observar en lo posible sus reglas."

¡Cómo tardan en Roma! Pasan cinco años, del 58 al 62. En Roma no tienen prisa de ofrecer al Gobierno sectario del Piamonte una nueva víctima que inmolar.

Todos los días, Don Bosco abre el correo con mano trémula. ¿Qué noticias le mandan? Mas la carta que espera no le llega nunca. El Papa ha bendecido su obra; el arzobispo, monseñor Fransoni, la aprueba desde Lyon. Los novicios tascan el freno de impaciencia por emitir sus votos solemnes. Don Bosco se decide a recibirlos, seguro de que la nota llegará de un instante a otro.

El 14 de mayo de 1862 los reúne en su aposento, donde ni siquiera hay bancos en que sentarse. Un crucifijo sobre una mesita, y dos velas encendidas. Se arrodillan todos; son veintidós novicios, sin contar a Don Bosco, y repiten, palabra por palabra, la solemne fórmula, que Rua va leyendo, y por la cual hacen voto de obediencia, pobreza y castidad.

Su primer superior recibe en nombre de Dios aquellos votos, que se hacen por tres años no más, no pudiendo aún hacerlos perpetuos, y les dirige palabras inolvidables.

—Vivimos en tiempos turbios, y parece una jactancia fundar una nueva Comunidad religiosa cuando el infierno emplea todo su poder para destruir las que existen. No importa. Yo no tengo probables, sino seguros argumentos de que la voluntad de Dios es que la nuestra comience de una vez y continúe... De aquí a veinticinco o treinta años, ¿quién sabe si nuestra Sociedad no estará esparcida por muchos países y contará, no veintidós novicios, sino mil?

¡Verdadera profecía!

En enero del 63 los salesianos eran 39. En enero del 64 eran 61. Diez años después eran 320. A la muerte de Don Bosco, en 1888, eran 768. A la muerte de Don Rua, en 1910, eran 3.996. Hoy son casi diez mil.

V

SOSPECHAS DEL GOBIERNO CONTRA DON BOSCO

La guerra de Crimea ofreció al reino de Cerdeña la ocasión de hacer olvidar la derrota de Novara, y de ganar las simpatías de Francia y de Inglaterra enviando en su ayuda un ejército.

A Cavour no le importaba la suerte de Turquía ni la influencia de Rusia en los Santos Lugares, que fue motivo de la guerra. Lo que él quería era comprar una entrada al Congreso en que se trataría la paz, para tener allí voz y voto al igual de las grandes potencias, y suscitar, oportuna o inoportunamente, la sola cuestión que le interesaba: la independencia y la unidad de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel.

Ya hemos visto cómo la unidad de Italia implicaba la absorción de los Estados del Papa, lo mismo que la desaparición del reino de las Dos Sicilias y de los demás pequeños príncipes italianos, todo en beneficio del rey de Cerdeña.

La jugada de Cavour era de una audacia inconcebible, pues tenía que ganar primero la opinión de los piamonteses, sin explicar su pensamiento complicado, porque habría sido desbaratar su maniobra. Lo consiguió gracias a su elocuencia y a su incontrastable autoridad en el Parlamento, y envió sus 18.000 soldados al teatro de aquella guerra lejana e impopular en Italia.

Vencida Rusia con la caída de Sebastopol, tenía que hacer aceptar el resto de su plan al emperador Napoleón III, que ya era, más que su cómplice, un instrumento inconsciente de su genio diplomático.

Parecía imposible que se concediera al minúsculo reino de Víctor Manuel II el derecho de discutir de igual a igual con Rusia, Inglaterra, Francia y Austria, cuyos plenipotenciarios tenían grandes intereses que debatir, y estaban, respaldados por grandes ejércitos. Y más difícil parecía que, por dar gusto al Gobierno de Turín, se discutiera la política del Papa y del rey de las Dos Sicilias, soberanos ausentes del Congreso, lo cual era violar el principio de no intervención, en cuya defensa acababan de morir tantos hombres en los campos de Crimea.

Además, Napoleón III no quería desagradar al Papa, ni malquistarse con los católicos franceses, que habían apoyado la restauración del imperio. Mas no era hombre capaz de medirse con Cavour, y se dejó ganar la partida, y Cavour entró en el Congreso, y hasta sacó del fuego las castañas por mano del mismo Napoleón.

Cuando se agotó la discusión de la paz y se firmó el tratado y fue el momento de separarse, los plenipotenciarios vieron con estupor al propio representante de Francia, Walewski, apoyado por el de Inglaterra, Clarendon, tomar la palabra para una cuestión que sólo al Piamonte interesaba.

Y todos tuvieron que escuchar una violenta diatriba sobre "la situación anormal de los Estados Pontificios y el despotismo intolerable del reino de Nápoles".

Y cuando concluyeron el francés y el inglés, Cavour, como sorprendido, y más calmoso, para mejor efecto, denunció la tiranía de Austria en el Lombardo-Véneto.

Nunca se había puesto semejante posdata a un tratado de paz. Los plenipotenciarios no podían resolver nada, si no era lanzar a Europa en otra conflagración, y se apartaron recelosos y envenenados, con la sensación de que se acababa de remachar el primer eslabón de una cadena de guerras futuras.

Y así ocurrió. De aquella posdata salió la guerra del 59, en que Francia y el reino de Cerdeña vencieron a Austria en Solferino. De allí, la del 66, en que Prusia acabó de humillarla en Sadowa, y empezó a engrandecerse de tal modo, que se hizo fatal la del 70, en que Francia fue vencida por ella en Sedán. Las tres S.

¿Puede alguien dudar que la guerra de 1870 haya engendrado la del 1914? ¿Y habrá quien crea que la paz de Versalles no ha vuelto a sembrar en el mundo los dientes del dragón?

La paz firmada en París el año 56 fue, según la expresiva palabra de Lamartine, "una declaración de guerra bajo formas de paz, la ruina del derecho público en Europa".

Mas Cavour ha hecho una de esas jugadas magistrales que no se ven en un siglo de diplomacia, y vuelve a Turín, no a gozar de su triunfo, sino a seguir urdiendo la red en qué va envolviendo a los mejores diplomáticos de Europa.

En esas circunstancias, ascendía al trono de Austria un nuevo emperador. Francisco José, joven de dieciocho años, que tendría el amargo privilegio de conocer en su largo reinado hasta la cuarta generación de aquella monstruosa familia de guerras.

Débil contrincante de un Cavour genial y sin escrúpulos, que no hace un gesto que no sea calculado para irritarle, sin que parezca una verdadera provocación.

Mientras los otros políticos de Europa engañan a su Pueblo con palabras, él se apodera del suyo con hechos: obras públicas,

ferrocarriles, escuelas, tratados de comercio. Y a la par, cien cañones nuevos en los muros de Alejandría, la fortaleza del Piamonte, y un sustancioso empréstito en la casa Rothschfid.

Y para distraer a las Sociedades secretas, arrecia en su campaña contra la Iglesia. "Cuando yo quiero hacer votar un proyecto —decía—, me como un fraile..." Supresión de Congregaciones, confiscación de bienes del clero, prisión o destierro de los obispos, abolición del Concordato con Roma. ¡Toda la lira!

Del primer golpe había ido al fondo de la cuestión italiana. La independencia de Italia no podía realizarla Italia sola: necesitaba la ayuda francesa. Pero la independencia de Italia traería consigo la unidad, y bien se veía que ésta era una solución antifrancesa, pues los varios pequeños Estados entrarían a constituir una gran potencia, limítrofe y rival.

Italia fuerte, nunca sería un aliado natural de Francia.

"Yo creo —decía más tarde Mazzini en una nota a Bismarck— que la alianza de Italia con Francia contra Prusia, a cuyas victorias debemos Venecia, sería un crimen, que imprimiría una mancha indeleble en nuestra joven bandera." Y Bismarck le respondía: "El Mediterráneo puede volver a ser un lago italiano... Italia y Francia no pueden asociarse para explotar en común el Mediterráneo. Su Imperio pertenece incontestablemente a Italia, que posee sobre él costas dos veces más extensas que las de Francia..." (Nota de abril de 1888.)

Esta dificultad la advertía Cavour, y de allí su ansiedad por demostrar a Napoleón III las ventajas de la amistad del Piamonte.

Los afiliados de la *Joven Italia,* por su parte, casi en los precisos momentos en que Cavour, celoso de la influencia de

Mazzini, los denunciaba al mundo entero como "unos insensatos, cuyos actos debe estigmatizar todo hombre cuerdo", fueron sin querer, sus mejores colaboradores. Porque, junto a las promesas de Cavour, pusieron ante los ojos de Napoleón las amenazas de Mazzini.

El 14 de enero, uno de sus lugartenientes, Orsini, arroja tres bombas sobre la carroza del emperador y de la emperatriz, que van a la Opera. Ciento cincuenta y siete víctimas pregonan la perfección del mecanismo: soldados de la escolta, guardias municipales, simples curiosos, veinte mujeres, doce niños. Los soberanos resultaron milagrosamente ilesos. Esa misma noche, la policía, por un raro concurso de casualidades, se apodera de Orsini y de sus tres cómplices.

Rápido es el proceso. Sentencia de muerte en la guillotina contra el principal culpable y Pieri, uno de sus cómplices. Pero Julio Favre, abogado de Orsini, ha pronunciado en su defensa palabras que llenan de pavor el corazón de Napoleón III. Le ha recordado los tiempos en que el hoy señor de Francia era un carbonario que se batía en Spoleto contra el poder pontificio, hazañas de que fue testigo el propio Orsini, niño de doce años entonces.

El condenado se niega a pedir gracia al emperador, y le dirige una carta magnifica, en que se lee esta amenaza: "Que Vuestra Majestad sepa que, mientras Italia no sea independiente, su tranquilidad y la de Europa no serán más que una quimera…"

El rostro de Napoleón III palidece como el de Baltasar. Acaba de ver la mano que traza en el muro las misteriosas palabras: "Mane, Tecel, Fares". Y él, que conoce el estilo de las Sociedades secretas, no llama a Daniel para que se las interprete.

Llama, en cambio, a Cavour. La entrevista se realiza a escondidas del mundo diplomático, en el balneario de Plombieres.

¿Qué quieren los italianos para que el emperador de Francia pueda dormir en paz?

Napoleón III no es más que una pobre mosca en la red de aquella prodigiosa araña. Sin embargo, no sale de la entrevista con las manos vacías. Ofrece todas las fuerzas de Francia contra los austriacos, y pide, en recompensa de la sangre que van a verter sus soldados por el Piamonte, que éste le ceda Saboya y Niza. Cavour calcula que bien se pueden entregar 13.000 kilómetros de tierra italiana, aunque sea la cuna de la dinastía, a quien les va a hacer ganar Lombardía y Venecia, con seis millones de súbditos. ¡Concedido, pues!

Además, Napoleón pide que la corona de Nápoles se dé a un miembro de su familia, y la de Toscana a otro, y la de Sicilia al segundo hijo de Víctor Manuel, y que al Papa se le deje por lo menos Roma, y para consolarlo de la pérdida de la mejor parte de sus Estados, se le haga presidente de una Confederación, que formará todos esos príncipes y el rey del Piamonte.

Cavour sonríe maquiavélicamente y dice que sí. Su ojo de águila divisa el porvenir. Cuando el Piamonte se haya agrandado con las nuevas posesiones que le dará la guerra, todos los otros Estados de Italia irán cayendo en su poder, antes que los parientes del emperador hayan sentado el pie sobre ellos.

Un último pedido: la mano de la princesa Clotilde, hija mayor de Víctor Manuel, para un primo del emperador, el príncipe Jerónimo Napoleón.

La princesa Clotilde acaba de cumplir quince años. Es una exquisita flor de piedad, de belleza y de gracia. En cuanto al

príncipe, es un truhán, maduro de edad y famoso por sus orgías y su ateísmo.

El emperador quiere ilustrar los blasones de su familia de advenedizos emparentándose con la más genuina estirpe de reyes que exista, como es la casa de Saboya.

Cavour no es sentimental, ni se trata de su hija. ¡Concedido!

El sol cae tras de la mole sombría de los Vosgos. El cielo se tiñe de púrpura. Napoleón, que guía él mismo el faetón en que conduce al ministro del Piamonte por las carreteras de Plombieres, dice:

—Es hora de volver.

Y no habla más. Ha hablado demasiado, y no quiere comprometer la fama de esfinge que ha ganado en el mundo diplomático, donde el silencio es una fuerza.

Esto pasaba el 11 de julio del 58. Cavour vuelve a Turín y se entrega frenéticamente a los preparativos de la guerra.

El 1.° de enero del 59, Napoleón deja caer palabras enigmáticas en los oídos del embajador de Austria: "Siento, señor, que nuestras relaciones con vuestro Gobierno no sean tan cordiales..."

Ef 10 de enero, Víctor Manuel pronuncia un discurso que en Viena es acogido como una provocación. El 31 de enero, la princesa Clotilde se sacrifica por razón de Estado y se casa con el príncipe Jerónimo Napoleón. El emperador de Austria no puede llamarse a engaño y envía un ultimátum a Turín exigiendo el desarme del Piamonte. El 26, Cavour lo rechaza, y, en acabando de firmar la nota, exclama alegremente: *"Alea jacta est!"* "Hemos hecho la Historia. Ahora, vamos a cenar."

Está satisfecho porque ha desencadenado su guerra, y no tiene ante el mundo ni siquiera la responsabilidad de declararla. Se la declaran.

Napoleón III vuela en auxilio de su aliado. En poquísimos días conduce 180.000 soldados en apoyo de los 50.000 que forman el ejército de Víctor Manuel.

En las jornadas de Palestro y de San Martín, coronadas por la ruda batalla de Magenta, el poderoso ejército austríaco fue arrojado más allá del río Mincio. Y Solferino el 24 de junio, remató la victoria franco-italiana, que costó la vida a 40.000 soldados.

El 11 de junio se reúnen los dos emperadores en Villafranca, y, sin consultar a Víctor Manuel, convienen la paz. El emperador de Austria se juzga muy feliz de terminar la guerra sin perder más que Lombardía, conservando Venecia. Napoleón está inquieto por la actitud de Prusia, que amenaza intervenir, y nada satisfecho de las artimañas de Cavour, que ha desbaratado su plan de repartir coronas en su parentela, y anda convulsionando los ducados de Módena, Parma y Toscana, para tener ocasión de intervenir y pretextos de anexionarlos. La paz de Villafranca, y luego el Tratado de Zúrich, que la ratifica, entrega a Francia, Niza y Saboya y sesenta millones, que le pagará el Piamonte, el cual se contentará con la Lombardía. "ítem más", los duques destronados por la revolución son restablecidos por las grandes potencias, que, llegado el caso, los defenderán.

Cavour, furioso con Napoleón y con Víctor Manuel, que se ha dejado humillar, renuncia al Poder y se refugia en Suiza. "Me obligan a vivir de conspirador el resto de mi vida."

No pudiendo conspirar contra los duques, conspira contra el Papa.

Una revolución estalla en una de sus provincias, la Romaña.

El Papa se ve obligado a enviar una división de soldados pontificios. En una escaramuza caen de ambas partes algunas docenas de víctimas. Y he aquí al mundo, impávido ante los millares de muertos de Solferino, escandalizado por la sangre que vertía el "inhumano" Pontífice.

Pero las Legaciones, nombre dado a las cuatro provincias romañolas, eran parte de lo prometido a Cavour en Plombieres. Por eso no permitió que se mencionaran en el Tratado de Zúrich, y dejó maniobrar a Víctor Manuel para apoderarse de ellas.

Pío IX creyó que podía apelar al sentimiento católico de Víctor Manuel, y le escribió secretamente, en forma que ni los ministros lo advirtieran.

¿Cómo enviarle su carta, cuando pocos días antes (1.º de octubre) había entregado él mismo los pasaportes al embajador de Víctor Manuel y retirado el suyo de Turín?

Pensó en Don Bosco. Cierto día, un caballero venido de Roma se presentó en el Oratorio con una carta para el fundador, de puño y letra del Papa, en que le pedía arbitrase manera de hacer llegar a la propia mano del rey otra que le adjuntaba.

Hallábase el rey en una de sus acostumbradas partidas de caza en el valle de Aosta. Don Bosco se procuró una entrevista con el secretario privado, y por su intermedio cumplió el encargo.

La inmediata respuesta de Víctor Manuel no fue para consolar el corazón de Pío IX. Como Carlos Alberto, su Padre, pero con menos escrúpulos, la ambición pesaba más en la balanza que la fe.

El Papa volvió a escribir, como un padre a un hijo extraviado, y Víctor Manuel contestó en forma que se advertía la mano de

Cavour, vuelto al Ministerio. "Hijo devoto de la Iglesia, como descendiente de una raza muy piadosa, jamás fue su intención de apartarse de los deberes de príncipe católico." Con todo, espera que el Papa, no sólo no le reclamará la Romaña, de la cual ha concluido por apoderarse, sino que le entregará las Marcas y la Umbría.

El Papa, que adivina a Cavour soplando aquellas frases hipócritas y audaces en la oreja del rey, les responde con una majestad incomparable:

"La idea que Vuestra Majestad se atreve a exponerme es una idea imprudente, indigna, por cierto, de un rey católico, y de un rey de la casa de Saboya. Podéis leer mi respuesta en una Encíclica que va a aparecer. Por lo demás, no me aflijo por mí, sino por el infeliz estado de alma de Vuestra Majestad, ya bajo el golpe de las censuras, que, ¡ay!, se agravarán cuando se haya consumado el sacrilegio que vos y los vuestros tenéis la intención de realizar. Quiera el Señor iluminaros y daros la gracia de conocer y de llorar estos escándalos y los males espantosos que han caído sobre la pobre Italia con vuestra cooperación." (14 de febrero de 1860.)

Ya el Papa no necesitaba guardar secreto.

Don Bosco, por su parte, como un profeta de la Antigua Ley, había osado escribir a Víctor Manuel una carta que comienza así. *"Dicit Dominus: Regi nostro vita brevis..."*

El rey, que no había olvidado aquella otra cuyo anuncio de luto en la Corte se cumplió puntualmente, sintió esa irritación con que se suele esconder el miedo. *"Per Bacco!* ¡Este Don Bosco es muy original!" Y mostró la carta a sus ministros. Se habló de registrar su casa, por ver qué relaciones mantenía con los jesuitas, el arzobispo desterrado, el Papa, los austríacos mismos.

En ese momento era Ratazzi Jefe del Gabinete. Conocía y estimaba a Don Bosco, y a las veces le pedía favores recomendándole algún protegido para que lo admitiese entre los del Oratorio. Y alguna le oyó citar un texto del apóstol San Pedro en su Carta a los Hebreos del Asia Menor:

"Sed sumisos a toda institución humana, por causa de Dios, sea al rey como soberano o a los gobernadores como delegados de él."

A un hombre que tenía ese programa político, y que además no era tonto, no sería fácil sorprenderlo en delito de conspiración.

Ratazzi tenía por Don Bosco un respeto mezclado de afición, y hasta llegó a decirle: "Puesto que lo más probable es que yo me vaya al infierno, rece para que no caiga muy adentro."

Pero cayó Ratazzi, Y Cavour ocupó la Presidencia del Consejo.

Cierta noche soñó Don Bosco lo que él mismo dejó escrito: "Me pareció ver una banda de forajidos que entraban en mi pieza y, apoderándose de mi persona revisaban todos mis papeles. Uno de ellos, con aspecto más benévolo, se me acerca y me dice: "¿Por qué no habéis ocultado tal escrito? ¿Os gustaría hallasen tales cartas del arzobispo, que podrían ser ocasión de perjuicio para vos y para él? Y aquellas cartas de Roma, que casi tenéis olvidadas, están aquí (y me indicaba el sitio), y otras, allí. Si las hubierais escondido, os habríais librado de muchas molestias." Estos escritos eran algunas cartas confidenciales enteramente extrañas a la política y a los asuntos de gobierno. Sin embargo, podía ser considerada como delito toda instrucción del Papa o del arzobispo sobre el modo de regularse los sacerdotes en ciertas dudas de conciencia."

No bien aclara el día, Don Bosco, por lo que pueda acontecer, aparta aquellos papeles, llena un saco de ellos y los mete en el hueco que hay entre el tejado y el cielo raso de la iglesita, confiando en la discreción de las musarañas y de una que otra lechuza.

Era hacia fines de mayo, en la vigilia de Pentecostés. Esa noche, la policía había registrado una casa en que vivían dos jesuitas y reducídolos a prisión. Al mediodía siguiente se presentan tres caballeros, empleados del Ministerio del Interior.

—Tenemos necesidad de hablar a Don Bosco. No podemos esperar.

— ¿En qué puedo servirlos?

—Tenemos que hablar con confianza.

—Vamos, pues, a la cámara del prefecto.

—No: preferimos ir a su pieza.

— ¿Y quiénes son ustedes para venir de ese modo?

—Sentimos la molestia que le causamos, pero tenemos que hacer una visita domiciliaria...

— ¿En virtud de qué? ¿De orden de quién? Sírvanse decirme quiénes son ustedes...

— ¡Don Bosco, no nos chanceamos! ¿Cuántos años hace que nos conoce y trata con nosotros?

—No, señor, yo no conozco a nadie que viene así.

—Representamos la seguridad pública.

— ¿Tenéis algún documento que os autorice?

—La autoridad no necesita ser autorizada.

—Disculpadme, señores. Yo creo que sois caballeros, pero podría engañarme, y mientras no me mostréis la orden de allanamiento, no estoy obligado a recibiros,

Entretanto, se esparcía por los patios, las galerías y las aulas del Oratorio un piquete de soldados de Seguridad.

— ¿Se niega, pues, a llevarnos a su pieza?

—Sí. Señores, mientras no se me muestre que venís en nombre de autoridad competente.

Se miraron a la cara los tres. Podían, por la fuerza, entrar; pero sentían bullir en el patio el bravo escuadrón de los *biricchini*, inquietos e indignados. Todo acto de violencia contra Don Bosco, defendido por aquella guardia, podría resultarles fatal. Prefirieron someterse y mandar uno de ellos a buscar la orden, quedándose los otros para impedir que se destruyesen u ocultaran los papeles que iban a buscar.

Media hora después prosigue la escena. El jefe del grupo se ciñe la faja tricolor, signo de autoridad, y con aire de desafío lee la orden de allanamiento.

Don Bosco le echa un vistazo y advierte que no sólo es contra él, sino contra otras personas de Turín, Don Cafasso y el conde Cays, entre ellos. Justamente para que no se difundiera la noticia, aquellos señores habían fingido olvidar el documento.

"De orden del Ministerio del Interior, procédase a registrar minuciosamente la casa del teólogo Juan Bosco, sospechoso de relaciones comprometedoras con los jesuitas, el arzobispo Fransoni y la Corte Pontificia..."

Don Bosco sonríe con aires de leguleyo.

—Y bien, si yo quisiera oponerme, podría hacerlo arguyendo que ése mandato no es contra mí. Yo no tengo título de teólogo. En cambio, hay en Turín otro sacerdote de mi nombre y apellido que, efectivamente, posee ese grado universitario que yo no tengo... *Ergo* vuestro papel, señores, no es para mí, sino para él... Pero dejémonos de chicanas y pasemos a mi habitación... ¿Qué desean ver?

Subieron al despacho de Don Bosco; se pusieron guardias en la escalera, y empezaron a desnudarlo para registrarle las ropas.

—*Et cum sceleratis reputatus sum!* —dijo él, repitiendo un texto de la Pasión.

— ¿Qué dice?

—Digo que me estáis prestando el mismo servicio que en otro tiempo prestaron al Divino Salvador.

— ¡Basta! Examinemos sus papeles.

Había un canasto junto a la mesilla, donde el ojo de águila del delegado advirtió un sobre con el sello pontificio. Se precipitó y empezó a juntar entre los desperdicios la carta que, en minúsculos pedazos, había arrojado allí.

Tarea larga, fastidiosa, nada limpia ni gloriosa. Don Bosco miraba sonriendo.

— ¡Siento mucho...!

— ¿Qué siente?

—Que personas como ustedes se vean obligadas a hacer ese oficio…

— ¡Es nuestra misión!

—Eso es precisamente lo que me amarga. Uno de ustedes es abogado, el otro es juez, el tercero es un alto funcionario de la

Administración, y, con todos sus diplomas, les han mandado hacer un oficio nada honroso.

—Usted lo dice y es verdad. Pero no lo haríamos si usted quisiera ayudarnos.

— ¡Con mil amores! ¡Dígame cómo!

—Deme las papeles que he venido a buscar, y nos iremos en seguida.

—Dígame qué papeles son.

—Papeles políticos que interesan al Gobierno.

—No puedo darle lo que no tengo.

—Usted no puede negar que recibe cartas de los jesuitas, del arzobispo, del Papa... ¿Lo niega?

—Si van a creerme, les voy a dar plena satisfacción.

—Le creeremos si dice la verdad.

—Eso quiere decir que no me creerán. Es inútil que hable.

—Hable, pues, y le creeremos como al Evangelio.

—Bueno, óiganme: están perdiendo su precioso tiempo. Ni en esta pieza ni en ningún rincón de la casa van a hallar nada que no sea digno de un honesto sacerdote.

— ¡Bah! Nos han asegurado que aquí hallaremos el cuerpo del delito.

— ¡Ya ven! ¡No me creen! Inútil hablar. Sin embargo, de buena gana les preguntaría una cosa.

—Pregunte. Don Bosco, y le responderemos llanamente.

— ¿Están persuadidos de que yo sea un tonto?

—Ciertamente que no.

— ¿Y entonces? ¿Por qué se fatigan? Si yo hubiese tenido algo comprometedor que ocultar, ya lo habría roto o escondido, ¿no les parece? Pero continúen buscando: a la postre se convencerán.

Justamente al decir eso, divisa la copia de un telegrama cifrado que el Gobierno dirige a una autoridad. ¿Cómo ha llegado a su poder aquel documento, que podía hacer pensar que tiene espías en las oficinas del telégrafo? La verdad es que un joven telegrafista que transmitía aquellos misteriosos despachos cifrados, copió uno sin entenderlo y se lo llevó a Don Bosco para tentar su ingenio. ¿Era, por ventura, capaz de descifrarlo?

Don Bosco lo ensayó y acertó con la clave, y allí estaba el papel con su traducción al lado. Se refería a la expedición que por esos días había iniciado Garibaldi sobre Sicilia.

Cavour no quería aparecer prestándole ayuda, por no comprometerse con los Gobiernos del Papa y de Nápoles; pero bajo cuerda fomentaba la aventura. El telegrama decía así: "No se dé nada a Garibaldi, niéguesele cuanto pida, pero déjesele tomar todo lo que quiera."

Con toda tranquilidad, Don Bosco lo coge, lo hace una bolita y lo evapora. Ya está. Ninguno ha advertido su maniobra. Para algo sirven sus viejas artes de prestidigitación.

Luego se sentó y empezó a escribir cartas.

Mientras ustedes hacen su trabajo, yo haré el mío.

—Bien está, pero háganos leer eso que ha escrito.

—Con mucho gusto.

Escrita una carta, Don Bosco la pasaba al delegado, éste a los otros, que la devoraban. Mas no la habían concluido, y tenían una

nueva que leer. Don Bosco escribía aprisa, y aquel juego le divertía un poco.

— ¡Pero qué hacemos, señores! ¡Don Bosco se ríe de nosotros!

— ¡Dios me libre! Yo no les he propuesto que lean mis cartas: son ustedes los que se han empeñado en ello.

—Está bien; basta; aquí está lo que buscamos.

— ¿El cuerpo del delito? —pregunta Don Bosco, sin volver la cara ni dejar de mover la pluma.

—Sí, señor: aquí hay gato encerrado. A ver, ábranos este cajón que ha cerrado con llave.

— ¡No puedo! Son cosas secretas, confidenciales...

— ¡Ajajá! Eso es lo que quiero ver. Venga pronto a abrir.

— ¡Me niego en absoluto, señores! Cada uno tiene el derecho de guardar secretas las cosas que pueden infamar su casa. Sírvanse respetar mis secretos de familia.

— ¡Qué secretos ni qué fritangas! Venga la llave, o hago saltar la cerradura...

—Pues me amenaza con la fuerza, no tengo más remedio que ceder...

Eran cinco los que estaban en el estrecho aposento, y todos se abalanzaron ávidamente sobre la caja, que Don Bosco abrió, volviendo tranquilo a sus cartas.

El primer papel es leído en alta voz: "Pan suministrado a Don Bosco por el panadero Magra: Débito, 7.800 liras."

—Esto no interesa al Gobierno —observa el delegado, apartándolo, y saca otro y lee:

"Por cuero suministrado al taller de calzado de Don Bosco: Débito, 2.150 liras."

— ¿Pero qué significan estos papeles? ¿Quiere explicarme?

—Ya que ha comenzado —responde Don Bosco plácidamente —, continúe y lo sabrá.

Más cuentas, más facturas de aceite, arroz, fideos, todas pendientes aún de pago.

— ¡Esto es intolerable! ¡Usted se está burlando de nosotros! ¿Dónde están aquí los secretos?

—Yo no me burlo de nadie. Allí están mis deudas, que son como secretos de familia. Si mis proveedores supiesen todo lo que Don Bosco debe, no le querrían fiar ni un sueldo. Ahora, ya que os habéis empeñado en abrir esa caja, llevad esos papeles al ministro del Interior. Puede ser que le vengan deseos da pagar algunas de estas deudas.

Eran las cuatro de la tarde. Hacía horas y horas que aquellos hombres registraban la casa. Humillados, sucios y afligidos, empezaban a perder la esperanza de hallar nada relacionado con la política, cuando uno de ellos, al abrir uno por uno los libros de la biblioteca, lee al azar esta frase: "En todos los tiempos, cuando se quiere abatir la religión, se persigue a sus ministros."

—*Ecco!* Este libro debe de ser de un jesuita reaccionario.

— ¡Es de Marco Aurelio!

—Sí, en efecto: Marco Aurelio es un seudónimo: pero el verdadero autor…

—No hay otro que el mismo Marco Aurelio, emperador romano, precisamente un fiero perseguidor de la Iglesia cristiana.

En ese instante llega el cartero con un voluminoso paquete de cartas, que hace ademán de entregar a Don Bosco.

— ¡Alto ahí! Veamos qué cartas recibe Don Bosco. A lo menos éstas no tendrá tiempo de ocultarlas.

— ¡Lean, lean!

La primera que cae en sus manos dice así: "Ministerio del Interior, División 5... Turín, 23 de mayo de 1860..."

Es una recomendación del ministro del Interior a favor de un jovencito huérfano de padre, cuya madre está atacada de locura, a fin de que sea recibido como alumno en el Oratorio de San Francisco de Sales.

Siguen algunas líneas elogiosas para la institución y una oferta de 150 liras como contribución del Ministerio para sostener la obra.

— ¡Estamos lucidos! —exclama, entre fastidiado y risueño, el delegado principal—. Por una puerta nos mandan registrar la casa de Don Bosco; por la otra le piden favores y le ofrecen dinero para que siga haciendo lo que hace...

Aparece un *biricchino* portador de unas copas y de una panzuda botella de aquel freisa riquísimo que crían las colinas de Castelnuovo d'Asti.

—Amigos míos, veo que se mueren de sed, después de tan largo trabajo: descansen y beban, y permítanme, pues es sábado y son las seis de la tarde, hora de confesiones, que en ese rincón me ponga a confesar a mis *biricchini*.

—Como usted quiera, Don Bosco —dijo el delegado, echándose un vaso al coleto—. ¡Salud!

—Pero si ustedes tuvieran necesidad de confesarse, comenzaría por ustedes... ¿Qué tal?

— ¡Hum!..., necesidad tenemos, no hay duda... ¿Pero qué dirían los periódicos?: Han ido a buscar el cuerpo del delito, y han acabado arrodillándose a sus pies y confesándose con él... Otro día será, Don Bosco.

Once veces fue registrada por emisarios del Gobierno la casa de Don Bosco. Escenas parecidas e igual resultado. Cuando, al fin, por la alarma que producía entre los alumnos y las molestias a que le obligaban, acudió en queja al Ministerio del Interior.

Era ministro el historiador Farini, que lo recibió amablemente, según cuenta Don Bosco en sus *Memorias*, donde ha escrito minuciosamente la audiencia.

—Ya lo conozco y sé todo el bien que hace a la juventud. Ahora dígame qué desea de mí.

—Deseo saber el motivo por que se registra mi casa, se interroga a mis alumnos, se revisan sus pupitres y sus cuadernos, se indaga en los últimos rincones del edificio.

—Sí, se lo diré con la misma franqueza con que deseo que usted me responda. Mientras se ha limitado a ocuparse de los niños pobres, ha sido usted el ídolo del Gobierno. Desde que se ha metido en política, nos vemos obligados a vigilarle.

— ¡Nunca me he metido en política!

— ¿Quiere decir que yo miento, que soy un calumniador? —No, señor ministro. Vuecelencia afirma lo que le han informado; pero la información es una delación calumniosa.

—Usted, mi querido abate, no advierte que está hablando con quien puede mandarlo a la cárcel.

—Yo no lo temo. No creo posible que el ministro Farini se rebaje a tal iniquidad.

—Pero usted, en buena conciencia, ¿puede afirmar que en su casa no se refugian jesuitas, que no está en continua correspondencia con el arzobispo Fransoni y con el Papa?

—Señor ministro, me siento movido a despreciar estas acusaciones. Quisiera que se me adujera un solo fundamento de ellas.

—Pero, ¿y las cartas?

—Que no existen... ¿Acaso han hallado una sola entre mis papeles?

— ¿Y las relaciones con los jesuitas?

—Jamás les he escrito; jamás me han escrito. Ni siquiera sé dónde viven. Y en cuanto al arzobispo, mis relaciones con él son las de un eclesiástico con un superior.

El ministro se levanta y empieza a pasearse nerviosamente. En ese instante llega Cavour, presidente del Gabinete, que parece alegrarse de ver a Don Bosco, aunque de tiempo atrás las relaciones están cortadas.

— ¿Qué le pasa a Don Bosco? Arreglemos sus asuntos amistosamente. Yo siempre lo he estimado, ¿no es así? Bueno, cuénteme qué le ocurre.

—Señor conde, vuecelencia conoce mi casa; muchas veces la ha honrado con sus visitas y ha elogiado mi obra en favor de los niños pobres. Ahora se me hace víctima de calumnias, de intrigas, de persecuciones.

—Así es: conozco su obra y la he protegido, pero hay quienes, abusando de su buen corazón, lo han engañado haciéndole mezclarse en la política.

—Yo no tengo más política que la del Evangelio, señor conde. ¿De qué se me acusa, pues?

—Se lo diré en pocas palabras: el espíritu que domina su obra es contrario al que anima al Gobierno. Usted está por el Papa y contra el Gobierno.

—Yo soy del Papa como católico, y lo seré mientras viva, en cosas de religión. En cuanto a la política, yo no soy de nadie, ni me mezclo en nada. Hace veinte años que vivo en Turín trabajando, escribiendo, hablando públicamente. Si soy culpable de algo, castíguenme; pero si soy inocente, déjenme en paz.

—En el Evangelio, mi querido Don Bosco, se lee que el que está con Cristo no está con el mundo. Usted está con el Papa; no puede estar, pues, con el Gobierno.

—Con esto, vuecelencia, querrá decir que el Gobierno está contra el Papa, contra Cristo, contra el Evangelio. No me atrevo a creerlo. Pero, aun así, el Evangelio me da una norma de arreglar mis asuntos: dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. La religión católica puede existir bajo cualquier forma de gobierno y hacer bien sin mezclarse en política. Esto creo y digo. ¿En qué pueden fundarse para considerarme un revolucionario?

— ¡Nunca, nunca! —repuso Cavour, volviéndose a Farini—. Yo siempre he dicho que Don Bosco es un gran ciudadano. Estas cosas tienen que terminar.

Sí —agregó Farini—. Tienen que terminar. Váyase a casa, Don Bosco; ocúpese de sus niños, y el Gobierno se lo agradecerá.

Pero... prudencia, que en estos tiempos un mosquito parece un caballo.

—Y le recomiendo una cosa —agregó Cavour—; no publicar nuestras conversaciones.

— ¡Convenido!

Y estrechándole las dos manos:

—Seremos amigos y rezaréis por nosotros...

— ¡Oh, no hay duda! Rezaré porque Dios os ayude en la vida y en la muerte. ¡Adiós, señor conde; adiós, señor ministro!

VI

COMO LEÍA EN LAS ALMAS

"¡Dios es bueno, Dios es grande! —escribe Don Bosco en el cuaderno en que nos deja el relato de aquellos registros y persecuciones—. Permite las tribulaciones, y de las mismas cosas que nos parecen mal saca beneficios en su misericordia.

"Graves molestias nos causaron los registros, pero, en fin de cuentas, nos resultaron ventajosos, aun materialmente.

"La primera ventaja fue demostrar al Gobierno que las pretendidas relaciones comprometedoras eran estúpidas calumnias.

"Hallamos ventajosísima nuestra máxima de no mezclarnos jamás en política: *ni en pro ni en contra*..."

La naturaleza misma de su obra le imponía esta conducta, que mantuvo siempre con tenacidad. "Queremos hacer bien a la juventud abandonada, y no otra cosa, y esto complace aun a los que en materia religiosa no piensan como nosotros, porque ven que en política no somos de nadie."

En aquellos tiempos rudos de batallas religiosas y de guerras incesantes, que envolvían al Papa mismo en trágicos sucesos, era un milagro de prudencia poder mantener esta línea de conducta, sin faltar al más mínimo de sus deberes hacia el Santo Padre o de caridad al prójimo perseguido.

Cuando los jesuitas fueron expulsados del Piamonte, él, cómo hemos visto, los protegió en toda forma.

Cuando el cardenal De Angelis llegó a Turín, con la ciudad por cárcel, los religiosos temían comprometerse visitándolo. Don Bosco se adelantó a todos y llevó a muchos a consolarlo, y recibió después con alegría la visita del prelado caído en desgracia del Gobierno.

Cuando, más tarde, el obispo de Guastalla, monseñor Rotta, sufrió la misma condena, no halló en Turín comunidad religiosa que se atreviera a albergarlo, y fue a llamar a la puerta del Oratorio, y en aquel amable refugio permaneció seis meses.

Y aquella valiente caridad suya no conocía partidos, ni siquiera religiones. En nombre de Cristo, se extendía a todos, aun al Samaritano. A un sacerdote apóstata, el famoso De Sanctis, que ha escrito contra él, caído en la miseria, le ofrece una habitación en el Oratorio y un lugar en su mesa, y su biblioteca para que trabaje, sin pedirle nada en cambio, ni siquiera que se reconcilie con Dios.

Eran tiempos calamitosos, y no todos en la iglesia pensaban como él.

En el primer manuscrito de las reglas sometido a la aprobación de la Santa Sede, incluyó un artículo prohibiendo a los salesianos el inmiscuirse en política. Al devolverle el manuscrito con las objeciones de la Santa Congregación, halló suprimido su artículo.

Presentó nuevamente las reglas retocadas conforme a los consejos que le dieran, pero restableciendo el artículo. Y otra vez se lo volvieron a tachar.

Por tercera vez lo reproduce, cuando se trata de una revisión de las reglas, Han pasado años; son otros hombres los que van a

juzgarlas; puede creer que el criterio de la Santa Congregación se haya modificado.

¡No! Vuelven a borrárselo, y ahora le explican el motivo con estas palabras: "Es la tercera vez que se suprime este artículo. Si bien, en líneas generales, podría admitirse, puede ocurrir, sin embargo, dados los tiempos, que se deba intervenir en política por deber de conciencia cuando las cuestiones políticas sean inseparables de los intereses de la religión; por cuyo motivo no conviene sancionar su exclusión entre los católicos."

De esta manera, aquel artículo desapareció definitivamente de las reglas salesianas. En caso de real conveniencia, no les es vedado a los socios de la institución intervenir en política: pero de aquella polémica ha quedado claramente fijado el criterio del fundador: en línea general, los salesianos, tratándose de cuestiones políticas, no están ni en pro ni en contra.

Lo cual no significaba que Don Bosco presenciara indiferente las crueles batallas políticas,

Fiel a su programa de hacer bien a todos, obraba con valentía y hablaba con franqueza. Toda palabra suya, hasta las de simple gracejo, eran sacerdotales, y aunque era prudente y cauteloso, hacía estallar las verdades en los oídos de los poderosos.

Un día, Urbano Ratazzi, a quien ha ido a pedir un favor, le dice:

—Quiero saber si la excomunión en que otros han caído me alcanzan también a mí.

Don Bosco le pide un plazo para estudiar el asunto. Vuelve a los tres días.

—Excelencia: he estudiado la cuestión, con deseos de decirle que no está excomulgado; pero no he tenido éxito: vuecelencia está excomulgado.

Todavía en aquellos tiempos en el Piamonte sonaba siniestramente la palabra excomunión. Por extraviados que estuvieran los espíritus, el corazón permanecía irremediablemente católico.

Otro día, la reina María Teresa, esposa del rey de las Dos Sicilias, Fernando II, a quien la revolución ha destronado, le pregunta qué piensa del porvenir, si algún día volverán al trono.

—Majestad, me duele decírselo; pero nunca más volverá a Nápoles.

Aquella dura profecía disgustó a la reina.

Por necesidades de sus instituciones, estaba en permanente contacto con gentes de toda condición, grandes y pequeños y de todas las ideas, y no le costaba alternar ni siquiera con los enemigos de la religión, a los cuales les dejaba siempre, como una pequeñísima flecha de oro, el provechoso dolor de alguna punzante verdad sobrenatural.

—Santo Padre —decía a Pio IX el venerable Ludovico de Casoni—, viene la revolución; ¿qué debo hacer? ¿Debo encerrarme en mi celda o rezar, o debo arrojarme en medio del fuego a trabajar? Ellos querrían servirse de nosotros para el mal. ¿Podemos nosotros servirnos de ellos para el bien? A lo cual respondió el Papa:

—Vuelve a Nápoles, hijo humilde de San Francisco; sal de tu celda y arrójate, como tú dices, en medio del fuego, a trabajar, y sírvete de los mismos enemigos para obrar el bien, y tendrás mérito delante de Dios.

Aquel año de 1881 Don Bosco tenía en su Oratorio de Valdocco quinientos treinta alumnos internos, sin contar centenares de externos y muchísimos asistentes de los domingos y los *biricchini* de los otros Oratorios, que iba fundando en diversas partes de la ciudad y sus contornos. ¡Qué milagros de ingenio y de labor para mantenerlos!

No contaba con ningún estipendio fijo. Cuando algún ministro o algún personaje le recomendaban algún protegido, solían darle, como una limosna, ciento o ciento cincuenta liras. Y no volvía a acordarse más de su protegido. Consideraba que había pagado generosamente el alojamiento, la alimentación y la enseñanza, por años de años.

Un sencillo cálculo habría podido mostrarle que en un año un joven de buen diente come más de cien liras de solo pan. ¿Y lo demás?

Los alumnos que podían pagaban 100 ó 150 liras al año. Los que no podían, porque fuesen pobres o hubiesen ingresado gracias a un protector que creía haber hecho bastante con un pequeño donativo inicial, nada pagaban.

Y de aquí el ingenio de Don Bosco para inventar loterías y suscripciones con que procurarse, no diré los miles de liras, sino los millones de liras que exigían sus escuelas, talleres, templos y sus alumnos y sus *biricchini,* cada día más queridos, pero también más dispendiosos.

Un contemporáneo de Don Bosco nos ofrece estos detalles: Dos grandes categorías de jóvenes, externos e internos. Más de mil externos, que en domingos y días de fiesta reciben instrucción religiosa, y a quienes se les busca trabajo donde se ganen la vida

sin peligro moral. Don Bosco no rechaza a ninguno, y con sus maneras afables se conquista la confianza de todos.

Luego los internos, que son estudiantes o aprendices obreros. Don Bosco tiene un buen número de cooperadores, casi todos clérigos o sacerdotes, que lo obedecen con perfecta devoción. No conocen descanso. Bajo su dirección están estos centenares de alumnos, que viven del trabajo y de la caridad. Casi todos son aceptados gratuitamente...

Los estudiantes reciben instrucción primaria clásica, disponiéndose para el Liceo o la Universidad. Pero la mayoría son aprendices obreros, dedicados los unos a oficios humildes, los otros a oficios vecinos del arte. Junto a los zapateros, sastres, sombrereros, herreros, carpinteros, panaderos, pasteleros, están los encuadernadores, tipógrafos, fundidores de caracteres, y más tarde estuvieron los estereotipadores, litógrafos, dibujantes y pintores.

El Gobierno de aquella pequeña ciudad es un gobierno de mansedumbre y de dulzura: rara vez se castiga. Y nunca jamás, un golpe o una injuria.

"Aquí se presenta a nuestra meditación un grave problema filosófico y social —dice el conde Carlos Contestabile, de quien tomamos estos detalles—. Mientras los más violentos revolucionarios han escrito libros sobre este asunto y en las Universidades se discute con ardor, un humilde sacerdote lo resuelve instintivamente. En su pequeña república no se reprime la culpa; se la previene."

En las actas del proceso del ordinario, en la causa de su beatificación, los que le han conocido y tratado hablan así. Uno de ellos, Don Dalmazzo, dice: "No quería que se amonestase a los

muchachos en un momento de excitación: quería que se aguardase la oportunidad y se les hablase con caridad y con prudencia."

Para conducir a la juventud, Dios le había dado una gracia especial. Adivinaba lo que no había aprendido.

"Es difícil, con palabras, explicar su secreto. Acercándose a un muchacho, en hablándole al oído, por rebelde que fuese, lo rendía a sus consejos."

Para ser amados, basta mostrarse amables, dice un proverbio. La dificultad consiste en ser siempre amables, cualesquiera que sean las circunstancias, aun en los momentos en que se debe corregir y castigar. Aquí hace falta el genio. Por no repetir otra vez la gracia.

Jamás dejaba solos a sus *biricchini,* ni en el estudio, ni en el taller, ni en el recreo. Si no era él mismo, por sus inmensas ocupaciones, era otro, de su mismo espíritu, el que los vigilaba.

Todavía existe la primera casa construida por él, calle Cottolengo, 32, aquellas tres piecitas donde tenía su escritorio y su dormitorio y su capillita privada, y aquel balcón festoneado de una parra, cuyos racimos maduraban a la vista de los muchachos.

Robando unos instantes a sus tareas de escritor y administrador, cuando sentía gritos de sus *biricchini* aparecía en el balcón, al pie del cual existe ahora su negra estatua de bronce.

— ¡Don Bosco, Don Bosco! ¡Ya no nos visita, ya no nos quiere! ¡Ya nunca juega con nosotros!

El pobre viejo, rendido al trabajo y a la enfermedad, herido de muerte, mostraba en la sonrisa el divino resplandor de la caridad. Cogía un racimo y lo desgranaba lentamente sobre la cabeza de

sus *biricchini*. Cada uva que arrojaba, con arte de prestidigitador, llevaba un nombre: ¡Para Fulano! ¡Para Zutano!

Aquellos para quienes no alcanzaba el racimo se quedaban pensando si no era un mudo reproche por alguna culpa, y no tardaban en subir a su aposento para saber la verdad.

Cuando hacía señales de que iba a hablar, callaban todos como por encanto, para no perder una sílaba, y del balconcito caían palabras así:

— ¡Mis hijitos! Es hora de recreo, y os permito, mejor, os recomiendo que estéis alegres lo más que podáis. Jugad, cantad, gritad, saltad, romped, hacer todas las diabluras que queráis. Don Bosco es el más grande bobo que existe en el mundo, y todo os lo perdonará: pero no cometáis pecados: no deis escándalos, porque entonces será inexorable...

Tales palabras caían como una lluvia generosa, como un puñado de trigo fecundo en aquellas almas juveniles. ¿Quién no se sacrificaría por el que les permitía todo, aun el arruinarlo, con tal que no ofendiesen a Dios?

Se sorprendía él de la admiración que suscitaba su sistema pedagógico, y no acertaba a explicar satisfactoriamente lo que en verdad era inexplicable: un instinto genial, una gracia de Dios.

— ¡Mi sistema! ¡Quieren que explique mi sistema! ¿Acaso lo conozco yo mismo? Todo lo que he hecho ha sido seguir adelante, como el Señor me inspiraba en este momento.

"Y era verdad —dice hermosamente el Padre Auffray—. Jamás este hombre, que tuvo el genio de la educación, pensó en edificar un sistema. En el atardecer de su vida reunió algunos principios breves y netos, es cierto, exponiendo los resultados de

su experiencia. Eso fue todo. Nunca quiso componer un tratado didáctico sobre la materia. Su libro fue su vida. "

Esto no significaba que ignorase la pedagogía o la despreciara como ciencia, sino que no tuvo ni tiempo ni predilección para ocuparse de ella en teoría, ni intentó sentar plaza de pedagogo escribiendo tratados. Había leído inmensamente, y en su prodigiosa memoria quedaba para siempre cuanto leía, y sabía utilizarlo. Pero, envejecido en la experiencia, si hubiese tenido el capricho de ganar un modesto diploma de maestro normal, los examinadores lo habrían aturdido con preguntas raras, y probablemente lo habrían reprobado.

Otra respuesta solía dar: "Mi método es el preventivo. ¿En qué consiste? En el amor."

Y explicaba, En todos los tiempos han existido dos métodos de educación opuestos: el represivo y el preventivo. El método represivo consiste en enseñar la ley o el reglamento y vigilar su cumplimiento y estar pronto a castigar toda infracción.

En el método preventivo, el maestro hace conocer las obligaciones, y trata de ganar el corazón de sus alumnos para evitar las infracciones y no tener necesidad de castigarlas.

"Este sistema —escribe Don Bosco— se apoya enteramente en la razón, la religión y el cariño; excluye todo castigo violento, y hasta los castigos más ligeros.

"El sistema represivo puede impedir un desorden, pero rara vez hará mejores a los delincuentes; los muchachos no olvidan nunca los castigos; conservan amargura y deseo de verse libres y aun de vengarse.

"Alguien dirá que tal sistema es difícil en la práctica. Observaré que por parte de los alumnos es mucho más fácil,

satisfactorio y ventajoso... Por parte de los educadores, sí encierra alguna dificultad, que disminuye si el educador se pone con celo en la empresa."

¡Ahí está el *quid* de este asunto! Para la inmensa mayoría de los educadores es más fácil castigar que prevenir. Castigar es obra de un momento; el alumno se educa a sí mismo, y el maestro lo castiga si no cumple. Prevenir es asunto de todos los instantes del día y de la noche. El maestro debe acompañar al alumno, con su fuerza apoyar su debilidad, con su consejo ilustrar su mente, con su cariño ganar su voluntad.

Esto, se comprende, no está al alcance del que es maestro a falta de mejor empleo; del que enseña no por vocación, sino por necesidad de ganar un sueldo.

En el sistema preventivo, más que la indigesta ciencia de un pedagogo, vale la paciente abnegación del que enseña no por interés, sino por amor.

No hay escuela que reemplace a la caridad, que es, según San Pablo, benigna y paciente, lo sufre todo, lo espera todo, y todo lo mantiene.

¿Cómo practicaba Don Bosco su sistema? Mezclándose en todo momento con sus *biricchini*. Tratando de penetrar sus secretos para ganar su simpatía y su amor.

Sus mejores conquistas las hacía a la hora del recreo, cuando la ruidosa bandada de muchachos abandonaba libros o herramientas y se derramaba por los patios y pórticos.

En los primeros tiempos, Don Bosco no faltaba nunca; después, cuando las ocupaciones lo desbordaron o las enfermedades lo vencieron, faltaba alguna vez, pero su gusto y su plan eran estar con ellos.

Nada escapaba a su golpe de vista, Instantáneamente descubre, no al que juega en medio del patio y corre y batalla por una pelota, sino al que se retrae y parece tímido y perezoso y gusta de aproximarse a otro como él y hace amistades particulares y tiernas. Este es un sentimental que puede echarse a perder y pervertir a los otros. Ya sabía por dónde ganarlo.

— ¿Quieres darme la llave?

— ¿Qué llave, señor? ¿La de mi baúl?

— ¿Qué voy a hacer con la llave de tu baúl? ¡Dame la llave de tu corazón! ¡Ayúdame!

— ¿A qué, señor?

—Ayúdame a salvar tu alma. Haremos así: primero, una confesión de tu vida futura.

—De mi vida futura, Don Bosco, no puede ser,

—Tienes razón —respondía él, como si de pronto notara la dificultad—. No importa; haremos una confesión de tu vida pasada. Pero estate tranquilo; lo que tú no puedes decir, te lo dirá Don Bosco.

El muchacho quedaba confuso ante esa forma repentina, casi violenta, de tomar posesión de su alma, y si era tímido, se animaba, y si era soberbio, se rendía, y si era sentimental, se confiaba al que había adivinado su secreto.

En el método educativo de Don Bosco, la confesión y la comunión frecuentes eran elemento Indispensable. La primera cosa que quería de un nuevo alumno era la reforma moral, base de su sistema.

Afirmaba que si a la entrada del colegio el profesor teme hablar francamente con el muchacho de las cosas de su

conciencia; si en vez de esto se limita a hablarle en forma vaga de ser bueno y obediente y aplicado, no produce ningún efecto, no se gana la atención ni la confianza, y después cuesta mucho corregir el error del primer paso.

Toda palabra del sacerdote, decía, debe ser sal de vida. Cualquiera que se le acerca debe sentir que ha ganado alguna verdad, alguna ventaja sobrenatural.

Poseía, por gracia de Dios, la extraña facultad de leer en las almas, no solamente los pecados, sino también los pensamientos peligrosos.

—Don Bosco, dígame una palabra.

Cada cual quería aquella palabra al oído: unos, por sentir caer en su corazón ese grano de sal eterna; otros, por poner a prueba sus ponderadas cualidades de vidente.

Él se agachaba al oído y decía aquello que ningún otro debía oír, y el muchacho se tornaba serio y no lo explicaba a nadie.

Era a veces un breve diálogo sostenido en su zaguán.

— ¿Cómo estás?

—Muy bien.

— ¿También tu alma?

— ¡Oh, sí!

—Si murieses esta noche, ¿estarías contento?

— ¡Ah, no!

—Entonces, ¿por qué no te confiesas hoy?

Para cada cual tenía la palabra que lo penetraba como un dardo.

A veces, en vez de una palabra, un ligero cachete en la mejilla.

A uno, que se despedía de él para todas las vacaciones:

— ¡Toma! Ahora el demonio no te tentará.

Y hecha la experiencia, el muchacho pedía otra vez aquel favor, y la historieta se divulgaba, y muchos querían también aquel golpecito cariñoso, que parecía confirmarles en gracia.

Ese era el famoso método preventivo, compuesto de mil nonadas, cada una de las cuales era semilla de milagros. El milagro se producía, no sólo en las almas de sus colegiales o de sus *biricchini,* más o menos bien dispuestos, sino en las de verdaderos delincuentes.

En la época en que sus talleres y escuelas le dejaban tiempo para realizar un intenso apostolado en las cárceles, llegó a conquistar de tal modo el corazón de los jóvenes detenidos en le Generala, que todos, con una sola excepción, hicieron sus Pascuas. Era el año 1855.

El director de las cárceles es buen amigo de Don Bosco. No es capaz de negarle nada, y un día recibe el más extravagante pedido que se haya hecho a un funcionario de su laya.

—Vengo a hacerle una propuesta, señor director.

—Todo lo que yo pueda hacer en su obsequio, señor abate, delo por hecho.

—Quiero premiar a estos jóvenes, que han cumplido con la Iglesia y se portan bien. Los conduciré a un paseo hasta Stupinigi; saldremos por la mañana, regresaremos a la noche. Les será provechoso para el alma y el cuerpo.

El director ha dado un salto en la silla.

— ¿Qué está diciendo, Don Bosco? ¡Usted no habla en serio!

—Con la mayor seriedad del mundo.

—Pero, señor abate, yo soy responsable de toda fuga.

—No se fugará ninguno. Démelos contados, y contados se los traeré, sin que falte uno solo.

— ¡Imposible!

— ¿Acaso lo prohíbe el reglamento?

El reglamento no dice una palabra de esto, porque no han pensado los que lo hicieron que a Don Bosco se le ocurriría semejante idea.

—Pues si el reglamento no lo prohíbe...

— ¡Imposible, cien veces imposible, y siento decírselo!

Era prefecto de policía el caballero Carlos Farcito, y a él acudió nuestro héroe, desahuciado por el director de las cárceles.

El prefecto no se tomó el trabajo de discutir la propuesta; dijo no redondamente.

— ¿Y si el ministro diera autorización?

El prefecto se encogió de hombros,

— ¡Vaya una ocurrencia! Pero si el ministro la autorizara, yo me lavaría les manos.

Corre Don Bosco a ver al ministro del Interior, que es Ratazzi, no diremos su amigo, pero sí un hombre que lo atiende con interés, porque, siendo el promotor de la persecución contra las Órdenes religiosas, no quiere aparecer como un sistemático devorador de frailes.

Le hace gracia la original proposición. Piensa que enviando detrás de las filas un piquete de guardias no habrá escapatoria, y, si la hubiera, no sería difícil atrapar al que la intentara.

—Excelencia —responde Don Bosco—, yo le agradezco su voluntad; mas prefiero renunciar a mi proyecto si han de escoltarme los carabineros.

Ratazzi lo mira estupefacto.

—En esas condiciones, señor abate, no devolverá usted ni uno solo de esos pilletes a la prisión.

— ¡Le afirmo, señor ministro, que no faltará uno solo!

El ministro se moría de ganas de hacer el ensayo. Después de todo, si algunos se escapaban, lo más que tardaría en volver a caer en manos de los carabineros serían dos o tres días.

—Usted y yo, señor abate, vamos a hacer una locura a medias. Usted se juega le libertad; yo, el Ministerio. ¡Vaya! Haga usted el paseo; quiero ver lo que resulta.

¡Qué grito de alegría dieron los jóvenes detenidos al saber que tendrían un día de asueto, sin guardianes, y a dar un paseo hasta Stupinigi!

Don Bosco está pálido y bastante más inquieto de lo que quiere confesar, ahora que ve la cosa cierta.

—Escuchadme: yo he empeñado mi palabra y juego mi tranquilidad y hasta mi honor. He dicho que no necesitamos gendarmes; que os conduciréis perfectamente. ¿Puedo estar tranquilo? ¿Alguno de vosotros ha pensado escaparse?

—Esté seguro, Don Bosco; seremos buenos —gritan y juran y perjuran los prisioneros: Y uno de ellos agrega:

— ¡Voto a Zambomba! Si a uno se le ocurre escaparse, lo descuartizaré como a un pollo.

Y otro dice:

—Y yo le romperé la cabeza con una piedra al primero que salga de las filas.

—Esté mil veces seguro, Don Bosco —añaden otros en un rapto de honestidad—, que no volverá vivo el que intente escaparse.

— ¡Basta, mis queridos muchachos! No se trata de matar ni de golpear a nadie. Yo me fío de todos vosotros. Sé que me queréis bien y no me avergonzaréis mañana delante de todo Turín, que tendrá los ojos fijos en mí…

Esa misma tarde arregla la hora de partida y el orden de la marcha. Stuopigi, población de cinco mil almas entonces, dista legua y media de Turín, y posee un parque real donde los jóvenes pueden pasar un día encantador, en la fragante primavera Italiana.

Al alba partieron. Llevaban un asno cargado de provisiones para almorzar; mas pensaron que Don Bosco estuviera fatigado del camino. Descargaron los sacos, que se echaron por turno a las espaldas, y obligaron a su capellán a montar en el burro.

En la iglesia de Stupinigi Don Bosco celebró su misa. Las gentes del pueblo veían pasar aquel original batallón de trescientos prisioneros en libertad, sin más vigilante que un pobre sacerdote; y a la hora del almuerzo, le enviaron regalos de vino y pan excelente y otros manjares, que introdujeron novedad en el severo régimen de la prisión.

Y bien al atardecer, sin que uno solo faltara, volvieron a la Generale de Turín.

Más que alegre, Ratazzi quedó atónito.

— ¡De buena nos hemos salvarlo, señor Don Bosco! Pero querría saber su secreto: ¿cómo hace usted para dominar a esos forajidos?

—Excelencia, nosotros, los sacerdotes, poseemos una fuerza que el Estado no puede alcanzar. Nuestra fuerza es moral. El estado manda y castiga. Nosotros hablamos al corazón del joven, y nuestra palabra no es humana, es sobrenatural, porque es la palabra de Dios.

Ratazzi meneó la cabeza.

—Como quiera que usted lo explique, es sencillamente Prodigioso.

En las vidas de los santos de la *Leyenda dorada* se leen episodios increíbles e ingenuos como éste. La vida de Don Bosco está llena a tal punto, que el lector acaba por hallarlos corrientes y hasta explicables. Se ha dicho con verdad que lo natural en la vida de este hombre era precisamente lo sobrenatural.

VII

COMO ENSEÑABA

Aunque Don Bosco no haya escrito obras de Pedagogía, no es posible dudar, en presencia de los hechos, que poseía un sistema, y que este sistema otros podían aprenderlo y aplicarlo con el mismo resultado.

Las escuelas de Don Bosco no se implantaron sólo en Turín, sino en toda Italia, y ahora existen en todas las naciones del mundo, bajo toda clase de Gobiernos, en países civilizados y en regiones salvajes, y para cualquier categoría de personas, con preferencia para las clases obreras. Y en todas reina el mismo espíritu y se producen estos milagros pedagógicos.

Existía, pues, realmente, un sistema, y Don Bosco mismo ha tratado de explicarlo en algunas breves páginas, tan simples, que, al leerlas por primera vez, producen más decepción que admiración. Así ocurre con esos maravillosos capítulos de Kempis: lo que él nos dice ya lo sabíamos; nada nos descubre. Mas llega el día en que penetramos su incalculable profundidad, porque, como él mismo lo dice, lo que no entiendes en la lectura lo entenderás a la hora de la visitación.

Habla Don Bosco: "Para que vuestra palabra tenga prestigio y obtenga el efecto deseado, es necesario que cada superior, en toda circunstancia, destruya su propio yo. Los jóvenes son muy finos observadores y advierten cuándo en un superior hay celos,

envidia, soberbia, avidez de aparecer; y entonces la influencia está perdida.

"Traten de evitar como la peste toda clase de afección o amistad particular con los alumnos.

"Déseles amplia libertad de saltar, correr, hacer barullo a sus anchas. Gimnasia, música, declamación, teatrillo, paseos, son medios eficacísimos para la disciplina, la moral y la salud.

"La confesión frecuente, la comunión frecuente, la misa cotidiana, son las columnas del edificio educativo. Pero no obligar nunca a los jóvenes a frecuentar los Santos Sacramentos. Fomentarlos solamente y brindarles comodidad para ellos."

Una palabra sobre los castigos:

"¿Qué reglas tener en los castigos? Mientras sea posible, nunca se usen. Donde la necesidad obliga, ténganse los siguientes principios:

"El educador trate de hacerse amar de sus alumnos, si quiere hacerse temer.

"Nunca, si no es por rarísima excepción, se castigue en público, sino privadamente, lejos de los compañeros.

"El golpear, de cualquier manera que sea, el poner de rodillas en posición dolorosa, el tirar de las orejas y otros castigos semejantes deben absolutamente evitarse, porque son prohibidos por las leyes civiles, irritan grandemente a los muchachos y envilecen al educador."

Contra la anacrónica máxima "la letra, con sangre entra", él no se cansó jamás de pregonar la dulzura de su modelo: San Francisco de Sales.

La dulzura fue su constante *ritornello*. En una carta al inspector salesiano de la Argentina, le escribía así:

"Jamás castigos materiales; nunca palabras humillantes ni reproches severos delante de otros. En las clases resuene la palabra dulce, caritativa, paciente."

Conviene aquí ajustar un concepto, y lo haremos reproduciendo una frase de Don B. Fascie, que fue director general de las Escuelas salesianas:

"Mal comprendería el sistema de Don Bosco quien no viese en él más que un problema didáctico, a resolverse en los bancos de la escuela, como obra de pura instrucción, como acción exclusivamente intelectual, como institución que tenga su fin en sí misma.

"En el sistema de Don Bosco, la escuela extiende su acción a toda la vida actual del alumno, a todas las horas del día, especialmente a las del recreo... Y el sistema, en sí mismo, no es más que una parte en la misión de Don Bosco."

Su misión era conquistar las almas juveniles. "Yo he sido enviado a los jóvenes", decía. Conquistar almas no tenía otro significado que hacerlas cristianas, y se valió de la escuela como del más poderoso instrumento de cristianización y de paganización que se haya inventado hasta ahora.

Así como no pretendió nunca demostrar en sus escritos ciencias o estilo, en sus discursos o en sus sermones sólo se cuidó de penetrar en aquellas almas que quería ganar. No poseía las dotes físicas del orador. Su figura mediocre, su voz poco potente, no le habrían ayudado si él hubiera pretendido asombrar a su auditorio con artificios oratorios. ¡Qué lejos estaba de ese propósito! Articulaba con admirable claridad: su palabra era simple,

dulce y convincente. Nunca jamás una frase deslumbradora; pero nunca jamás una frase hueca ni oscura.

Mamá Margarita, que no sabía leer —ya lo hemos dicho—, inventó un género literario que él humildemente adaptó y ha legado a sus hijos como una fortuna: "las buenas noches".

Seguramente ella no pensó descubrir nada cuando, después de la cena, los reunía en la humosa cocina, junto al hogar apagado ya, y les dirigía unas últimas recomendaciones para que durmieran juiciosamente y no se fueran antes del alba robándole las cobijas y las cacerolas.

El hecho es que durante mucho tiempo ella dio las buenas noches a los *biricchini*, y su hijo, que de todo hacia leña, se apoderó del instrumento educativo que su madre había forjado.

"Pocas palabras —decía él mismo, explicando la pequeña invención de mamá Margarita—, una sola idea capital, para que impresione y los muchachos la recuerden al dormirse."

Su ingenio fertilísimo le permitía encontrar el comentario de cada día, que unas veces era un suceso ocurrido en Turín o en cualquier parte; otras, una escena de la vida colegial; a menudo, un apólogo o una fabulilla de su propia cosecha.

Al día siguiente, muchos eran los que, deseosos de no olvidarla, la copiaban en sus cuadernos, confrontaban sus copias, las corregían; Don Bosco mismo depuraba el texto, y así nos han llegado muchísimos de esos cuadritos, modelos de realismo y sencillez.

Por ejemplo, éste de la *Gallina*.

"Una tarde, la gallina no ha querido entrar en el gallinero. En vano el ama ha intentado conducirla; corre por el patio, hasta que

la buena mujer, fatigada de perseguirla, cierra el gallinero y se va a casa.

"La gallina se pasea por aquí, por allí, picoteando algunos granos que halla en la tierra, satisfecha de su libertad. Al entrar la noche, ve la escalera apoyada al granero, y, saltando de peldaño en peldaño, llega hasta el heno, busca una postura cómoda y se dispone a dormir.

"He aquí un ruido que la despierta. Es de noche; nadie en la casa vela. Los perros andan por la viña cuidando los racimos.

"Una zorra ha invadido el granero, ha visto a la gallina Y se dispone a devorarla. La gallina, espantada, vuela; da un salto, la zorra quiere atraparla, pero cae en el huerto, mientras la gallina se refugia en las ramas de un árbol. La zorra no la pierde de vista, y, acurrucada en el suelo, permanece con el hocico en alto. Después de una hora larga, la gallina da otro vuelo, alcanza el muro que rodea el huerto. La zorra está al pie. El muro es más bajo que las ramas del árbol. La zorra descubre un madero apoyado en él y se trepa y corre por el filo de la pared, y la gallina sólo puede salvarse con un tercer vuelo a un árbol que está fuera de la huerta y que es más bajo aún. La zorra desciende, sale por un albañal y se dispone a subirse por el tronco. La gallina, que se ve casi cogida, vuela hacia otro arbolillo y, ciega de terror, se arroja sobre una cerca. La zorra se introduce entre las ramas, y la gallina da un último vuelo, pero ya no encuentra dónde refugiarse, y cada vez está más cerca del suelo, y la zorra, con ojos de fuego, la persigue hasta que cae entre sus zarpas. La gallina cacarea, nadie la oye, y pronto no queda de ella más que un montón de plumas ensangrentadas.

"Hijitos: La zorra es el demonio; la gallina son ciertos jóvenes que serán buenos, pero se fían en sus fuerzas, no admiten reglas,

como la gallina, que no quería dejarse encerrar el gallinero. Inexpertos, desdeñan los consejos, porque tienen alas, la buena voluntad y la oración. No piensan que la naturaleza enferma tiende a caer. Algunos son golosos, otros son perezosos, otros son,.. ¡Dios lo sabe! Hay quienes dicen: ¿Por qué se nos prohíben ciertas amistades? Nosotros no hacemos nada malo. Luego comienzan a infringir las reglas, huyen de los superiores, después, ciertas cartitas, ciertos pensamientos, cierta familiaridad, ciertas amistades particulares, cierta sensibilidad. Se desciende, se desciende, las alas no bastan, la zorra está abajo y corre, y se termina cayendo en sus fauces. ¡Buenas noches!"

El argumento es simple, ingenuo, si se quiere; el estilo no puede ser más familiar, sin ningún género de pulimento. Pero hay animación, y cuando la fabulilla podría perderse en vaguedades, entra como un bisturí en el centro de una cuestión concreta: las amistades particulares, el sentimentalismo enfermizo de los internados. Dos tajos magistrales, y luego: "¡Buenas noches!"

A pesar de que conocía a fondo la literatura clásica y era un devorador de libros, dotado de una portentosa facultad de asimilar y recordar, nunca ha habido ni escritor ni orador menos erudito, menos retórico.

Todo su afán consistía en hacerse comprender del más ignorante y grosero auditorio. Y con esa simplicidad de recursos artísticos, agradaba a todo el mundo.

Solía decir de sus discursos:

"Yo trataba argumentos que el sacerdote menos instruido conoce mejor que yo. En estas predicaciones advertí que para dar gusto al pueblo y hacerle bien no se necesitan cosas sublimes ni raras. El pueblo quiere entender; si entiende, queda contento.

Presentadas así, las cosas más triviales acaban por hacer impresión."

Y aún añadía:

"De la mayor utilidad son las comparaciones, las parábolas, fábulas y apólogos. Con éstos se fija la memoria a una verdad que nunca más se olvida. Todavía recuerdo la impresión que hice explicando cómo el Señor ha hecho todas las casas bien. Referí esta parábola: Un viajero, cansado del camino, se detuvo a la sombra de unas encinas, y, mirándolas, se dijo: — ¿Por qué Dios a estos árboles grandísimos les habrá dado frutas tan pequeñas como las bellotas? He aquí una planta de zapallos, tan rastrera y miserable que no puede ni levantarse del suelo, y Dios le ha dado una fruta enorme. ¡Cuánto mejor sería que estos zapallos nacieran en las altísimas ramas de las encinas!—. Con estos pensamientos el buen hombre se echó a dormir bajo aquella sombra. Empieza a solar el viento, se desprende una bellota y le cae en la nariz y lo despierta. — ¡Ah Señor! —grita el viajero, restregándose la nariz—, si fuera un zapallo, me habría aplastado le cabeza y yo estaría ya en el otro mundo."

Ya nos imaginamos la mueca desdeñosa con que acogerían ciertos predicadores campanudos la trivialidad de este estilo.

Cada cual conserve el que Dios le haya dado, pero no discuta a Don Bosco un estilo con el cual realizó portentos.

Igual colorido, sustancia y claridad en sus libros. Don Autfray, que devotamente ha indagado cuanto la pluma de Don Bosco mandó a la imprenta, nos afirma que escribió 130 obras, las más diversas y de toda extensión. Junto a su primer folleto, la *Vida de Domingo Savio*, hacen imponente figura sus historias adaptadas a

la Juventud: *Historia Sagrada, Historia de la Iglesia. Historia de los Papas*.

Y entre estas obras de ciencia y erudición, numerosos juguetes cómicos y piecitas para el teatrillo del Oratorio, compuestas con mucha amenidad y gracejo.

Tuvo tres santas pasiones: el confesonario, la escuela y la imprenta. Entre el confesonario y la escuela, con sus múltiples derivaciones, se repartían sus horas desde el alba hasta la medianoche. A la imprenta le quedaba el resto; es decir, lo que ese hombre, rendido por la fatiga y las enfermedades podía robar al más indispensable reposo.

Había fundado en 1853 las *Lecturas Católicas*, y cada semana debía suministrar a su impresor la materia de un tomito.

¡Cuántas veces la víspera del día de su aparición no había escrito una línea del tomito ya anunciado!

Los periodistas saben algo de esto y conocen la angustia del trasnochar con la pluma en la mano cansada, y pueden imaginarse lo que serían las noches de Don Bosco a la luz de una mezquina lámpara de aceite, en un cuarto sin fuego, con las piernas hinchadas por las varices y envueltas en una cobija.

Pero había que hacerlo. No era posible defraudar a los 19.000 suscriptores (cifra enorme para le época) de las *Lecturas Católicas*, que todavía siguen apareciendo con la infatigable regularidad que les imprimió su fundador.

Sobre el inmenso trabajo de escribir el libro, caía luego el de corregir sus pruebas, tarea fácil y hasta agradable cuando se está en la luna de miel con la imprenta; pero agotadora más que ninguna cuando no son las pruebas de un primer libro, sino las del vigésimo, y peor cuando se juntan con las pruebas de la cuarta o

quinta reimpresión de otros, que ya hemos leído tantas veces y que debemos seguir leyendo, porque siempre hallamos algo que corregir.

El descuido de la forma literaria en Don Bosco era más aparente que real. Ciertamente, no lo desesperaba el descubrir una irremediable cacofonía, ni una repetición de vocablos. Mas ponía todo su empeño en que la frase fuera absolutamente clara y el idioma acendrado, y no hubiese una expresión que pudiese desviarse de la más pura doctrina católica. Los que escriben de controversia religiosa saben con qué facilidad, aun conociendo admirablemente el pensamiento de la Iglesia y teniendo la estricta voluntad de ajustarse a él, puede escaparse de una pluma precipitada una expresión de dudosa interpretación.

Esto le ocurrió a Don Bosco cierta vez, y su libro estuvo a punto de ser puesto en el "Indice": lo que motivó un verdadero drama.

Suscitaron la cuestión los enemigos, más o menos ocultos, que dentro de su propio campo había siempre acechándolo. Fue en el año 67. Don Bosco había ido a Roma para instar la aprobación de la Sociedad salesiana y obtener subsidios a fin de terminar la iglesia de María Auxiliadora.

En la ciudad de los Papas corría ya la fama de santidad del sacerdote piamontés, y todo el mundo, nobles y plebeyos, le salía al paso pidiéndole bendiciones, cuando no milagros.

Pío IX lo recibía con su acostumbrada bondad y le pidió que le hablase con franqueza de lo que viera en Roma que le pareciera falto de espíritu religioso.

Sucedió que lo invitaron a decir misa en la Iglesia de San Roque. En el momento de la comunión de los fieles, quiso decir

algunas palabras. Empezó a hablar, y el órgano lo interrumpió con las más potentes notas de su tubería.

Hizo seña al sacristán, y éste le replicó resueltamente:

—Se le ha invitado a decir misa y no a predicar.

Don Bosco agachó la cabeza y se puso a distribuir la comunión: pero, al hallarse delante del Papa, le expresó el estupor de haber observado que en las iglesias de Roma no se predicaba los domingos.

—En el Piamonte —agregó— un párroco no cree haber cumplido su deber si no explica el Evangelio y no enseña el catecismo a los niños.

Pío IX, que tenía otras noticias, no se lo creyó y respondió:

—Verificadlo con vuestros propios ojos; no os fiéis de informaciones ajenas y venid otra vez a decírmelo.

Nueva audiencia pontificia. Don Bosco ha empleado la tarde entera de un domingo recorriendo las principales Iglesias de Roma. No sólo no imparten catecismo, sino que están cerradas. A eso de las cinco vio que el *Jesús* se abría para una breve función. Y fue todo.

Apoyado por la confianza de Pío IX se atrevió a lanzar una frase, que lastimó los oídos de muchos:

"Las cosas de la religión van mal porque falta instrucción catequística. Los tres cuartos de Roma carecen de esta enseñanza."

Don Busco había publicado trece años antes, en las *Lecturas Católicas*, la *Vida de San Pedro*, que reimprimió en 1867 con ocasión del centenario de su martirio.

Alguien, denunció el libro a la Congregación del Índice, como plagado de errores de ortodoxia.

Acogida la denuncia, se nombró un examinador, que produjo un informe terrible para Don Bosco, no porque ofendiera su fama de escritor, sino porque ponía en discusión la pureza de su doctrina.

Entre varias cosas, el censor reprobaba esta frase del libro, a propósito de la ida de San Pedro a Roma, hecho histórico admitido por todos los católicos como indudable.

"Conviene dar de paso aquí un aviso a los que tratan de este punto, que no deben considerarlo como punto dogmático y religioso; y sea esto dicho a católicos y a protestantes."

Oigamos el comentario del censor: "Sostener que la venida de San Pedro a Roma no es punto dogmático y religioso, es un grave error en materia teológica, que no puede sino ofender los oídos de los fieles.

"El hecho es ciertamente histórico; demostrado triunfalmente, tiene una relación íntima con lo que es estrechamente religioso y dogmático, siendo el fundamento histórico de una verdad dogmática y religiosa, cual es el primado de los Romanos Pontífices...

"Estas observaciones ofrecen razones fundadas para decretar la prohibición del libro hasta tanto sea corregido (*proscribendum donec corrigatur*)."

El celo por condenar aquel libro parecía tanto más exagerado cuanto que en todas sus páginas resplandecía la más ardiente devoción hacia el principio que la malhadada frase de Don Bosco ponía en discusión: la dignidad de los Pontífices romanos como sucesores directos de San Pedro.

Pío IX tuvo noticias del grave asunto, e intervino para que no se pusiera en el "Índice" una obra cuyo autor era uno de sus más humildes y fieles soldados.

La condenación habría significado el descrédito de las *Lecturas Católicas*, posiblemente su ruina: habría dado un golpe de muerte a la vocación de muchos novicios salesianos, a quienes se les invitaba con frecuencia a abandonar el pobre instituto de Don Bosco para hacerse sacerdotes seculares, y habría creado dificultades a la aprobación de las reglas.

Don Bosco tuvo noticias de la guerra que se le preparaba y hasta de las razones que la movían; y escribió así al caballero Oreglia di Santo Stefano, que dirigía su imprenta y andaba de viaje en esos días: "Han tentado el golpe de hacer poner en el "Índice" *El Centenario de San Pedro*..." Ya me amenazaron con esto en Roma, y aun después de mi partida, y una persona muy amiga me dio la razón: "Porque en Roma he mostrado preferencia y mucha familiaridad con los jesuitas".

El que subraya, advirtámoslo, es el propio autor de la carta, que añade: "Aquí, sin embargo, prudencia suma y silencio."

La proposición del libro censurada era sostenible. Don Bosco no había pretendido decir que un católico podía negar el viaje de San Pedro a Roma, sino que ese hecho histórico estaba fuera del círculo de los artículos definidos como puntos dogmáticos.

Pero en aquella época la frase, por la confusión que engendraba, era inoportuna, y Don Bosco no se hizo invitar dos veces para quitarla en la nueva edición.

No tardó en recibir la recompensa de su humildad. Pío IX escribió una carta llena de afecto, en la que aludía al episodio felizmente concluido, con estas palabras: "Conociendo íntimamente

tu piedad, teníamos la certidumbre que en la nueva edición de tu obra *El Centenario de San Pedro* seguirías escrupulosamente lo que nuestra Congregación del Índice creyó que debía observar."

Aquí viene bien la cita de San Pablo que, en ocasión de este episodio, trajo monseñor Gastaldi, gran amigo entonces de Don Bosco, y uno de sus defensores en Roma: *"Qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur."* (Los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo. padecerán persecución.)

No tardaremos en recordar estas palabras, porque el mismo monseñor Gastaldi, cuando ocupó el Arzobispado de Turín, libró áspera guerra contra el mismo Don Bosco, y durante años contrarió todos los esfuerzos para obtener de la Santa Sede la aprobación de le Sociedad salesiana.

VIII

LA ÚLTIMA COMUNIÓN DE CAVOUR

Volvamos a la ardiente política de Cavour por la unidad de Italia, a aquel año de 1860, decisivo de su campaña contra el Pontificado.

El 8 de mayo, Garibaldi, con aquellos 1.200 voluntarios, que después se llamaron los mil de Marsala, se embarca en Génova y desembarca en las costas de Sicilia, secretamente ayudado por el Gobierno de Turín y visiblemente protegido Por una escuadra inglesa surta en aquellas aguas.

Va a conquistar el reino de las Dos Sicilias, a arrojar del trono al último Borbón, Francisco II, joven rey de veintidós años, y a ofrecer su conquista a Víctor Manuel. "Sire, seré feliz de agregar a vuestra corona una perla más, con tal que Vuestra Majestad se oponga a que sus consejeros la entreguen al extranjero, como lo han hecho con mi ciudad natal."

Esta es una alusión a Cavour. Garibaldi no perdonará mientras viva lo que el ministro ha hecho de Saboya, la cuna de la dinastía, y sobre todo de Niza, donde ha nacido el héroe de dos "mundos": una moneda para comprar la ayuda de Francia. "¡Se apoderó de mi madre y la vendió en el mercado!"

Cuando se supo la cesión de esos territorios, Garibaldi renunció furioso su banca de diputado, y Guerrazzi, el viejo novelista revolucionarlo, exclamó en el Parlamento: "Yo rechazo la

ley, porque, en el momento en que Garibaldi arriesga su vida para conquistarnos una patria, es un crimen que nosotros le arrebatemos la suya."

Cavour hace frente a la borrasca. Niza y Saboya es un precio que le conviene pagar para que Napoleón lo deje invadir los dominios pontificios. Napoleón conserva una importante guarnición en Roma, y si le diera el capricho de proteger al Papa con cañones y no con palabras, jamás podría Víctor Manuel apoderarse de ellos. Por eso, al firmar en Turín el tratado de cesión, dice Cavour al oído de Benedetti, el plenipotenciario de Napoleón, entregándole la pluma mojada en tinta: "Ahora somos cómplices."

No ha visto con malos ojos la expedición de Garibaldi, que entra en su juego. Mas por diplomacia no quiere mostrare en connivencia con el hombre de la camisa roja. Si la aventura sale mal, dejará que el rey de Nápoles fusile a Garibaldi, como su antecesor fusiló a Murat, y él se lavará las manos. Si sale bien, estará alerta para intervenir y apoderarse de las presas que haga "aquel filibustero".

Así pudo Thiers decir en el Parlamento francés: "Garibaldi sale a conquistar reinos para la casa de Saboya. Si fracasa, no se le reconoce, o aprisiona (Caprera). Si tiene éxito, se le arrebata el bollo, diciéndole: "Esta presa no es para vos, que sois la Revolución... El rey Víctor Manuel caza al halcón con Garibaldi."

La aventura de los Mil salió bien. El *condottiere* se apodera de Marsala; aumenta su tropa con voluntarios y desertores del rey. No tarda en tener 11.000 soldados y 35 cañones y recibe dinero de toda Europa. Palermo, la capital de Sicilia, le abre las puertas. Su popularidad en aquellas poblaciones ardientes, fáciles de seducir, adquiere rasgos religiosos. No es un guerrero, es un enviado de

Dios. Cruza el estrecho de Messina, gana sobre las tropas realistas una gran victoria, y marcha sobre Nápoles. Los ejércitos de Francisco II combaten sin fe, o desertan en masa, pasándose al enemigo.

El 7 de septiembre Garibaldi está en Nápoles, que el rey ha abandonado, refugiándose en Gaeta.

"Napolitanos: Lleno de gozo pongo el pie en la más bella ciudad de Italia. Vengo a vosotros solo, no para conquistaros, sino para daros la mano."

Después va a misa a la catedral, y, mientras se lee el Evangelio, desenvaina la espada, en señal de estar pronto a defenderlo. Antes de partir de Génova ha expuesto su plan: "He aquí mis etapas: Nápoles, Roma, Venecia."

En Nápoles reaparece la *Joven Italia*. Garibaldi no tiene el talento diplomático de Mazzini. Proclamado dictador de las Dos Sicilias, comienza a pensar que su conquista no debe ser para la Casa de Saboya, sino para la Revolución. Mazzini lo ha seducido.

Es hora de pedir cuenta al halcón de sus conquistas.

Pero el juego de Cavour empieza a embarullarse. Todos los embajadores de Europa han protestado contra el Gobierno de Turín por una empresa que se empeña en atribuirle a él, mucho más después que en Génova se organizan expediciones de socorro a Garibaldi.

¡Bah! Delante del tablero diplomático de Europa no hay un jugador que tenga la sonrisa, la imprudencia y la audacia de Cavour. A Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra, envuelve en dilatorias y tergiversaciones. El mismo Napoleón III, enredado en el famoso principio de la no intervención, no sabe cómo desligarse. ¡A caballo, mi rey! Vamos a apoderarnos de los dominios del Papa

antes que vuestro halcón se abata sobre ellos. Ya no quiere cazar para vos, sino para la revolución mazziniana.

¿Pero con qué pretexto? Los dominios del Papa son sagrados, no sólo a los ojos de todos los católicos del mundo, sino a los de las potencias signatarias del tratado de Viena en 1815 y del tratado de Zúrich en 1859.

¿Qué dirá Napoleón, titulado protector de la Santa Sede?

¿Permitirá Francia que se constituya en su frontera una potencia de 25 millones de habitantes, alrededor de la dinastía de Saboya, veinte veces más vieja que la de Bonaparte y emparentada con todas las cortes europeas? ¡Oh! Cavour conoce a sus vecinos del Oeste; hay que ponerlos en presencia del hecho consumado y discutir después.

Napoleón está en Chambery. Le envía dos de sus generales. Fanti y Cialdani. "Señor, para que la revolución no se apodere de Roma y de allí contagie a toda Italia, las tropas del Piamonte van a ocupar las provincias de las Marcas y Umbría."

Napoleón escucha enervado. ¿Cuándo lo dejarán en paz aquellos italianos degenerados a quienes libertó de la esclavitud y de quienes no recibe sino desprecios? ¡Quisiera ver a Italia en el fondo del Mediterráneo, con su Papa y sus reyes de opereta!

Deprimido y triste, como Pilatos al lavarse las manos, responde con una frase que tal vez ha leído en el Evangelio: "¡Haced, pero haced pronto!"

Son las palabras que oyó, de su Maestro, Judas, cuando se disponía a venderlo: *"Quod facis, fac sitius."*

Cavour ya ha encontrado el pretexto de la invasión de los Estados Pontificios. Hay que confesar que el pretexto no hace

honor a su genio político, y muestra su apuro de obrar antes que Garibaldi le gane de mano.

En la fábula del león discutiendo con el cordero, las razones de aquél no fueron mejores: —Me enturbias el agua que bebo. —¡Pero si estoy corriente abajo! —Me la enturbiabas en la primavera pasada. — ¡Todavía no había nacido! —Entonces era tu padre el que lo hizo. ¡Paga por él!

El pretexto vino así. El Papa, que no tenía servicio militar obligatorio, viendo venir la invasión, para defender sus Estados aceptó a los voluntarios que, por devoción a la Santa Sede, acudieron de todas las naciones, especialmente de Francia, Bélgica y Austria.

Muchos de ellos eran descendientes de casas ilustres que tenían a gloria, como los antiguos cruzados, morir por el Papa.

Cavour, que no protestó de que Garibaldi paseara por la península sus huestes de voluntarios, provenientes de todos los países, halló insoportable que el Papa enrolara soldados extranjeros para defenderse.

El 7 de septiembre del 60 —el mismo día en que Nápoles caía en poder de Garibaldi— Cavour escribe al cardenal Antonelli, ministro de Estado de Pío IX:

"El Gobierno de Su Majestad el Rey de Cerdeña no puede ver sin grave alarma la formación y la existencia de tropas mercenarias extranjeras al servicio del Gobierno pontificio.

"La indisciplina de tales tropas, la deshonesta conducta de sus jefes, la insolencia de sus proclamas, suscitan y mantienen un fermento asaz peligroso.

"Vive siempre en los habitantes de las Marcas y de la Umbría el recuerdo doloroso de los estragos y del saqueo de Perugia…"

Y luego de unas cuantas razones como la del león al lado del arroyo, el ultimátum: "Tengo el honor de invitar a Vuestra Eminencia, por los motivos expuestos, a dar orden inmediata de desarmar y disolver esas tropas, cuya existencia es una amenaza continua a la tranquilidad de Italia."

Es oportuno recordar aquí una de las más graves acusaciones de Cavour contra el Papa en el Congreso de París: "que era incapaz de mantener la paz en sus dominios sin el concurso de las bayonetas francesas y austríacas". Se refería a los cuerpos de ocupación que mantenían Austria en la Romana, y Francia en Roma.

¿Pero qué podía hacer el Papa que fuese del agrado de esos señores? Si se acogía a la protección de los Gobiernos católicos, se le decía incapaz de mantener su independencia sin el auxilio de otras naciones, extraña acusación hecha por el ministro de un rey que vivía de la ayuda ajena.

Si imponía a sus súbditos la obligación de defenderlo y establecía el servicio militar, era un mal pastor que fusilaba a sus ovejas. Si se limitaba a recibir bajo su bandera a los voluntarios que, por impulsos de fe, solicitaban ese honor, los mismos que se pasmaban de admiración ante las abigarradas huestes de Garibaldi, veían en esos extranjeros "una amenaza continua a la tranquilidad de Italia".

El cardenal Antonelli no demoró la respuesta. Sin perder la mesura diplomática, sus palabras zumban como jabalinas.

"Excelencia: ...Los nuevos principios de derecho público que V. E. pone en circulación con su nota podrían dispensarme de toda

respuesta, por su abierta oposición a los que universalmente reconocen los Gobiernos y las naciones.

"Es incalificable la injuria que se hace al Gobierno pontificio negándole un derecho común a todos, pues se ignoraba hasta ahora que le sea vedado a algún Gobierno el tener a su servicio tropas extranjeras, siendo muchos en Europa los que las tienen a sueldo. Y a este propósito, parece oportuno observar que, dado el carácter que inviste el Sumo Pontífice de padre común de todos los fieles, mucho menos se le puede impedir a él que acoja en sus milicias a cuantos se le ofrecen de todas partes del orbe católico, en defensa de la Santa Sede y de los Estados de la Iglesia.

"Nada más falso e injurioso que el atribuir a las tropas pontificias los deplorables desórdenes ocurridos en los Estados de la Santa Sede; no es el caso de demostrarlo. La Historia ha establecido ya cuáles fueron y de dónde provenían las tropas que violentamente se opusieron a la voluntad de los pueblos.

"Y en cuanto a las consecuencias de la legítima actitud de las tropas de la Santa Sede para reprimir la rebelión de Perugia, sería más lógico atribuirlas a quien desde el exterior promovió la revuelta. V. E., señor conde, sabe demasiado bien de dónde fue promovida: de dónde se envió el dinero y armas; de dónde partieron las instrucciones y las órdenes del levantamiento...

"Vuestra Excelencia me invita, a nombre de su soberano, al inmediato desarme de las tropas aludidas, bajo una especie de amenaza, que me abstengo de calificar.

"La Santa Sede no puede sino rechazar indignada tal invitación…"

Cavour se ha planteado este dilema: o el Papa acepta mi intimación a disolver sus tropas, o se niega. Si se niega, es la

guerra. Si acepta, quedará indefenso; los revolucionarios, movidos por las Logias de Turín, promoverán desórdenes que será impotente para sofocar. Y darán pretexto al Piamente para afianzar la paz invadiendo sus dominios.

Si se niega, es la guerra, que busca. Por un lado o por otro, siempre obtendrá su guerra.

¡Qué distinto será pelear contra el Papa! Ahora sí que el rey caballero y soldado devoto podrá ganar alguna victoria, que los franceses no se atribuirán. Bien le debe Cavour esta compensación por las torturas que impone a su conciencia católica.

Se cuenta que al recibir poco antes una carta de Pío IX, que removió sus sentimientos, dijo a su ministro: "Mi querido Cavour, yo te acompañaré hasta la puerta del infierno, Pero no tengo la menor gana de meterme dentro..."

De tiempo atrás el Papa ha previsto la invasión piamontesa y la doblez de Napoleón, que lo abandonará a pesar de los Tratados.

Obligado a la defensa, llama a un francés, el general Lamoriciere, que ha combatido gloriosamente en Argelia, y le ofrece el mando y le organización del ejército pontificio. Lamoriciere acepta con entusiasmo: "Esta es una causa por la que vale la pena morir."

Hay que crear, en poco tiempo, cuadros, cuarteles, artillería, parques, ambulancias. Acuden millares de voluntarios jóvenes y entusiastas. Jefe de Estado Mayor es otro francés: el marqués de Pimodan; Ministro de Guerra, monseñor de Merode, antiguo militar, compañero de armas de Lamoriciere, belga.

En total, el ejército pontificio apenas llega a 20.000 soldados, distribuidos en las fronteras del Norte, por donde se espera el ataque de los piamonteses, del Sur, por donde amenaza Garibaldi,

y en el puerto de Ancona, que indudablemente será bloqueado por la escuadra de Víctor Manuel.

Sin aguardar la respuesta del cardenal Antonelli, Cavour entra en campaña. Quince divisiones piamontesas, fuertes de 45.000 hombres, penetran en los Estados de la Iglesia, y el almirante Persano hace velas sobre Ancona.

El general Cialdini lanza esta proclama: "¡Soldados! ¡Os conduzco contra una mesnada de borrachos extranjeros, a quienes la sed de oro y de saqueo ha traído a nuestros países!"

Una tras otra caen las poblaciones indefensas.

Así llega hasta los muros de Castelfidardo, donde se librará la gran batalla contra los pontificios, el más glorioso hecho de armas de Víctor Manuel.

Lamoriciere tiene a silo órdenes sólo 2.000 Infantes, 800 caballos, 200 artilleros. El 11 de septiembre, Pimodan le trae 2.600 infantes más. Total, 5.600 voluntarios, y unos cuantos viejos cañones para abrirse camino, contra 45.000 piamonteses y sus cañones rayados.

El día 18, al alba, después de haber recibido la comunión, los pontificios se arrojan a la batalla. La bravura de Pimodan les da un momentáneo triunfo, pero el joven francés cae mortalmente herido, y el pánico se apodera de aquellos reclutas, mal avezados al fuego.

Cialdini ha vencido. Lamoriciere, con las reliquias de su ejército desbandado, se refugia en Ancona. Pero no encuentra allí los recursos que esperaba, y a los diez días, pulverizado por los 400 cañones del almirante Persano, y, sitiado por Cialdini, tiene que rendirse.

Tales fueron las batallas de Castelfidardo y de Ancona, cuyos nombres figuran en el pedestal de las estatuas de Víctor Manuel, como Lepanto en las de Juan de Austria, Trafalgar en las de Nelson, Marne en las de Joffre.

Inmediatamente, Cavour organiza un plebiscito en las provincias conquistadas. Sabe que a su Napoleón hay que ponerlo en presencia de los hechos consumados, para tratar con él. Por inmensa mayoría, los habitantes votan la anexión del Piamonte. Tal resultado justifica la política de Cavour y la campaña de las Sociedades secretas. ¡La libre decisión de los pueblos, que han declarado no querer seguir siendo súbditos del Papa! En aquellos tiempos la demostración parecía concluyente. Ahora ha perdido mucho de su valor.

Ahora mismo, en 1932, ¿consentirían Francia, Italia, Checoeslovaquia, Polonia, Rumania, Yugoeslavia, en someter la suerte de algunas porciones de su territorio al albur de un plebiscito, realizado balo la ocupación mollar del enemigo? ¿Y no tendrían razón de negarse?

El Papa se negó a reconocer la pérdida de aquellas provincias, pero ninguna nación se atrevió a intervenir, por temor a suscitar el enojo de las grandes potencias, que secretamente apoyan al Gobierno de Turín. No tardará el pequeño rey de Cerdeña en llamarse rey de Italia. ¡A caballo, mi señor!

Víctor Manuel penetra en sus nuevos dominios: llega a Loreto, donde está la Santa Casa de la Virgen, y a fuer de hijo fiel de la Iglesia, envía al Papa 50.000 liras para restaurar aquella célebre reliquia.

El Papa, se las devuelve con estas palabras: *"Pecunia tua sit in perditionem."*

Víctor Manuel se estremece bajo sus dorados galones. ¡Bah, adelante! Prosigue su marcha triunfal y llega a Nápoles a tiempo de capturar a Garibaldi, "su halcón", que se apresta a lanzarse sobre Roma. Esto no es oportuno todavía: embarullaría el juego de Cavour provocando a Napoleón, que hasta entonces se ha limitado a mostrar dientes postizos.

Además, Garibaldi, dominado por Mazzini, ya no piensa en ganar tierras para el Piamonte. En las paredes de Palermo se leen aún sus proclamas: "Los miserables que te hablan de anexión ahora, pueblo de Sicilia, son los mismos que te hablaban hace un mes. Pueblo de Palermo, a los cobardes que se ocultaban cuando tú combatías en las barricadas, les dirás de parte de tu Garibaldi que la anexión al reino del rey caballero (*re galantuomo*) la proclamaremos pronto desde las alturas del Quirinal..."

El apetito se le ha abierto al halcón y quiere devorar su presa, en compañía de los republicanos. Pero Cavour se le adelanta y hace votar por el Parlamento de Turín una ley autorizando a Víctor Manuel a anexionar Nápoles y Sicilia.

Esto ocurre pocos días después de una grave derrota que Francisco II ha infligido a Garibaldi en Caiazzo, destruyendo su leyenda de invencible.

Tanto mejor. El rey caballero y soldado, vencido tantas veces, no haría buena figura cabalgando junto a un invencible.

El primer encuentro del rey, que avanza escoltado por el fuerte ejército piamontés, y Garibaldi, que lo esperaba en medio de sus camisas rojas, tuvo lugar el 28 de octubre del 60, en las cercanías de Capua. Garibaldi, haciendo a mal tiempo buena cara, avanzó y cayó en los brazos del general Cialdini, que lo condujo ante el rey.

Los piamonteses presentaron armas. Víctor Manuel tendió la mano a su halcón:

— ¡Eres el mejor de mis amigos! ¿Cómo están tus tropas?

— ¡Muy fatigadas, sire!

—Las mías están frescas: las tuyas van a descansar ahora.

Lo pasa a la retaguardia, le ofrece el collar de la Annunziata, un castillo, un título de duque, y lo despide. Ha terminado la caza.

Garibaldi no acepta nada, y, lleno de amargura contra el rey y de ira contra Cavour, se retira y va a refugiarse en su roca de Caprera, que lo mismo le sirve de fortaleza que de prisión.

Van cumpliéndose, paso a paso, los planes de Cavour. De tres millones de súbditos, no le quedan al Papa más que 700.000. De 732 millas de territorio, 214 solamente. En cambio, su enemigo ha dejado de llamarse rey de Cerdeña.

Desde el 14 de marzo de 1861, se llama "rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad de la nación".

Cavour está en el apogeo de su gloria.

¡Lástima tener que morir! La idea de la muerte lo persigue. ¿Por qué? Apenas tiene cincuenta años y es robusto como un gladiador.

Si pudiera entrar en negociaciones con el Papa, lo haría gustoso. A pesar de su incredulidad y de su gloria, lo irrita su excomunión. Inicia gestiones de arreglo, envía delegados que propongan a Pío IX el reconocimiento de los hechos concluidos. Napoleón lo apoya, pero el Papa responde con indomable energía: "Tender la mano a los usurpadores de nuestras provincias, sin que de antemano se retracten..., es sancionar este principio: que una cosa robada puede ser pacíficamente poseída por el ladrón... Sólo

nos resta perdonar a nuestros enemigos, rogar por que se conviertan, y de todo corazón lo hacemos. Pero las cosas injustas que se nos piden, no podemos acordarlas: *Praestare non possumus!"* (Alocución del 18 de marzo de 1861.)

Cavour se venga proclamando en el Parlamento que Roma es la capital indispensable del nuevo reino de Italia y preparando la trama con que va a envolver a todos los Gobiernos para consumar su obra.

"Antes de seis meses —anuncia— sucederán tales cambios, que nos abrirán el camino de Roma."

Su plan es seducir otra vez a Napoleón III, el sedicente protector del Papa, y obtener que retire de Roma las tropas que aún mantiene.

Una vez que las bayonetas francesas hayan partido...

Dios tenia dispuesto que esta tarea la hicieran otros, no él. Cavour, rico y honrado, no necesitaba robar, pero dejaba que otros robaran. Alegre, epigramático, estoico, parecía feliz, mas era triste por dentro. Un secreto lo roía. ¡Qué lástima no ser inmortal! El mundo, su país, su Parlamento, lo creían inmortal. ¿Qué podía hacer el Piamonte ni el rey, ni nadie en Europa, sin contar con Cavour? Y cuando algún obstáculo se le cruzaba en el camino, le bastaba anunciar que iba a plantar allí los negocios y a retirarse a la vida privada, para que todo cediese.

El historiador que mejor lo ha penetrado lo pinta así: "Arbitro de la Cámara, tuvo a la vez hasta tres carteras, y obró sólo en representación de todos sus colegas; despidió, o hizo despedir, a más de cincuenta de los que entraron con él en el Ministerio, arrojándolos como se arrojan las naranjas exprimidas. El público se agitaba y la Cámara palidecía cada vez que Cavour amenazaba

con renunciar su cartera. Mientras sus sucesores temblaban y cambiaban de ruta delante de los periódicos de oposición, él se los acaparaba, porque sabía cuánto cuesta la conciencia de cada uno". (Cantú)

Pero tiene dos adversarios irreductibles: uno, que lo desespera con su invulnerable tranquilidad, el Papa: el otro, irreconciliable y soberbio, lo enferma con sus atropellos de búfalo. Garibaldi ha acabado por hacerle perder los estribos, en plena Cámara, a él, que se considera dueño de su sangre fría.

El hombre rojo sigue siendo diputado, pero se niega obstinadamente a abandonar su reducto de Caprera, desde donde lanza proclamas enfurecidas. El 4 de abril se dirige a la Asociación general de Obreros Milaneses, y les anuncia que, a pesar de la "política servil de Cavour, y lo que pueda alegar esa tropa de lacayos, la verdadera Italia aún debe hacerse".

Es el anuncio de una nueva entrada en campaña, pero ya no en provecho de la Casa de Saboya, sino abiertamente en beneficio de la Revolución. Acto continuo empiezan en Génova sus lugartenientes a reclutar voluntarios. El Gobierno manda registrar los sitios donde ellos trabajan, y Garibaldi, echando espumas de furor, abandona su isla y aparece en la arena parlamentaria de Turín.

Sesiones inolvidables del 18, 19 y 20 de abril de 1881. Garibaldi, que es un mal orador, ha aprendido de memoria su discurso. Aficionado a la *mise en scene*, ante la barra, llena de fanáticos, se presenta con un *plaid* escocés, negligentemente arrojado sobre su camisa rola. A las primeras palabras pierde el rumbo y cubre de injurias "al hombre que lo ha hecho extranjero en su patria, el miserable que ha vendido Niza y Saboya a Napoleón".

La Cámara, despavorida, nota la palidez de Cavour, que golpea nerviosamente el banco de los ministros con un cortapapel. Su sonrisa ha desaparecido. Por despectiva y sardónica que fuese, era siempre una muestra de humanidad y de inteligencia. En sus labios hay ahora un pliegue trágico.

— ¡Esto es intolerable! —aúlla, con indescriptible dolor. El presidente, espantado, se cubre; la sesión se suspende; los diputados se dispersan. Un cuarto de hora después vuelven al hemiciclo. Cavour tiene la palabra.

"Yo sé que hay un abismo entre el general Garibaldi y yo. He cumplido un deber doloroso, el más doloroso de mi vida, cuando he aconsejado al rey que aprobara la cesión de Saboya y Niza a Francia. Por el dolor que yo he sentido, comprendo el del general Garibaldi, y si él me lo perdona, yo no se lo reprocho."

Con un esfuerzo brutal sobre sus nervios, Cavour ha reconquistado su plena lucidez y pronuncia un discurso monumental, que aplasta sin remedio a su enemigo.

Una vez más ha triunfado, y, con un vigor ficticio, vuelve a sus tareas. Sus íntimos, empero, lo notan desmoralizado y profundamente triste.

Por primera vez va a celebrarse en toda Italia la fiesta de la "Unidad Nacional", y hay interés en que resulte grandiosa. Se activan los preparativos, y para que no pueda confrontarse su esplendor con el de ninguna otra ceremonia, Cavour manda prohibir que las autoridades, del rey abajo, se asocien como solían a la fiesta secular que celebran en Turín, en la octava del *Corpus Christi*, conmemorando el famoso milagro del Santísimo Sacramento, ocurrido en 1453.

La octava de *Corpus Christi*, ese año de 1861, viene a caer el 6 de junio. Ese día, en efecto, las autoridades, del rey abajo, ministras, senadores, diputados, el podestá y el prefecto y el Consejo Municipal y todo el mundo político no fueron detrás del palio del Sacramento; se agolparon ansiosos en los pórticos del palacio de Cavour, en la calle que lleva ya su nombre.

La primera fiesta de la Unidad se oscurecía con la noticia de que su primer artesano yacía gravemente enfermo.

El 29 de mayo la apoplejía ha descargado un rudo hachazo, a los postres de una cena alegre y copiosa. Dos días después, Cavour se reanima. Pero el 4 de junio se agrava irremediablemente; fiebres, dolores abdominales, vómitos, delirio. En un instante de lucidez, llama a Martín Tosco, su criado fiel:

—Martín, vamos a separarnos... Ya sabes lo convenido: cuando sea el momento, llamarás al cura de Santa María de los Angeles, fray-Santiago, para que me administre...

—Así lo haré, excelencia.

Cavour ha conseguido de fray Santiago lo que no pudo de Don Bosco. La bula de excomunión del 26 de marzo de 1860 contra "los autores, promotores, coadyuvantes, consejeros" o "adherentes de la usurpación de los Estados Pontificios" impone a los confesores, antes de dar la absolución a quien haya incurrido en ella, el deber de exigir una retractación "pública y solemne" de aquella iniquidad.

Cavour se ha hecho prometer de fray Santiago que no le exigirá nada.

¡Insondable misterio de una conciencia que no se resuelve a abandonar la roca firme de la fe, donde puso los pies algún día Cavour, que ya no cree, quiere, sin embargo, morir como creyente!

— ¡Señor conde, ya ha llegado el momento!

— ¡Anda, Martín!

Es el 5 de jimio. Fray Santiago, prevenido, no se hace esperar. En la antecámara se encuentra a la condesa Alfieri, la sobrina predilecta del gran estadista; al ministro Farini, al conde Gustavo Cavour, a otros a quienes él no conoce.

La condesa Alfieri, en un mar de lágrimas, va a arrodillarse junto al lecho del moribundo.

—Mi tío, allí está fray Santiago... ¿Queréis verlo?

— ¡Yo lo he hecho llamar! ¡Que pase!

Dicen los biógrafos que fray Santiago era un admirador de Cavour y un hombre de ideas liberales, y que esto tranquilizaba a los que en la antecámara contaban los minutos de aquella conversación entre el ministro de Dios y el ministro del rey. Diez, quince minutos: algunos calculan media hora. Llega el rey, consternado. El franciscano sale y ve una interrogación en todos los ojos. ¿Qué ha hecho Cavour? ¿Por ventura se ha retractado? Fray Santiago vuelve la tranquilidad a aquellos corazones inquietos. A uno le dice: "Yo conozco al pobre conde: un apretón de manos me ha sido suficiente." A otro: "Mis ojos lo interrogaron. Sus lágrimas me respondieron."

A las cinco de la tarde, un largo cortejo de monaguillos y de fieles, con candelas encendidas, sale de la Iglesia de Santa María de los Angeles acompañando al sacerdote que lleva el viático. Toma la calle del Arzobispado y llega al palacio de Cavour, que no dista más de cien metros. Era costumbre de Turín que cuantos veían salir de una iglesia una de estas procesiones cogieran un cirio en la sacristía y la acompañaran hasta la casa del moribundo.

Los pórticos se llenan de gente. Cavour comulga delante de los que han podido acercarse a su lecho. La ciudad desborda con la noticia de la comunión de Cavour. ¿Pero se ha retractado? Nadie sabe nada.

La agonía. Las cinco de la mañana del 6 de junio. Cielo tormentoso: madrugada fresca y húmeda. Mal día para un enfermo. Fray Santiago reaparece, con la extremaunción, y unge al noble señor, que ya no le reconoce.

Los familiares rodean el lecho. Algunos responden a las preces en latín. A las seis, el alma del conde Camilo Cavour está en el supremo tribunal de Dios, y escucha una sentencia que jamás los hombres conoceremos en este mundo.

La marquesa Alfieri cuenta que el día antes ha dicho: "Quiero que el pueblo de Turín sepa que muero como buen cristiano: me voy tranquilo: nunca he hecho mal a nadie."

Todos hablan de la muerte cristiana de Cavour. Los que saben catecismo se dicen: "Desde que el párroco de Santa María de los Angeles le ha dado el viático y la extremaunción, es que Cavour se ha retractado pública y solemnemente como manda la iglesia."

Los diarios comentan el suceso. El hermano del difunto, marqués Gustavo Cavour, se cree obligado a aclarar la historia, y publica en *Las Nacionalidades* una carta fechada, el 20 de junio: "El artículo de la *Gaceta de Francia* que me señaláis contiene graves inexactitudes sobre las circunstancias que han acompañado los actos religiosos por los cuales mi bien amado hermano ha querido consagrar el último día de su vida mortal.

"Es absolutamente falso que haya hecho o que se le haya exigido antes de su muerte una retractación formal en presencia de dos testigos..."

Días antes, el 13 de junio, el párroco titular de Santa María de los Angeles, cuya parroquia estuvo momentáneamente a cargo del tal fray Santiago, escribe una carta a la *Civita Cattolica*, que la publica el 28 del mismo mes: "El Padre Santiago es uno de esos revolucionarios protegidos por Cavour, menos ingenuo que Gavazzi, Panteleón y consortes."

Ya conocemos a Gavazzi; en cuanto a Pantaleón, era otro fraile apóstata que oficiaba de capellán en las tropas de Garibaldi.

La última comunión de Cavour ha sido, pues, su última comedia. Ciertamente, no engañaría a Dios, pero el buen pueblo de Turín, que aun en los tiempos de la revolución no quería que sus grandes hombres muriesen como perros, iba a creer en ella, y eso le pareció a Cavour suficiente para compensarle de cualquier sorpresa que pudiera tener en el otro mundo.

El arzobispo de Turín suspendió al Padre Santiago en el ejercicio de su ministerio, por haber prestado su sagrada investidura a aquel sacrilegio.

Pero el rey lo recompensó generosamente, concediéndole la cruz de caballero de las Ordenes de los Santos Mauricio y Lázaro, y una pensión con la que pudiera suplir lo que había perdido.

IX

SISTEMA JESUÍTICO

Víspera de una fiesta.

Don Bosco, desde el atardecer, había permanecido en el confesonario. Cuando despachó al último de aquellos pobres clientes, que no querían confesarse sino con él, miró el reloj. ¡Casi medianoche! Todavía tiene tiempo de cenar.

Ya hacía horas que el cocinero se había ido a dormir, dejando la porción de Don Bosco sobre la plancha, y allí fue a buscarla él mismo. El fuego, apagado; los dos platos, menestra y legumbres, fríos.

Uno de sus clérigos sorprende al superior en el momento en que se dispone a comer aquellos pocos apetitosos manjares.

— ¿Qué hace, Don Bosco?

— ¡Ceno alegremente!

Hunde la cuchara en la sémola, que parece un espeso engrudo.

—Dame un vaso de agua.

Se lo sirven, riega copiosamente la menestra, la ablanda, la revuelve y se la come toda.

—No está muy caliente, pero es saludable.

Las legumbres no las toca; no hay tiempo, van a dar las doce.

Sin embargo, está lejos de poseer una salud tan firme que le permita tratarse de ese modo. Tiene arruinado el estómago, y no mucho mejor los pulmones. Tuvo años atrás varios vómitos de sangre, y las viejas heridas parecen reabrirse ahora.

— ¡No llegaré a los cincuenta años! —anuncia a sus hijos.

Estos le reprochan su excesiva labor: tiene obligación de cuidar su salud.

— ¿Cuidar de mi salud, ahora que es tiempo de trabajar? Cuando yo no esté, vendrán otros que harán más y mejor.

Don Bosco tuvo en alto grado el don de profecía, pero aquel anuncio de próxima muerte no debla cumplirse, y Dios sabe por qué.

Sus ojos penetraban el porvenir, taladraban la conciencia de sus muchachos. Estos lo sabían, y se le aproximaban o le huían, según el estado de sus almas. Y a veces, llenos de estupor y de arrepentimiento, escribían lo que Don Bosco les acaba de decir.

Don Lemoyne y otros, que han escrito casi día por día, durante décadas enteras, las crónicas del Oratorio, nos han dejado transcritas muchas de ellas, documentación riquísima Y absolutamente digna de fe.

No todos los alumnos creían en aquel don sobrenatural de su maestro. Más de uno lo tomó a risa y le puso a prueba. Don Bosco se prestaba o no a los ensayos de los incrédulos, según conviniera a sus almas.

Leemos en Lemoyne:

"El 28 de diciembre (1862) uno de ellos se le aproxima y le dice:

"—Deme un consejo.

"Don Bosco, sonriendo, le responde:

"— ¿Qué consejo quieres?

"—Un consejo que haga bien a mi alma.

"—Bueno, escucha: hace tres años y medio que estás en pecado mortal.

"— ¡Imposible! Siempre me confieso con Don Savio.

"—Y, sin embargo… Escucha...

"Y le habló de casi cincuenta cosas que siempre había callado en confesión. A cada pecado que Don Bosco recordaba, el muchacho respondía:

"— ¡Sí, es verdad!

"Y prometió acusarse de todo."

En aquel mismo año ocurrió otro hecho resonante, que más de seiscientos alumnos presenciaron.

Había entre ellos uno de dieciséis años (C. Alberto...), a quien un mal condiscípulo había desviado del buen camino. Don Bosco no lograba acercársele. El muchacho le huía en toda forma. Finalmente, lo halló que descendía la escalera en el instante en que él subía.

— ¿Por qué me huyes cuando me ves? ¡Pobrecito, huyes de Don Bosco, que quiere hacerte bien! Tienes que confesarte lo más pronto posible.

El chico no respondía, encubriendo su bochorno bajo un talante arisco y resentido.

— ¡Anda hijo mío! Un día me buscarás y no me encontrarás.

Esto ocurría en noviembre.

El primer lunes de diciembre, al dar las buenas noches, Don Bosco avisa a los alumnos que hagan bien lo que llaman el ejercicio de la buena muerte, que es una preparación cual si debieran morir ese mismo día. A nadie le sorprende; en el Oratorio hay fechas fijas en que lo hacen todo.

Pero Don Bosco añade:

—Hacedlo bien, porque uno de vosotros no volverá a hacerlo más...

Un escalofrío sacude al denso y juvenil auditorio. Quiere decir que hay uno de ellos que no llegará al 1 de enero, fecha fijada de antiguo para el otro ejercicio.

—Está ahora entre vosotros; está lejos de mí, porque siempre trata de escapárseme.

Los muchachos se miran las caras. ¿Cuál será?

—He querido acercármele para hablarle de su alma, y nunca he podido. Y, sin embargo, un día me llamará y no me encontrará. ¡Tendría tanta necesidad de hablarle ahora, para ayudarle a ser bueno en el poco tiempo que le queda! Pero no deja que me acerque a él. Yo, no obstante, le pondré un ángel custodio para que lo cuide hasta el último día, que no está lejano. El no piensa morir, pero el decreto ya está dado y no cambiará. Ahora tiene dos ocasiones de arrepentirse: la fiesta de la Inmaculada, y luego Navidad. Después no tendrá más que seis días, porque el otro ejercicio de la buena muerte él no lo hará.

La profecía produjo extraordinaria emoción. Al día siguiente los muchachos no hablaban de otra cosa. ¿Cuál de ellos era el predestinado? ¿Tú? ¿Por qué yo, y no tú?

Don Bosco llama a un novicio de nombre Francisco Cuffia, que hace oficio de enfermero, y bajo secreto le encarga de custodiar a Alberto y, si es posible, de inducirlo a confesarse.

Alberto se ríe de la profecía de Don Bosco. ¡Profeta él, que come y bebe como todos ellos! ¡Bah! Y sigue huyéndole, porque le irrita su vigilancia y su mudo reproche.

Pasa la fiesta de la Inmaculada y Navidad, y Alberto no piensa en confesarse.

En los últimos días del año, la duquesa de Montmorency, insigne bienhechora del Oratorio, invita a Don Bosco a predicar en una aldea próxima a sus dominios una tanda de sermones, que van del 31 de diciembre al 2 de enero.

Don Bosco, intranquilo por su propia profecía, no quiere alejarse de Valdocco, y se niega. La dama se indigna.

— ¿Usted no puede predicar en Borgo Cornalense? Bueno, cuando usted necesite mi ayuda, yo tampoco podré ayudarlo.

Don Bosco agacha la cabeza. Ya conoce el estilo de aquellas grandes señoras, que tantas veces han quitado el hambre a sus *biricchini.* Y se resigna y parte.

Es miércoles. 31 de diciembre: Alberto ha recibido una carta de un amigo de Casale, que en son de burla le escribe: "¿Estás muerto o estás vivo? ¡Hace mil años que no tengo noticias tuyas!"

La pregunta le hace reír, y, sintiendo el pleno vigor de sus dieciséis años, dice a los compañeros: "Voy a contestarle así: ¡Estoy muerto!" Escribe la carta, y él mismo va a echarla al buzón. Pasa el día alegremente, y a la hora de la merienda come con buen apetito pan fresco y pescaditos salados, que les reparten. Come con exceso, pues los halla riquísimos, Y dándole sed, bebe algunos

vasos de agua. Van luego a rezar las últimas oraciones, y en ellas sufre un desmayo. La transportan a la enfermería. Acusa dolores atroces en el vientre. Llaman al médico, quien diagnostica un mal tan grave, que es urgente administrarle los sacramentos.

El enfermero se lo dice:

— ¿Quieres que venga don Alassonatti para que te confiese?

— ¡No, que venga Don Bosco!

— ¡Don Bosco no está!

— ¡Ah! ¡El me lo había predicho, y yo no le creí!

Alberto se pone a llorar amargamente, y se confiesa con Don Alassonatti, y recibe el viático y la extremaunción. A las tres de la mañana entraba en agonía. Poco después, su amigo en Casale recibía su carta: "¡Estoy muerto!"

El protagonista de otro episodio que demuestra cómo Don Bosco leía en las almas, refirió a uno de los cronistas del Oratorio, Don Rufino, lo que le ocurrió durante el mes de María del año 62.

— ¿Te has ido a confesar?

—Sí, señor.

— ¿Te han dado la absolución?

—Sí, señor.

—Y, sin embargo, no te has confesado bien.

— ¿Quiere usted saber mejor que yo lo que pasa en mí?

—Mejor que tú, no: pero tan bien como lo sabes tú, sí... El muchacho se alejaba indignado. Don Bosco se queda triste. Días después se hace el encontradizo. Los remordimientos de una mala confesión han ablandado la soberbia de aquella pobre alma.

— ¡Ven! Yo quiero que arreglemos las cosas de tu conciencia.

—No me animo a confesarme con usted, Don Bosco —exclama el jovencito con el rostro purpúreo y llenos de lágrimas los ojos.

— ¡Pero si yo no quiero que tú te confieses! Yo confesaré tus pecados sin que tú digas una palabra.

—Así fue: De rodillas a los pies de Don Bosco, oyó el chico, espantado, una por una todas sus culpas. Le bastó decir finalmente un sí para recibir la absolución. Y desde ese día fue uno de los mejores alumnos de la casa. Su nombre está en los registros.

Cuando anunciaba la muerte de un alumno, solía hacerlo en términos generales: Estad preparados, porque uno de vosotros morirá. Pero a veces la predicción entraba en detalles, que demostraban cómo Don Bosco tenía de los sucesos futuros una luz sobrenatural.

El 1 de febrero del 65 anuncia que uno de sus jóvenes va a morir. ¿Cómo lo ha sabido? ¡Lo ha soñado! Cuenta su sueño. Le pareció entrar en el patio a la hora del recreo, y vio en los aires un águila que revoloteaba sobre las cabezas de los muchachos. Alguien iba al lado de él y le dijo: "El águila va arrebatarte uno de tus hijos." La vio, en efecto, posarse sobre el hombro de uno de ellos; lo reconoció, Y comprendió que iba a morir. Se despertó; vio que había soñado. Ese día averiguó cómo estaba de salud aquel alumno sobre el cual se detuvo el águila. No tenía la menor traza de enfermo. Y, sin embargo, debía morirse en breve. Al bajar de la pequeña tribuna desde donde da las buenas noches, se aproxima a Don Lemoyne (que es quien nos describe la escena en su gran obra) y le dice en secreto un solo nombre: "Ferraris."

Don Lemoyne se estremece. Ama a aquel chico. No puede revelarle que a él se refiere la predicción, pero no lo perderá de vista.

En el Oratorio hay un artesano de trece años, Juan Bautista Savio, gravemente enfermo, y los condiscípulos no tardan en decir que ése es el predestinado.

El 3 de marzo, treinta días después del anuncio, Don Bosco sube a la cátedra, y, delante de 700 u 800 oyentes, hace uno de sus acostumbrados sermoncillos, en que se mezclan las cosas más profundas y trascendentales con las pequeñas y pintorescas realidades de la vida del colegio.

"Hoy quiero hablaros de política, pero no de política externa, sino de política interna, las cosas nuestras, las de la casa que habitamos. Primeramente, ha comenzado la Cuaresma...

"Os he anunciado que uno de vosotros debe morir. Y andáis por allí diciendo: "Ese debe de ser el pequeño Savio." Os respondo francamente: ¡No es él! ¿Quién será, pues?... Está en medio de vosotros, y ha sentido mi anuncio, y espero que se haya preparado bien. Estad, pues, preparados. No lo digo yo: lo dijo hace diecinueve siglos el Señor: *Estote parati!*, que la muerte llega como un ladrón..."

Luego desciende a lo que llama política interna:

"Muchos desórdenes en la casa... Mentiras con toda facilidad... Pretextos para salir de la iglesia durante las funciones... Siempre hay alguna excusa: el teatro, alguna comisión, y se le tapa la boca al que vigila. La mayoría de vosotros se porta bien, pero la minoría... En el comedor vuelcan la menestra, arrojan el pan por tierra, y, ¡cosa intolerable!, por burla suelen tirarlo a la cara del cuidador...

"Os recomiendo que os confeséis y comulguéis frecuentemente. Pero, entendámonos: antes de hacer malas confesiones, mejor es no hacer nada; será una confesión menos, pero también un sacrilegio menos.

"Hay quienes callan pecados: ¡que éstos no se confiesen!... "Y recemos, sobre todo, por aquel que va a morir... ¿Si fuese yo el que va a morir? ¡Rezad también por mí!

Al día siguiente, uno de sus clérigos, Bisio, lo interroga:

— ¿Quién es el que va a morir?

Y Don Bosco, sencillamente, le refiere el sueño y el nombre del muchacho sobre el cual se abatió el águila:

—Es Antonio Ferraris. Estate atento, y avísame para asistirlo.

Días después el joven cae enfermo; avisan a la madre, que viene y puede acompañar a su hijo a bien morir el 18 de marzo.

Esa misma noche termina el acostumbrado sermoncito con estas palabras:

"Ferraris se ha ido a la tumba tranquilísimo. No temía a la muerte. Y aquí debo preveniros de una cosa... Cuando yo anuncio la muerte de alguno, muchos se asustan y protestan y escriben a sus padres que los saquen del Oratorio, porque Don Bosco anuncia siempre que alguno va a morir. Pero decidme: si yo no le hubiese advertido, ¿Ferraris se habría preparado tan bien a presentarse en el tribunal de Dios? En adelante no diré nada, no anunciaré nada. (Muchas voces: ¡No, no, diga: avísenos!)

"Pero a aquellos que tienen tanto miedo a la muerte, les digo: Hijitos míos, cumplid con vuestro deber; no tengáis malas conversaciones; frecuentad los sacramentos, y la muerte no os dará miedo."

Apenas se encontrará en la Historia ejemplo de un sacerdote que haya escuchado tantas confesiones como Don Bosco. Aun en los tiempos más difíciles por sus inmensos trabajos y sus graves enfermedades, pasaba horas y horas en el confesonario. De allí su experiencia y la tenacidad con que advertía a otros cómo debían hacer para ganar la confianza de los muchachos.

Deseó escribir, o que algún experto escribiese, un manual de confesores de niños, y explicaba su idea: "Encuentro que las confesiones de muchos jovencitos no se pueden regir por las normas que da la teología. Generalmente, no se toman en cuenta las faltas cometidas entre los ocho y los doce años: y si un confesor no investiga, se las pasa por alto y se sigue así edificando en la arena."

Cierto día, un religioso vio a Don Bosco rodeado de tal número de muchachos, que luego creyó de su deber advertirle:

—Usted, superior de la casa, no debería confesar a sus alumnos. Es fácil que por vergüenza o por temor callen pecados.

Don Bosco replicó ingenuamente:

— ¿Cree usted que yo les permito que callen algún pecado?

Al decir esto, no se dio cuenta del prodigio que revelaba. En realidad, no era un secreto para nadie en el Oratorio que Don Bosco conocía minuciosamente el estado de cada conciencia. Todavía viven algunos que se han confesado con él. Todavía hay quienes recuerdan aquella sobrenatural maravilla como la cosa más corriente del mundo. Se arrodillaba el muchacho, hacia la señal de la cruz, y Don Bosco le apuntaba:

— ¿Quieres decir tú, o que diga yo?

Y tan acostumbrados estaban sus jóvenes clientes, que muchos, nada más arrodillarse, le advertían:

—Diga usted, Don Bosco.

La prodigiosa visión interior no se limitaba al tiempo que los muchachos habían estado en el colegio. Abarcaba todos los años anteriores. "Tal año, estando tú en tal parte, hiciste tal cosa."

¡Cuántas veces, intranquilos, combatidos de alguna tentación o de algún escrúpulo, acudían a la pieza de Don Bosco y aguardaban allí hasta que él podía atenderlos!

Si al mirarlos nada les decía, estaban seguros de que había leído en sus corazones y que podían estar tranquilos, y se iban a dormir con esta confianza.

Por lo que él mismo ha contado, a veces el Señor le retiraba momentáneamente aquel maravilloso poder.

En la noche del 13 de abril (1862), refiere la crónica del Oratorio, Don Bosco se lamentó de que hubiesen terminado los ejercicios sin que algunos alumnos se hubiesen aprovechado de ellos, y añadió: "En estos días pasados veía tan claramente los pecados de cada uno de vosotros como si los tuviese escritos por delante... Es una gracia singular que me ha concedido el Señor estos días para vuestro bien. Ahora algunos reacios me preguntaran si veo todavía su interior. ¡Ah, no!, debo contestarles. No vinieron entonces, ahora ya no es tiempo de gozar de ese beneficio."

Otro lugar de la crónica: "En la primera semana de julio (1862), conversando con sus sacerdotes, les recomendaba una gran caridad y paciencia al confesar a los niños para no perder su confianza, y, al mismo tiempo, les aseguraba que la prudencia necesaria y la eficacia de la palabra para adueñarse de sus

corazones, eran dones del Señor, y que había que obtenerlos con mucha oración, con pureza de intención y aun con penitencias y sacrificios, como hacen los confesores celosos.

"De aquí vino a tratar de las confesiones sacrílegas de los Jóvenes, causadas especialmente por callar pecados."

En esos tiempos la frecuencia de la confesión y de la comunión, a que Don Bosco incitaba tenazmente a sus muchachos y a todo el mundo, no era un sistema aceptado, como ahora, por todos los sacerdotes.

Muchos hallaban inconveniente el frecuentar los sacramentos y censuraban la conducta de Don Bosco, y hasta sirvió eso de motivo o de pretexto para quitarle la dirección del Seminario de Giaveno.

Era éste un Seminario antiquísimo, creado a raíz del Concilio de Trento, que, después de una gran prosperidad, había decaído, hasta no contar más de veinte alumnos y estar en trance de clausura. El Gobierno y el Municipio espiaban este momento, porque, según las leyes, al clausurarse el magnífico edificio pasaría al Estado y podrían destinarlo a otro objeto. Las autoridades eclesiásticas pidieron consejo a Don Bosco. ¿Era posible resucitar aquel muerto? ¿Querría encargarse su dirección?

Don Bosco acepta y nombra un rector a su modo. El día que se hace cargo, no quedaba más que un alumno, un huérfano a quien el tutor, por desidia, no había retirado de aquellas ruinas morales.

Pocos meses después el Seminario tenía 150 alumnos. Al solo nombre de Don Bosco, de todo el país llegaban solicitudes de ingreso.

Para consolidar la situación, sólo pedía que la curia eclesiástica confiriese al rector una autoridad plena y absoluta.

Fue ése el primer experimento del sistema educativo de Don Bosco fuera de Turín. Pero no tardaron en suscitarse rivalidades. El nuevo rector, que oía decir que el Seminario de Giaveno y el Oratorio de Valdocco eran una sola sosa, dirigida por Don Bosco, sintió deseos de mayor independencia.

Murió por entonces en su destierro de Lyon monseñor Fransoni, arzobispo de Turín, con lo que Don Bosco perdió un gran amigo. La rivalidad halló más fácil la ruta, y las autoridades de la curia eclesiástica decidieron pedir que, puesto que ya el Seminario marchaba, viento en popa, no pensara más en él.

Sabroso fue el diálogo en el despacho de Valdocco.

—Señor Don Bosco, le estamos reconocidísimos por lo que ha hecho en favor nuestro, pero comprenderá que, tratándose de un Seminario de la diócesis, sería deseable que tuviese una dirección uniforme con la de los demás Seminarios.

— ¿Y qué? ¿Encuentra algo disonante en la dirección que nosotros le hemos dado?

—Nos parece que predomina una piedad demasiado ostentosa. Demasiada frecuencia de sacramentos. Hay quienes critican esto como un abuso.

— ¿Y qué otro medio podría reemplazar a éste, para la verdadera educación de la juventud y el desarrollo y solidez de las vocaciones eclesiásticas?

—Parecen bastantes los medios usados de antiguo, conforme a los reglamentos todavía vigentes. Tantas comuniones huelen demasiado al sistema jesuítico.

— ¡Jesuítico! Pero si los jesuitas hubieran inventado eso para la educación de la juventud, yo me pongo en seguida de parte de ellos.

— ¡Entendámonos! Los tiempos en que vivimos, tan contrarios a toda apariencia de fanatismo religioso... El sistema suyo, tan diverso del que se estila en todos los Seminarios del Piamonte... Los adversarios, que nos acusan y nos desacreditan con insinuaciones venenosas, ironías, sarcasmos, por causa de las nuevas devociones...

— ¡Sí! Tienen razón. Ya comprendo a dónde va el razonamiento... Yo me he fatigado y sacrificado por el Seminario de Giaveno. Le he mandado gran número de jóvenes que, sin mi insinuación, habrían ido a otra parte, o no se hubieran movido de sus casas... He suministrado de entre mis propios ayudantes el personal de profesores... Ahora me quieren hacer a un lado... ¡Conforme!

— ¡Oh, no se trata de esto!

— ¿No? ¡Mi querido señor, sería muy ciego si no lo viese!

—No lo interprete así, le ruego. ¿Cómo puede imaginarse que pretendemos excluirlo? Usted siempre tendría la alta dirección... Solamente le rogaríamos que dejara más amplitud al rector... Será también más cómodo para usted mismo, porque tendrá menos preocupaciones.

Don Bosco, sin hacer objeción, respondió:

—Si ven así las cosas, está bien; me retiro.

Y, en efecto, desde ese día abandonó toda injerencia en las cosas del Giaveno. No le venía mal poder entregarse enteramente a su Oratorio y a su proyecto de Congregación.

Esta corría peligro de morir antes de nacer. La Santa Sede todavía no pronunciaba palabra acerca de sus reglas. Y como fuese indispensable obtener al menos la aprobación del arzobispo de Turín, monseñor Fransoni, le envió Don Bosco una copia de ellas.

Y he aquí que el consultor designado para informar emitía un juicio enteramente desfavorable: "Si fuera el caso de examinar en particular los artículos de estas reglas, deberían hacerse muchas observaciones, ya que algunos son inexactos, otros requieren más explicación y otros son inconvenientes..."

El fundador del Oratorio leyó con humildad aquella sentencia de muerte; porque mientras el arzobispo de su diócesis no aprobara las bases de su Congregación, mal podía pretender que lo hiciera Roma...

Dijo a sus clérigos, consternados: "Si nuestras reglas, si nuestra Congregación no ha de redundar a mayor gloria de Dios, me alegra que el Señor suscite dificultades..."

Murió por entonces, ya hemos dicho, monseñor Fransoni, y fue nombrado para ocupar la sede de Turín un nuevo arzobispo, para quien Don Bosco no resultaba enteramente de su gusto.

Pronto se corrió entre el clero la noticia de que las reglas de aquella especie de nueva Congregación que pretendían establecer en Valdocco habían sido halladas inconvenientes; y muchos, de buena fe, empezaron a conspirar contra la tierna planta que Don Bosco se empeñaba en criar.

Cuando, entre los novicios, los jóvenes sacerdotes del Oratorio, se destacaba alguno de claro ingenio o de virtud especial, consejeros y tentadores le proponían abandonar a Don Bosco para

seguir la carrera eclesiástica en otra Orden o en otro campo de más porvenir.

¿Qué podía esperar envejeciéndose en una Congregación que ni siquiera estaba aprobada y que probablemente no lo estaría nunca?

A pesar de todo fue en ese tiempo cuando Don Bosco tuvo la audacia de proponer a sus compañeros unírsele con un voto riguroso de pobreza, castidad y obediencia, por tres años. Eran veintidós, sin contar el superior, los que ese día, 14 de mayo de 1862, se ligaron así al Oratorio.

A fines de ese año los *biricchini* tenían una iglesia, una gran casa con dormitorios suficientes para 600 alumnos internos, clases de gimnasio y escuelas profesionales de zapateros, sastres, encuadernadores, carpinteros, herreros, tipógrafos, impresores, músicos. Había escuelas diurnas, nocturnas y dominicales para centenares de alumnos externos. Y, finalmente, aquel pequeño semillero de Congregación, que aseguraba la continuidad de la obra.

Pero el diablo estaba empeñado en destruirla, y vamos a verlo trabajar, sirviéndose de los mejores hombres de Turín.

X

UNA IGLESIA CON CUARENTA CÉNTIMOS

A Pablo Albera, clérigo suyo, le dice una vez: "Nuestra iglesia es muy pequeña. Apenas la mitad de los alumnos caben en ella. Vamos a construir otra, que sea grande, bella, magnifica, adonde vendrán generaciones de generaciones a pedir favores a la Virgen."

El viven clérigo lo mira sorprendido. La salud de Don Bosco es desastrosa; escupe sangre, apenas se alimenta, se ha desmayado ya dos veces en público; hace poco él mismo anunciaba próxima su muerte. ¿Y ahora?

En medio de sus muchachos, que juegan:

—Vamos a levantar una iglesia magnifica a la Madre de Dios... ¿Cómo debemos llamarla?

Coda cual propone un nombre.

— ¡No acertáis! La llamaremos de María Auxiliadora.

Es advocación nueva para el pueblo, que no recuerda la historia. La civilización europea estaba en peligro. Los musulmanes avanzaban sobre el mundo cristiano. El Papa Pío V ordenó se invocara a la Virgen "Auxilio de los Cristianos", y oró por la escuadra de don Juan de Austria, que en aguas de Lepanto iba a medirse con la Media Luna. La victoria de aquel día memorable consagró la devoción de María Auxiliadora.

Los muchachos hallan de su gusto la historia y el nombre; pero no así los funcionarios municipales, a quienes algún tiempo después se les presentan los planos para su aprobación.

— ¿Qué quiere decir esto de María Auxiliadora?

—Señor arquitecto, usted, con sus muchas ocupaciones, no habrá tenido tiempo de estudiar la historia de ese nombre.

Y Don Bosco vuelve a explicarla.

El arquitecto había olfateado bien. Aquello tenía un fuerte sabor político. Hace un año apenas, Lamoriciere, general pontificio, al partir en campaña contra el rey Víctor Manuel, arengaba a sus tropas comparando a los enemigos del Papa con los musulmanes. ¡Y ahora Don Bosco pretende erigir una iglesia en Turín con el nombre de la Virgen invocada en Lepanto!

— ¡Hum! ¡Esto suena mal! Parece el anuncio de una nueva Cruzada; pero no contra los turcos, sino contra los piamonteses. Don Bosco sonríe y consiente en quitar de los planos ese título. "Iglesia en Valdocco", nada más, y así se los aprueban.

A fines de abril del 64, se coloca la primera piedra de los cimientos. La cara de Don Bosco resplandece de alegría. Ha prometido pagar algo a cuenta al empresario de las obras, que tiene que abonar la quincena a mis albañiles.

¡Bravo, Carlos Buzzetti! Hoy es un gran día. Voy a darte lo prometido. No será mucho, pero te aseguro que es todo lo que tengo.

Don Bosco extrae pausadamente de su faltriquera aquel viejo bolsillo donde junta el donativo de los magnates y el óbolo de la viuda, y lo vuelca enteramente en la mano entendida del ilusionado Buzzetti. ¡Ocho sueldos! ¡Cuarenta céntimos!

— ¡Estate tranquilo! Esto es lo mío, pero la "Madona" a enviar lo suyo para pagar su Iglesia. Yo no seré más que el cajero.

Los que escuchan hallan un poco fuerte la escena. ¡Don Bosco es un temerario! ¡Don Bosco no tiene sentido común! ¡Quebrará! ¡Acabará en la cárcel!

Don Bosco sonríe con aquella característica sonrisa suya, hecha de confianza en Dios y, ¿por qué no decirlo?, de conocimiento de las cosas futuras, y responde:

—No temáis; es necesario que nosotros comencemos; después, Dios nos ayudará. Ya veréis cómo los *cuatrini* (dinero) vienen solos...

Gente había que meneaba la cabeza con escepticismo y replicaba como Achaz, rey de Judá:

— ¡Yo no osaría tentar a Dios!

Veinte años atrás, en una noche de marzo, había tenido un largo sueño. Su terrible protectora la marquesa de Barolo acababa de notificarle que debía dejar libre el pequeño local que hasta entonces le había prestado. Con esta sentencia se durmió, y soñó así:

"Me pareció encontrarme en una gran llanura, llena de muchachos, abandonados de sus padres, malcriados y corrompidos. Blasfemias, batallas, indecencias.

"Cuando una señora que aparece junto a mí, me dice:

"—Acércate a elfos Y trabaja.

"¿Cómo era posible trabajar en un descampado, sin un mezquino refugio, sin la ayuda de nadie? Se lo dije a esa señora, y ella me mostró un prado:

"— ¡Trabaja allí!

"— ¡Pero esto no es más que un prado!

"— ¡Mi hijo y sus apóstoles no tenían ni un palmo de terreno!

"Comencé a trabajar hablando a los muchachos, predicándoles...

"—Todo es inútil, Señora, mientras no tenga una casa donde recogerlos.

"Ella me condujo un poco más arriba.

"— ¡Mira!

"VI una iglesita de techo bajo, y allí me retire con los que quisieron seguirme. Pronto fue demasiado pequeña. La Señora me mostró una mayor, con una casa contigua, Y, mostrándome al lado un terreno, dijo:

"—Esta tierra está regada con la sangre de los mártires de Turín, Aventor, Octavio y Solutor. Quiero que aquí Dios sea honrado en forma especialísima.

"Puso el pie en el sitio preciso.

"— ¡Mira!

"Y yo vi un Inmenso templo con muchos edificios alrededor y una cantidad de personas que me ayudaban. La multitud de niños crecía minuto a minuto."

Diez años después de este sueño, en 1856, un docto canónigo, monseñor Gastaldi, que fue después el arzobispo de Turín, realizó investigaciones prolijas en la Historia y en las tradiciones, y publicó un libro, estableciendo que los tres soldados cristianos Octavio, Aventor y Solutor salieron de los muros de Turín y se refugiaron cerca del río Dora. Sus perseguidores los descubrieron y los martirizaron no lejos de su refugio, en el sitio que se llama *Valle*

de los asesinados, *Valle occisorum*, y, por corrupción del término, *Val d'occo*...

Cuando el ingeniero Spezia presentó a Don Bosco el boceto de la futura iglesia, vio que era la que ya había visto en su sueño.

¿Cómo no iba a confiar en verla concluida, aunque sólo tuviese cuarenta céntimos para pagar la primera quincena? La Virgen quería que se hiciera, y hasta le había marcado el lugar con la punta del pie; era asunto más de Ella que de él.

— ¡Ella mandará los *quatriani!* ¡Yo seré el cajero! No es mi honor el que está en juego si yo voy a la cárcel: es el de Ella...

"Turín, Génova, Bolonia, Nápoles —escribe Don Bosco—, más aún: Milán, Florencia, Roma, habiendo probado el favor de la Madre de las gracias, invocada bajo el nombre de *Auxilio de los cristianos*, demostraron su gratitud con donativos. De más lejos todavía: Palermo, Viena, Paris, Londres y Berlín, recurrieron con plegarias. No me consta que ninguna fuese desoída... Puedo afirmar que cada ángulo, cada ladrillo de esta construcción, recuerda una gracia de la Reina de los cielos."

¡Pero cuántas veces el milagro, haciéndose esperar, ponía a ruda prueba la fe del pobre cajero de la Virgen!

Un día, el 16 de noviembre de 1866, tenía ineludiblemente que pagar 4.000 liras. Por no variar de costumbres, no existía un céntimo en la casa. Tiempo atrás había recibido una carta de un sacerdote a quien los médicos iban a amputarle un brazo gangrenado. "¿Qué haré para salvar mi brazo? ¡Imagínese! ¡No podré nunca más celebrar misa!" Don Bosco responde con gracejo: "Ruegue a María Auxiliadora, y, si se cura, mande un ladrillo para la Iglesia."

He aquí que de la estación del ferrocarril traen una encomienda; la abren: ¡un ladrillo! Don Bosco refiere la anécdota, y todos se precipitan a pulverizar el ladrillo, esperando hallar dentro el dinero que hace falta. ¡Ni un céntimo!

Cariacontecidos, mudos, desde temprano, Don Rua y otros salen a visitar a sus protectores, a ver si logran reunir con un supremo esfuerzo las 4.000 liras.

Después de haber cruzado de punta a punta la ciudad, subido y bajado innumerables veces aquellas solemnes escaleras de piedras que se estilan en los palacios turineses, y haber llamado a muchísimas puertas cada cual vuelve por su lado a eso de las once, y vuelca en las manos de Don Bosco el resultado de su peregrinación. Entre todos, mil liras.

Están consternados, pero en los labios de Don Bosco hay la sonrisa habitual.

—Después del almuerzo, saldré yo —con un cortapapel Junta las minúsculas partículas del ladrillo que han caído sobre su mesita —. Si durante mi ausencia vienen a cobrar que me esperen...

A la una coge el sombrero y sale. No bien desaparece, llega al Oratorio en su busca un criado de casa rica.

— ¡No está! ¡Ha salido!

— ¿Dónde podría hallarlo?

— ¡Echarle un galgo!

Don Busco marcha de prisa, y el criado lo busca al azar por las calles y los pórticos de la gran ciudad.

En Puerta Nueva se topa con él de manos a boca.

— ¡Señor Don Bosco! Mi amo tiene apuro en verle.

— ¡Vamos allá! ¿Está enfermo su amo?

—Sí, hace años no se levanta de la cama. Es muy caritativo... ¿Sabe que él podría ayudarle para su iglesia?

—Sí, ¿eh?

—Pero... es un poco..., diríamos desconfiado. Primero quiere ver los hechos; después abre la bolsa…

— ¡Madre mía! —exclama Don Bosco para sí—. Yo he hecho tantas veces lo que tú me has pedido… ¿Consentirás en hacer hoy lo que yo te voy a pedir?

Con la sensación de que la Virgen se ha puesto en sus manos, Don Bosco penetra en el palacio del enfermo, que hace tres años vive crucificado por los dolores.

—Si yo pudiera sentirme aliviado, haría algo por usted.

—Muchas gracias. Viene a punto su deseo. Necesito precisamente ahora tres mil liras.

—Está bien; obténgame siquiera un alivio, y a fin de año se las daré.

—Es que yo las necesito ahora mismo.

El enfermo cambia penosamente de postura y, mirando fijamente a Don Bosco, le dice:

— ¿Ahora? Tendría que salir, ir yo mismo al Banco Nacional, negociar unas cédulas... ¡Ya ve!, es imposible.

—No, señor; es muy posible —replica Don Bosco mirando su reloj—. Son las dos de la tarde... Levántese, vístase y vamos allá dando gracias a María Auxiliadora.

— ¡Este hombre está chiflado! —rezonga el viejo entre las cobijas. Y, en voz alta: —Hace tres años que no me muevo en la cama sin dar gritos de dolor, ¿y usted dice que me levante? ¡Imposible!

—Imposible para usted, pero no para Dios— ¡Animo! Haga la prueba...

Al rumor de las voces han acudido varios parientes, la pieza está llena. Todos piensan de Don Bosco lo mismo que el enfermo,

—Traigan la ropa del señor, que va a vestirse —dice Don Bosco—, y hagan preparar el coche, porque va a salir. Entretanto, nosotros recemos.

Llega el médico.

— ¿Qué imprudencia está por cometer, señor mío?

Pero ya el enfermo no escuchaba más que a Don Bosco; se arroja de la cama y empieza a vestirse solo, y solo, ante los ojos maravillados de sus parientes, sale de la habitación Y bala las escaleras y sube al coche.

Detrás de él, Don Bosco.

— ¡Cochero, al Banco Nacional!

Ya la gente ha perdido memoria de él; apenas le conocen. Vende sus cédulas y entrega al "cajero de la Virgen" sus tres mil liras.

Como éste, muchos otros portentos.

En 1866 colocaban el último ladrillo de la enorme cúpula y no tardaba en entregarse al culto el nuevo templo. Concebida con audacia y con belleza, es todavía la más ilustre entre centenares de hermosas iglesias salesianas que existen en el mundo.

Don Bosco podía descansar.

— ¿Descansar nosotros, cuando el diablo no descansa? ¡En la eternidad descansaremos!

El barrio de Porta Nuova, donde había años antes fundado un Oratorio, estaba Infectado de valdenses y carecía de una iglesia

capaz, porque era una porción nueva de la ciudad, en pleno crecimiento.

Allí hay que hacer la nueva iglesia salesiana, también, concebida en grande, como concibe Don Bosco sus obras. De estilo romano-lombardo, 60 metros por 25, suficiente para 5.000 personas. ¿Cuánto cuesta? ¡Millones! El portamonedas está como siempre, pero Pío IX le ha dicho: "¡Adelante! ¡La bendición de Dios no os faltará!" y le ha dado la primera oferta: dos mil liras.

La iglesia, que es una de las más hermosas de Turín, se termina cuando ya no vive tan generoso protector. Otro Papa, León XIII, reina en su lugar; pero Don Bosco, por amor al que se llamó Juan Mastal Ferretti, la dedica a San Juan Evangelista.

Don Bosco está viejo y achacoso. El nuevo Pontífice ha oído contar que, para edificar un templo, realiza a manos llenas los milagros. Precisamente en Roma, desde los tiempos de Pío IX, hay un templo en construcción dedicado al Corazón de Jesús, sobre el Esquilino, en un radio sin iglesias católicas, pero ya sembrado de capillitas protestantes. Los fondos se han concluido, las obras se han detenido en los cimientos, hace falta un taumaturgo que tenga crédito inagotable con Dios. ¡Que venga Don Bosco! Reaparece Don Bosco en Roma. Llega hasta el Papa con sus pobres piernas doloridas e hinchadas, la cabeza atormentada con una extraña enfermedad que le ha deformado los huesos del cráneo, levantándoselo como la corteza de un pan que leuda.

Ha soportado atroces dolores sin interrumpir sus trabajos, sin dejar de contestar una sola carta.

— ¿Qué quiere de mí, Santo Padre?

—Que os hagáis cargo de la erección de este templo...

—El deseo del Papa es para mí una orden, y lo acepto, Santidad.

—No puedo daros dinero: tendréis que buscarlo vos.

—Yo no pido dinero a Vuestra Santidad, sino su bendición.

El Papa lo bendice con toda el alma, y, cual si fuera poco todavía el comprometerse a construir este templo, Don Bosco pide permiso para edificar algo más.

— ¿Qué cosa?

—Un Oratorio festivo, como los de Turín, y un gran colegio de artes y oficios, donde se puedan recoger tantos pobres niños desamparados...

— ¡Oh, de todo corazón!

Le muestran los planos del templo; Don Bosco los halla pequeños; hay que hacer algo más digno de Roma, para honrar al Corazón de Jesús...

Vuelve a Turín, pone en conocimiento de los seis consejeros de la Congregación el encargo, que ha aceptado, y en vez de la aprobación unánime que espera, halla mil objeciones. ¿Cómo osa Don Bosco, a su edad, con sus enfermedades, tomar un empeño que abreviará su vida?

No solamente eso. También hay que pensar que la Iglesia de San Juan Evangelista no está del todo pagada. Hay pendiente una deuda enorme, que pesa como una montaña sobre la Congregación.

Don Bosco defiende lo que ha hecho y somete a votación secreta el negocio. Realizado el escrutinio, hay seis votos en contra y uno solo, ¡el de él!, a favor.

— ¡Habéis votado con prudencia humana, y está muy bien! Ahora pensar que el Corazón de Jesús va a pagar las deudas, entregadle a Él su templo y votad de nuevo.

Esta vez, siete votos a favor. De inmediato se ponen todos en la tarea de recoger fondos. Una lotería monstruosa, con 8.000 premios, cuyos números se difunden por toda Italia y aun más allá.

Siete años después —mayo de 1887—, el templo era consagrado solemnemente. Más de una vez Don Bosco había creído no verlo terminado, y ese día fue como el alba de la gloria, que ya estaba próxima para él.

¡Qué lejos estaba en el espacio y en el tiempo su querido santuario de María Alucinadora! Más de veinte años han pasado. ¡Qué enorme transformación la de Italia, y la del mundo, en esos años!

¡Y cuántas novedades en la historia de su Congregación, qué de asechanzas diabólicas, que tristezas, qué resplandeciente desquite contra el infierno, que, valiéndose de los hombres, ha conspirado siempre contra ella!

Es un amargo drama, cuya historia se va revelando lentamente.

XI

CAÍDA DE ROMA

La política de Cavour había despojado al Papa de la mayor parte de sus dominios. Apenas le quedaban 214 millas cuadradas y Roma, la Ciudad Eterna.

Muerto Cavour, ¿iba acaso el joven rey de Italia, que se proclamaba el más devoto hijo del Pontífice, a renunciar a la sacrílega política? ¿Podría el Papa estar seguro de que, al abrigo de los tratados, no le disputarían aquel grano de arena donde asentaba los pies?

No, ciertamente. Las sociedades secretas no hablan terminado su obra, y Víctor Manuel no concebía su reino sin Roma por capital.

Pero hay tiempos de hablar y tiempos de callar; y él callaba, para no irritar a Napoleón, ahora que no tenía la mano habilidosa de Cavour para embozarlo y conducirlo.

No lo entendía así el *Partido de acción*, cuyo jefe era Mazzini. Teniendo por lema "Roma, o muerte", preparaba la conquista de Roma por todos los medios, y contaba con el prestigio militar de Garibaldi.

Viendo éste que Napoleón impedía los movimientos de Víctor Manuel, se decidió a formar un cuerpo de voluntarios, con los cuales arrojaría de Roma a los franceses y al Papa.

En sus proclamas cubría de maldiciones al emperador, llamándole "asesino de la libertad", "capitán de bandoleros", e invitaba al mundo a la santa cruzada contra el Papa, el cáncer de la humanidad.

Víctor Manuel creyó necesario tranquilizar a las potencias, sin desalentar a las logias, y el 3 de agosto del 82 lanzó también su manifiesto: "¡Italianos! En el momento en que Europa rinde homenaje al buen sentido de la nación y reconoce sus derechos, es doloroso para mi corazón que jóvenes engañados y sin experiencia, olvidando nuestros deberes de gratitud hacia nuestros mejores aliados, tomen por grito de guerra el nombre de Roma, este nombre sobre el cual se concentran nuestros votos y nuestros esfuerzos... Italianos, guardaos de las impaciencias culpables y de las agitaciones irreflexivas. Cuando sea el momento de acabar la gran obra, la voz de vuestro rey se hará oír entre vosotros."

Naturalmente, ni Garibaldi ni Mazzini quisieron aguardar que aquel rey prudente les indicara la hora propicia al zarpazo, y los nuevos cruzados, desde Sicilia, abrieron la campaña contra el Papa.

El embajador francés intimó al Gobierno de Turín que sofocara la rebelión, y Víctor Manuel tuvo que enviar a Cialdini contra Garibaldi. El encuentro de las tropas del rey con las del *condottiere* se realizó en Aspromonte el 29 de agosto del 62.

Cialdini, que dos años antes había ganado las minúsculas batallas de Castelfidardo y de Ancona, contra el Papa, gano esa vez otro nombre para el pedestal de su rey, derrotando a Garibaldi, que, herido en un pie, cayo prisionero.

Castelfidardo, Ancona, Aspromonte y después Porta Pía, son las únicas jornadas cuya gloria no tuvo que compartir Víctor Manuel con aliados más poderosos, que se atribuían la parte del león.

El emperador quedó satisfecho y pudo con más libertad seguir el juego de sus dos políticas: una, pública, que lo hacía aparecer ante los católicos como defensor del Papa; otra, secreta, con que iba soltando poco a poco la brida a la insaciable ambición de Víctor Manuel.

Obra de esta política fue el acuerdo del 15 de septiembre del 69, por el cual Francia retiraba sus tropas de Roma, a condición de que Italia garantizase la seguridad del Papa en su dominio.

Equivalía a hacer al lobo guardián del cordero.

"Artículo I° — Italia se obliga a no atacar el actual territorio del Santo Padre y a impedir, aun con la fuerza, todo ataque proveniente del exterior contra los Estados Pontificios.

"Art. 2.º — Francia retirará sus tropas gradualmente, a medida que el ejército del Papa se organice. "De todas maneras, la evacuación quedará cumplida en dos años."

Por ese tiempo, Bismarck urdía la unión de los diversos reinos y principados alemanes alrededor de Prusia, que vendría a ser el Piamonte de la gran Alemania.

Austria, para Bismarck, tenía el pecado de ser una potencia católica, adicta al Papa, y había que eliminarla de la dirección de los pueblos alemanes.

Política impopular en Prusia y, más que todo, en Baviera, pues significaba la guerra entre pueblos hermanos. Política temeraria para una potencia de segundo orden, como era Prusia.

Política imposible, si Francia adivinaba los planes remotos de Bismarck.

Necesariamente, Francia cortaría con su espada la carrera del *Canciller de hierro*.

Después de haber cometido la imprudencia de formar un vecino ambicioso y fuerte, rival suyo en el Mediterráneo, no era posible que Napoleón consintiera en la formación de un imperio germánico en su frontera oriental, a costa de la humillación de Austria, la sola potencia interesada en refrenar a la Italia turbulenta y unida.

Bismarck tenía un insolente desprecio por aquel pobre señor de los franceses, víctima de su incurable falsía y de su desequilibrada ambición. No necesitada engañarlo: lo dejaría engañarse solo.

Muerto Cavour, sentía Bismarck que no había en Europa un solo estadista capaz de penetrar sus secretos y desbaratar sus planes.

En el balneario de Biarritz, como Cavour en Plombieres, habló Bismarck con Napoleón III, y juntos rehicieron el mapa de Europa.

Napoleón prometía permanecer neutral en una guerra de Prusia contra Austria; pero exigía compensaciones. Quería el territorio que hay desde el Rin al Mosela. Quería también el Luxemburgo y Bélgica. Por su parte, Bismarck nada le prometió, pero le dejó creer que, en la hora de la paz, él sería el árbitro de las condiciones.

Luego se volvió a Víctor Manuel, que estaba al borde de la quiebra, aplastado por deudas ingentes y déficits crónicos, que no habían podido cubrir los bienes arrebatados a todos los conventos de la península.

Hablar al rey soldado de otra guerra, era ponerlo inmediatamente de su parte. ¿Pero en qué condiciones se comprometía a atacar a Austria en la frontera del Mincio, al mismo tiempo que Prusia lo atacase en tierra alemana?

El 8 de abril del 68 se firmaba un tratado de alianza en Berlín. Su precio: 120 millones de francos, que Prusia adelantaba a Italia, y después, Venecia, la perla del Adriático, poseída aún por el emperador de Austria, para la corona de Víctor Manuel.

Las hostilidades comenzaron a mediados de junio, y aunque los estadistas preveían una nueva guerra de Treinta Años, apenas duró un mes.

Al frente de los italianos marchó su rey, ávido de gloria, sintiendo sobre él los ojos de Prusia, su nueva amistad. Al cuarto día, el archiduque Alberto lo derrotó en Custozza. Era el mismo campo de batalla donde, dieciocho años antes, fuera vencido su padre, Carlos Alberto, también por los austriacos.

En el frente alemán los asuntos marcharon de otro modo. Los prusianos ganaron la decisiva batalla de Sadowa, y el emperador Francisco José, sintiendo Viena amenazada, ofreció Venecia a Napoleón III, para que la cediera a los italianos, a cambio de que éstos depusieran las armas.

Víctor Manuel prefirió continuar la guerra, esperando un cambio de fortuna. Además, quería también anexionarse el Tirol.

Pero su escuadra fue desecha en Lissa, y Bismarck, sin consultarle, y temiendo que las complicaciones diplomáticas amenguasen el fruto de su fulminante victoria, concertó un armisticio y luego la paz, que se firmó en Praga el 23 de agosto del 66.

Como resultado, Italia ganaba, por fin, Venecia, y Prusia pasaba de 280.000 kilómetros, con 19 millones de habitantes, a 352.000, con 24 millones, formaba la confederación de la Alemania del Norte y adquiría el rango y la fuerza de potencia de primera clase.

Napoleón, que presidía el Congreso de la Paz, no obtuvo ninguna compensación, y Bismarck guardó, para publicarlo en 1870, el borrador de la nota en que pretendía Bélgica y Luxemburgo.

La paz de Praga dejaba a Francia prisionera entre dos naciones, a cuya unidad había contribuido, pero cuya amistad no ganaría nunca, porque tenían intereses opuestos a los de ella.

Solferino engendró a Sadowa. No tardaría Sadowa en engendrar a Sedán.

Por su parte, Víctor Manuel quería borrar el humillante recuerdo de sus recientes derrotas con una conquista que no debiera a Francia ni a Prusia.

Contra el Papa, sus armas habían mostrado ser más venturosas.

¡Y bien, ahí estaba Roma! "Italia e fatta, ma non e compluta", había dicho abiertamente: Italia está hecha, mas no consumada.

Napoleón, enfermo y triste, empezó a comprender que su decadencia nacía de su traición al Papa. Si él no hubiera permitido Castelfidardo, si Víctor Manuel no hubiera acrecentado sus dominios con la mayor parte de los Estados Pontificios, no habría estado en condiciones de ofrecer a Prusia una alianza útil contra Austria. Ahora Prusia, engrandecida, entraba a disputar a Francia la dirección política de Europa.

Aleccionado por esa historia, resolvió no permitir que Víctor Manuel despojase al Papa de su último pedazo de tierra.

Le quedaba al rey de Italia el recurso de volver a cazar con halcón.

A fines de ese año 66, la guarnición francesa abandonaba Roma, conforme al Convenio septembrino del 64, y Víctor Manuel, el 15 de diciembre, anunciaba ante el Parlamento: "El Gobierno francés ha retirado sus tropas. Por su parte, el Gobierno italiano respetará el territorio pontificio."

Vamos a ver cómo cumplió su promesa.

El Papa había formado un pequeño ejército de diez mil voluntarios, jóvenes ardientes de entusiasmo y de fe, muchos de ellos nobles, y a quienes las plumas a sueldo de las logias llamaban los mercenarios del Papa.

Garibaldi, desde Caprera, donde parecía prisionero, custodiado por siete naves de guerra, pudo organizar sus voluntarios, no menos entusiastas, pertrechados en los depósitos de armas del Piamonte y sostenidos por subsidios que votaban las municipalidades italianas y por suscripciones de Inglaterra, y sus lugartenientes abrieron una campaña de escaramuzas que tenían por objeto fatigar y diezmar a los zuavos pontificios y fomentar la revolución en Roma.

Europa se agitó. Francia protestó, y Víctor Manuel. como cediendo a la invitación de los que le recordaban el Convenio de septiembre, puso al mando de Cialdini 40.000 soldados y rodeó el pequeño territorio de la Iglesia, "para protegerlo"...

La verdad es que las guerrillas garibaldinas pasaban libremente por entre los puestos italianos, asaltaban las aldeas, cometían toda suerte de violencias, incendios, saqueos,

asesinatos, y cuando los zuavos acudían, ellas se retiraban a rehacerse más allá de las filas del rey caballero (*galantuomo*).

La farsa era demasiado burda y ya iba fatigando a los casi infatigables diplomáticos. Napoleón amenazó con mandar 12.000 hombres que tenía en Talón si en el plazo de cinco días los garibaldinos no abandonaban el territorio pontificio.

El ultimátum pareció espantar a Víctor Manuel. El gabinete Ratazzi presentó la renuncia y fue reemplazado por otro que formó Cialdini, "el héroe de Castelfidardo". La comedia continuaba.

En esto se supo que Garibaldi se había escapado a través de los siete buques de guerra, y que marchaba sobre Roma al frente de sus legiones.

El 26 de octubre (1866) apareció en Monte Rotondo, pequeña población, a cinco leguas de Ramo, defendida por un puñado de voluntarios, casi todos de la famosa legión francesa de Antibes. Eran 323, y las tropas de Garibaldi más de 5000. Aun así, se sostuvieron durante once horas. Sólo llegada la noche, agotadas sus municiones y cuando el incendio irrumpía en diversas partes de la ciudad, levantaron bandera blanca.

Los sobrevivientes cayeron prisioneras, mas habían retardado la marcha de Garibaldi.

El plan de Víctor Manuel había sido permitir que Garibaldi se apoderase de Roma antes de la llegada de los franceses. Quería poner a Napoleón en presencia del hecho consumado, política favorita de Cavour, que la experiencia demostró siempre eficaz.

Los bravos defensores de Monte Rotonda frustraron el golpe. El 29 de octubre las tropas de Napoleón desembarcaron en Civita Vecchia, y el 30 ocupaban de nuevo la Ciudad Eterna.

Garibaldi, entre tanto, con 10.000 hombres y dos cañones, se atrincheraba en la aldea de Montana, donde el 3 de noviembre lo atacaron 6.000 pontificios con seis cañones.

La acción fue viva y ruda. Los pontificios, inferiores en número, no habrían podido conquistar la posición sin la ayuda de 2.000 franceses, que aparecieron al atardecer.

Por primera vez en las guerras de Italia, se sintió el rumor extraño de los fusiles *chassepots*, nuevo armamento de las tropas de Napoleón.

Puestos en fuga los garibaldinos, su jefe huyó a entregarse al Gobierno Italiano, que lo arrestó durante un mes para salvar las apariencias y le permitió luego volver a su residencia de Caprera.

Esta vez el halcón nada ha cazado. Su carrera está concluida, porque su señor ya no lo necesitará.

Víctor Manuel percibe la decadencia de Garibaldi y la de Napoleón, y los abandona como a un par de limones exprimidos. Bismarck le traza un rumbo, y él abandona a su antiguo aliado. Y vuelve sus ojos a Alemania.

Si Napoleón le ha cerrado el camino de Roma, Bismarck se lo abrirá.

Debe a Francia la corona de Italia; la casa de Saboya está emparentada con los Bonaparte. ¿No recuerda ya que cuando Cavour (palabras de Garibaldi) vendió a Napoleón Saboya y Niza, la princesa Clotilde fue entregada *par dessus le marché?*

¡Oh, sí lo recuerda! Pero, antes que padre, es rey, y quiere completar su reino. *L'Italia e fatta, ma non e compiuta..*.

En el *Testamento político del caballero Walpole, conde de Oxford y ministro de Inglaterra* (dos tomos, publicados en

Ámsterdam en 1867), exactamente cien años antes de Montara, hay un capítulo relativo al Piamonte, en que, con una clarividencia de mago o de poeta, se describe a nuestro rey caballero, devoto y soldado, que en aquellos tiempos también se llamaba Víctor, pero no era más que rey de Cerdeña.

No es una censura; es más bien un elogio de la habilidad maquiavélica de la casa de Saboya. Un párrafo dice así:

"No se trata más, pues, para el rey de Cerdeña, si quiere agrandarse, que de ser hábil para aprovechar las ocasiones; en cuanto a eso, bien se advierte que hasta ahora nada hay que reprochar en este punto al Gobierno de Turín: esta corte no se alía sino con el que ofrece más.

"Según este sistema, ningún aliado le es oneroso. Todos le resultan más o menos útiles, por poco que se examine de cerca la conducta de esta nación durante más de un siglo, se descubrirá que su política está impregnada de la sutileza del aire que respira.

"En una potencia así constituida, no hay vínculo de sangre que el filo del interés no corte. Ad, las consideraciones que ella tiene hacia las alianzas formadas por matrimonios son siempre subordinadas a los intereses actuales del Estado.

"En la situación presente, les Estados que forman Italia pueden considerarse como la ostra disputada por la casa de Austria y la casa de Borbón (Francia). ¿No podría suceder que el rey de Cerdeña viniera a hacer de Juez y parte y dejara las conchas a las dos potencias rivales?" (Recuérdese que Italia estaba entonces, y hasta los tiempos de Víctor Manuel, dividida en siete u ocho pequeños Estados.)

Como nuestro Víctor Manuel fuese hombre de costumbres zafias, se divulgó la especie de que no era hijo de Carlos Alberto,

sino un sustituto del verdadero hijo, muerto en un incendio del palacio.

Nos parece que la pintura, diabólicamente profética, del caballero de Walpore, es un irrecusable *pedigree del rey galantuomo*.

¡No hay vínculo de sangre que el filo del interés no corte! ¡No se alía sino con el que le ofrece más! Dos rasgos atávicos, que se encuentran en el hijo de Carlos Alberto todavía mejor que en su padre.

Bismarck, que había burlado las ambiciones de Napoleón III en el Congreso de Praga, vio venir la guerra de 1870, entre Francia y Prusia, tres años antes que estallara.

No podían tener otro sentido las declaraciones en que el emperador anunciaba que los tratados de Viena de 1815, en que se fijaron las actuales fronteras de Francia, hablan dejado de existir. Hacían coro a estas declaraciones las de los ministros franceses De Moustier y Rouher, que reclamaban una parte de las recientes conquistas de Prusia; y del marqués de la Valette, ministro del Interior, que, en una circular, preparaba al pueblo para nuevos armamentos.

Por crear en Méjico un Imperio filial del suyo, Napoleón III había comprometido buena parte de su ejército, sin lograr afianzar la corona en las sienes del desventurado archiduque Maximiliano de Austria, a quien abandonó finalmente, y que fue fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867.

Ahora que sus diplomáticos de Berlín le anunciaban que el ejército alemán tenía 1.200.000 hombres, Napoleón echaba de menos las legiones deshechas, los tesoros disipados y el prestigio militar perdido en tan loca aventura.

Mala preparación para una guerra.

Buscó alianzas en Austria, en Rusia, en Italia misma, prometiendo a Víctor Manuel el retiro de las tropas francesas de Roma. Ya era tarde. El rey caballero había cerrado trato con Bismarck, "que le ofreció más".

Por de pronto, Víctor Manuel, entendiéndose con Bismarck, evitaba que Bismarck se entendiera con Mazzini, es decir, con la Revolución, con la República.

En 18 de septiembre del 68, Mazzini respondía a un alto personaje prusiano, que desde Florencia (capital de Italia entonces) le pedía su opinión. Y así decía el jefe del Partido de Acción:

"Creo probable la guerra este año. Bien entendido, el Gobierno italiano será neutral, o estará con Francia.

"La guerra contra Prusia no solo está resuelta en el espíritu de Luis Napoleón, sino que le será puesta por las circunstancias. La palabra guerra a Prusia ha sido imprudentemente arrojada entre los oficiales de los cuarteles. Luis Napoleón pierde terreno cada día en Francia. No tiene más defensa que el Ejército, el cual lo abandonaría si lo engañase.

"Para atraerlo, para desviar los espíritus con el fantasma de la gloria y de las conquistas, de las cuestiones de libertad, está obligado a jugar en la guerra su última carta...

"Alemania no puede esperar del Gobierno italiano otra actitud que la neutralidad o la hostilidad. Si cree poder aliárselo contra Francia, está ciega; no conoce ni al rey, ni a los ministros, ni al elemento oficial. Por temor a la opinión pública, el Gobierno italiano comenzará tal vez por ser neutral. Pero el día que Francia quiera obtener su concurso, le bastará decirle: "Os entrego Roma", y ese día, el país, seducido, dejará hacer al Gobierno todo lo que quiera.

"El verdadero secreto de la segunda expedición de Roma ha sido precisamente la necesidad de procurarse una prenda de alianza para la guerra proyectada."

Ya en el año anterior Mazzini mismo había entregado en Florencia al conde Usedon, embajador de Prusia, una nota secretísima dirigida a Bismarck. En ella le anunciaba la guerra de Francia, alada con Italia, contra Prusia, y le pedía un millón de francos y 2.000 fusiles de aguja para provocar la revolución y tumbar a Víctor Manuel.

"Yo no tengo garantías particulares que ofrecer. Mi vida, el fin por el cual trabajo hace treinta años, son las prendas de mi fidelidad a las obligaciones que contraigo...

"El apoyo material, al menos en parte, debe ser entregado antes que se ejecuten las proyectos bonapartistas... Quinientos mil francos de inmediato. En cuanto a los fusiles, una vez hecho el convenio."

Bismarck no echó en saco roto ni los avisos ni la proposición de Mazzini; pero al mismo tiempo que seguía con él la correspondencia, por intermedio de amigos secretos y fidelísimos, abrió con Víctor Manuel aquellas sutilísimas conversaciones, que lo alejaron definitivamente de la alianza francesa, sin que lo advirtiera Napoleón.

Ni Rusia, que no perdonaba sus derrotas de Crimea, ni Austria, que no olvidaba Solferino, quisieron entrar en las combinaciones del decaído emperador, que, por afianzar su dinastía, iba a provocar la guerra que Bismarck deseaba de todo corazón.

En estas circunstancias, Napoleón quiso ver si su pueblo ratificaba su política. El 8 de mayo de 1870 tuvo lugar el famoso

plebiscito, en que 7.200.000 ciudadanos depositaron un sí en las urnas, contra 1.500.000 que depositaron el no. El entusiasmo oficial por la guerra había contagiado a la inmensa mayoría, en vísperas de la inconmensurable catástrofe. Esto no es para acrecentar la fe en los plebiscitos.

Sólo faltaba la ocasión. Napoleón no tendría que calentarse los cascos, porque Bismarck iba a ayudarle a buscarla. Y fue la cuestión española. El general Prim, que había derrocado a Isabel II, ofreció la corona de España al príncipe Leopoldo de Hohenziallern, de la casa real de Prusia, y Bismarck influyó para que la aceptara. ¡Furia del emperador! Un rey prusiano en España ponía a Francia entre dos fuegos. Vetó la candidatura del Hohenziallern y exigió que Guillermo I hiciera otro tanto.

Bismarck dio marcha atrás, y pareció acatar el veto imperial y Guillermo I, que vacilaba ante una nueva guerra, no opuso dificultades e hizo anunciar oficialmente que el príncipe Leopoldo renunciaba a lo que ya había aceptado.

Demostración de timidez o debilidad, que inflamó la arrogancia de Napoleón. La opinión favorable a la guerra había hecho largo camino en Francia. De los cuarteles, el entusiasmo se contagió a la calle. "¡A Berlín!", se gritaba en toda la nación.

Napoleón aprovechó el estado de los espíritus para dar un golpe teatral, a la manera del otro Napoleón, un golpe que no sólo redujera a su enemigo, sino que lo humillara: exigió del rey de Prusia el compromiso de que jamás permitiría a ningún príncipe de su casa la aceptación de una nueva candidatura. El duque de Grammont, su ministro de Relaciones exteriores, redactó al efecto el borrador de una carta que el rey debía firmar.

Benedetti, embajador francés, a quien ya vimos actuar con Cavour, presentó el singular papel a Guillermo I. Inútil ponderar la indignación del viejo rey. Por dos veces Benedetti volvió a la carga, y el rey se negó a recibirlo.

El Gobierno francés tomó esta negativa como un insulto, y el 19 de julio del 70 declaró la guerra. Bismarck tenía lo que deseaba: una guerra, mano a mano, con Francia, ante la Europa consternada, que, al ver dos naciones de 40 millones de habitantes entrar en conflicto creía en el advenimiento de la revolución universal.

Sólo Pío IX se animó a ofrecerse como mediador de la paz antes que las hostilidades comenzaran:

"Os parecerá extraño —escribió al rey de Prusia— que nos dirijamos a Vuestra Majestad con esta carta... Esta mediación os la ofrece un monarca que no puede como tal suscitar envidia, y que, por otra parte, puede merecer confianza por la influencia moral y religiosa de que es centro..."

Al emperador de Francia le escribió en iguales términos. Guillermo, aunque protestante, le respondió con emoción y cortesía: "No me han sorprendido, sino conmovido, las tiernas palabras trazadas por vuestra mano para hacernos oír la voz del Dios de la paz… Dios es testigo de que ni yo ni mi pueblo hemos deseado ni provocado esta guerra… Hemos sacado la espada para defender la independencia y el honor de la patria… Si vuestra Santidad pudiera ofrecerme de parte del que tan inopinadamente ha declarado la guerra la seguridad de disposiciones sinceramente pacíficas y garantías contra la renovación de semejante violación de la paz, no sería yo el que se negarla a aceptarlas de las venerables manos de Su Santidad..."

Napoleón respondió secamente, por intermedio de su embajador, que la excitación de los ánimos en Francia no le permitía cerrar la contienda pacíficamente.

Ni en esos momentos se desengañó de que lo habían dejado solo; y para poner de su parte a Víctor Manuel, mandó retirar de Roma la guarnición francesa, que defendía al Papa. No era que su enorme ejército, "listo y archilisto", como decía el ministro de Guerra, necesitara aquel puñado de tropas. Otra era la razón, y lo afirmaba así el duque de Grammont, en nota del 31 de julio: "No evacuamos el Estado romano por necesidad estratégica, sino por una evidente necesidad política... Debemos conciliarnos las buenas disposiciones del Gabinete italiano..."

Equivalía a decir a Víctor Manuel: "Te doy la Roma del Papa, si la quieres, a cambio de tu ayuda, como me diste Niza y Saboya a cambio de la mía..."

El rey caballeresco y soldado era mucho más ladino que Napoleón. Había cambiado el quepis francés por el casco prusiano, mas quería ver, antes de moverse, cómo andaban las cosas.

El generalísimo prusiano, Moltke, no le hizo esperar mucho. Del 2 al 6 de agosto salieron del Estado romano los últimos guardianes de la independencia pontificia. Esas fechas señalan las primeras derrotas de Napoleón: Wissembourg, Froeswiller, Forbach... El 2 de septiembre, el emperador capitulaba en Sedán y caía prisionero de guerra con 80.000 soldados. Vanamente su enviado intentó ablandar a Bismark para obtener una rendición honorable. Bismarck lo interrumpió duramente: "Francia, en dos siglos, ha declarado treinta veces la guerra a Prusia... No habéis podido perdonarnos Sadowa... ¿Vais a perdonarnos Sedan?

¡Jamás!... Es necesario que Francia sea castigada en su orgullo y en su carácter, agresivo y ambicioso."

Y, sin misericordia, dictó las condiciones de la capitulación. El 4 de octubre, el segundo Imperio había terminado, y comenzaba la tercera República.

¡Esta es mi hora!, se dijo Víctor Manuel. Ordenó la prisión de Mazzini en Gaeta, para desbaratar sus intrigas, y escribió al Papa una carta que no habría ruborizado a aquel Mazzini del año 48, autor de otra que hemos citado.

"Beatísimo Padre: Con afecto de hijo, con fe de católico, con lealtad de rey, con ánimo de italiano, me dirijo al corazón de Vuestra Santidad.

"Aprovechándose de la guerra que desuela el centro del continente, el partido de la revolución cosmopolita crece en audacia e impudicia…

"Yo sé, Beatísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo no será nunca menor que la de los sucesos; pero yo, como rey católico e italiano, custodia y garantía, por disposición de la Divina Providencia y por voluntad de la nación, de los destinos de todos los italianos, me siento en el deber de tomar frente a Europa y al catolicismo la responsabilidad de mantener el orden en la península y la seguridad de la Santa Sede.

"El estado de ánimo, Beatísimo Padre, de los pueblos que Vuestra Santidad gobierna, la presencia entre ellos de tropas extranjeras, son un germen de agitación y de peligro evidente...

"Me veo, pues, en la indeclinable necesidad, por la seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que mis tropas, que ya guardan las fronteras, penetren y ocupen las posiciones indispensables para

seguridad de Vuestra Santidad y para el mantenimiento del orden. No vea Vuestra Santidad un acto hostil...»

En menos palabras: el rey caballeresco, devoto y soldado se mostraba afligido de que las tropas extranjeras, los voluntarios del Papa, pudieran conspirar contra la vida de su Beatísimo Padre, y tenía impaciencia de penetrar en Roma, con los héroes de Castelfidardo y de Ancona, a salvaguardar tan preciosa existencia.

No importa que el Convenio de septiembre previese la formación de un ejército pontificio, compuesto de voluntarios extranjeros; tampoco importa que el artículo primero de dicho Convenio disponga: "Italia se obliga a no atacar el territorio del Santo Padre y a impedir con la fuerza todo ataque proveniente del exterior contra dicho territorio..." Importa menos todavía que millares de soldados, entre ellos muchos piamonteses, hayan sucumbido en los campos de Crimea para mantener contra Rusia y en favor de Turquía el principio de "no intervención" de un Estado en la política interna de otro.

El impetuoso amor de Víctor Manuel lo impulsa a considerar como un papel mojado los compromisos que llevan su firma, y hasta a imponer a cañonazos al Papa su caballeresca protección.

El conde Ponza di San Martino es el enviado que va a entregar a Pío IX, la carta de Víctor Manuel. Pío IX lo acoge con cariño, le habla de un hermano jesuita que tiene el conde, y, en habiendo leído la carta, exclama, con punzante sarcasmo:

— ¡Sepulcro blanqueado! He aquí a donde la revolución ha hecho descender a un rey de la casa de Saboya. No le bastaba a la revolución destronar a los reyes o decapitarlos; ahora necesita envilecerlos.

Y respondió en pocas líneas al rey:

"No entro en los detalles de vuestra carta, para no renovar el dolor que su lectura me ha causado. Bendigo a Dios, que ha permitido a Vuestra Majestad colmar de amargura el último periodo de mi vida... No puedo admitir ciertos pedidos… Me pongo en las manos de Dios, rogándole conceda muchas gracias a Vuestra Majestad, lo libre de peligros y le dispense la misericordia que necesita."

Víctor Manuel, que adivina lo que le contestarán, no ha aguardado la respuesta del Papa. El 11 de septiembre da orden de avanzar a sus tropas por tierra y por mar. ¡También por mar! Porque si su ejército quiere desquitarse de Gustozza, su escuadra quiere hacer olvidar la derrota de Lissa.

El general Rafael Cadorna, un apóstata, antiguo canónigo de Milán, manda las tropas del rey, y sitia a Roma con 60.000 soldados. El general Kangler manda las del Papa, y tiene 9.600.

En vísperas de la batalla, el Papa escribe a Kangler esta carta magnífica.

"Señor general: Ahora que va a consumarse un gran sacrilegio y la más enorme injusticia, y las tropas de un rey católico, sin provocación, sin ni siquiera la apariencia de un motivo, sitian la capital del mundo católico, siento, en primer lugar, la necesidad de agradecer a usted, señor general, y a todas nuestras tropas, su generosa conducta y la adhesión demostrada hacia la Santa Sede y la voluntad de consagrarse enteramente a la defensa de esta metrópoli. Sean estas palabras un documento solemne que certifique la disciplina, la lealtad, el valor de las tropas al servicio de esta Santa Sede.

"En cuanto a la duración de la defensa, me siento en el deber de ordenar que se limite a ser una protesta, suficiente para que se

compruebe la violencia, y nada más; esto es, que a los primeros cañonazos se inicien negociaciones para la rendición.

"En momento en que Europa deplora víctimas numerosísimas, consecuencia de una guerra entre dos grandes naciones, no se diga jamás que el Vicario de Jesucristo, aunque asaltado injustamente, haya consentido en el menor derramamiento de sangre.

"Nuestra causa es de Dios, y nosotros ponemos en sus manos toda nuestra defensa.

"Bendigo de corazón a usted, señor general, y a toda la tropa.

"En el Vaticano 19 de septiembre de 1870."

Al día siguiente, ¡el histórico 20 de septiembre!, a las 5,15 de la mañana, las baterías del general Cadorna bombardean la ciudad pontificia. Los cañones del Papa responden.

A las nueve y cuarto, una brecha de treinta metros se abre en aquella muralla, que tiene quince siglos de existencia y Cadorna lanza dos regimientos al asalto.

Kangler ha mandado el anuncio al Vaticano y espera la orden de parlamentar; pero, entretanto, los zuavos reciben el asalto con un fuego bien nutrido, que hace retroceder al adversario. "¡Viva Pío IX"!, gritan, y al grito de "¡Viva Saboya!", los piamonteses vuelven a la carga. Los zuavos preparan las bayonetas...

En ese momento, Kangler manda cesar el fuego y levanta bandera blanca.

A la misma hora, todo el cuerpo diplomático escucha conmovido las palabras del Pontífice.

"Señores, he dado orden de capitular... Abandonado de todos, tarde o temprano sucumbiría. ¿A qué verter más sangre? Vosotros

sois testigos, señores, de que el extranjero no entra aquí sino por la fuerza; que si franquea mi puerta, es rompiéndola; esto me basta; el mundo lo sabrá y la Historia lo dirá un día… ¡No lloro por mí, sino por esos pobres hijos míos, que querrían defenderme...!"

En efecto, la orden de cesar el combate llenó de consternación a los zuavos, que hablan jurado morir por Pío IX. Muchos hablan caído ya, y muchos más envidiaban su suerte.

Mas fue forzoso librar la brecha de Porta Pía al vencedor.

Así cayó Roma, y con ella perdió Pío IX el último grano de arena sobre el cual asentaba los pies. Masones, ateos, protestantes de todo el mundo, aplaudieron la conquista de Víctor Manuel. Garibaldi rechinó los dientes, por no haber sido él quien ganara la gloria de Porta Pía.

Y en el corazón de los sectarios brotó la esperanza de que Pío IX fuera el último Papa.

Pero Víctor Manuel no era más que un episodio en la lucha secular del infierno. La Iglesia conocía el rostro de muchos perseguidores más temibles aún. Habla visto a Nerón y a Diocleciano. A Constancio y a León el Isauro. A Enrique IV y a Federico II. A Arnaldo de Brescia y a Cola de Rienzi. A Felipe IV y a Luis de Baviera. Y había visto al más grande de todos: a Napoleón I.

"Hace sesenta años —escribía Veuillot en 1850— no se decía misa en Francia sino en el fondo de los subterráneos y de los desiertos; y los librepensadores, victoriosos, viendo sus filas repletas de sacerdotes apóstatas, clavaban en Valencia (Delfinado) el ataúd de un cautivo que era el "último Papa". ¿Y bien?... Los católicos lo sabían: ese ataúd del último Papa no encerraba al Papado. Pío IV había muerto cautivo; Pío VIII, elegido bajo la

protección de las bayonetas rusas, estaba libre y vivo; Pío IX nacía. La cuna de Pío IX ha flotado en la sangre de los sacerdotes degollados."

XII

EL CONCILIO VATICANO

¿Un hombre de carne y hueso puede ser infalible? ¿Un hombre nacido, como todos, del lejano barro que Dios amasó en el sexto día, que ha heredado las pasiones y el pecado de cien generaciones, puede conocer la verdad absoluta y ser exento de engaño y ser incapaz de mentira?

¿Y ese hombre es el Papa? ¿Ese hombre han sido todos los Papas, lo mismo Pedro y Gregorio VII y Pío V. que Benedicto IV y Alejandro VI?

¿Y quién se apresta a declarar eso como un dogma que todos debemos creer so pena de anatema? Pío IX, en el preciso momento en que se hunde su trono temporal y la Historia comprueba que su política no fue infalible.

¡Absurdo, absurdo! En vano los teólogos responden que no es una verdad nueva: que en el seno de la Iglesia la infalibilidad del Papa ha sido una tradición constante, pero que sólo es infalible el magisterio del Papa, y no el ministerio; es decir, que no puede equivocarse cuando enseña lo que se debe creer o practicar, pero sí cuando habla u ordena como soberano.

La masonería no comprende, y se escandaliza y resuelve contestar al concilio del Papa en Roma con un anticoncilio en Nápoles.

Los más famosos librepensadores de la época se adhieren: Michelet, Quinet, Littré, Garibaldi, Ausonio, Franchi, Gianni... Y en este anticoncilio se definirán los antidogrnas obligatorios para todos los que alardean de pensamiento libre.

Los Gobiernos se irritan. La Francia de Napoleón III, la Italia de Víctor Manuel, la Prusia de Bismarck, la Baviera de Luis II, son un mar de controversias y de proyectos para salvar la libertad moral del mundo.

Creencia constante de la Iglesia, la infalibilidad del Papa, no era, sin embargo, creencia unánime. Como casi todos los dogmas antes de ser definidos, tenía sus adversarios. En el siglo XV, el episcopalismo; en el XVII, el galicanismo y el jansenismo; en el XVIII, el febronianismo, negaron el magisterio infalible del sucesor de Pedro, atribuyéndole esa infalibilidad sólo cuando contaba con el consentimiento de los obispos. La Iglesia, infalible; pero no la persona del Papa.

Si se recuerda que el gran Bossuet, casi un doctor de la Iglesia, en la asamblea de los obispos y arzobispos franceses alzados contra la primacía del Papa, en 1682, fue el redactor de la famosa *Declaración*, especie de Confesión de Ausburgo de la nueva herejía, puede comprenderse la raigambre que el galicanismo tenía en Francia con tan ilustre antecesor.

Dos Papas, Alejandro VIII (1690) y Clemente IX (1706) condenaron la Declaración galicana: y, a pesar de eso, el galicanismo, que hacía de la Iglesia francesa una iglesia más dependiente del rey o del emperador que del Papa, ha llegado hasta los tiempos de Pío IX, acrecentando su caudal con las aguas turbias del jansenismo, que se apresuró a confundirse con él para salvar siquiera algunas gotas de su doctrina.

En la bula de convocatoria del Concilio Vaticano, nada se decía acerca de la infalibilidad; pero no tardó en saberse que una gran mayoría de los obispos deseaba que ese punto se definiera como un dogma.

El Concilio debía abrir sus sesiones el 8 de diciembre del 69. Y he aquí que el 6 de febrero estalla como una bomba una correspondencia de Francia en las páginas de la *Civiltà Cattolica*.

Ese periódico, que redactan en Roma los Padres jesuitas y pasa por órgano del Vaticano, anuncia que "el Gobierno francés teme que el Concilio defina el dogma de la infalibilidad pontificia, considerando esta doctrina como contraria a la Constitución del Estado".

En los detalles de la correspondencia se advierte, si no la mano, por lo menos los informes del nuncio en París, monseñor Chigi. ¿Cómo los jesuitas han publicado eso, que dificultará la acción diplomática? El Papa se muestra disgustado.

Y, como si no bastase la mencionada correspondencia, agrega: "Los obispos franceses piensan como el resto del episcopado católico del mundo en lo que se refiere a la infalibilidad. Si hay alguna excepción, no tiene importancia. Los *verdaderos* católicos desean ardientemente una confirmación positiva del *Syllabsus* y la proclamación de la infalibilidad, a fin de sepultar definitivamente la desventurada *Declaración* de 1682, que fue la inspiradora del galicanismo."

La verdad es que, si bien la mayoría de los obispos franceses eran partidarios de proclamar la infalibilidad, no podía decirse que carecieran de importancia los opositores.

Eran numerosos y encabezados por hombres tan ilustres como el arzobispo de París, Darboy; el obispo de Orléans,

Dupanloup, y contaban en sus filas a los obispos Maret, Guibert, Lavigerie y otros muchos; los estimulaban desde fuera, con artículos y folletos, personajes como el abate Gratry, el conde Montalembert, el superior de los carmelitas, Jacinto Loyson, que no tardó en colgar los hábitos. Y estaba con ellos el emperador, a quien le sabía mal la sepultura del galicanismo, doctrina que le daba ciertas facultades de pontífice, con una sombra de infalibilidad.

La opinión no se refería a la creencia en sí misma, sino a la oportunidad de definirla como dogma. Los mismos que aseguraban creer en la infalibilidad del Papa sostenían que era inoportuno declarar fuera de la Iglesia a los que no creían en ella.

Una recia lucha siguió al artículo de la *Civiltà*. El galicanismo aprovechaba el formidable arsenal de Bossuet, para librar su última batalla: la vida herejía se resistía a morir.

Día a día aparecían nuevos adeptos, *inoportunistas*, como se les llamó. Se declararon inoportunistas en su mayoría los obispos alemanes, austriacos, húngaros, norteamericanos y orientales.

Jefe de la oposición en Alemania era el preboste de la catedral de Múnich, el famoso teólogo Döllinger, hombre de vasta ciencia, que terminó, como tantos otros, en la apostasía, pero que no logró ser lo que en su inmenso orgullo soñara: el Lutero del siglo XIX.

La Iglesia aparecía amenazada por un cisma. Era la historia de todos los Concilios. Frente a cada dogma que afirma se alza fatalmente la herejía que niega. Del seno de todos los Concilios, Nicea, Caledonia, Constantina, han surgido apóstatas. Pío IX asistía imperturbable a los prolegómenos de la formidable asamblea.

Y decía sonriendo: "En todo Concilio hay tres épocas: la época del diablo, que es corta; la de los hombres, que es más o menos larga, la del Espíritu Santo, que tiene la última palabra. Estamos en la época del diablo."

“Era la primera vez, en tres siglos después del de Trento (1545-1563), que se convocaba un Concilio ecuménico, general, donde hallarían asiento los patriarcas y obispos del rito oriental, junto con los cardenales, arzobispos y obispos del rito latino. Y aun hubo la esperanza de que concurrieran los cismáticos de las iglesias orientales, a quienes Pío IX invitó también, suplicándoles que fueran al Concilio de Occidente, y de todo el Universo, como sus padres habían acudido al segundo de Lyon y al de Florencia." Pero el zar de Rusia, de quien dependían, atajó el movimiento de aproximación a Roma que mostraron numerosos obispos cismáticos.

En otros siglos, los Pontífices solían invitar a los reyes y emperadores, que enviaban al Concilio sus representantes. La experiencia de Pablo III, que convocó el de Trento, sirvió a Pío. En aquella ocasión, más que ayuda, los príncipes temporales aprovecharon la invitación para suscitar un semillero de cuestiones y dificultades que prolongaron dieciocho años la augusta asamblea.

Si esto hicieron monarcas tan piadosos como los de aquellos tiempos, ¿qué no habrían hecho un Napoleón, un Víctor Manuel, un general Prim, que gobernaba en España, un Luis de Baviera, aleccionado por Döllinger, un Bismarck, imbuido en el odio luterano, de habérseles brindado la ocasión?

Pío IX derogó las costumbres y ni les pidió su parecer, ni los invitó, y los Gobiernos sintieron la virilidad de esa actitud y

fomentaron las corrientes opositoras, esperando hacer fracasar los designios que se atribuían al Papa.

¿Quería aparecer infalible a los ojos de doscientos millones de fieles? ¿Con qué propósito? ¿Para inmiscuirse en la política de las naciones, para desligar a los ciudadanos de la fidelidad de sus príncipes, para intentar, como en la Edad Media destronar con una bula a un emperador? ¡Ay de él!

Interpelado en el parlamento francés el ministro de Instrucción Pública, tranquiliza los espíritus inquietos anunciándoles que la gran mayoría del episcopado y del clero es contraria a la infalibilidad.

Mientras de todos los rumbos acuden a Roma los obispos, algunos de ellos tan pobres, que deben viajar a pie, como los antiguos peregrinos, componiendo con sus manos su calzado y su traje, los teólogos que viven a un paso de Roma tienen tiempo de discutir la cuestión.

El abate Gratry escribe virulentos artículos, acusando a la Santa Sede de haber falsificado documentos, y afirma que el Papa puede errar en materia de fe, y citaba el ejemplo del Pontífice Honorio, que aprobó el monotelismo, condenado más tarde como herejía.

Don Gueranger, abad de Solesmes, y otros teólogos e historiadores le contestaban aclarando aquel episodio de la Historia de la Iglesia, entenebrecido por la literatura capciosa de los griegos. El canónigo Döllinger ataca también la infalibilidad, como doctrina sin tradición en la Iglesia.

Al igual de Lamennais, Döllinger había esperado honores que Roma no le concedió. Sus panfletos, llenos de ciencia teológica y de terrible pasión, prenden fuego en Alemania y electrizan a

Dupanloup. No faltan quienes tiemblan ante sus invectivas, ni quienes descubren en el apasionado canónigo de Múnich el Lutero del siglo XIX, que descargará sobre el Pontificado el golpe de gracia.

Dupanloup, como una lanzadera entre Francia e Italia, entre Italia y Alemania, teje la diestra oposición de los inoportunistas, que, sin atreverse a tanto como Döllinger o Gratry, anuncian catástrofes si se llega a proclamar un dogma que parece repugnar a los tiempos modernos.

¡La sombra de Bossuet, como una montaña, les oculta el sol de Roma!

Sus campañas empiezan a infiltrar la duda en las conciencias católicas, y eso apresurará la decisión del Concilio: "Quod inopportunum dixerunt —exclama el obispo de Angulema, monseñor Cousseau— necessarium fecerunt" (los que decían que era inoportuno, lo han hecho necesario).

Así llegó el 8 de diciembre del 69, fiesta de la Inmaculada, en que Pío IX inauguró el XX Concilio ecuménico que haya presenciado la Humanidad.

Diseminados por todo el mundo existían 1.044 personajes convocados al Concilio. Concurrieron 758, entre ellos 49 cardenales, 13 patriarcas y primados, 122 arzobispos; los demás, obispos y generales de Órdenes religiosas. Muchos, viejos y decrépitos; algunos llegaron a Roma apenas para besar el pie del Santo Padre y morir.

Por el número de los obispos, el Concilio Vaticano superaba a todos las anteriores, si bien hubo en el segundo de Letrán (1139) cerca de mil padres, abates en su mayoría.

No sólo el mundo católico acogía ávidamente el rumor de aquella asamblea, como no se había visto en trescientos años, sino también el mundo sectario. Dos días después, el 10 de diciembre, se inauguraba en Nápoles el anticoncillo de la masonería. Por desgracia, algunos de sus oradores se extraviaron en las mieses de la política, injuriando a Napoleón III, y la policía de Víctor Manuel interrumpió violentamente sus sesiones.

¡Lástima grande que la Historia no haya podido recoger los antidogmas que iban a brotar de allí para antídoto de las que iba a promulgar el Vaticano!

Y, como en los tiempos de madame de Sevigné, en que hasta las cortesanas discutían los problemas de la gracia y de la predestinación, bajo el signo de Jansenio, los salones más mundanos resuenan con el fragor de los argumentos en pro y en contra de la infalibilidad.

No tarda el cáustico ingenio latino en llamar madres del Concilio a las turbulentas mujeres que, no pudiendo tomar parte en él rompen lanzas teológicas al pie de sus muros inaccesibles.

Los librepensadores de Nápoles han permitido a muchas damas ilustres y elocuentes, como la princesa Enriqueta Caracciolo o la marquesa Florenzi-Wadigton, discutir con ellos mano a mano los dogmas del anticoncilio. ¡Oh, si el Papa hubiese imitado ese ejemplo!

A sesenta años de distancia, no podemos hacernos idea del ardor de aquella lucha, apenas templado por las nubes que iban ensombreciendo el horizonte político de Europa y presagiaban la guerra.

Don Bosco en esos días tuvo un sueño que le pareció una tremenda profecía, digna de ser comunicada al Papa.

Nadie pensaba entonces en la inminente caída de Roma, y menos en el sitio de París por loa prusianos, con el derrumbe de la dinastía napoleónica.

Y él, la noche víspera de la Epifanía, lo vio todo, lo escribió de su puño y letra y mandó al Papa una copia, sin expresar quién lo mandaba.

Días después lo hallamos en Roma discutiendo con los adversarios de la infalibilidad, persuadiendo a los indecisos y haciendo del obispo de Saluzzo, Gastaldi, a quien Dupanloup tenía sitiado, un paladín del futuro dogma.

No se hallaba este asunto en lo que llamaríamos el orden del día de la augusta asamblea Pero en todo momento el Pontífice podía ponerlo en discusión. Y así lo hizo a petición de 450 Padres del Concilio, que le presentaron un memorial que era una ferviente profesión de fe. El número de los firmantes indicaba sin ninguna duda que ellos eran la mayoría.

Sorpresa y desencanto de los obispos galicanos. Dupanloup acude ante el Papa con una brillante diputación de cuarenta obispos. ¿Qué urgencia hay, Santísimo Padre, en tratar una cuestión que anarquizará la Iglesia y concitará la furia de los Gobiernos?

—Hilos míos —les responde Pío IX—, tened confianza en el Concilio. Votad según vuestro parecer, y dejad el resto al Espíritu Santo.

El arzobispo de París, monseñor Darboy, escribe al emperador quejándose de que el Papa limita la libertad del Concilio, y pidiéndole que retire de Roma su embajador.

Los galicanos reclaman el apoyo de su Gobierno. Napoleón tiene los oídos llenos de argumentos: la infalibilidad es la idolatría

del Papa; todas sus palabras serán dogmas de fe; todos sus caprichos aparecerán como inspirados directamente por Dios; los obispos perderán su autoridad; la Iglesia de Francia, su autonomía; los jesuitas tendrán la última palabra en su lucha secular contra el galicanismo y el jansenismo, y nada contrarrestará su influencia en Roma.

¡Ya lo sabe! ¿Pero qué hacer? Su nuevo Jefe de Gabinete, Emilio Olivier, le aconseja no intervenir, porque la mayoría del episcopado francés se muestra favorable a la definición. Recibe a Gratry, que va a implorarle arroje en medio del Concilio el sable de Breno, y le responde melancólicamente: "Estoy lleno de simpatía por vos, ¿pero qué hacer ante un episcopado que repudia mi intervención? ¡Decid a Darboy y a Dupanloup *que sean mayoría!"*

El último recurso de la oposición es prolongar desmesuradamente la discusión, para que no se llegue al final.

A fines de abril, después de centenares de discursos, muchos de ellos, caldeados por la atmósfera exterior, se sanciona la constitución dogmática de la fe, que el Pontífice promulga solemnemente en la basílica de San Pedro el segundo domingo después de Pascua. Ella importa una condenación de diversos sistemas filosóficos: panteísmo, materialismo, tradicionalismo, la independencia de la razón, la indiferencia en materia religiosa.

A mediados de mayo se entra por fin en el grave asunto, para cuyo debate se han inscrito ciento veinte oradores. Se advierte en la minoría el propósito de eternizar la cuestión. Han hablado ya sesenta y cuatro Padres del Concilio, algunos de los cuales con tanta violencia, que el presidente los ha llamado al orden.

¿Hasta cuándo se escucharán aquellos interminables discursos en pro y en contra, en un latín no siempre clásico, con una pronunciación apenas inteligible?

Aquellos centenares de ancianos, fatigados por seis meses de deliberaciones, rendidos física e intelectualmente bajo el rudo calor del verano de Roma, estarán mejor dispuestos para aceptar una suspensión de la asamblea, que puede ser una postergación hasta las calendas griegas.

El 3 de junio, la maniobra es frustrada con una proposición de cerrar el debate en general. Desconcierto y protesta de los antioportunistas, encabezados por las cardenales Rausher, Schwarzenberg y Mathieu. Por gran mayoría, la moción pasa. Mas prosigue la dura batalla en particular. Un mes después se han pronunciado más de cien discursos y aún faltan sesenta oradores.

La fatiga los vence Los que no han hablado renuncian a hacerlo, y se pasa a votar. Tres clases de votos pueden emitirse: *placet,* afirmativa; *non placet,* negativa; *placet juxta modum,* afirmativa con algunas modificaciones.

451 responden *placet;* 62, *placet iuxta modum;* 88, *non placet*. La asamblea acepta algunas modificaciones en el texto sancionado, con lo cual se aumenta el número de los *placet*. El dogma de la infalibilidad queda aprobado. La oposición arguye que se requiere unanimidad. Responde la historia de los Concilios en que los dogmas no siempre fueron proclamados por unanimidad.

Ahora tiene la palabra el sucesor de Pedro. Los opositores ya no son más que 73 (4 cardenales, 2 patriarcas, 2 primados, 17 arzobispos, 47 obispos y un abad), pero todavía se presentan al Pontífice anunciándole las fatales consecuencias que traería la promulgación del nuevo dogma.

Pío IX les habla con benevolencia. La Iglesia no teme la contradicción: es su atmósfera natural. La nave de Pedro está hecha para surcar tempestades.

Cincuenta y cinco obispos se retiran, entre ellos un cardenal, Schwarzenberg, explicando en una carta al Papa que, por amor hacia él, no habiendo cambiado de opinión, no quiere presentarse a la asamblea de la promulgación, en que tendrían que pronunciar el *non placet*.

El 18 de julio, delante del Papa, llamados por sus nombres, uno a uno, los 535 Padres del Concilio presentes profieren su voto en alta voz. Los *placet* son 533; los *non placet,* 2.

Y el Papa, de pie, ceñida la tiara, en virtud de su autoridad apostólica, define y promulga el dogma de la infalibilidad pontificia.

En el instante mismo, un denso nublado, que desde el amanecer cubría a Roma, estalla en una indescriptible tormenta. Las notas del *Te Deum* quedan ahogadas por los truenos. Los relámpagos incendian el aire.

La faz de Pío IX resplandece como la de Moisés al bajar del Sinaí. Con las últimas palabras del *Te Deum* vuelve la calma, y el sol, que se abre camino por entre las nubes desgarradas, ilumina la frente del Pontífice.

Coincidencia, si se quiere; mas no deja de producir gran impresión en la multitud que llenaba el ámbito. La Constitución *Pastor aeternus* promulgada condenaba definitivamente el galicanismo y otros sistemas semejantes, sentenciando que el Romano Pontífice no sólo tiene el oficio de vigilar y dirigir, sino la suprema y absoluta potestad de jurisdicción sobre toda la Iglesia, no sólo en cosas de fe y de doctrina, sino también en la disciplina y gobierno de ella. Cuando el Papa habla *ex cathedra*, o sea, cuando

ejerce el oficio de Pastor y Doctor, y en virtud de su apostólica autoridad define que una doctrina acerca de la fe o de las costumbres sea tenida como dogma de fe, posee, por divina asistencia, la infalibilidad de que Cristo ha querido dotar a su Iglesia; y tales definiciones son irreformables de sí y no por consentimiento de la Iglesia.

Faltaba discutir y resolver los derechos de los obispos, en cuanto constituyen la Iglesia, con relación al Papa; pero la guerra franco-alemana, y luego la invasión de Roma por el rey *galantuomo* y devoto, interrumpieron las sesiones del Concilio para tiempos mejores.

El mismo día de la promulgación del dogma de la infalibilidad, los cuatro cardenales que se habían abstenido de asistir depusieron en manos del Papa su profesión de fe, aceptando la doctrina; detrás de ellos, los obispos, uno a uno, sin excepción alguna, por primera vez en la Historia de la Iglesia, se plegaron a Roma.

No hubo entre ellas una sola apostasía. El mismo Gratry, por escrito, en vísperas de morir (1872), retractó sus errores. Sólo permanecieron insumisos Döllinger, el carmelita Loyson y pocos más, especialmente en Alemania, donde surgió la secta de los *viejos católicos*. Pero como no contara un solo obispo, que habría podido consagrar nuevos sacerdotes apóstatas, acabó extinguiéndose.

Döllinger no era de esos teólogos que, cuando le han echado el ojo a una mujer, comienzan a dudar de algún canon para salirse del aprisco. Lo preservó su soberbia inconmensurable.

No así al desventurado Padre Jacinto Loyson, a quien Döllinger en vano conjuró a no meterse en líos. El carmelita arrojó

a las ortigas su cogulla y se casó con una viuda norteamericana, a quien él había convertido y bautizado. Ella tenía un hijo, que fue el primero y último neófito de la nueva Iglesia que fundaron los dos.

Volvamos al sueño de Don Bosco.

"La vigilia de la Epifanía del corriente año, 1870, desaparecieron todos los objetos materiales de mi cuarto y me encontré en presencia de cosas sobrenaturales. Fue cosa de breves instantes, en que vi mucho.

"Si bien todo lo vi bajo formas sensibles en apariencia, apenas puedo describirlo con signos exteriores. Da una idea lo que sigue. Es la palabra de Dios, acomodada a la palabra del hombre:

"Del Sur viene la guerra; del Norte, la paz.

"Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador, y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con el látigo de su ira.

"En la primera abatirá su soberbia, con la derrota y el saqueo y el estrago en cosechas, animales y hombres.

"En la segunda, la gran prostituta de Babilonia, aquella a quienes los buenos llaman suspirando el prostíbulo de Europa, será privada de su jefe y presa del desorden.

"¡París, París! En vez de armarte con el nombre del Señor, te rodeas de casas de inmoralidad. Ellas serán por ti misma destruidas; el ídolo tuyo, el Panteón, será reducido a cenizas, a fin de que se cumpla la *mentita est iniquitas sibi* (la iniquidad se ha engañado a sí misma). Tus enemigos te reducirán a la angustia, al hambre, al terror y a la abominación de las naciones. ¡Y ay de ti si no reconoces la mano que te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

"En la tercera, caerás en mano extranjera. Tus enemigos verán desde lejos arder tus palacios y tus casas en ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes muertos.

"Pero he aquí un gran guerrero del Norte, con un estandarte en la diestra, en el cual se lee: "Irresistible mano del Señor." En ese instante, el Venerable Viejo del Lacio le salió al encuentro, llevando una antorcha ardentísima. El estandarte se desplegó, y, de negro que era, quedó como la nieve, blanco. En el medio estaba escrito el nombre de quien todo lo puede.

"El guerrero y sus huestes hicieron una profunda reverencia al Viejo y se estrecharon la mano.

"Ahora la voz del cielo al Pastor de los Pastores: Estás en gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no está quieto un instante y dispone sus artes contra ti. Sembrará discordia entre tus asesores; suscitará adversarios entre mis hijos. Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían sofocar la palabra en la garganta de los que custodian mi ley. Eso no ocurrirá. Harán mal, pero mal a sí mismos. Tú apresura; si las dificultades no se resuelven, córtalas. Si te hayas en angustias, no te rindas y continúa hasta decapitar la hidra del error. Este golpe hará temblar a la tierra y al infierno, pero los buenos serán confirmados y se alegrarán. Aunque sólo te queden dos asesores, a donde vayas continúa y termina la obra que se te ha confiado. Los días corren veloces; tus años avanzan al término fijado; pero la gran Reina será siempre tu ayuda, y, como en el pasado, será en el porvenir *magnum et singulare in Ecclesia praesidium*.

"Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿qué te ha sumergido en la desolación?... No digas los enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes que tus hijos piden el pan de la fe y no encuentran quién se lo

reparta? ¿Qué haré? Golpearé a los pastores, dispersaré el rebaño a fin de que los que se sientan en la cátedra de Moisés busquen buenos pastos y el rebaño los siga dócilmente y se nutra.

"Pero sobre el rebaño y sobre los pastores pesará mi mano; la carestía, la pestilencia, la guerra harán llorar a las madres la sangre de los hijos y de los mártires en tierra enemiga.

"Y de ti, ¡oh Roma!, ¿qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a no buscar otra cosa y a no admirar en tu soberano sino el lujo, olvidándote de que tu gloria y la de él está sobre el Gólgota. Ahora él es viejo, decrépito, inerme, despojado. Sin embargo, su palabra hace temblar al mundo.

"¡Roma! Sobre ti vendré cuatro veces.

"En la primera heriré tus tierras y sus habitantes.

"En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus muros. ¿No abres aún los ojos?

"Vendré la tercera, abatiré defensas y defensores y al impero del Padre sucederá el reino del terror, del espanto y de la desolación.

"Pero mis sabios huyen, mi ley es pisoteada; por eso haré la cuarta visita. ¡Ay de ti, si todavía entonces mi ley es un nombre vano para ti! Sobrevendrán prevaricaciones en los doctos y en los ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que has hecho en la ley de tu Dios.

"La guerra, la peste, el hambre, son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres ¿Dónde están, ricos, vuestras magnificencia, vuestras villas, vuestros palacios? Han venido a ser el estiércol de las plazas y de las calles.

"Y vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corréis a llorar detrás del tíbulo y el altar, pidiendo la suspensión de los castigos? ¿Por qué no cogéis el escudo de la fe y vais sobre los techos de las casas, por las calles y las plazas, en todo lugar, aun inaccesible, a llevar la semilla de mi palabra? ¿Ignoráis que es ésta la espada terrible de dos filos que abate a mis enemigos y rompe la ira de Dios y de los hombres?

"Estas cosas deberán inexorablemente suceder una tras otra.

"Las cosas se suceden demasiado lentamente.

"Pero la augusta Reina de los cielos está presente. La potencia del Señor está en sus manos. Disipa como niebla a sus enemigos. Reviste el Venerable Viejo todos sus antiguos hábitos.

"Sobrevendrá un violento huracán.

"¡La iniquidad ha terminado! El pecado tendrá fin, y antes que transcurran dos plenilunios del mes de las flores, el iris de paz aparecerá sobre la tierra.

"El gran ministro verá a la esposa de su Rey vestida de fiesta. En todo el mundo aparecerá un sol tan luminoso como no se ha visto nunca, desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se verá hasta el último día."

En la vida de Don Bosco se advierte a cada paso una portentosa dualidad. Mientras su cuerpo anda entre realidades concretas, su alma, como un pájaro escapado de la jaula, vive y se mueve en una atmósfera sobrenatural. Sus ojos ven cosas que nuestros ojos serían incapaces de ver.

Nos cuesta descubrir en él al taumaturgo, de cuyas manos brotan los milagros. Lo vemos tan cerca y tan preocupado con las cuentas que tiene que pagar, la factura del panadero y del albañil,

la invención de una lotería para obtener dinero, el ensanche de un taller, la compra de un terreno, que estos detalles prosaicos se interponen y nos ocultan y nos hacen olvidar al hombre que como los antiguos profetas, penetra en el tabernáculo y habla con Dios.

Sus sueños, innumerables, fueron muchas veces alegorías poéticas, para lección de sus alumnos; pero no hay duda que muchas veces él mismo les atribuyó el valor de profecías.

Y así fue este sueño, que comunicó al Papa, y que dos años después la *Civilta Cattolica* comentaba sin saber de quién provenía.

En el tomo VI, serie octava, páginas 299 a 303, año 1872, se transcriben sus principales párrafos con esta advertencia: "De una ciudad de la alta Italia fue comunicado a un personaje de Roma, el 17 de febrero de 1870. Ignoramos de quién proviene. Mas podemos certificar que lo hemos tenido en nuestras manos antes que París fuese bombardeado por los alemanes e incendiado por los comunistas. Y agregaremos que nos maravilla el ver anunciada la caída de Roma cuando no se juzgaba ni próxima ni probable."

Mas la visión no se ha realizado totalmente. ¿Quién es el guerrero del Norte que invade el Sur flameando un estandarte negro, que delante de Roma se torna blanco? ¿Es, por ventura, la Rusia bolchevique, con un nuevo Atila, que bajará desde su Norte glacial hasta los muros de Roma? ¿Acaso otro suvarow, cismático y semisalvaje, que planta sus tiendas en las llanuras de la Lombardía, para que los cardenales perseguidos por la Revolución puedan elegir tranquilamente el sucesor de Pío VI?

Interrogado el mismo Don Bosco, respondía que tal vez nunca se verificarían aquellos sucesos, "con tal que nuevas iniquidades no colmaran la medida de Dios".

"Dentro de cuarenta días —profetizaba Jonás por orden del Señor— Nínive será destruida"; mas no lo fue, porque desde el rey hasta el último habitante se cubrieron de ceniza e hicieron penitencia.

XIII

SERIAS DIFICULTADES CON SU ARZOBISPO

Hemos creído indispensable poner ante los ojos del lector el escenario en que se movía nuestro héroe. Así se apreciaran las dificultades con que tropezaba su obra; su tenacidad, su dulzura y esa especie de sexto sentido, que le permitía hallar un sendero en la oscuridad y el tumulto de la lucha antirreligiosa.

Entretanto, ¿cuál fue la historia interna de la Congregación salesiana en esos días trágicos de la Iglesia? ¿Cuál la política de Don Bosco frente a los hombres poderosos con quienes se veía obligado a alternar, abiertos enemigos del Papa, disimulados enemigos de Dios?

A decir verdad, por aquellos años del 67 al 73, las mayores dificultades no se las opusieron los enemigos de Dios, sino los amigos. Aquéllos tenían harto que hacer en los campos de batalla y en las intrigas de los gabinetes, para perder tiempo en perseguir a un pobre sacerdote, que sólo quería ocuparse en educar a la juventud menesterosa.

"Mi política es la del Padrenuestro —decía—. Yo estoy con el Papa como católico, y quiero estar con él hasta le muerte. Estoy con el Papa en cuestión de religión... En cuanto a política, yo no estoy con nadie..."

Estas palabras no tienen ahora el mismo sonido que entonces. En todos los ámbitos de Italia se oía rugir: "O Roma, o

muerte", y era poco menos que imposible para un sacerdote el evitar la ocasión de discutir la cuestión del poder temporal del Papa.

Obligado alguna vez Don Bosco a pronunciarse, respondió con sencillez: "Yo obedezco al Papa ciegamente. Si él dijera a los piamonteses: "¡Venid a Roma!", yo les diría: "¡Id!" Si el Papa dice que la entrada de los piamonteses en Roma es un latrocinio, yo digo igual..."

Don Bosco, en interés de la concordia, renunciaba a tener una opinión personal en materia política. Lo cual no fue siempre del agrado de ciertos católicos, que consideraban una defección el no adelantarse a las indicaciones de Roma, al no ser más papistas que el Papa.

Esta conducta suya le ocasionó dificultades en la aprobación de las reglas de su Congregación. Había puesto en ellos un artículo que rezaba así: "Todos los miembros de esta Sociedad se mantendrán rigurosamente extraños a todo lo que se relacione con la política."

La Sagrada Congregación, que estudió las reglas, tachó el artículo. Tiempos después volvieron a ser presentadas para la aprobación de la Sociedad salesiana, y como Don Bosco insistiera en proscribir la política, los consultores volvieron a su rechazo. Por tercera vez, cuando se trató de la aprobación definitiva de la Congregación, intentó Don Bosco hacer pasar el artículo, y otra vez lo suprimieron.

Así quedó el asunto, y así permanece. El episodio interesa para que se conozca el riguroso criterio de Don Bosco en esta materia. Sólo un caso extremo puede justificar, a su vez, el que los sacerdotes desciendan a la arena de estas batallas. Por buena que

sea le intención, es difícil que luego no se infiltre el amor propio. "Muchas veces arde el fuego —dice Kempis—, mas no sube la llama sin humo." Y en otro lugar: "Muchos buscan su propio interés en las obras que hacen... Muchas veces parece caridad lo que es carnalidad."

Todavía la Sociedad salesiana no constituía una Congregación aprobada por la Santa Sede. Había sido solamente *colaudada*. Su existencia y espíritu hablan merecido elogios. Pero se difería para tiempos más oportunos la aprobación de sus reglas.

Por tanto, los clérigos y sacerdotes que enseñaban en el Oratorio y en sus escuelas y talleres, permanecían sujetos a los obispos de sus respectivas diócesis, especialmente al arzobispo de Turín, por ser de su jurisdicción eclesiástica la mayoría.

Un obispo tiene ante Dios el deber de promover el buen servicio del culto, el cuidado de las parroquias, la enseñanza del catecismo hasta en los últimos rincones de su diócesis. Y no dispone sino de los sacerdotes y de los clérigos que pertenecen a ella.

Es natural, es humano que un prelado celoso del bien de sus diocesanos vea con aprensión orientarse las vocaciones sacerdotales hacia las Órdenes religiosas, que no dependen da él, sino de la Santa Sede.

Y en tiempos en que las vocaciones disminuyen, como son los modernos, es humano también; es, hasta cierto punto, un deber del pastor cuidar que las pocas vocaciones que subsisten no sean desviadas de su campo, absorbidas por otras jurisdicciones, atraídas por una Congregación nueva, como era la de Don Bosco.

Grande es el bien que hacen las Congregaciones en una diócesis, pero lo hacen independientemente del obispo, el cual,

entretanto, puede estar lleno de necesidades, parroquias sin curas, seminarios sin maestros, niños sin catequistas.

Dicho sea de paso en disculpa y también en elogio de los virtuosos prelados, que, sin la sombra de un interés personal, y aun cumpliendo su estricto deber, fueron los mejores colaboradores del diablo en la lucha que Don Bosco tuvo que sostener para que no sucumbiera su naciente instituto.

Don Bosco tenía un sistema pedagógico original para formar a sus colaboradores.

— ¿Cómo escucha a *enseñar*? —le preguntaban. Y él, con su frescura habitual, respondía,

—Los echo al agua, y así aprenden a nadar.

Al arzobispo de Turín, monseñor Riccardi, no le pareció bien el sistema. ¿Qué han de enseñar esos pobres clérigos, que todavía tienen que aprender tantas cosas? Lo que ocurrirá es que descuidarán sus propios estudios de Teología, de Filosofía, de Letras, y llegarán al sacerdocio más crudos que cocidos.

Y de un plumazo ordenó que todos los colaboradores de Don Bosco que seguían la carrera eclesiástica la siguieren en su Seminario, y los que ya eran sacerdotes fueran a perfeccionarse en el Convictorio. Fue para Don Bosco peor que un rayo en la torre de María Auxiliadora.

— ¡Monseñor! ¿Qué voy a hacer ahora? Los clérigos, al Seminario..., los sacerdotes, al Convictorio eclesiástico... Y Don Bosco, solo en medio de millares de alumnos.

Don Bosco tenía lágrimas en la voz cuando esto decía. Pero el arzobispo se mantuvo en sus trece.

—Escúcheme, monseñor, escriba vuecelencia a Roma sus razones, y yo expondré mi caso. Y Roma decidirá,

El arzobispo se negó, y el debate fue largo y espinoso, y aun se complicó por la actitud de otros obispos, que reclamaban también los clérigos de sus diócesis. Casi todos habían estudiado por caridad en las escuelas de Don Bosco, y ahora se iban haciendo maestros a su lado.

—En mis escuelas —respondía Don Bosco— se despiertan muchas vocaciones sacerdotales. La gran mayoría se dispersa por todas las diócesis del Piamonte. Sólo unos cuantos quedan conmigo. ¡Dejármelos, pues, a cambio de los que os doy!

Cierto día, el vicario general de Turín, a quien le presentaban el caso de un joven, Albera, a punto de ordenarse, que quería ser salesiano, pero a quien reclamaban de su diócesis, preguntó bruscamente:

— ¿Quién lo ha mantenido a Albera durante todos estos años?

—Don Bosco.

— ¡Y bien! ¡El que da de comer a la cabra es el que tiene derecho de ordeñarla!

Eso pensaba el vicario general, mas no el arzobispo, y la disputa alrededor de la cabra puso a prueba la santidad de Don Bosco.

En el "Proceso ordinario para la causa de beatificación y canonización" de Don Bosco, uno de los que declaran es el cardenal Cagliero, que en aquellos tiempos era un joven novicio salesiano. Fue al arzobispo a ver si tenía más fortuna que Don Bosco.

Su declaración respecto a una visita que hiciera al arzobispo es muy interesante por la animación del relato y la calidad del testigo.

"Aunque nuestro arzobispo no favoreciera a nuestra Congregación, fue siempre amado de nosotros, y en cuanto a mí, me tenía una particular deferencia, que me inspiraba confianza, Habiendo ido a verlo en diciembre de 1867 para recomendarle, a nombre de Don Bosco, la ordenación de nuestro clérigo Pablo Albera, de antes convenida, me di cuenta de que monseñor había cambiado de idea y quería que todos los clérigos pasaran de Valdocco al Seminario. Como me dijese que Don Bosco pretendía sustraerse a la obediencia de su superior, yo le repuse:

"—Monseñor, Don Bosco nos ha enseñado siempre a amar y a obedecer a nuestros superiores.

"—Si es así —me observó—, ¿por qué no manda sus clérigos al Seminario?

—Los porqués son muchos, excelencia. Todos los clérigos de Don Bosco son pobres y no pueden pagar la pensión del Seminario; además, desean quedarse con él y formar parte de la Congregación Salesiana.

— ¿Qué Congregación es ésa? Yo no sé nada. Sé solamente que se me debe obedecer.

—Pero, excelencia; la Santa Sede ha elogiado ya y recomendado las reglas y constituciones de nuestra Pía Sociedad, por lo cual Don Bosco no procede sino de acuerdo con los decretos de la Santa Sede.

"—Pero yo nada sé de esto.

"—Y, sin embargo, excelencia, en la Curia existe copia de este decreto desde 1884.

"— ¿Cómo, pues, voy a hacer yo ahora?

"—A monseñor basta observar si Don Bosco hace bien o hace mal. Si hace bien, apruebe el bien que hace; si mal, entonces vuestra excelencia está en perfecto derecho de impedirlo.

"—Pero yo quiero que mis clérigos entren en el Seminario.

"—Excelencia, diga entonces que quiere la clausura y la destrucción del Oratorio; sin clérigos, maestros y asistentes ¿cómo hará Don Busco para dirigir sus seiscientos y tantos internos y millares de externos?

"—Que lo haga con los clérigos de las otras diócesis.

"— ¡Monseñor! Los otros obispos, al ver que vuestra excelencia reclama sus clérigos, apoyados en la misma razón, retirarán los suyos, y Don Bosco y sus Oratorios quedarán despachados.

"En este punto, monseñor se llevó las manos a la cabeza.

— ¿Cómo, pues, debo proceder?

"Le respondí:

"—Apoye a Don Bosco en su obra y tendrá la aprobación de los buenos y la gratitud eterna de los hijos de Don Bosco."

Esta declaración, prestada bajo solemne juramento, por persona de tanta probidad como el cardenal Cagliero, describe muy bien el estado de la cuestión. Al arzobispo no cayó mal la respetuosa franqueza del que era entonces un joven sacerdote, y hubo un momento en que, con afecto paternal, entre bromas y veras, le tiró del pelo:

— ¡Ah, ah! ¡Vienes a darme lecciones!...

— ¡Dios me libre, excelencia, de dar lecciones a mi superior!

Las cosas siguieron en el mismo estado.

El arzobispo de Turín no escatimaba elogios a la obra de Don Bosco, en cuanto se limitaba a recoger a los niños abandonados y a enseñar la religión y un oficio.

Pero se mostraba inflexiblemente contrario a que Don Bosco preparase futuros sacerdotes fuera del Seminario, y conforme a planes de enseñanza propios, infundiéndoles el espíritu de una nueva Congregación.

Objetaba que esto era desviarse del primitivo propósito, y que la enseñanza y la formación que podía dar Don Bosco en sus pobrísimas escuelas a aquellos jóvenes eran infinitamente inferiores a las que recibirían en el Seminario, con profesores expertos, rico material y planes de estudios depurados por siglos de experiencia.

Objetaba también que si los obispos consentían en ordenar sacerdotes a los novicios de Don Bosco, pasando por alto las deficiencias de su preparación, suponiendo que iban a ser siempre sus ayudantes, podía ocurrir que algunos de ellos dejaran de ser salesianos. Con lo cual el obispo se hallaría obligado a acogerlos en su diócesis y a dar empleo a sacerdotes ya hechos que, por su propio juicio, no hubiera consagrado.

Hallamos estos argumentos en una carta confidencial de monseñor Riccardi al cardenal prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, ante la cual se tramitaba la aprobación de la Sociedad salesiana.

La objeción era fuerte siempre que fuese verdad que los novicios salesianos no estudiaban a fondo las ciencias sagradas y profanas indispensables para formar un sacerdote.

Y, de hecho, ¿cómo podían dedicarse al estudio aquellos jóvenes constantemente sobrecargados de tareas, que, mientras aprendían Teología o Cánones, tenían que enseñar a los *biricchini* lectura y aritmética y música, y tal vez trabajos manuales, a amasar pan y a cortar chaquetas? ¿No era repicar y andar en la procesión, cosa imposible según dice el refrán? No sabríamos explicar cómo se efectuaba aquello, Pero aquello sucedía.

En las pobres escuelas de Don Bosco, desde los primeros tiempos, se formaron sacerdotes que no tenían, en materia de ciencias y letras, nada que envidiar a los que habían cursado en los seminarios más célebres del Piamonte.

Don Bosco no podía limitarse a la idea primitiva del Oratorio, que todos laudaban ahora, aunque antes fue de muchos combatida. La obra iba expandiéndose en otras ciudades; ya se pensaba en abrir Oratorios y escuelas en otras naciones, en enviar misioneros a tierras lejanas. El fundador no podía estar en todas partes, ni era inmortal.

Si no se apresuraba a formar sus colaboradores, sus propios sacerdotes, a la medida de su corazón, ligados a él y a su obra por votos solemnes, muerto él, aquella inmensa labor se disgregaría en la improvisación y la anarquía de métodos nuevos, de tendencias particulares.

Sin una Congregación de sacerdotes, la obra no duraría; sin un colegio propio para hacer, desde jóvenes, a sus sacerdotes conforme a su espíritu, la Congregación jamás constituiría un organismo viviente, disciplinado y perdurable.

¡Cuán difícil fue a Don Bosco demostrar estos dos extremos! Larga y dolorosa batalla, infinitamente más ruda que la de los tiempos del Oratorio sin techo y sin pan. Si no se abandonó a la

desesperación es porque veía con claridad maravillosa que Dios estaba a su lado, hasta en los días lúgubres en que los que lo combatían eran prelados virtuosos, que de buena fe entendían servir a Dios.

Por segunda vez, Don Bosco mandó a Cagliero, el futuro cardenal, a ver si lograba que su arzobispo, monseñor Riccardi, consintiera en ordenar sacerdotes a tres de sus novicios que habían terminado ya sus estudios.

El arzobispo se mantuvo en lo resuelto: no ordenar ningún alumno de Don Bosco hasta que no cursaran, lo menos, un año en el Seminario.

—Entonces —respondió Cagliero con dolor—, es cosa terminada. Regresaré a decir a Don Bosco: tomemos nuestro breviario y llevemos a monseñor las llaves del Oratorio, encargándole de continuar nuestra obra. Vuestra excelencia va a tener que pensar en mantener a ochocientos jóvenes...

El conflicto parecía insoluble. Algo se remedió, gracias a dos obispos que amaban a Don Bosco y se dignaron intervenir. Marquemos este episodio, reteniendo el nombre de monseñor Gastaldi, porque a la muerte de monseñor Riccardi será nombrado arzobispo de Turín.

Ello es que monseñor Gastaldi echó su cuarto a espadas, y el arzobispo consintió benévolamente en que se confirieran las órdenes sacras a sus tres clérigos Albera, Costamagna Y Dalmazzo. Mas se mantuvo firme en el principio de su resolución: no ordenar los clérigos que no hubieran cursado al menos, un año de Teología en su Seminario.

Urgía demostrarle que los estudios teológicos hechos en la modesta escuela del Oratorio no eran, como él decía, deficientes y precipitados.

El movimiento se prueba andando. Un día se presentaron al arzobispo trece novicios salesianos, pidiendo rendir Teología en el Seminario.

El prelado aceptó, y él mismo presidió la mesa. ¿Para qué decir que el examen fue prolijo y riguroso?

Don Bosco aguardaba él resultado de la peligrosa prueba en la portería del Oratorio; tal era su ansiedad.

— ¿Qué tal, hijos míos? ¿Cómo ha pasado eso?

—Casi todos, *optime*... —repuso Cagliero.

—Cagliero, *peroptime*… —añade Bourlot.

—Y Bourlot, y Vota, y Norza, *egregie cum laude* —refiere un tercero.

— ¡No se han sacado mejores notas en el Seminario!

—*Deo gratias!* —responde el fundador, pensando que las cosas van a mejorar.

¡Vana ilusión! Las cosas no avanzaron ni una pulgada. Tuvo que obedecer y enviar sus novicios a cursar en el Seminario, si quería que algún día el arzobispo se los ordenara sacerdotes.

El resultado no pudo ser más desalentador.

"De diez estudiantes míos en Teología —escribía Don Bosco a Pío IX— que han frecuentado los cursos del Seminario, no me ha quedado uno solo en la Sociedad."

El conflicto no tenía otra solución que la de que la Santa. Sede aprobase definitivamente las reglas de la Pía Sociedad Salesiana, dándole vida independiente de los obispos diocesanos y, sobre

todo, la facultad preciosísima de las *dimisorias*, esto es, acordando al superior salesiano el derecho de conceder a los clérigos que hubieran concluido sus estudios letras habilitantes para recibir de cualquier obispo católico las órdenes menores y mayores; es decir, el sacerdocio,

Don Bosco recordaba que la marquesa de Barelo había obtenido, en seis meses, del rígido y austero Gregorio XVI la aprobación, no de una, sino de dos Congregaciones religiosas.

Y él diez años que andaba tras la aprobación de aquellas reglas, que Pío IX, en persona, había leído y se dignaba corregir.

Y catorce que sus discípulos se llamaban salesianos.

Y más de veinte que sus obras, nacidas de la nada, mostraban con vigorosa expansión que no eran obra de los hombres, sino de Dios mismo.

— ¡Señor, Señor! Estoy viejo y decrépito. Me faltan las fuerzas. ¿Voy a morir sin ver la tierra prometida?, ¿la realización de mis sueños?

Había que instar de nuevo a Roma. Un trámite obligado era agregar el expediente cartas laudatorias de los obispos que conocían de cerca el instituto salesiano y lo creían útil para la Iglesia y la sociedad.

Don Bosco tenía las manos llenas de esas cartas. Los cardenales arzobispos de Pisa, Ancona, Fermo; los arzobispos de Lucca y Génova; los obispos de Alejandría, Novara, Susa, Mondovi, Albenga, Guastalla, Reggio, Emilia, Asti, Parma, Aosta...

¡Ay! En vano todos ellos instaban la aprobación del instituto fundado por Dan Bosco. En el coro de las alabanzas se levantaba

la voz del obispo de Pinerolo, ¡No, no lo aprobéis, en cuanto trata de fundar un seminario de clérigos inspirados en su espíritu!

Citemos sus palabras textuales:

"Me asocio a todos los que elogian la caridad del infatigable Don Juan Bosco... En cuanto a formar en su casa del Oratorio un seminario de sacerdotes.... yo no consentiría nunca... Una dolorosa experiencia prueba constantemente que los sacerdotes no educados por el propio obispo obedecen a otra autoridad que no es la suya, y de mil maneras aluden la debida sujeción, y, si no se oponen abiertamente, lo hacen bajo cuerda."

En los mismos días de esta carta se agregaba al expediente otra de muy diverso tono: la del obispo de Saluzzo, monseñor Gastaldi, que, luego de relatar maravillas del Oratorio, decía:

"Pero el señor Don Bosco no habría podido realizar más que una mínima parte de tanto bien si oportunamente no hubiese buscado compañeros y constituido una Sociedad de clérigos y sacerdotes...

"Ahora bien; el que suscribe declara que ha visto formarse y crecer esta Sociedad, conoce sus reglas y ha visto su resultado… Y no puede menos de hacer votos porque esta Sociedad, junto con sus reglas, sea aprobada por Su Santidad y erigida en el carácter de Orden religiosa."

¿A quién escuchar? ¿A los que encomiaban la obra o a los que la censuraban?

Monseñor Svegliati, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, que en Roma estudiaba el asunto, era un decidido adversario de Don Bosco. De buena fe, considera que no deben aprobarse ni las reglas ni la Congregación, tales como él las ha concebido.

Hay allí demasiadas novedades: reglas muy simples; una contradicción entre el voto de pobreza y la facultad de conservar el patrimonio particular de los miembros; excesiva democracia en los colegios; los clérigos, mezclados con los artesanos; falta, por tanto, de espíritu sacerdotal; estudios deficientes.

El secretario se resuelve a pedir un informe secreto a monseñor Torlone, encargado oficioso de la Santa Sede ante el Gobierno italiano y que, por residir en Turín, conoce de cerca las cosas.

En una semana tiene en sus manos un largo informe: ¡tajante! Monseñor Torlone, a vuelta de los consabidos elogios a la caridad y actividad de Don Bosco, repite y recalca las quejas que hemos visto contra la deficiencia de los estudios y la falta de espíritu sacerdotal. Y agrega que si Don Bosco obtuviese la facultad de conceder las *dimisiones*, o sea, de hacer ordenar sacerdotes por cualquier obispo, eso causaría pésima impresión en Turín, en el clero y, especialmente, en el Capítulo metropolitano.

"Si el benemérito Don Bosco obtuviera la facultad de que se trata, sus protectores y adherentes se confirmarían en la opinión, que ya tienen, de que Don Bosco, en Roma, obtiene todo cuanto quiere; lo que, en los días que corren, significaría una victoria del mismo sobre el arzobispo."

Con razón decía Don Bosco años después: "¡Si, sabiendo lo que ahora sé, tuviese que recomenzar el trabajo de fundar la Sociedad, no sé si tendría valor para ello...!"

Aquel informe fue un golpe mortal. El 2 de octubre del 68, el secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, monseñor Svegliati, comunicaba a Don Bosco que no se aprobaban sus reglas ni se daban las facultades que pedía...

Don Bosco agacha humildemente la cabeza, pero no abandona la partida. Una mañana de enero del 69 lo vemos llegar a Roma con su pobre valija llena de papeles, entre ellos, las famosas reglas...

En la estación le aguarda una carroza principesca.

— ¿Esto es para mí?

—Sí, señor Don Bosco, de parte del cardenal Berardi, que le ruega la utilice todo el tiempo que esté en Roma.

"Imaginaos —contaba Don Bosco a sus amigos— una carroza en que cabían catorce personas, para mí solo y mi valija…"

Y luego hay que pensar que el cardenal Berardi es uno de los miembros de la Sagrada Congregación que ha dictaminado en el expediente de Don Bosco, y que, además, pasa por un resuelto adversario de la aprobación y de las dimisorias...

El mayordomo del cardenal le dice, mientras lo ayuda a subir en la carroza:

—Su eminencia le ruega quiera visitar a un sobrino suyo que está gravemente enfermo, para que lo cure...

— ¿Para que lo cure? ¡Pero si yo no soy médico! El mayordomo titubea, y se explica:

—Para que… haga un milagro.

Sonrisa de Don Bosco.

— ¿No será más bien para que lo encomiende a María Auxiliadora?

— ¡Eso es! ¡Como usted guste!

De la estación, la carroza lo conduce a una iglesia, donde celebra misa. Ha subido ya al altar, cuando llega un enviado de la familia Berardi a rogarle que en el *Memento* no se olvide de

encomendar al pequeño enfermo. Don Bosco prosigue el santo sacrificio.

Sea que realmente se olvidase, o bien que quisiera probar al cardenal Berardi, el hecho es que pasan algunos días que vaya a visitar al niño, como con tantas instancias le pidieran.

Apenas tiene un minuto libre Todo el mundo, pobres y ricos, quieren ver y hablar a Don Bosco, y entretanto, él, que ha venido a Roma para obtener la famosa prerrogativa de su Congregación, debe pensar un poco también en su propio asunto.

Existe una *Memoria* escrita por él, en que manifiesta sus aprensiones.

"Llegado e Roma, empecé a tantear el terreno. Era demasiado cierto que muy pocos prelados me secundarían. Todos estaban fríos, desconfiando del éxito, y las personas más influyentes me eran hostiles. Habían llegado a Roma cartas muy contrarias a la Pía Sociedad.

"Vi que era necesario un verdadero milagro para cambiar los corazones... Cada palabra de nuestras pobres reglas suscitaba una dificultad insuperable. Pero yo confiaba en la Virgen y en las oraciones que se hacían en el Oratorio..."

¿Un milagro? Y bien, la Virgen hará tres, por intermedio de Don Bosco, para salvar su obra.

El cardenal Berardi le envió un nuevo mensajero. Su sobrino se muere; vaya, por caridad, a visitarlo.

Llega Don Bosco al palacio donde agoniza aquel niño de once años, único heredero de familia noble y rica.

¡Don Bosco! ¡Sálvelo! —le dicen todos, conduciéndolo hasta su cama.

—Tened confianza en Marta Auxiliadora —contesta él, bendiciendo al enfermito—. Comenzad una novena... —y volviéndose al cardenal—: Y vuestra eminencia, ayúdeme...

Prometo hacer lo que me pida.

Desde ese instante, la fiebre deja al enfermito, que tres días después está sano.

El cardenal Berardi vuela a visitar a Don Bosco.

— ¿Qué quiere que haga por usted?

—Hable al Santo Padre en favor de mi Congregación.

Y he aquí al adversario de la aprobación convertido en un paladín.

En la Sagrada Congregación se aboca de nuevo el asunto. Renacen las dificultades. Hay en las reglas un artículo que choca a todos: aquel que el ministro Ratazzi sugirió como la clave de una Orden religiosa moderna: la facultad de poseer bienes por los individuos de ella.

¿Cómo puede uno hacer voto de pobreza y seguir siendo dueño de campos, de títulos, de casas? ¿No es absurdo que uno se diga pobre, cuando es rico y puede disponer de sus bienes por testamento?

Don Bosco va a ver al omnipotente secretario de Estado, el cardenal Antonelli. Ha manifestado opiniones adversas a la aprobación. ¡No importa! La Virgen le cambiará el corazón.

Lo halla clavado en su sillón por un durísimo ataque de gota.

—Eminencia, ayúdeme, y yo le prometo que va a mejorar.

— ¿Qué quiere de mí?

—Hable al Santo Padre en favor de mi Congregación.

—Lo haré cuando pueda ir a verlo.

—Hágalo mañana, porque es urgente.

— ¿Mañana? ¿Pero no ve mi situación?

—Sí; mañana podrá salir, si promete a la Virgen hablar en favor de mi Sociedad.

Al día siguiente, Pío IX ve aparecer al cardenal Antonelli, de cuya enfermedad no le habían dado buenas noticias.

— ¡Este Don Bosco! Me ha mandado ya al cardenal Berardl convertido en abogado suyo; ahora toca el turno a Vuestra Eminencia... ¿Cómo está ese asunto de los salesianos?

Nuevas dificultades renacían entre las cenizas de las ya resueltas. El secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, monseñor Svegliati, multiplicaba los obstáculos. El Papa mismo había advertido a Don Bosco: —Convenced a monseñor Svegliati, que es vuestro principal adversario.

No quería Pío IX resolver a su arbitrio la aprobación de la Sociedad salesiana, contra la opinión de sus consultores, mas no dejaba de interesarse por ella.

Don Bosco se fue a ver a monseñor Svegliati, y lo halló enfermo de gripe.

—Necesito de su ayuda, monseñor. He venido por el asunto de mi Congregación, a rogarle que interponga su influencia en favor mío ante el Santo Padre...

Monseñor Svegliati mira con sorpresa a Don Bosco. Este sigue como si no viese los gestos de impaciencia del prelado.

—Necesito, monseñor, que vaya mañana mismo a ver a Su Santidad.

— ¡Pero si yo opino contrariamente! Además, no puedo levantarme... La tos no me deja un minuto de reposo...

—Si promete hablar en favor de mi Congregación, María Auxiliadora va a curarlo de la tos y de la gripe, y mañana mismo podrá ver al Santo Padre.

Al otro día, el peor oponente de la aprobación llegaba a la audiencia del Papa, sano y convertido.

— ¡Pero, Señor! Como Don Bosco siga haciendo estos milagros, va a conquistar la unanimidad —exclama el Pontífice, riéndose cuando monseñor Svegliati le cuenta el caso.

Y, en efecto, pocos días después, el 19 de febrero del 69, se aprobaba definitivamente la Pía Sociedad Salesiana, concediéndose el superior la facultad de otorgar dimisorias, o sea, de hacer ordenar sacerdotes por el obispo diocesano a los que hubiesen ingresado en ella antes de los catorce años. Era la independencia indispensable para que pudiese vivir.

Pero no todavía el triunfo completo. Las famosas dimisorias se le concedían sólo bajo ciertas restricciones, y, en cuanto a las reglas, su aprobación se dejaba para tiempos más oportunos, debiendo ser corregidas conforme a las observaciones comunicadas.

XIV

CUALQUIERA QUE OS HAGA MORIR

El porvenir parece aclararse súbitamente cuando, a final de 1870, desaparece del escenario monseñor Riccardi. Dios lo ha llamado a Sí. ¿Quién le sucederá? Cualquiera que sea, cabe esperar que la ruda hostilidad a los salesianos haya terminado para siempre.

¿Y si fuese un amigo; si fuese, por ejemplo, monseñor Gastaldi? ¡Oh, entonces, qué día de fiesta en el Oratorio! Es una amistad, más bien dijéramos una devoción, de veinte años la que une aquellas dos grandes almas: Gastaldi y Bosco.

Cuando Gastaldi, ya canónigo en Turín, ingresó en la Congregación de los Rosminianos y partió de misionero a Inglaterra, pidió a su madre que reemplazara al hijo que perdía adoptando a Bosco y a sus *biricchini*. Y así fue; a la muerte de mamá Margarita, los *biricchini* tuvieron por madre a la señora Gastaldi

El rosminiano volvió de Inglaterra, y por justos motivos abandonó la Congregación. Un día Don Bosco habló de él a Pío IX, que le pidió nombres de buenos y virtuosos varones para la diócesis del Piamonte, y el gran amigo fue designado obispo de Saluzzo.

Vino el Concilio Vaticano del año 70, que agitó las ideas en el mundo católico y lo dividió en dos campos enemigos. Monseñor

Gastaldi no estaba entre los partidarios firmes de la infalibilidad; se le consideraba más bien entre los pocos italianos que seguían las directivas de monseñor Dupanloup, enemigo de esa declaración.

Don Bosco, ingenioso y versado en Historia y Teología, logró transformarlo en un paladín de la infalibilidad, y a la muerte de monseñor Riccardi se empeñó en que el Papa lo nombrara arzobispo de Turín.

¡Y el Papa escuchó a Don Bosco! "¿Vos lo queréis? —le dijo —. ¡Sea!"

¡Qué poco saben los hombres, y hasta los santos, cuáles son los hilos buenos y los hilos malos en la trama inextricable de las cosas humanas!

Un suceso, que juzgamos contrario a nuestros intereses, se convierte en la semilla de un bien; y, a la inversa, nuestro empeño porque esto o aquello suceda así, nos resulta fatal. El mismo Don Bosco dijo muchos años después: "Yo no confié bastante en la Providencia, cuando quise poner medios humanos para facilitar mi obra."

Y en otra ocasión escribió: "Si debo decir lo que pienso, creo que el demonio previó el bien que monseñor Gastaldi habría podido hacer a nuestra Congregación, sembró cizaña secretamente, y consiguió que cundiera. Perturbación inmensa, chismes y comentarios; disminución de sacerdotes, disgustos graves al mismo monseñor que, por treinta años, fue mi mejor confidente."

¿Cómo pudo cambiar el corazón de aquel grande amigo? Ya sabemos que los grandes bonetes de la curia de Turín nunca vieron sin antipatía a la naciente Congregación. Primero, consideraban un loco a su fundador; más tarde, un rival peligroso, que llevaba el agua para su molino, canalizando hacia el Oratorio la

ya escasa corriente de vocaciones. Su actividad, su popularidad, su independencia, sus relaciones con el rey y los ministros, su amistad con el Papa, todo resultaba sospechoso.

El nuevo arzobispo se halló de repente sumergido en una atmósfera hostil a Don Bosco. Era monseñor docto y piadoso, apasionado por la jerarquía y la disciplina, pero impulsivo y dominante. Tenía el celo de su autoridad; fácilmente montaba en cólera si sospechaba intención de discutir sus derechos de pastor, y era fácil también hacerle ver un emboscado en cada sombra del muro.

Ya estaba seriamente enfermo del hígado cuando ocupó la Sede de Turín, lo final no dejó de influir en sus determinaciones.

Tres personajes de la Curia captaron su ánimo desde el primer momento, y empezaron a soplar aquel fuego que habían temido que se apagara a la muerte del anterior arzobispo. Dos de ellos, por tristes motivos, fueron después suspendidos por la autoridad eclesiástica. El tercero era apenas mejor.

Cierto día Don Bosco entró, con la confianza de costumbre, en el despacho del arzobispo, y lo halló redactando un papel.

— ¿Se imagina lo que estoy haciendo?

—No, Excelencia.

—Algo muy serio.

—Todo lo que hace nuestro arzobispo es serio.

—Ahora es algo excepcional: una nota a un canónigo.

— ¿Para promoverlo, tal vez, a mejor destino?

— ¡Qué esperanza! ¡Para suspenderlo *a divinis*!

— ¡Oh, es cosa grave, en efecto!... ¿Se puede saber de quién se trata?

—De Don Calosso.

— ¿El de Chieri? —pregunta Don Bosco, aproximándose,

—Sí, precisamente el de Chieri.

¿Cómo podía haber dado motivo a tan grande sanción aquel buen viejo, que fue su profesor en el Seminario? El arzobispo refiere una historia de esas que ocurren frecuentemente: de un lado, un viejo testarudo, capaz de discutir la luz del mediodía; del otro, un prelado celoso de su dignidad. La cuerda se corta por lo más delgado. Y la suspensión *a divinis*, que es una de las más graves penas eclesiásticas, cayó como un rayo sobre la cabeza blanca de aquel infeliz.

Desesperado, sin recursos, acudió Don Calosso a su antiguo discípulo para que le permitiera vivir en algún rinconcito, lejos de las gentes que lo abochornaban. Y Don Bosco no escuchó más voz que la de su corazón, y lo acogió amorosamente en un colegio que tenía en Alassio.

¿Fue una imprudencia? Tal vez. ¿Pero quién arrojaría la primera piedra contra él? Monseñor mismo, de no haber tenido junto a sí a los tres Yagos que le soplaban intrigas al oído, no hubiera dado importancia al incidente.

En el Proceso del Ordinario, expediente en que la Iglesia recoge minuciosas informaciones, adversas y favorables, a una persona que se intenta canonizar, figuran, bajo juramento, testimonios que iluminan este largo calvario.

Don Rua, que fue su primer sucesor, declara así: "¿Temía, tal vez, el arzobispo que se creyese que, habiendo sido promovido a la diócesis de Turín por obra de Don Bosco, se dejase guiar por él? Hubo, quien lo supuso. ¿Temía, quizá, que Don Bosco atrajese a

su naciente Congregación jóvenes estudiantes de la carrera eclesiástica, con perjuicio de los seminarios diocesanos?"

Lo cierto es que, a los pocos meses, monseñor Gastaldi resucitó contra el Oratorio las mismas objeciones del anterior arzobispo, y se negó a ordenar sus clérigos.

Se hallaba Don Bosco empeñado en una fundación nueva, la de las *vocaciones tardías*. Había observado que de cien alumnos que empiezan niños la carrera eclesiástica apenas perseveran la mitad: los otros la abandonan y toman rumbo distinto. En cambio, de cien alumnos que ingresan en el seminario adultos ya, casi todos llegan al sacerdocio.

¿Por qué no fundar un seminario especial para ellos, librándolos de la compañía, siempre humillante, de condiscípulos más jóvenes y haciéndoles estudiar bajo un plan distinto?

Pío IX escuchó a Don Bosco sobre esto, elogió la idea y bendijo la obra futura; y aquel obrero infatigable comenzó a trabajar.

Pero monseñor Gastaldi se le cruzó en el camino. ¿Qué pretendía Don Bosco? ¿Destruir los pequeños seminarios, que con tanto esfuerzo habían fundado los obispos? ¿Era posible que el Papa autorizara semejante iniquidad?

En el acto dirige a sus colegas de diversas provincias eclesiásticas una circular invitándolos a enviar a Roma una protesta contra la obra de las vocaciones tardías. Y, por de pronto, la prohibió en su diócesis.

Don Bosco no tenía costumbre de abandonar una idea una vez adoptada, y fue a llamar a las puertas de otro arzobispo, el de Génova, y en su jurisdicción fundó aquel seminario especial.

Un año después tenla cien alumnos, que habían cumplido ya casi todos el servicio militar, y que devoraban su latín, su filosofía, su teología, a dobles bocados, sin temer la rivalidad de condiscípulos más jóvenes.

Monseñor Gastaldi muestra su aversión de todas maneras. Ha llegado el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, a visitar a Don Bosco. ¡Pecado capital! Monseñor Gastaldi le prohíbe celebrar en el Oratorio, y el de Buenos Aires parte, resentido, para Francia.

Esas son escaramuzas. Las serias batallas se dan cuando Don Bosco presenta sus clérigos al arzobispo para que éste los ordene. Don Bosco usa de sus facultades, pero el arzobispo, con un pretexto u otro, se niega a reconocerlas, y pasan hasta tres años en esta situación.

Puesto que el diocesano procede así, Don Bosco necesita la facultad de conceder aquellas dimisorias para ante cualquier obispo católico. Y, además, le urge que su Congregación obtenga los privilegios que favorecerían su desarrollo, independizándola de los obispos y colocándola directamente bajo la autoridad del Pontífice.

Siglos antes, a medida que se fundaban nuevas Órdenes, se hizo costumbre acordarles "en masa", o "ad instar" por asimilación, como dicen los cánones, la totalidad de los privilegios de que gozaban las antiguas, y más aún, hasta hacer de ellas un verdadero Estado dentro del Estado eclesiástico que es una diócesis.

Dejaron de fundarse Órdenes de vida conventual, y empezaron en el siglo XVI las Congregaciones de religiosos que pueden ejercer su ministerio en manera más adecuada a los tiempos. Así los jesuitas.

Se modificó la práctica de los privilegios, y se hizo costumbre concederlos taxativamente, en la medida que se necesitaban y se pedían. Pero, con el andar de los tiempos, las últimas Congregaciones fundadas obtuvieron en masa lo que las anteriores poseían.

Le costó a Don Bosco Dios y ayuda conseguir un libro en que constaran todos los privilegios de que gozan algunas Congregaciones. Por fin, obtuvo el de los redentoristas, un grueso tomo, armado del cual se presentó delante de monseñor Vitelleschi, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares.

— ¿Sería posible que se me acordaran en masa (*per assimilationem*) los privilegios de los redentoristas?

—Hable al Santo Padre; él lo puede todo.

—Así lo haré; le mostraré este libro

— ¿Qué es ese libro?

—Los privilegios de los redentoristas.

— ¡Por caridad, señor Don Bosco, esconda ese libro! Si el Papa lo ve, quedará espantado, y no le otorgará a usted nada, y, más bien, tendrá tentaciones de quitárselos a ellos.

Sepultó Don Bosco el libro en su maleta y se presentó a Pío IX con las manos vacías.

—Santidad, el pobre Don Bosco se encuentra en un atolladero. Necesita que se le concedan los privilegios de las otras Congregaciones...

Haced la demanda.

—Es el caso, Santo Padre, que desde 1838 no se han concedido a nadie "ad instar", por asimilación.

— ¡Y bien!

—Pero como Vuestra Santidad lo puede todo, podría hacer una excepción en favor de mi Congregación, concediéndole lo que hace tanto tiempo no se concede.

—Haced el pedido ante la Congregación de Cardenales, y yo haré la excepción.

Pío IX sonreía y el corazón de Don Bosco brincaba de alegría y gratitud.

En pocos días, trabajando a deshora, redactó una erudita y límpida historia de los privilegios, que era, a la vez, un sólido alegato en su favor.

— ¡Hola, hola! Este Don Bosco sabe de cánones y conoce su historia... Vamos a ver qué novedades pide.

El ánimo de la Comisión, influido por los alegatos de monseñor Gastaldi, no era favorable, y el asunto volvió al Papa con esta opinión: si Don Bosco obtenía todo aquello, era de temerse una protesta y quizá un cisma en el alto clero de Turín...

El asunto quedó enterrado.

¡Paciencia, y adelante, como Dios nos ayude!

Mas no pasa mucho tiempo sin que de nuevo hallemos a Don Bosco golpeando la puerta de la Comisión de Cardenales. Cambia de baterías; modifica los términos de la petición, para que no se arguya que vuelve a pedir lo que ya le han negado; pero, en sustancia, es lo mismo.

Pobre porfiado saca mendrugo. Sólo que no menos porfiado es su arzobispo, quien, no bien descubre la maniobra, escribe al influyente cardenal Bizzarri:

"Espero que la Sagrada Congregación, antes de conceder al señor Don Bosco lo que pide, en perjuicio de los obispos, tendrá la

bondad de hacerme conocer su petitorio para formular mis observaciones.

"El espíritu de independencia, casi diré de superioridad, que el señor Don Bosco viene desplegando hace años contra el arzobispo de Turín..., si fuese apoyado con nuevos privilegios contrarios a ml jurisdicción, acrecentaría mis disgustos y tribulaciones.

"Si el señor Don Bosco ha merecido y merece bien de la Iglesia, yo pienso no haber desmerecido, y no veo por qué se le deban conferir privilegios que importarían un castigo para mí.

"Y si se le han de conferir, en daño de mi jurisdicción, aguárdese al menos mi muerte, que no tardará mucho, o déjeme tiempo de retirarme de este puesto..."

Aunque Don Bosco guardaba una heroica reserva, ya no era un secreto para nadie en Turín la guerra declarada entre la curia y el Oratorio.

Todo, para gran regocijo de los enemigos de la Iglesia, cuyos diarios estaban a la pesca de incidentes y de escaramuzas y unas veces se ponían de un lado, otras veces del otro, ávidos de un escándalo, lo que, en su opinión, sólo podía terminar en una apostasía.

Y, como si faltaran motivos para exacerbar los ánimos monseñor Gastaldi infligió a Don Bosco uno de esos castigos cuya dureza no puede medir quien no adivine, siquiera de lejos, el corazón de un apóstol.

La más ardiente afición de Don Bosco era el confesar. El Papa le había concedido la facultad de hacerlo en todas partes. Lo hemos visto confesar en las Iglesias, en los hospitales, en les cárceles, en los prados, en los cansinos públicos, a la sombra de

un árbol, a la orilla de una cerca; en todas las posturas y a todas horas.

Bueno; pues hacia fines de 1875 Don Rua le comunicó temblando que el arzobispo no había querido renovarle su patente de confesor; es decir, que ya no podía confesar. ¡Qué plato para los que hacían comidilla en la honra de un sacerdote!

Era la víspera de Navidad, y todos los *"biricchini"* llamaban a Don Bosco. El, que podía en su fuero interno usar de la facultad concedida por el Papa, confesó todavía; mas, pasada la fiesta, escribió al arzobispo:

"Mañana me alejo de Turín para eludir el responder a preguntas que ya se me hacen acerca de esto.

"Ahora le ruego humildemente quiera renovarme la facultad, para evitar comentarios y escándalos; y como la medida adoptada supone grave motivo, siendo un pobre sacerdote, superior de una Congregación definitivamente aprobado y nombrado por la Santa Sede misma, le suplico respetuosamente se digne enmendar cualquier yerro en que hubiese incurrido."

¿Qué pensaron los hijos de Don Bosco de aquella, medida? ¡Qué estupor el de aquel pequeño mundo de hombres adictos a Don Bosco!

Uno de ellos, Don Bonetti, director de un seminario, donde el fundador fue a refugiarse, escribió directamente al Papa: "Vuestra Santidad, que conoce plenamente la virtud de mi superior, puede imaginarse si será capaz de cometer un delito que merezca pena tal, como sólo se inflige a los sacerdotes más escandalosos."

El Papa no tuvo tiempo de intervenir, pues el mismo arzobispo dio marcha atrás al recibir la carta de Don Bosco cuyo tono manso

y dolorido le tocó el corazón; y en el mismo día le devolvió las facultades que le quitara.

Mas no le explicó cuál fuera su culpa.

En la vida de los santos suelen hallarse episodios parecidos. También a San Felipe Neri, fundador de Congregaciones, apóstol de Roma, le quitó el cardenal vicario la facultad de confesar.

Sombrero en mano se notifica de la cruel medida, y responde con humildad no exenta de buen humor: "¡Esta bien! Ahora sabrá el pueblo romano qué laya de personaje soy yo. Todos me estimaban, porque no me conocían, ahora sabrán qué pillete es el padre Felipe."

Después de esto, ¿se armaría la paz? ¿Arreciaría la guerra? La verdad es que arreció la guerra. Don Bosco no podía rendir ciertas posiciones, ni siquiera por amor a la paz.

— ¡Qué le vamos a hacer! —decía—. El arzobispo quiere mandar en la Congregación, y esto no es posible.

Apenas se decía en Turín que Don Bosco solicitaba algo de Roma, monseñor Gastaldi despachaba notas, informes, folletos, a las personalidades más influyentes.

Los salesianos —según se desprendía de todos esos papeles — eran altaneros, ignorantes, rebeldes a la autoridad, y, en cuanto a su labor, más el ruido que las nueces. Como si no bastase la leña que había ya para mantener la hoguera, se publicaron en Turín, sin nombre de autor, cuatro librejos en que la persona y las doctrinas del arzobispo hacían el gasto.

Monseñor estaba imbuido en la filosofía de Rosmini, algunos de cuyos principios, o fueron condenados por la Iglesia, o llegan a un filo del error. *Pequeña muestra de las doctrinas de monseñor*

Gastaldi, se titulaba uno de los folletos. *La cuestión rosminiana*, otro.

¿Quién podía ser su autor sino Don Bosco o alguno de sus clérigos? Monseñor Gastaldi no dudó que así fuera, tanto más cuanto que los otros dos folletos atacaban al arzobispo por su política con el Oratorio.

Solamente a los años se ha sabido que el Padre Ballerini, jesuita, y el canónigo Aritosi, antiguo salesiano, eran los autores de los dos referentes a la filosofía de monseñor, y que el abate Turchi había escrito uno de los otros dos. El autor del cuarto permanece todavía en el misterio.

Años pasaron así. Ya había muerto Pío IX. Reinaba León XIII.

Un día, Don Bosco sabe que en Roma le intenta meter el arzobispo un proceso. Ha callado hasta entonces; pero no puede callar más y envía a la Congregación de Cardenales una fría y metódica exposición.

"Hace más de diez años que el suscripto y la Congregación Salesiana sufren vejaciones graves de parte del arzobispo de Turín, monseñor Lorenzo Gastaldi. Hasta aquí las hemos tolerado en silencio. Los tiempos son difíciles para la Santa Iglesia, y yo no quería molestar a la Congregación (de Cardenales) provocando su autorizado y supremo juicio. Me dolía también reclamar contra una persona a quien siempre he profesado estima y veneración. Y habríamos continuado soportando en silencio todas las molestias y dificultades; pero últimamente el arzobispo se ha dirigido a la Sagrada Congregación del Concilio y ha publicado cosas infamantes para el suscripto y la Pía Sociedad Salesiana..."

León XIII lee y queda estupefacto. ¿Cómo puede un hombre soportar aquello en silencio, sin ser un santo? La Congregación del

Concilio se apresta a resolver en contra de monseñor Gastaldi. Será un terrible campanazo, que llenará de alegría a las logias.

— ¡No! —dice León XIII—. Sálvese la autoridad del arzobispo. Contamos para ello con Don Bosco, que aceptará cuanto el Papa le ordene.

Y él mismo redacta una transacción, que debe poner punto final. Su artículo primero dice así:

"Don Bosco escribirá una carta a monseñor Gastaldi expresándole su desagrado por los incidentes que en los últimos días han alterado sus relaciones y causado pena al corazón del arzobispo. Si monseñor Gastaldi ha podido creer que él o algún miembro de su Instituto ha sido la causa, Don Bosco pedirá perdón y rogará al arzobispo que olvide el pasado."

Monseñor Cagliero, que asistió a la reunión del Capítulo Superior en que los salesianos consideraron aquel singular documento, que parecía arrojar las culpas sobre Don Bosco, refiere que todos vacilaban en aceptarlo, cuando el fundador dijo:

—Es el Papa el que dicta las condiciones. ¡Acéptense!

Y se allanó a todo. Pidió perdón de culpas que no había cometido, y monseñor Gastaldi le devolvió su gracia. Aquella paz tan costosa no tardó en alterarse. ¿Para qué recontar los incidentes de la nueva campaña?

León XIII no olvidó nunca la terrible prueba a que deliberadamente sometiera al fundador de los salesianos. A la muerte de monseñor Gastaldi, volvió Don Bosco a pedir los famosos privilegios para su Congregación. El Papa lo recibió en audiencia y leyó la solicitud.

—Os concederé cuanto queráis. Y haremos las cosas pronto. Ahora —añadió, sonriendo— el pobre monseñor no podrá oponerse. ¡Ese sí que era un adversario! Ya veis—, ni siquiera el Papa, muchas veces, puede hacer todo lo que quiere— ¡Yo os amo, os amo, os amo!

Don Bosco estaba ya muy enfermo, y escuchaba aquello, no de rodillas, como manda el protocolo, sino sentado junto al Papa, que lo mimaba tiernamente.

Y todo lo que pedía fue concedido.

El insigne Pontífice Pío XI, que, siendo un joven sacerdote, conoció y trató a Don Bosco y vivió algunos días bajo su techo, al proclamar su santidad, en el acto solemne de la beatificación, ha dejado caer estas palabras: "Contradicciones provenientes de los mismos de quien tenía derecho de esperar ayuda y socorro."

¿Hemos de asombrarnos? ¡Bah! No hay vida de santo, escrita con verdad, que no tenga muchas páginas iguales. Por algo se lee en el Evangelio de San Juan este anuncio de Jesús a sus discípulos: "Os arrojarán de las sinagogas y vendrá una hora en que cualquiera que os haga morir creerá servir a Dios." (Juan 16, 2)

XV

DON BOSCO ENTRE EL PAPA Y EL REY

Un día, en la antesala del ministro de Gracia y Justicia del reino de Italia, que ya tenía su capital en Roma, apareció un sacerdote pequeño de estatura, vestido con ropas que parecían ajenas. Era viejo y pálido. Una oculta fuerza galvanizaba sus flacos miembros. Había perdido la vista del ojo derecho, pero el otro brillaba con doblado fulgor. Como quien se dispone a una larga espera, llevaba un grueso breviario, amén de un manojo de papeles, pruebas de imprenta, sin duda.

— ¿Quién es ese tipo? —se dijeron unos a otros los que aguardaban turno, pretendientes a puestos o favores, periodistas a la pesca de novedades, ociosos o curiosos ávidos de acercarse a un personaje, que asisten, como quien va al teatro, al singular espectáculo de la antesala de un poderoso.

Rotas a cañonazos las relaciones del Vaticano con el Gobierno de Italia, no era frecuente hallar en esos primeros tiempos un traje talar en los salones de un ministro.

Y cuando se le hallaba, no era de la laya de aquél, raído y mal cortado, que a la legua decía la pobreza de su dueño. Los sacerdotes que visitaban a los ministros, más bien parecían cortesanos, y uno se preguntaba, al verlos, si esa mañana habrían celebrado su misa, y cuánto tiempo haría que no abrían el breviario.

Pío IX permanecía irreductible, como si en vez de ser un viejo inerme y cautivo, fuese un soberano cuya palabra se apoyaba en los cañones y las bayonetas de un gran ejército.

Aquel Gobierno impúdico que, sin la sombra de un motivo ni tomarse el trabajo de declararle la guerra, violó sus fronteras —triplemente sagradas para él, pues por tratados con otras naciones se había comprometido a respetarlas y defenderlas—, sitió su capital, abatió sus murallas y tomó posesión de su palacio; aquel Gobierno, se había colocado fuera de las leyes de la civilización.

Y desde el fondo de su prisión oponía un heroico *non possumus* a las tentativas de Víctor Manuel, que ansiaba lavarse la intolerable lepra de los remordimientos y de la excomunión sin desprenderse, sin embargo, de sus conquistas.

Su ministro de Hacienda llegó hasta los umbrales del Vaticano con 3.225.000 liras, dotación anual en que el Gobierno del rey estimaba el precio de ellas.

Las puertas del Vaticano permanecieron cerradas ante el ministro; y el cardenal Antonelli respondió, en nombre del Papa, que, gracias a la caridad de los fieles, no estaba en la indigencia, y que prefería pedir limosna de puerta en puerta antes que recibir un céntimo de Gobierno alguno, y mucho menos del usurpador...

Los bienes eclesiásticos, de que el Gobierno había ido apoderándose durante veinte años, sumaban miles de millones, pero, como ocurre siempre, su liquidación resultaba desastrosa, y era más lo que quedaba entre las uñas de los intermediarios que lo que llegaba a las arcas reales.

No le hacen, pues, mala cara al desairado ministro cuando volvió sin vaciar les talegas.

La hermosa y robusta Rosina, hija de un tambor mayor, ha

comido a grandes bocados la fortuna del rey; lo ha puesto en ridículo con diversos amantes; ha acabado haciéndose dar el título de condesa Miraflori y casándose secretamente con él, y aun pretende legitimar sus hijos, que le nacieron en tempos en que vivía la angelical reina del Piamonte, María Adelaida.

Víctor Manuel se ha defendido de esta pretensión, pero se ha rendido a todas las otras, y ella y los bastardos tienen un palacio en Roma, a donde él apenas va. Resina envejece y engorda. Y el rey tiene miedo de pernoctar en el Quirinal. La muerte lo acecha allí, le ha predicho una mujer. Prefiere aturdirse cabalgando en las campiñas, cazando gamuzas en los Alpes. Y deja a sus ministros la política.

Ahora que ha concluido su labor y reina sobre veinticinco millones de súbditos, cuando piensa en los caminos por donde ha llegado a esa grandeza, la corona le quema las sienes y querría abdicar en favor de su hijo Humberto. Lo detiene el recuerdo de la trágica abdicación de su padre, después de la derrota de Novara. ¿Van a decir también que él ha sido derrotado por el Papa?

¿Cuántos años aún seguirá repitiendo aquel viejo cautivo su desesperante *non possumus*? ¿Cuántos años demorará en aparecer un nuevo Papa que acepte sus imposiciones? ¿No habrá algún mediador que le allane el camino? Tuvo un día ocurrencia de enviar a Pío IX un mensajero de fino espíritu, el emperador del Brasil, Don Pedro II.

—He venido a rogar a Vuestra Santidad que me permita presentarle al rey de Italia.

Pío IX se levantó y, mirando en los ojos a Don Pedro, le respondió con dureza:

En vano venís, emperador, con semejante propuesta. Comience el rey del Piamonte por restituir a la Iglesia lo que le ha robado: antes de esa reparación de su sacrilegio, no entrará jamás aquí con mi permiso. Puede hundir mis puertas a cañonazos, como ha hundido las puertas de Roma o las de mi palacio del Quirinal; pero, cuando él entre, yo saldré por la puerta contraria...

—*Per Bacco!* —respondió Víctor Manuel, sabedor del fracaso de su embajada—. ¡Estamos en Roma, y en Roma quedaremos!

Así los ánimos, ¿quién osaría intentar ninguna especie de conciliación?

Era, pues, muy extraño ver en los palacios del Gobierno un sacerdote de vestimenta pobre y de maneras verdaderamente sacerdotales.

Tiene aire campesino. A juzgar por el paraguas, es de país húmedo. No se ha hecho la barba ese día, más no parece intimidado cuando el ujier, de mal modo, se le aproxima a preguntarle qué quiere, y cambia de actitud cuando él le susurra su nombre al oído. En el acto le coge el manteo, el paraguas y el sombrero, y le dice, inclinándose:

—Tres veces ha preguntado ya el señor ministro por monseñor…

—Yo no soy monseñor.

—Por el señor teólogo.

—No soy teólogo.

— ¿Cómo debo decir, entonces?

—Diga simplemente, por Don Bosco.

Se ha hecho tan gran silencio en la antesala, que todos han oído aquel nombre, y todos maquinalmente han dejado sus

asientos y han hecho rueda alrededor del ujier y el pobre sacerdote, para ver qué especie de bicho es el famoso Don Bosco.

—Sírvase pasar, Don Bosco… El señor ministro lo aguarda.

A los periodistas les falta tiempo para derramar la noticia. El famoso Don Bosco está en Roma y se le ha visto en la Casa de Gobierno. ¿Qué ha ido a hacer allí? No hay que dejarlo escapar sin someterlo a un interrogatorio.

Una hora y media dura la entrevista. Don Bosco ha puesto en movimiento toda la casa. Empleados acuden con papelotes para el ministro. Se conoce que en esa entrevista no se pierde tiempo. Los periodistas aguardan, calcinados de impaciencia.

Sospechan lo que hay. La Santa Sede, por no hacer bulla enviando un cardenal como embajador, manda a aquel pobre viejo, que no tiene apariencias de nada, pero que es más *furbo* que todo el colegio cardenalicio, a tratar la conciliación.

Por fin, la puerta se abre y aparece Don Bosco. Los periodistas se echan sobre él. Pero él tiene antes que decir una palabrita al oído del ujier, que le entrega sus cosas:

— ¿Has hecho ya la pascua, hijo mío?

Busca en sus bolsillos, le ofrece una medalla de María Auxiliadora y vuelve a la carga:

—Uno de estos días vendré de nuevo. Si me das la buena noticia de que has hecho ya la pascua, te haré un regalo.

— ¡Oh Don Bosco! —exclama el ujier, que no tiene costumbre de ser tratado con tanta dulzura por los personajes a quienes el ministro recibe como a aquél.

Los periodistas interrumpen el diálogo:

— ¿De qué se ha tratado, monseñor?

— ¿Hay conciliación? ¿Podemos dar la noticia?

Don Bosco se echa a reír.

—Si ustedes me contestan lo que yo les voy a preguntar, yo les contestaré lo que ustedes me pregunten.

— ¡Pregunte, Don Bosco!

Pero no puede ser aquí, delante de tantos conspicuos señores, a quienes nosotros distraemos y molestamos con nuestra charla. Tiene que ser...

—Donde usted diga, Don Bosco.

—En un café… ¡Vamos a tomar una taza de café! ¡Pago yo!

Y Don Bosco se va, con su descolorido paraguas y su viejo breviario, seguido por los reporteros de diarios de todos los colores: rojos, verdes, amarillos.

Y en un café se deja interrogar, sin soltar prenda; los entretiene y les hace oír una palabra de sacerdote, de esas que a ninguno hieren, porque son dichas de corazón a corazón. Su lema es que toda palabra de sacerdote debe ser sal de vida.

Pero, en resumen, acerca del asunto que le ha llevado ante un ministro que aguardaba, su visita, no les ha dicho nada. Tanto mejor; a los periodistas les embarazan las noticias concretas. La fantasía es la primera facultad de un reportero.

Al día siguiente, el *Fanfulla*, diario irreligioso, daba así la nueva: "Desde hace algunos días circulan voces de que se realizan esfuerzos en pro de una conciliación entre la Iglesia y el Estado. El intermediario ahora es un distinguido prelado piamontés. El Santo Padre ya no se negará a aceptar la asignación que le ha votado el Parlamento."

Otro diario romano, la *Gazzeta di Torino*, lo anunciaba de este modo: "Se encuentra en Roma el célebre Don Bosco, de nuestro Turín. Goza de vara alta en el Vaticano; el Papa lo mira bien. Pero en el público no despierta el entusiasmo de antes. Está en decadencia. El Gobierno le abre las puertas de par en par. No sabemos de qué se trata, pero deben de ser cosas graves."

Predominaba en la prensa sectaria el regocijo de ver al Papa en trance de olvidar su obstinado *Non possumus*, y de alargar la mano para recibir los tres millones. Con lo cual terminaría la irritante leyenda del cautivo despojado.

En cambio, la prensa católica se mostraba irritadísima. ¿Con qué autoridad se mezclaba Don Bosco en aquellos asuntos? ¿Era otra cabeza destornillada por las promesas del Quirinal? ¿Otro apóstata en ciernes?

Había que decírselo claro, y no se mordían las lenguas ni se arredraban las plumas. Y en la "Voce della Varita", nada menos que monseñor Nardi, auditor de la Rota, le arrojaba estos virulentos sarcasmos:

"Los conciliadores son excelentes personas, todo caridad, todo paz, que gimen cobre los males de la Iglesia y (sin decirlo) sobre la obstinación del Papa. ¡Santo Dios! Con una sola palabra que el dijera devolvería la paz al Estado, a la Iglesia, a las conciencias trabadas. Lo sentimos mucho, señores, pero esta palabra no puede decirse; esta paz no puede hacerse.

"Si fuese verdad que algún eclesiástico pretende servir de puente e inducir al Papa a deponer esa actitud que le ha hecho tan glorioso en el mundo entero; si hubiese alguien capaz de venir a soplarle semejantes consejos, no vacilaríamos en asignarle (cualquier hábito que tenga, el puesto que le corresponde en el

Evangelio del primer domingo de Cuaresma... Y le diríamos: Amigo, vuélvete a tu pueblo; aquí pierdes el tiempo. Pío IX es un noble y santo hombre, y no hay nada que hacer. ¿Has entendido? Si no bastase, ¡cuidado, que hablaremos más claro!"

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma trata la tentación de Jesús en el desierto, después de cuarenta días de ayuno. Don Bosco, pues, representa el papel del diablo tentando a Pío IX.

Sepamos por qué monseñor Nardi veía en la actitud de Don Bosco un comienzo de traición o de apostasía. Era un gato escaldado, que hasta del agua fría huye. Había fundado la "Voce della Verita" en compañía del jesuita Carlos María Curci, hombre probo y de celo, pero a quien el orgullo acababa de derrumbar como a un gran árbol roído interiormente.

Seducido por la tentación de los liberales católicos, se había transformado en el paladín del reconocimiento del "hecho consumado", la pérdida del poder temporal.

Estas ideas le ganaron fama y honores en los círculos del Gobierno, pero tuvo que salir de la Compañía de Jesús, y, obcecado y soberbio, llegó hasta el borde de la apostasía. Por ventura, no cayó al abismo y se retractó en los últimos años.

Otro célebre sacerdote, el padre Theiner, prefecto del Archivo Vaticano, había causado el mismo escándalo y dado armas al adversario para combatir la intransigencia del Pontífice.

¡Y ahora Don Bosco, de quien siempre se había dicho que mantenía relaciones sospechosas con los excomulgados de Turín!

Don Bosco aguantó la andanada, silencioso y paciente; y a alguien afectado más que él por aquellos ataques le dijo:

— ¿Que yo conservo amigos entre esa gente? ¡Bah! Sería capaz de llegar ante el diablo, sombrero en mano y sonriente, con tal que me dejara pasar para salvar un alma.

Y en el caso que ahora lo preocupaba y era ocasión de sus idas y venidas del Vaticano al Quirinal, del Quirinal al Vaticano, se trataba de salvar muchas almas.

Habían quedado vacantes en Italia, especialmente en el Piamonte, más de sesenta diócesis, por muerte o destierro de sus obispos.

Sólo Dios sabía el mal infinito de esa situación, que parecía sin remedio, porque, de un lado, el Gobierno se había apoderado de las sedes vacantes y exigía juramento de fidelidad al obispo que quisiera ocuparlas, y del otro, la Iglesia se negaba a consentir en esa indignidad.

Don Bosco pintó al Papa el estado de las diócesis vacantes, con tan vivos colores, que le arrancó lágrimas. Años antes, ya Don Bosco había intervenido en la designación de muchos obispos, contribuyendo a allanar las dificultades que el Gobierno oponía. Era, pues, buen abogado para confiarle el asunto, y el Papa se lo encargó.

Escribió Don Bosco al ministro: "Me considerarla feliz si pudiera prestar algún servicio a mi Gobierno y que resultase ventajoso a la Iglesia... Como particular desconocido en el mundo político, no daría ningún motivo a los diarios para comentar ni en favor ni en contra mi intervención..."

En esto se engañó. Mas pensó bien que el Gobierno aceptaría su intervención.

Fue citado a palacio, y Don Bosco, apenas recibió la carta, arregló su maleta. Pobre maleta, en verdad. Tan raída estaba su

vestimenta habitual, que debió pedir prestados a sus hijos del Oratorio, a quién la sotana, a quién el manteo, a quién otras prendas. Y no eligió las que mejor le venían. Y el día que fue al Ministerio, intencionalmente dejó de hacerse la barba.

Esta negligencia entraba en los detalles de su diplomacia. El ministro, seguro de que Don Bosco trataría de llevar el agua al molino del Papa, se tranquilizaría bajo su aspecto de pobre hombre, y abrigaría la ilusión de embrollarlo.

Comenzó a tratarse bajo el ministerio Lanza, que de repente dimitió. Se prosiguió bajo Minghetti.

Se hallaba Don Bosco en charla amena con varios diputados, entre ellos Crispi, en una sala del Parlamento.

De pronto vieron pasar al secretario de la Embajada prusiana.

Un rato después apareció el ministro, con un largo telegrama en la mano:

—Señores, algunos se van a alegrar; otros se van a entristecer...

— ¿Qué es eso?

—La sentencia de muerte de los sesenta obispos que iban a ser nombrados, firmada por Bismarck. El canciller se queja de que mientras él persigue al catolicismo en Alemania, el Gobierno italiano anda en negociaciones con el Papa... No es culpa nuestra, señor Don Bosco, si la cosa queda enterrada. Dígaselo usted a Su Santidad. Prusia es más fuerte que nosotros... Lo siento mucho... Me habría gustado complacer a Don Bosco y al Papa... ¡Buenas tardes, señores!

¿Fue sinceró el pesar que demostraba? ¿Se aprovechó del pretexto que Bismarck le ofrecía para enterrar un asunto que ponía

en peligro al Gabinete? Como quiera que fuese, si le daban a elegir entre Bismarck y Pío IX, el Gobierno de Italia no podía vacilar: Bismarck tenía la bolsa y el sable, y éste era un argumento ante el cual se inclinaban siempre los hombres de la revolución.

XVI

EL PADRE VESPIGNANI

Una noche del frío invierno del año 75 descendía del tren que llega a eso de las diez a la estación de Porta Nuona, en Turín, un Joven sacerdote romañol.

Alto, flaco, de mejillas rosadas, llevándose él mismo la valija, subió a un pobre coche, donde el viento de los Alpes reinaba como en casa propia.

Le dio las señas de Valdocco, y el caballo, entumecido, empezó a trotar sobre las anchas piedras que cubren las calzadas de Turín.

Los ojos azules del romañol se abrían ávidamente a las grandezas de aquella ciudad, que por siglos había sido corte de reyes. ¡Pórticos y pórticos! Palacios de piedra, patios inmensos, más grandes aún por las sombras que los invadían, sin más luz a veces que la que ardía delante del nicho de la *Consolata* en la pared principal.

—Se parece a nuestra Boloña, —pensó el romañol.

Voz del cochero, en el silencio de la calle desierta:

— ¿Va a ver a Don Bosco?

—Efectivamente, allá voy.

— ¿Lo conoce?

—No: ¿y usted, lo conoce?

— ¡Vaya si lo conozco! ¿Quién no lo conoce en Turín?

El joven sacerdote se incorpora en el asiento.

— ¿Cómo es Don Bosco? ¿Qué hace? ¡La gente habla mucho de él!

Ese mismo día, en una ciudad del camino, había comprado un retrato del ya famoso apóstol de Turín; mas no estaba seguro de reconocerlo cuando lo viese.

Aguardaba emocionado la respuesta del cochero.

Hay que pensar que era joven, recién ordenado, que no sabía aún lo que iba si hacer de su vida, ignorando las miras de Dios.

A tal punto desconocía la verdadera vocación, que había hecho un experimento de vida monástica. Vivió tres o cuatro años en mi convento de monjes benedictinos: halló esa vestidura austera y tranquila conforme a su gusto, y llegó a vestir el burdo sayal.

¡Ah! No se olvidaría nunca de la escena. Sus compañeros, más ladinos que él, viéndolo inocente y curioso de saber cómo se realizaba la ceremonia, lo aleccionaron así:

Irás a la iglesia vestido con tus ropas de paisano; el abad te entregará el hábito bendito y te invitará a despojarte del hombre viejo y a vestirte del hombre nuevo. Y te pondrá un cirio encendido en la mano.

—Y yo ¿qué debo hacer?

—Te quitarás las ropas que llevas y te vestirás el sayal.

— ¿Y el cirio?

—Con el cirio le prenderás fuego a tu traje de paisano, comenzando por los pantalones, en señal de que renuncias al mundo, a sus pompas y a sus vanidades...

El neófito fue a la Iglesia y vio que las cosas se desenvolvían como se las pintaran. Recibió el hábito, se desvistió del hombre viejo y se revistió del hombre nuevo. Le dieron el cirio, lo cogió resueltamente, extendió sus pobres pantalones, y en plena iglesia les prendió fuego.

— ¡Hombre de Dios! ¿Qué estás haciendo? —le gritó el abad, pero no en latín, sino en puro romañol.

—Me han dicho que esto tenía que hacer... ¿No es así?

— ¡No hombre, no! ¡Se han burlado de ti!

No permaneció mucho en el convento. Vino la supresión de las Órdenes religiosas en Italia el año 66, y él tuvo que abandonar a los benedictinos. Prosiguió sus estudios en el Seminario y se ordenó sacerdote secular, pero su vocación era la vida religiosa. Mas ¿de qué Congregación?

Oyó hablar de los salesianos, y le pareció que ése era su camino, y se dispuso a ir a Turín. Había dejado entrever este propósito, y su confesor, sacerdote secular, poco aficionado a las Congregaciones religiosas, que a menudo espigan las mejores vocaciones, intentó disuadirlo. El joven persistió en su propósito; pero en víspera del viaje se confesó con otro, que era el preboste de la Colegiata.

—Señor preboste, si yendo a Turín me entraran deseos de quedarme para siempre con Don Bosco, ¿qué pensaría usted?

— ¡No, no! ¡No haga eso! Los buenos sacerdotes son escasos aquí. Lo que puede hacer, ya que está resuelto a ir a Turín, es lograr que lo admitan en el Oratorio de Don Bosco, permanecer un año con él, estudiar sus secretos, ver cómo ha podido fundar y mantener tantas escuelas, gimnasios, talleres, y volver después aquí para hacer nosotros lo mismo...

—Y bien, ¿cómo es Don Bosco? —preguntó al cochero cuando enfilaron una larga calle silenciosa.

—Es un hombre muy rico... Tiene millones...

— ¿Y cómo los ha ganado?

—Haciendo loterías; además, todo el mundo le da, hasta el rey, hasta el Papa...

— ¿Y él qué hace de tanto dinero?

—Construye colegios, iglesias, talleres...

— ¿Para quién? ¿Para los ricos?

—No, para los pobres... Miles y miles de muchachos viven de él, que los alimenta y viste y les enseña...

—Por lo que usted me cuenta, si Don Bosco tiene tantos millones, los ha ganado bien, y los gasta mejor.

— ¡Eso es lo que digo yo!... ¡Hemos llegado! Aquí es Valdocco.

Descendió el Joven sacerdote y llamó a la modesta portería del Oratorio. Le abrieron, dijo quién era y lo hicieron pasar al refectorio.

Don Bosco terminaba apenas de confesar a sus *biricchini*, diaria y penosísima labor, para la que, en medio de sus más graves ocupaciones, siempre hallaba tiempo. A esa hora entraba al refectorio a cenar, tarde y frío.

El joven sacerdote penetró en el estrecho comedor de la comunidad, mal alumbrado por una lámpara de querosene.

— ¡Aquél es Don Bosco! —le dijeron, mostrándole un anciano a quien rodeaban familiarmente otros sacerdotes.

El corazón le latió fuertemente. ¿Ese era, pues, Don Bosco? ¿Y delante de él se comportaban sus hijos de ese modo, unos de pie, haciendo pruebas con las sillas como prestidigitadores; otros sentados, charlando en voz alta?

La vejez le había encorvado sus espaldas y arrugado el rostro, pero todos sentían que él era un padre, un maestro y un camarada.

Conmovido y un poquito escandalizado, se aproximó, y de rodillas le besó la mano.

— ¿Quién eres tú, hijo mío?

—Soy José Vespignani, sacerdote romañol. El año pasado le escribí pidiéndole sitio en el colegio de Alassio para mis hermanitos. Ahora vengo a pedirle sitio para mí entre sus hijos.

Silencio. Todos se aproximan al nuevo, que habla tímidamente. Don Bosco lo contempla un instante. Coge la carta de presentación que le entrega y la pasa a Don Rua, secretario, que tiene los ojos más jóvenes que los suyos, ¡ay!, tan cansados ya.

—Sí —dice Don Rua—, es un sacerdote romañol, que viene a quedarse con Don Bosco...

— ¡Hum! —exclama el fundador, con una sonrisa desconcertante— Usted viene a quedarse un año con nosotros, a aprender cómo fundamos colegios y cómo los mantenemos, para irse luego a su país a hacer lo mismo...

Vespignani queda petrificado. ¡Aquellos ojos, que el trabajo y la vejez han apagado casi, leen, sin embargo, en las almas!

— ¡Pero no! —exclama lleno de confusión—. Yo vengo a quedarme para siempre con usted; quiero ser salesiano, si me acepta.

—Bien. Ahora nos vemos a la luz de esta pobre lámpara; mañana nos veremos a la luz del sol y nos conoceremos. Mañana dirá la misa de la comunidad a nuestros misioneros, que van a partir para la República Argentina... ¿Ha cenado?

—No, señor.

—Siéntese aquí, a mi derecha... ¡A ver quién le sirve! Hallará un poco fría la menestra, pero no es culpa del cocinero, sino de nosotros, que venimos tan tarde a hacer los honores.

—Pero yo, señor Don Bosco, hace apenas un mes que digo misa; no seré capaz de celebrar delante de la Comunidad; me confundiré; no sabré dar la comunión.

— ¡Todo saldrá muy bien! ¡No se preocupe!

Un rato después Don Rua lo conduce aun aposento vacío; va a la ropería por sábanas, fundas y cobijas. Vuelve cargado con todo el ajuar y se pone a tender la cama.

— ¡Eso no puede ser, Don Rua! ¡Yo tenderé mi cama!

— ¡Déjeme ayudarlo! Usted, Don Vespignani, está más flaco que yo, y ya es mucho decir.

En efecto, Don Rua, el que fue primer sucesor de Don Bosco, estaba seco y sarmentoso. Nadie habría augurado para él la senectud a que llegó. Y menos para Don Vespignani, condenado por los médicos a morir tísico en la florida juventud; pero que vive aún y trabaja como un joven, frisando ya los ochenta años ([4]).

---

[4] Así escribía yo en la primavera del año 31, viviendo en Valdocco mismo, a la vera de Don Vespignani. Diariamente conversaba yo con él y recibía la luz inmarcesible de que estaba lleno su corazón Pocos meses después (enero 15 del 32) Don Vespignani —el Padre Vespignani para los argentinos— entraba en la verdadera patria prometida.

¡Qué fortuna asistir a la partida de la segunda expedición de misioneros! ¡Y qué gloria celebrar la misa de despedida!

Así, pues, Don Bosco se salió con la suya. "Usted no debe ser misionero" —le había dicho terminantemente su confesor, Don Cafasso, y él obedeció. Pero, en cambio, se hizo Padre de numerosos misioneros, que se difundían por el mundo a realizar las cosas que había soñado.

El sueño que le movió a no retardar aquella empresa lo tuvo en 1872, y lo narró la a sus íntimos:

"Me pareció encontrarme en una región salvaje y deseó-nacida. Inmensa llanura, sin bosques ni colinas, circundada a enorme distancia por montañas escabrosas. Vi una turba de hombres de extraordinaria estatura, de color bronceado, casi desnudos. Sólo llevaban pendientes de los hombros pieles de animales, y sus armas eran una lanza y un lazo.

"Unos iban a la caza de bestias salvajes; otros peleaban entre sí; otros venían a las manos con tropas vestidas a la europea, y la tierra pronto quedó sembrada de cadáveres.

"Vi aparecer entonces en los confines de la llanura muchos personajes, en que reconocí misioneros de distintas Órdenes religiosas. Iban a predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo: mas fueron recibidos con un furor diabólico y muertos en medio de una algazara infernal, y sus miembros sangrientos, ensartados en las puntas de sus lanzas.

"Dije dentro de mí: ¿Cómo convertir a esta gente brutal? Y vi en lontananza otros misioneros de alegres rostros, precedidos por un grupo de jovencitos. Vienen a hacerse matar, pensé temblando. Reconocí a mis salesianos. Quise avisarles que huyeran, cuando

advertí que los salvajes se alegraban de verlos, escuchaban sus palabras y respondían a sus oraciones.

"Y luego no más, los vi deponer las armas, arrodillarse y hacer coro a los salesianos, que cantaban alabanzas a María. Y me desperté."

No dudó que aquel sueño fuese, como tantos otros, aviso de Dios. ¿Pero cuáles eran aquellos pueblos, cuál aquella región que aguardaba a sus misioneros?

Pensé, primero en la Etiopía. Después en la India. También en Australia. Habló con sacerdotes ingleses; compró libros, mandó a algunos que estudiaran inglés...

¡No, no! En los grabados que traían sus libros, ni los hombres de Australia, ni los de la India, ni los de Etiopía vestían como los que viera en sueños, de pieles y con lanzas y lazos. Ni las regiones eran llanuras perfiladas por montañas a distancia infinita.

Un día llega al Oratorio de Valdocco un hombre de barba cerrada, fuerte y grueso, con gran uniforme militar. Es Gazzolo, cónsul de la República Argentina en Savona, que trae a Don Bosco una carta del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneyros.

¿Cómo son las tierras, cómo son los pueblos salvajes de allí? Don Bosco se hace informar, le muestran grabados y libros, y reconoce en los patagones, de gran estatura, vestidos de pieles, y en la infinita llanura pampeana, los terribles actores y el escenario de sus sueños.

Pero el arzobispo no lo invita a ir a la Patagonia, la tierra incógnita, según Darwin, cuya posesión se discutían Chile y la Argentina, y tal vez España e Inglaterra. No, la Patagonia está muy lejos de Buenos Aires, y el arzobispo sólo piensa por entonces en las urgentes necesidades espirituales de la ciudad, en plena

expansión, donde hay más de 30.000 italianos que carecen de asistencia religiosa.

Si los salesianos quisieran encargarse de una iglesia en el populoso barrio que llaman de la Boca, por estar situado en la desembocadura del Riachuelo, hallarían allí, entre connacionales, un terreno más propicio para evangelizar que en la misma tierra de las patagones.

Así le escribe el arzobispo: "Los Italianos que hay en Buenos Aires son 30.000, y la mayoría de los sacerdotes italianos vienen, me duele decirlo, a hacer la América (*far quattrini e nient'altro*)."

Don Bosco se resuelve a iniciar las misiones salesianas comenzando por la República Argentina. Desde Buenos Aires, que será su cuartel general, sus hijos partirán después a la conquista espiritual, no sólo de la Patagonia, sino de las otras naciones circunvecinas.

Frenético entusiasmo despierta en Valdocco el anuncio de que va a prepararse el primer escuadrón de misioneros. Todos quisieran partir. Diez son los elegidos, y entre ellos, como su jefe, va el presbítero Cagliero.

No es menor la alegría de Buenos Aires y de la pequeña ciudad de San Nicolás de los Arroyos, sobre la orilla derecha del gran Paraná. A ella le cabe la gloria de haber sido la primera en el Nuevo Mundo en costear el pasaje de algunos misioneros y en poseer un colegio salesiano.

El 14 de noviembre de 1875 se habían embarcado en Génova, a bordo del *Savoie*, vapor francés, los diez primeros salesianos que partían en misión. "Id por todo el mundo y publicad el Evangelio a todas las criaturas." Palabras de Jesús, que hablan vibrado en el corazón de aquel gran capitán.

¡Ya ha partido su primer escuadrón! Ya ha llegado. El 14 de diciembre, doscientos italianos, reunidos en el puerto de Buenos Aires, asisten al desembarco de Don Cagliero y de sus nueve jóvenes soldados.

Los diez misioneros han sido alistados y provistos de ropas y de vasos y ornamentos sagrados y libros de enseñanza y de estudio; llevan un piano y un armonio. Don Bosco ha redactado minuciosamente la nota de gastos: 26.355 liras, incluyendo 4.000 de las 8.000 que cuestan los pasajes. Las otras 4.000, o sea, el pasaje de cinco misioneros, las paga la municipalidad de San Nicolás de los Arroyos. Esta ciudad tuvo la gloria de poseer un colegio salesiano antes que Buenos Aires.

A más, Don Bosco ha entregado a cada misionero un crucifijo bendito ex profeso, y un papelito con estas palabras, su postrer consejo:

"Buscad almas, y no dinero ni honores... Usad de caridad y de cortesía con todo el mundo... Cuidad especialmente a los enfermos, a los niños, a los viejos, a los pobres... Obedeced a las autoridades. Haced que el mundo conozca que sois pobres, en el traje, en la comida, en la casa... Las penas de cada uno sean las penas de todos... A los jóvenes recomendadles la frecuente confesión y comunión… En las fatigas y en los padecimientos, no olvidéis que tenemos un gran premio preparado en el cielo. ¡Amén!"

Ha pasado un año. La joven misión salesiana posee ya un colegio en San Nicolás de los Arroyos, dos iglesias y una escuela de artes y oficios en Buenos Aires.

Pero la mies es mucha y los diez obreros resultan escasísimos. Hay regiones inmensas en que poblaciones cristianas

viven y mueren sin los auxilios de un sacerdote. Don Bosco ha recibido una carta en que le refieren cómo cierta persona, para oír misa al menos un domingo en el año, partió el jueves y viajó todo ese día a caballo, y el viernes y el sábado, y aun así apenas negó a tiempo.

Estas noticias espolean la caridad de Don Bosco. Forma un segundo escuadrón de dieciséis, y lo manda a Buenos Aires. Vespignani, novicio de un día, ha dicho la misa de la Comunidad y vibra de entusiasmo evangélico. Ya se siente hijo de Don Bosco. ¡Oh, si pudiera partir, como un sembrador de la buena semilla, a los campos vírgenes de América!

¡Sueno inaccesible! Su salud es miserable. Una fiebre continua lo gasta; una tos pertinaz no le deja dormir. Frecuentes hemoptisis. Acaba por no poder tenerse en pie, y lo mandan a la enfermería. Aquel manojo de huesos, dicen los doctores, pronto irá a reposar en el tranquilo cementerio de San Pietro in Vincoli, o en cualquier otro de la ciudad.

Le administran el viático, y se dispone a morir.

Una tarde, Vespignani reconoce los pasos de Don Bosco y se incorpora con un heroico esfuerzo.

— ¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

—Ya lo ve, Don Bosco. Le había pedido que me mandase de misionero a la Argentina... Es como si me hubiera mandado. Ya estoy de vuelta; ahora me iré a otra parte.

Don Bosco lo mira profundamente y, alzando la mano, le dice:

— ¡Irá! Voy a darle la bendición de María Auxiliadora. Desde ese instante cesaron la tos, la fiebre, la sangre, y empezó la convalecencia. Pocos días después Don Rua va a ver cómo está.

— ¿Quiere entretenerse en algo? Le traigo un trabajito...

¡Qué trabajito! Una montaña de pruebas de imprenta que urge corregir. En Valdocco, ni los moribundos pierden tiempo. ¡Señor! Aquel joven sacerdote, que se moría tísico, pocos meses después figura el segundo en la lista del tercer escuadrón de misioneros que Don Bosco manda a Buenos Aires a fines del año 77.

El jefe de la nueva expedición fue Don Costamagna. Todavía en los tiempos de Don Bosco era la Patagonia la tierra incógnita, sobre la que en el siglo XVI se tejió la leyenda de los patagones gigantes, y en cuyo seno misterioso existe la ciudad de los Césares, habitada por blancos y llena de tesoros.

Ni se conocían sus límites ni estaba claramente resuelto a qué nación pertenecía.

Tanto la Argentina como Chile pretendían su jurisdicción. En vano la Constitución de Chile, de 1833, establecía terminantemente: "El territorio de Chile se extiende desde el desierto de Atacama hasta el cabo de Hornos, y desde la cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico..."

La Patagonia, al lado opuesto de la cordillera de los Andes, seguía siendo tierra chilena para la mayoría de los escritores de Chile.

En 1850, uno de sus notables historiadores, el presbítero Eyzaguirre, en su obra *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, escribe así de Nahuel Huapi, situada en la parte oriental de los Andes: "Este distrito, que toma su nombre del gran lago que lo baña, se encuentra en territorio de Chile, a 41 grados y medio de altura, distante del Osorno como cuarenta leguas y poco menos de Chiloé..."

Guillermo Cox, explorador chileno de las regiones septentrionales de la Patagonia, en la interesantísima relación de su viaje, en 1863, no se expresa con menos seguridad: "Tanto a las provincias argentinas como a la parte de Chile ultramontana, conocida por Chile oriental o Patagonia..."

En aquella región, la cordillera de los Andes no es la altísima cadena que divide netamente a las dos naciones al norte del grado 37.

Es baja y angosta, cortada por valles boscosos y grandes lagos.

Y mientras la parte oriental permanecía absolutamente desierta, pues Buenos Aires quedaba a incalculable distancia, la parte occidental, desde el siglo XVI, se había llenado de colonias y de ciudades importantes y prósperas en relación a la época.

No era extraño, pues, que los que mejor conocieran y explotaran la Patagonia en aquellos siglos fuesen los misioneros, los exploradores, los mercaderes que partían de Santiago, de Concepción, de Castro, de Osorno, ciudades en plena acción, menos apartadas de la Patagonia por la cordillera estrecha y baja que lo estaban Buenos Aires y Córdoba, por distancias inconmensurables y temibles desiertos.

Dos factores determinaron la mayoría de aquellas exploraciones,

Uno fue la romántica leyenda de la ciudad de los Césares, que embrujó las imaginaciones de ambiciosos y aventureros. Otro, el afán de los sacerdotes, jesuitas especialmente, que, habiendo comenzado la evangelización de los araucanos, quisieron extender su conquista espiritual a las opuestas vertientes de los Andes, tierra de indios poyas y puelches.

La leyenda de la ciudad, o mejor, de las ciudades (pues fueron tres) de los Césares, se formó así:

Hacia el año 1539 naufragaron en el estrecho de Magallanes unos barcos fletados para las Molucas por el obispo de Placencia (España). No se supo más de sus tripulantes, pero empezó a correr la especie de que se habían salvado en la costa.

Aparecieron, tiempos después, unos tales Oviedo y Cabo en la ciudad chilena de Concepción, refiriendo que los náufragos habían fundado al oriente de los Andes una ciudad rica y próspera

La noticia cundió. La fantasía del pueblo, extremadamente inflamable en aquellos tiempos heroicos y aventureros, la adornó con detalles maravillosos, y por más de doscientos años persistieron las gentes del uno y del otro lado de los Andes en creer y buscar las encantadas ciudades de los Cesares, nombre que les impusieron como un homenaje a Carlos V.

En 1610 encontramos a don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador de Tucumán, fundador de Córdoba, en plena tierra de pehuelches, al frente de una expedición.

Todavía en 1746 el sesudo jesuita Cardiel escribe desde la ciudad de Areco al gobernador de Buenos Aires "los graves fundamentos que hay para creer en poblaciones de españoles que han dado motivo a la decantada ciudad de los Césares".

Se llegó hasta precisar las distancias: a 160 leguas de Mendoza y 286 de Buenos Aires. Y sus pobladores no eran solamente los tripulantes de los primeros buques perdidos en el estrecho, sino los de muchos otros a los que les cupo igual desventura en las costas del Sur.

No faltaban descripciones ingenuas, y deslumbrantes: tenían los Cesares murallas, fosos y puentes levadizos. Sus edificios eran

suntuosos. Sus templos, cubiertos de plata maciza. Los habitantes vestían casacas de paño azul, zapatos de hebilla y sombreros de tres picos, y eran tan lujosos, que en sus casas se sentaban sobre taburetes de oró. El clima, tan sano, que la gente moría de pura vejez.

No muy seguro de que eso fuera verdad, otro jesuita, el famoso Padre Lozano, argumentaba así:

"Y que no hayan hallado en tanto tiempo los Césares, no es prueba de que no las hay, como no lo fuera de que no había Canarias porque no se hubieran descubierto hasta los años de 1200; ni que no había Indias, al no haberse descubierto hasta las tiempos de Fernando el Católico; ni que no había Batuecas, al no haberse descubierto hasta el reinado de Felpe II, y esto, estando en el riñón de España."

Especialmente de Chile, por la situación de sus ciudades australes, partieron numerosas expediciones en busca de los Césares, sin más resultados que averiguar los pasos de la Cordillera, que luego aprovecharon los misioneros.

El amor a la independencia y la bravura de los indios les hacía detestable la religión de los conquistadores. Para lograr algún fruto, el misionero debía presentarse solo. El Padre Valdivia decía al rey Felipe II; "Retírese el ejército, y entonces daremos civilizado todo el país de Arauco." En 1670, el Padre jesuita Mascardi fundó en las orillas del Nahuel Huapi una misión, y de allí partió al Sur en busca de la ciudad de los Cesares, de que le hablaron los indios, y a cuyos habitantes, que suponía cristianos, quería llevarles el auxilio de un sacerdote.

Envió delante de él emisarios indios con cartas en griego, latín, español, italiano, araucano y poya, pues ignoraba qué lengua hablarían en los Césares.

Naturalmente, sus cartas nunca llegaron, y volvieron sus batidores con la excusa de haber sido asaltados y robados en el camino. Y ellos mismos, los indios poyas, al tercer invierno, mataron a flechazos al ingenuo y santo Padre Mascardi, que los evangelizaba.

Mas la divina semilla no podía morir. Ya en aquellos tiempos. Chillán, Concepción, Valdivia, Castro, en tierra araucana, tuvieron colegios para los hijos de indios.

Cuarenta jesuitas, doce dominicos, diez franciscanos y algunos seculares administraban aquella fantástica empresa. Hay que mirar el mapa e imaginarse lo que sería vivir en lugares tan remotos en aquellos siglos.

Y, mientras tanto, del lado oriental de la cordillera, argentino ahora, nada más que el infranqueable desierto.

Un día del año 1703 llegaba ante el gobernador de Chile, que habitaba en Santiago, un jesuita flamenco, el Padre Wanden Mere, cuyo nombre fue castellanizado así: Padre Laguna. Había escrito un voto: si el gobernador le permitía ir a recoger la sangrienta herencia de su hermano, el Padre Mascardi celebraría misa por él treinta días seguidos y ayunaría todo el mes a pan e agua.

¡Ardiente deseo, a fe! En diciembre encontramos ya al Padre Laguna en las sombrías márgenes que pueblan los pehuelches.

Cuatro años vivió allí, y el cuarto murió envenenado por sus salvajes catecúmenos.

Le sucedió el Padre Guillermo, que restableció la misión. Marcharon bien las cosas hasta que se le ocurrió la obra colosal de un camino que acortarla la distancia entre el Nahuel Huapi y las ciudades de Chile.

Los indios intentaron oponerse, temiendo que por ese camino penetraran los soldados españoles; pero el Padre Guillermo no cejó hasta que descubrió el misterioso paso de Bariloche, que permitía hacer el viaje en tres días.

Los indios incendiaron la iglesia y el pueblo y huyeron a las montañas, y poco después un cacique, con un vaso de chicha, envenenó al misionero.

Heredó su cruz de apóstol y de mártir otro jesuita, el Padre Elguea. Una tarde, los indios de la misión volvieron de caza furiosos, tal vez soliviantados por sus *machis* o adivinos, y lo asesinaron.

Apagada aquella luz de civilización que empezaba a penetrar en la Patagonia, por el lado de Chile, volvió a caer su dura y rebelde tierra en las tinieblas del paganismo y la confusión de las leyendas.

En el siglo XVIII, el río Salado, en la provincia de Buenos Aires, constituía la frontera del territorio civilizado. Más allá, las innumerables tribus de los indios pampas; y más allá aún, al otro lado del río Negro, los temibles patagones, que conservaban fama de gigantes.

En 1740, dos jesuitas, los Padres Cardiel y Falkner, penetraron solos entre los indios, que estaban en una guerra sin cuartel contra los españoles. Y realizaron el milagro de promover la paz y de fundar dos reducciones o pueblos, en las sierras del Volcán y del Tandil.

Pero en 1768 sobrevino la disolución de la Orden de los jesuitas, fueron abandonadas las misiones y los indios volvieron a la barbarie.

¡Cien años más de tinieblas! Esta vez la luz vendría del Oriente, y la traerían los hijos de Don Bosco.

En la casa madre de Turín, los salesianos guardan con veneración el escritorio de Don Bosco. Es una mesita negra, con un casillero adosado a la pared, como un palomar. En este casillero Don Bosco ha distribuido sencillamente el mundo. La primera casilla corresponde a tal nación: la segunda, a tal otra; una de ellas, a la Argentina.

Allí se acumularon durante varios años los datos concernientes a la conquista de la Patagonia para Cristo.

Bien pocos, ciertamente. Ni siquiera una buena geografía o un buen mapa. Don Bosco sabía tanto de las tierras nuestras como la mayoría de los europeos de su tiempo.

En un memorándum al cardenal Franchi, prefecto de la Congregación de *Propaganda Fide*, le habla así:

"Esta región es conocida con el nombre de Pampas y Patagonia o tierras magallánicas en la América del Sur. Está comprendida entre el mar de las Indias y el Pacifico, y se extiende desde el grado 42 al 60, y, si se le agregan las islas vecinas, viene a formarse un continente mayor que Europa.

"El proyecto que parece preferible consiste en establecer asilos, colegios y casas de educación en los confines salvajes. Iniciadas las relaciones con los hijos, sería fácil comunicarse con los padres, y así, poco a poco, abrirse camino entre las tribus salvajes.

"Por intermedio del cónsul argentino en Savona, comendador Juan B. Gazzolo, me he puesto en relación con el arzobispo de Buenos Aires, el presidente de la República Argentina y el municipio de San Nicolás de los Arroyos. Esta ciudad, que no dista más de 60 leguas de los salvajes, daría ocasión a los salesianos para estudiar la lengua, la historia, las costumbres de aquellos pueblos, tal vez para preparar entre sus mismos alumnos algún misionero indígena que pudiera servir de guía entre los salvajes." (Mayo de 1876.)

Poco después se ha dirigido al ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Malegari, interesándolo por la suerte de los emigrantes italianos.

Si se pudiera fundar una colonia italiana en la Patagonia (como se fundó la colonia galense en el Chubut), redundaría en bien temporal y espiritual de esas pobres gentes.

Don Bosco indica el sitio a propósito, la costa atlántica, del grado 40 al 50, "donde no hay habitación, ni puerto, ni Gobierno que tenga ningún derecho".

El desdén con que las autoridades argentinas consideraban aquellas regiones, confirmaba las ideas corrientes en Europa de que la Patagonia era *res nullius*. Se había pedido al Gobierno de Buenos Aires que fundara establecimientos y poblaciones para afianzar su derecho, pero iba dejándolo pasar, como si no le importara el destino de la inmensa región, que entre el Río Negro y el Estrecho de Magallanes mide 875.000 kilómetros cuadrados.

¿Pero qué importan ni la extensión, ni el sitio, ni otros detalles geográficos de la Patagonia al que recibe sus inspiraciones como los antiguos profetas? Don Bosco ha visto en sueños la región, y se lanza a su conquista sin curarse de quién sea su dueño.

Como un estratega, quiere atacar por tres puntos, con tres aliados: por Buenos Aires, con la ayuda de la Argentina; por la costa atlántica, con la del Gobierno italiano, y por la cordillera, con el apoyo del obispo chileno de Concepción. El nombre de esa ciudad le suena, porque lo ha visto en las crónicas de dos primeros misioneros jesuitas. Mas no sabe exactamente qué lengua habla el obispo de Concepción: tal vez español, tal vez araucano, y le escribe en la lengua de la Iglesia: en latín.

Afortunadamente, no le contestaron ni el obispo ni el ministro de Italia, que hubieran injertado complicaciones diplomáticas en su empresa, y la evangelización de la Patagonia por los salesianos se emprendió desde Buenos Alees.

XVII

LA CONQUISTA DE LA PATAGONIA

No fue el último ni el menor de las resultados de aquellas misiones, que tuvieron su cuartel general en Buenos Aires, el hacer Argentina la tierra de los patagones y de los Cesares. No ha tenido la nación soldados más fieles ni más eficaces y, ¿por qué no decirlo también?, más baratos que los hijos de Don Bosco.

Plantaban una cruz, levantaban un altar, y al hacer cristianos a los salvajes, los hacían argentinos y ensanchaban los confines de la patria.

Verdadera y civilizadora conquista, que puede figurar como uno de los más hermosos capítulos de su historia.

Al acrecentarse la población blanca en las ciudades, los indios ranqueles y nuiliches, puelches y aucas, hablan ido replegándose hacia las llanuras del Sur, más allá todavía: hacia los grandes ríos de la Patagonia y los misteriosos lagos de la cordillera.

Se dieron allí la mano con los araucanos indómitos, y de esta amistad nació la alianza que arruinarla a los estancieros de lo que se llamaba entonces *la frontera*.

Los indios vadeaban el Salado y saqueaban las poblaciones, y volvían a sus toldos arreando innumerables cabezas de ganado, que luego, por los boquetes o pasos de la cordillera, llevaban a Chile y vendían a ricos traficantes.

Habían aprendido el manejo del caballo, y criaban una raza especial para sus correrías. Adiestraban a sus baguales (caballos jóvenes) vareándolos, haciéndolos correr sobre los médanos, campos arenosos, y sobre los pantanos o tembladerales, donde los caballos de los cristianos se atollan y sucumben. Y habituándoles al hambre y a la sed.

Cuando, en la madrugada clara y fresca, desde el campo cristiano se ve la pampa cubierta de animales silvestres, guanacos, gamos, avestruces, que huyen despavoridos, hay que prepararse a la pelea.

Son los anuncios infalibles del *malón*.

Los peones vuelven del campo a refugiarse detrás de las empalizadas que circundan lo que se llama el casco de la estancia, y guardan consigo la flor de la caballada y aprestan los viejos fusiles del tiempo del rey y las herrumbradas carabinas que se cargan hasta la boca. Y si hay un fortín en las cercanías, doce o quince soldados de frontera, al mando de un viejo oficial, redobla el tambor y se apunta el cañoncito de bronce hacia el Sudoeste, rumbo del viento pampero y también de los indios.

Una nubecita de polvo, en aquel mar sin oleaje que es la pampa, señala el sitio por donde llegan, cabalgando en pelo sobre sus mejores potros, golpeándose las bocas ululantes y blandiendo las lanzas.

Así caían sobre la estancia, sobre el fortín, sobre el pueblo. Mataban a los hombres, incendiaban los ranchos, despojaban los mutilados cadáveres y se volvían al desierto arriando las haciendas y llevándose cautivos, sobre la cruz de sus caballos, a las mujeres jóvenes y a los niños.

Esto, si vencían. Y si eran vencidos, abandonaban el campo y desaparecían tras la curva del horizonte, como un remolino de hojas secas.

Más de doscientos años vivieron los pobladores de la frontera bajo la tremenda amenaza del *malón*.

En 1738, hasta la propia villa de Luján fue saqueada por el cacique Callelán y sus trescientos lanceros. Después de 1810, los indios se mezclaron en las guerras civiles de los argentinos, favoreciendo a uno u otro partido y cobrándose la ayuda en ganado y cautivos.

En 1820, el brigadier chileno José Miguel Carrera, hermano de Luis y de Juan José, fusilados en Mendoza, por vengar su muerte o como un supremo recurso en su vida de *montonera*, se alió a los indios pampas, y asoló poblaciones, entre ellas e Salto, de donde arrebató 300 cautivos para hundirlos en la horrenda esclavitud de las toldarías.

¡Carrera, Yanquetrú, Baigorria y Baigorrita! ¡Ranqueles, puelches, araucanos! Zumbido de palabras que hacían temblar a las mujeres en el fondo de los ranchos diseminados sobre la pampa infinita.

¡A los hombres, no! Tampoco a los muchachos. En aquella época de caudillismo y de anarquía, en que el soldado de hoy era el gobernador o el general de mañana, los muchachos se criaban ambiciosos, aventureros y bravos.

Óptimos jinetes desde los cuatro o cinco años, sobre el lomo palpitante de un redomón, sentían bullir su sangre de caudillos, y sus manos se crispaban sobre el cabo del rebenque, como si fuera una lanza, y espiaban el Sur sospechando de toda polvareda y

hasta creyendo percibir en el aire el silbido de las boleadoras y el hueco retumbar de la caballería.

Carrera, traicionado por sus secuaces, cayó prisionero y fue fusilado. Mas quedaban cien capitanejos de su laya.

Aún no existía en la Argentina un Gobierno central, obedecido por todos los Estados de la Confederación; y los Gobiernos provinciales tuvieron que aliarse para defenderse de los montoneros y de los indios, concertando tratados, que rara vez se cumplían. El aliado de hoy era mañana el adversario, que buscaba, a su vez, la ayuda de los indios.

Rozas, el más poderoso de los caudillos federales, concibió un plan orgánico y audaz.

Es el mismo Don Juan Manuel de Rozas eme poco después había de iniciar su dictadura de veinte años como dueño y señor de la nación argentina.

Formó, casi a sus expensas, con la ayuda de algunos ricos amigos, un ejército de dos mil hombres, y llegó al Río Negro, que el ingeniero Descalzi, por su orden, exploró y navegó hasta la confluencia del Limay.

Un año después, licenciaba sus tropas a orillas del arroyo Napostá (Bahía Blanca).

Su vigorosa y rápida campaña había humillado y acobardado a los indios, poniendo diez mil fuera de combate y rescatando cuatro mil cautivos cristianos e innumerables haciendas.

La Historia, que es justamente severa con Rozas, debe reconocer que esa expedición sirvió, además, para afianzar el dominio argentino en la Patagonia.

En su tiempo, y aun mucho después, los estadistas se desinteresaban de un problema tan lejano, confuso y costoso. Rozas tuvo la clara visión del futuro y afirmó enérgicamente la doctrina internacional.

"¡Soldados de la patria! —dijo al licenciar sus tropas—. Vuestras lanzas han destruido los indios del desierto, castigando los crímenes y vengando los agravios de los siglos.

"Las bellas regiones que se extienden hasta le cordillera de los Andes, y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para nuestros hijos."

Veinte años después, el terrible problema renace merced a las guerras civiles, que obligaron a los Gobiernos a descuidar las fronteras.

Y se sucedieron treinta años de *malones* y de luchas con los indios, en que el luto por los muertos era menos amargo que el llanto por los cautivos.

La nación tuvo que empeñar todo su poder para pacificar la Patagonia.

En 1878, el presidente Avellanada envió al Río Negro un ejército de nueve mil hombres, al mando del general Julio Roca, su ministro de Guerra, autor del plan militar.

Con la expedición partió un grupo de misioneros, entre ellos el presbítero Mariano Espinosa, después arzobispo de Buenos Aires, y dos salesianos, el sacerdote Santiago Costamagna y el clérigo Luis Botta.

Fueron los dos primeros salesianos que tuvieron la dicha de penetrar en la tierra soñada por Don Bosco.

De ese modo, el 24 de mayo de 1579, el Padre Costamagna, que iba en la vanguardia, plantó su cruz en Choele-Choel, sobre el Río Negro. Ese mismo día, en Turín, Don Bosco y sus *biricchini* se arrodillaban a los pies de María Auxiliadora, de quien celebraban la fiesta, rogándole por sus misioneros.

Reinaba el rudo invierno patagónico. El ejército avanzaba dividido en varias columnas. Hay que leer el diario de sus jefes para tener una idea de las penurias que todos afrontaban.

En el diario del coronel Racedo, bajo la fría forma de un parte militar, arden verdaderas tragedias.

"Abril, 18. — A la lista de diana se notó la falta de los soldados Clemente Lucero y Lino Orozco, ambos del Regimiento número 4 de caballería de línea.

"No cabía duda que habían seguido el ejemplo de los anteriores desertores.

"Ordené que sin pérdida de tiempo trajeran de las caballadas de mi escolta los veinte mejores caballos que hubiese, e hice montar diez soldados y diez auxiliares, al mando del ayudante Maldonado: "Usted siga los rastros de los hombres y no regrese al campamento sin ellos."

"En efecto, logran apresarlos y vuelven a eso de las tres de la tarde."

El diario prosigue:

"Orozco y Lucero fueron condenados a muerte. A las doce de la noche fueron puestos en capilla para ser fusilados al día siguiente, a las siete a. m. El reverendo Padre Pío Bentivoglio, capellán de le división, escuchó la confesión de los reos.

"Abril, 19. — Orozco y Lucero, hincados al pie de la bandera, escucharon la lectura de su sentencia, impasibles... Conducidos al punto de la ejecución, después de haberles vendado la vista y ordenándoles que se pusieran de rodillas, el fraile, que permanecía siempre a su lado, empezó a rezar el Credo; se escuchó una descarga, y los cuerpos de estos dos desgraciados cayeron para no levantarse más.

"Junio, 24. — La noche de ayer ha sido la más fría de toda la campaña. El llanto de los indios pequeños que había en el depósito de los prisioneros era desolador. La completa desnudez en que se hallaban les hacía sentir en toda su horrible intensidad el rigor de la estación.

"Todos los Jefes y oficiales de la división nos habíamos quedado con la ropa estrictamente indispensable, dándoles lo restante para aliviar sus miserias; pero esto no podía bastar."

Estalla la viruela entre los indios, y se derrama por el campamento. El relato es lúgubre:

"Día tal. — En el lazareto murieron hoy una india, una china y dos chicos.

"Otro día. — En el lazareto murieron tres indios. En mis cuadras, mi soldado del batallón 3, y otro del 10."

Otro día, un siniestro balance: "De los 39 enfermos de viruela, 27 murieron. De ellos, cuatro eran soldados; los demás, indios...

"El abandono ingénito de los Indios, su desaseo y desnudez eran poderosos auxiliares del flagelo."

Entretanto, el Padre Costamagna, que iba en otra división, escribía a Don Bosco:

"Deo gratias! Administramos el santo bautismo, primero, a 60 adultos; luego, a otros 40, y a otros más en diverso número. Y no dejamos de escuchar la confesión de algunos soldados y de facilitarles el cumplimiento de la Santa Pascua en nuestra gran basilisco, que era una modesta carpa militar."

Así fue el primer contacto de los hijos de Don Bosco con la Patagonia.

Cincuenta años después, la semillita de mostaza que llevó la expedición del general Roca era un árbol frondoso.

Los salesianos habían fundado, desde Bahía Blanca hasta la Tierra del Fuego diecinueve colegios de primera enseñanza; dos de segunda; treinta y tres oratorios festivos, cinco escuelas agrícolas; veintisiete escuelas profesionales; cinco bandas de música; tres hospitales; quince asociaciones de caridad; seis asociaciones obreras; veinte parroquias, y treinta y dos Iglesias y capillas. Periódicos, bibliotecas, imprentas, talleres.

En total, sus escuelas de letras o de oficios educaban, en 1928, cinco mil alumnos, y en sus seminarios habían llegado a la suprema dignidad del sacerdocio algunos jóvenes de pura sangre araucana o ranquelina.

Por su parte, el Gobierno argentino, que no podía sostener allí escuelas oficiales, ayudaba a los salesianos con subsidios. Y cierto día, en el Parlamento, se alzó la protesta de un diputado en nombre del grupo socialista. Era intolerable que el Gobierno subvencionase escuelas de frailes. Aquellos subsidios, por mínimos que fueran, debían suprimirse.

Y le replicó un diputado católico: "Propongo que, en vez de suprimir el subsidio a las escuelas salesianas, se reparta un suma igual entre las escuelas socialistas de la Patagonia..."

¡Y el grupo tuvo que confesar que los socialistas no habían fundado una sola! Preferían fundar comités en las grandes ciudades.

Conviene añadir que en la conquista espiritual de la Patagonia habían sucumbido setenta y siete salesianos, como bueyes laboriosos que mueren sobre el surco mismo que van abriendo.

Uno de ellos debió ser el Padre Vespignani, que trabajaba hacia catorce años en Buenos Aires, sin acordarse del mal que una bendición de Don Bosco disipara.

Un dio, el superior le dice:

—Apronte su valija. Voy a mandarlo a Viedma.

Es un pueblecito de escasos habitantes, a cientos de leguas.

— ¿Cuánto tiempo estaré allí? —balbuce, aterrado, el Padre Vespignani.

—Eso no se pregunta. Pueden ser meses, pueden ser años. Puede ser para siempre.

— ¡Está bien! ¡Adiós, Buenos Aires!

Un viaje horroroso en galera tirada por dieciséis caballos. Los tiros se cortan al cruzar el río crecido, y la galera está a punto de ser arrebatada por la corriente. El Padre Vespignani siente dolores agudísimos en todas las articulaciones. Pasa más de veinticuatro horas sin probar bocado, y llega a Viedma medio muerto. Allí hay una misión de salesianos y también un grupo de monjas, Hijas de María Auxiliadora.

— ¡Qué lástima! —dice una mañana, por el torno, la Su-Perfora de las monjas al enfermero de la misión—. Ese pobre Don Vespignani se va a morir aquí. En nuestro cementerio no hay todavía ningún sacerdote. El será el primero...

Tan pequeña es la casa de la misión, que las palabras de la monja charlatana y compasiva, a pesar de ser dichas a través del torno, llegan claramente al lecho de Vespignani. Grita éste:

— ¡Don Rumino! —así se llama el enfermero—. Dígale a esa buena Hermana que, en vez de charlotear, me mande la sábana de Don Bosco que trajo a las monjas monseñor Cagliero.

Minutos después, por consolar al desahuciado enfermo, las Hermanas entregan la preciosa reliquia. El Padre la pone debajo de su almohada y se duerme.

Y he aquí que ve a Don Bosco, muerto años atrás.

— ¡Señor Don Bosco!

— ¡Chist! Hace dos días que no pruebas bocado.

— ¡Todo me da náuseas!

—Eres un zonzo. ¿Por qué no comes un asado con cuero? El asado con cuero es el manjar más exquisito que puedan comer los hombres en este mundo. Manjar netamente criollo.

Se despierta el Padre Vespignani y llama a gritos al peón.

— ¿Sabes tú preparar un asado con cuero?

—Yo soy chileno, Padre: sólo sé preparar el asado a la manera de mi país.

—Será lo mismo; Don Bosco no me ha dicho argentino ni chileno. Prepárame un buen asado con cuero y un vaso de vino *chacolí*.

"El Padre Vespignani debe de estar loco: es la agonía", piensa el peón, pero, con cachaza criolla, sin decir palabra, obedece y prepara el asado.

— ¡Ya está!

—Dame mis ropas; quiero levantarme. Y ve a llamar al Prefecto y al médico para que me vean comer lo que me ha mandado Don Bosco.

Se sienta a la mesa y come abundantemente, y bebe de aquel vino ligero que producen las viñas del Río Negro, en presencia del Superior de la casa y del médico, que no se atreven a contrariarlo, porque los últimos deseos de un moribundo son sagrados, aun en la Patagonia.

Esa misma tarde, vigorizado por el extraordinario banquete, Vespignani acude al puerto a recibir a unos salesianos que llegan de Buenos Aires. Entre ellos, viene su reemplazante, porque ha corrido la noticia de que nunca más se levantará de la cama.

Han pasado cuarenta años. En el invierno de 1931 hemos oído en Turín, de labios del mismo Padre Vespignani, aquel milagroso episodio de su lejana juventud. Lo sobrenatural es la atmósfera natural en que viven, trabajan y mueren los hijos de Don Bosco.

Aparecen aquí por primera vez las Hijas de María Auxiliadora. Su nombre sugiere una fundación de Don Bosco. ¿No le han bastado las dificultades y los sinsabores de una Congregación, y ha querido fundar dos, y, lo que es más grave, de mujeres la segunda?

¡Así es! Fundamentales razones le impusieron aquello en que nunca habría pensado por su propio gusto.

Don Auffray, salesiano, en el más hermoso libro que se haya escrito sobre Don Bosco, habla así: "Su temperamento no podía hacerle sentir sino aversión por esta iniciativa. Su delicadeza extrema, su pureza encantadora, ese corazón suyo ingenuo y límpido hasta la vejez, y también, digámoslo, una repugnancia

sorda, instintiva, por lo que se refiere al mundo femenino, lo apartaban de ese medio."

Cierto día que viajaba, como de costumbre, en un coche de tercera clase, de Turín a Alejandría, se encontró con un sacerdote de la diócesis de Mornese, llamado Pestarino. Era un hombre sencillo y virtuoso, que, para ayudar a las obras parroquiales de su pueblo, había constituido una modesta asociación de muchachas bajo el dulce nombre de Unión de las Hijas de María Inmaculada.

Su pequeña fundación marchaba oscuramente, cuando a una de las jóvenes, María Mazzarello, de veinticuatro años de edad, se le ocurrió invitar a otra compañera a constituir un núcleo más unido por la caridad y la obediencia. Estoy convaleciente; no sirvo para el trabajo de los campos: ¿quieres que aprendamos a coser en provecho de los niños pobres?

Así habló María a Petronila, menor que ella un año. Y Petronila, simplemente:

— ¿Cuándo comenzaremos?

—Mañana mismo; y hagamos desde ya la intención de que cada puntada que demos sea un acto de amor de Dios... Así, con esta ingenuidad, echaron, sin darse cuenta, las bases de una asociación que medio siglo más tarde cubriría el mundo.

Otras amigas se les juntaron. Eran diez o doce, que vivían y trabajaban en común, bajo la dirección de Don Pestarino, que no tardó en hacerse salesiano privadamente, aunque continuó sirviendo su parroquia.

En el año 72 reunió Don Bosco a los miembros capitulares de su Congregación, y les habló así: "Muchas personas autorizadas me exhortan a hacer en favor de las niñas lo que estamos haciendo por los niños. Si sólo consultara mi inclinación, no lo haría; pero

temo contrariar un designio de la Providencia. Os propongo que reflexionéis delante del Señor, y dentro de un mes me digáis vuestra opinión."

Don Pestarino le invitaba a adoptar como hija suya la pequeña asociación de Mornese y a darle forma y amplitud. Don Bosco vacilaba. El Capítulo, por unanimidad, fue de parecer que debía hacerse por las muchachas lo que ya se hacía por los *biricchini.* El grupo de María Mazzarello venía, pues, en su hora.

Al año siguiente, el día de San Francisco de Sales se reunían las jóvenes, en número de veintisiete, y elegían por superiora a la Mazzarello, y empezaban a trabajar con espíritu salesiano, bajo el nombre de Hijas de María Auxiliadora.

Era su hábito color café, con una cofia blanca. Fuese la mala calidad del paño o de las tintas, o el trabajo servil que las pobres Hermanas realizaban, al poco tiempo su vestimenta resultaba sucia y grotesca.

Don Cagliero, director general del nuevo instituto, decía, riendo:

—Si el alma de estas. Hermanitas es tan fea como su hábito, nos hemos lucido.

Don Bosco dispuso que en adelante vistiesen de negro, como casi todas las religiosas que existen en Turín, y la innovación fue de todos aprobada, y así visten hoy las Hijas de María Auxiliadora.

Esta nueva rama del árbol plantado por el pastorcito ha cumplido el medio siglo de existencia, contando a 6.500 Hermanas y casi 1.000 novicias, en más de 600 casas, concurridas por 230.000 alumnas.

Y su primera Superiora, la humilde muchacha de Mornese, María Mazzarello, no tardará en ser elevada al honor de los altares, merced a la santidad de su vida y a los prodigios que ha repartido el Señor entre los hombres por su mano.

XVIII

MUERTE DEL REY Y DEL PAPA

— ¡Cuidado! —le dice el Papa—. Pasad por aquí. Hay una baldosa rota; vuestros ojos están malos y tropezaríais...

— ¡Oh Santidad! ¡Que el más augusto personaje de la tierra viva tan pobremente!

— ¡Qué queréis! Me he acostumbrado a este aposento. Y me parece el mejor del Vaticano..., el rincón usado se torna dulce, dice Kempis.

Han introducido a Don Bosco en la alcoba donde Pío IX yace enfermo. No concede audiencias a nadie, pero ha querido despedirse de él y darle sus últimos consejos.

Es el 21 de enero de 1877.

Don Bosco, reteniendo su emoción, avanza cautelosamente para no tropezar con los sueltos ladrillos de aquella habitación de pordiosero.

Se arrodilla penosamente junto al lecho del Pontífice, que le habla con ternura:

—Es un secreto que Dios ha querido ocultarnos hasta ahora. Vuestra Congregación no es vuestra obra, sino de El...

Hilos de lágrimas caen por las mejillas del viejo sacerdote arrodillado. ¡Ya lo sabe! Si el Señor hubiese encontrado alguien más incapaz que el pastorcito de los Becchi, a fin de que nadie

dudase de quién era el verdadero autor de la obra, ése habría sido el instrumento de ella. *Digitus Dei est hic!*

—Vuestra Congregación es nueva en la Iglesia, porque corresponde a tiempos nuevos, siendo a la vez secular y religiosa, con voto de pobreza y con facultad de poseer; participa del mundo y del claustro: sus miembros son claustrales a la par que ciudadanos libres, y muestran al mundo la manera de hacer práctica la máxima de Jesús: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios." Escribid a vuestros hijos lo que os estoy diciendo: vuestra Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente y perdurará en los siglos futuros.

Así lo cumple Don Bosco, y estas proféticas palabras se guardan escritas en los archivos salesianos.

Vuelve a Turín. Allí recibe un regalo del Papa de 20.000 liras, para pagar sus deudas más urgentes. Va a Niza y a Marsella, visitando las casas que ha fundado, recogiendo limosnas y sembrando milagros.

En Marsella tiene un vómito de sangre; mas no por eso descansa. ¿Acaso se ha hecho sacerdote para cuidar de su salud? Tiene sesenta y dos años; cuando tenga ochenta, descansará.

De nuevo se halla en su cuartujo de Turín, por donde desfilan toda suerte de personajes, que quieren pedirle ayuda o consejo.

Allí está el conde Carlos Cays, ex diputado, que madura en secreto la idea de hacerse salesiano. Probablemente, lo tomarán por loco. A los sesenta y cinco años bien sonados no se cambia de costumbres ni se abandona la opulencia del mundo por la estrechez de un claustro. ¿Acaso está cierto de que no sea un capricho senil, tal vez una sugestión del diablo para poner en ridículo a Don Bosco si lo admite?

Junto al conde Cays, entre los que esperan audiencia, hay una pobre mujer que tiene apoyada en las rodillas una muchachuela de diez años, paralítica y muda.

Mueve a compasión, más por el sufrimiento de la madre que por el de la hija, la cual parecía atontada por la enfermedad. ¡Si Don Bosco la recibiese y rezara por ella y le hiciera un milagro! ¡Pero cuánta gente antes que ella! En toda la tarde no le llegará el turno.

—Señor —dice la madre al secretario—, me es imposible aguardar más; esta pobrecita no resiste.

El conde Cays propone que todos la dejen pasar antes, y en su corazón dice: "Si esta niña vuelve curada a su casa, yo depondré mis dudas y me haré salesiano."

Entra la madre con su mísera criatura al cuarto de Don Bosco y le refiere su historia. Don Bosco, sencillamente, la exhorta a confiar en la Virgen y le da la bendición de María Auxiliadora.

— ¿Cómo se llama esta niña?

—Josefina Longhi.

— ¡A ver, Josefina: persígnate!

La muchacha hace un esfuerzo para entender y levanta la mano izquierda.

— ¡No! Tiene que ser la otra mano.

— ¡Imposible! —dice la madre en voz baja—. Está paralítica.

— ¡Déjela que ensaye! Josefina, persígnate con la mano derecha... ¡Bravo! Has hecho muy bien la señal de la santo cruz; pero no has dicho las palabras...

— ¡No puede! ¡Está muda desde hace un mes!

—Probemos... Josefina, di, conmigo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

—…En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... —repite la niña—. ¡Oh mamá! ¡Don Bosco me ha curado!

El grito se oye en la sala de espera. Todos se agolpan; quisieran presenciar el prodigio. El conde Cays tiembla de pies a cabeza. Se oye una voz paternal, emocionada también:

—No es Don Bosco, hijita, el que te ha curado: es María Auxiliadora. Ve a su altar y dale las gracias.

Un rato después, el conde Cays penetra en el aposento del taumaturgo:

—Tenía mis dudas; interrogué a la Virgen, y ella acaba de hablar. Si usted me acepta entre sus hijos, me haré salesiano.

— ¡Venga cuando quiera!

Meses después, el viejo señor vestía el hábito de novicio, y al siguiente año celebraba su primera misa.

A fines de ese año, Don Boses anunció "grandes sucesos que conmoverían a los tristes y a los buenos". Los "tristes" ¿quiénes eran? Y mandó rezar el *Oremus pro Rege*, que hacía largo tiempo no se rezaba en Turín.

El 31 de diciembre del 77, sabiendo el rey Víctor Manuel que el Papa estaba seriamente enfermo desde semanas atrás, firmó el decreto de honras fúnebres que se le discernirían: la Corte vestiría de luto. La princesa Margarita encargó sus trajes.

El capellán del rey, canónigo Anzino, acude al Vaticano por noticias, y el Pontífice mismo lo recibe y le dice, con lágrimas en los ojos:

—Decid a Víctor Manuel que le agradezco el interés que se toma por mí; pero que piense en él, porque su hora está próxima; que piense en su alma.

El capellán, conmovido, se atrevió a llevar al rey aquel extraño mensaje, y el rey quedó aterrado.

Tenía una secreta aversión por Roma. No le gustaba dormir en el Quirinal, aquel palacio que había sido del Papa, y cuyas puertas tuvo que forzar el general Lamarmora para que el rey habitara allí.

Junto con el mensaje del Papa, le llega la noticia de que Lamarmora, su grande amigo de tantos años, acaba de morir en Florencia (5 de enero del 78).

¡Oh, huir de las ciudades! ¡Huir de Roma especialmente! Perderse en sus montañas nevadas, con el fusil pronto, el ojo alerta. Víctor Manuel era un infatigable cazador y se sentía robusto como un montañés que no hubiese respirado nunca los miasmas de las cortes.

¡Y he aquí que el Papa mandaba decirle que pensara en su alma! ¡Chochera de viejo!

En pleno invierno, cuando se anuncia el viento del Sur, que los italianos llaman el *sirocco*, Roma se caldea. El rey no conoce las traiciones del clima en su nueva capital. Ha sentido el *sirocco* y, no pudiendo dormir, ha abierto sus ventanas de par en par y se ha puesto en mangas de camisa a fumar un cigarro y a respirar el aire húmedo y fresco de sus jardines.

Un escalofrío como un suave latigazo a flor de piel. ¿Qué es esto que nunca he sentido? Arroja el cigarro, cierra la ventana y se acuesta de nuevo. Esta vez, para no levantarse más.

Su médico no le oculta la gravedad de aquella fulminante pulmonía.

Ayer no más, el Papa le ha mandado a decir: "Piensa en tu alma, porque tu hora está próxima."

Víctor Manuel no ha sido nunca masón y ha conservado sus creencias. No quiere morir impenitente, como la mayoría de sus colaboradores, y llama a Anzino, su capellán.

Sus ministros se alarman; temen que el sacerdote le arranque una retractación, pero desean que reciba los sacramentos, a fin de pregonar que el primer rey de Italia muere, a pesar de todo, reconciliado con la Iglesia.

La retractación se produce, pero la voz del rey no se oirá más allá de la cámara en que agoniza. El sacerdote lo absuelve de la excomunión y le lleva el Viático.

Así, el 9 de enero se presenta al tribunal de Dios el primer rey de Italia.

Venus le había sido más propicia que Marte. La sagaz política de Cavour, que vinculó a su fortuna la protección de Francia, echó un velo sobre sus derrotas y sus felonías y salvó la gloria mundana de su reinado.

Legó a su hijo mucho más de lo que había recibido de su padre la noche siniestra de Novara, y con la corona, la excomunión del Papa.

Al ascender al trono Humberto I, el Pontífice recogió sus últimas fuerzas para hacer oír en todos los ámbitos del mundo aquel heroico *non possumus* que lo convertía en un voluntario prisionero.

En su nota a las potencias, recuerda las "sacrílegas hazañas del Gobierno subalpino, la anexión de las Romañas al Piamonte, la violenta invasión de las Marcas y de la Umbría y, finalmente, la nefasta ocupación de Rema

"Puesto que ahora, a la muerte del mencionado rey, su hijo primogénito ha querido, asumiendo el título de rey de Italia, sancionar el despojo consumado, la Santa Sede no puede guardar un silencio que se prestaría a falsas deducciones.

"Su Santidad ha ordenado al suscrito cardenal secretario de Estado proteste y reclame nuevamente, a fin de mantener intactos contra la inicua expoliación los derechos de la Iglesia sobre sus antiquísimos dominios..."

Humberto I ha sonreído ante aquella impotente voz, que no apoyan ni siquiera los viejos cañones vencidos en Castelfidardo y Porta Pía. Los arsenales del Papa están vacíos, y su anticuado armamento va a pasar a manos del rey de Abisinia. ¡Extrañas vueltas del destino! Veinte años después, aquella vieja artillería reducirá a polvo las legiones de Humberto en los desfiladeros de Adua y de Ambalaghi.

Y en 1900, el segundo rey de Italia caerá asesinado por un anarquista. Su reinado, se ha dicho agudamente, fue como una misa de difuntos: "Sin gloria, sin credo, un largo ofertorio y ninguna bendición."

Ya de la escena del mundo han desaparecido los cuatro grandes actores en el drama de Pío IX: Cavour, Mazzini, Napoleón III y Víctor Manuel. Ahora es su turno.

El 7 de febrero llaman a su médico apresuradamente. "Ah caro dottore, questa volta e finito!" —exclama al verlo—. "¡Esta vez todo ha concluido!"

Una llaga que de tiempo atrás tiene en una pierna se le ha agravado; la fiebre indica una seria infección. Ese día recibe el Viático. Conserva su lucidez y buen humor de tal manera que, después de sacramentado, cuando parece entrar en agonía y el cardenal Bilio, penitenciario mayor, le reza la recomendación del alma, él logra balbucir algunas respuestas del ritual. Y cuando el cardenal tiene una explicable vacilación al ir a pronunciar aquella invitación a morir: *"Profiscere anima christiana de hoc mundo...":* "Partid, alma cristiana, de este mundo en nombre de Dios Padre Todopoderoso, que os he criado", Pío IX comprende por qué vacila el cardenal, y dice: "Sí, sí; *Profiscere…*, partid, partid... Iré a la Casa del Señor…"

Fueron sus últimas palabras. Murió a eso de las seis de la tarde, cuando ya sobre las calles de Roma reinaba la noche invernal.

A las ocho de la mañana siguiente, el cardenal Camarlengo, Joaquín Pecci, se presentaba delante del humilde lecho de hierro donde, bajo una colcha blanca, yacía el cadáver del gran vencido.

Con un martillo de plata golpeó tres veces la frente marmórea, llamándole en alta voz: "Santo Padre Pío IX." Luego entonó el *De profundis* y arrojó sobre él unas gotas de agua bendita.

Pio IX murió de ochenta y seis años, habiendo reinado casi treinta y dos. Excedió los años de Pedro en Roma, no así la duración total del primer pontificado, aunque sólo le faltaron pocos meses para igualarlo.

Un día, Bismarck se jactaba ante el Reichtag de ser el hombre más odiado de Europa. Gloria que no le pertenecía, pues infinitamente más odiado fue Pío IX, sobre quienes volcaron su

saña la masonería, el liberalismo y las herejías del mundo entero. Mas tanto odio no alcanzó a igualar el amor de los pueblos.

La figura de Pío IX es de las más grandes en todos los siglos, como Rey y como Pontífice. Por la pureza de su vida, el esplendor de su doctrina, el temple de su carácter, la nobleza de su corazón, la majestad de su desgracia, está mil codos arriba de sus más ilustres enemigos.

Los historiadores le han hecho justicia. Los errores que se le imputan —y que no atañen, por cierto, a su magisterio infalible— fueron políticos; nacieron los más de excesiva generosidad y lo que fue errado para unos, constituye el acierto para otros.

Tampoco este Papa será el último, según lo anunciara la Revolución. Apenas clavado su ataúd, en la Roma poseída por sus adversarios se realizan los preparativos del Cónclave.

Centenares de obreros trabajan en los corredores del Vaticano para construir las celdas de los conclavistas. Todo lo organiza el Camarlengo, cardenal Pecci.

Un viejo sacerdote caduco, pero sonriente, se le aproxima:

—Permítame vuestra eminencia que le bese la mano.

— ¿Quién es usted y qué le trae por aquí?

Soy un pobre sacerdote que ahora besa la mano a vuestra eminencia, rogando al cielo que pronto pueda besarle el sagrado pie.

— ¡Cuidado con lo que dice! ¡Le prohíbo que ruegue así!

—Vuestra eminencia no puede prohibirme que pida al Señor se cumpla su voluntad.

—Si reza como ha dicho, lo amenazo con las censuras.

—Todavía vuestra eminencia no tiene facultades para infligir censuras. Cuando las tenga, sabré respetarlas.

— ¿Pero quién es usted, que habla con tal desenfado?

—Soy Don Bosco.

— ¡Ah! Por caridad, no hable así. Es tiempo de trabajar y no de burlarse.

El 20 de febrero, el Cónclave elegía al cardenal Joaquín Pecci, que tomaba el nombre de León XIII. Una vez más, el anuncio de Don Bosco se había cumplido.

Hemos referido antes cómo León XIII confió a Don Bosco la construcción del templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. La inmensa construcción devoraba millones. ¿Dónde hallar dinero bastante para concluirla? Don Bosco pensó en la Francia católica, tesoro inagotable de la Iglesia: pensó en Paris, que no conocía, pero que sabía grande y generoso al tratarse del Papa.

¡Y allí marchó! Era el año 83, en lo más crudo del invierno. En Niza hay un oratorio salesiano. ¡Qué dulce hallarse entre sus hijos!

Por cierto que allí le aconteció una aventura que pudo costarle la vida, y que le demostró que, en cuanto a riqueza, sus hijos de Francia estaban tan desprovistos como los de Valdocco.

Decidió visitar al obispo, a cuyo palacio lo conducía un camino que cruzaba el río Paglione por un mal puentecillo de tablas.

Y marchó a pie, con su bastón como el bordón de un encorvado peregrino, y se aventuró en el puentecillo, y, por tener los ojos malos y las piernas débiles, tropezó y cayó en el torrente. Lo llevaron hecho una sopa y lo metieron en cama.

No sentía mal ninguno y habría querido levantarse, pero en toda la casa no encontró una sotana que ponerse mientras se

secaba la suya. Habría sido menester que uno de sus hijos se metiera en cama para cederle la única sotana que poseía.

La historia del pastorcito de los Becchi era bien conocida en Francia. Los pueblos acudían a su paso para que los bendijera. Se repetían las escenas de Ars en tiempos del santo cura Vianney.

Cierto día, en Lyon, teniendo que celebrar misa en las afueras, toma un coche. Por el camino lo atajan las buenas gentes, que le piden los bendiga. Don Bosco bendice y pasa; más allá, nuevo tropel y nuevas bendiciones. Imposible llegar a tiempo: la carretera está llena. Todos quieren verlo y tocarlo. El cochero pierde la paciencia y suelta una maldición: "Más vale arrastrar al diablo que llevar a un santo."

Por fin, París. Avenida de Messine, 34, en casa de amigos que tienen a gloria el hospedarlo.

Viejo, débil, pobre, vacilante como un ciego, Don Bosco es, sin embargo, el hombre del día en el gran París. Los diarios más escépticos pintan su figura, recogen sus palabras, describen las escenas a que da lugar cada una de sus apariciones en el público, cuando recibe a los que piden audiencia, cuando celebra misa, cuando habla en un francés mediocre, con una voz gastada que apenas se hace oír. En su antesala se aglomeran durante horas y horas los que van para escuchar de él un consejo personal y recibir una bendición.

Y las limosnas afluyen como los capitales a las arcas de un banquero que hubiese prometido dividendos maravillosos. El no promete nada; a lo menos, sus promesas no son de este mundo. No importa: la gente da a Don Rosco, sabiendo "que presta a Dios".

¿Cómo extrañar la emoción con que un día, en la calle de Sevres, desde arriba de un *fiacre*, bendijo a centenares de personas que, suplicantes, le cerraban el paso?

— ¡Don Bosco, bendíganos!

— ¡Sí! —respondió enternecido, sintiendo en aquella súplica el corazón de París—. ¡Yo os bendigo a todos, mis amigos franceses, y con vosotros bendigo a Francia!

El día que abandona la gran ciudad, que ha ganado su corazón, ve cómo se quitan el sombrero las personas agolpadas en el andén cuando el convoy se pone en marcha.

Durante un buen trecho permanece silencioso. Luego dice a Don Rua, que le acompaña:

— ¿Te acuerdas del camino que conduce de Buttiglieri a Murialdo?... Allí a la derecha, hay una colina; sobre la colina, una casita; al pie de la casita se extiende un prado. Aquella casita miserable fue la habitación de mi madre y la mía. En aquel prado, a los diez años, yo pastoreaba dos vacas. ¿Qué harían estos buenos señores, que así me tratan, si supieran que no soy más que un pobre pastor de los Becchi?

XIX

EL ESPÍRITU SALESIANO

¡Sesenta y ocho años! ¡Y pensar que a los treinta padecía vómicos de sangre y estaba condenado a morir tísico! No ha dormido nunca más de cinco horas, y muchas veces ha pasado las noches en blanco, sobre un rimero de cuartillas. Ha comido siempre mal.

Sin embargo, sus puños son firmes. El médico, viéndolo consumido por la enfermedad, quiere medir sus fuerzas con un manómetro. Aquel viejo aprieta, y la aguja marca el máximo, 60º, y el instrumento está a punto de romperse entre sus dedos férreos.

Mantiene su buen humor y su claro sentido de la realidad. Una de las mojas de María Auxiliadora padece tales escrúpulos, que no sólo se atormenta a sí misma, sino que trae inquieta a la comunidad. La superiora consulta a Don Bosco. Llaman a la pobre monjita, que expone humildemente sus cuitas. Deja de hablar, y Don Bosco le sale con esta pregunta:

—Diga, Hermana, ¿conoce usted el libro *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno?*

—No, Padre; no lo conozco.

—Bueno, Madre Superiora: yo le voy a mandar un ejemplar, y cuando vea a esta Hermanita cabizbaja y triste, hágala leer algunas páginas. Lo que necesita es estar alegre en el Señor...

Bien se advertía, sin embargo, que la lámpara quemaba su último aceite.

Ese año, 1884, renueva la súplica, tantas veces presentada, para que la Santa Sede le conceda los privilegios de las otras Órdenes religiosas. Su Congregación no podrá vivir sin ellos, y él no puede morir sin dejar arreglado aquel supremo negocio de su vida.

Su nota concluye así: "Cuando vea consolidada la obra que la Santa Iglesia me ha confiado, cantaré alegremente el *Nunc dimittis servum tuum, Domine*... ¡Entonces podrá morir!

El 9 de julio de ese año se desencadenaba una horrorosa tempestad. Indescriptible pánico el de los niños; aun los profesores se alarman. Don Bonetti dice a Don Lemoyne:

—Esto no es natural, el diablo está más rabioso que de costumbre.

En medio de la borrasca, ha llegado, tembloroso, el cartero con un sobre de Roma. Llévenlo a Don Bosco, que lo despliega... La ventana se abre repentinamente. Estallan tres tremendos truenos sobre la cúpula de María Auxiliadora.

Don Bosco da un grito de alegría: ha comprendido que aquel sobre trae el ansiado decreto, y va a acercarse a la ventana.

Don Lemoyne acude y lo retira.

— ¿No ve que estos rayos parecen buscarlo a usted?

Un cuarto trueno crepitante. El rayo ha caído allí, sobre el antepecho de la ventana.

Don Bosco tranquilamente:

— ¿Te acuerdas de un sueño que hace años referí al Capítulo? ¿El sueño de los cuatro truenos, de las espinas y de las rosas?

¡Ahora sí que puedo morir! Aquel decreto, arrancado casi por fuerza a todas las intrigas coligadas, las de los buenos y las de los malos, ajusta definitivamente la portentosa máquina de su Congregación contra la saña del infierno. ¡Ahora ya puede morir!

Sus fuerzas decaen rápidamente. El Papa se inquieta al tener malas noticias de su valiente soldado, y comisiona al cardenal Alimonda para que sondee su ánimo. Ya que está enfermo, ¿por qué no se designa él mismo, que conoce a sus colaboradores, un sucesor, que se llamaría su vicario?

Don Bosco acepta en el acto la sugerencia del Pontífice y propone a Miguel Rua, aquel a quien él tantos años atrás le ofrecía la mitad de su mano.

Sus últimos años, crucificados de dolores, son los más felices de su vida. Se eclipsa el hombre exterior en beneficio del hombre interior.

Ya sus *biricchini* no necesitan de él; Rua lo reemplaza. Se le ve sentado horas y horas en el mezquino sofá de su pieza, medio a oscuras, porque sus ojos enfermos no aguantan la luz, pasando las cuentas de su rosario.

¿Quién habría creído que aquel hombre infatigable para el trabajo encontraría un deleite en la pura contemplación? Era como si en toda su vida le hubiesen privado de su verdadera vocación, y ahora, por fin, pudiera entregarse a ella. Fue un ardiente apóstol de la comunión diaria y del amor a la Virgen, a la cual dedicó su primera basílica y arrancó prodigios sin número.

Tenía una tercera devoción, de la que ha hecho una gloria de su Congregación: la devoción al Papa, ciega, viril, impetuosa.

Monseñor Salotti, que en la causa de beatificación de Don Bosco ha sido lo que llaman el abogado del diablo, un día habló así a Pío X, que se interesaba en conocer el estado de la causa:

"Lo que me ha dejado estupefacto leyendo este voluminoso expediente no es tanto la grandeza, la exterioridad colosal de la obra, como la vida interior del espíritu, donde nació y se alimentó el prodigioso apostolado.

"Muchos apenas no conocen más que sus funciones exteriores, e ignoran totalmente aquel edificio admirable de perfección cristiana que había levantado en su alma, ejercitando cada día, cada hora, cada minuto, las virtudes de su estado..."

Ciertamente, no es este aspecto del hombre el que más agrada al mundo contemplar. ¡Qué se va a hacer! Mutilaríamos miserablemente la figura de Don Bosco si no llamáramos la atención de nuestros lectores sobre este punto fundamental.

Porque, no hay que engañarse: Don Bosco tenía una apariencia física mediocre; no era elocuente, no resplandecía en ciencia ni en artes.

Escribía a vuela pluma, para llenar las necesidades del momento, y a menudo confiaba la corrección de sus manuscritos a alguno de sus hijos. Ni era ni pretendía ser un literato. Ni sus libros ni sus cartas pueden compararse con los de su patrono y modelo San Francisco de Sales.

Tampoco brillaba en la oratoria. En fin, solía decir de sí mismo, sin afectada injusticia: "Si el Señor hubiera encontrado un instrumento más miserable que yo para realizar esto, lo habría elegido de preferencia a mí.

Esto era aquella formidable construcción de la Pía Sociedad Salesiana, que desafía los siglos. ¿Cómo se explica que un hombre, insignificante al parecer, haya realizado este portento en vida y luchado contra enemigos infinitamente más ilustres?

¿Puede hallarse una razón natural de ese milagro? ¡Sí! Su caridad. Su amor a las almas, amor apasionado, ingenioso, tenaz, visible y desinteresado, era la palabra mágica que le abría los corazones.

Escribe Santa Catalina de Génova que un día dijo al Señor:

—Señor, Vos me mandáis amar al prójimo, y, sin embarre, yo no puedo amar sino a Vos, ni quiero que el amor a la criatura se mezcle al amor que os tengo. ¿Qué debo hacer?

Y oyó una voz divina:

—Mi hija, el que me ama debe también amar al que amo, y entregarse de cuerpo y alma a procurar su salvación. El amor al prójimo es signo infalible del amor de Dios.

Don Bosco había sentido en sus entrañas que, conforme a la palabra de San Pablo, toda la ley cristiana se encierra en este solo principio: la plenitud de la ley está en el amor.

Faltando eso, ni la belleza, ni el genio, ni la riqueza, ni el poder valen más que un puñado de estiércol. «Aunque yo hablara la lengua de los ángeles —dice el mismo apóstol—, si no tengo caridad soy un bronce que resuena"

Cuantos se aproximaban a Don Bosco sentían, como el resplandor de una hoguera, aquel fuego interior que lo consumía. Y eran impotentes para librarse de la seducción de su mirada o de su sonrisa o de sus palabras sencillas, a menos que, por su

desventura, el orgullo no interpusiera una coraza de barro entre él y ellos.

A nadie escondió lo que parecía su secreto; y no se cansa nunca de inculcar a sus discípulos que, para hacerse amar de los *biricchini*, había que comenzar por amarlos.

Se dice pronto, ¡pero qué difícil es practicar esta sencillísima pedagogía!

Se oponen todas las fuerzas de nuestro egoísmo, algunas de ellas tan sutiles e ingeniosas, que llegan a parecerse a otras tantas virtudes...

El despego, la pereza, la impaciencia, la costumbre, la brutalidad misma, se disculpan disfrazándose de dignidad, prudencia, energía, disciplina, experiencia.

En el artículo 180 de las Constituciones salesianas se lee esto:

"Transcurrido el año de noviciado, sí el novicio hubiera revelado tener en mira en todas las cosas la mayor gloria de Dios y estar imbuido del espíritu de la Sociedad..., se le podrá dar como cumplida la segunda prueba."

Existe, pues, un espíritu salesiano. ¿En qué consiste? ¿Quién lo ha definido?

Los superiores de la Congregación comprendieron la necesidad de definir concretamente aquella condición trascendental, que podía prestarse a interpretaciones elásticas.

El actual rector mayor, Don Filipe Rinaldi ([5]), ordenó en 1922 a los miembros del Capítulo que estudiaran el punto y le comunicaran su opinión.

Después de un estudio prolijo de las respuestas y de oraciones especiales, Don Rinaldi definió así el espíritu salesiano: "La actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios."

Reunido el Capítulo, se le expuso esa fórmula y pidió que de nuevo se estudiara, especialmente en la misa del siguiente día. Otra vez se reunieron; cada cual respondió, y por unanimidad quedó aprobada aquella definición del espíritu de la Sociedad, que es la esencia del espíritu de Don Bosco.

Siete años después, el santo Pontífice Pío XI, en su discurso proclamando la heroicidad de sus virtudes, llegaba por otros caminos a la misma definición, que probablemente no conocía:

"¡Vida admirable por lo laboriosa y lo recogida, por la acción y la oración! Esta, en efecto, es una de sus más hermosas características: la de estar presentes siempre, ocupado de continuo en tantos negocios, pedidos, consultas, y mantener el espíritu en lo alto, donde la serenidad reina imperturbable y la calma es dominadora y soberana; "de tal manera, que sea el trabajo" una oración efectiva, demostrando la verdad de aquel gran principio de la vida cristiana: *qui laborat, orat*."

Se practicaba el consejo que en 1869 diera Pío IX a Don Bosco:

---

[5] Escribíamos esto en 1931, cuando vivía Don Rinaldi, que nos hizo el honor de darnos hospedaje por algunas semanas en la casa madre de los salesianos, vía Cottolengo, 31; el 5 de diciembre de eses año, el tercer sucesor de Don Bosco entraba en el eterno reposo de los santos.

"Estimo que se halla en mejores condiciones una casa religiosa donde se reza poco y se trabaja mucho, que otra en la que se reza mucho y se trabaja poco o nada."

El trabajo, cuando se realiza a la manera de Don Bosco, puesta la intención en Dios, es la mejor de las plegarias.

XX

MUERTE DE DON BOSCO

El mejor retrato de Don Bosco le fue sacado en Barcelona. Se había establecido en una población de sus alrededores una casa salesiana, y los hijos de España querían tener la fortuna de conocerle. Y partió en marzo del 86.

Fue su último viaje al extranjero. Sus fuerzas le abandonaban.

Aquel viaje que ha quedado en las tradiciones de la Congregación como un triunfo incomparable, lo abatió definitivamente.

La hospitalidad española es magnífica. Los agasajos se suceden sin tregua. Las invitaciones son irresistibles, porque el invitado siente la sinceridad de todas ellas, así vengan de un magnate como de un pobre.

Imaginemos al pobre viejo, que apenas podía dar un paso, llevado en triunfo, estrujado por la multitud, obligado a sentarse a aquellas mesas tendidas fastuosamente.

Casi no puede hablar cuando debe agradecer. Las lágrimas ruedan por sus mejillas consumidas, y su emoción contagia al auditorio.

En una de aquellas visitas, en el jardín de uno de sus nuevos amigos, se tomó el más expresivo retrato que conozcamos de él. Envuelto en el amplio manteo que usan los sacerdotes españoles, sentado en un sillón al lado del abad de la Trapa, detrás de él, entre muchos que asoman la cabeza para salir en el cuadro, se ve

a dos personajes cuya causa de beatificación ha sido iniciada en Roma y avanza con firmes pasos: Don Rua, que se agacha como a susurrarle una palabra. Y Doña Dorotea Chopitea de Serra, la gran benefactora de la Congregación salesiana en Barcelona.

Según todo parece anunciarlo, vendrá un día en que en esa fotografía figurarán tres personas elevadas a la suprema dignidad de los altares.

Don Bosco tiene las manos juntas, como con frío, el cabello, revuelto, un poco gris, y muy tupido aún: el semblante, fatigado; los ojos, nublados por la incipiente ceguera, y en los labios, la perpetua sonrisa templada y tierna.

Sonrisa de abuelo resignado a morir porque se ve renacer en los nietos. En primera línea aparecen varios muchachitos, *los biricchini* de Barcelona, más amados tal vez que los de Turín, porque eran los hijos de sus hijos, la tercera generación salesiana.



Todavía pudo hacer un último viaje a Roma, en la primavera del año siguiente, 1887.

—Antes de morir —dice al Papa— quería ver una vez más a Vuestra Santidad y recibir su bendición. Me ha sido acordado, y sólo me resta cantar con Simeón: *"Nunc dimittis servum tuum..."* Despedid ahora a vuestro siervo, según vuestra promesa...

León XIII, conmovido, trata de echar a broma el fatídico nuncio.

—Yo tengo seis años más que vos, y cuento vivir bastante. Mientras no sepáis que el Papa ha muerto, estad tranquilo. Don Bosco ríe suavemente y replica:

—Vuestra palabra es infalible en ciertos casos... Yo querría aceptar el augurio, pero, créame Vuestra Santidad: estoy al final de mis días.

La audiencia tiene lugar junto a la alcoba de León XIII, a quien ese día le han llevado una manta de armiño, que se ve extendida a los pies de la cama.

Se levanta él mismo y cubre con ella las rodillas de aquel buen soldado que había de abandonar el campo de batalla.

—Quiero que seáis vos, Don Bosco, el primero en usar este abrigo que me han regalado... Estáis temblando de frío.

— ¡Oh Santidad! —exclama Don Bosco enternecido—. Ya no valgo nada, ya no sirvo para nada, y Vuestra Santidad me mima de este modo...

Se sentía inútil, y suspiraba ya por la Casa de su Padre, cuya puerta de oro sólo abre la muerte.

Ha ido a Roma para decir adiós al Papa y asistir a la consagración de aquella iglesia que tan duramente ha pesado sobre sus hombros decrépitos.

Mañana esplendorosa la del 16 de mayo. La gloria de un cielo romano, como dosel de la incomparable ciudad, y en los aires el perfume de las primaveras del Lacio.

Don Bosco está triste, y en la misa que celebra en el altar de María Auxiliadora del nuevo santuario no puede refrenar su emoción, y llora.

Su secretario, Don Viglietti, le pregunta:

— ¿Por qué lloraba durante la misa?

El pobre viejo trata de sonreír, y responde:

— ¿Te acuerdas del sueño que tuve a los nueve años?

¿Cómo no acordarse? Los salesianos han leído y releído mil veces aquel relato, y no se cansan de él.

Juan, pastorcito de los Becchi, se halla de improviso entre un corro de muchachos que juegan, riñen, blasfeman. Al oír las blasfemias, se indigna, y a puñetazos pretende moderar su lenguaje. Le contiene un misterioso personaje:

— ¡Así, no! ¡Enséñales con dulzura, y ganarás su amistad!

—Señor, ¿qué puedo enseñarles yo, que soy ignorante?

—Yo te daré la maestra que te hará sabio.

A su lado aparece una dama de dulce y bello semblante.

— ¡Mira!

Juan se vuelve: los muchachos se han transformado en bestias díscolas o feroces.

—Ese es tu campo: trabaja... ¡Mira de nuevo!

Las bestias salvajes se truecan en mansos corderos. Juan se pone a llorar.

—No comprendo, señora... ¿Qué debo hacer?

— ¡A su tiempo lo comprenderás todo!

Tampoco la abuela ni la madre comprenden aquel sueño; y su hermano José le responde:

—Eso quiere decir que serás pastor.

Y su hermano Antonio, brutalmente:

— ¡No! Que serás capitán de bandoleros.

Más de sesenta años han pasado, y ahora comprende, y por eso llora de emoción y de gratitud ante el altar de la Divina Señora, que, a los nueve años, le dio en sueños el dulce y misterioso mensaje donde está encerrada toda su pedagogía. Ha cumplido su obra, ha librado la buena batalla, ha conservado la fe; ahora puede morir.

Sus hijos no creen que pueda morir. Les parece que todo se iría en humo si él faltase.

Se trataba de comprar un terreno en el camposanto de Turín para sepultura de los salesianos. Por cuestión de precio, el tratado no concluía nunca. Don Bosco advierte a su ecónomo:

—Si no te apuras, mandaré que me entierren en tu cuarto.

—No, usted no morirá antes que el Papa; él mismo se lo ha dicho.

—El Papa no es infalible en esto... Apúrate, porque siento que mis días están contados.

De todas las predicciones de Don Bosco, la única en que sus hijos no creen es la de su próxima muerte. Ya lo han visto

equivocarse, pues a principios de 1863 anunció a sus clérigos que sólo viviría dos años más...

Nadie cree: nadie comprende sus palabras. Ha ido a Valsalice, barrio extremo de Turín, donde tiene un noviciado. Al despedirle, el director le dice cariñosamente:

—Ahora, Don Bosco, nos visitará con más frecuencia.

Don Bosco lo mira de hito en hito y le responde:

—Sí; voy a venir pronto; voy a establecerme aquí como guardián.

Da unos cuantos pasos. En cierto punto se detiene, golpea el suelo y dice:

— ¡Cuánta tierra vais a tener que sacar de aquí!

Cuando se va, una opresión queda sobre Valsalice. ¿Qué ha querido decir el buen viejo?

Otoño. A principios de noviembre, con ímproba fatiga, sube al cuarto de un sacerdote salesiano a quien ha dado los últimos sacramentos.

— ¡No te aflijas, Luis! Antes que tú, en esta cama debe morir otro...

—Según eso —repara el moribundo—, me bastará no prestar mi cama a nadie para no morir nunca...

En diciembre no pudo ya celebrar misa. Hasta entonces lo había hecho en una capillita contigua a su pieza, tan fatigado, que no se volvía al decir *Dominus sobiscum* y después de la comunión tenía que sentarse.

El 6, tuvo la gran alegría de bendecir un nuevo escuadrón de misioneros que partían para América: fue la duodécima expedición salesiana. Al día siguiente, llegó monseñor Cagliero, el primer

obispo salesiano. Venía de las tierras cuyas misteriosas entrañas él había contemplado en sueños, y le traía noticias de la Patagonia. Vinieron también algunas de las Hijas de María Auxiliadora que diez años antes partieran para allá. La Superiora llevaba, como una flor de aquellas mieses, una indiecita de doce años, que había salvado con otras en la Tierra del Fuego. Don Bosco sentía rodar sus lágrimas oyendo el pintoresco italiano de la criatura.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, bajó por última vez al refectorio de la Comunidad. Estaba alegre con tantas buenas noticias.

El médico lo hallaba mejor; pero aconsejó que le cambiasen la cama, pues la que tenía era demasiado alta, y para subir a ella tenía que trepar una escalerilla de tres escalones. Buscaron una más baja, y a la tarde la trajeron. Don Bosco sonrió, sin decir nada. La había reconocido. Era la del sacramentado, que estaba ya en plena convalecencia, y que debió sorprenderse cuando, al volver a su habitación, halló que, sin permiso suyo, le habían cambiado la cama y se la habían llevado a don Bosco.

El 20 comulgó en la cama y escribió algunas dedicatorias en unas estampas de la Virgen: "Al fin de la vida se recoge el fruto de las buenas obras."

—Don Bosco —le dice su secretario—, escriba algo más alegre.

Y él, que ha amado tanto a la noble nación tan generosa con él y sus hijos, escribe: "¡Oh María, protege e Francia!"

Aquí terminó la carrera de su pluma infatigable.

La noticia de su gravedad se extiende por el mundo entero. Los superiores de las casas de Italia, de Francia, de España, acuden a Turín, desolados.

¿De qué está enfermo? El corazón, atacado a fondo; el hígado funciona mal; los riñones, peor; la médula, lesionada, paraliza los miembros inferiores; la respiración es en extremo difícil.

Sus familiares le sugieren al oído algunas oraciones, que él repite dócilmente, y entre ellas deslizan: "¡María Auxiliadora, dame la salud!" Don Bosco aprieta los labios y permanece mudo. No quiere rezar eso. ¡Que Dios haga con él lo que tiene dispuesto! Es hora de abandonar la viña y percibir la recompensa.

La certidumbre de su fin lo pone alegre y hasta hablador. Domina sus dolores y, para disipar la tristeza que lee en todos los semblantes, halla chistes y juegos de palabras.

De cuando en cuando, una indicación precisa. A Cagliero, que debe ir a Roma: —Dirás al Santo Padre este secreto de la casa: Los salesianos tienen por misión especial, dondequiera que trabajen, sostener la autoridad de la Santa Sede.

A otro que se le acerca: —Tengan siempre los superiores salesianos gran benevolencia con sus inferiores, especialmente con las personas de servicio.

En la víspera de Navidad comulgó por Viático. Los diarios de diversas naciones publican el boletín médico. El 25 llegó la bendición papal.

Mas pasó un mes, con diversas alternativas y continuo sufrimiento. Pudo, desde la cama, celebrar la fiesta de San Francisco de Sales y enviar un postrer mensaje a sus muchachos. "Decid a mis *biricchini* que los espero a todos en el cielo. Que, con la devoción a María Auxiliadora y la comunión frecuente, todos llegarán."

30 de enero del 88. A las diez de la mañana, monseñor Cagliero entona la letanía de los agonizantes.

Don Bosco yace en aquella cama de hierro que aún podemos venerar en sus habitaciones de Valdocco. La cabeza, sostenida por varios almohadones; las manos, sobre la colcha blanca; en el pecho, un pequeño crucifijo; a los pies del lecho, la estola violeta, insignia del sacerdote.

Respira difícilmente, y pasa el día. Un telegrama del Ecuador anuncia que la duodécima expedición de misioneros ha llegado a Guayaquil.

A las ocho de la noche entra el confesor, se reviste y empieza las preces de ritual. A la medianoche todos se retiran; Don Bosco parece dormir. Sólo han quedado con él Don Rua Y algún otro. Y he aquí que a la una y cuarenta y cinco del 31 de enero empieza la agonía.

La cámara se llena de gente. De nuevo recitan las oraciones de los agonizantes. Monseñor Cagliero, de rodillas, acerca los labios al oído del moribundo:

—Don Bosco, sus hijos estamos aquí: bendíganos. Yo levantaré su mano.

Le alza, en efecto, la mano derecha paralizada y le ayuda a trazar la cruz en el aire: la última bendición, acompañada por la última inefable sonrisa de Don Bosco.

A las cuatro y treinta cesa el estertor fatigosísimo: parece un alivio lo que es la muerte. Todos se miran a la cara. Muda y ansiosa interrogación. Monseñor Cagliero hace una señal afirmativa, y dulcemente le cierra los ojos.

El buen obrero ha abandonado sus herramientas, dejado la viña y entrado en la casa de su Padre.

¡Y hubo que sacar mucha tierra en Valsalice! Las autoridades italianas no permitieron que el cadáver de Don Bosco fuera sepultado en la iglesia de María Auxiliadora, y tuvieron que llevarlo al seminario de las afueras de Turín, y la tumba se abrió en el lugar preciso que Don Bosco señalara con el pie.

Don Bosco había respirado el perfume de su viña madura, y dejaba a su sucesor la rica herencia de 64 fundaciones salesianas en diversas naciones de Europa y de América y 800 religiosos.

Durante su vida había marcado con milagros todos sus caminos, y después de su muerte fueron tantos, que la Iglesia no podía tardar en reconocer la santidad de su vida y elevarlo a la suprema dignidad de los altares.

El expediente se inició el 4 de Junio de 1890. Siete años después se habían acumulado en treinta y cuatro infolios, de más de mil páginas cada uno, los más minuciosos detalles sobre una vida tan llena de incidentes y prodigios.

Cuarenta años después de su muerte, le tocaba a un Papa que había sido su huésped en Valdocco y se había sentado a su mesa, declarar la heroicidad de sus virtudes, y dos años más tarde, en 1929, proclamarlo beato, mientras se aproxima la hora de su canonización, en que será declarado santo.

Don Bosco es una de las glorias más puras de Italia y uno de los más grandes benefactores de la humanidad.

Pero, a la inversa de lo que ocurre con casi todos los grandes hombres, para quienes el olvido comienza al siguiente día de la muerte, para él ha sido el principio de una celebridad que cubre el mundo y penetra todas las clases sociales Y durará tanto como la humanidad.

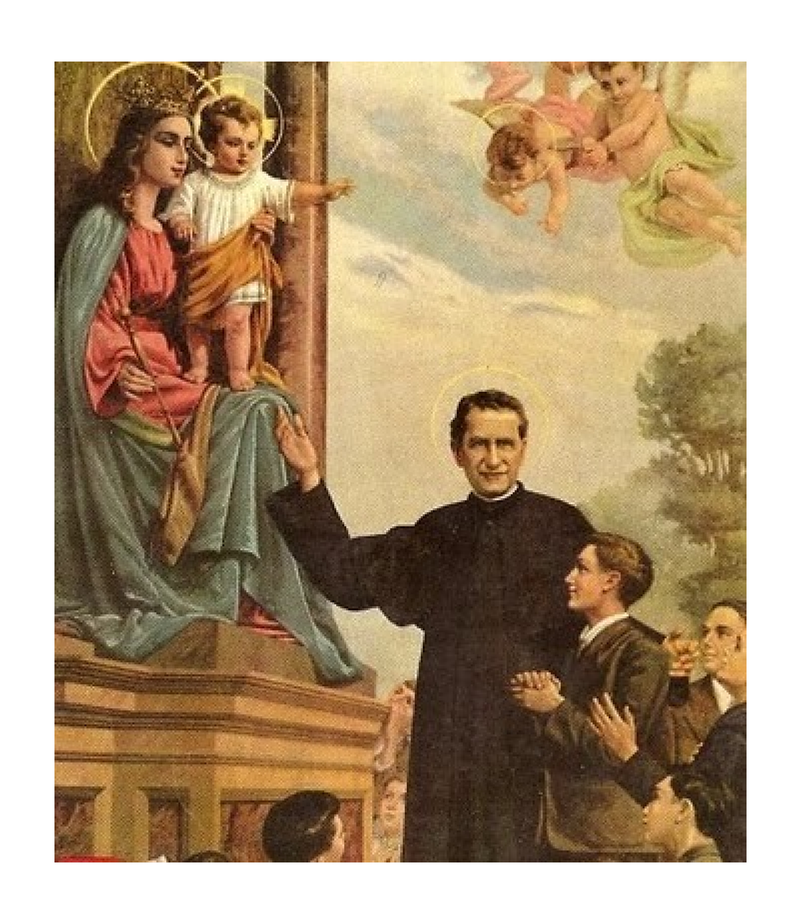
Esta es la suerte de los santos que la Iglesia proclama, sobre cuyas tumbas se pueden escribir aquellas dos sublimes palabras que pudieron ser el epitafio de Jesús: *Pertransiit benefaciendo* (pasó por la vida haciendo el bien,

Fuenterrabía, septiembre 17 de 1931.

F I N

NOTA DEL EDITOR

S. S. Pío XI proclamó beato a Don Bosco (16-8-1815, 31-1-1888) el 2 de junio de 1929, y lo declaró Santo el 1 de abril de 1934.



Alegre.

Novia de vacaciones.

Flor de durazno.

Fuente sellada.

La casa de los cuervos.

Valle negro.

Ciudad turbulenta, ciudad alegre.

La corbata celeste.

Los ojos vendados.

El vengador.

La que no perdonó.

Pata de zorra.

Una estrella en la ventana.

Desierto de piedra.

Las espigas de Ruth.

Myriam la conspiradora.

El jinete de fuego.

Tierra de jaguares.

Sangre en el umbral.

Lucía Miranda.

Quince días sacristán.

El camino de las llamas.

Vocación de escritor.

El novelista en su taller (1ªparte).

La conquista del público (2ª parte).

Don Bosco bajo Carlos Alberto.

Don Bosco bajo Pío IX.

El Kahal.

Naves, oro, sueños.

El sexto sello.

Juana Tabor.

6 6 6.

Esperar contra toda esperanza.

Lo que Dios ha unido.

Alma romana.

Su segunda patria

Morir con las botas puestas

Estrella de la tarde.